

P. MIGUEL ÁNGEL FUENTES, IVE

COMENTARIO AL EVANGELIO DE SAN LUCAS



Editorial *APOSTOLADO BÍBLICO*

San Rafael 2015

P. MIGUEL ÁNGEL FUENTES

**COMENTARIO AL
EVANGELIO DE SAN
LUCAS**

Editorial *APOSTOLADO BÍBLICO*

San Rafael 2015

Primera Edición: Formato Digital, 2015
San Rafael, 25 de marzo de 2015

Nihil Obstat:

R.P. Carlos Walker, IVE, Superior General
Roma, 25.03.2015

© Editorial *APOSTOLADO BÍBLICO*

*A quienes me hicieron conocer el Evangelio,
y a quienes me hicieron amar el Evangelio conocido.*

INDICE

Aclaración - Dedicatoria	11
PRÓLOGO	13
Dedicatoria de Lucas a Teófilo (Lc 1,1-4)	13
NACIMIENTO DE JESÚS	14
La anunciación de Juan, el Precursor (1,5-25)	14
La anunciación a María (1,26-38)	21
La visitación de María a Isabel (1,39-45).....	31
El Magníficat (1,46-56).....	35
El nacimiento de Juan (1,57-66).....	38
El Benedictus (1,67-79).....	39
La infancia del Bautista (1,80)	41
El edicto de César Augusto (2,1-5)	43
El nacimiento de Jesús (2,6-7).....	44
Los ángeles y los pastores (2,8-20)	47
La circuncisión (2,21).....	50
El rescate del primogénito y la purificación de María (2,22-38).....	51
INFANCIA Y ADOLESCENCIA DE JESÚS	56
La infancia en Nazaret (2,39-40).....	56
La pérdida de Jesús en Jerusalén (2,41-52)	57
EL BAUTISTA PREPARA LOS CAMINOS	62
Las coordenadas históricas (3,1-2a)	62
Juan (3, 2b-6).....	63
La predicación del Bautista (3, 7-14)	66
Titubeos populares (3, 15-20)	68
El bautismo de Jesús (3,21-22).....	70
Genealogía de Jesús (3, 23-38).....	73
JESÚS EN EL DESIERTO	76
El desierto (4,1-2).....	76
Las tentaciones (4,3-13)	78
JESÚS COMIENZA SU VIDA PÚBLICA	83
El predicador ambulante (4,15-15).....	83
En la sinagoga de Nazaret (4,16-30)	84
En la sinagoga de Cafarnaúm (4,31-32)	87
El primer exorcismo (4,33-36)	89
Jesús taumaturgo (4,38-44)	91
La pesca milagrosa (5,-11)	95
Curación de un leproso (5,12-16).....	99
Curación de un paralítico (5,17-26).....	102

Vocación de Mateo y discusiones con los fariseos (5,27-32).....	106
La novedad de Cristo (5,33-39).....	110
La discusión sobre el sábado (6,1-11).....	114
La elección de los apóstoles (6,12-16).....	119
LA ESPIRITUALIDAD Y LA MORAL DE JESUCRISTO.....	122
Una prédica en el llano (6,17-19).....	122
Las bienaventuranzas lucanas (6,20-23).....	124
Los Ayes de Cristo (6,24-26).....	129
Amar sobrenaturalmente (6,27-30).....	132
El amor del hijo de Dios y el del pecador (6,31-36).....	135
Repercusión eterna de nuestros actos (6,37-38).....	138
Un jaraz (6,39-45).....	139
La casa sobre roca (6,46-49).....	144
DOS MILAGROS EN GALILEA.....	145
El siervo del centurión (Lc 7,1-10).....	145
El hijo de la viuda de Naím (7,11-17).....	147
LAS DISCUSIONES ENTORNO A JUAN.....	149
Las perplejidades de Juan (Lc 7,18-27).....	149
Las discusiones con los legalistas en torno a Juan (Lc 7,29-34).....	154
LA PECADORA Y EL FARISEO.....	156
VIDA APOSTÓLICA DE JESÚS (8,1-3).....	163
PARÁBOLAS DEL SEMBRADOR Y DE LA LÁMPARA.....	165
Parábola del sembrador (8,4-15).....	165
Parábola de la lámpara (8,16-18).....	169
EL PARENTESCO CON JESÚS (8,19-21).....	170
TRES GRANDES MILAGROS.....	171
El milagro sobre el mar: la tempestad calmada (8,22-25).....	172
El milagro sobre los demonios: el Geraseno (8,26-39).....	174
El milagro sobre la enfermedad y la muerte: la hemorroisa y la hija de Jairo (8,40-56).....	179
LA MISIÓN DE LOS APÓSTOLES.....	187
MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES.....	190
LA CONFESIÓN DE PEDRO.....	193
LA TRANSFIGURACIÓN.....	199
EL NIÑO EPILÉPTICO.....	204
NUEVO ANUNCIO DE LA PASIÓN.....	206
ENSEÑANZA SOBRE LA HUMILDAD.....	208
ENSEÑANZA SOBRE LA TOLERANCIA.....	210
LOS SAMARITANOS.....	213

LOS CANDIDATOS FLOJOS	215
LA MISIÓN DE LOS SETENTA Y DOS	217
LA REVELACIÓN DEL HIJO.....	223
PARÁBOLA DEL BUEN SAMARITANO	229
MARTA Y MARÍA	234
ENSEÑANZA SOBRE LA ORACIÓN.....	237
El Padrenuestro	237
Parábola del amigo inoportuno.....	242
JESÚS Y EL PODER SOBRE LOS DEMONIOS	245
ELOGIO DE MARÍA SANTÍSIMA	249
JUICIO SOBRE LA GENERACIÓN PRESENTE.....	250
PARÁBOLA DE LA LÁMPARA	252
INCREPACIONES A LOS FARISEOS Y LEGISTAS.....	253
CONTRA LA HIPOCRESÍA.....	260
LA CONFIANZA EN DIOS Y EL TEMOR DE LOS HOMBRES	262
PARÁBOLA DEL RICO NECIO	266
LA CONFIANZA EN LA DIVINA PROVIDENCIA.....	269
PARÁBOLA DE LOS SERVIDORES VIGILANTES	274
EL FUEGO DE CRISTO	277
OBLIGACIÓN DE ASUMIR LA RESPONSABILIDAD DE NUESTRA CONCIENCIA	280
EL LLAMADO A LA PENITENCIA.....	283
LA MUJER ENCORVADA.....	286
PARÁBOLAS DEL REINO	290
LA DIFICULTAD DE LA SALVACIÓN	291
LA PERSECUCIÓN DE LOS PROFETAS.....	298
A PROPÓSITO DE UN BANQUETE.....	303
Sobre las curaciones sabáticas.....	303
Parábola de la humildad	306
La generosidad desinteresada	308
Parábola de la oportunidad perdida	311
EL DISCÍPULO DE CRISTO.....	314
LAS PARÁBOLAS DE LA MISERICORDIA	319
El que acoge a los pecadores.....	319
La oveja perdida.....	321
La dracma reencontrada	324
El padre misericordioso.....	327

JESUCRISTO Y LAS RIQUEZAS.....	334
Parábola del administrador astuto	334
Apotegmas sobre las riquezas	337
Los fariseos y las riquezas	340
Parábola de Lázaro y el Parrandero	343
ALGUNAS ENSEÑANZAS MORALES.....	349
El escándalo.....	349
Actitudes ante el pecador	354
La fe poderosa	356
Recordar que somos siervos	360
LOS DIEZ LEPROSOS	363
LAS DOS VENIDAS DEL MESÍAS.....	368
La primera venida.....	368
La segunda venida	371
ENSEÑANZAS SOBRE LA VIDA ESPIRITUAL	379
Parábola del juez inicuo: la oración de la Iglesia	379
Parábola del fariseo y el publicano: las disposiciones para la justificación	384
La infancia espiritual	389
Quemar las naves por Cristo: el rico pusilánime	392
La soledad de Cristo: sus amigos no entienden su misión.....	401
LOS EPISODIOS DE JERICÓ	403
La curación del ciegoito	403
Jesús y Zaqueo	407
La parábola de las minas	411
ENTRADA TRIUNFAL EN JERUSALÉN.....	416
La entrada triunfal	416
El llanto sobre Jerusalén.....	422
La expulsión de los mercaderes.....	428
LAS ÚLTIMAS DISCUSIONES DE JESÚS	431
Discusión sobre la autoridad de Jesús	431
Parábola de los viñadores homicidas.....	435
Discusión sobre el impuesto al César	438
Discusión sobre la resurrección.....	441
Jesús se proclama Señor de David.....	445
La advertencia sobre los escribas	448
La ofrenda de la viuda	450
LOS VATICINIOS SOBRE JERUSALÉN Y SU IGLESIA	452
LA CONSPIRACIÓN CONTRA JESÚS.....	461
La traición de Judas (22,1-6).....	461

Preparativos de la Última Cena (22,7-13)	464
Institución de la Eucaristía (22,14-38)	467
La eucaristía (22,14-20)	468
Anuncio de la traición (22,21-27)	472
Promesas y preanuncios (22,28-38)	474
LA AGONÍA EN GETSEMANÍ (22,39-46)	477
PRISIÓN Y JUICIOS DEL SEÑOR	484
Prisión del Señor (Lc 22,47-54)	484
Negaciones de Pedro (22,55-62)	491
Vejaciones de Cristo (22,63-65)	493
Juicio del Sanedrín (22,66-71)	496
Jesús ante Pilato por primera vez (23,1-7)	501
Jesús ante Herodes (23,8-12)	505
Segunda vez ante Pilato (23,9-25)	508
Camino al Calvario (23,26-32)	512
Crucifixión y Muerte (23,33-49)	517
La crucifixión (23,33-34)	517
Las vejaciones y burlas (23,35-43)	522
La muerte (23,44-49)	529
Las primeras reacciones ante la muerte de Jesús (23,47-49)	532
Sepultura (23,50-56)	536
RESURRECCIÓN DE CRISTO	539
Las mujeres en el sepulcro (24,1-11)	539
Pedro va al sepulcro (24,12)	543
Los discípulos de Emaús (24, 13-32)	545
Aparición en el Cenáculo (24,33-43)	556
Jesús explica las Escrituras (24, 44-49)	559
Ascensión de Jesús (24, 50-53)	560
Bibliografía	562

Aclaración - Dedicatoria

He escrito este comentario al Evangelio de san Lucas sin ninguna pretensión erudita, aunque he puesto el mayor empeño en fundar cada una de mis afirmaciones en la más genuina tradición exegética católica, en particular la de los Padres de la Iglesia. Considero que las aplicaciones espirituales que se derivan de la atenta y sabrosa meditación de las páginas sagradas tienen un gran valor para las almas, pero como podrá verse, no me intereso en ellas en este escrito. Mi interés principal es tratar de entender el sentido histórico y literal del texto. Dejo constancia de antemano de haber cometido notables pecados que ningún exégeta moderno me perdonará ni en este mundo ni en el otro (en el que algunos de ellos no creen); en efecto confieso, sin arrepentimiento alguno, creer que todo lo que dice san Lucas, a quien he tomado un particular cariño después de convivir diariamente juntos los últimos dos años, es verdad y la pura verdad; he aceptado como ciertos todos los milagros que él relata; considero que donde dice demonios se entiende demonios, así como “curar leprosos” lo he tomado como “curar leprosos”, “multiplicar panes” como equivalente de “multiplicar panes”, y “resucitar muertos” en el sentido de “hacer que un muerto deje de estar muerto para volver a estar vivo”. Acepto no ser jamás perdonado por reputar que el Evangelio firmado por el médico Lucas lo escribió el mismo médico Lucas sin que se metiera de por medio ninguna comunidad primitiva, así como que la última página de este Evangelio ya se leía entre los primeros cristianos cuando todavía Tito no había puesto sus botas sobre las ruinas de Jerusalén. Cosas todas, lo reconozco, que impedirían la digestión de la mayoría de los biblistas contemporáneos (¡digo *mayoría* y *no totalidad*, oh minoría fiel y devota de exégetas leales... de quien sigo esperando, sin embargo, los escritos que me ahorren meterme donde no me corresponde!). Pero aclaro, por si me sirve de atenuante, que acepto que considerarlo pintor de los dos o tres íconos que se le atribuyen ya es llevar las cosas demasiado lejos.

En homenaje, pues, al querido misionero-médico, primer reportero bíblico, impecable y juicioso historiador, poeta de la Virgen, pintor de místicos pinceles y escriba de la mansedumbre de Cristo (*scriba mansuetudinis Christi*) van las páginas que siguen.

El Autor.

6 de marzo de 2015

En la memoria de san Julián de Toledo,
que fue teólogo, dogmático, historiador,
gramático, liturgo, campeón de la fe
... y biblista en sus ratos libres

PRÓLOGO

Dedicatoria de Lucas a Teófilo (Lc 1,1-4)

¹ Puesto que muchos han intentado narrar ordenadamente las cosas que se han verificado entre nosotros, ² tal como nos las han transmitido los que desde el principio fueron testigos oculares y servidores de la Palabra, ³ he decidido yo también, después de haber investigado diligentemente todo desde los orígenes, escribírtelo por su orden, ilustre Teófilo, ⁴ para que conozcas la solidez de las enseñanzas que has recibido.

(i) Lucas, autor de este evangelio, proviene de la gentilidad y no del judaísmo (cf. Col 4,10-11). San Jerónimo, Eusebio de Cesarea y los *Prólogos monarquianos* afirman que nació en Antioquía de Siria. Él mismo afirma no haber sido testigo ocular de la vida de Jesús (Lc 1,2). En Antioquía probablemente conoció a san Pablo y fue convertido por él; a partir de ese momento le acompaña en casi todos los viajes, e incluso lo encontramos a su lado mientras el apóstol permanece prisionero en Cesarea (Hch 21,18-26). San Pablo lo llamará “colaborador” suyo (Flm 24). Fue médico (Col 4,14) y la tradición también ha querido presentarlo como pintor, llegándose a atribuirle un ícono de la Virgen que en el 460 la emperatriz Eudoxia habría enviado a Roma, a su hija Pulqueria, lo cual, probablemente, sea una extrapolación de una verdad más profunda: los primeros capítulos de su evangelio son casi una pintura, un retrato íntimo y vivísimo, del corazón de la Madre de Dios.

(ii) El prólogo de san Lucas pone de manifiesto el carácter histórico de este escrito. Lucas deja ver que en su tiempo ya existían narraciones de la vida de Jesús procedentes de testigos oculares y ministros (ὁπηρεῖται, *huperétai*) de la Palabra. Nada se dice acerca de la naturaleza de tales narraciones, si eran orales o escritas. Los testigos aludidos quizá sean los mismos apóstoles y discípulos del Señor, porque la Palabra, el Logos, es el mismo Jesús (aunque no cambia sustancialmente el valor si se lo toma como referida a los primeros predicadores del mensaje revelado por Cristo, que son igualmente sus apóstoles y discípulos). Se trata, a tenor de lo dice san Lucas, de muchos escritos y de muchos testigos. Estos eran muy

conocidos en aquellos primeros años, por lo que Lucas ni siquiera advierte la necesidad de nombrarlos. Eran narraciones ordenadas, lo que demuestra que tenían un sentido profundamente catequético. Desde los primeros años de la Iglesia, la vida del Señor se enseñó como la introducción a la fe.

(iii) Pero aun contando con estas narraciones, san Lucas intenta una propia, para lo cual no se contenta con el material contenido en aquellas sino que él mismo investiga “todo” (πᾶσιν, *pasin*), “cuidadosamente”, “con diligencia” (ἀκριβῶς, *akribós*), “en orden secuencial” (καθεξῆς, *kathexés*). Estas tres palabras ponen de manifiesto el carácter de este cuidadoso historiador. Y solo puede significar que ha realizado una investigación pormenorizada, interrogando a los testigos más cualificados de los hechos que narra. Entre ellos la misma Madre de Jesús (o alguien muy allegado a Ella), que debe ser la fuente de los sucesos de la infancia del Señor, como delicadamente da a entender san Lucas al aludir un par de veces a lo que sucedía en el interior de su alma: “María meditaba estas cosas en su corazón”, lo que solo puede saberlo de su misma boca.

(iv) El valor histórico de estos sucesos vuelve a emerger en la intención de que su lector, Teófilo, se percate de la “solidez” o “firmeza” (τὴν ἀσφάλειαν, *tèn asfáleian*) de lo que ha recibido.

(v) ¿Quién es Teófilo? Se han propuesto dos hipótesis. La primera que se trataba de un cristiano ilustre a quien Lucas dedica este escrito. La segunda que es nombre ficticio con el que pretende, el autor, referirse a todo cristiano, pues *teo-filo* significa amador de Dios, y por tanto, bien podría ser que con este delicado término el médico Lucas quiera aludir a todos aquellos que han puesto su corazón en Dios. En tal caso, su Evangelio estaría dirigido a todos nosotros, siempre y cuando nos pongamos en la escuela de los *amatores Dei*.

NACIMIENTO DE JESÚS

La anunciación de Juan, el Precursor (1,5-25)

⁵ Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote, llamado Zacarías, del grupo de Abías, casado con una mujer descendiente de Aarón, que se llamaba Isabel; ⁶ los dos eran justos ante Dios, y caminaban sin tacha en todos los mandamientos y preceptos del Señor. ⁷ No tenían hijos, porque Isabel era estéril, y los dos de avanzada edad. ⁸ Sucedió que, mientras oficiaba delante de Dios, en el turno de su grupo, ⁹ le tocó en suerte, según el uso del servicio sacerdotal, entrar en el Santuario del Señor para quemar el incienso. ¹⁰ Toda la multitud del pueblo estaba fuera en oración, a la hora del incienso. ¹¹ Se le apareció el Ángel del Señor, de pie, a la derecha del altar del incienso. ¹² Al verle Zacarías, se turbó, y el temor se apoderó de él. ¹³ El ángel le dijo: “No temas, Zacarías, porque tu petición ha sido escuchada; Isabel, tu mujer, te dará a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Juan; ¹⁴ será para ti gozo y alegría, y muchos se gozarán en su nacimiento, ¹⁵ porque será grande ante el Señor; no beberá vino ni licor; estará lleno de Espíritu Santo ya desde el seno de su madre, ¹⁶ y a muchos de los hijos de Israel, les convertirá al Señor su Dios, ¹⁷ e irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y a los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto”. ¹⁸ Zacarías dijo al ángel: “¿Cómo podré estar seguro de esto? Porque yo soy viejo y mi mujer avanzada en edad”. ¹⁹ El ángel le respondió: “Yo soy Gabriel, el que está delante de Dios, y he sido enviado para hablarte y anunciarte esta buena nueva. ²⁰ Mira, te vas a quedar mudo y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas, porque no diste crédito a mis palabras, las cuales se cumplirán a su tiempo”. ²¹ El pueblo estaba esperando a Zacarías y se extrañaban de su demora en el Santuario. ²² Cuando salió, no podía hablarles, y comprendieron que había tenido una visión en el Santuario; les hablaba por señas, y permaneció mudo. ²³ Y sucedió que cuando se cumplieron los días de su servicio, se fue a su casa. ²⁴ Días después, concibió su mujer Isabel; y se mantuvo oculta durante cinco meses ²⁵ diciendo: “Esto es lo que ha hecho por mí el Señor en los días en que se dignó quitar mi oprobio entre los hombres”.

(i) El episodio con que se abre la gran narración lucana tiene lugar en los días de Herodes. Herodes el Grande –Herodes I– vivió del 73 a. C. hasta el 4 a. C. (tenemos en cuenta los 5-7 años de error de cálculo de Dionisio el Exiguo, que estableció el nacimiento de

Cristo en el año 753 de la fundación de Roma). Fue rey de Judea, Galilea, Samaria e Idumea desde el 40 a. C. hasta su muerte, ocurrida en el 750 de la fundación de Roma, siempre en calidad de vasallo de esta última. “Los tiempos de Herodes”, a los que se refiere san Lucas, son los últimos años de este reinado de tristísima memoria social y política si tenemos en cuenta su sangrienta actuación, pero de gloria sin comparación si atendemos a los acontecimientos redentores de los que fueron contemporáneos.

(ii) San Lucas introduce la figura de un sacerdote de nombre Zacarías. Los sacerdotes judíos se dividían en grupos y este pertenecía al de Abías, uno de los veinticuatro en que se distribuían los casi veinte mil descendientes directos de Aarón. Fuera de las fiestas de Pascua, Pentecostés y los Tabernáculos, el ministerio se ejercía solo por turnos, dos veces al año, una semana cada vez. Como cada grupo tenía cerca de mil sacerdotes se sorteaba a quién tocaba encargarse del sacrificio. Uno de los oficios, el que desempeña en esta ocasión a Zacarías, era el del incienso. Ignoramos si ya lo había ejercido alguna otra vez, o esta era la primera (y quizá la única, ya que con tantos, algunos no podían ejercerlo nunca). El ofrecer incienso sobre el llamado “altar del incienso” se realizaba dos veces al día. En esta circunstancia, encontramos al buen sacerdote Zacarías, en el momento más importante de su vida.

(iii) Estaba casado con una mujer que descendía de línea también sacerdotal, de Aarón; su nombre era Isabel. De ambos se nos dice que eran “justos”, término de los más elogiosos de la Sagrada Escritura para indicar la rectitud del corazón ante Dios; el mismo encomio recibirá, más adelante, José, esposo de María. Lucas resume lo que significaba al decir: “caminaban sin tacha en todos los mandamientos y preceptos del Señor”. Las cosas no han cambiado; también la rectitud de la voluntad sigue siendo caminar por el sendero de los mandamientos divinos *sin tacha*. Jesús lo diría más adelante: “el que me ama guarda mis palabras”, es decir, sus mandatos. Los dos eran de edad avanzada, lo que en aquellos tiempos no necesariamente significaba una extrema vejez, pues las expectativas de vida eran mucho menores que las nuestras. Quizá tuvieran unos 50-60 años. No tenían hijos en razón de que Isabel era estéril.

(iv) De la ceremonia que toca a nuestro personaje san Lucas ofrece pocos detalles. Un comentarista nos la explica: “Los sacerdotes de las veinticuatro castas se sucedían regularmente en el servicio del templo. Todas las mañanas se «sorteaban» las diversas funciones que correspondían a cada grupo que estaba de turno. Sobre las nueve de la mañana y sobre las tres de la tarde se ofrecía el «sacrificio perpetuo» preceptuado en la Ley (Ex 29,38; Núm 28,3; 4,8). Se inmolaba un cordero; pero, antes de ponerlo en el altar de los holocaustos, cinco sacerdotes se acercaban al *Sancta* desde al atrio de los sacerdotes y, penetrando en el *Sancta*, renovaban las brasas. Uno de los sacerdotes llevaba un incensario de oro, y otro un vaso de oro con brasas encendidas, tomadas del altar de los holocaustos. Después de adorar la divina Presencia, se retiraban, excepto el que estaba en el centro. Este era Zacarías. Al darse desde fuera la señal para ofrecer el incienso, lo esparcía sobre el altar de los perfumes. En este momento, el pueblo oraba fuera, uniéndose así el humo del incienso con la plegaria del pueblo, que aquél significaba. Por eso se exigía que el rito fuese rápido. Luego debía salir y, unido con los oficiantes, se adelantaba hasta el atrio de Israel, donde daba la bendición que se lee en el libro de los Números (6,24-26)”¹.

La oración era:

“Yahveh te bendiga y te guarde;
ilumine Yahveh su rostro sobre ti y te sea propicio;
Yahveh te muestre su rostro y te conceda la paz”.

(v) Estando en esa situación se le aparece “el Ángel del Señor”, quien más tarde revelará su nombre propio llamándose Gabriel. Es el mismo mensajero que se había presentado cinco siglos antes al profeta Daniel para anunciar el tiempo que restaba hasta la venida del Señor (cf. Dn 9,21); ahora vuelve para anunciar la inminencia del cumplimiento. El hecho de que se mostrase “a la derecha del altar” indicaba solemnidad, y por eso lo hace notar san Lucas. Zacarías temió y se turbó, entre otras cosas, quizá, porque los judíos pensaban que ver al Ángel del Señor y seguir viviendo eran

¹ Manuel de Tuya, *Evangelios*, II, 750 (ver las referencias bibliográficas completas al final del libro).

incompatibles, como leemos más de una vez en el Antiguo Testamento.

(vi) En su mensaje el ángel alude a una petición de Zacarías, pero no dice cuál es. Por lo que sigue ha de suponerse que habría pedido a Dios la gracia de un hijo. Siendo ancianos él y su esposa, es de creer que la habrían hecho mucho tiempo atrás. ¡Y su cumplimiento venía a darse quizá muchos años después, cuando ya nada hacía pensar en ella! ¡Así son los tiempos de Dios! Nuestras peticiones se insertan dentro del marco del magnífico plan divino. Dios no solo nos ve como individuos sino como parte de un pueblo, el suyo, y de toda la humanidad. La respuesta a nuestras oraciones no solo nos afecta a nosotros sino a todos aquellos cuyo cumplimiento tocará de una manera u otra. Zacarías e Isabel pedían un hijo, y era voluntad de Dios responder con creces esa oración, porque la oración nunca defrauda. Pero el “niño-respuesta” no podía venir en cualquier momento, ya que él tendría una misión que cumplir y el tiempo de esa misión no había llegado todavía. Años debían pasar, y pasaron, hasta el momento en que encontramos a Zacarías en el templo de Dios. ¿Cuántas de nuestras peticiones no estarán sujetas a la misma lógica y lo que nosotros consideramos oídos sordos de Dios no son sino “tiempos de Dios”?

(vii) El ángel del Señor da una detallada descripción del hijo que tendrá Isabel. Hasta el nombre ha sido decidido en el cielo: deberá imponérsele el de Juan. Este correspondía al hebreo Yehohanan en su forma abreviada de Yohanan, y significaba “Yahvé hizo gracia o favor”. Zacarías probablemente lo entendería como el favor recibido por él y su esposa, pero Dios apuntaba más alto. Es el favor que está por recibir el mundo entero y en particular Israel. Juan es precursor del Verbo incluso con su nombre, que anuncia la Gracia que ha de venir. De ese niño se nos refieren varios rasgos. Ante todo, será motivo de gozo, tanto para sus padres como para “muchos”. Misteriosamente el ángel deja en penumbras esos “muchos” para quienes él traería el gozo. Más adelante Zacarías recibiría un poco más de luz, al desatársele la lengua en el nacimiento de su hijo.

Será, además, “grande ante el Señor”, y ciertamente muy grande, pues le tocará en suerte cerrar todo el antiguo profetismo de

Israel señalando con su propio dedo al Esperado de todos los siglos y de todas las naciones.

Su vida interior viene descrita como la de los nazireos, es decir, la de los que se consagraban a Dios. De las obligaciones de estos solo se menciona que “no beberá vino ni bebida fermentada” (cf. Núm 6,3-4; 1Sam 1,15; Jue 13,14). Pero más importante todavía es la afirmación de que estará lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre. Realmente en esto se anunciaba una misión inmensamente grande, semejante a la del profeta Jeremías (cf. Jr 1,5). Su poder y espíritu serán los de Elías, que era el profeta-símbolo de Israel. Lo cual era, además, un anuncio mesiánico, porque los rabinos enseñaban que antes del Mesías vendría el profeta Elías a preparar su venida, a ungirle y a presentarle al pueblo

Su misión viene descrita como de conversión y preparación moral. Se habla de “preparar al Señor un pueblo bien dispuesto”, aunque no se dice todavía para qué. Las disposiciones morales se sintetizan en dos: volver los corazones de los padres a los hijos y los rebeldes a la prudencia de los justos. Malaquías había profetizado que el Señor volvería los corazones de los hijos a sus padres, es decir, a la pureza de la fe de los mayores. Pero aquí la frase está al revés: son los corazones de los padres los que se vuelven a los hijos. Algunos exégetas proponen que solo quiere decir “con” (unos corazones *con* otros); es decir, unirá los corazones de padres e hijos en la conversión moral que preparará la llegada del Mesías. Espiritualmente, sin embargo, también puede entenderse que la conversión que prepara el corazón para recibir a Dios consiste en que los padres, los hombres ya hechos en la vida, se hagan sencillos como sus hijos pequeños. “Si no nos hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos”.

(viii) La duda de Zacarías. Las palabras que el anciano sacerdote dirige al mensajero, manifiestan un fondo de escepticismo. No se trata, indudablemente, de una duda acerca de la omnipotencia divina para obrar el prodigio; quizá la vacilación provenga de lo “demasiado buena” que parece la promesa. No conocemos el carácter de nuestro personaje y sabemos que no debemos especular sin datos, pero nos animamos a pensar que con el paso de los años sin tener novedades sobre sus peticiones, se habría formado, como tantas

personas, un humor más bien pesimista. De ahí que ponga al ángel “dificultades humanas y naturales”: “mi mujer y yo somos viejos; esto que prometes parece casi imposible”.

(ix) El signo de un ángel enojado. Zacarías pidió un signo, es decir, exige que Dios le dé, por adelantado, una muestra de su poder; la recibirá de una manera inesperada. Es un “signo-punitivo”. El ángel, que en este momento le revela su nombre, lo que da una solemnidad del todo particular al episodio y hace temblar a Zacarías (porque revelar el propio nombre es dar a conocer la propia naturaleza), le dice que por señal de que Dios cumplirá su palabra, él, Zacarías, quedará mudo hasta que estas cosas se cumplan. Y le refriega en la cara que sabe de sobra que no le ha creído: “no diste crédito a mis palabras”. Las apariciones de los ángeles no siempre vienen acompañadas de cánticos angelicales; en este caso resonaron truenos y trompetas judiciales.

(x) Todo esto sucedió en un lapso de tiempo muy superior a lo que tomaba la ceremonia del incienso, por lo que el pueblo comenzó a extrañarse. Y al salir Zacarías y constatar su mudez — trataba de hacerse entender por señas— comprendieron que había tenido una experiencia sobrenatural. El anciano, sin embargo, a pesar de todos estos hechos, no se volvió inmediatamente a su aldea, sino que permaneció en el santuario todo el tiempo que su grupo sacerdotal estuvo de turno, y solo regresó a su casa cuando este llegó a su término.

(xi) La preñez de Isabel. Ni bien llegó (“días después”, dice el texto) la anciana quedó encinta. San Lucas añade el detalle de que se mantuvo oculta cinco meses y que lo hizo diciendo “Esto es lo que ha hecho el Señor por mí en los días en que se dignó quitar mi oprobio entre los hombres”. Hermoso compendio de algunos puntos de vista de los judíos piadosos de aquel tiempo. Lo primero que destaca en sus palabras es que la esterilidad era considerada un oprobio ante los hombres; un castigo divino. En un pueblo que esperaba al Mesías como fruto de su descendencia, esto era más que comprensible; permanecer estériles era quedar excluidos de poner los medios para transmitir la estirpe y, por tanto, perder la esperanza de que el Mesías surgiera de su propia simiente. Lo segundo que notamos, es que el rasgo de ocultarse no respondía a vergüenza

alguna, pues, precisamente, la preñez le había quitado el oprobio. Era, pues, un gesto de gratitud para con Dios. Quizá el cumplimiento de un voto hecho tiempo atrás en caso de que su oración fuese oída por Dios. En todo caso, se trata de un sacrificio agradecido por haber sido favorecida de manera milagrosa.

La anunciación a María (1,26-38)

²⁶ Al sexto mes fue enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, ²⁷ a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la casa de David; el nombre de la virgen era María. ²⁸ Y entrando, le dijo: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”. ²⁹ Ella se conturbó por estas palabras, y discurría qué significaría aquel saludo. ³⁰ El ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios; ³¹ vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. ³² El será grande y será llamado Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre; ³³ reinará sobre la casa de Jacob por los siglos y su reino no tendrá fin”. ³⁴ María respondió al ángel: “¿Cómo será esto, puesto que no conozco varón?” ³⁵ El ángel le respondió: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios. ³⁶ Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez, y este es ya el sexto mes de aquella que llamaban estéril, ³⁷ porque ninguna cosa es imposible para Dios”. ³⁸ Dijo María: “He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra”. Y el ángel dejándola se fue.

(i) San Lucas ubica este nuevo acontecimiento seis meses más tarde de la concepción de Juan el Bautista, esta vez en la fértil Galilea; más propiamente en una aldea llamada Nazaret. Nazaret sería, en aquellos días un simple villorrio o caserío surgido, probablemente, en torno a la fuente que hoy en día los habitantes denominan “La fuente de la Virgen”. La localidad no se nombra en el Antiguo Testamento ni una sola vez; tampoco lo hacen Flavio Josefo ni los libros del Talmud. No debe sorprendernos que tres

décadas más tarde Natanael, nacido en las cercanías, en la aldea de Caná, hablara con cierto desdén del lugar: “¿Puede salir algo bueno de Nazaret?” (Jn 1,46). El hecho de que al volver la sagrada familia de Egipto, torne a instalarse en Nazaret, indica que tanto María como José, tenían allí sus raíces, sus parientes, y sus conocidos. San Mateo dice que Dios dispuso que Jesús creciera en este poblado “para que se cumpliera la profecía según la cual el Mesías sería llamado Nazareo”, jugando con la similitud del apelativo de los oriundos del lugar, *nazareno*, con la expresión *nazareo*, o consagrado a Dios. San Lucas no alude a esta profecía, pero sitúa la escena de la anunciación en este poblado, que en aquellos tiempos ocuparía la parte oriental del actual, que mira al valle de Esdrelón, a los pies del monte Nebi Sain, a casi 300 metros sobre el nivel del mar. Las excavaciones arqueológicas, especialmente las realizadas por el P. Bellarmino Bagatti en 1955, mostraron que las casas, en los tiempos de María, constaban de grutas cavadas en la pendiente de la colina; de éstas, las más ásperas y desnudas, servían de depósitos y las más cómodas, luego de añadirles por delante alguna rudimentaria pieza, se transformaban en habitación. Recientes trabajos, en 2009, descubrieron, a pocos metros de la basílica de la Anunciación, una casa de época herodiana, que deja patente la sencillez y pobreza de las moradas de la época, y nos ayuda a hacernos una idea de cómo viviría María en aquellos tiempos. En cuanto a la etimología del nombre “Nazaret”, es incierta. Para San Jerónimo significa “flor, brote”. Para otros se traduciría como “guardiana”, “custodia”, a causa, quizás, de su posición elevada respecto a la llanura oriental, y por las colinas que la circundan, las cuales parece que formarían en torno a ella un collar de protección.

(ii) De María se nos dan pocos –aunque valiosos– detalles. Se dice que era *virgen*, que *estaba llena de gracia* y que estaba *desposada*. Nada, en cambio, se aduce de su familia. La tradición menciona los nombres de Ana y Joaquín como los de sus padres; y como posibles cunas de su nacimiento tres localidades: Séforis, (en las cercanías de Nazaret), la misma Nazaret y Jerusalén. Esta última porque siendo Joaquín, siempre según la tradición, pastor de ovejas, era lógico que se trasladara a la capital varios meses del año, para poder vender su rebaño en las cercanías del templo donde se

requerían tantas víctimas para los sacrificios rituales. Muchos pastores hacían sus campamentos en las cercanías de la piscina Probática, la de los cinco pórticos, donde se lavaban las ovejas antes de ser ofrecidas a la venta. De aquí que la tradición haya señalado este lugar como uno de los candidatos para el nacimiento de María. Sobre la antigua piscina, en la que haría Jesús uno de sus milagros, los bizantinos construyeron un templo en el que predicaría algunos de sus más admirables sermones marianos el insigne san Juan Damasceno (allí, hablando de María santísima iba a decir: “Esta es la verdadera Probática, en la que se hacen puras las ovejas que se bañan en Ella”). Hoy en día, a pocos metros se yergue una hermosa basílica que los cruzados dedicaron a santa Ana, para recordar el nacimiento de su hija admirable.

(iii) Al momento de la anunciación María estaba ya desposada. San Mateo añadirá que “aún no vivían juntos”, es decir, en la misma casa, pues el verbo *συνέρχομαι* (*synérjomai*) indica tanto la cohabitación conyugal como cualquier forma de reunirse, asociarse, juntarse, acompañarse, congregarse, etc. Debemos, pues, traducirlo, según todo el conjunto del relato solo como vivir bajo el mismo techo. Los judíos distinguían entre el desposorio y el matrimonio; uno tenía lugar un año antes del otro. Por lo general, las muchachas se desposaban entre los 12 y los 13 años, y los jóvenes varones entre los 18 y los 24. Un año más tarde tenía lugar la celebración del matrimonio, en la que un cortejo (el de los llamados “amigos del novio”) llevaba solemnemente a la novia a casa del esposo. Esta institución del desposorio tenía efectos jurídicos muy precisos: si se concebía un hijo en ese tiempo, este era legítimo; si la mujer era infiel, se la consideraba adúltera; si el esposo moría, ella era viuda y tenía el derecho del levirato (es decir, el hermano del difunto quedaba obligado a desposarla y darle descendencia, pasando a considerarse al primer hijo de esta nueva unión como hijo del difunto); si quería anularse el desposorio, debía entregarse el libelo de repudio como en un divorcio cualquiera de los permitidos por la ley de Moisés.

(iv) San Lucas dice que María era *παρθένος* (*parthénos*), virgen. En sí la expresión simplemente indica el estado de la persona en el momento en que se la describe, sin referencia a su futuro. Pero

la pregunta que la jovencita dirige al ángel (“¿cómo puede suceder esto si yo no conozco varón?”) expresa, por un lado, que Ella sabe bien cómo se traen los hijos al mundo, y, por otro, que no tiene intención futura de llevar a cabo ninguna práctica conyugal. En efecto, el ángel anuncia una concepción futura y no pasada; le dice “concebirás... darás a luz...”, y no “has concebido”. No le dice, por tanto, que “ya” esté encinta. Era obvio, entonces, que una joven desposada, aunque al momento virgen, si tenía intenciones de vivir una vida conyugal ordinaria, entendiera que tal anuncio se haría realidad a su debido tiempo y según las vías normales del “conocimiento” entre una mujer y su esposo. Su pregunta, pues, no revela una exagerada inocencia sino una intención ponderada y definitiva de no conocer varón. Era pues, una virgen con intención de seguir siendo tal de por vida. Y aunque esto no fuera muy común en Israel, no faltan, sin embargo, testimonios de un aprecio de la virginidad perpetua entre algunos grupos de aquel tiempo, como, por ejemplo, los esenios. El mismo Juan Bautista no se desposará, ni lo hará Jesús.

(v) Estando así las cosas, es inadmisibile que José ignorase la resolución de su esposa, pues por cuestión de justicia y para dar razón de la determinación con que María responde al ángel, es de suponer que el joven esposo estuviera al tanto de las disposiciones de María y que las hubiera aceptado, teniendo determinado, también él, vivir virginalmente. De José se nos dice que pertenecía a la casa de David. Una tradición cristiana ha sostenido que también María era de la misma stirpe. Así enseñaron, por ejemplo, San Ignacio de Antioquía, San Ireneo y San Justino. La construcción gramatical, en efecto, puede entenderse tanto de José, como generalmente se hace, como de la misma María, leyéndose en tal caso: “a una virgen de la casa de David, desposada con un varón de nombre José”. Esto concordaría con lo que dice san Pablo en Rm 1,3, que Jesús es descendiente de David “según la carne”, lo que cabe más ajustadamente si se entiende de María. Pero de todos modos, siendo José verdadero padre adoptivo, jurídicamente lo hacía pertenecer a su propia Casa, que era la de David; por tanto, la pertenencia de María a esa ascendencia es de libre discusión.

(vi) Un detalle nada menor es la intervención del Ángel, a quien san Lucas identifica como Gabriel, es decir, el mismo que tercia en el anuncio a Zacarías. De él se nos dice que “fue enviado por Dios”. “Aunque, absolutamente hablando, dice Roschini en su célebre *Vida de la Virgen María*, el Verbo hubiese podido, sin anuncio previo, encarnarse en María, su criatura, y por consiguiente sujeta a Él en todo, era sin embargo conveniente, por muchas razones que Él, antes de tomar carne en ella, le notificase su divino designio. Tal conveniencia resulta tanto por parte de la Virgen Santísima como por parte de la humana naturaleza. Pues, con tal anuncio, la Virgen Santísima era constituida en testigo certísimo y aptísimo del gran misterio «escondido desde todos los siglos en Dios»; venía a unirse al Hijo de Dios, según lo exige el recto orden, primeramente con el alma mediante el conocimiento del misterio, y después con el cuerpo mediante la generación; era colocada en la condición de ofrecer a Dios libremente su homenaje, mostrándose pronta a la señal de su divino beneplácito, y dispuesta, mediante las virtudes ejercidas con su consentimiento y con la correspondencia a las singularísimas gracias que Dios le prodigó en aquel momento, a ser digna Madre del Verbo Encarnado. Este libre y generoso consentimiento de María, luego que conoció el designio divino sobre Ella relativo a la Encarnación del Verbo, dio, por así decir, el último toque a esa obra maestra de la gracia y la dispuso a la altísima dignidad de Madre de Dios”. Y continúa el mismo autor: “Tal anuncio, convenientísimo por parte de la Virgen Santísima, no lo fue menos por parte de la humanidad. En verdad la Encarnación, como enseña Santo Tomás, es una especie de matrimonio espiritual del Verbo con la naturaleza humana, y es sabido que el matrimonio requiere el consenso de ambas partes contrayentes. Ahora bien, el consentimiento por parte del Verbo se tuvo en el hecho mismo de que Él asumió libremente nuestra carne para redimirnos, en tanto que el de la naturaleza humana fue dado por María, la cual, en aquel momento, la representaba del modo más digno posible, porque en Ella se había completamente rehabilitado. El Divino Poeta, Dante, cantó egregiamente: «Tú eres Aquélla que la natura humana / honraste tanto, que su Hacedor / no desdeñó hacerse de su hechura»”.

(vii) Las primeras palabras que San Lucas pone en boca del ángel corresponden al saludo introductorio, y constituyen lo que Roschini, dividiendo el anuncio celestial en tres intervenciones sucesivas, llama “el primer coloquio”. Es el saludo griego, χαῖρε (*jaire*), que evidentemente no es el que usó el mensajero con María, a quien hablaría en su lengua materna, el arameo, pero era el equivalente que podían entender los lectores del evangelista. Χαῖρω (*jaíro*) significa estar alegre, calmadamente feliz; pero también se usa de modo impersonal como saludo al encontrarse o despedirse, con la idea de “que estés bien”. Los griegos acostumbraban augurar, en sus saludos, la alegría, así como los romanos deseaban la fuerza; los hebreos, en cambio, solían desear a sus interlocutores la paz, o sea el tranquilo goce de todo bien. De ahí que las palabras del ángel hayan sido: “la paz sea contigo”, “shalom lak”, salutación habitual en el Antiguo Testamento, que oímos, por ejemplo, en boca del ángel que se aparece a Gedeón (Jue 6,23) y en la del personaje, también angélico, que se presenta a Daniel (Dn 10,19). Tal modo de saludar tenía un sentido religioso, razón por la cual Jesús lo impone a los Apóstoles diciendo: “Al entrar en cualquier casa, decid antes que nada: Paz sea en esta casa” (Lc 10,5).

(viii) La κεχαριτωμένη (*kejaritoméne*). En el saludo angélico María recibe el equivalente a un nuevo Nombre que expresa su realidad espiritual: ella es la κεχαριτωμένη (*kejaritoméne*), “la llena de gracia” (la Vulgata tradujo: *gratia plena*). Toda la tradición cristiana ha visto en esta expresión la magnífica declaración divina de la plenitud de gracia en María, recibida en razón de la maternidad a la que fue llamada. La inmediatez con la Fuente de la gracia, que es el Verbo, exigía de su madre una plenitud singularísima de santidad. Sobre esta expresión escribe Tuya: “El *gratia plena* está redactado en griego por la palabra *kejaritomene*. Es palabra tan rara, que este verbo (*jaritáo*) sólo sale doce veces en toda la literatura griega desde el siglo II antes de Cristo hasta el siglo V después de Cristo. Aparece con seis sentidos diferentes. La elección de esta palabra tan rara indica ya una intención muy especial en el autor: se diría algo inusitado. Por el solo análisis exegético no cabría deducir una plenitud absoluta de gracia, ya que los verbos en -oo son «factitivos»; pero no se probó satisfactoriamente que sean también

de «plenitud». Lucas dice del Bautista y de San Esteban que estaban «lentos del Espíritu Santo» (1,15; Hch 7,55). Por eso, el uso aquí de esta palabra inusitada hace ver que se trata de indicar una plenitud de «agraciamento» por parte de Dios para ser su madre —«hallaste gracia delante de Dios»— desbordada y proporcionada a esta finalidad. Pío XII dice que con este saludo, «tal como la tradición católica lo ha entendido», se indica la plenitud de todas las gracias divinas². Las versiones de la Vulgata, del siríaco y del copto traducen “llena de gracia”, la versión gótica: “dichosa por gracia”, las versiones armenia y etiópica traducen “colmada de alegría”, como si derivara de *χαρά* (alegría); el término en hebreo probablemente fuera *bat hen* (“hija de la gracia”)³. La expresión *κεχαριτομένη* (*kejaritoméne*) es el perfecto de la voz pasiva de *χαριτω* (*jaritoo*). Se trata de una acción *realizada* en María (de ahí el uso pasivo); el autor de la acción es, en este caso, Dios, como dice a continuación el mismo ángel reforzando la idea con “el Señor es contigo”. Pero la expresión está aquí usada como pronombre, o sea, como indicando la identidad de María. No dice solamente que Ella “está colmada de gracia”, sino que Ella “es” “La-llena-de-gracia”. La plenitud de la que se habla aquí es algo pasado (*tiempo perfecto*) aunque no se indica el momento temporal en que ha sucedido esta plenificación; la tradición teológica lo ha identificado con el momento de su concepción inmaculada.

(ix) El ángel continúa dando razón de título tan singular: “El Señor [es] contigo” (ὁ Κύριος μετὰ σοῦ, *ho Kýrios metà soû*). La expresión *μετὰ* (*metà*), “con”, indica una presencia activa de Dios. Ella es *kejaritoméne* porque el Señor está con Ella, actuando eficazmente en su interior. Notemos que esta afirmación no es un saludo, es decir, no tiene, como explica Roschini, “sentido optativo o augural”, como si dijera “el Señor *sea* contigo”. Por el contrario, se expresa en sentido indicativo presente: “el Señor *es* contigo”. Es la razón de su plenitud, pues, como dice San Bernardo, “¿por qué maravillarse de que María esté llena de gracia, desde el momento que

² Manuel de Tuya, *Evangelios*, II, 755. La alusión a Pío XII pertenece a la Encíclica *Fulgens corona*.

³ Cf. *Lexicon Graecum Novi Testamenti*, Roma (1990), col. 1440.

el Señor estaba con Ella?”⁴ Es también la razón que le da el ángel para asegurarla en cuanto a lo que va a anunciarle (y, por tanto, a pedirle) de parte de Dios, o sea, su importante y difícil misión maternal respecto del Mesías.

(x) La reacción de María ante el saludo angélico fue turbarse espontáneamente. San Lucas resalta que la turbación se produjo por las palabras del ángel, es decir, por no entender el significado de tan laudatoria salutación. La jovencita, en cambio, no parece experimentar una turbación análoga por la presencia misma del ángel, a diferencia de las angelofanías relatadas en el Antiguo Testamento, en las que los agraciados se llenaban de pavor pensando que podían morir (cf. Jue 13,22). La actitud particular de Nuestra Señora ha llevado a pensar a algunos autores que ella ya habría sido agraciada con alguna visión angélica, pero nunca con un saludo tan singular; esto, sin embargo, entra en el plano de las piadosas conjeturas, sin fundamento bíblico.

(xi) El ángel vuelve a tomar la palabra en lo que el eminente mariólogo Roschini designa como “segundo coloquio”. Esta vez anuncia la concepción y el futuro parto de Jesús. A decir verdad, vuelve sobre sus palabras preliminares, que han causado la turbación de la Niña, haciéndolas más comprensibles o, al menos, reafirmando (como quien dice: “has oído correctamente, aunque te hayan parecido cosas demasiado maravillosas”). Dice, pues, el ángel: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios”. El “no temas”, apunta a la alteración que el saludo ha causado, y no es sino la repetición del “shalom lak”, “la paz contigo”, ahora en forma de “recupera tu paz”. El “haz hallado gracia ante Dios” (εὕρες γὰρ χάριν παρὰ τῷ Θεῷ, *heyres gàr járin parà tô Theô*), explica el asombroso nombre que le ha dado: *Kejaritoméne*. El verbo griego εὕρισκω (*heyrísko*) significa obtener, encontrar, hallar. Ella es, pues, “llena de gracia” porque Dios ha querido agraciarla.

(xii) Y el emisario celeste pasa sin más preámbulos a anunciarle la maternidad mesiánica. Le dice que Ella concebirá y dará a luz un hijo. Advirtamos que no dice “un niño” sino “un hijo”, subrayando así que Éste será hijo de María, de su propia sangre, de

⁴ San Bernardo, *Homil. 3, super Missus est*, n. 2, PL 183, 72.

su propia carne. Añade, además, que el nombre del niño será Jesús. A Ella no le explica el motivo del nombre, como hará más adelante a José, pero era un nombre no infrecuente en su pueblo y Ella debía saber bien lo que expresaba: en hebreo *Yejoshúa* significa “Dios es salvación” o “El Señor es Salvador”.

(xiii) De ese Niño el ángel señala cuatro cualidades. La primera, que “será grande”. No explica en qué radicará su grandeza pero es claro que está presentando al nascituro como un héroe, alguien destinado a una obra extraordinaria. La segunda es que “será llamado Hijo del Altísimo”, lo que debe entenderse en el sentido de que “es” Hijo del Altísimo, pues no dice que esta consideración sea puramente aparente (al contrario de cuando el mismo san Lucas diga más adelante – Lc 3,23– que “lo creían –ὡς ἐνομίζετο, *hos enomízeto*– hijo de José”, pues el verbo νομίζω –*nomízo*–, usando en esa ocasión, se traduce como considerar, suponer, creer). Descubre, así, la naturaleza divina del hijo de María. En tercer lugar, dice que es descendiente de David, a quien llama “su padre”. Como a algunos les resulta insuficiente comprender estas palabras como referidas exclusivamente a la descendencia jurídica proveniente de José, afirman que ellas contienen la declaración implícita de que también María pertenecía a la casa de David, pero ya dijimos que bastaba con la paternidad putativa de José para que Jesús quedara adscripto a su “casa” o “familia”. De David, Jesús heredará el reino y ese reino no tendrá fin. Esto significa que no se tratará de un reino puramente temporal, porque todo lo temporal tiene una consumación; es, pues, un reino mesiánico, esencialmente espiritual e imperecedero.

(xiv) Ante la pregunta de María, a la que ya nos hemos referido (“¿cómo puede ser esto, pues yo no conozco varón?”), el ángel, en lo que Roschini llama ahora el “tercer coloquio”, completa la descripción del fruto virginal de Nuestra Señora, insistiendo en su naturaleza divina. Afirma, efectivamente, que el hijo engendrado será santo. El motivo de tal santidad proviene del hecho de que su concepción será efecto de la acción del Espíritu Santo que el ángel describe con palabras muy precisas: “el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra”. La expresión “cubrir con su sombra” (ἐπισκιάσει, *episkiásei*) es una alusión explícita al episodio del Antiguo Testamento –que María conocería bien– del Tabernáculo de Dios:

“La nube cubría (ἐπεσχιάζεν, *épesjiázen*) el tabernáculo, y la gloria de Yahvé llenaba la morada” (Ex 40,34). Es la teofanía definida como *shekiná*, o sea de la presencia de la Gloria de Dios en su tienda. Cuando los Setenta traducen esta “manifestación nubosa”, símbolo de la presencia de Dios en el tabernáculo, lo traducen por este verbo επισκιάζω (Ex 40,34; Num 9,18-22), el mismo que usa el ángel aquí y que usará san Juan en el Apocalipsis (7,15). Por tanto, esta frase del ángel significa que el Espíritu Santo –la acción divina– fecundará sobrenaturalmente a María; y que por esa fecundación la “virtud del Altísimo” –el poder divino– “bajará” a ella, “estará” en ella, como habitaba en el tabernáculo del desierto. Presentando así a María como templo, el ángel también le está diciendo que quien va a morar en Ella es Dios; o sea, que su Hijo, del que Ella va a ser tabernáculo y templo, o nueva Tienda-Santuario, es el Hijo de Dios. De ahí que añade: será llamado “Hijo de Dios”, no opinativamente (o sea, pensarán que es Hijo de Dios) sino sencillamente porque lo *es*.

(xv) Gabriel sabe que cuanto está anunciando es algo inaudito y esencialmente sobrenatural, por eso confirma espontáneamente esta promesa refiriéndole que Dios ya ha hecho otra intervención milagrosa en el orden de la maternidad, aunque inferior a la que ahora anuncia; y esto en alguien que María conoce: su prima Isabel, anciana y estéril, la cual “ya está de seis meses”. Y añade la razón de este portentoso: “Porque nada es imposible para Dios”. Lo que equivale a decir: tampoco lo que ahora te anunció es imposible para Dios.

(xvi) Ante las palabras angélicas, María pone incondicionalmente su corazón a disposición del Espíritu Santo con términos que solo Este mismo, por su densidad y precisión, puede haber inspirado: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según lo que has dicho”. Ella se declara δούλη (*douíle*) de Dios; esclava, toda de Dios. Es probable que estas palabras no indiquen meramente una decisión que María estaba tomando en ese momento, ante la revelación de las palabras angélicas. Más bien, da la impresión de que san Lucas descubre ligeramente el velo de la vida íntima de María, anterior a este episodio. Con tal exclamación se nos antoja que María recuerda a Dios, por medio de su Ángel, una disposición previa, como si dijera: “ya sabes que me he entregado a ti de modo

absoluto, en esclavitud total; por tanto, puedes hacer de mí según tus planes”. De ser así, María está reiterando una donación y consagración total de sí misma hecha mucho tiempo antes, por inspiración del mismo Espíritu Santo, de la cual el voto de virginidad perpetua constituía su parte material.

(xvii) Con este sí de María, el Ángel se retira de ella, dejándola en sus profundas meditaciones que versarían ahora sobre la Palabra de Dios, pero de una manera totalmente singular e irrepetible.

La visitación de María a Isabel (1,39-45)

³⁹ En aquellos días, se levantó María y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; ⁴⁰ entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. ⁴¹ Y sucedió que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, e Isabel quedó llena de Espíritu Santo; ⁴² y exclamando con gran voz, dijo: “Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; ⁴³ y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? ⁴⁴ Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ⁴⁵ ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!”

(i) “En aquellos días”. No tienen que haber pasado muchos días entre la anunciación y el viaje de Nuestra Señora, puesto que inmediatamente san Lucas añade que el viaje lo hizo “con prontitud”. Esto significa que probablemente María se decidió en el mismo momento en que el ángel le reveló la preñez de Isabel. El ángel no la había alentado a que la visitara; pero Nuestra Señora ve con claridad que su presencia puede ser en esos momentos muy conveniente para Isabel. Todo esto nos habla de la madurez espiritual de esta jovencita y de la solidez de su carácter, capaz de tomar decisiones y superar dificultades que no eran menores en aquellos tiempos, como esta, que implicaba ausentarse de su hogar y de su familia, sin dar claras razones. En efecto, ¿cómo podría explicar a los suyos, si estaban aún vivos, y a José, con quien ya estaba desposada legalmente, el verdadero motivo de su viaje sin aludir a la revelación angélica?

Pues Ella se las ingenia y parte sin dar razón de la situación de su prima, aun sabiendo que la compañía a Isabel le llevará al menos los tres meses que faltaban para el parto, y que a su vuelta, su propio estado sería notorio... El tiempo que se habrá demorado en partir no sería superior al indispensable para preparar el viaje que, aunque no muy largo para nuestros tiempos, sí lo sería en aquellos y sobre todo para una joven. Esta actitud de la Virgen nos muestra que, o bien María e Isabel tenían una relación muy estrecha, o bien tanto una como la otra no contaban con una familia muy numerosa de la que pudieran esperar la atención que una mujer encinta y entrada en años necesitaría. Lo más probable es lo primero. La diferencia de edad entre María e Isabel, una casi adolescente y la otra anciana, ha hecho pensar a algunos en que más que primas podrían ser tía y sobrina. No es improbable, puesto que el evangelista dice simplemente *συγγενής* (*syngenés*), que significa pariente de sangre, sin establecer ningún grado particular; la tradición las ha considerado primas, pero bien podría ser una expresión más genérica.

(ii) El evangelio tampoco ubica el lugar exacto en que vivía Isabel; dice, tan solo que se trata de la región montañosa de Judea. La tradición ha identificado el lugar con la hermosa aldea de Ain-Karim. En todo caso, se trataba de una aldea de aquellos entornos, distante de Nazaret unos ciento cincuenta kilómetros que Nuestra Señora transitaría, probablemente, acompañando alguna de las caravanas que recorrían el país. En aquellos tiempos un viaje como este tendría dificultades que a nosotros nos resulta difícil de percibir, y duraría unos tres días, quizá atravesando el Jordán y transitando la Decápolis, para evitar el camino de Samaría, tierra poco hospitalaria con los judíos. San Lucas, restringiéndose siempre a los datos más elementales nos deja ayunos de detalles e ignorantes sobre si viajó sola o en compañía de alguien; esto último, que sería lo más lógico tratándose de una jovencita, aunque debía vencer la dificultad de que María no explicaría a nadie lo conocido por boca del ángel, ni siquiera a José. Sea como fuere, María mostró su determinación y fuerza de voluntad al tomar esta decisión y llevarla a cabo con rapidez.

(iii) Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. El saludo de María tiene que haber sido al estilo oriental, lleno de ternura y

gentileza. Pero produjo un efecto del todo particular en Isabel, o mejor dicho en el niño que esta llevaba en su seno. Sus palabras hicieron que el niño saltara de gozo y que Isabel quedara, como consecuencia, llena de Espíritu Santo. Notemos que Isabel recalca el hecho de que el fenómeno fue producido por la voz de la Virgen: “ni bien llegó a mis oídos el sonido de tu saludo” (ἡ φωνὴ τοῦ ἀσπασμοῦ σου, *he fonè tou aspasmou sou*). Evidentemente la santificación producida en Isabel y en su fruto provienen del Verbo hecho carne que lleva María en su seno, pero Este comienza ya a servirse de su madre para hacer llegar la gracia a los hombres. María aparece en esta escena como canal de la gracia y puente entre Dios y los hombres, fuente incesantemente colmada por el manantial que habita sus entrañas, y que, una vez repleta con una plenitud desbordante, se derrama sobre quienes la rodean incluso usando la materialidad de su mismo timbre de voz.

(iv) El primero en percibir la santidad del Verbo que ha impregnado la voz de María es el niño, que, según afirma Isabel, salta de gozo. Algunos Padres de la Iglesia han sostenido que Dios milagrosamente ha elevado por un instante al hijo de Isabel a la lucidez mental necesaria para el acto de adoración del Niño Dios, que es la causa de este gozo. Esto es posible, pues el ángel ha advertido a María que no hay límites a la potencia divina, y la concepción de esta mujer anciana y estéril es la prueba. Pero no podemos saber si efectivamente esta es la explicación del misterio que nos relata el evangelio. Lo cierto es que a este momento se refería el ángel cuando profetizó a Zacarías que el hijo que le iba a nacer sería santificado desde el seno materno. Y esa santificación se desbordó sobre la propia madre.

(v) Isabel “quedó llena de Espíritu Santo”, señala san Lucas. La plenitud del hijo desborda sobre la madre, al igual que había sucedido en María unos días antes. Esa plenitud del Espíritu Santo se refiere a la gracia que Este comunica al alma, Se trata de una plenitud relativa, no absoluta, capaz de crecer y madurar con la correspondencia del alma a las inspiraciones divinas. No es una plenitud carismática, pues no se mencionan ni en María santísima, ni en Isabel, carismas particulares, pero sí dones del Espíritu Santo, es decir, hábitos que no se manifiestan en fenómenos externamente

portentosos, pero que realizan una obra silenciosamente extraordinaria en el alma, en el orden del conocimiento sapiencial, del amor de Dios y de la docilidad al Espíritu Santo.

(vi) El grito de Isabel. Dice san Lucas que Isabel, al percibir esta reacción de su hijo y al ser llenada de Espíritu Santo, “exclamó con gran voz”: ἀνεφώνησε φωνῇ μεγάλῃ (*anefónese fone megále*). Algunas versiones griegas en lugar de “fone” ponen “kraugē”, que significa clamor, griterío. En todo caso dio un fuerte grito. Porque las palabras de Isabel son palabras de alabanza a María pero también de sorpresa gratísima, ya que surgen de la revelación que ella recibe en ese momento respecto de su prima. Sus palabras condensan el misterio teológico que envuelve en esos momentos a María santísima:

a) “Bendita tú y bendito el fruto de tu seno”. Esta bendición es el paralelo humano de la bendición que pronuncia el cielo sobre María por boca del ángel al llamarla “llena de gracia” y “la que ha hallado gracia de parte de Dios”. Isabel manifiesta conocer aquí la presencia del hijo de María en su seno, que no puede advertir sino por especialísima revelación de Dios, recibida, probablemente, en el instante del salto exultante de su propio niño.

b) “Madre de mi Señor” (ἡ μήτηρ τοῦ Κυρίου μου, *he méter tou Kyriou mou*): es una proclamación evidente de la maternidad divina de María, pues el Kyrios del quien habla Isabel es Dios. San Lucas ya había usado poco más arriba esta expresión en el mismo sentido, en la anunciación a María: “el Señor [*Dios*] está contigo”. “Madre de mi Señor” y “Madre de mi Dios” son expresiones equivalentes.

c) La singular grandeza de María es puesta de manifiesto al proclamarse, Isabel, indigna de tal visita: “¿de dónde a mí [*tal honor*]?”. En realidad correspondía a Isabel el honor, como pariente mayor, sobre todo en un pueblo tan respetuoso de las canas y de los años, como el oriental; pero aquí se invierten las dignidades de la naturaleza, porque ha intervenido la sobrenaturaleza haciendo de María, la “madre del Señor”.

d) “Feliz por haber creído” o “feliz la que ha creído”. Ambas versiones son correctas, según como se lea la partícula griega “*oti*”. En el primer sentido la vierten los latinos y coptos, en el segundo los

griegos y sirios. O María es bienaventurada por causa de su fe; o bien María, la mujer de fe, es bienaventurada. Sea como sea, se proclama aquí la fe de Nuestra Señora. El objeto de su fe es designado con la expresión: “que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor”. María santísima ha aceptado, con un meritorio acto de fe, predicciones respecto del futuro. Estas predicciones son las que el ángel anunció a María sobre su maternidad y la misión futura del Niño que nacería de ella.

El Magnificat (1,46-56)

⁴⁶ *Y dijo María:*

“Engrandece mi alma al Señor

⁴⁷ *y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador*

⁴⁸ *porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava,*
por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán
bienaventurada

⁴⁹ *porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso,*
Santo es su nombre

⁵⁰ *y su misericordia alcanza de generación en generación*
a los que le temen.

⁵¹ *Desplegó la fuerza de su brazo,*
dispersó a los que son soberbios en su propio corazón.

⁵² *Derribó a los potentados de sus tronos*
y exaltó a los humildes.

⁵³ *A los hambrientos colmó de bienes*
y despidió a los ricos sin nada.

⁵⁴ *Acogió a Israel, su siervo,*
acordándose de la misericordia ⁵⁵
—como había anunciado a nuestros padres—
en favor de Abraham y de su linaje por los siglos”.

⁵⁶ *María permaneció con ella unos tres meses, y se volvió a su casa.*

(i) Inspirada por el Espíritu Santo, quien domina todos los personajes de esta encantadora escena, la Virgen prorrumpe en uno de los cantos más hermosos de la Sagrada Escritura, que guarda

semejanzas con el de Ana, en el primer libro de Samuel (cf. 1Sam 2,1-10).

(ii) Nuestra Señora hace, en este cántico, una lectura teológica de la historia, no solo de la suya propia y de la de su pueblo Israel, sino la de la humanidad entera. De hecho desenvuelve los tres círculos: el personal, el del pueblo elegido y de los hombres todos.

(iii) De sí misma habla en pasado, presente y futuro. Del *pasado* reconoce su propia nada; de hecho, la ταπείνωσις (*tapeínosis*), que nuestras Biblias traducen generalmente como “humildad” (ha mirado la *humildad* de su esclava), no indica la virtud moral de la humildad, sino un estado de humillación o bajeza, y más propiamente la circunstancia de desconocimiento, de joven ignorada de un villorrio ignoto. Por eso complementa la idea llamándose “esclava”. Sobre esta “poquedad” Dios “miró”, es decir, depositó sus ojos.

(iv) Del *presente* reconoce que tal mirada transformante de Dios ha realizado una maravilla. Cuatro siglos más tarde el Pseudo Dionisio diría —pensamiento que recoge Santo Tomás de Aquino— que el amor divino es siempre creador y transformador, es decir, no puede actuar sin dejar fruto: “Divinus amor non permisit eum sine germine esse”⁵: el amor divino no le permite [a Dios] actuar sin dejar fruto. El Aquinate usa este principio diciendo: “Donde se supone un amor especial de Dios hacia el hombre es necesario suponer también un bien especial dado al hombre por Dios”⁶. Por tanto, al posarse sobre Nuestra Señora, esa mirada amorosa ha producido “cosas grandes” (μεγαλεῖα, *megaleía*). No encontramos en sus labios cuáles han sido estas magnificencias, pero los relatos de san Lucas se han encargado de describirlas en detalle. En razón de esta obra divina, ella “engrandece” a Dios y “se alegra” en Él. *Engrandecer* significa aquí describir sus grandezas, cantarlas y relatarlas. La Virgen se convierte en rapsoda de Dios, en narradora de maravillas.

(v) Del *futuro* afirma que a partir de ese momento y para siempre, todas las generaciones la proclamarán bienaventurada; profecía que se ha cumplido de modo desbordante, e incluso nosotros

⁵ *De divinis nominibus*, IV, 10; MG 3, 708. Cf. In II Sent. Prolog.; Ibid., d. 1, q.2 a.1; CG I,91; IV,20; De Pot., 2, 3; 6,9; 10,2; In Io., V,20, lect.3.

⁶ S.C.G., III, 150.

mismos, al escribir estas líneas, damos cumplimiento a su profecía y testimoniamos la veracidad de la misma.

(vi) De todos los hombres, tanto gentiles como judíos puede entenderse lo que sigue: la misericordia y la santidad del nombre de Dios alcanzan a todas las generaciones que lo temen. Tres acciones de la divina justicia señala particularmente Nuestra Señora. Y las expresa en tiempo aoristo, con sentido pasado, porque pareciera que su perspectiva es la de quien mira la historia desde su final. Más aún, algunas de estas acciones no han ocurrido todavía, pero sabemos que infaliblemente se darán en su momento. La primera toca a los soberbios de corazón, de quienes dice: “los dispersó”. El verbo διασκορπίζω (*diaskorpízo*) significa aventar, desarraigar, esparcir. Es la acción del viento que ahuyenta el humo que brota de una chimenea, tornando nada lo que parecía negro y espeso. La segunda mira a los poderosos y a los que gobiernan el mundo, pues hace referencia a los tronos; de estos indica que Dios los derriba, mientras, por el contrario, eleva a los humildes. Καθαίρω (*kathaireo*) significa, en efecto, demoler, destruir, bajar. La tercera se refiere a los ricos, de quienes afirma que Dios los despide con las manos vacías, mientras que a los hambrientos los colma de bienes.

(vii) Es notable el sentido social de Nuestra Señora que nos revela este himno. Es un aspecto de su corazón que ya vislumbramos más arriba, cuando veíamos la determinación con que había tomado la decisión de viajar para atender a su gestante prima: tenía un carácter muy decidido y una clara percepción de la realidad en la que vivía, incluso de las circunstancias sociales en que se hallaba envuelta. Era una adolescente que no vivía entre brumas, a pesar de ser profundamente contemplativa.

(viii) En referencia a su pueblo utiliza el verbo ἀντιλαμβάνομαι (*antilambánomai*) que es traducido como socorrer, ayudar, beneficiar. E indica dos aspectos: el primero, es que esta obra proviene de la misericordia de Dios, por tanto, no de la justicia. La elección de Israel no responde a ninguna particularidad positiva del pueblo elegido, sino a la absoluta libertad divina informada por su misericordia: no por ser el mejor pueblo, sino por designios que nosotros no podemos explicar. Lo segundo es que cumplió todas las promesas hechas a Abraham y a su linaje.

(ix) San Lucas anota la circunstancia histórica de que María permaneció allí unos tres meses y luego retornó a su casa. No señala que esperara el nacimiento de Juan el Bautista, o que se quedara para ayudarla después del parto. Sobre este particular los Padres de la Iglesia tuvieron opiniones divergentes: mientras los latinos sostenían que habría estado hasta después del nacimiento, los griegos decían que no, y el motivo que aducían se refiere a las costumbres orientales, de las que ellos eran expertos: no correspondía a una joven virgen presenciar las circunstancias del parto.

El nacimiento de Juan (1,57-66)

⁵⁷ Se le cumplió a Isabel el tiempo de dar a luz, y tuvo un hijo. ⁵⁸ Oyeron sus vecinos y parientes que el Señor le había hecho gran misericordia, y se congratulaban con ella. ⁵⁹ Y sucedió que al octavo día fueron a circuncidar al niño, y querían ponerle el nombre de su padre, Zacarías, ⁶⁰ pero su madre, tomando la palabra, dijo: “No; se ha de llamar Juan”. ⁶¹ Le decían: “No hay nadie en tu parentela que tenga ese nombre”. ⁶² Y preguntaban por señas a su padre cómo quería que se le llamase. ⁶³ El pidió una tablilla y escribió: “Juan es su nombre”. Y todos quedaron admirados. ⁶⁴ Y al punto se abrió su boca y su lengua, y hablaba bendiciendo a Dios. ⁶⁵ Invadió el temor a todos sus vecinos, y en toda la montaña de Judea se comentaban todas estas cosas; ⁶⁶ todos los que las oían las grababan en su corazón, diciendo: “Pues ¿qué será este niño?” Porque, en efecto, la mano del Señor estaba con él.

(i) Poco después de la partida de Nuestra Señora, si es que, como apuntamos en el párrafo anterior, se fue antes del nacimiento, Isabel dio a luz a su hijo. Del relato de san Lucas, daría la impresión que sus vecinos y parientes se enteraron de la maternidad de Isabel recién en este momento, aunque bien podría ser un modo aproximado de decir las cosas. Al octavo día tenía lugar la ceremonia de la circuncisión, en la que tomaban parte no solo los padres sino toda la familia, ya que en el relato vemos que es el entorno familiar quien toma la iniciativa de ponerle nombre al niño. Estos querían ponerle Zacarías, como su padre. Pero tanto la madre como el padre

anuncian que se ha de llamar Juan, abreviatura de Yehojanán, que quiere decir regalo de Yahvé, o Yahvé es misericordioso; clara alusión tanto al carácter milagroso de la preñez de Isabel, cuanto a la misión misteriosa –pero de misericordia– que ese niño tendrá en los planes divinos.

(ii) Ni bien Zacarías confirma la decisión materna, escribiéndola en una tablilla, pues aún estaba mudo y sordo, recuperó el habla. El plazo de la profecía angélica se había cumplido y el castigo de su desconfianza estaba ya terminado. Y comenzó a hablar bendiciendo a Dios.

(iii) Estos acontecimientos mostraron a los vecinos que algo especial rodeaba a este hijo prodigioso; y san Lucas agrega que se preguntaban “¿Qué llegaría a ser?” Es probable que algunos ya pensaran que podría tratarse quizá del Mesías, aunque la mente de la gente se inclinaría más bien por juzgarlo un profeta. El detalle de que “cuantos oían estos sucesos los grababan en su corazón”, nos revela que en algunas de estas personas, o quizá en sus directos descendientes, tenemos las fuentes en las que abrevó Lucas.

(iv) Como motivo de la admiración de los conciudadanos de Juan, san Lucas dice “porque, en efecto, la mano de Dios estaba con él”. No sabemos si esto se refiere a estos hechos relacionados con su nacimiento o a otros de su infancia o al conjunto de su vida. Sabemos por el mismo Lucas que el Señor se comunicaba a Juan y le dirigía habitualmente su palabra, como dirá más adelante (Lc 3,2).

El Benedictus (1,67-79)

⁶⁷ *Zacarías, su padre, quedó lleno de Espíritu Santo, y profetizó diciendo:*

⁶⁸ *“Bendito el Señor Dios de Israel porque ha visitado y redimido a su pueblo.*

⁶⁹ *y nos ha suscitado una fuerza salvadora en la casa de David, su siervo,*

⁷⁰ *como había prometido desde tiempos antiguos, por boca de sus santos profetas,*

⁷¹ *que nos salvaría de nuestros enemigos y de las manos de todos los que nos odiaban*

⁷² *haciendo misericordia a nuestros padres y recordando su santa alianza*
⁷³ *y el juramento que juró a Abraham nuestro padre, de concedernos*
⁷⁴ *que, libres de manos enemigas, podamos servirle sin temor*
⁷⁵ *en santidad y justicia delante de él todos nuestros días.*
⁷⁶ *Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, pues irás delante del Señor para preparar sus caminos*
⁷⁷ *y dar a su pueblo conocimiento de salvación por el perdón de sus pecados,*
⁷⁸ *por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, que harán que nos visite una Luz de la altura,*
⁷⁹ *a fin de iluminar a los que habitan en tinieblas y sombras de muerte y guiar nuestros pasos por el camino de la paz”.*

(i) El Espíritu Santo sigue siendo el protagonista de este primer capítulo lucano y vuelve a ser mencionado respecto de Zacarías: “Zacarías, su padre, quedó lleno de Espíritu Santo, y profetizó”. El don profético de Zacarías puede ser entendido como una gracia carismática que lo lleva a cantar este cántico que, desde entonces, la Iglesia recita diariamente como resumen de la obra redentora y de la misericordia divina. Pero las gracias carismáticas no se ordenan primariamente a la santificación de la persona que las recibe sino al bien de los demás, y en este caso se dan ambas cosas, pues la referencia a la acción del Espíritu divino en Zacarías, si no me equivoco, es también del orden santificador personal. Zacarías fue elevado, en este momento, a un grado de gracia superior al que ya tenía.

(ii) Según Orígenes, citado por Santo Tomás en su *Catena Aurea*, las profecías contenidas en este cántico son dos: una sobre Cristo y otra sobre Juan. Zacarías resalta fundamentalmente la misericordia de Dios en una visión teológica de la historia, análoga a la hecha por Nuestra Señora en el *Magnificat*, pero más detallada. Dios “ha hecho misericordia” repetidamente en la historia; ha prometido misericordia y ha cumplido sus promesas misericordiosas. Zacarías insiste notablemente en el hecho, tan importante para un judío, del *cumplimiento* de las profecías, es decir, de la fidelidad de

Dios a su propia Palabra: había prometido desde antiguo por boca de los profetas, había jurado a Abraham, y lo ha cumplido.

(iii) Las promesas divinas han sido siempre, dice el anciano sacerdote, promesas de *salvación*. Zacarías se hace eco de la conciencia esclava que tiene todo hombre: esclava u oprimida “por manos que nos odian”; el cántico, sin embargo, no tiene resonancias políticas y sociales; no se refiere ni a los romanos, ni a los griegos, ni a los caldeos. Habla, por el contrario, de salvación *del pecado*, de tinieblas y de sombra de muerte. La esclavitud angustiosa es fundamentalmente espiritual y la liberación prometida también lo es: es, por eso, “el camino de la paz”, que para el judío piadoso no se reducía a la ausencia de guerra, sino el sumo bien del hombre.

(iv) Hay también una clara alusión a la historia del Éxodo en el sentido de que la liberación tiene como objetivo el poder “servir a Dios, sin temor, en santidad y justicia”, del mismo modo que Moisés pedía al Faraón libertad para poder ir a adorar a Dios en el monte santo. En este caso, se da en la visión de Zacarías la transposición espiritual de las promesas antiguas: no es ya la huida de una tierra de esclavitud, sino del pecado personal, y deja de ser la búsqueda de un monte de adoración para convertirse en persecución de la santidad y de la justicia, que es la verdadera adoración que Dios espera de todo hombre.

(v) Hay un párrafo referido directamente a Juan y a su misión como precursor de Cristo. Lo llama “profeta del Altísimo” y “precursor” (el que va delante) “del Señor”, “el que prepara el camino”. De este modo llama al hijo de María con el título de “Señor”, pues es a Él, precisamente, a quien Juan antecede.

(vi) Al que está viniendo, a Cristo, lo llama “Luz de lo alto”, “Iluminador”. Del Padre celestial alaba sus “entrañas de misericordia”. También lo llama “Fuerza salvadora”, “Liberador”, “Redentor”. La encarnación es descrita como una “visitación de Dios”, propiamente hablando: una “visitación de misericordia”.

La infancia del Bautista (1,80)

⁸⁰ *El niño crecía y su espíritu se fortalecía; vivió en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel.*

(i) Tras el intermedio del “Benedictus”, como ha llamado la tradición al bellísimo canto que entona Zacarías, san Lucas retoma el argumento de Juan Bautista para resumir su vida en una escueta sentencia: “El niño crecía y su espíritu se fortalecía; vivió en los desiertos hasta el día de su manifestación a Israel”. La tradición ha señalado como estos “desiertos” una región conocida actualmente como el “Yermo de san Juan” o ‘Ain el-Habís (fuente del eremita), a unos 3 kms. de Ain Karem. Se trata, sin embargo, de una tradición tardía. De hecho, el primer testimonio escrito se remonta a un autor anónimo del siglo XII que menciona una capilla. Giovanni Zuallardo, en su *Il Devotissimo Viaggio Di Gerusalemme* (de 1587), la describe –aunque ya estaba en ruinas pero era igualmente imponente- diciendo: “Saliendo de la Visitación, apetece continuar dos o tres millas más adelante para visitar el Desierto, allí donde san Juan Bautista, guiado y confortado por el Espíritu Santo, vivió su infancia hasta el día de su manifestación a Israel predicando el Bautismo de penitencia. Junto a dicho Desierto, por caminos fastidiosísimos y peligrosísimos, nos llenamos de una gran alegría al ver un lugar tan austero a la par que hermoso, a pesar de que en el presente no sea tan boscoso como parece haberlo sido en el pasado, y es además grotesco, áspero y alejado de toda habitación humana. El antro o caverna donde el Santo vivía (que se menciona en el himno que canta la Iglesia y que comienza con *Antra deserti...*), está excavado en la roca en su mitad y se encuentra al principio de la ladera de una montaña que está llena de arbustos y que inmediatamente se convierte en un precipicio o despeñadero, mirando la profundidad del Valle que está en frente. Esta caverna es bastante grande por dentro y al fondo tiene una elevación a modo de altar, donde dormía el santo. La entrada es también muy difícil y estrecha y junto a ella hay una fuentecilla de agua buenísima que se puede coger tanto en la parte alta como en la baja. Arriba hay una pequeña iglesia y un pequeño monasterio en los que no se ven sino algunas partes de los muros, casi todos ellos ya deshechos”.

(ii) Otros han querido ver en esta alusión a los desiertos, la entrega del niño, por parte de sus padres, a los misteriosos “monjes” judíos de Qumram, que habitaron muy cercanos a la desembocadura del Jordán en el Mar Muerto, próximos, pues, a la zona en que el Bautista comenzaría más tarde su misión. Pero esto son solo conjeturas, y nada más podemos adelantar con seguridad.

El edicto de César Augusto (2,1-5)

¹ Sucedió que por aquellos días salió un edicto de César Augusto ordenando que se empadronase todo el mundo. ² Este primer empadronamiento tuvo lugar siendo Cirino gobernador de Siria. ³ Iban todos a empadronarse, cada uno a su ciudad. ⁴ Subió también José desde Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, que se llama Belén, por ser él de la casa y familia de David, ⁵ para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta.

(i) “En aquellos días”. Con estas palabras encuadra San Lucas el tiempo del nacimiento de Cristo; es decir, el momento central de la Historia de los hombres.

(ii) San Lucas ofrece dos datos al respecto: un edicto de César Augusto que ordenaba el empadronamiento, y la precisión de que Cirino era en ese entonces gobernador de Siria. Sobre estos datos se ha discutido mucho y los resultados de los estudios pueden encontrarse en las vidas de Cristo más documentadas, como, por ejemplo, la de Ricciotti. Puede tratarse, según algunos, del censo ordenado por Cirino al final de su mandato (en torno al 8 a.C.) que, por las dificultades que encontró en la región de Judea, se continuó durante el gobierno de su sucesor, Sencio Saturnino. O bien, como otros proponen, Cirino no era ya gobernador sino legado (precisamente en orden a este censo) pero, según el uso de entonces (como podemos observar, por ejemplo, en escritos de Flavio Josefo,) se decía indistintamente gobernador también a los colaboradores de este. Lo cierto es que los censos obligaban a empadronarse en la ciudad de la que provenían los antecesores de cada persona.

(iii) A José le tocó subir a Belén porque era de la casa y familia de David, estirpe oriunda de Belén. Habría unos 130 kilómetros entre Nazaret y Belén y el camino no sería fácil para una mujer que estaba ya a punto de dar a luz; pero María Santísima acompañó igualmente a José en este viaje.

(iv) El motivo por el cual María Santísima se dirigió a Belén con su esposo no queda claro en el texto, y puede interpretarse de varios modos: o bien María, por ser casada, también quedaba obligada a empadronarse, como se conocen otros casos, por ejemplo, en el del censo ordenado en Egipto por Cayo Vibio Máximo, en 104 d.C. (y en este caso sería una prueba más de que también María pertenecía a la casa de David); o bien, ya tenían decidido emigrar de Nazaret, quizá al mismo Belén; o bien, y esta es la hipótesis más probable, la ocasión del censo da a entender a María que Dios tiene dispuesto que su Hijo nazca en aquella pequeña aldea de Judea de la cual estaba profetizado por boca de Miqueas –y Ella lo sabría bien– que sería cuna del Mesías: “Pero tú, Belén de Efrata, pequeña para ser contada entre las familias de Judá, de ti me saldrá quien señoreará en Israel, cuyos orígenes serán de antiguo, de días de muy remota antigüedad” (Miq 5,1). Es lo que entiende, por ejemplo, San Juan Crisóstomo al decir: “Augusto dio este edicto por disposición de Dios para servir a la presencia de su Unigénito. Porque este edicto obligaba a la Madre a ir a su patria, que ya habían anunciado los profetas, esto es, a Belén de Judea”. Un comentarista moderno anota con justeza que “Dios pone la historia del mundo al servicio de la historia de la salvación; subordina a sus eternos designios la orden de Augusto”.

El nacimiento de Jesús (2,6-7)

⁶ Y sucedió que, mientras ellos estaban allí, se le cumplieron los días del alumbramiento, ⁷ y dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre, porque no tenían sitio en el alojamiento.

(i) María estaba ya cercana al momento del parto, como dice el Evangelio, pues estando allí se cumplieron los días de dar a luz. Por este motivo buscaron lugar en el *albergue*. Este era, probablemente, uno de los tantos albergues de caravanas que consistían únicamente en un recinto cerrado por altos muros, que daba a un patio sin techo, o quizá a una galería en la que se refugiaban para pasar la noche los viajeros, colocando en el centro del recinto los animales con que se trasladaban. San Lucas estampa en esta ocasión una de las frases más tremendas de la historia, teniendo en cuenta que se refiere a la Madre de Dios y al mismo Dios hecho hombre: “no había lugar para ellos”. Algunos autores, como Ricciotti, han resaltado el hecho de que san Lucas subraye el *para ellos*, innecesario en caso de que solo quisiese decir que el albergue o posada común estaba repleto, para lo cual hubiera bastado con decir que “no había lugar”. Por tanto, es probable que hubiera, pero *no para ellos*. Este mismo motivo es el que explica que no se aluda a ninguna casa de familia, siendo que José, y probablemente María misma, provenían de Belén. Porque tampoco en las casas de familia había lugar *para ellos*, es decir, para un matrimonio que buscaba privacidad y secreto porque estaba a punto de dar a luz. Es evidente que, estando rodeados de gente, incluso gozando de un pequeño rincón para ellos, María no podría haber evitado que las mujeres presentes intentasen ayudarla en el parto, lo que ella precisamente quería esquivar, pues el suyo no iba a ser natural sino milagroso (aunque ella no supiese necesariamente cómo acontecería). En los planes de Dios el nacimiento terreno del Verbo encarnado debía tener lugar en la intimidad de María con la sola compañía de San José, pues debía permanecer oculto a los ojos de todos hasta que llegara el tiempo determinado por Dios para su manifestación.

(ii) Y por esta razón tuvieron que contentarse con un establo. A decir verdad, el evangelio solo menciona un *pesebre*, en griego *φάτνη* (*fatne*), es decir, un comedero de forraje, o sea, el cajón donde comen los animales, lo cual nos lleva a un establo. Los establos de aquellos tiempos consistían sencillamente en grutas naturales aprovechadas para guardar a los animales durante las noches. Los alrededores de Belén presentan este tipo de grutas, como puede observarse hasta el día de hoy. En una de aquellas, arreglada por José

de la manera más digna posible —y no era mucho lo que podía hacer al respecto— se recogió el sagrado matrimonio para esperar el acontecimiento más ansiado de toda la humanidad. Los evangelios no mencionan los sentimientos de María ni de José, pero la tradición ha visto en esta imposibilidad de ofrecer un digno lugar a su esposa y al recién nacido, uno de los sufrimientos de san José. Sobre el lugar preciso escribe Tuya: “La localización del lugar del nacimiento de Cristo está arqueológicamente bien lograda. Ya habla de ella San Justino, nacido sobre el año 100 en Palestina, señalándola y llamándola «cueva» (*spélaion*). El emperador Adriano, para profanarlo, instaló un «bosquecillo» sacrílego. Y con ello vino a lograr la perpetuidad de su identificación”⁷. Se refiere al intento de borrar todos los lugares de culto judío por parte de Adriano después de aniquilar la rebelión de Bar Kozba, después del 130. El emperador no hacía distinciones entre el culto judío y el cristiano, por lo que mandó que se construyeran templos paganos sobre los que él consideraba lugares de culto. Es por esta razón que hizo construir un lugar de culto destinado a Tammuz-Adonis. Su intento, de todos modos, sirvió para dejar identificado el lugar del nacimiento, pues se sabía que la construcción de este lugar de culto respondía precisamente al hecho de que allí los cristianos afirmaban que había nacido el Señor. No fue, pues, difícil, a los arquitectos de Constantino excavar y recuperar el terreno original bajo la dirección de la madre del Emperador, santa Elena.

(iii) Del dulcísimo acontecimiento, san Lucas habla con una sobriedad que aturde, señalando solo tres datos: lo dio a luz, lo envolvió en pañales y lo acostó en el pesebre. Solo un historiador segurísimo de la verdad de sus noticias y pretensioso de transmitir exclusivamente la verdad histórica se contentaría con una descripción tan despojada, sin comentarios, sin demostraciones de afecto, sin glosa alguna.

(iv) San Lucas lo llama “primogénito”: “Dio a luz a su hijo primogénito”. Esta expresión ha dado ocasión para que, quienes no comprenden adecuadamente el término, ataquen la perpetua virginidad de María. “Primogénito” (πρωτοτόκος, *prototókos*) era un

⁷ Manuel de Tuya, *Evangelios*, II, 772.

término legal en Israel, porque sobre este recaía antiguamente el sacerdocio y luego, al ser reservado este último a la tribu de Leví, sobre el primogénito pesaba la obligación de “ser rescatado” simbólicamente (Num 3,12-13; 18,15-16). De ahí que el primer nacido, aunque fuese el único, no se designaba como unigénito sino como primogénito. Tenemos testimonios confirmados de este uso, como el caso de la judía Arsinoe, de la que se sabe que murió al dar a luz a su primogénito (y evidentemente de una muerta no se puede esperar que después vengan otros hijos)⁸.

Los ángeles y los pastores (2,8-20)

⁸ *Había en la misma comarca unos pastores, que dormían al raso y vigilaban por turno durante la noche su rebaño.* ⁹ *Se les presentó el Ángel del Señor, y la gloria del Señor los envolvió en su luz; y se llenaron de temor.* ¹⁰ *El ángel les dijo: “No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: ¹¹ os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un salvador, que es el Cristo Señor; ¹² y esto os servirá de señal: encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”.* ¹³ *Y de pronto se juntó con el ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios, diciendo: ¹⁴ “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres en quienes él se complace”.* ¹⁵ *Y sucedió que cuando los ángeles, dejándoles, se fueron al cielo, los pastores se decían unos a otros: “Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado”.* ¹⁶ *Y fueron a toda prisa, y encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre.* ¹⁷ *Al verlo, dieron a conocer lo que les habían dicho acerca de aquel niño; ¹⁸ y todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían.* ¹⁹ *María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón.* ²⁰ *Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, conforme a lo que se les había dicho.*

⁸ Se trata de la una estela sepulcral en Tell el-Yeduieh, en Egipto, datada en el año 5 a. C. Cf. Manuel de Tuya, *Evangelios*, II, 771.

(i) Los pastores probablemente no eran de Belén sino trashumantes, ya que la gente del lugar, guardaba, por la noche, sus pocos animales en los establos o grutas que servían de tales, mientras que estos están al raso, al igual que sus rebaños. Eran, por lo general, gente muy tosca, aunque pudieran encontrarse entre los mismos, almas abiertas a Dios y con fino temple, como David en su infancia. Pero, en general, no eran bien vistos y tenían fama de ladrones, como vemos en la literatura rabínica. Fama debida más a la natural desconfianza hacia las personas rústicas y pobres de parte de la gente “urbanizada” que a la verdad de los hechos. La suspicacia es una notable fuente de injusticias, a menudo más graves que los males que se suponen en las personas sospechadas. También eran objeto de desprecio de parte de los “cumplidores de la ley” porque estos, por su oficio y poca educación, poco y nada podían cumplir de las innumerables prescripciones en que había devenido el cuerpo legislativo a que se sometían los “piadosos”.

(ii) Paradojalmente, Dios quiso que fueran estas personas las primeras en recibir el anuncio del nacimiento de Mesías. Y nada menos que de parte de ángeles.

(iii) El anuncio del ángel tiene cinco notas: a) La primera es que se trata de una “gran alegría”, no solo para ellos sino para todo el pueblo. Este es el clima que rodea el misterio del nacimiento de “Dios con nosotros”. Esta verdad entraña un gozo inmenso para quien la recibe y toma conciencia de su significado profundo. b) En la ciudad de David. No es solo una indicación geográfica sino también una referencia al cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento, que señalan a Belén de Judá como lugar del nacimiento del Mesías, como luego harán notar los sabios de Israel a Herodes, a propósito de la venida de los magos que nuestro evangelista no menciona pero sí lo hace san Mateo. c) Se habla de un σωτήρ (*soter*), un salvador. “Uno que salva”, traducción del nombre que recibirá el niño: Jesús, *Yahvé salva*. d) Es Cristo Señor. Es el ungido. El añadido “Señor” hace referencia a su divinidad. Los emperadores se hacían añadir el título de señor para indicar su cualidad de divinización. San Pablo usa la expresión aplicada a Cristo como indicativo de su divinidad. San Lucas, discípulo de Pablo, manifiesta claramente con este título el carácter divino del recién nacido. e) Está

envuelto en pañales y acostado en un comedero de animales. Es la paradoja que, sin embargo, no aturde a los pastores. Este, que cumple las profecías antiguas, que viene a salvar, que es el ungido y que es Dios, está envuelto en pañales como cualquier hijo de hombre, y está humillado hasta el extremo de tener por cuna un comedero de bestias. Más aún, el ángel añade que esa es “la señal” para identificarlo. Como lo sigue siendo hoy en día. No encontramos a Cristo entre sedas sino entre pobres pañales y en situaciones que nos hacen avergonzar de nuestras esperanzas puramente terrenas y materiales. Él sigue siendo siempre el paupérrimo niño que nació pidiendo prestado a los mismos animales un rinconcito para cobijarse del frío que salía del aliento de los hombres del mundo.

(iv) El himno de los ángeles. Al ángel anunciante se junta, entonces, “una multitud del ejército celestial” que entona, ante los asombrados pastores, un himno de alabanza a Dios, que san Lucas nos refiere de manera resumida: “Gloria a Dios en los cielos, y en la tierra paz a los hombres que Él ama”. Este himno es un mensaje mesiánico, anunciando los dos efectos principales de la encarnación y de la redención que obrará Jesucristo: dar gloria a su Padre celestial y traer la paz a los hombres; por eso san Pablo lo llamará más tarde: “nuestra Paz” (cf. Ef 2,14). La paz es fruto del amor de Dios y viene con Jesucristo; en vano la buscamos fuera de Él.

(v) La reacción de los pastores. Ni bien los ángeles desaparecen los pastores se ponen en marcha para ver “estos sucesos”. Añade san Lucas que fueron “de prisa”, como, por otra parte, era de suponer, después de tal revelación. No se nos dice nada acerca de regalos y presentes, como vemos en los “nacimientos” armados por la piedad popular, aunque bien puede haber sucedido así. Lo que sí llevaban era una gran curiosidad y una grandísima esperanza.

(vi) Encontraron todo, efectivamente, como les había sido dicho. San Lucas dice que “encontraron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre”. Y relataron lo que les había sido revelado. “Todos los que lo oyeron se maravillaban de lo que los pastores les decían”. ¿Quiénes son esos *todos*? ¿Se refiere a María y a José? Es probable que san Lucas aluda a muchos otros a quienes los pastores deben haber mencionado lo acontecido en aquella noche bendita,

pues los ángeles habían dicho que se trataba de “una gran alegría para todo el pueblo”, y los pastores deben haber supuesto, si es que los ángeles no se los dijeron explícitamente, que la noticia no debían guardarla para ellos solos. Luego de esto los pastores retornaron a su vida ordinaria, pero “alabando y glorificando a Dios” por aquello de lo que habían sido testigos privilegiados. Y añade que quienes los oían “se maravillaban”. ¿Qué tipo de maravilla causaría en aquellos? ¿Una maravilla escéptica como la de quienes escuchan relatos demasiado grandes para considerarlos verdaderos? ¿Se habrán movilizad también sus oyentes para conocer el niño? ¿Cómo habrán sido los acontecimientos posteriores de la sagrada familia? De ninguno de estos hechos nos habla el evangelista Lucas.

(vii) El Corazón de María. “María guardaba todas estas cosas y las meditaba en su corazón”. El verbo usado por san Lucas, συμβάλλω (*symbállo*), significa combinar, consultar, considerar. Significa que ella conservaba y rumiaba estos misterios tan grandes de los que era el testigo más privilegiado. Es probable que esta sea, también, una alusión a la fuente de información de san Lucas, bien sea que haya conocido estas noticias directa y personalmente de María santísima, o bien a través de algún confidente de la Madre de Dios, como puede haber sido san Juan o el mismo san Pablo, a quien san Lucas acompañó en sus viajes y cárceles.

La circuncisión (2,21)

²¹ *Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidarlo, se le dio el nombre de Jesús, el que le dio el ángel antes de ser concebido en el seno.*

(i) A los ocho días del nacimiento, como mandaba la Ley, tuvo lugar la circuncisión del niño. Este rito, por el que cada varón era incorporado oficialmente al pueblo de Israel, era tan importante que podía realizarse incluso en un día de sábado, sin transgredir el descanso religioso. La circuncisión suponía la impureza del corazón que Dios arrancaba del alma con ocasión de este gesto externo. ¿Por qué el Señor, siendo infinitamente puro, se somete a ella? Santo Tomás, reflexionando sobre el episodio, ha tratado de encontrar

razones de conveniencia, entre las que hay que resaltar sobre todo las siguientes: de este modo demostraba la verdad de su encarnación (carne verdadera y sangre verdadera, capaz de sufrir y de derramarse); asimismo, para mostrar su descendencia de Abraham, quien había impuesto este rito a sus descendientes; también para quitar a los judíos cualquier pretexto para no aceptarlo por incircunciso; para recomendarnos con su ejemplo la virtud de la obediencia a toda ley legítima; para manifestar que había venido en semejanza de carne de pecado y por eso se ataba a todas las obligaciones de los hijos de Adán, aunque él fuese inmaculado; finalmente, para cargar sobre sí el peso de la ley antigua y rescatarnos a nosotros de esa misma ley: “Dios envió a su Hijo, nacido bajo la ley, para que rescatara a los que estaban bajo la ley” (Gal 4,4-5).

(ii) Cualquier persona podía realizar este rito, puesto que no era un oficio sacerdotal (en Ex 4,25 es Séfora, esposa de Moisés, quien circuncida a su hijo). Es muy probable que haya sido el mismo José quien lo practicara con Jesús. Es la primera sangre que derrama Nuestro Señor en este mundo.

(iii) Durante este rito se ponía, en los tiempos del Nuevo Testamento, el nombre del niño. José y María ponen a su hijo el nombre anunciado por el ángel: *Yehoshúa*, apocopado *Jesús*, *Yahvé salva*.

El rescate del primogénito y la purificación de María (2,22-38)

²² Cuando se cumplieron los días de la purificación de ellos, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén para presentarle al Señor, ²³ como está escrito en la Ley del Señor: “Todo varón primogénito será consagrado al Señor” ²⁴ y para ofrecer en sacrificio un par de tórtolas o dos pichones, conforme a lo que se dice en la Ley del Señor. ²⁵ Y he aquí que había en Jerusalén un hombre llamado Simeón; este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel; y estaba en él el Espíritu Santo. ²⁶ Le había sido revelado por el Espíritu Santo que no vería la muerte antes de haber visto al Cristo del Señor. ²⁷ Movid por el Espíritu, vino al Templo; y cuando los padres introdujeron al niño

Jesús, para cumplir lo que la Ley prescribía sobre él, ²⁸ le tomó en brazos y bendijo a Dios diciendo:

²⁹ “Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz;

³⁰ porque han visto mis ojos tu salvación,

³¹ la que has preparado a la vista de todos los pueblos,

³² luz para iluminar a los gentiles y gloria de tu pueblo Israel”.

³³ Su padre y su madre estaban admirados de lo que se decía de él.

³⁴ Simeón les bendijo y dijo a María, su madre: “Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción ³⁵ —¡y a ti misma una espada te atravesará el alma!— a fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones”. ³⁶ Había también una profetisa, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, de edad avanzada; después de casarse había vivido siete años con su marido, ³⁷ y permaneció viuda hasta los ochenta y cuatro años; no se apartaba del Templo, sirviendo a Dios noche y día en ayunos y oraciones. ³⁸ Como se presentase en aquella misma hora, alababa a Dios y hablaba del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén.

(i) “Una vez cumplidos los días de la purificación”. Se refiere san Lucas a la prescripción del Levítico, según la cual la mujer que daba a luz un varón quedaba impura por cuarenta días, y si daba a luz una mujer, por ochenta, transcurridos los cuales debía pagar en el templo con un sacrificio por su declaración de purificación (Lv 12,28). El precio era el sacrificio de un cordero y una tórtola, pero si era pobre podía contentarse solo con la tortolita (Lv 12,8), que es lo que hace la pobrísima María, ofreciendo un par de palomitas.

(ii) No estaba mandado que el rescate del primogénito se hiciese en el templo, sino ante cualquier sacerdote, pagando cinco siclos de plata una vez cumplido el mes del nacimiento (cf. Núm 18,16). Este rescate se remonta al hecho de que en un principio los primogénitos estaban destinados al culto (Ex 13,2.12.15) y al ser sustituido este sacerdocio por la tribu de Leví (Núm 3,12) quedó establecido que los primogénitos fuesen rescatados (Núm 18,15-16) para mostrar que, aunque no pertenecían a la tribu de Leví, seguían perteneciendo al Señor. De aquí que la Iglesia tenga la costumbre de asociar a este episodio la consagración plena de sus hijos religiosos y

ponga, por lo mismo, a Jesús como modelo supremo de la vida consagrada. José y María realizaron estos hechos en el mismo templo del Señor y, aunque no se nos dice nada del pago establecido por la Ley, hemos de suponer que José lo cumpliría en esta ocasión.

(iii) El anciano Simeón. La figura de este hombre extraordinario solo la conocemos por este episodio. Su aparición y desaparición es fugacísima en el evangelio, pero su personalidad está cargada de una notable densidad. De él se nos indican algunos rasgos extraordinarios: (a) Ante todo, se dice que “era justo y piadoso”, lo que es uno de los elogios más hermosos que usa el Nuevo Testamento respecto de una persona. Dios tiene reservados en el mundo muchos de estos justos y piadosos que el mundo ignora, y son parte de esos que Dios mismo llama “los que no doblaron su rodilla ante el mundo” (cf. Rm 11,4). (b) “Esperaba la consolación de Israel”, esperanza netamente mesiánica; esa esperanza se concentraba en una Persona, la del Mesías. (c) Estaba en él el Espíritu Santo y el Espíritu lo movía con sus inspiraciones; precisamente lo había llevado aquel día al templo con secretos impulsos. (d) Recibía revelaciones divinas de orden profético, la más importante de las cuales se refería al cumplimiento de los días mesiánicos antes de su muerte.

(iv) Él espera ver al “Cristo del Señor”, τὸν Χριστὸν Κυρίου (*tòn Christòn Kyríou*). La expresión no alude necesariamente a la divinidad de Jesús. Simeón solo sabe que él verá en persona al Mesías de Dios. Pero ese Mesías, ya se revela, con estas expresiones que dicen más de lo que parecen, como algo más que un simple hombre excepcional.

(v) No sabemos cómo fue el encuentro, ni si Simeón era uno de los sacerdotes del templo (solo tenemos al respecto algún testimonio de los evangelios apócrifos). Lo cierto es que por impulso divino le fue revelado que aquel niño, de ese matrimonio pobrísimo que subía las escalinatas del templo, era el Mesías esperado durante siglos, y realizó ese gesto sacerdotal de tomarlo en brazos y bendecirlo (los sacerdotes tomaban en brazos a los niños para pronunciar sobre ellos la bendición).

(vi) Su cántico es conocido en la Iglesia por sus palabras iniciales en latín: “Nunc dimittis”. Es uno de los cánticos más

hermosos de la Biblia con el que la Iglesia, con sopesada razón, manda a sus religiosos cerrar cada día, rezándolo en el Oficio de Completas. Cántico de preparación para una muerte serena y de agradecimiento eterno a Dios bueno que cumple lo que promete. Simeón da tres nombres extraordinarios al niño Jesús. Lo llama “Salvación [divina]”, “Luz de los gentiles” y “Gloria de Israel”. Son tres títulos mesiánicos correspondientes a tres realidades que habrían de conjugarse en la obra del Mesías: por Él los paganos que caminaban en tinieblas verían la luz que ilumina las conciencias; por Él el pueblo judío alcanzaría el mayor título de honor al haber sido cuna del redentor; y por Él, unos y otros, alcanzarían la salvación de sus almas.

(vii) Las profecías de Simeón. El anciano también era profeta y el Espíritu Santo le hace pronunciar dos presagios trágicos, uno sobre el niño y otro sobre la madre. Del niño dice que será “signo de contradicción”, es decir, en Él se dividirán las aguas humanas. Unos irán tras de Él y otros lo rechazarán; por lo mismo, por Él unos se elevarán y otros caerán. “En Israel”, añade el anciano, como aclarando que se refiere no a todos los eventos humanos futuros, sino al momento crucial de la historia del pueblo elegido, en que éste deberá decidirse sobre este Niño, si aceptarlo o rechazarlo. Se refiere a su juicio y pasión o, en todo caso, al período de su manifestación pública. Es una profecía, pues, de la pasión. Que el drama preanunciado se continuaría a lo largo de toda la historia es otra cosa que no está dicha directamente en las palabras de Simeón, aunque no se oponen a que sean también extendidas universalmente. “A fin de que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones”; estas palabras están en continuación con las dirigidas al niño y no a la madre. Al enfrentarse con Jesús los hombres no solo se dividen en aquellos que lo aceptan y quienes lo rechazan, sino que también dejan en evidencia sus intenciones, es decir, lo profundo de sus corazones. No se puede ser indiferente ante Cristo, porque ante Él, la indiferencia es ya una toma de posición determinada. Cristo es, para los hombres, como el Minos de Dante, ante quien las almas, al presentarse para ser juzgadas, no pueden evitar desnudar sus conciencias dejando en evidencia las profundidades de sus actos y de sus intenciones. Una segunda profecía se refiere a la madre del niño,

y también tiene que ver con la pasión; concretamente con el papel que esta joven mujer tendrá en el drama de su hijo. Le dice que una espada de dolor traspasará su alma; no se refiere solo a la pasión y muerte del hijo, que tocará presenciar a la madre, sino a su hijo convertido en causa de disputa y contradicción, y concretamente se refiere a que tendrá que ver a su pueblo —y a los hombres todos que también han sido hechos hijos suyos— rechazar al Hijo que los salva. María asume en su corazón todo el dolor que le fue ahorrado a Jacob, quien fue dejado en la ignorancia de que fueron sus propios hijos quienes intentaron matar —y de hecho vendieron como esclavo— al hijo preferido. Ella, la Señora, será consciente de este fratricidio y deicidio. Y una espada le partirá el alma.

(viii) Ana. San Lucas menciona también una profetiza, Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser. Era una anciana, viuda desde su juventud, que había dedicado su vida a Dios y a la oración en el templo. No se dice de ella que hubiese recibido revelaciones particulares, sino simplemente que “se presentó en aquella misma hora” y que alababa a Dios hablando del niño a todos los que esperaban la redención de Jerusalén. Debe haber reconocido al niño por instinto sobrenatural, o quizá también ella, aunque Lucas no lo refiera, lo sabía de antemano por los mismos medios que Simeón. Su misión completa la del anciano. Mientras este revela a sus padres el futuro del niño, Ana, con una actitud muy femenina, lo divulga a los demás. Pero no a todos, sino “a quienes esperaban la redención de Jerusalén”. Solo a los que tenían esperanza y en consecuencia velaban como el centinela que aguarda la aurora. Solo los que esperan obtienen, aunque Dios, infinitamente generoso, no se ate tampoco a esta ley: “me dejé encontrar de los que no me buscaban” (Is 65,1).

INFANCIA Y ADOLESCENCIA DE JESÚS

La infancia en Nazaret (2,39-40)

³⁹ *Así que cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret.* ⁴⁰ *El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él.*

(i) San Lucas pasa directamente a la vuelta de la sagrada familia a Nazaret, omitiendo cuanto relata san Mateo sobre los sucesos de Belén (la venida de los magos y la matanza de los inocentes), la huida a Egipto y la vuelta a la patria después del exilio, tras la muerte de Herodes. El motivo de la diversa selección de los episodios narrados por san Lucas y por san Mateo no la conocemos, correspondiendo, quizá, a la distinta estructura de ambos evangelios y las verdades que, sobre Jesús, ambos quieren poner en relieve.

(ii) A Nazaret Lucas la llama “su ciudad” (τὴν πόλιν ἑαυτῶν, *tèn pólin heautôn*), porque era la ciudad de María y de José. También el niño, aunque nacido en Belén, hará suya esta escondida aldea que nunca se menciona en el Antiguo Testamento.

(iii) El crecimiento de Jesús es descrito con tres rasgos. Uno físico: crecía y se fortalecía. Otro intelectual: se llenaba de sabiduría; la teología, ahondando en el misterio del Verbo encarnado, con el correr de los tiempos hablará de este conocimiento en paulatino crecimiento como referido a la ciencia experimental de Jesús: “Cristo tuvo ciencia adquirida. Tal ciencia, hablando con propiedad, es una ciencia al modo humano, no sólo por parte del sujeto que la recibe, sino también por parte de la causa que la produce, ya que esa ciencia se atribuye a Cristo por razón de la luz del entendimiento agente, que es connatural a la naturaleza humana”⁹. Cristo, pues, aprendía como todo niño. Pero además gozaba también de ciencia infusa (que poseía en común con los ángeles) y de ciencia beatífica (que propia de Dios). El tercer rasgo es sobrenatural: crecía en la gracia; crecimiento, éste, que santo Tomás entiende como referido exclusivamente a la manifestación externa de la gracia, pues la

⁹ Santo Tomás, *Suma Teológica*, III, 9, 4.

poseía en plenitud desde el primer instante de su concepción: “Uno puede crecer en sabiduría y en gracia de dos maneras. Una, mediante el aumento de los mismos hábitos de sabiduría y gracia. Y, en este sentido, Cristo no creció en ellas. Otra, en relación con los efectos, a saber, en cuanto uno realiza obras más sabias y más virtuosas. Y, en este aspecto, Cristo crecía en sabiduría y en gracia, lo mismo que crecía en edad, porque, a medida que crecía en edad, hacía obras más perfectas, para demostrar que era verdadero hombre, tanto en lo referente a Dios como en lo tocante a los hombres”¹⁰.

La pérdida de Jesús en Jerusalén (2,41-52)

⁴¹ *Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua.* ⁴² *Cuando tuvo doce años, subieron ellos como de costumbre a la fiesta* ⁴³ *y, al volverse, pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres.* ⁴⁴ *Pero creyendo que estaría en la caravana, hicieron un día de camino, y le buscaban entre los parientes y conocidos;* ⁴⁵ *pero al no encontrarle, se volvieron a Jerusalén en su busca.* ⁴⁶ *Y sucedió que, al cabo de tres días, le encontraron en el Templo sentado en medio de los maestros, escuchándoles y preguntándoles;* ⁴⁷ *todos los que le oían, estaban estupefactos por su inteligencia y sus respuestas.* ⁴⁸ *Cuando le vieron, quedaron sorprendidos, y su madre le dijo: “Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Mira, tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando”.* ⁴⁹ *Él les dijo: “Y ¿por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre?”* ⁵⁰ *Pero ellos no comprendieron la respuesta que les dio.* ⁵¹ *Bajó con ellos y vino a Nazaret, y vivía sujeto a ellos. Su madre conservaba cuidadosamente todas las cosas en su corazón.* ⁵² *Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres.*

(i) San Lucas introduce este episodio con la referencia a esta costumbre judía. Según la Ley, los varones tenían obligación de presentarse ante el Señor tres veces cada año: en las fiestas de Pascua, Pentecostés y Tabernáculos (Ex 23,14-17; Dt 16,16). Con el

¹⁰ Santo Tomás, *Suma Teológica*, III, 7, 12, ad 3.

pasar del tiempo esto pasó a regir de modo estricto para quienes vivían cerca (dentro del radio de los veinticinco kilómetros de Jerusalén) mientras que los más alejados debían hacerlo en lo posible una vez al año. El evangelista señala que la Sagrada Familia lo hacía todos los años con ocasión de la Pascua. María no estaba obligada, pero acompañaba a su esposo. Algunos comentaristas, como Tuya, han notado que esto es un testimonio de su virginidad perpetua, pues “si hubiese tenido más hijos pequeños, no hubiese podido subir «cada año» a Jerusalén; sus cuidados la hubiesen retenido”¹¹. Indudablemente que los trabajos de la maternidad y el cuidado de otros hijos además de Jesús, si los hubiese tenido, no habrían permitido tanta facilidad de movimiento; por algo la Ley no obligaba a las mujeres, a quienes consideraba más atadas a los cuidados domésticos y familiares. La expresión de san Lucas no menciona al niño en los años anteriores a su paso a la adultez (al cumplir los doce), pero lo más lógico es pensar que también subiese cada año con sus padres a Jerusalén. Las distintas escuelas rabínicas imponían obligaciones diferentes. La de Shammai exigía que se llevase al templo a todo niño que pudiese mantenerse a horcajadas sobre los hombros de su padre; la de Hillel solo lo imponía al niño que pudiese subir las gradas del templo de las manos de su padre.

(ii) Después de mencionar esta costumbre anual de la sagrada familia, san Lucas hace referencia a lo ocurrido cuando Jesús cumplió doce años, edad en la que todo muchacho judío pasaba a ser “hijo de la ley”, es decir, responsable personalmente del cumplimiento de los mandamientos; era el paso a la adultez ante Dios.

(iii) Las fiestas duraban una semana, pero solo era obligatorio permanecer los dos primeros días; no sabemos cuántos estuvieron en Jerusalén los miembros de esta santa familia; el hecho es que, transcurrido el tiempo que se habrían prefijado, María y José se volvieron en la caravana que hacía el recorrido hacia Galilea, no sin haber indicado a Jesús que fuera con los muchachos de su edad, como era la costumbre. Sólo por la noche los familiares se juntaban para comer y dormir, pero, para sorpresa y congoja de María y José,

¹¹ Manuel de Tuya, *Evangelios*, II, 781.

a Jesús no lo encontraron ni entre los jóvenes, ni entre los demás parientes. Y al advertir su desaparición regresaron acongojados a Jerusalén.

(iv) Solo al cabo de tres días de angustiosa búsqueda, lo encontraron en el Templo. Todo el tiempo Jesús había permanecido en el mismo lugar. Los doctores de la ley se reunían, especialmente durante el tiempo pascual, en los pórticos del atrio exterior del templo, para discutir asuntos teológicos y para enseñar. No es necesario que pensemos que Jesús pasase los tres días con estos doctores; bien puede haber estado en el Templo de aquí para allá, rezando y oyendo, de vez en cuando, a estos maestros de la Ley. La expresión usada por Jesús en su diálogo con María, “la casa de mi Padre”, puede ser traducida doblemente: “[estar en] la casa de mi Padre” y “[ocuparse de] las cosas de mi Padre”. Es probable que en la intención del niño aluda a las dos.

(v) El niño preguntaba, respondía y escuchaba, y sus preguntas dejaban “estupefactos” a aquellos “profesionales” de la teología. El texto griego usa el verbo ἐξίστημι (*exístēmi*) que significa “sacar de casillas, aturdir, quedar atónito, atontado, asombrarse, maravillarse”. Más adelante volverán, los hombres, a preguntarse acerca de Él: “¿Cómo sabe éste de letras, sin haber estudiado?” (Jn 7,15). ¿Qué les preguntaría Jesús niño? ¿Acerca de qué le interrogarían los doctores? Toda especulación es inútil y nos empujaría a la pura novelería. No debemos meternos en esos terrenos divagantes. Pero podemos suponer, con fundamento, que se trataría de las Escrituras Sagradas y de su sentido, pues aquellos hombres eran especialistas en ese tema. Si se nos permite tentar una mesuradísima hipótesis, quizá aventuraríamos que se trataría de lo mismo que les reprochará años más tarde a los “doctores de la ley”, es decir, lo que ellas dicen del Mesías que Israel esperaba: “Vosotros investigáis las escrituras, ya que creéis tener en ellas vida eterna; ellas son las que dan testimonio de mí (...) Si creyerais a Moisés, me creeríais a mí, porque él escribió de mí. Pero si no creéis en sus escritos, cómo vais a creer en mis palabras?” (Jn 5,39.46-47).

(vi) La congoja y dolor de sus padres durante esos días había sido muy grande, tanto que María deja escapar en esta ocasión la única expresión de dolor que encontramos en sus labios en todas las

páginas de los evangelios: “tu padre y yo, angustiados, te buscábamos”. Y no menor fue también la “maravilla” al verlo en esa situación.

(vii) Dos padres. En el diálogo con María aparecen dos usos de la palabra “padre”. María usa el término aplicándolo a José: “tu padre y yo, te buscábamos”. Jesús responde aplicándolo a Dios Padre: “¿No sabíais que debía estar en la casa de mi Padre?” La conciencia de Jesús acerca de su filiación divina es clarísima. Puede objetarse que de estas palabras no se deduce que la filiación aludida sea la natural, lo cual es materialmente cierto, pero la expresión de Jesús es, igualmente, muy fuerte por dos motivos. Primero, por el sentido de exclusividad que late en el giro usado; no dice, lo que hubiera sido exacto en caso de tratarse de la filiación genérica de los hombres: “nuestro padre”, pues, ciertamente, desde este ángulo, Dios no es más padre de uno que de otro; nosotros no hablamos habitualmente de “mi padre” ante nuestros hermanos, pues el padre es común a todos los hermanos. Lo segundo es el uso del posesivo “mi” en respuesta a la pregunta de María que había llamado “padre” a José; queda la sensación de una “corrección” de Jesús, como si dijese: “pero ¿quién es *mi* padre en sentido estricto? No José sino Dios”. En este contexto, Jesús da por supuesto que tendrían que haberlo buscado allí, en el Templo, antes que en cualquier otro lugar.

(viii) José y María no entendieron su respuesta. ¿Qué es lo que no entendieron? Indudablemente no se puede referir a la alusión a la filiación divina natural de Jesús, pues sería incoherente que san Lucas diga tal cosa después de haber relatado las revelaciones recibidas por María santísima y por el mismo José durante la anunciación del ángel a la primera y el sueño aclaratorio al segundo. Claro que ellos sabían que Jesús era hijo de Dios Padre y, por tanto, que el Templo de Dios era su Casa. Lo que no comprenden en el sentido de la “necesidad” que manifiesta Jesús en cuanto a ocuparse de las cosas de Dios. Algunos comentaristas hacen notar que las otras seis veces que aparece en san Lucas la expresión “es preciso” (δεῖ, *dei*) (“es preciso que me ocupe de las cosas de mi Padre”) siempre se relacionan con la Pasión, como cumplimiento de las profecías (13,33; 24,26; 24,44, etc.). María y José no saben cómo interpretar estas palabras en relación con el plan de Dios.

(ix) Del resto del episodio san Lucas da tres detalles riquísimos. El primero es un resumen de la vida de Jesús adolescente y joven hecho con dos palabras: vivió en Nazaret, y lo hizo en perfecta sujeción a José y María. Con toda razón, con tan escueto dato, la tradición ha llamado a esta etapa de la vida de Cristo, “la vida oculta”.

El segundo es la descripción de la vida del niño: progresaba en sabiduría, estatura y gracia ante Dios y los hombres. Los teólogos han insistido, y nosotros ya hemos aludido a esto más arriba, en que el crecimiento en la sabiduría y en la gracia son expresiones relativas, pues respecto de la primera, en cuanto Dios tuvo ciencia infusa y beatífica desde el primer instante de su concepción; crecía ciertamente en la ciencia experimental, es decir, haciendo experiencia de las cosas que sabía por los otros conocimientos; y progresaba en cuanto a la manifestación ante los otros hombres de sus conocimientos, que no dejaba traslucir, salvo el episodio del Templo, sino según el que fuera propio de su edad. En cuanto a la gracia, su crecimiento sólo puede referirse a la manifestación externa ante los hombres, teniendo, desde el primer instante, plenitud absoluta de gracia.

El tercero alude a María como fuente de Lucas —directa o indirecta— de todos estos datos. Ella los conservaba en su corazón y los meditaba, entendiéndolos cada vez más a la luz de la fe. Ella evidentemente los pasó a sus discípulos después de la ascensión del Señor. El evangelio de la infancia es, pues, el evangelio de María tanto o más que de Lucas.

EL BAUTISTA PREPARA LOS CAMINOS

Las coordenadas históricas (3,1-2a)

¹ *En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea, y Herodes tetrarca de Galilea; Filipo, su hermano, tetrarca de Iturea y de Traconítida, y Lisaniás tetrarca de Abilene;* ² *en el pontificado de Anás y Caifás...*

(i) A pesar de que san Lucas nos ofrece varias coordenadas históricas (nada más ni nada menos que seis), no resulta posible para nosotros fijar con exactitud la fecha en que el Bautista comenzó su predicación. La razón es que el tiempo de la actuación de todos estos personajes (Pilato, Herodes, Filipo, Anás, Caifás, Lisaniás) es muy amplio y de algunos sabemos poco, como de este Lisaniás, del que solo conocemos que dejó de gobernar el año 37. Como puede observarse, sólo la fecha de Tiberio contiene una precisión: el decimoquinto año de su reinado. Pero ¿cuál es este exactamente? No es posible determinarlo con exactitud porque aunque sabemos que su predecesor Augusto murió el 19 de agosto del año 767 de Roma (14 después de JC), en Oriente se tenía la costumbre de contar como un año entero el resto del año que quedaba hasta el comienzo del nuevo año civil; en este caso, el tiempo del 20 de agosto hasta... ¿cuándo? *Aquí viene precisamente el problema*, en la fijación del final, pues el año civil empezaba para los romanos a principios de enero, como para nosotros ahora, pero para los judíos a principios del mes Tishri (octubre) o más raramente del mes Nisán (marzo, principio del año religioso).

(ii) Por tanto, si Lucas cuenta al modo romano (como si el primer año de Tiberio hubiese abarcado del 19 de agosto al 31 de diciembre del 767 de Roma), Juan habría comenzado el 28 después de JC; pero si cuenta según los cálculos judíos (con un primer año de Tiberio entre el 19 de agosto y el 30 de setiembre, o quizá hasta el 1 de marzo) estaríamos en el 29 después de JC. Y no es este el único problema, porque Augusto, dos años antes de morir, según cuenta Tácito, había asociado a Tiberio en el gobierno de Roma como “collega imperii, consors tribuniciae potestatis” (“colega imperial, consorte en la potestad tribunal”: Anales, I, 3), y con poder de

“administrar simultáneamente las provincias”, como añade Suetonio. De ahí que si Lucas entiende el *reinado* de Tiberio desde la corregencia, entonces debemos fijar la fecha del inicio del ministerio de Juan el 26 después de JC; y si se refiere al comienzo de su reinado absoluto, debemos irnos al 28 o al 29, como ya hemos dicho.

Juan (3, 2b-6)

^{2b} ...fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. ³ Y se fue por toda la región del Jordán proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados, ⁴ como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías: “Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas; ⁵ todo barranco será rellenado, todo monte y colina será rebajado, lo tortuoso se hará recto y las asperezas serán caminos llanos. ⁶ Y todos verán la salvación de Dios”.

(i) Pues bien, en ese tiempo que puede fijarse entre el 26 y el 29 después del nacimiento de Jesús, Dios le dirige la palabra a Juan. No dice san Lucas que esta fuera la primera vez que lo hacía; de su vida interior y de su relación con Dios no sabemos nada preciso, y el texto no nos da pie para hacer muchas conjeturas, fuera de que, probablemente, debía ser una persona de mucha oración y penitencia. Se encontraba en el desierto, donde lo habíamos dejado después del relato de su nacimiento y a donde probablemente se haya dirigido ya en su adolescencia. Dios le manda que predique la penitencia y la conversión para que el pueblo judío se prepare a recibir al Mesías que estaba a las puertas; y para esto exige un acto simbólico que manifieste externamente la conversión interior: un bautismo de conversión, de abandono de los pecados y de compromiso con la justicia divina.

(ii) La reacción de Juan parece haber sido inmediata, comenzando una intensa vida de predicador por toda la región del Jordán, aunque parece haber girado principalmente por las cercanías de Jericó, pero no se restringió solo allí. En efecto, san Juan evangelista, que es más preciso al respecto, dice que Juan bautizaba

“en Betania, al otro lado del Jordán” (Jn 1,28; cf. Jn 10,40). Este lugar se encuentra en el actual “Parque Arqueológico del Bautismo del Señor”, situado en Jordania, a 7 km. al norte del Mar Muerto, a 40 km. de Amman, en un pequeño Wadi –el Wadi El Kharrar– de alrededor de 2 km. de largo que desemboca en el río Jordán. El lugar también es conocido como Al-Maghtas, es decir, “lugar de Bautismo” (o “lugar de inmersión” en árabe). Pero el mismo Juan evangelista también menciona otro lugar de acción del Bautista: en Ainón (o Enon), cerca de Salim: “Juan bautizaba también en Ainón, cerca de Salim, donde había mucha agua, y venían a bautizarse” (Jn 3,23). Este otro lugar, donde se ve que el Bautista se desplazaba también para bautizar, ha sido ubicado, por los estudios arqueológicos, en las cercanías de la antigua ciudad romana Scythopolis, hoy Beth-Shean, que está a unos 30 km. al suroeste de Nazareth.

(iii) Comenzó, pues a predicar “un bautismo de conversión”. Se opone, éste, al de *iniciación*, por el cual se comienza a transitar el sendero de una nueva fe. Juan no proponía ninguna novedad dogmática, sino la necesidad de reformar el corazón para recibir, a cambio, el perdón de los pecados. El bautismo, es decir, bañarse en las aguas del río, era un gesto externo y simbólico de lo que se suponía ocurrir dentro del corazón: se mostraba a Dios la disposición a ser lavado de las propias culpas y se consideraba que Dios, efectivamente, las cancelaba. No sabemos, pues no lo dice el texto, cómo era exactamente el gesto bautismal, o si Juan lo hacía siempre de la misma manera. Las pinturas más célebres del bautismo de Cristo, que ha sido tema muy desarrollado en el arte cristiano, y en particular en la iconografía oriental, nos pintan a Jesús metido apenas en el río, y a Juan derramando agua sobre su cabeza con un cuenco, pero no sabemos si era así o si el profeta los hacía sumergir y salir del agua, como practicaría más tarde la Iglesia en el bautismo por inmersión. Ambos modos alcanzan su objetivo de manifestar lo que se quiere hacer en la interioridad del alma. Juan también aprovechaba para repetir la más genuina enseñanza profética sobre la interioridad de los actos y la profundidad del pecado, en contra de las superficiales doctrinas –o, al menos, las prácticas– de los fariseos que centraban el pecado solo en las actitudes externas y,

consecuentemente, también en lo exterior la limpieza del mismo. Jesús insistirá más tarde, en el Sermón de la montaña, en este mismo punto, llevando la *interioridad* del acto moral a sus más profundas raíces: el mal radica en el deseo desordenado, en la mirada y en el pensamiento ilícito, en el odio y en el rencor... y no solo en la herida externa, el robo y la fornicación consumada. El pecado, según el Bautista, no se cancela con una ablución ritual, como lo hacemos con las manchas de las vestiduras o la mugre de las manos, sino con el cambio del corazón; y no viene del hombre por el gesto que realiza, sino de Dios a quien humildemente se le debe pedir que quiera buenamente sanar nuestro corazón rancio y descompuesto.

(iv) La misión de Juan tenía, por otra parte, una finalidad estrictamente mesiánica. No es un predicador moralista, de los que, de vez en cuando, Dios envía al mundo para sacudirlo de su inercia, sino un *heraldo*, un *adelantado*, un *embajador* y un *preparador*. El cambio del corazón, la limpieza del alma, la pureza de costumbres que predica con urgencia, tiene como objetivo arreglar el patio interior, el de cada alma y el del Pueblo de Dios en su conjunto, para el Salvador que está al llegar... Por eso Lucas ve cumplirse en Juan la predicción de Isaías: él es la Voz que viene a clamar en el desierto la preparación inmediata del alma para poder “ver” la “Salvación de Dios”. Observemos que “Salvación divina” puede entenderse aquí como nombre de Jesús; y de hecho es el mismo que el ángel indicó a José para que éste se lo impusiera al pequeñín que iba a nacer de María, quien venía nada más y nada menos que como Salvador de todos los hombres, para que luego pudiéramos decir con el poeta: “Pues eres Jesús [*Salvador*], Jesús sálvame”.

(v) Pero para poder ver esta Salvación que se viene, es necesario rectificar todas las fallas del terreno, enderezar las sendas, rellenar los barrancos, rebajar las colinas, rectificar las tortuosidades y suavizar las asperezas. No es que “El que viene” tenga pies delicados, sino que no viene *si no queremos* que venga; es muy respetuoso de nuestra libertad, y esta manifiesta su deseo de recibirlo arreglando la casa para el huésped. De todos modos, no es que deje de venir a causa de quienes no están dispuestos a recibirlo; Él viene igualmente, pero *no se deja ver de ellos*. Por eso la promesa es *ver* esa salvación. Estuvo entre nosotros y la mayoría no la vio. Los

éxitos del Bautista fueron, pues, relativamente limitados, para consuelo de todos los que nos identificamos con él en esto de andar predicando en los desiertos.

La predicación del Bautista (3, 7-14)

⁷ Decía, pues, a la gente que acudía para ser bautizada por él: “Raza de víboras, ¿quién os ha enseñado a huir de la ira inminente?” ⁸ Dad, pues, frutos dignos de conversión, y no andéis diciendo en vuestro interior: «Tenemos por padre a Abraham»; porque os digo que Dios puede de estas piedras dar hijos a Abraham. ⁹ Y ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles; y todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego”. ¹⁰ La gente le preguntaba: “Pues ¿qué debemos hacer?” ¹¹ Y él les respondía: “El que tenga dos túnicas, que las reparta con el que no tiene; el que tenga para comer, que haga lo mismo”. ¹² Vinieron también publicanos a bautizarse, y le dijeron: “Maestro, ¿qué debemos hacer?” ¹³ Él les dijo: “No exijáis más de lo que os está fijado”. ¹⁴ Le preguntaron también unos soldados: “Y nosotros ¿qué debemos hacer?” Él les dijo: “No hagáis extorsión a nadie, no hagáis denuncias falsas, y contentaos con vuestra”.

(i) Debemos suponer que Lucas resume por demás la predicación de Juan, ajustándola a al plan que se ha prefijado para su relato, porque si hubiera tenido siempre este tenor, el Bautista se habría rodeado de pocos amigos y menos seguidores, mientras que sabemos, por el contrario, que el pueblo lo amaba y hasta Herodes lo escuchaba complacido. Nuestro evangelista lo presenta a lo Savonarola, mezcla de orador apocalíptico y moralista intransigente. Así lo han entendido quienes no han entendido demasiado, razón por la cual nuestro asceta viene siendo representando —en cierta literatura y arte cinematográfico— como un predicador de ojos saltones, exaltado y fanático, gritón, mezcla de predicador televisivo y sindicalista resentido. El Bautista, sin embargo, no era así, como explicará más adelante su primo Jesús (Lc 7) cuando haga de él el más hermoso elogio que ha hecho Dios de un varón.

(ii) De todos modos, que no andaba con vueltas está a la vista. A sus conciudadanos empecatados los llamaba cariñosamente “raza de víboras” y no hubo uno solo que se atreviese a contradecirlo. Y hablaba de la “ira inminente”, del “hacha puesta ya a la raíz” y dispuesta para la tala, del fuego que espera a los que sean hallados sin frutos y de la necesidad de convertirse (no de barnizarse con tintura de buena gente sino de hacer una *metanoia*, es decir, un cambio radical del corazón y de los pensamientos) y de presentar cosechas de conversión, es decir, buenas obras reales, contantes y sonantes, porque a Dios no se lo engaña con promesas y con un “estamos en eso, ya casi que nos ponemos a trabajar”.

(iii) Una de las cosas que más debe haber escocido el pescuezo de algunos de sus oyentes era la insistencia explícita de que los derechos de raza y sangre a Dios le importan un bledo y que, en todo caso, no contaban para Él como mérito de ellos. Porque tener abuelos generales (en este caso patriarcas y hombres de genuina fe) no hace nacer valientes a los nietos, ni, en este caso, amigos de Dios y obedientes a su Palabra. Si es para darle a Abraham hijos y choznos, Dios no necesita servirse de preñeces y partos; le basta con transformar un par de ladrillos en un judío de pura cepa. Convengamos que era, ésta, una manera un tanto irónica y directa de explicarle a su auditorio el tema de la absoluta gratuidad de la gracia y de la elección, lejos de la facundia que iba a emplear san Pablo, pero con no menos exactitud teológica. Y apuntaba a una sola cosa: que no creyeran que podían obtener salvoconducto ante Dios mostrándole el código genético, puesto que lo único válido con el Juez de toda conciencia son las manos puras, el corazón recto, y la obediencia a los mandamientos divinos.

(iv) Hoy en día, si predicamos así, nos dejan plantados, si es que no nos crucifican. O quizá ni siquiera entienden de qué estamos hablando, o si lo entienden les importaría un ardite. Pero los que rodeaban a Juan se conmovían y no se metían a puñados en los confesionarios porque Jesús todavía no había dispuesto nada al respecto. No les quedaba otra que preguntarle sinceramente qué es lo que debían hacer de ahí en más. Y el Bautista, tan duro y bravucón para amenazar, se mostraba inmensamente manso, práctico, expeditivo y generoso cuando se trataba de fijar programas de vida

honesta: a todos en general les indicaba que fuesen generosos con los necesitados, a los recaudadores de impuestos les mandaba que no cobrasen de más, y a los que ejercían la fuerza armada que no pidiesen coimas, ni extorsionaran, ni metiesen en la cárcel a los inocentes. Nada de complicarse la vida. Con la mitad de ese proyecto la Argentina se volvería un paraíso. Pero nadie elige a Juan Bautista presidente (y por eso seguimos con el hacha a la raíz).

Titubeos populares (3, 15-20)

¹⁵ Como el pueblo estaba a la espera, andaban todos pensando en sus corazones acerca de Juan, si no sería él el Cristo; ¹⁶ respondió Juan a todos, diciendo: “Yo os bautizo con agua; pero viene el que es más fuerte que yo, y no soy digno de desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. ¹⁷ En su mano tiene el bieldo para limpiar su era y recoger el trigo en su granero; pero la paja la quemará con fuego que no se apaga”. ¹⁸ Y, con otras muchas exhortaciones, anunciaba al pueblo la Buena Nueva. ¹⁹ Pero Herodes, el tetrarca, reprendido por él a causa de Herodías, la mujer de su hermano, y a causa de todas las malas acciones que había hecho ²⁰ añadió a todas ellas la de encerrar a Juan en la cárcel.

(i) Todas estas actitudes del Bautista hicieron sospechar al pueblo que Juan podría ser, quizá, el Ungido que ellos esperaban. Y esta idea no solo se atizaba entre las mentes sencillas sino que hasta en el mismo palacio y en las habitaciones más distinguidas del templo había inquietudes al respecto; por eso Josefo testimonia que Antipas “temió la grande autoridad de aquel hombre”; y los evangelistas recuerdan que el Sanedrín de Jerusalén envió una representación para preguntarle si era él el Mesías (Jn 1,19-28). Lucas hace notar este estado de expectativa mesiánica que animaba a la generación a la que predicaba el profeta de Cristo. “El pueblo estaba a la espera” porque muchas de las profecías del Antiguo Testamento confluían, en sus determinaciones temporales, en

aquellos tiempos; especialmente las de Daniel, y de modo particular la que habla de las setenta semanas de años. Aunque tal vez no fuera tanto por las profecías mesiánicas cuanto por el deseo de ser liberados del yugo romano y de los caprichos de Herodes y del fariseísmo del sacerdocio judío, o simplemente por el peso de los pecados. Lo cierto es que estaban a la espera.

(ii) Juan se distinguirá, por eso, explícitamente, del Mesías, a quien consideraba infinitamente superior en dignidad: “no soy digno de desatarle la correa de sus sandalias”, lo cual era oficio de esclavos respecto de sus amos. Signo particular de esta diferencia es la distinción de sus sendos bautismos: Juan dice bautizar con agua, en cambio, afirma que el Cristo bautizará con Espíritu Santo y fuego. No cabe duda que aquí el Bautista se refiere a que su bautismo es externo y llega allí donde llega el agua: a lo externo y corporal; es, pues, solo un signo de la necesidad de purificarse y lavarse para recibir al Mesías. En cambio el bautismo de este último penetra interiormente y cambia, por su eficacia intrínseca, el corazón del hombre, como el fuego que pone al rojo vivo el metal que se fragua en él, así el Espíritu todo lo penetra y transforma. El Mesías, pues, derramará interiormente al Espíritu Santo, que quemará toda inmundicia, como el fuego quema la escoria.

(iii) Atribuye también al Mesías una función judicial y purificadora: viene a recoger la cosecha y a limpiarla del mal grano, es decir, a separar al bueno y al malo, y a quemar lo que no sirve con ese “fuego que no se apaga” (en franca alusión a la condenación eterna, único fuego inextinguible). Preanuncia, pues, de Cristo, su misión discriminadora, que es doblemente ejercida. Desde su entrada al mundo hasta el momento de su Retorno glorioso, respecto de todos los hombres que se topan con Él, los cuales no pueden evitar definirse ante su Persona, porque las aguas se dividen frente a Cristo, como ya había predicho Simeón: será como bandera disputada y piedra de tropiezo para muchos. O se está con Cristo o contra Él; o se lo ama o no se lo ama, o se lo acepta o no se lo acepta. Y a propósito no digo “o se lo odia”, ni “o se lo rechaza”; no hace falta odiar o rechazar a Cristo para caer del lado malo del campo de batalla; basta la indiferencia positiva, el voluntario desentenderse de Él una vez conocido adecuadamente (no hablo, en cambio, de quienes lo

desconocen o no se interesan en Él por ignorancia; de estos, solo Dios sabe el estado de sus corazones). En segundo lugar, la que ejercerá en su Retorno al mundo, cuando vendrá como Juez cumpliendo literalmente lo que aquí señala Juan. Esta era, pues, la manera que tenía el Bautista de anunciar la gran novedad y alertar a sus paisanos que el Mesías esperado estaba pisando el umbral de sus vidas.

(iv) La presentación de la figura de Juan el Bautista hecha por san Lucas termina con una prolepsis, es decir, una anticipación, recurso usado a menudo en los textos antiguos. El evangelista salta inesperadamente los hechos inmediatos para hablarnos de acontecimientos ocurridos un tiempo más tarde, pero en estrecha relación con esta predicación de Juan, porque en su afán de presentar la verdad moral sin tapujos y sin amedrentamientos por las investiduras, el profeta también reprendió repetidamente al rey, el cual vivía en un abierto y escandaloso adulterio incestuoso, conviviendo con su propia cuñada; y no solo por esto, sino también “por todas las malas acciones que había hecho”, las cuales, ciertamente, eran muchas, y eso que todavía le faltaba la perla de sus maldades cuando juzgue sacrílegamente al mismo Jesús. A todas las que llevaba hasta el momento, dice Lucas, añadió la de meter en la cárcel a Juan. De la cual ya no saldría con vida.

El bautismo de Jesús (3,21-22)

²¹ Sucedió que cuando todo el pueblo estaba bautizándose, que, bautizado también Jesús y puesto en oración, se abrió el cielo, ²² y bajó sobre él el Espíritu Santo en forma corporal, como una paloma; y vino una voz del cielo: “Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado”.

(i) No sabemos si entre los bautizados por Juan se anotaron personajes importantes del momento, fuera de Jesús. Es probable que alguno se contara, ya que Lucas habla de “todo el pueblo”, pero los evangelistas no refieren nada. De todos modos la misión de Juan llega a su cenit cuando el mismo que él anunciaba y cuyo camino estaba allanando se acerca a pedir el bautismo. A tenor del relato de

Mateo, que sobre este episodio ofrece más detalles que el parco Lucas, Jesús pasó inadvertido para la multitud pero no para Juan quien, aun si conocerlo –como él dirá más adelante– lo percibe y comienza ese tira y afloja por el cual Juan quiere ser bautizado por Jesús antes que atreverse a bautizar él al Señor... Pero Jesús lo obliga a realizar el rito con un “conviene que cumplamos toda justicia”. A eso viene el Salvador, a someterse a todo cuanto debía haberse sometido el hombre quien, desde el padre Adán, venía esquivándole el bulto. No iba a empezar a dar vuelta las cosas precisamente al comienzo de su misión pública.

(ii) Juan se rinde y bautiza a Cristo, después de lo cual, como señala Lucas, puesto en oración ocurre lo que cuentan los evangelios: se abre el cielo, baja sobre él el Espíritu Santo en forma de una paloma, y se oye una voz del cielo que dice “Tú eres mi hijo; yo hoy te he engendrado”. Si el relato del bautismo pasa a un segundo plano es porque san Lucas quiere destacar más bien la proclamación divina de Jesús, que queda patente en las palabras celestiales. Juan evangelista y Marcos nos dicen que fue el Bautista quien vio esto y que por eso dio testimonio; de él, pues, lo aprendieron los cristianos –en primer lugar sus discípulos entre quienes se contaban algunos futuros apóstoles. Apparently el resto del pueblo no se percató de la magnífica teofanía que abría solemnemente la vida pública de Jesús.

(iii) Las palabras del cielo exaltan a Jesús como contrapartida de la triple humillación a la que se ha sometido Jesús: pasa por ser uno más del pueblo, recibe un bautismo de penitencia y conversión y ora como quien tiene necesidad. La exaltación también es triple: se abre el cielo, en cumplimiento de los deseos de los antiguos santos (“«¡Oh si rasgaras los cielos y bajaras, haciendo estremecer las montañas!»”: Is 64,1), desciende sobre Él, en forma corporal, el Espíritu Santo, y se oye la voz del Padre. En esta imagen se desdobra, preparando la revelación trinitaria una imagen antigua de Dios: en efecto, la voz de Dios se comparaba con el arrullo de la paloma. Aquí la voz responderá a la acción del Padre, pero la paloma representará al Espíritu divino. Y esta presencia del Espíritu comenzará a hacerse cada vez más manifiesta en la vida de Jesús a partir de este momento.

(iv) La voz de Dios declara a Jesús, Hijo de Dios: “Tú eres mi hijo”. La voz del cielo clama aplicando a Jesús el Salmo 2,7 (y probablemente también Is 42,1) que canta al Mesías como rey y sacerdote amado de Dios. En Antioquía de Pisidia san Pablo se remitiría a la misma fuente para predicar la resurrección de Cristo a los judíos de la ciudad: “Dios ha resucitado a Jesús, como ya estaba escrito en el salmo segundo: Hijo mío eres tú; hoy te he engendrado” (Hch 13,33). Este “hoy” de la generación del Hijo es el “hoy” eterno. Alude no a una fecha, a un día específico, sino a la actualidad total y absoluta de la eternidad divina. Indica que la generación del Verbo de parte del Padre no es como la generación humana. En efecto, los hombres hemos sido engendrados en el tiempo y, por tanto, nuestra generación ha tenido lugar en un momento concreto, que es ya, para nosotros, tiempo pasado. Pero la Santísima Trinidad no tiene pasado; es todo presente. Siempre es, con actualidad absoluta.

(v) Este episodio es una teofanía trinitaria. Dios se manifiesta en su trinidad de personas. “El Padre, escribe Santo Tomas, no se manifiesta en la voz más que como autor de la misma, o como quien habla mediante la voz. Y por ser propio del Padre producir el Verbo, que equivale a decir o hablar, de ahí que se diga oportunísimamente que el Padre se manifestó por la voz, que manifiesta la palabra”¹². La paloma corporal que de hecho se dejó ver sobre Jesús en este momento manifestaba al Espíritu Santo presente en Cristo, puesto que, como dice San Agustín, citado por el Aquinate, “así como se acercó al bautismo sin pecado, así no se llegó sin el Espíritu Santo”¹³. Así, dando el Espíritu Santo testimonio con su presencia simbólica y declarándolo explícitamente la voz paterna, la divinidad de Cristo se manifiesta por vez primera a los hombres. Explica Santo Tomás: “La divinidad de Cristo no debió manifestarse a todos en su nacimiento, antes bien debió ocultarse en las limitaciones de la edad infantil. Pero cuando llegó a la edad perfecta, en la que debía enseñar, hacer milagros y atraer a los hombres hacia sí, entonces debió ser dada a conocer su divinidad por el testimonio del Padre, a fin de que su doctrina se hiciese más creíble. Por eso dirá el mismo

¹² *Suma Teológica*, III, 39, 8 ad 2.

¹³ *Suma Teológica*, III, 39, 6 ad 1.

Jesús (Jn 5,37): «El Padre que me envió, él mismo da testimonio de mí». Y esto aconteció, sobre todo, en el bautismo»¹⁴.

Genealogía de Jesús (3, 23-38)

²³ Tenía Jesús, al comenzar, unos treinta años, y era según se creía hijo de José, hijo de Helí, ²⁴ hijo de Mattat, hijo de Leví, hijo de Melkí, hijo de Jannái, hijo de José, ²⁵ hijo de Mattatías, hijo de Amós, hijo de Naúm, hijo de Eslí, hijo de Nangay, ²⁶ hijo de Maaz, hijo de Mattatías, hijo de Semeín, hijo de Josec, hijo de Jodá, ²⁷ hijo de Joanán, hijo de Resá, hijo de Zorobabel, hijo de Salatiel, hijo de Nerí, ²⁸ hijo de Melkí, hijo de Addí, hijo de Cosam, hijo de Elmadam, hijo de Er, ²⁹ hijo de Jesús, hijo de Eliezer, hijo de Jorim, hijo de Mattat, hijo de Leví, ³⁰ hijo de Simeón, hijo de Judá, hijo de José, hijo de Jonam, hijo de Eliaquim, ³¹ hijo de Meleá, hijo de Menná, hijo de Mattatá, hijo de Natán, hijo de David, ³² hijo de Jesé, hijo de Obed, hijo de Booz, hijo de Sala, hijo de Naassón, ³³ hijo de Aminadab, hijo de Admín, hijo de Arní, hijo de Esrom, hijo de Fares, hijo de Judá, ³⁴ hijo de Jacob, hijo de Isaac, hijo de Abraham, hijo de Tara, hijo de Najor, ³⁵ hijo de Serug, hijo de Ragáu, hijo de Fálek, hijo de Eber, hijo de Sala, ³⁶ hijo de Cainam, hijo de Arfaxad, hijo de Sem, hijo de Noé, hijo de Lámek, ³⁷ hijo de Matusalén, hijo de Henoc, hijo de Járet, hijo de Maleleel, hijo de Cainam, ³⁸ hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adam, hijo de Dios.

(i) San Lucas nos da un dato precioso sobre el comienzo de la vida pública del Señor, a saber, que ésta tiene lugar cuando él tenía en torno a los treinta años de edad. La expresión no pretende indicar una edad precisa sino aproximada, quizá, incluso, la que aparentaba el Señor exteriormente. Era, pues, el tiempo de la madurez física de Jesús, porque éste viene a entregarnos lo mejor de sí, los frutos en sazón. Cada hombre tiene un tiempo diverso en que alcanza la madurez en los diversos ámbitos de su personalidad. Debemos pensar que Nuestro Señor había alcanzado todos para aquel entonces.

(ii) Y añade a continuación otro dato respecto de lo que podía percibirse externamente de este misterioso Jesús: la gente lo

¹⁴ *Suma Teológica*, III, 39, 8 ad 3.

creía hijo de José, el querido y bueno de san José, “varón justo” como lo había definido san Lucas más arriba. Y para que quede bien claro de cuál José se trata, y de la pureza de su linaje, nos da toda la genealogía de este, que no es, por tanto, la genealogía sanguínea de Jesús, pues éste solo tenía la sangre de María.

(iii) No debe extrañarnos el espacio que el evangelista dedica a este tema, pues entre los judíos se trataba de una cuestión de máxima importancia. Comenta Barclay a raíz de la genealogía de san Mateo: “La razón de este interés en las genealogías era que los judíos daban la mayor importancia a la pureza de linaje. Si hubiera en alguna persona la más ligera mezcla de sangre extranjera, perdería su derecho de ciudadanía como judía y como miembro del pueblo de Dios. Un sacerdote, por ejemplo, estaba obligado a presentar el certificado ininterrumpido de su árbol genealógico remontándose hasta Aarón; y, si se casaba, su mujer tenía que presentar el suyo por lo menos de las últimas cinco generaciones. Cuando Esdras estaba reorganizando el culto de Dios, después que el pueblo volvió del exilio, y estaba instalando el sacerdocio en su ministerio, los hijos de Habaía, los de Cos y los de Barzilai fueron excluidos del sacerdocio y considerados contaminados porque «buscaron su registro genealógico pero no lo hallaron» (Esd 2,62). Estos registros genealógicos los guardaba el sanedrín. A Herodes el Grande siempre le despreciaron los purasangres judíos porque era medio edomita; y podemos advertir la importancia que el mismo Herodes concedía a estas genealogías por el hecho de que hizo destruir todos los registros oficiales para que nadie pudiera demostrar un árbol genealógico más puro que el suyo. Este puede que nos parezca un pasaje sin ninguna importancia, pero para un judío contiene un asunto de la máxima importancia: el que la genealogía de Jesús se pudiera trazar hasta Abraham”.

(iv) Si cotejamos la genealogía que nos ofrece san Lucas con la del san Mateo (1,2-16), veremos ciertamente que son diferentes, salvo para los ascendientes de José que van de Abraham a David (donde comienza la de Mateo, mientras que Lucas se remonta hasta el mismo Creador de Adán, a quien llama con el hermoso título de *hijo de Dios*). Nunca ha habido acuerdo sobre estas divergencias, y se han propuesto diversas soluciones que no son más que eso:

propuestas. Las dos dicen ser genealogías de José y no de María, por lo que solucionarlas por el lado de que uno se refiere a la madre de Jesús y la otra al padre adoptivo no tiene sustento en el texto ni en las costumbres judías. Una de las posibilidades más ajustadas sigue siendo la de Julio Africano, relatada por Eusebio en su *Historia Eclesiástica* (I, 7, 2-16), quien afirmaba que la divergencia de nombres podría deberse a la ley del levirato, según la cual, cuando una mujer enviudaba sin haber tenido hijos, el hermano del fallecido debía desposarla y el primer hijo que le naciera se consideraba legalmente hijo del difunto (para que su nombre no se perdiera), aunque fuera hijo natural del vivo. De ser así esto podría haber sucedido más de una vez en la historia de los ascendientes de José, dándose la divergencia de nombres según se refiriesen al padre legal o al padre natural. Pero también esta sigue siendo solo una propuesta de interpretación.

(v) De todos modos, de esta lista de antepasados legales – aunque muy reales para la ley judía– podemos retener otras cosas quizá más importantes. Ante todo, que Nuestro Señor se inserta en una familia, en una tradición, en una historia y en una genealogía humana. Su encarnación no tiene nada de desencarnada; es muy real, muy “contextualizada”, muy concreta. Toca lo más profundo de nuestra realidad, porque es lo que debe asumir y redimir. Además, no todos los antepasados del Señor son figuras ejemplares por su santidad. El Señor nace de una familia que, como la mayoría, deja mucho que desear en algunos eslabones. Finalmente, se remonta hasta Dios, creador de todo y quien quiere dar la vida y la dona a sus hijos.

JESÚS EN EL DESIERTO

El desierto (4,1-2)

¹ Jesús, lleno de Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y era conducido por el Espíritu en el desierto, ² durante cuarenta días, tentado por el diablo. No comió nada en aquellos días y, al cabo de ellos, sintió hambre.

(i) Todos los movimientos de Jesús, desde el momento de su concepción, responden a la moción guiadora del Espíritu Santo, pero san Lucas lo destaca en particular a partir de este momento. Es el Espíritu Santo el que lo condujo al Jordán, y el que lo empuja con sus impulsos amorosos al desierto, a orar y ayunar, preparándose así para su misión. Es más que evidente, y lo destacaron con fuerza los Padres de la Iglesia, que muchas de las acciones que Jesús realiza durante su vida tienen la finalidad de mostrarnos a nosotros el camino que debemos recorrer en nuestro itinerario espiritual hacia la santidad. Numerosos comportamientos de Cristo son del todo innecesarios para Él, como éste de prepararse para su misión; pero no son fútiles para nosotros, que debemos mirarnos en Él como en nuestro principal espejo.

(ii) Oración y penitencia son parte de la preparación elemental para todas las grandes obras, incluso para las humanas, y, sin duda, para las divinas. Y orar y someterse a la penitencia equivale a atraer la mirada desafiante del diablo quien manifiesta una suprema impotencia en ciertas áreas del mundo espiritual, como, precisamente, estas dos: la de la oración y la de la penitencia. El diablo es fino razonador y gran conocedor, incluso de las Escrituras divinas, como lo demuestra esta pulseada con la misma Palabra. También tiene una voluntad extraordinariamente más fuerte que la nuestra... Pero no puede rezar a Dios, ni adorarlo, ni postrarse ante Él con humildad; ni tampoco puede arrepentirse de sus faltas y tratar de repararlas por el llanto sincero y dolido. Por eso no hay persona que se ponga a rezar o que quiera realizar la más pequeña obra penitencial que no atraiga en torno suyo una legión de pobres diablos que quieran estorbar esas obras que ellos no saben ni pueden hacer, o

que, al menos, traten de empujar al penitente y rezador a que se envanezca de su noble actitud o se llene de orgullo. Si vas a rezar, vas a luchar. Si tratas de hacer penitencia, entras en combate. Miedos, dudas, distracciones, desconfianzas, sensaciones de inutilidad y sabores de fracaso... se multiplican en los pocos minutos en que un hombre se pone de rodillas, humildemente, delante de su Creador y Padre, o le ofrece una privación y un dolor para expiar sus pecados o para pedir perdón por los de su prójimo.

(iii) El episodio tiene lugar en “el desierto” de Judea. El Antiguo Testamento lo llama *yesimón*, que quiere decir la devastación. Es una zona que se extiende por un área de 50 por 25 kilómetros. Una tradición localiza el lugar concreto en que estuvo Jesús en el Djebel-Qarantal, a cuatro kilómetros al norte de la actual Jericó. En la cima se alzaba en el tiempo de los Macabeos la fortaleza en que fue asesinado Simón, el último sobreviviente de la dinastía. En el siglo IV San Garitón fundó allí una laura (es decir, una colonia monástica), que está, desde 1874, en poder de los ortodoxos. Es un área de arena amarilla, de caliza quebradiza y de cantos dispersos. Las colinas son como montones de polvo; y la piedra caliza está erosionada y pelada; las rocas están desnudas y puntiagudas; a menudo hasta el mismo suelo suena a hueco cuando lo pisan los pies humanos o los cascos de las caballerías. Deslumbra y reluce con el calor como un horno inmenso. Se precipita hacia el Mar Muerto en una caída de cuatrocientos metros de piedra caliza, pedernal y marga, entre salientes y entrantes y precipicios.

(iv) Jesús elige este lugar para rezar y ayunar, y lo hace durante cuarenta días enteros, como lo habían hecho antes Moisés en el Sinaí (Ex 34,28) y Elías en su camino al Horeb (1Re 19,8). No se trata aquí del ayuno judío, que se practicaba como luego lo harían los musulmanes durante el Ramadán, es decir, sólo hasta la puesta del sol, permitiéndose comer y beber después de ese momento hasta la próxima salida del sol. Los fariseos más celosos, dice Spadafora, ayunaban los lunes y los jueves en memoria del principio y del fin del ayuno de Moisés (cf. Lc 18,12; Taanith 2,9). Jesús ayuna de forma total. Es posible practicarlo de este último modo pero con ciertas condiciones y cuidados, como el ingerir líquidos ricos en vitaminas (jugos) y otras cosas, evitando así daños serios a la salud.

No parece que Jesús usase de ningún método ni control; simplemente ayunó de modo total. Según Ricciotti, los evangelistas pretenden presentar el episodio como un hecho absolutamente sobrenatural, un ayuno milagroso. Es posible. De hecho san Lucas parece querer indicar que el hambre solo asaltó a Jesús al terminar el tiempo de ayuno. Como no tenemos más datos que los escasos que nos dan los evangelios, no podemos conjeturar mucho al respecto; solo tomar las cosas como están relatadas, las cuales, además, solo pueden tener por fuente al mismo Jesús, de quien debe, seguramente, provenir este relato hecho a sus discípulos; ningún otro testigo estuvo allí. Al advertir el hambre, el demonio ve llegado el momento de tantear quién es ese hombre que se presenta ante sus ojos con tanta sencillez, pero a la vez, rodeado de tanta maravilla. Algunos autores entienden que Mateo y Lucas no pretenden hacer un relato completo sino compendiado, y que pueden interpretarse las tentaciones como tenidas durante todo el tiempo del ayuno, y además puramente interiores, como una instigación del demonio puramente espiritual, sin apariciones, ni diálogos externos, ni transportaciones físicas o imaginarias... En fin, es posible que puedan entenderse las cosas en ese sentido; no destruye lo esencial del hecho, ni tergiversa el relato; es una exegesis perfectamente católica. Pero la tradición que entiende los hechos del modo en que están literalmente relatados, goza a su favor un mayor flujo de representantes.

Las tentaciones (4,3-13)

³ Entonces el diablo le dijo: “Si eres Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan”. ⁴ Jesús le respondió: “Esta escrito: No sólo de pan vive el hombre”. ⁵ Llevándole a una altura le mostró en un instante todos los reinos de la tierra; ⁶ y le dijo el diablo: “Te daré todo el poder y la gloria de estos reinos, porque a mí me ha sido entregada, y se la doy a quien quiero. ⁷ Si, pues, me adoras, toda será tuya”. ⁸ Jesús le respondió: “Esta escrito: Adorarás al Señor tu Dios y sólo a él darás culto”. ⁹ Le llevó a Jerusalén, y le puso sobre el alero del Templo, y le dijo: “Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo; ¹⁰ porque está escrito: A sus ángeles te encomendará para que te guarden. ¹¹ Y: En sus manos

te llevarán para que no tropiece tu pie en piedra alguna”.¹² Jesús le respondió: “Está dicho: No tentarás al Señor tu Dios”.¹³ Acabada toda tentación, el diablo se alejó de él hasta un tiempo oportuno.

(i) El relato de san Lucas difiere del de san Mateo en el orden de las tentaciones. Muchos dicen que el de Mateo parece preferible, pero ahora comentamos a Lucas, por lo que nos ceñiremos a su relato. Las tres tentaciones son una obra maestra de la psicología diabólica y expresan magistralmente la psicología de la tentación humana. En su gradación, estas tentaciones manifiestan los diversos pensamientos interiores por los que el hombre se siente tentado de evitar el misterio de la cruz en su vida, el camino directo hacia la santidad. Están tan bien elaboradas que ellas solas resumen todo el universo de las posibles tentaciones humanas. En tal sentido, Jesús las padece para dejar sentado de forma ejemplar el modo en que debemos nosotros resolver esas mismas tentaciones cuando se presenten en nuestra vida, porque tarde o temprano las experimentaremos tal cual aparecen aquí o ligeramente modificadas. A su vez retoman las grandes tentaciones en las que Israel *sucumbió* en su historia pasada; razón por la cual, algunos Padres vieron en las victorias de Cristo, la reparación de las caídas de su pueblo.

(ii) En la primera tentación (“si eres el Hijo de Dios, di a esta piedra que se convierta en pan”) la intención del demonio es más que evidente: no quiere otra cosa que averiguar su condición de verdadero taumaturgo e incluso su relación filial con Dios Padre. En el plano puramente literal, incita a Cristo a que se valga del poder que él supone que Dios le ha concedido –aunque no está totalmente seguro aún– para calmar su hambre, es decir, sus necesidades naturales y terrenas. Israel perdió una batalla en este mismo terreno pidiendo a Dios, en el desierto, milagros para calmar su hambre y su sed, como prueba de que Él estaba con ellos. Israel siempre cayó en la tentación de identificar la presencia protectora de Dios con la bendición material, con el triunfo material y con la abundancia material. Todos los que hoy en día siguen siendo, como dice san Pablo, judíos carnales –aunque les chorree agua bautismal por los cuatro costados– siguen equiparando la bendición y la protección divinas con el éxito material de sus empresas, y el abandono divino

con los fracasos humanos. Dios está con nosotros si nos va bien; y ya no nos ama si nos va mal. Estas personas, si Dios pusiese su divino poder a su disposición, lo usarían para solucionar sólo sus problemas terrenales: sus cosechas, su trabajo, su economía, sus riquezas, su hambre. En el fondo han caído en la tentación de pedirle a Dios que llene sus estómagos o que convierta en pan las piedras. Jesucristo sabe muy bien la insidia que se oculta en las palabras del diablo: usar a Dios para tapar nuestros agujeros materiales, es, en el fondo dejar en segundo lugar a Dios. A Dios lo usamos cuando corremos a Él porque lo necesitamos; nos acordamos de Él si las papas queman; y le pedimos pero no le damos: no le damos el corazón, ni la vida, ni la pureza, ni nuestro tiempo, ni la oración. Pero para pedir somos mandados a hacer. “El que no llora no mama...”; este es el dicho que más nos gusta. Por eso responde Nuestro Señor: “Está escrito: no sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”. El pan es importante, pero no es lo más importante. “Dios, primer servido”, decía Santa Juana de Arco.

(iii) La segunda tentación es una arremetida más espiritual; apunta al apetito de dominio que el demonio cree presente en todo hombre: “Llevándole a una altura le mostró en un instante todos los reinos de la tierra; y le dijo el diablo: «Te daré todo el poder y la gloria de estos reinos, porque a mí me ha sido entregada, y se la doy a quien quiero. Si, pues, me adoras, toda será tuya»”. Si el demonio se sirvió de una visión imaginaria o no, poco importa; igualmente aquello de “todos los reinos” no debe ser interpretado materialmente como una visión de *todos*, sino de *los reinos*, basta con los representativos.

(iv) El diablo, padre de la mentira, dice aquí lo que considero una media verdad. O una verdad presentada opacamente. Es probable, como lo ha entendido la tradición teológica que da crédito a sus palabras, que el ángel bueno que fue el demonio antes de su caída tuviera como misión el rectorado del mundo o quizá la custodia de los poderes. Su pecado no anuló su relación con el mundo pero sí el modo de hacerlo, pues pasó a ser su corruptor. Ese “doy el poder y la gloria a quien quiero” adolece de la referencia esencial a Dios: si Dios me lo permite por sus designios más altos que los míos... Pero es cierto que a veces Dios se lo permite, a menudo para castigo de

los que buscan afanosamente la gloria terrena, porque esta se vuelve, más tarde, su propio castigo. Su poder es real, pero más limitado de lo que da a entender. Y también es cierto que el precio que cobra por este servicio es una cierta adoración o pleitesía. No siempre se trata de un culto satánico explícito (aunque a veces sí); más bien consiste en pagar el tributo de hacer del poder un fin y no un medio, o un medio de un fin injusto y no del único fin que puede tener el poder y el mando, que es el servicio de los demás.

(v) La respuesta de Jesús es muy interesante porque no gasta tiempo en poner en su lugar estos principios de dudosa teología que el demonio maneja con deliberada imprecisión; va directamente al meollo: sólo Dios es Dios, y por tanto, solo a Él se puede y debe adorar y rendir culto. En comparación con esta mentira sustancial de pretender un acto de adoración sin ser Dios, todo lo demás son errores de segundo plano. Y se lo afirma con esa Escritura de la que el demonio hace alarde de magistral manejo cuando quiere, pero siempre cambiando el curso del agua para que vaya a su molino.

(vi) La tercera tentación tiene por escenario el pináculo del templo de Jerusalén. San Mateo la menciona en segundo lugar, y parece ser ése el más adecuado, pues el intentar directamente la propia adoración, objeto de la anterior, parece corresponder más bien al último paso en toda tentación. “Le llevó a Jerusalén, y le puso sobre el alero del Templo, y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, tírate de aquí abajo; porque está escrito: A sus ángeles te encomendará para que te guarden. Y: En sus manos te llevarán para que no tropiece tu pie en piedra alguna»”. Este tentar a Cristo para que pida un milagro inútil es diferente del de la primera tentación. En la primera el demonio lo incita a buscar un milagro para saciar una necesidad; en esta, en cambio, Jesús no tiene ninguna necesidad de bajar del pináculo del templo. ¿Y por qué lo sube al alero del templo y no a una roca de las que abundaban en el monte donde se encontraban? Porque el templo estaba abarrotado de judíos y en el desierto Jesús estaba solo. El demonio sugiere a Cristo hacerse reconocer como Mesías por su pueblo –y especialmente por el poder sacerdotal que ministraba el culto del templo– con un gran golpe de escena, milagroso, en el que se viera con claridad que las profecías se cumplían en él. El demonio lo invita a lograr su fin mesiánico

evitando el camino doloroso de la cruz. Este será, precisamente, el modo en que el Anticristo hará creer a los hombres que él es el Mesías: por medio de golpes de escena, de falsos milagros, de montajes mediáticos. Los caminos de Dios son radicalmente distintos.

(vii) “Jesús le respondió: «Está dicho: No tentarás al Señor tu Dios». Tentar a Dios quiere decir ponerlo a prueba; y a Dios se lo pone a prueba cuando se duda de Él. Se le pide un signo antes de lanzarse a lo que nos pide, porque uno no se fía completamente de sus palabras. Jesús se fía totalmente del Padre y de los planes divinos. El camino de la Cruz es el acto de fe más radical que Dios puede pedir a un hombre: creer que logrará el triunfo por medio de la derrota, que la vida se esconde en la muerte, que la exaltación se consigue en el ocultamiento al mundo, que se posee cuando se renuncia, que se alcanza la libertad haciéndose esclavo de todos... es un acto de fe en la palabra de Dios. “Confiado en tu palabra arrojaremos nuevamente las redes”. El demonio le sugiere a Jesús: pide un signo del amor divino antes de dejarte matar, para asegurarte que vale la pena hacer lo que tienes que hacer”. Jesús le responde: “no dudes nunca de Dios”.

(viii) “Acabada toda tentación, el diablo se alejó de él hasta un tiempo oportuno”. *Toda tentación*, dice Lucas, porque estas tres resumen la quintaesencia de toda tentación: la material, la espiritual y la satánica. Después de esto, el demonio se va, porque se dio cuenta que no era su tiempo... pero que si este era el Mesías, habría más adelante un tiempo oportuno. Debía asechar y esperar. Y eso hizo.

JESÚS COMIENZA SU VIDA PÚBLICA

El predicador ambulante (4,15-15)

¹⁴ Jesús volvió a Galilea por la fuerza del Espíritu, y su fama se extendió por toda la región. ¹⁵ Él iba enseñando en sus sinagogas, alabado por todos.

(i) El resto del capítulo 4 de san Lucas contiene las primeras acciones de Nuestro Señor en Galilea, sobre todo sus manifestaciones en las sinagogas de Nazaret y de Cafarnaúm, aunque es probable que haya enseñado en muchos otros poblados, porque Lucas habla de “toda la región”. En general las reacciones parecen haber sido buenas, salvo en Nazaret, como veremos en seguida. Todos alababan su enseñanza. El evangelista destaca la acción del Espíritu Santo sobre Jesús, que dirige con sus inspiraciones y con su fuerza.

(ii) Flavio Josefo dice que a los galileos “les encantaban las innovaciones, eran inclinados por naturaleza a los cambios y las sediciones. Siempre estaban dispuestos a seguir a un líder que iniciara una insurrección. Eran de genio vivo y dados a enzarzarse en peleas”. Eran gente brava, muy atada al honor. Una audiencia dispuesta a escuchar y a seguirlo si fuera necesario, pero con condiciones, como de hecho se ve por cuanto sigue.

(iii) Jesús comienza dirigiéndose a las sinagogas, centro de la vida religiosa judía, pues templo no había más que uno en todo Israel. La ley decía que donde hubiera diez familias tenía que haber una sinagoga en la que pudieran reunirse, no para hacer sacrificios, lo que era exclusivo del templo, sino para enseñar la fe judía. En la sinagoga la reunión sabática tenía tres partes: la primera en la que se hacían algunas oraciones; la segunda, en la que siete varones leían el texto en hebreo antiguo, que pocos entendían, y los targumistas o intérpretes lo traducían al arameo o al griego, un versículo por vez en el caso de la Ley, y de tres en tres en el caso de los textos de los Profetas. Finalmente, llegaba el turno de la enseñanza. No había ninguna persona especial que hiciera la predicación; generalmente quien presidía invitaba a hablar a cualquier persona distinguida que

estuviera presente, y luego podían participar los demás y hasta discutir. A estas costumbres se atuvo Jesús al comenzar su vida de predicador itinerante.

En la sinagoga de Nazaret (4,16-30)

¹⁶ Vino a Nazaré, donde se había criado y, según su costumbre, entró en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. ¹⁷ Le entregaron el volumen del profeta Isaías y desenrollando el volumen, halló el pasaje donde estaba escrito: ¹⁸ El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos ¹⁹ y proclamar un año de gracia del Señor. ²⁰ Enrollando el volumen lo devolvió al ministro, y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. ²¹ Comenzó, pues, a decirles: “Esta Escritura, que acabáis de oír, se ha cumplido hoy”. ²² Y todos daban testimonio de él y estaban admirados de las palabras llenas de gracia que salían de su boca. Y decían: “¿No es éste el hijo de José?” ²³ Él les dijo: “Seguramente me vais a decir el refrán: Médico, cúrate a ti mismo. Todo lo que hemos oído que ha sucedido en Cafarnaúm, hazlo también aquí en tu patria”. ²⁴ Y añadió: “En verdad os digo que ningún profeta es bien recibido en su patria”. ²⁵ “Os digo de verdad: Muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses, y hubo gran hambre en todo el país; ²⁶ y a ninguna de ellas fue enviado Elías, sino a una mujer viuda de Sarepta de Sidón. ²⁷ Y muchos leprosos había en Israel en tiempos del profeta Eliseo, y ninguno de ellos fue purificado sino Naamán, el sirio”. ²⁸ Oyendo estas cosas, todos los de la sinagoga se llenaron de ira; ²⁹ y, levantándose, le arrojaron fuera de la ciudad, y le llevaron a una altura escarpada del monte sobre el cual estaba edificada su ciudad, para despeñarle. ³⁰ Pero él, pasando por medio de ellos, se marchó.

(i) En su recorrido por Galilea Jesús llegó a Nazaret. No comenzó por su aldea, por lo que, al llegar a ella su fama lo precedía, despertando, de algún modo, ambiguas expectativas en sus paisanos. Si primero actuó en Cafarnaúm y luego en Nazaret, cabría

preguntarse por qué san Lucas invierte el orden de su relato. La respuesta debe estar relacionada con lo que Jesús revela en Nazaret, donde estaba obligado a hacerlo, pues debía corregir la idea que sus paisanos tenían de Él, mientras que, al parecer, en Cafarnaúm el énfasis había sido puesto más en los hechos caritativos que en las palabras doctrinales.

(ii) Así, pues, el sábado siguiente a su llegada, “según su costumbre” dice Lucas, fue a la sinagoga y se levantó a hacer la lectura. Bajo los ojos de Jesús caen las palabras que Isaías escribe en nombre del Mesías, donde este se proclama liberador del hombre y portador de la gracia del perdón divino. Después de leer el texto, Jesús devolvió el rollo y se sentó. Pero todos los ojos seguían fijos en Él esperando que diese su interpretación. Las palabras del Señor comienzan atribuyéndose el cumplimiento de ese pasaje: “Hoy se ha cumplido esto”. Esto solo podía significar una cosa: Jesús estaba afirmando que lo leído se refería a él, y que, por tanto, Él era el Mesías y que el tiempo del que hablaba el profeta había llegado al fin.

(iii) La reacción de sus conciudadanos es inicialmente titubeante. Perciben las palabras de Jesús llenas de gracia, y están admirados, pero los confunde todo cuanto sabían de Él en precedencia: lo creen hijo de José, y todos lo conocen desde pequeño; para darle definitivamente crédito parecen necesitar algo más, pero no se animan a decirlo en voz alta. Y no hace falta. Jesús sabe lo que exigen como condición para prestarle fe: milagros. Y el Señor, mostrando que entiende sus corazones, misteriosamente les niega lo que piden: no hará allí lo que ellos han oído que hizo en Cafarnaúm. Jesús acepta la ley común de ser despreciado por los propios. Los hombres necesitamos revestir de un halo de misterio a aquel en quien depositamos la confianza. Nos escandaliza el que Dios nos hable o nos salve por alguien cuyos pormenores ordinarios conocemos bien; preferimos pensarlo como poderoso, sin defectos, espiritualizado y sobrenatural. Los paisanos del Señor, como nosotros mismos, hubieran dado su vida por un Mesías caído del cielo, o cuyos orígenes humanos fuesen románticos y legendarios... pero tener que aceptar que quien viene a cumplir todas las expectativas mesiánicas era un simple carpintero y albañil a quien

ellos conocían desde pequeño, parecía demasiado. Para dar el corazón a quien viene arropado en orígenes tan humildes y prosaicos, no parecía mucho exigirle, al menos, que comenzase por curarles los enfermos, o que hiciera desaparecer las plagas de sus campos y les sirviese en bandeja un par de resucitados. Esto sí salvaría las distancias, haría más cómodo el salto de fe que les estaba pidiendo, y haría olvidar las humillantes virutas que quizá colgaban aún de los flecos del manto de Jesús. Aparece, así, nuevamente la tentación que le puso el demonio, pero ahora proveniente de los hombres: haznos unos milagros para que te demos fe.

(iv) Jesús nos los hace. Conoce la dificultad que todo gran hombre tiene ante su ayuda de cámara, y se aplica dos proverbios que, en definitiva, dicen lo mismo: es muy difícil que los que nos conocen muy de cerca puedan comprender cuando Dios nos elige para una misión divina, sobre todo si Dios, como hace a menudo, nos elige tal como somos y nos respeta tal como somos, sin transfigurarnos en seres angelicales ni superiores. Jesús comienza de este modo tan peculiar su enseñanza; con una lección dura para los incrédulos. Primera lección: “el lugar de la fe”. Punto uno y único: “la fe debe ir delante del milagro, y no el milagro delante de la fe”. Incluso cuando algún milagro se adelanta a la fe, como los que presencian los paganos, no es del milagro que ha de esperarse el acto de fe sino de la gracia y de la docilidad libre del creyente. Lo demuestra el que viendo los mismos milagros unos creen y otros no, dice Santo Tomás; y el que sin milagros son muchos los que creen: “dichosos los que crean sin haber visto”.

(v) Resucítanos media docena de muertos y te juramos fe eterna. Si no tenéis fe no puedo resucitaros ni un pájaro (o carecía de sentido, al menos). ¡Ojo! No decimos que Dios no haga milagros a los que los piden para tener fe, sino que, en el fondo, el milagro no es el que produce la fe. La fe depende de otras cosas más profundas. Por eso el Señor les pone como ejemplo dos prodigios obrados por los dos profetas más milagrerros del pueblo hebreo, Elías y Eliseo: el de la viuda de Sarepta y el de Naamán. Ambos milagros fueron hacia gente ajena al pueblo judío, una fenicia y un sirio; y eso que viudas y leprosos en Israel había como para hacer dulce. Pero aquellos dos dieron fe a las palabras de los profetas, y luego vinieron los milagros.

Pedir milagros para creer es decir a Jesús: “Bájate de la cruz y creeremos en ti”. Así como no se bajaría más tarde de la cruz ni para convertir al Sanedrín en pleno, tampoco la esquivó al comienzo de su vida pública para darles el gusto a sus paisanos.

(vi) La iracunda reacción de estos parece desmedida, a menos que veamos en ella una manifestación de la enorme avidez de prodigios con que se habían acercado a Jesús. Habían ido a por circo, y los tragafuegos y prestidigitadores salían ahora con que no venían a actuar sino a predicarles sermones. Y estos galileos parece que montaban cólera con rapidez y descontroladamente, porque sacaron a Jesús a los empujones con la intención explícita de despeñarlo desde un barranco al que daba la aldea en aquellos tiempos. Allí cerca hay una lomita que las gentes antiguas bautizaron “monte del pasmo” porque la tradición ha querido ver allí el lugar desde el que la Madre de Jesús observó la escena y el corazón se le heló ante el horrible espectáculo que se desarrolló ante sus ojos. Nos mueve a compasión pensar que el corazón tan limpio y puro de esta madre, todavía joven y ya tan madura, haya sentido tanta congoja y tan duro estrujón por culpa nuestra; y nos dan ganas de abrazarla y darle cariño y protección en esas horas en que sufría sola sus primeros pasmos de dolor. Pero ella vio, en cambio, un milagro: Jesús, empujado por una descontrolada multitud de hombres dispuestos a lincharlo, sencillamente, con autoridad y sin decir una palabra, los dominó con sola su presencia y mirada, y abriéndose paso por medio de ellos, abandonó definitivamente su pueblo. Sólo ella, la que creía en Él, vio el prodigio; ellos que querían prodigios para creer, no se percataron del Dedo de Dios que acaba de trazar ante sus ojos una línea divisoria entre el antes y el después de la vida oculta de su Hijo.

En la sinagoga de Cafarnaúm (4,31-32)

³¹ Bajó a Cafarnaúm, ciudad de Galilea, y los sábados les enseñaba. ³² Quedaban asombrados de su doctrina, porque hablaba con autoridad. ³³ Había en la sinagoga un hombre que tenía el espíritu de un demonio inmundo, y se puso a gritar a grandes voces: ³⁴ “¡Ah! ¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres tú: el Santo de

Dios”.³⁵ Jesús entonces le conminó diciendo: “Cállate, y sal de él”. Y el demonio, arrojándole en medio, salió de él sin hacerle ningún daño.³⁶ Quedaron todos pasmados, y se decían unos a otros: “¡Qué palabra ésta! Manda con autoridad y poder a los espíritus inmundos y salen”.³⁷ Y su fama se extendió por todos los lugares de la región.

(i) En su primer recorrido misional, después o quizá incluso antes del referido episodio en Nazaret (pues los nazarenos esperaban que entre ellos hiciera algunos milagros como los que había obrado en Cafarnaúm) Jesús dedicó un tiempo a predicar en la aldea de pescadores de Cafarnaúm. Esta dista menos de cincuenta kilómetros de Nazaret.

(ii) La población, en tiempo de Jesús, era un lugar estratégico y por eso fue elegida por Nuestro Señor como centro principal de su apostolado en Galilea. Se hallaba situada a cinco kilómetros del lugar en que el Jordán vierte sus aguas en el lago de Galilea y a dieciséis de Tiberíades. Pasaba junto a ella el “camino del Mar” o *via Maris*, o “camino de los Filisteos”, que unía Damasco con la costa mediterránea y, por tanto, Siria y la Mesopotamia con Egipto. Los romanos la habían convertido en una de las calzadas imperiales, como lo demuestra una piedra miliar de época de Adriano encontrada en el lugar. No se han encontrado restos arqueológicos que hagan suponer que fuera una *ciudad* propiamente dicha; más bien se trataba de una aldea rústica de pescadores, pero que poseía, por su importante tráfico de personas que transitaban la referida vía imperial, una guarnición romana, con un centurión (o al menos un funcionario militar romano inferior pero que por simplificación los evangelistas denominan centurión) respetuoso y benefactor de los judíos, hasta el punto de colaborar –quizá hasta enteramente– en la edificación de la sinagoga del pueblo, cuyos cimientos se pueden ver debajo de la actual (posterior varios siglos a aquella en que entró Jesús). Poseía también una casa de aduanas para la que trabajaban los publicanos, o cobradores de impuestos, entre los que se contaba un tal Leví, destinado a ser más adelante apóstol de Cristo.

(iii) San Lucas dice simplemente que enseñaba los sábados; no aclara el contenido de su predicación. Al parecer a los cafarnaítas les pesaba mucho el modo de predicar que tenía Jesús pues el

asombro por la doctrina enseñada era causado por la *autoridad* con que el Señor ejercía su docencia. No sabemos bien a qué se refiere el evangelista con esta expresión. Puede aludir a la claridad, a la sencillez, a la profundidad, o a la firmeza. También puede referirse a que apoyaba todas sus afirmaciones sobre su propia autoridad. Porque los rabinos apuntalaban su enseñanza en la autoridad de otros rabinos y en las tradiciones humanas que ellos iban transmitiendo; pero Jesús, como de hecho lo manifiesta el Sermón de la montaña, se apoyaba en su propia autoridad: “Habéis oído..., pero Yo os digo en cambio...” Y esto en su boca no sonaba, como lo experimentamos al leer sus prédicas, pedante o engreído, sino, por el contrario, subyugante. Además, Jesús, al hablar, hacía comprender el verdadero sentido de las Escrituras (Lc 24,32; cf. Hch 17,3). Las “abría”, como dirán más tarde los discípulos de Emaús. El verbo *διανοίγω* (*dianoígo*) significa “abrir”, “hacer que se abra”, también “explicar” pero en el sentido de despejar, franquear el camino. Por eso se usa para indicar “primogénito” en la expresión *arsēn dianoigōn mētran* (Lc 2,23) varón que abre la matriz de la madre por vez primera. Se usa también para el que abre los ojos (Mc 7,34; Lc 24,31), la mente (Lc 24,45), el corazón (Hch 16,14). Estos judíos acostumbrados a las reuniones sabáticas con lecturas y comentarios bíblicos, escuchando a Jesús se darían cuenta de que nunca antes habían comprendido las Escrituras como les ocurría ahora, al oír al hijo del carpintero.

El primer exorcismo (4,33-36)

³³ *Había en la sinagoga un hombre que tenía el espíritu de un demonio inmundo, y se puso a gritar a grandes voces:* ³⁴ “¡Ah! ¿Qué tenemos nosotros contigo, Jesús de Nazaret? ¿Has venido a destruirnos? Sé quién eres tú: el Santo de Dios”. ³⁵ *Jesús entonces le conminó diciendo: “Cállate, y sal de él”. Y el demonio, arrojándole en medio, salió de él sin hacerle ningún daño.* ³⁶ *Quedaron todos pasmados, y se decían unos a otros: “¡Qué palabra ésta! Manda con autoridad y poder a los espíritus inmundos y salen”. ³⁷ Y su fama se extendió por todos los lugares de la región.*

(i) Es en la sinagoga de Cafarnaúm donde tiene lugar el primer exorcismo que nos relata san Lucas, aunque no podemos saber si es el primero en absoluto. Jesús fue un gran exorcista y parte de su misión consistió en sacar demonios de los hombres. Los exorcismos de Jesús son “milagros de majestad”, como los ha llamado la apologética, es decir, donde resalta su grandeza y distancia con las creaturas, incluso si tratándose de ángeles (caídos). Los pasajes evangélicos que relatan exorcismos han sido de los más maltratados por la crítica moderna porque los exégetas de hoy no creen en el demonio. Jesús tampoco creía en él, es decir, no lo conocía por fe sino con ciencia divina. Jesús conocía al demonio porque Él lo había creado como ángel bueno, y lo mantenía en el ser, como mantiene a todo ser, incluso a los que se condenan. Los exégetas que no creen en los demonios también los mantienen pero en otro sentido, es decir, les dan pie para seguir ejerciendo su poder diabólico, empezando por los mismos malos exégetas a quienes embrollan como un tío que hace trampa en el juego a sus sobrinos. Sobrinos del demonio es un buen apelativo; por tanto, primos de los fariseos y de los judíos carnales a quienes Jesús llamó hijos del diablo. El demonio existe, y quien lo niegue no se librará por eso de él. A lo sumo hará como Filemón Cangiano que al ver venir el tren por la vía en la que se le había atascado la bicicleta, dijo “ese tren no existe”. No hace falta que diga dónde está el viejo Filemón ahora. A los demonios y a los trenes mejor no sacarles el ojo de encima.

(ii) San Lucas dice que en la sinagoga había un hombre que tenía un espíritu inmundo, es decir, simplemente un demonio. Este, por lo visto, no le impedía ir a la sinagoga; sobre todo si las prédicas habituales, como dejan entender los cafarnaítas, carecían de autoridad. Al demonio le divierten esas homilías. Pero el predicador que le tocó ese sábado hablaba distinto. Y por eso, ese demonio, comenzó a gritar a grandes voces lo que hemos leído en el texto. Confesaba a Jesús y lo llamaba “el Santo de Dios”; probablemente quería que Nuestro Señor se revelase con claridad, porque el misterio que rodeaba a este rabí ambulante era algo que lo alteraba desde que lo vio rezar en el desierto. Para él era fundamental estar seguro, porque sabía que era el Mesías, porque los signos lo ponían en claro, pero ¿era también algo más? ¿Cómo cruzarle el camino si era

realmente algo más que un Mesías-hombre? San Pablo dirá más tarde que si el demonio hubiese sabido con certeza que era el Hijo de Dios, no lo hubiera crucificado, porque sabía que eso representaba su derrota más palmaria. Quería, pues, saberlo y por eso lo desafiaba a que hablase claro. Pero Jesús no le da el gusto. Él no adelantaba sus momentos por un demonio. Sí era capaz de hacerlo si se lo pedía, en cambio, su Madre.

(iii) La gente que conoce a Jesús por la presentación que de él hace el cine más que por la de sus evangelistas, imagina que para enfrentarse al demonio, Nuestro Señor tiene que poner cara de pocas pulgas, largar chispas por los ojos, mirar fijo como para comérselo, hacer fuerza como quien levanta una bolsa de papas y gruñir violentamente y hablar con voz ronca como si tuviera carraspera. Así lo interpretan los actores de teatro que saben declamar divinamente pero desaprobaban el más rudimentario examen de teología. Jesús no hizo nada de eso sino que se limitó a hablarle con firmeza y claridad, exigiéndole que se callara y dejara al pobre hombre. Y el demonio salió con la cola entre la patas, sin chistar y sin hacer ningún daño a su prisionero. Nuestro Señor lo echó como se echa a un cuzquito escandaloso y molesto pero asustadizo.

(iv) Y el pasmo del auditorio aumentó aún más, reforzando el concepto que se había forjado de la autoridad de su palabra, ahora extendida al dominio sobre los mismos demonios. Jesús no solo hablaba bien y con peso, sino que mandaba con verdadero imperio, incluso en el mundo de los espíritus.

(v) Con toda lógica su fama se extendió en la región. Si este episodio precedió a su predicación en Nazaret, se comprende que sus paisanos tuviesen tanta expectativa de ver signos y maravillas como los que se contaban en la aldea lacustre.

Jesús taumaturgo (4,38-44)

³⁸ Saliendo de la sinagoga, entró en la casa de Simón. La suegra de Simón estaba con mucha fiebre, y le rogaron por ella. ³⁹ Inclínándose sobre ella, conminó a la fiebre, y la fiebre la dejó; ella, levantándose al punto, se puso a servirles. ⁴⁰ A la puesta del sol, todos cuantos tenían enfermos de diversas dolencias se los

llevaban; y, poniendo él las manos sobre cada uno de ellos, los curaba. ⁴¹ *Salían también demonios de muchos, gritando y diciendo: “Tú eres el Hijo de Dios”. Pero él, conminaba y no les permitía hablar, porque sabían que él era el Cristo.* ⁴² *Al hacerse de día, salió y se fue a un lugar solitario. La gente le andaba buscando y, llegando donde él, trataban de retenerle para que no les dejara.* ⁴³ *Pero él les dijo: “También a otras ciudades tengo que anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios, porque a esto he sido enviado”.*

⁴⁴ *E iba predicando por las sinagogas de Judea.*

(i) Los portentos obrados en la sinagoga se continuaron durante su residencia en Cafarnaúm. Al parecer Jesús se hospedaba ya en casa de Simón, a menos que esta fuese la primera vez que entraba en ella, quizá invitado por el rústico pescador después de la reunión sabática. Allí curó a la suegra de su anfitrión con un milagro que los teólogos califican en la categoría de los *quoad modum*, es decir, no se trataba de un hecho intrínsecamente sobrenatural o preternatural, sino natural, como lo es el restablecimiento de un estado febril, pero el modo en que sucedió no era, ciertamente, aquel en que obraba la naturaleza, que se toma sus tiempos y exige lentos procesos corporales. La suegra de Pedro, que solo aparece en este episodio sin legarnos siquiera su nombre, como tampoco se nos da el de la hija que había dado en matrimonio al buen pescador, se repone inmediata y totalmente ante el comando de Jesús. Y señala Lucas, que era médico y estas cosas picarían su curiosidad, que Jesús no conminó a la anciana sino a la fiebre, como si fuera esta última un ser sujeto a la voluntad divina al modo de los racionales. La mayoría de los milagreros modernos se hubieran dirigido a la enferma, con mirada enérgica y sugestiva, voz firme y ademanes rígidos, porque apuntan, por lo general a la sugestión del paciente. Si su problema es imaginario, la seguridad que le transmite el taumaturgo cambiará su fantasía y se sentirá tan bien como antes creía sentirse mal; si, en cambio, se trata de un problema real pero dominable por un intenso estado de sugestión, la acción del sugestionador puede bastar para convencer al enfermo de que no tiene ni siente nada. Pero Jesús no habla a la vieja sino a la fiebre y le manda que la deje en paz como quien despacha a un vendedor molesto. Y la anciana inmediatamente

se puso a trabajar, como todas las viejas de pueblo, hacendosas y hospitalarias con los convidados.

(ii) La fama hizo afluir innumerables dolientes o amigos y parientes que los traían para pedirle a Jesús la limosna de la curación. Y al parecer ninguno se marchó decepcionado, puesto que el evangelista no dice que curó a muchos sino a todos. No haciendo oraciones colectivas sino imponiendo a cada uno sus manos. Probablemente Jesús no impondría las manos con gesto solemne y pomposo, como hacen los que creen que es el gesto por sí mismo el que cura o trasmite poder. Sus manos curaban porque eran *quoddam organum divinitatis*, un instrumento de la divinidad, como iba a decir más tarde el Damasceno refiriéndose a toda la naturaleza humana de Cristo. Los tocaría con naturalidad como tocamos a los niños que se acercan a nosotros pidiéndonos la bendición o queriendo saludarnos. Los gestos aparatosos pertenecen a los que *tienen que hacer creer (o convencerse a sí mismos)* que tienen poder. Jesús sencillamente tenía poder, y el poder a veces se le escapaba o se lo sacaban tocándolo a escondidas, a él o a sus ropas, como hizo en otra oportunidad la hemorroísa.

(iii) Y otro tanto hacía con los demonios, los cuales no se iban sin aclamarlo “Hijo de Dios”, no en todo festivo de alabanza sino con la ilusión de que Jesús rompiera el secreto con que se envolvía ante los espíritus avernales, que se morían –si un espíritu pudiera– del deseo de saber la precisa naturaleza de este formidable adversario que les robaba terreno sin esfuerzo alguno. San Lucas dice que ellos “sabían que era el Cristo”; la lógica de los hechos los obligaba a reconocer el *mesianismo* de Jesús, pero *la filiación divina* era otra cosa, y esto solo lo sospechaban y querían certificarlo. Jesús, sin embargo, no dialogaba con ellos.

(iv) El comienzo de la vida itinerante, de predicador y taumaturgo, no cambió ciertos hábitos de Jesús; en particular su vida interior de oración. Por eso añade el evangelista que al amanecer salió para un lugar solitario. No añade más, pero sabemos, porque este gesto lo repitió a menudo, que se retiraba a orar a su Padre. Jesús sentía necesidad de estos momentos intensos en que se entregaba a la plegaria. Más tarde la carta a los Hebreos dirá que durante su vida mortal ofreció incesantes oraciones por los hombres. Jesús no oraba

en cuanto Dios sino como hombre; como Dios su voluntad obraba directamente lo que quería, dice Santo Tomás. El contacto con la miseria humana hecha dolor en los enfermos, vasallaje en los endemoniados, miseria en los viciosos, miopía en los que le pedían pan corporal despreocupados del estado de sus almas, envidia en los que se acercaban a espiarlo con suspicacia, incredulidad en los fisgones..., llenaba indudablemente el Corazón de Jesús de compasión y lo empujaba a presentar todas estas penas y necesidades a su Padre celestial. Pero no sería solo de los hombres que hablaba con su Padre; lo empujaría la necesidad de expandir su alma con el Único que la entendía plenamente. De la intimidad del alma humana de Cristo con el Padre celeste no podemos decir más que cosas generales y abstractas, porque nos excede infinitamente.

(v) Las gentes que se habían beneficiado de sus prodigios, al ver que el Señor no estaba en la casa de Pedro lo buscaron ansiosamente, y al encontrarlo rezando hicieron todo lo posible para que se quedara con ellos. A algunos quizá solo los movería su poder milagroso, pero habría también quienes quisiesen de Él el pan de la Palabra divina que les había repartido junto a los portentos. Frente a todos Jesús afirma su misión de anunciar “la Buena Nueva del Reino de Dios”. Porque Nuestro Señor tenía conciencia de tener una misión en este mundo.

(vi) Aquí aparece por vez primera esta expresión central de la predicación de Jesús: “el Reino de Dios”. Él tiene conciencia de que debe anunciar el *advenimiento* de ese reino. *Todos* los hombres están llamados a entrar en él. Jesús no discrimina a nadie; no predica un reino para ricos, en el que los pobres no tengan lugar; ni para los pobres, donde los ricos sean excluidos por resentimiento; no es para los judíos, como pensaban algunos de sus contemporáneos, ni para los blancos como iban a pensar más adelante otros, ni para los arios, ni para nadie en particular. *Todo* el hombre, con todas sus dimensiones, debe entrar en él (Jesús es un antiliberal nato, y jamás aceptaría que uno pueda ser religioso en lo privado o en lo interior del corazón y mundano en sus actividades públicas). *Todas las relaciones* entre los hombres están llamadas a entrar en él (Jesús quiere que las leyes humanas, las relaciones de gobierno y obediencia, o sea, las sociedades todas, sean parte de su reino).

(vii) Este reino de Dios no es algo puramente interior, como pensaba Harnack. Es una realidad espiritual, pero también tiene un aspecto exterior y visible porque podemos comprenderlo bajo imágenes concretas como un rebaño (Lc 12,32), una ciudad (Mt 5,14), un árbol colmado de pájaros (Mc 4,30), una viña (Mc 12,1), o una fiesta de bodas (Mt 22,1). Más aún, al menos durante un tiempo puede ser que estén dentro de él, conviviendo, buenos y malos, aunque llegará un momento en que se arrojará fuera a los malos y quedarán solo los buenos. Este reino de Dios no se identifica restrictivamente con la Iglesia en su realidad visible y social, aunque tiene un vínculo especial con ella. Ella es el germen, el signo y el instrumento del Reino de Dios; ella es el canal por el que Dios hace llegar su gracia a cada hombre que incorpora a su Reino, aunque aquel no llegue a tomar plena conciencia de su vinculación salvífica con la Iglesia, y en cierto sentido son miembros invisibles de ella, unidos por la gracia que el Espíritu Santo les infunde por mediación de Cristo y de la Iglesia, aunque visiblemente, por ignorancia invencible de la necesidad de esta Iglesia, no se hayan unido a ella. Este reino es el que vino a predicar Jesús. Y lo hacía yendo de sinagoga en sinagoga.

La pesca milagrosa (5,-11)

¹ Estaba él a la orilla del lago Genesaret y la gente se agolpaba sobre él para oír la Palabra de Dios, ² cuando vio dos barcas que estaban a la orilla del lago. Los pescadores habían bajado de ellas, y lavaban las redes. ³ Subiendo a una de las barcas, que era de Simón, le rogó que se alejara un poco de tierra; y, sentándose, enseñaba desde la barca a la muchedumbre. ⁴ Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: “Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar”. ⁵ Simón le respondió: “Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, porque tú lo dices, echaré las redes”. ⁶ Y, haciéndolo así, pescaron gran cantidad de peces, de modo que las redes amenazaban romperse. ⁷ Hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que vinieran en su ayuda. Vinieron, pues, y llenaron tanto las dos barcas que casi se hundían. ⁸ Al verlo Simón Pedro, cayó a las rodillas de Jesús, diciendo: “Aléjate de mí, Señor, que soy un

hombre pecador”.⁹ Pues el asombro se había apoderado de él y de cuantos con él estaban, a causa de los peces que habían pescado.¹⁰ Y lo mismo de Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Jesús dijo a Simón: “No temas. Desde ahora serás pescador de hombres”.¹¹ Llevaron a tierra las barcas y, dejándolo todo, le siguieron.

(i) La mayor parte de la predicación de Jesús tuvo lugar en torno al lago, en las cercanías de Cafarnaúm, donde las gentes se daban cita para sus actividades comerciales y administrativas por las razones que ya hemos aludido al mencionar la *Vía maris* que pasaba junto al poblado, a lo que se debe sumar el comercio del pescado fresco del que vivían muchos vecinos del lugar, que eran pescadores.

(ii) Nos encontramos con un giro en la vida del Señor en el cual deja la limitación de las reuniones sabáticas en las sinagogas para dirigirse directamente a las multitudes, y a todo aquel que quiera oírlo. Comienza su vida de maestro itinerante y de misionero popular usando como lugar de reuniones e improvisado púlpito el que la ocasión le prestase a cada momento: plazas, callejuelas, casas de familia, la rivera lacustre o la falda del monte.

(iii) Jesús era un formidable predicador y además sabía de qué tenían hambre las muchedumbres: de la Palabra de Dios. Lo había dicho el Espíritu Santo por boca de Amós: “He aquí que vienen días –oráculo del Señor Yahveh– en que yo mandaré hambre a la tierra, no hambre de pan, ni sed de agua, sino de oír la palabra de Yahveh” (Am 8,11). Las gentes se agolpaban para escuchar sus explicaciones y aplicaciones de las Palabras divinas que tantas veces habían sentido sin entender.

(iv) Lucas nos recuerda el episodio de esta predicación a la orilla del lago; los oyentes eran muchos y las condiciones del predicador incómodas pues estaba acorralado contra la orilla. Entonces viendo dos barcas que estaban en tierra y a lado a los pescadores lavando las redes después de una noche infructuosa, subió a una de ellas, que pertenecía a Pedro, pidiéndole a éste que la alejara unos metros de tierra, de modo de servirse de ella como de púlpito, para predicar desde allí a sus seguidores, sentados en la playa. No sabemos de qué predicó en esa oportunidad. Pero sí nos ha llegado el milagro con el que, al terminar su prédica, quiso pagar el

favor de Pedro. Le ordenó que bogara mar adentro y echase las redes para pescar. Los pescadores conocían bien su oficio y sabían que humanamente hablando aquello era una inútil pérdida de tiempo, ya que durante toda la noche, que era el momento ideal para la pesca, no habían conseguido nada. Además, estaban cansados tras una noche de trabajo, y desalentados por la esterilidad del esfuerzo. En lo que menos pensaban aquellos duchos marineros era en tirar nuevamente las redes que acababan de lavar. Nuestro Señor no ha cambiado en mucho su proceder, y sigue hoy ofreciéndonos sus milagros a contracorriente, contra la lógica humana, pidiendo de nuestra parte un acto que, siempre humanamente visto, nos parece ineficaz, propio de inexpertos... y además que exige vencer nuestro desaliento, desgana y cansancio. Ya queremos irnos a dormir; lo intentamos de todos los modos posibles y durante todo el tiempo que la prudencia humana nos ha sugerido, y no ha pasado nada. Es hora de descansar; la próxima noche lo intentaremos. Todavía hoy sigue diciendo el Señor: boga mar adentro una vez más, ahora mismo, y arroja las redes.

(v) La respuesta de Pedro es magnífica: “Maestro, hemos estado bregando toda la noche y no hemos pescado nada; pero, porque tú lo dices, echaré las redes”. “Porque tú lo dices”; es probable que la predicación de Jesús haya tenido que ver con la confianza en el poder de Dios y con el aventurarse confiados en las palabras de Dios. El hecho es que Pedro hace aquí un hermoso acto de confianza en la palabra de Jesús. Si Lucas relata los hechos cronológicamente Pedro había sido ya testigo de otros milagros de Cristo, incluida la curación de su suegra. Pero este tenía algo particular: desafiaba su pericia profesional. Que Jesús curase enfermos de modo prodigioso llamaba menos la atención a un rudo pescador que el que supiera de peces más que él. William Barclay explica este hecho de la manera más tonta, poco digna de su habitual buen juicio, suponiendo que el milagro consistió solamente en tener buen ojo. Jesús vio, dice el comentarista, un banco de peces que sus compañeros no habían observado; el milagro estuvo en ver lo que lo otros no venían, como Newton, sigue diciendo el célebre comentarista escocés, vio en la caída de la manzana una ley que otros no vieron a pesar de haber observado, como él, muchas manzanas

que se desprendían de los árboles. Son milagros de observación, concluye. Un milagro así habría necesitado él al comentar el pasaje para no decir estas tonterías. Las intuiciones naturales o los toques del genio o los razonamientos brillantes de los genios no son milagros; y ninguno de los ejemplos aducidos por Barclay son milagros de ningún tipo, ni los humildes milagros *quoad modum* que son intervenciones divinas que hacen lo que la naturaleza misma es capaz de hacer, pero *de un modo que esta no es capaz de hacer*, como el súbito restablecimiento de una fiebre. No hizo falta que Jesús creara ningún pez, ciertamente, pues el lago tenía miles; pero al menos a su sencilla y simple voluntad estos acudieron donde Él quería. Y esto no se escapó a los marineros cuyo ojo pescador penetraba las aguas profundas del lago.

(vi) Las redes amenazaron romperse y tuvieron que acudir los de la otra barca, que se habían quedado en la orilla, y llenaron tanto las dos, que casi se hundían. Pedro, que se había criado pescando y sabía distinguir bien entre un sagaz detector de cardúmenes y un hombre que obra milagros, no dudó de la sobrenaturalidad del hecho, y, en consecuencia, de la sobrenaturalidad del hacedor. Y cayendo de rodillas habló no solo por sí mismo, sino también por todos nosotros: “Señor, aléjate de mí, que soy un hombre pecador”. Pedro reacciona sacando al descubierto su mentalidad judía, según la cual el pecador no puede subsistir delante de la santidad absoluta de Dios. Isaías también se había sentido perdido por haber visto a Dios: “¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito: que al rey Yahveh Sebaot han visto mis ojos!” (Is 6,5). Y todos los judíos tenían presente a aquel Uzzá que cuando David intentó trasladar el Arca de Dios hasta su ciudad, murió por tocarla (cf. 2Sam 6)... También Pedro se siente indigno y sobrepasado ante la majestad del Señor. No lo habían sorprendido ni los demonios que se iban corridos por la palabra de Jesús, ni las enfermedades que obedecían sus comandos; pero sí la obediencia de los peces y de los mares, que era su ámbito profesional. Y todos los que estaban con él, entre los que se contaban Juan y Santiago, experimentaron el mismo sentimiento. Captaban en el episodio la majestad de Jesús y su trascendencia, es decir, lo sagrado, o mejor lo

numinoso, como llamaba Rudolf Otto a la experiencia sagrada, a la vez terrorífica y fascinante.

(vii) Jesús confirma que el sentimiento que embarga a Simón el pescador era el miedo sagrado, por eso lo invita a la confianza: “No temas”. Y confirma su nueva misión: “desde ahora serás pescador de hombres”. Esta es la tercera vez que Jesús hablaba a Pedro y a sus amigos del seguimiento al que los convocaba. La primera vez, en su primer encuentro, con ocasión del bautismo en el Jordán (Jn 1,25-42), donde habían quedado prendados de la fascinación que emanaba de su personalidad; la segunda al encontrarlos nuevamente en Galilea, ocupados de sus viejas faenas (Mt 4,18-22). Pero esta será la definitiva porque se acompaña de la experiencia sagrada de Jesús. Y para confirmar el cambio de rumbo de las vidas de estos hombres, cierra Lucas su narración diciendo: “y dejándolo todo, lo siguieron”.

Curación de un leproso (5,12-16)

¹² *Y sucedió que, estando en uno de los pueblos, se presentó un hombre cubierto de lepra que, al ver a Jesús, se echó rostro en tierra, y le rogó diciendo: “Señor, si quieres, puedes limpiarme”.*

¹³ *El extendió la mano, le tocó, y dijo: “Quiero, queda limpio”. Y al instante le desapareció la lepra.* ¹⁴ *Y él le ordenó que no se lo dijera a nadie. Y añadió: “Vete, muéstrate al sacerdote y haz la ofrenda por tu purificación como prescribió Moisés para que les sirva de testimonio”.* ¹⁵ *Su fama se extendía cada vez más y una numerosa multitud aflucía para oírle y ser curados de sus enfermedades.* ¹⁶ *Pero él se retiraba a los lugares solitarios, donde oraba.*

(i) A la lepra se la llamaba en la antigüedad *tzara'at*, “golpe” o “azote divino”, porque muchos la consideraban un castigo de Dios, merecido por pecados muy grandes (Num 12,9-15; 2Re 15,5; 2Cr 26,19-21). Se englobaba bajo el mismo nombre de lepra otras enfermedades de la piel menos graves y curables (Lev 13-14) como la que afectaba probablemente a Simón *el leproso*, el cual no se

privaba de ofrecer incluso banquetes en su casa (Mt 26; Mc 14) a menos que este apelativo aludiera a una lepra *ya curada*.

(ii) La lepra grave era un estigma social y religioso muy pesado, no solo por la desgracia física de esta enfermedad que se comía la piel y dejaba a veces sólo los muñones de las manos y los pies, sino por el aislamiento social que conllevaba. Los leprosos debían vivir lejos de las aldeas y debían ir siempre gritando *Tamé, tamé*, “impuro, impuro”, para que la gente se apartara de ellos, evitando el contagio. No podían acercarse a nadie a menos de cuatro codos (unos dos metros). Los mismos rabíes se mantenían a distancia cuando se les acercaban estos desdichados, incluso arrojándoles piedras para no quedar impuros por su cercanía. Los leprosos graves quedaban, así, aislados, perdiendo no solo su salud sino también su familia y amigos, a quienes el miedo del contagio los alejaba de los infelices. Las consecuencias psicológicas de la lepra eran, por eso, tan graves como el infortunio físico.

(iii) San Lucas hace notar que este era un enfermo muy grave pues estaba *cubierto de lepra*: πλήρης λέπρας (*pléres lépras*: totalmente leproso). Los evangelistas resumen mucho el episodio, por lo que no sabemos el modo dramático en que se desarrolló. Entendemos que el leproso, a pesar de las prohibiciones, logró acercarse mucho a Jesús, y confiado en lo que había escuchado de él, se postró rostro en tierra, en señal de sumisión y de súplica angustiada, como la del que ve la última oportunidad de su vida, y le rogó con una oración humilde y hermosa: “Señor, si quieres, me puedes limpiar”. ¡Cuánta teología hay en las seis palabras griegas con que el leproso se dirige a Cristo! El reconocimiento de la majestad, de la grandeza, y de la soberanía de Jesús sobre él y sobre su enfermedad están encerrados en ese *Kýrie*, “Señor”, y sobre todo en ese dirigirse a Jesús para pedir, no su intercesión ante Dios, como se le pedía a los profetas (Jr 42,2: “ruega a tu Dios por nosotros”), sino para que Él mismo ejecute una acción exclusivamente divina. La confesión del poder de Cristo: *tú puedes*; la sumisión a los planes divinos: *si quieres*. Si tú quieres, puedes; yo no sé si quieres; no sé cuál es tu voluntad; si hay alguna razón por la cual quizá no quieras curarme, o no quieras hacerlo ahora...; pero confieso que si quieres, poderoso eres para hacerlo. Se trasluce en esta oración una

aceptación anticipada y resignada a la voluntad divina en caso de que la respuesta fuese “no quiero”. La oración del leproso es semejante a la oración de Cristo en Getsemaní: *si es tu voluntad... pero no se haga la mía sino la tuya...*

(iv) San Lucas no dice, como san Marcos, que Jesús se conmovió, pero lo sobreentiende al subrayar el gesto inaudito del Maestro: extendió su mano y lo tocó. Es de la esencia del Evangelio, dice Barclay, tocar lo intocable, perdonar lo imperdonable y amar lo inamable. Y retomando directamente las palabras de la oración del enfermo, respondió, no prometiendo una oración a Dios todopoderoso, sino como quien *es* Dios: “Quiero, queda limpio”. Θέλω (*thelo*: quiero). Se encierra en este uso verbal toda la conciencia de identificarse con la voluntad divina y gozar la plenitud del poder divino, expresado en presente, omnipotente, ante el que nada puede interponerse como obstáculo; al que responden los ángeles en el cielo y toda naturaleza en la tierra, con una obediencia absoluta e inmediata, incluso pasando del no ser al ser, como en este caso la carne ya inexistente del leproso que vuelve a cubrir las cavidades vacías o a volverse sana donde estaba infectada. “Y al instante desapareció la lepra”. Es un milagro extraordinario en el orden físico.

(v) Y quizá no fue menos en el psíquico, pues no sería de extrañar que devolviera a este hombre el respeto por sí mismo, que suelen perder tan fácilmente quienes se convierten, por sus males y dolencias, en desecho de la humanidad, repugnancia de sus propios familiares: los que me ven dan vuelta la cabeza, incomodo a los que antes me amaban... Ni yo mismo me amo... “Bienaventurados, dice un autor, los que nos sanan del desprecio propio”.

(vi) Jesús le mandó que no lo dijera a nadie sino que cumpliera los ritos de purificación que se remontaban a la legislación mosaica, los cuales exigían que quien se suponía curado debía mostrarse a los sacerdotes para que estos lo certificaran y lo readmitieran a la vida común; y añade, como notan los tres sinópticos, “para que les sirva de testimonio”. La intención del Señor, por tanto, no es ocultar el milagro al público “para evitar prematuras conmociones mesiánicas populares”, como piensa Tuya, puesto que había ya realizado prodigios en presencia de muchas

personas sin haber impuesto la misma condición, sino porque teniendo la obligación de intervenir la jerarquía sacerdotal en la certificación de las curaciones de los enfermos excluidos de la vida social, este milagro *es un mensaje para los sacerdotes judíos*. Jesús no pretende esconderse sino atraer hacia sí la atención de los sacerdotes, que eran quienes debían reconocer oficialmente al Mesías.

(vii) La fama de Jesús se propagó de todos modos, porque, como dice san Marcos, el ex leproso no se contuvo sino que, movido del entusiasmo, comenzó a pregonar el portento a los cuatro vientos, por lo que multitudes de personas comenzaron a afluir al Señor para pedirle mercedes y también para escucharle. Jesús no cedió, sin embargo, a una actividad febril, como hubiera pensado un inexperto apóstol que correspondía a tales circunstancias, sino que siguió custodiando su vida interior, retirándose a orar a lugares solitarios. Nos debía esta enseñanza a nosotros, los sacerdotes que tendríamos más tarde la tentación de pensar que las necesidades del prójimo nos excusan de la contemplación.

Curación de un paralítico (5,17-26)

¹⁷ *Un día que estaba enseñando, había sentados algunos fariseos y doctores de la ley que habían venido de todos los pueblos de Galilea y Judea, y de Jerusalén. El poder del Señor le hacía obrar curaciones.* ¹⁸ *En esto, unos hombres trajeron en una camilla a un paralítico y trataban de introducirle, para ponerle delante de él.* ¹⁹ *Pero no encontrando por dónde meterle, a causa de la multitud, subieron al terrado, le bajaron con la camilla a través de las tejas, y le pusieron en medio, delante de Jesús.* ²⁰ *Viendo Jesús la fe de ellos, dijo: “Hombre, tus pecados te quedan perdonados”.* ²¹ *Los escribas y fariseos empezaron a pensar: “¿Quién es éste, que dice blasfemias? ¿Quién puede perdonar pecados sino sólo Dios?”* ²² *Conociendo Jesús sus pensamientos, les dijo: “¿Qué estáis pensando en vuestros corazones?”* ²³ *¿Qué es más fácil, decir: «Tus pecados te quedan perdonados», o decir: «Levántate y anda»?* ²⁴ *Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados, —dijo al paralítico—: «A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa».* ²⁵ *Y al instante,*

levantándose delante de ellos, tomó la camilla en que yacía y se fue a su casa, glorificando a Dios. ²⁶ *El asombro se apoderó de todos, y glorificaban a Dios. Y llenos de temor, decían: “Hoy hemos visto cosas increíbles”.*

(i) La intención –que observamos en el episodio anterior– de atraer la curiosidad de las elites intelectuales, las que debían reconocer su mesianismo, tuvo efecto, pues en esta perícopa Lucas nos relata un episodio donde encontramos entre el público a algunos fariseos y doctores de la ley, venidos de todos los pueblos de Galilea y Judea e incluso de la capital, Jerusalén. Esto no tuvo que ocurrir necesariamente después de la curación del leproso; incluso algunos afirman que habría sucedido ya bien entrado el ministerio público de Jesús. La colocación de los diversos cuadros de la vida de Cristo responde, en cada evangelista, a criterios distintos, sin intereses necesariamente cronológicos.

(ii) Sí sabemos, aunque no lo diga Lucas, que el suceso tiene lugar en Cafarnaúm, como transmiten los otros evangelistas, mientras enseñaba dentro de una casa, como salta de los hechos que se relatan a continuación. La presencia de los “especialistas en la ley”, los “teólogos” del judaísmo y los “profesionales” de la religión, expresa más una intención de espionaje y vigilancia que afán de alimentar sus almas. Están allí como inquisidores de este presunto hacedor de milagros y de este maestro espiritual sin patente oficial ni título académico pontificio, lo que alteraba el reinante orden burocrático clerical. Las cosas no parecen tan diversas del presente.

(iii) Pues bien, Jesús obraba milagros. San Lucas lo expresa con una fórmula difícil de traducir: καὶ δύναμις Κυρίου ἦν εἰς τὸ ἰᾶσθαι αὐτοὺς (*káì dýnamis Kyríou en eis tò iásthai autoús*). La mejor traducción es la de Scio: “la virtud del Señor obraba para sanarlos”, o también “la eficacia (poder) del Señor obraba en Él para curarlos a ellos”. El mismo poder del Señor tendía a actuarse curando. Pienso que esto es así porque es el atributo de la potencia divina que se identifica, en Dios, con su misericordia, es decir, es el *poder misericordioso* (la “omnipotencia auxiliante” de los teólogos, que motiva formalmente nuestra esperanza teologal), el cual enfrentado a la miseria y al dolor humano experimenta una espontánea tendencia a remediar, a curar, a consolar, si en el *plan*

divino la sabiduría, que todo rige, no ha dispuesto otros tiempos para recoger del dolor un bien más grande.

(iv) La gente que rodeaba al taumaturgo era mucha, y las casas debían ser pequeñas, pues se trataba de familias aldeanas, y suponemos que la mayoría atendería a las palabras de Jesús desde fuera de la vivienda, prácticamente apiñados en torno a ella. Este es el motivo por el que unos hombres que traían un paralítico en una camilla no encontrasen por dónde introducirlo a la presencia del Señor. Y no tuvieron mejor idea que subirlo a la azotea por la escalerilla exterior que solían tener adosadas estas viviendas (puesto que la azotea servía también a menudo para armar una chocita y meter un huésped, como hizo la sunamita con Eliseo según nos relata 2Re 4) y allí retirando las precarias tejas desarmaron parte del techo del hospedero de Jesús de modo tal que pudieron bajar al enfermo hasta ponerlo frente al Señor. El evangelista dice que Jesús se admiró de la fe de estos hombres y la premió. Podríamos interpretar diversamente el pasaje. Puede referirse san Lucas a la fuerza arrolladora de esa fe que no se detuvo ante ninguno de los obstáculos y los fue superando hasta conseguir lo que quería. Puede también referirse a aquello que creían con fe que podían obtener de Jesús, lo cual, quizá, no se limitaba a la curación sino al perdón de los pecados, ya que también había quienes se acercaban a Jesús poniendo a sus pies miserias morales que les pesaban y dolían más que las del cuerpo, como la mujer pública que irrumpió en el banquete del fariseo (Lc 7). El hecho es que san Lucas refiere que Jesús se dirige al enfermo como concediéndole lo que ha venido a buscar, pero no impera la sanación de su cuerpo sino la limpieza de su alma: “Hombre, tus pecados te quedan perdonados”; y lo cierto es que, por el momento, siguió tan paralítico como antes y el evangelista no dice que se haya lamentado como quien vino por pan y recibió en su lugar una hermosa bendición. Barclay comenta que, como los judíos pensaban que sus pecados eran la causa de los males físicos que padecían, el paralítico y sus acompañantes pedían el perdón de los pecados para quedar curados, pues quitada la causa, cesaría también el efecto. Que pensasen esto es cierto, como expresan los mismos apóstoles ante el ciego de nacimiento (Jn 9). Pero si el paralítico quería el perdón de sus pecados para quedar libre

de su enfermedad, debemos reconocer que no fue eso lo que ocurrió en el primer momento. El Señor dio la impresión de dejar las cosas ahí, en una absolución de los males morales, sin curarlo físicamente. Y el paralítico no protestó ni pidió más. ¿No estamos, pues, autorizados a pensar que buscaba precisamente lo que Jesús le dio? ¿No sería un hombre atormentado por sus remordimientos que, al oír a Jesús predicar, había abrigado la esperanza de que Dios le quitase el gigantesco peso que su conciencia cargaba quizá desde hacía años? ¿Por qué no habría de haberse sentido tocado por la invitación de Cristo a cambiar el corazón y dejarse limpiar por el Padre misericordioso que ofrecía su perdón de los arrepentidos? ¿Por qué no habría de ser esta la verdadera grandeza de su fe? Pienso que la reducimos exageradamente si pensamos que solo acudió a Jesús para volver a caminar. Muchos fueron a Él cargados de males y dolores sin pedirle otra cosa que perdón y misericordia.

(v) Las palabras Cristo surtieron el efecto de patear la olla hirviendo en el interior de los escribas y de los fariseos, los cuales, sin decir nada en alta voz, comenzaron a cavilar en sus adentros que Jesús blasfemaba y se atribuía poderes divinos. Tenían razón en el principio teológico: solo Dios puede perdonar los pecados del hombre. Se equivocaban al pensar que Cristo se lo aplicaba ilegítimamente. Y no entendían el mensaje por el que Jesús les corría un poco el velo de su divinidad. Jesús conocía sus pensamientos, como había conocido el del paralítico. Y lo pone de manifiesto: ¿qué pensáis en vuestros corazones? Y solo entonces cura la invalidez del enfermo, como argumento y confirmación de su poder sobre los corazones: “¿Qué es más fácil, perdonar los pecados o curar la parálisis de las piernas ya inservibles de este hombre?” Hemos de suponer que nadie respondió, porque todos sabían la respuesta: las dos exigen el mismo poder divino. Por eso prosiguió: “Pues para que sepáis que tengo poder de perdonar los pecados –o sea, de que tengo poder divino, propio o delegado– a ti, lisiado, te digo, levántate, carga tu camilla y vete a tu casa”. Y el médico Lucas dice que el ya-no-más-paralítico hizo *al instante* lo que le ordenó Jesús, y se fue glorificando a Dios.

(vi) Jesús hace los milagros sin casi cambiar el tono familiar y manso. De la misma manera que había dado su perdón al pecador,

ahora lo mandaba caminar. Es curioso que los *milagrer*os y los *predicadores televisivos* tengan que hacer tanto teatro y dar tantos gritos para curar un tuerto, o hacer que un rengo camine sin muleta; casi como si hiciesen una pulseada o una lucha libre con la naturaleza para que se decida a andar derecha. Si tienen poder divino, ¿por qué no pueden curar calladamente, sin hacerse notar, como el confesor que despacha a su penitente con una palabra amable al oído, como de hecho hace Jesús en la mayoría de los casos?

(vii) A descargo de los espías de Cristo, al menos esta vez no dicen nada en contra de Cristo, pues parecen quedar englobados en lo que se dice como broche final: todos quedaron asombrados y decían “hemos visto cosas increíbles”. O aquellos compartían los elogios, o al menos se quedaron callados, pero las murmuraciones, al menos por el momento, se acabaron.

Vocación de Mateo y discusiones con los fariseos (5,27-32)

²⁷ Después de esto, salió y vio a un publicano llamado Leví, sentado en el despacho de impuestos, y le dijo: “Sígueme”. ²⁸ El, dejándolo todo, se levantó y le siguió. ²⁹ Leví le ofreció en su casa un gran banquete. Había un gran número de publicanos, y de otros que estaban a la mesa con ellos. ³⁰ Los fariseos y sus escribas murmuraban diciendo a los discípulos: “¿Por qué coméis y bebéis con los publicanos y pecadores?” ³¹ Les respondió Jesús: “No necesitan médico los que están sanos, sino los que están enfermos. ³² No he venido a llamar a conversión a justos, sino a pecadores”.

(i) San Lucas relata a continuación la vocación de san Mateo y las primeras discusiones teológicas entre Jesús y los fariseos quienes habían mostrado ya un tan grande malestar con la cuestión del perdón de los pecados del paralítico, que, de no seguirse el paseo del lisiado ante los ojos de los súper teólogos judíos, no sabemos si la cosa paraba allí o ardía Cafarnaúm como otra Troya. Pero Jesús no estaba dispuesto a frenar sus provocaciones a la sensibilidad farisaica, no porque sintiese alguna comezón por desafiarla, sino porque al haber, aquélla, disecado la sustancia de la religión, es

decir, de los lazos que religan al hombre con Dios, no importa lo que hiciera Jesús, mientras fuese algo relacionado con las teclas fundamentales de la fe, los afectaría como un martillazo en medio de los dientes.

(ii) Pues bien, después, de meter el cuchillo en la llaga del pecado y poner en claro que a lo que interesa a Dios es que los hombres se arrepientan de sus pecados y le pidan perdón, importándole un rábano si se saben bien el ritual de las abluciones o son analfabetos litúrgicos, tocaba el turno a otro problema fundamental: ¿de qué cantero piensa sacar Dios las piedras de su templo espiritual?, ¿de entre las almas perfectas o de la resaca social (como venía haciendo el rabí que se rodeaba de pescadores y aldeanos)? Ante esto los fariseos no podían menos que saltar como una trampa para zorros pisada incautamente, porque ellos eran precisamente eso: los fariseos, es decir, los *perasim* o separados. La palabra aramea *peras* aparece en Dn 5,28 (*parsim*, dividido), e indica a los que estaban “separados” o “divididos” del resto de la gente por el modo de vivir: eran los puros y herederos de los jasideos o jadidim que aparecieron tras el retorno de Babilonia (537 a.C.). Estos se llamaban a sí mismos *los piadosos*, celosos cumplidores de la ley, pero fueron estancando su piedad en un cumplimiento exclusivamente legal de la ley, es decir, externo, perdiendo el espíritu de la misma.

(iii) Podemos imaginarnos su desazón al ver que Jesús se asociaba, primero, un grupo de lacustres pescadores galileos, para pasar, luego, a congeniar con la peor ralea moral del pueblo. Pues precisamente así les sonaría el llamado de Leví, un τελώνης (*telones*) al que fue a buscar a su mismo despacho aduanero. Un *telones*, o *publicanus* (*publicano*), era un cobrador de tributos (*telos* significa tasa, impuesto, exacción, y *publicanus* es el colector de los impuestos públicos o del Estado). Por eso dice el evangelio que estaba sentado en su *telonio*, en su mesa de cobrar. El término *publicano* era para los judíos sinónimo de pecador, por lo que casi siempre se nombra a estos personajes junto a las rameras (Mt 21,31-32) y a los paganos o gentiles (Mt 18,17); o simplemente entre el tropel de “pecadores” (Mt 9,10-11; 11,9; Mc 2,15-16; Lc 5,30; 7,34; 15,1). Y no era para menos, ya que los que aceptaban el cargo

trabajaban a favor del Imperio que tenía subyugado a su propio pueblo, recolectando impuestos a menudo abusivos, y además con permiso de cobrarse un plus para su propio beneficio, de donde provenía generalmente su riqueza, como nos consta en el caso de Zaqueo (Lc 19).

(iv) Los fariseos, pues, se consideraban y se sentían *separados* de esa chusma ignorante y vulgar, y especialmente de los que vivían en estado público de pecado: las rameras y los renegados explotadores a servicio imperial. Podemos imaginarnos la pataleta al hígado que les causaría ver que Jesús se mezclaba con esta gentuza y que, además, elegía un discípulo del tal ralea. Pero esto hizo precisamente el Maestro, yéndose derecho a uno que trabajaba por aquellos tiempos en tales asuntos. Más aún, fue a buscarlo mientras estaba trabajando, sentado en su despacho impositivo contando quizá el sucio dinero; y le pronunció a bocajarro –si nos atenemos al relato evangélico– la palabra más meditada por todos los consagrados de la historia: *Sígueme*. El pincel de Caravaggio congeló de modo magistral la escena, en el cuadro que podemos gozar en la última capilla izquierda de San Luigi dei Francesi, en el romanísimo *rione* Sant'Eustachio. Allí un Leví ataviado al estilo *cinquecentesco* se echa para atrás y se señala a sí mismo, entre sorprendido y dubitante de que el rabí galileo apunte su dedo exactamente hacia él. Sin embargo, “dejándolo todo, se levantó y lo siguió”. Este hombre, hasta ese momento mundano y quizá malviviente, ha dado ejemplo a todo llamado de cómo se responde a la invitación de Cristo: sin dilación y absolutamente.

(v) Para celebrar su encuentro con Cristo, Leví quiso ofrecer a Jesús un *gran banquete*, confirmando que era un hombre económicamente pudiente. Fiesta a la que invitaría a sus amigos, todos de su misma horma, es decir cobradores de impuestos y *otros*, como dice san Lucas, a los que los fariseos calificarán más directamente de *pecadores*: “coméis y bebéis con publicanos y pecadores”. Solamente pisar un lugar así contaminaba a un judío que se preciase de puro, razón por la cual los fariseos critican la reunión desde fuera de la casa, sin entrar en ella (quizá con envidia, como suele suceder a los que reprochan con celo amargo los pecados ajenos... que ellos no se animan a cometer a pesar de desearlos). El

Maestro, por el contrario, aceptó la invitación sin poner reparo alguno. Porque Jesús siempre estaba entre pecadores, solo que unas veces estaba entre pecadores que tenían conciencia de su situación moral, otras entre pecadores que ignoraban la realidad de su estado, y algunas entre pecadores que se negaban a reconocerse tales. Pero desde que entró en este mundo Jesús únicamente estuvo rodeado de gente sin pecado en la intimidad de su hogar nazareno.

(vi) Los fariseos –estos al menos– eran de los que pensaban estar con las cuentas del alma a su favor y por eso murmuraban a destajo diciéndoles a los discípulos: ¿por qué coméis y bebéis con los piratas que nos imponen tributos y sus amiguitas de dudosa fama? San Lucas usa el verbo γογγύζω (*gongýzo*), que traducimos por murmurar, gruñir, musitar, decir algo por lo bajo; es un término onomatopéyico que transmite el sentido de la palabra mediante su sonido, ya que insinúa la idea de decir algo despacio y poco claramente, como cuando uno no quiere ser oído del principal destinatario de las críticas; el español “murmurar” tiene el mismo sentido. El dicho criollo dice “meter la pulga en la oreja”, refiriéndose a esas palabritas que los enredadores deslizan como una pulga al oído del débil, la que les penetra como un mal espíritu royéndoles la alegría y sembrándoles desconfianza. Es la actitud propia de los resentidos, de los envidiosos y de los eternos quejosos. Esto pretendieron hacer los suspicaces fariseos con los discípulos de Jesús.

(vii) El evangelio dice que Jesús les respondió. No sabemos si lo hizo mandándoles el mensaje con alguno de los seguidores que había introducido consigo en el banquete (varios estarían fuera y fue precisamente a estos a los que se dirigieron los fariseos), o lo hizo más tarde cuando sus discípulos le refirieron los comadreos de sus criticones. La respuesta de Jesús apela a lo que parece un dicho corriente en su tiempo: “son los enfermos los que necesitan médico, no los sanos”. Expresión agresiva solo a medias, pues Jesús concedía que estaba reunido con *enfermos* del alma, pero deja transparentar la ironía de tratar de *sanos* a sus detractores, lo que a ellos les sonaría como efectivamente debe entenderse: *los que creen que están sanos*. En el fondo, y sin necesidad de escarbar mucho, era una invitación a

mirar para adentro y ver si realmente estaba todo tan higiénico y ordenado por aquellos meandros.

(viii) Y añade una referencia a su propia misión: “Yo no he venido a llamar a la conversión a los justos sino a los pecadores”. Con esto Jesús manifestaba su verdadero interés en el trato que daba a los pecadores: era parte de su búsqueda del pecador para convertirlo a Dios. Jesús no se interesaba de nuestras fiestecitas porque fuera un juerguista sino porque a los juerguistas sólo los podía encontrar en las juergas, y si así estaban las cosas, no le hacía asco de acercarse a ellas para invitarlos a volver a Dios, no al modo de los predicadores incendiarios que parecen saber anticipadamente los lugares que sus oyentes ocuparán en el infierno, sino con mansedumbre y paciencia infinita (sin excluir un par de azotes cuando se hacían necesarios, que tampoco era un consentidor con los que entendían la misericordia como perdón sin arrepentimiento). Pero esta frase también volvía a meter el dedo en la llaga con la ironía de señalar “justos” a sus interlocutores, los cuales sabían, si querían tomarse el trabajo de comparar su conciencia con las enseñanzas proféticas, que eran tan justos como los dos viejos verdes desechados por la casta Susana. Si ellos eran “justos”, puesto que como tales querían ser honrados, entonces quedaban excluidos del desvelo misericordioso de Dios, puesto que no necesita un lavador lo que no está manchado. De este modo Jesús los responsabilizaba de su propio daño, al autoexcluirse del médico de las almas por proclamarse sanos. Su orgullo no les iba a permitir reconocer que también ellos necesitaban de Dios.

La novedad de Cristo (5,33-39)

³³ Ellos le dijeron: “Los discípulos de Juan ayunan frecuentemente y recitan oraciones, igual que los de los fariseos, pero los tuyos comen y beben”. ³⁴ Jesús les dijo: “¿Podéis acaso hacer ayunar a los invitados a la boda mientras el novio está con ellos?” ³⁵ Días vendrán en que les será arrebatado el novio; entonces ayunarán en aquellos días”. ³⁶ Les dijo también una parábola: “Nadie rompe un vestido nuevo para echar un remiendo a uno viejo; de otro modo, desgarraría el nuevo, y al viejo no le iría el remiendo del

nuevo.³⁷ Nadie echa tampoco vino nuevo en pellejos viejos; de otro modo, el vino nuevo reventaría los pellejos, el vino se derramaría, y los pellejos se echarían a perder;³⁸ sino que el vino nuevo debe echarse en pellejos nuevos.³⁹ Nadie, después de beber el vino añejo, quiere del nuevo porque dice: «El añejo es el bueno»”.

(i) A los fariseos les molestaba mucho que Jesús anduviese en tantos banquetes. Porque al Señor le gustaban los banquetes y las fiestas de los hombres, puesto que vemos que al menos cinco o seis veces forman parte esencial de sus parábolas, o simplemente nos encontramos al mismo Jesús participando de ellos: en casa de Leví, en la del Simón el fariseo, en la de Marta y María, en las bodas de Caná... A los fariseos, a quienes les caía mal todo lo que hacía el Maestro advenedizo, no les pareció mejor idea que hacerle un tiro por elevación criticando a los discípulos, lo que equivalía a criticar al mentor. Y lo hacen comparándolos con las otras escuelas rabínicas populares: la de Juan y la de ellos mismos, especialmente en cuanto los otros maestros hacían ayunar frecuentemente a sus discípulos y también los hacían rezar con mucha asiduidad. Según estos críticos en la escuela de Jesús se llevaba un ritmo más relajado, lo que ellos, como envidiosos profesionales, codiciarían con toda su alma, pero nunca se animarían a realizar, sobre todo porque se sentían necesitados de guardar las formas y la fama de hombres rigurosos y serios. Lo demostrarán eximamente el día en que se cuiden de pisar los escalones de Pilato para no quedar impuros, al mismo tiempo en que acuden a su umbral para asesinar al Inocente. Podridos, sí, pero peinados y bien vestidos.

(ii) Jesús responde en parte y en parte también desvía el centro de la argumentación. No habla ni bien ni mal del ayuno y de la penitencia, ni baja a hacer una crítica del ayuno farisaico que tan lejos estaba de la cuarentena que Jesús venía de cumplir, pues estos ayunaban durante el día cortando la mortificación al caer la tarde. Y eran religiosos profesionales que se esforzaban por vender la imagen de santos por la que necesitaban ser precedidos. Ellos eran puros y separados; más vale que ayunaran y rezaran, y sobre todo que los demás no tuvieran dudas al respecto; por eso, mandaban delante un criadito trompeteando que abrieran paso y no molestaran al maestro

que venía tras de él colgado de la contemplación divina, o acentuaban sus rasgos con algunos afeites para que el ayuno se les notase y no les quedase duda a los vulgos de que estaban ante un santazo. Los fariseos ayunaban indudablemente *pour la gallerie*.

(iii) Los que seguían a Juan, por su parte, entraban en el mismo clima que Juan creaba en su entorno, el cual era un ambiente penitencial, sombrío y un tanto apocalíptico, puesto que su mensaje principal era que el hacha estaba ya puesta en la raíz del árbol y el Leñador venía a hacernos astillas por causa de nuestros pecados en un juicio donde no hay ardidés que valgan, verdad, ésta, fundamental y ciertísima que también entrará en la predicación de Jesús, pero, en el caso de Este último, equilibrada por la *buena nueva* de que Dios en persona ha venido a ofrecernos la salvación. Era lógico que los discípulos de Juan ayunaran, entre otras cosas, porque la prédica del maestro les quitaría razonablemente el apetito. Y no lo digo en desmedro del gran bautizador, quien fue uno de esos santos penitentes que Dios nos envía de vez en cuando para recordarnos que si no nos convertimos y hacemos penitencia por nuestros pecados, nos condenaremos irremisiblemente.

(iv) Jesús, como hemos dicho, no se entrapa en la discusión del ayuno y la penitencia, tema que, por otra parte, formaba parte de su predicación y de su práctica, pues había comenzado su misión, como leemos en san Marcos, precisamente invitando a la conversión y a la penitencia, so pena de condenarse. Va, en cambio, directamente a lo central del problema: los seguidores de Juan hacen penitencia para pedirle a Dios que les mande un salvador, y los discípulos de los fariseos harían muy bien en poner su ayuno en la misma perspectiva si estiman en algo sus almas... pero los discípulos de Jesús tienen que celebrar que el Salvador que todos piden les ha sido enviado y ellos se lo encontraron gratuitamente.

(v) Y aprovecha, el Señor, esta diferente actitud, notada por los fariseos, para repetirles el anuncio de su venida, comparándose con el novio de la boda. Él es el novio y el esposo de Israel, y luego de la Iglesia que va a fundar como nuevo Israel. Acaba de llegar y está en plenas bodas; no es tiempo de ayuno sino de fiesta. Está bien que su venida, a la que había que prepararse dignamente, estuviese precedida de llantos y pedidos de misericordia; y también será

pertinente que cuando el novio les sea arrebatado, nuevamente se pongan a llorar y a suplicar por su retorno... pero ahora está con ellos. La mención del “arrebato” (ἀπαίρω, *apaíro*: ser quitado, ser llevado), puede indicar o el modo violento en que Jesús será quitado del medio de sus discípulos por causa de sus enemigos, es decir, un anuncio velado de su pasión, o también su ascensión al cielo (para la cual, san Lucas, en el libro de los Hechos, usa el verbo *epaíro* que tiene la misma raíz).

(vi) Jesús va más allá todavía y propone dos parábolas para explicar la resistencia de los *legianticuidados* para aceptar la nueva norma cristiana. La sustancia de ambas parábolas es la misma: ellos, los fariseos, hombres de la antigua ley, no podrán aceptar la enseñanza de Cristo a menos que cambien sustancialmente sus corazones. Si pretenden compaginar su doctrina con la estructura a la que los ha acostumbrado la antigua, poderosamente anquilosada por el formalismo y la exterioridad farisaica, se empeñan en una empresa imposible.

(vii) La primera es la parábola de los remiendos: es un sinsentido romper un vestido nuevo para remendar uno viejo, puesto que arruinaría el nuevo y al viejo el remiendo nuevo terminaría por romperlo cuando le toque encogerse. La parábola queda trunca porque su conclusión es análoga a la de la siguiente, y así san Lucas la da por completada al finalizar las dos; pero es fácil de adivinar: a lo viejo no le va lo nuevo, sino que se siente *tensionado* con el remiendo que estrena al punto de sentirse *romper*. Y su aplicación es muy clara: los fariseos no podían encajar la enseñanza y el ejemplo de Jesús porque no cuajaba con su corazón fosilizado, y al tratar de calzarlo en su horma interior les retoñaban callos hasta en la hipófisis.

(viii) Y en el mismo sentido se entiende la segunda parábola que habla de odres y vinos. Si echamos el vino nuevo en un odre viejo, cuando aquel siga la fermentación y largue sus gases no podrá estirar un pellejo ya estirado al máximo, terminando por reventarlo y derramarse; por eso el vino nuevo se pone en botas nuevas cuyo cuero tenga aun la capacidad de dilatarse. La idea es la misma: en sus mentes, hechas ya con el molde antiguo, no entra la novedad que trae Jesús sin forzar tanto sus esquemas mentales que parece van a

reventar. Y añade Jesús una observación que no hay que malinterpretar. Él dice que quien tiene vino añejo lo prefiere siempre al nuevo. Esto debe entenderse en el sentido de que el paladar hecho al vino añejo siempre lo prefiere al nuevo, *aunque el nuevo sea mejor*. Es evidente que entre dos vinos de igual calidad, el añejado es mejor. Pero no entre dos vinos de los cuales el añejo es más ordinario. Pero esta diferencia no la percibe quien haya hecho su paladar al viejo, o la capta al revés. A quien le hayan convidado en el campo con vino *patero* del que sus dueños se sienten a veces tan orgullosos por haberlo hecho ellos mismos y por haberlo tomado siempre, sabrá lo que es esto de hacerse el paladar a algo que para otros resulta imposible de beber sin intoxicarnos.

(ix) Aclaremos, sin embargo, que Jesús aquí no compara tanto la ley antigua con la nueva sino la interpretación farisaica de la ley con la novedad que él trae. En el Sermón de la montaña reportado por san Mateo, queda bien en claro que la resistencia a la ley de Cristo no viene tanto de la ley antigua, la cual guarda una profunda corriente de continuidad con la nueva hasta el punto de que Jesús dice no haber venido a abolirla sino a darle cumplimiento, sino con las leyes religiosas humanas, es decir, con el gigantesco código legislativo que las diversas escuelas rabínicas habían sistematizado haciendo agobiante la relación con Dios, perdida en un bosque de purificaciones, imposiciones y ritos completamente accidentales.

(x) Jesús tampoco pretende decir que su novedad esté cerrada a nadie, ni siquiera a los fariseos, de entre los cuales encontrará luego a su más luminoso apóstol y teólogo, san Pablo, sino que la declara incompatible con la *forma mentis* anquilosada de sus contrincantes. También ellos pueden comprenderla y hacerla suya, pero para esto deben vaciar, primero, los pellejos de su alma y cambiarlos por odres nuevos. Es decir, hacer una auténtica *metanoia*.

La discusión sobre el sábado (6,1-11)

¹ Sucedió que cruzaba en sábado por unos sembrados; sus discípulos arrancaban y comían espigas desgranándolas con las manos. ² Algunos de los fariseos dijeron: “¿Por qué hacéis lo que no es lícito en sábado?” ³ Y Jesús les respondió: “¿Ni siquiera

habéis leído lo que hizo David, cuando sintió hambre él y los que le acompañaban,⁴ cómo entró en la Casa de Dios, y tomando los panes de la presencia, que no es lícito comer sino sólo a los sacerdotes, comió él y dio a los que le acompañaban?”⁵ Y les dijo: “El Hijo del hombre es señor del sábado”.⁶ Sucedió que entró Jesús otro sábado en la sinagoga y se puso a enseñar. Había allí un hombre que tenía la mano derecha seca.⁷ Estaban al acecho los escribas y fariseos por si curaba en sábado, para encontrar de qué acusarle.⁸ Pero él, conociendo sus pensamientos, dijo al hombre que tenía la mano seca: “Levántate y ponte ahí en medio”. El, levantándose, se puso allí.⁹ Entonces Jesús les dijo: “Yo os pregunto si en sábado es lícito hacer el bien en vez de hacer el mal, salvar una vida en vez de destruirla”.¹⁰ Y mirando a todos ellos, le dijo: “Extiende tu mano”. Él lo hizo, y quedó restablecida su mano.¹¹ Ellos se ofuscaron, y deliberaban entre sí qué harían a Jesús.

(i) San Lucas reúne aquí dos episodios ocurridos en momentos diversos pero que tienen en común el constituir discusiones entre Jesús y los fariseos por el tema de la práctica del *Sabbat*, el descanso sabático. Son episodios diversos entre sí, el primero de los cuales nace de una necesidad de los discípulos, el hambre, y son ellos los que transgreden la norma material del sábado, al menos como la entendían los fariseos; el segundo surge de una necesidad del prójimo y es el mismo Jesús quien, al juicio de sus enemigos, la “infringe”.

(ii) En el primer caso, sus discípulos se encuentran un sábado atravesando unos sembrados con el estómago vacío. No se les ocurre mejor idea que arrancar algunas espigas, desgranarlas con sus propias manos y comérselas. Era una ley de misericordia, indicada en el Deuteronomio (23,25) el permitir al prójimo que pasaba por un campo, que comiera algunas espigas, siempre y cuando no metiera la hoz. No había, pues, nada malo en el uso del trigo ajeno en tal circunstancia. El problema radicaba en el día en que estaban haciéndolo. El arrancar espigas se contaba, en las rigurosas disposiciones legales judías, entre las faenas de la recolección, y éstas se incluían entre los veintinueve trabajos principales, que a su vez se subdividían en trabajos subalternos, todos los cuales infringían el reposo sabático. Para un judío legalista, esclavizado por el

ejercicio casi ininterrumpido de la más sofisticada casuística, el asunto era de vida o muerte. Las penas por la infracción sabática no eran suaves: si tenía lugar inadvertidamente, el transgresor debía ser avisado de que debía ofrecer un sacrificio de expiación; pero si lo hacía ante testigos y habiendo sido avisado previamente, se castigaba con lapidación.

(iii) Jesús, sin embargo, defiende a sus discípulos recordando a sus acusadores que la misma Escritura mostraba ejemplos de *epiqueya* respecto de esta misma ley, es decir, de interpretación benigna de la mente del Legislador divino en ciertas situaciones en que la obediencia puramente material de la ley resultaría en perjuicio del hombre, desviándose así, la ley, de la intención original que tuvo el legislador al enunciarla. Jesús les pone el ejemplo de lo que hizo David y sus compañeros cuando, urgidos por el hambre, comieron los *panes de la presencia*. Se trataba de doce panes de trigo, uno por cada tribu de Israel, hechos de una harina tamizada no menos de once veces, y que cada sábado por la mañana se ponían delante de Dios. Según la ley (Lv 24,5-9) solo los sacerdotes podían comerlos; pero la necesidad de David lo llevó a tomarlos como comida para sus hombres; y los judíos no consideraban este episodio, protagonizado por el fundador de su reino, como una transgresión, como tampoco lo había considerado el sacerdote Abimelec, quien entregó voluntariamente esos panes al futuro rey. El descanso sabático, pues, no obliga ante la necesidad propia o la del prójimo, porque Dios quiere más la misericordia que la observancia puramente ritual.

(iv) San Lucas no reporta aquí el principio que san Marcos pone en boca de Jesús (“el sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado”), enseñado también por los rabinos, respecto del cual los contrincantes de Jesús parecían hacerse los tontos, porque no estaban dispuestos a beneficiar con él a Jesús y a sus amigos. Pero Jesús va incluso más allá y señala un principio más alto que sólo Él podía aducir en su propio favor, recordándoles que “el Hijo del hombre es señor del sábado”. El texto griego de Lucas no dice “hijo del hombre”, lo que podría entenderse de una indicación general (*cualquier* hijo de hombre, u hombre...) sino con artículo (ó Υἱὸς τοῦ ἀνθρώπου, *ho Hyiós tou anthrópou*), que en los evangelios es una frase técnica para designar a Cristo (cf. Mc 2,27).

Además, en la Iglesia primitiva, primera lectora de estos textos, se entendía claramente el sentido de *kyrios*, señor, como título de Cristo (cf., Fil 2,11). Jesús, pues, en este caso no argumenta por el lado del bien humano, que, indudablemente, Dios tiene en cuenta a la hora de contemplar excepciones de un mandamiento puramente positivo como es el descanso sabático, quizá porque esto del bien del prójimo tenía sin cuidado a los corazones acorchados de los fariseos (para los cuales pesaba más una ley puramente cultural que la vida de un hombre, como demuestran al no querer mancharse pisando la casa de un pagano a la que acuden *para empujarlo a asesinar un inocente*). Apela, en cambio, a su autoridad legisladora como Mesías, pues al menos sus interlocutores debían comprender en este sentido el título que aquí Jesús se aplica, y que es el que parece darle el profeta Daniel.

(v) Estas discusiones, que terminaban inexorablemente cosiendo la boca de los fariseos quienes no podían replicar nada sin contradecir sus mismas Escrituras, aumentaron el encono contra Jesús, incitándolos a acechar constantemente sus palabras y acciones para *encontrar de qué acusarle*. La expresión lucana no deja de ser reveladora de la pasión humana: sus enemigos ya sabían que tenían que acusar a Jesús y condenarlo ante los hombres; lo que todavía no sabían era *de qué*. Había que acusarlo; de eso no cabían dudas. Si prestamos atención quizá encontremos alguna falta. ¡Eso se llama intuición maravillosa y olfato de sabueso! Mientras tanto, Jesús ponía ante sus narices una bella galería de milagros que los hubiera llevado a Dios si ellos hubieran tenido otro propósito distinto que mandar a Jesús al diablo. Es una ley infalible que cuando nos ofuscamos en sorprender en pecado a una persona, persuadidos de antemano de que se trata de un pecador, se nos escapan no solo sus rasgos buenos, sino hasta los milagros que Dios hace en ella y por ella.

(vi) Pero Jesús continuó tratando de hacerlos entrar en razón —irónicamente podríamos pensar que aunque Jesús sea Dios, cuando se trata de ayudar a los hombres prefiere pasar hasta por un tanto iluso—, por lo cual, como conocía lo que pensaban aquellos zorros, les hizo un milagro *interpretado*, o un milagro *doctrinal*; es decir, un milagro con el fin de esclarecer un punto doctrinal. Para eso hizo

poner en medio de todos un hombre que tenía *la mano seca*. Y les dirige una pregunta que aparece en forma dialéctica pero cuyo sentido no lo es: “Yo os pregunto si en sábado es lícito hacer el bien en vez de hacer el mal, salvar una vida en vez de destruirla”. Me parece que el sentido no es, como he dicho, dialéctico, de oposición: hacer esto en lugar de su contrario, sino: hacer el bien impidiendo un mal que está en curso, salvar una vida en peligro (el texto griego dice *alma*, pero se entiende en sentido de vida) en lugar de hacerse los legalistas y dejarla perecer por no intervenir a tiempo. Si no se tratara de situaciones extremas sus enemigos le habrían respondido que si no urgía ninguna cosa, que se quedara tranquilo, ni haciendo el bien, ni haciendo el mal, ni salvado una vida, ni destruyéndola. Por tanto, se refiere a curar al enfermo, salvar al que está en peligro, quitar el hambre del famélico, ayudar al que yace debajo del fardo que lo aplasta. Todos sus enemigos saben que estos son trabajos pero que la ley divina del sábado no los considera pecaminosos, puesto que no es una transgresión innecesaria del descanso para dedicarse a las cosas divinas, sino acudir a las necesidades de quien es imagen de Dios. Pero conceder esto es quebrar la almidonada interpretación de la mente divina que ya se han forjado... y conceder que han estado equivocados y que no han visto ni una vaca en brazos debajo de sus narices.

(vii) Como hacían siempre que se sentían pescados en la evidencia de las verdades de Jesús, también esta vez, no respondieron nada. No amaban la verdad, y por eso, cuando esta se hacía evidente pero contradecía las opiniones que habían defendido hasta el momento, se hacían los tontos. Este pecado, y más en un doctor y un escriba, resulta intolerable para Dios. San Lucas dice que Jesús pasó su mirada por todos ellos; san Marcos aclara que la mirada de Jesús era la de un varón muy enojado (μετ’ ὀργῆς, *met’orgés*, con ira). ¡Debe ser terrible sostener la mirada de Jesús enojado, no por un mal hecho de nuestra vida sino por la mala actitud de la que uno no se arrepiente! Porque Jesús es el varón de las misericordias con cualquiera que reconoce su pecado, como testimonian tantos, desde Pedro, pasando por la adúltera y Zaqueo hasta el buen ladrón... Pero ¡desafiarlo aferrándose al mal! Más tarde Nuestro Señor llamará a esta actitud con un nombre terrible: *pecado*

contra el Espíritu Santo, y dirá que no tiene perdón ni en la tierra ni en el cielo.

(viii) Pues bien, ante esos enemigos de la verdad, despreciadores de la ley de la que dicen ser celosos custodios (pues se niegan a interpretarla según la mente de Dios que es su autor, cuando contradice la mente de ellos, leguleyos y alcahuetes), Jesús mismo responde lo que ellos se niegan a responder, y lo hace con un milagro, uno de esos que Él hacía con la misma naturalidad que con que una adolescente se tira hacia atrás el mechón de pelo que tapa la cara, o cualquiera se sacude una mota de polvo que se ha depositado en su manga. Le dijo, pues, al de la mano seca: extiende tu mano. Y este lo hizo, con la misma natural obediencia que todas las cosas tienen al Creador el día que las hace existir. Ante este milagro, sus enemigos le cobraron más odio y ya empezaron a deliberar qué iban a hacer con Jesús. A eso le llaman ser buenos perdedores. Y después nos quejamos de la camorra napolitana.

La elección de los apóstoles (6,12-16)

¹² Sucedió que por aquellos días se fue él al monte a orar, y se pasó la noche en la oración de Dios. ¹³ Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, y eligió doce de entre ellos, a los que llamó también apóstoles. ¹⁴ A Simón, a quien llamó Pedro, y a su hermano Andrés; a Santiago y Juan, a Felipe y Bartolomé, ¹⁵ a Mateo y Tomás, a Santiago de Alfeo y Simón, llamado Zelotes; ¹⁶ a Judas de Santiago, y a Judas Iscariote, que llegó a ser un traidor.

(i) Lucas narra, a continuación, la elección de los apóstoles. La elección fue precedida por una noche de soledad y oración. Rezó solo, aislado de todos, y lo hizo prolongadamente. El asunto era de la máxima importancia, porque Jesús, a lo largo de su ministerio, no se rectificó de ninguna de las elecciones que hizo, a pesar de que sus discípulos le dieron motivos más de una vez. Ni siquiera de Judas, de quien sabía que boicoteaba su misión desde mucho antes de que se confabulara con sus enemigos. La vocación divina es irrevocable (cf. Rm 11,29); son los hombres los que abandonan a Dios; pero no es

Dios quien deja de llamarlos para aquella misión que los llamó una vez *para siempre*.

(ii) Eligió a doce. Los escogió de entre sus discípulos, es decir, de entre aquel nutrido grupo que día a día se agrandaba más y que lo seguía para oír sus enseñanzas. Todos aprendían de Él, pero al llamar a algunos en particular, Jesús deja ver bien claro que a estos les pedirá más que a los demás. No se trata ya de aprender *de* Jesús, lo que todos hacían, sino de aprender *a* Jesús. Tendrán que vivir con Él, entrar en su intimidad, conocer sus secretos, sus sentimientos, sus pensamientos, su modo de querer y de amar, su estilo de pastorear, pensar y juzgar. El número de doce evoca, indudablemente, a las doce tribus de Israel y los doce patriarcas. Personalmente creo que tiene un sentido *fundacional*, en orden a su futura Iglesia, nuevo Israel, por eso el paralelismo numérico con las tribus israelitas. Lucas no señala aquí, como sí lo hace san Marcos, que los llamó “para que anduviesen con Él” (Mc 3,14), razón por la cual no desarrollo aquí a este tema, restringiéndonos al texto lucano.

(iii) Los llamó *apóstoles*. San Lucas no dice que inmediatamente comenzara Jesús a llamarlos así; esto puede haber sido más adelante; pero de hecho fue el nombre con que se los conocería más adelante. *Apóstol* significa en griego “alguien que se envía”, pero no aparece en el griego literario, excepción hecha de Heródoto y Flavio Josefo, quienes parecen reflejar, según los expertos, el lenguaje popular. La Iglesia que se expresaba en griego durante los primeros tiempos, tomó esta expresión atribuyéndole el sentido que tenía en arameo la palabra *shaliach* (*sheluchim* en plural), quizá la que empleó Jesús. Esta significa no tanto *enviado* sino *legado* o *procurador*, o sea, un hombre enviado con poder de hacer algo en nombre del mandante y como si fuera el mismo mandante. Los rabinos tenían este adagio: “*shaliach* de un hombre es como el hombre mismo”. Por eso el *shaliach* debía ser recibido y atendido como al mismo que lo mandaba. Esto llegaba al punto de poder ser causa de guerra, como ocurrió cuando Nabal desprecio a los *sheluchim* de David (1Sam 25) o el rey Janun hizo lo propio con otros legados del mismo David (2Sam 10). De ahí que Jesús mismo diga en Jn 13,16: “No es el siervo mayor que su señor, ni el apóstol mayor que quien lo envía”. Es en este preciso sentido que leemos

más adelante en el mismo Lucas: “El que os desprecia me desprecia. Quien me desprecia desprecia al que me envió” (Lc 10,16). *Apóstol* tiene, pues, el sentido de embajador plenipotenciario. Y para eso elige Jesús a los Doce.

(iv) Los elegidos eran hombre corrientes; ni ricos, ni famosos, ni influyentes; la mayoría de ellos casi sin educación. Jesús quiere cambiar el mundo sin poder mundano. Y eran una mezcla extraña, y desde nuestro punto quizá la hubiésemos catalogado de explosiva o incluso inmiscible: algunos hasta ahora se ganaban la vida pescando, otro recaudaba impuestos y era odiado por la mayoría de sus paisanos (Mateo), alguno era zelote (Simón), esto es, ultranacionalista, otro adolescente y casi niño (Juan) al tiempo que alguno ya pintaba canas; algunos solteros, otros casados (Pedro).

(v) Y hubo entre ellos un traidor. De Judas Iscariote san Lucas dice que ἐγένετο προδότης (*egéneto prodótes*), llegó a ser traidor. Del verbo γίνομαι (*gínomai*), la expresión indica un devenir, llegar a convertirse. Judas no fue, pues, elegido entre los malos. Cuando Jesús lo llamó tenía pasta de apóstol, como los demás, y de santo, si se hubiera dejado moldear por el Maestro. Tendría sus pasiones, como cada uno de sus compañeros; pero su pasión particular lo carcomió. Fuera esta la que fuera. Podemos conjeturar que la avaricia, puesto que terminó vendiendo al Señor. Pero quizá fuera otra: o la esperanza de un mesianismo terreno, defraudada por Jesús en su paulatina autorrevelación como redentor crucificado; o el orgullo herido al no verse contado entre los más íntimos de entre los íntimos, como Pedro, Santiago y Juan, pasión que siempre suele abrir paso a la envidia cancerosa que roe las tripas del alma y empuja a la zancadilla y a la deslealtad.

(vi) Lo importante es que Judas, el de Iscariot, no era muy diverso de cada uno de nosotros, y las prendas le apretaban más o menos en los mismos lugares que a nosotros. No es bueno sentirse visceralmente un antijudas; es más sano pensar que sin la gracia de Dios, por treinta monedas o menos, podríamos aparecer al final de una lista de amigos de Dios, precediendo nuestro nombre el calificativo de *apóstata*, o la expresión verbal: *el que lo dejó*.

LA ESPIRITUALIDAD Y LA MORAL DE JESUCRISTO

Una prédica en el llano (6,17-19)

¹⁷ *Bajando con ellos se detuvo en un paraje llano; había una gran multitud de discípulos suyos y gran muchedumbre del pueblo, de toda Judea, de Jerusalén y de la región costera de Tiro y Sidón, ¹⁸ que habían venido para oírle y ser curados de sus enfermedades. Y los que eran molestados por espíritus inmundos quedaban curados. ¹⁹ Toda la gente procuraba tocarle, porque salía de él una fuerza que sanaba a todos.*

(i) San Lucas nos brinda un resumen de la doctrina moral y espiritual del Nazareno, apiñando en un solo bloque muchas de sus enseñanzas predicadas, con mucha probabilidad, en diversas ocasiones y lugares. Al igual que hace san Mateo con el sermón que denominamos “del monte” porque toma como punto de partida uno de los discursos pronunciados desde uno de los montículos que rodean el lago de Tiberíades.

(ii) Lucas ubica el discurso en una llanura –el Sermón del Llano–, porque indudablemente Jesús había predicado repetidamente en los llanos, como lo había hecho sentado en la ladera de los montes, desde la proa de una barca o entre la columnata del templo. Lo seguían muchos de sus discípulos, es decir, sus apóstoles y el grupo más extenso de seguidores que ya se habían habituado a oírlo; y también una gran muchedumbre que venía incluso de regiones lejanas y no judías (se menciona, de hecho, a Tiro y a Sidón, tierra de cananeos). Lo buscaban para oír sus palabras y para recibir el alivio de su curación.

(iii) Había entre ellos enfermos y también personas *molestadas por espíritus inmundos*. El verbo ὀχλέω (*ójleo*) se traduce por acosar, vejar, molestar. Espíritus *impuros*, o *inmundos*, no alude necesariamente a tentaciones de lujuria. Los demonios son inmundos por sugerir toda clase de pecados y porque muchas de las vejaciones a las que someten a sus víctimas tienen siempre algo de *sucio*. Ignoro por qué san Lucas pareciera distinguir entre los vejados por los demonios –de quienes habla como si todos ellos quedaran curados– y los demás enfermos –de los que no dice si todos, o

muchos, o solo algunos, se curaban. Da la impresión de que Jesús sentía más compasión de los pobres atormentados por los demonios que del resto de los enfermos. O quizá pone este énfasis porque las expulsiones de demonios indicaban más el tenor de su misión liberadora del poder satánico y del pecado. Este episodio lo tomamos tal cual, entendiendo que todos, o la gran mayoría de aquellos que san Lucas llama aquí *vejados* por espíritus impuros, estaban sencillamente *vejados* por espíritus impuros. No eran lunáticos, ni esquizofrénicos, ni epilépticos, ni histéricos, como los interpreta la crítica liberal que no cree en los demonios, a pesar de a muchos de estos críticos les va de perlas la imprecación que los fariseos recibieron de Cristo llamándolos “hijos del diablo”. Yo veo endemoniados donde la Biblia dice endemoniados, porque no me consta lo contrario, y porque estos tíos se parecen a los endemoniados como un huevo al otro, y además porque llevarle la contra a un progresista que no cree en el demonio es, entre los placeres lícitos que Dios reserva al hombre, el más sano y gustoso.

(iv) La gente no solo se apiñaba en torno a Jesús sino que, según el médico Lucas, se afanaba por tocarlo, porque “salía de él una fuerza que sanaba a todos”. Ya he insistido en que, a diferencia de los que imaginan a Jesús como un mentalista que debe concentrarse para llevar toda su energía psíquica hacia un punto concreto y lograr efectos físicos o psíquicos (doblar una cucharita, mover una mesita sin tocarla o hacer resonar una voz de ultratumba...) Jesús sencillamente traspiraba una δύναμις (*dýnamis*), es decir, un poder milagroso. Jesús no es como lo imaginan muchos. El que describe Lucas, que como médico sabía de qué manera se cura la gente, lo pinta tan naturalmente penetrado del mundo sobrenatural que los milagros los hacía con la misma llaneza con que un alma caritativa, que no quiere llamar la atención de nadie, desliza al pasar una limosna en la mano de un mendigo. Salía de Él una *dýnamis* curativa, porque Él es *Dýnamis*, Todopoderoso Dios, que ha creado el universo sin sudar la frente, y sin mover un dedo ni parpadear, también con su solo querer cura los enfermos y hace salir de sus tumbas a los muertos. Y como los paisanos de Galilea se habían percatado de esto, ni le pedían ya milagros; se limitaban a acercarse a Él tratando de tocarlo. Y esto llegaba a ser efectivo

incluso, como pensará acertadamente aquella mujer que padecía hemorragias desde hacía una pila de años, cuando solo se alcanzaba a tocar un hilito del poncho de Jesús.

Las bienaventuranzas lucanas (6,20-23)

²⁰ Y él, alzando los ojos hacia sus discípulos, decía: *“Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios.*

²¹ *Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados. Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis.* ²² *Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien, cuando os expulsen, os injurien y proscriban vuestro nombre como malo, por causa del Hijo del hombre.* ²³ *Alegraos ese día y saltad de gozo, que vuestra recompensa será grande en el cielo. Pues de ese modo trataban sus padres a los profetas”.*

(i) También Lucas, al igual que Mateo, comienza su síntesis de la predicación moral de Jesús con las bienaventuranzas. Pero a diferencia de Mateo, san Lucas solo nos ha legado cuatro bienaventuranzas: las que tienen por destinatarios a los pobres, a los hambrientos, a los que plañideros y a los maltratados.

(ii) Comienza por declarar bienaventurados a los pobres, a quienes asegura el Reino de Dios. No se trata de los pobres sin más, sino de los *anawim*, término que ya en el Antiguo Testamento designaba al pobre oprimido pero piadoso y resignado con su suerte ante Dios. No se restringe ciertamente a los que *quieren* ser pobres y eligen la pobreza como modo de vida, los cuales son muy pocos (y no se encuentran masivamente ni siquiera entre *todos* los religiosos que se supone hacen *voto* de pobreza, la cual, a menudo no es tal sino una pobreza puramente retórica). El grado mínimo para pertenecer a esta categoría alabada por Jesús es el vivir *resignadamente* la pobreza; el máximo es el de aquellos que, como san Antonio, renuncian a todo lo que tienen en favor de los pobres y se dedican a vivir de la Providencia divina y de la caridad ajena. Resignación no significa que no se sufre o que se comprende racionalmente el porqué de la situación que le toca a uno vivir, sino que no se recrimina a Dios por ella y se renuncia a pedir respuestas que no

proviene de la fe. Hay pobres y pobres. Hay pobres que viven muy resentidos con su estado, y se quejan de Dios y lo acusan, o envidian a los que tienen y llegan a aborrecerlos, pero no recurren a ningún medio ilícito para salir de su miseria. A otros la pobreza los vuelve rencorosos y los empuja al delito. Para muchos la pobreza es ocasión de mala vida. Entre estos hay casos muy diversos. Algunos delinquen o se prostituyen empujados por la desesperación. Cuando la desesperación hace presa de un corazón humano, ¿quién, fuera de Dios, puede juzgarlo? ¿Quién pueden comprender, desde afuera, y desde una cómoda situación, los resortes secretos que empujan a la persona abatida y desmoralizada –a lo que generalmente se debe añadir, poco educada en los valores morales– a transgredir las normas morales? ¿Quién puede juzgar los manotazos del que se está ahogando que golpean y ponen en peligro la misma vida del que quiere sacarlo del agua? Jesús se acercó a algunos de esos *pobres malvivientes* y los invitó a que cambiaran de vida; tuvo mucha piedad de ellos, pero no una piedad que justificara sus acciones, ni un juicio que los condenara sin más.

(iii) No es de ellos, sin embargo, de quienes habla aquí, sino de los que sufriendo su pobreza y sus desagradables consecuencias no la maldicen sino que la toleran, como se tolera una enfermedad o el mal tiempo, y se continúa alabando a Dios. Y con mucha más razón, la bienaventuranza les calza a los que no se limitan a tolerarla sino que la quieren, la aman y la eligen, como el *Poverello* de Asís; pero esos ya son grados heroicos. Se dice de estos que les pertenece el Reino de Dios. La pobreza los hace herederos de un premio eterno. Y es lógico, porque han renunciado (los últimos) o simplemente no les ha tocado (los primeros) reino alguno en este mundo; a veces, ni un acre de tierra para plantar su tiendita y ordeñar su vaca, otras sin tanta penuria pero con su cotidiano rocío de apreturas.

(iv) Le sigue la bendición de los hambrientos. Y como se pasa hambre a causa de la pobreza, no podemos entender esta bienaventuranza en el mismo sentido que la anterior. Si Lucas ha seleccionado cuatro de las pronunciadas por el Señor, debemos pensar que no se propondría, encima, usar un par de sinónimas. Debe, pues, tratarse de hambre de justicia, como aparece explicitada en Mateo. Tener hambre de justicia es desear la justicia con ardor. Lo

contrario de desear algo con ardor es apetecerlo tibiamente. Se tiene ardor por una causa cuando se está dispuesto a luchar por ella. Se la quiere tibiamente, si al menor esfuerzo uno agacha la cabeza y se marcha, aunque se marche triste, como el joven rico.

(v) La *justicia* bíblica no es tan solo la justicia social, aunque esta forme parte del concepto. Un varón justo es, en lenguaje bíblico, un hombre recto principalmente para con Dios; pero no se puede ser recto para con Dios si no se es justo con el prójimo. Esta es una camisa que a ningún liberal le encaja, porque los católicos liberales creen que se puede ser buen católico y pertenecer a media docena de sociedades de piedad al mismo tiempo que se paga tarde y poco a los propios empleados, o desentendiéndose de si estos pueden mantener dignamente a sus familias. Dios aborrece profundamente las disociaciones de la justicia que hacen la mayoría de los hombres cuando tienen poder y dinero. La justicia es una virtud compleja que tiene múltiples direcciones: hacia Dios, hacia el bien común, hacia los súbditos y hacia los semejantes... pero es indisociable. Basta que se tuerza una de las líneas para que uno ya no sea un *varón justo*. Si cumples con Dios y defraudas al bien común, eres un injusto. Si pagas tus impuestos –como los fariseos el diezmo del comino y de la menta– pero te importa un bledo el ciego que te pide para comer el peso que a ti te sobra, eres un injusto. Si te desvives por los huérfanos y las viudas de tu pueblo pero no cumples con tus deberes religiosos, eres un injusto.

(vi) Justicia, en la Biblia quiere decir, además, santidad. Porque la primera justicia es el orden de la misma persona: la obediencia de las pasiones –cuanto estas pueden ajustarse– a la razón, y de la razón –por la gracia– a la ley divina. Alcanzó su máxima expresión en el estado de *justicia* en que Dios creó a Adán y a Eva: *justicia original*. Y la imitan, con una cierta semejanza pálida pero valiosa, todos los santos que logran dominar la vida afectiva y pasional a través de las virtudes morales, y sujetar plenamente el alma a Dios por las teologales, la gracia y el completo abandono a la voluntad divina. A hambrear esta justicia nos invita Jesús proclamando dichosos a sus buscadores.

(vii) A estos les promete la saciedad, porque no puede ambicionar tanto el hombre la santidad, el orden y la justicia, cuanto

Dios quiere darlas. Que si se sirve de tenues deseos del alma para derramar infinitas gracias, podemos deducir cuánto le dará si halla a un alma devorada por un hambre canina de perfección y caridad.

(viii) También recoge san Lucas la bienaventuranza de los que lloran, que encierra en esta abreviada metáfora a los que sufren en cuerpo y alma y a los que se arrepienten de sus pecados. No dejará el Señor ninguna lágrima sin enjugar fuera de la que derrama el impío ante la impotencia de no poder seguir pecando o ante la rabia de ver esfumarse la causa de su mal gozo. Pero el llanto del que sufre, el gemido del probado, del enfermo, del abandonado, del que es víctima de la crueldad ajena, del que yace en el lecho de la aflicción, en la oscuridad de la mazmorra, en el calvario de la angustia interior... no es ignorado por Dios, aunque su respuesta tarde mucho tiempo *humano* (porque los tiempos de Dios no son como los de los hombres). Y aún menos indiferente es ante quien se aflige por haber pecado y llora, con lágrimas de sincero arrepentimiento —esas que queman la escoria de las culpas con el deseo de la mortificación—. A todos estos promete la risa, la alegría expansiva que invade desde el corazón hasta las periferias de nuestro cuerpo en la más asombrosa de las manifestaciones exclusivamente humanas: el gozo incontenible de la carcajada.

(ix) La cuarta y última bienaventuranza lucana corresponde a la octava de Mateo: la de los perseguidos por la causa del Hijo del hombre. Es decir, por creer, profesar y proclamar el misterio de la Encarnación: que Dios ha venido en carne mortal, ha muerto, ha resucitado y se está viniendo nuevamente para juzgarnos. Desde que el Hijo de Dios se hizo Hijo del hombre, muchos de los que han acogido en su corazón esta verdad han sido odiados, expulsados, injuriados y proscriptos. Al demonio esta verdad le gusta tanto como un ladrillazo en medio de los dientes. Y reacciona como si se lo dieran con buena puntería. Aunque no siempre es el diablo el autor de las persecuciones, que en esto tiene tantos y tales émulos que no se sabe con cuál quedarse y uno piensa realmente, como Jesús de los fariseos: es el Uñoso el padre que los dio a luz. Y de tal palo tales astillas, que son las que se clavan en cada época los que intentan ser íntegros cristianos.

(x) Eso de la persecución a los fieles de Cristo, es algo que muchos entienden referido a lo que se lee en las hagiografías y martirologios; o sea, hechos propios de un pasado remoto, o, a lo sumo en circunstancias muy especiales de guerra y regímenes persecutorios del tipo que impusieron las dictaduras comunistas. Y no se percatan de que la persecución de la fe pertenece a lo cotidiano y a lo *inevitablemente ordinario* de la vida de todo cristiano. Por eso no atinan a comprender que no sería extraño que Dios les pida a ellos que sean confesores de la fe cada mañana, después de haber tomado pacíficamente su desayuno. Entienden el martirio del obispo chino que lleva quince años en una celda, y no aciertan a comprender que a ellos les ha de tocar algo análogo cuando los echen de sus trabajos o no los contraten por negarse a enseñar a fornicar a sus pequeños alumnos, como impone el programa del ministerio educativo; o cuando no puedan ejercer como farmacéuticos, a pesar de tener los mejores promedios de su facultad, porque las autoridades les exigen vender anticonceptivos; o cuando deban cerrar tienda de diarios porque las editoriales no les traen periódicos a menos que vendan también revistas pornográficas; o cuando se vean obligados cultivar camotes siendo excelentes contadores, porque ninguna empresa los contrata a menos que estén dispuestos a hacer chanchullos en sus balances... Estos son los modos de padecer por la fe en nuestros días: no encontrar trabajo, ser expulsados, relegados, no tener con qué mantener la familia... por obedecer a la ley de Dios antes que a las leyes de los hombres cuando estas se vuelven inicuas. A muchos se les escapa que son estas dificultades profetizadas por Jesucristo y las saludadas en esta bienaventuranza, quizá porque sus mentes están sofocadas con las hermosas imágenes de los tormentos de Lorenzo, Lucía, Justino, o Perpetua y Felicidad.

(xi) Jesús nos anima a alegrarnos y saltar de gozo cuando las cosas se pongan negras, porque esa es señal que estamos en el camino que ya transitaron los profetas y los santos que nos han antecedido. Es una pena que tantos cristianos que padecen muchísimo por la fe que profesan, vivan entristecidos por su situación. Porque la mayoría de nosotros vive en ambientes cristianos que han perdido el sentido martirial de la vida. Muy distinta es la situación de los cristianos que viven en sociedades violentas y

agresivas, lo que les hace inevitable tener conciencia martirial, porque allí profesar el cristianismo de cualquier modo, equivale a exponer el pellejo (como los que padecen la intolerancia y los extremismos religiosos y anticristianos en Paquistán, Egipto, Irak, Arabia Saudí, Indonesia, India...). Ellos entienden que la vida es un testimonio de Cristo, y se resignan a darlo; y a menudo son muy felices de su suerte. En cambio, los que creemos que vivimos en una sociedad occidental “*cristiana*”, pensamos que solo se trata de un poco de mala suerte, de dificultades laborales o de incomprensiones... y maldecimos nuestra mala estrella o suponemos que las cosas cambiarán. Aun no nos hemos enterado de eso que tantos autores vienen denunciando como cristianofobia. Pero no digamos que Jesús no nos avisó.

Los Ayes de Cristo (6,24-26)

²⁴ “*Pero ¡ay de vosotros, los ricos!, porque habéis recibido vuestro consuelo.* ²⁵ *¡Ay de vosotros, los que ahora estáis hartos!, porque tendréis hambre. ¡Ay de los que reís ahora!, porque tendréis aflicción y llanto.* ²⁶ *¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!, pues de ese modo trataban sus padres a los falsos profetas”.*

(i) Si san Lucas pone menos bienaventuranzas, sin embargo nos ha dejado algo que no encontramos en los demás evangelios: los Ayes de Cristo. También son cuatro y los dedica a los ricos, a los ahítos, a los divertidos y a los famosos. A ninguno de estos los condena, pero los pone en guardia y les avisa de los grandes peligros que entrañan aquellas fuentes de seguridad y gozo mundano: si no reflexionan y se convierten y buscan lo único necesario, aquello que ahora los gratifica, se descubrirá quizá al modo de pesadas piedras de molino que los hundirán en el mar.

(ii) El primero es el Ay de los *ricos*. Jesús no dice que la riqueza sea un mal; a los acaudalados no les echa en cara que estén pecando por ser ricos. Simplemente les dice que las riquezas que poseen les adelantan el premio y el consuelo. Por tanto, si no buscan a Dios *al margen* de sus riquezas y, a menudo, *a pesar de ellas*, solo

tendrán en herencia este gozo terreno, fugaz y efímero, pasajero y volátil. Es decir, a la postre de la vida: inútil. Cien años de lujo por una eternidad de infortunio es el peor negocio. Y no se diga que la solución es ser ricos pero no descuidar a Dios. Esto en la teoría marcha; pero en la práctica, ser santos y ricos al mismo tiempo no es moco de pavo. Claro que un águila real puede volar con un cabrito entre las uñas, pero porque es águila real, y no todos los ricos que quieren quedar bien con Dios al tiempo que manejan las cosas del mundo con cintura, son águilas reales. Algunos son tordos y otros no pasan de bichofeos. Las riquezas tienden a absorber el corazón; y rico que tiene el corazón chupado por sus dineros, es rico que el día que muera quedará más descuerado que un zorro en manos de un cazador. Y se presentará a dar cuentas sin nada y sin derecho a pedir nada. Ni una miga de alivio, porque todo el que quiso lo tuvo en este mundo. No buscó jamás el consuelo divino, que en este mundo se busca *dándolo* a quien no lo tiene. ¡Pobres los ricos que no son *vertebralmente* generosos con los necesitados, porque viven solo para sí mismos! ¡Pobres, porque Dios los castiga con mano de seda dándoles lo que piden sus corazones, y estos no piden nada que no pertenezca a este mundo! ¡Pidieron mucho, pero todo cuanto pidieron eran cosas que se acaban! ¡Tener tanta plata y comprar solo lechuga marchita y carne agusanada! Zonzos.

(iii) Sigue el turno de los *satisfechos*. Aquí, además de los que saben afilar el diente y engordar el vientre, debemos colocar a muchas otras clases de *satisfechos*. Porque Jesús cuando habla de hambre suele referirse siempre a la del alma junto con la del cuerpo. El hambre de justicia y de santidad, el hambre de Dios y el hambre de pureza. En sus labios, también la hartura tiene esta connotación. Los *satisfechos* son aquellos a quienes la vida les sonríe y ellos se sienten *conformes* con la sonrisa de la vida. Están contentos con lo alcanzado: en el mejor de los casos, una buena familia; en otros, un buen trabajo, su carrera, sus planes *redondos*. Los *hartos* son los que tienen miras tan estrechas que pueden ser satisfechas en el plano de la temporalidad. El *harto* es el *antihéroe*. Porque ningún hombre con miras más o menos grandes, con aspiraciones magnánimas, con ideales y con sueños metafísicos o poéticos, puede sentirse jamás harto. Al contrario, viven siempre insatisfechos, porque todo les

resulta pequeño para el hambre espiritual que tienen. Son eternos viajeros. *Peregrinos de una Ciudad Mejor*, como Abraham. A los satisfechos, en cambio, el continuo ejercicio de constreñir el corazón para ajustarlo a sus “logritos” de morondanga (el diploma de abogado, el auto nuevo, las vacaciones en el Caribe, el puestito de embajador, el sillón presidencial, o el aumento de sueldo) desemboca, al fin, en un achique del corazón –hecho para abrirse al infinito–, que se torna así en un higo seco y arrugado. Ninguna de aquellas cosas es mala en sí, y todas pueden ser muy buenas si se las busca por Dios, pero si el corazón se estrecha sobre ellas como la tripa que embute el relleno del chorizo... entonces nos secan el alma. Y cuando veamos después de esta vida lo que realmente vale la pena, tendremos hambre, pero el espíritu será incapaz de recuperar la elasticidad que perdimos mordiendo el tiempo.

(iv) El Señor increpa luego a los *reidores*. Jesús también reía, por lo que esta admonición nada tiene que ver con la alegría sana. Los que caen en la reconvención son los que pecan sin lágrimas; los que viven tranquilos en su pecado; los que no sienten el peso muerto de una conciencia transgresora. Más todavía los guasones, es decir, los que se burlan de Dios, los que en el colmo de su necedad creen que han ganado o que van ganando la pulseada con Dios. Los que piensan en la eternidad con una tonta risita en los labios, diciéndose entre dientes: “¿y quién me quita lo bailado?” Hasta que, como Baltasar viendo el dedo de Dios sentenciar sobre los muros el final de su *tempus patientiae*, sientan que sus rodillas, dislocadas, les bailan solas, y que sus dientes castañean entonando involuntariamente la canción del miedo. De Dios nadie se burla, dice la Escritura (Gal 6,7); con Dios nadie se mete a chusco y sale ileso. ¡Ay, pues, de los que, teniendo tanto para afligirse, no usaron el tiempo que Dios les concedía para llorar sus pecados y pedir misericordia! ¡Cuánto desearemos, el día de la Seriedad, haber tenido diez segundos para derramar una lágrima por nuestros crímenes! Porque Dios exige arrepentimiento sincero y profundo, pero su infinita misericordia a menudo concede que una sola lágrima, si es lo suficientemente caliente como para hervir las malas yerbas de nuestros pecados, nos lave como lejía.

(v) Y, finalmente, el turno de los *mimados* por el mundo. Los que han buscado que el mundo los ame y han tenido la desgracia de ser amados por el mundo quien besa con el aplauso, la admiración, la boca abierta ante su ciencia, los cabellos arrancados de pasión y entusiasmo por su figura, su elocuencia, su sabiduría, su poder, su elegancia, o su dinero. El aplauso del mundo y los cumplidos de los mundanos solo pueden indicar una cosa: las cosas nos están saliendo como a él le gustan. Y si le gustan al mundo es porque no tienen nada de divinas, ni sirven para la eternidad, ni pueden hacernos escapar de la muerte que no acaba. Si te otorga un premio el tribunal de los gustadores de estíercol, es porque el pastel que has preparado sabe a boñiga de vaca. Jesús, benignamente, trata de despertar a los atontados por el afán de glorias y laureles. Porque, ¿a quiénes trataban así en antaño? A los falsos profetas, a los mentirosos que en vez de endechas llenas de verdad, cantaban fandangos embusteros en los que se decía que todo marchaba de perlas... mientras los carpinteros compraban leña para sus ataúdes y los verdugos afilaban sus machetes. A los profetas auténticos solo los querían los que amaban la verdad, aun cuando fuese amarga. Pero tales amadores eran pocos y ninguno pertenecía a la tropa de los *amatores mundi*.

Amar sobrenaturalmente (6,27-30)

²⁷ “*Pero yo os digo a los que me escucháis: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian,* ²⁸ *benedicid a los que os maldigan, rogad por los que os difamen.* ²⁹ *Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; y al que te quite el manto, no le niegues la túnica.* ³⁰ *A todo el que te pida, da, y al que tome lo tuyo, no se lo reclames”.*

(i) Jesús usa de entrada cuatro verbos: amar, hacer el bien, bendecir y rogar. E indica cuatro receptores de dichas acciones: nuestros enemigos, los que nos odian, los que nos maldicen y los que nos difaman. Lo primero, amar a los enemigos, puede considerarse como una afirmación general, que viene luego desgranada en las tres siguientes: tus enemigos son los que te odian, los que te maldicen y los que hablan mal de ti. Como puede observarse, este mandamiento

de la caridad, así proclamado, no puede cumplirse solo con sentimientos y afectos melindrosos. Si hay que tener sentimientos, se trata de sentimientos heroicos.

(ii) Pero no añade Jesús que debamos sentirnos bien al obrar así. Sobreentiende que actuar de esta manera puede causar a muchos un dolor de muelas. Pero sabe que, a pesar de la dificultad, somos capaces de hacerlo. Hacer el bien al que nos odia es no pagarle su mal con otro mal. No vengarnos ni tomarnos revancha alguna. Por el contrario, ayudarlo si lo encontramos necesitado. Es no dejarlo en la estacada para tomarnos revancha de las veces que él nos abandonó a nosotros. Es no devolver maldiciones al que nos maldice, sino bendecir. Siempre debemos bendecir. Las maldiciones son los actos que privilegian las brujas, los demonios, los condenados y los perversos. No debemos desear el mal a nadie; no debemos jamás pedir a Dios que haga un mal a nadie. Jesús, dejándonos una enseñanza, maldijo la higuera estéril, para advertirnos del mal horrible que nos causamos a nosotros mismos al volvernos infecundos de buenas obras; pero no maldice a ningún hombre; por el contrario, rezó incluso por los que le hacían el mal. San Pablo entregó a Satanás al incestuoso de Corinto, pero no deseándole el mal, sino como medio extremo para que éste comprendiera el mal de su pecado. Al maldecir nos volvemos diablos, nuestra boca vomita tristeza y nuestro corazón incuba serpientes. A pesar de cuanto creen los supersticiosos, sabemos que solo algunas pocas maldiciones son efectivamente dañinas para el maldecido, mientras que todas, infaliblemente, demonizan al maldecidor. Por eso, si alguien te maldice, compadécete. Y reza por los que te calumnian y difaman. La fama es como la barba, te la afeitas, pero al día siguiente ella vuelve a brotar sin que nadie la siembre. No te preocupes de ella; la única buena fama que es necesaria es la que gozamos ante Dios, y esta la tenemos si somos buenos, y nadie nos la puede quitar; y si somos malos, carecemos completamente de ella y no puede dársela el vulgo, ni aunque nos atribuyan milagros. Jesús manda, pues, que recemos por aquellos que pretenden hacernos el mal de cualquier manera que se les ocurra. Sabe muy bien el Señor que el deseo de venganza es uno de los más primitivos —en el sentido de fuerte, salvaje y turbio— de la persona humana. El que más daño nos hace.

Jesús, al exigimos actitudes tan radicales y llevar el concepto del amor de una concepción puramente sentimental –el amor como pura *emoción*– y de una noción atrincherada en una vaga espiritualidad –el amor como *oración por el enemigo abstracto, generalizado*– lo conduce a un crudo realismo: al que debes amar es al que no te quiere, al que te insulta y te maldice en la calle, al que cuenta chismes de ti, al que te abandona, al que te hace pagar a ti los platos rotos por él o con culpas compartidas, al que te ha mentido, al que te violenta y maltrata, al que se deleita en avergonzarte y ponerte en ridículo, al que te pide siempre pero nunca te da cuando tú necesitas... Para esto no alcanzan oraciones neutras ni sentimientos positivos.

(iii) En estas tres cosas consiste, pues, el amor, y también el verdadero perdón. Perdonar no es sentirse a gusto con el que nos ofendió, o nos maltrató el ser amado, o abusó de nuestra confianza, o nos traicionó, o sencillamente: arruinó nuestra vida. No es sentir simpatía, ni agrado, ni alegría... Es, *venciendo el sabor agrio que resulta del tener cerca al lastimador de mi bien*, obrar bien con él, bendecirlo y rezar por su alma.

(iv) Y por si a alguien le caben todavía dudas de lo realísimo que es este amor, Jesús seguirá poniendo las cosas más difíciles bajando a ejemplos concretos: amar al enemigo es, dice, ponerle la otra mejilla cuando ya nos ha golpeado en una, dejarle también la túnica si ya nos quitó el manto, darle a todo el que nos pida y no reclamar lo que es nuestro cuando no nos lo devuelven. Indudablemente debemos buscar aquí la verdad detrás de la forma retórica oriental, proverbialmente hiperbólica. Y sabemos que hay una *forma enfática* que debe ser interpretada correctamente, no porque pretendamos aguar las palabras del Señor, sino porque Él mismo no obró materialmente así en todos los episodios de su vida, aunque sí en algunos; y tampoco lo hicieron así sus discípulos. Hubo momentos en que Jesús no dejó que sus enemigos acabasen con su vida apedreándolo, ni permitió que sus paisanos lo arrojasen antojadizamente de un barranco; como también Pablo sabría defender su vida con su palabra sagaz, o descolgándose en una espuerta por el muro de Damasco. A quienes increpaban a Jesús o fustigaban a sus discípulos no les dijo: “continúen y péguennos más

fuerte”; por el contrario, se defendió y defendió a los suyos con lucidez. Poner la otra mejilla no se contrapone con corregir con mansedumbre y al mismo tiempo con firmeza al que te maltrata, como hizo con el esbirro que lo abofeteo en casa del sumo sacerdote: “si hablé mal, dime en qué; pero si no lo hice, ¿por qué me pegas?”

(v) ¿Por qué extrema, entonces, Jesús, sus ejemplos? En parte porque sabe que si no apuntamos a vivir la mansedumbre heroicamente, no la viviremos de ningún modo. Y también porque, aunque la caridad no contraste con una justa y prudente defensa en la generalidad de los casos, también debe estar dispuesta al martirio cuando Dios lo pide. Cristo rebatió muchas veces a los enemigos que tergiversaban su doctrina. Pero durante su Pasión, *Iesus, autem, tacebat*, nota el evangelista (Mt 26,63): Jesús callaba. Había llegado el momento de dejar que le mesaran la barba, lo despojaran de manto y túnica, y de amar sin esperar correspondencia. Debemos estar dispuestos, porque a todos nos llegará, de diversos modos, el momento de sufrir por Dios la injusticia de los hombres. Pero si ser maltratados injustamente y sin patalear nos parece un extremo que no se debe tolerar, es probable que al ser llamados al martirio o sencillamente a testimoniar nuestra fe, terminemos dejando perder la ocasión por el desaguadero de la violencia.

El amor del hijo de Dios y el del pecador (6,31-36)

³¹ “Y lo que queráis que os hagan los hombres, hacédselo vosotros igualmente. ³² Si amáis a los que os aman, ¿qué mérito tenéis? Pues también los pecadores aman a los que les aman. ³³ Si hacéis bien a los que os lo hacen a vosotros, ¿qué mérito tenéis? ¡También los pecadores hacen otro tanto! ³⁴ Si prestáis a aquellos de quienes esperáis recibir, ¿qué mérito tenéis? También los pecadores prestan a los pecadores para recibir lo correspondiente. ³⁵ Más bien, amad a vuestros enemigos; haced el bien, y prestad sin esperar nada a cambio; y vuestra recompensa será grande, y seréis hijos del Altísimo, porque él es bueno con los ingratos y los perversos. ³⁶ Sed compasivos, como vuestro Padre es compasivo”.

(i) La regla de conducta que enuncia Jesús puede parecer la misma proclamada por muchas otras tradiciones éticas; sin embargo tiene una diferencia con todas ellas que la hace infinitamente más radical. En efecto, el rabí Hillel afirmaba a sus discípulos: “Lo que no quieras para ti, no se lo hagas a otro. Esa es toda la ley, y lo demás es comentario”. El gran filósofo judío alejandrino Filón lo expresaba de modo equivalente: “Lo que no te gustaría sufrir, no se lo hagas a nadie”. Platón pone en boca de Sócrates: “Las cosas que te enfada sufrir a manos de otros, no se las hagas tú a ellos”. Los estoicos tenían por una de sus reglas básicas: “Lo que no quieres que te hagan a ti, no se lo hagas a otros”. Entre los dichos de Confucio se cuenta esta respuesta: “Lo que no quieres que te hagan, no se lo hagas a nadie”. Todas estas formulaciones tienen algo en común: son negativas, y en tal sentido, restrictivas, nos limitan a ciertas renunciaciones: debo abstenerme de golpear, robar, matar, mentir, traicionar, molestar..., pues esas son las cosas que no quiero que los demás me hagan a mí.

(ii) Pero Jesús siempre empuja las cosas hacia adelante. Si nos preguntan qué es lo que quisiéramos que los demás nos hagan, la lista, indudablemente, no sería tan limitada ni tan poco exigente. Porque queremos ser amados, protegidos, respetados, bien tratados; queremos que se nos tenga en cuenta, que conserven vivo el recuerdo de lo que nos gusta o de lo que necesitamos, que se nos trate con cariño, que nos vistan si estamos desnudos, que nos den un plato caliente si tenemos hambre, que nos visiten si estamos enfermos o en la cárcel, que nos corrijan con delicadeza y sin humillarnos si nos equivocamos, que nos enseñen lo que no sabemos, y que nos dejen enseñar a otros lo que sabemos, que nos perdonen si obramos mal, que nos den una nueva oportunidad si nos equivocamos... ¡queremos amor, respeto y misericordia! La verdadera esencia del obrar cristiano, según el fundador del cristianismo, no es abstenernos de cosas malas, sino hacer cosas buenas, y muy buenas, y gigantescamente buenas. La moral de los buenos paganos ha creado hombres pacíficos, tranquilos y sufridos. La moral de Cristo ha creado misioneros, hospitales, orfanatos, leprosarios, monjas y monjes que se han sepultado en vida para rezar por pecadores que no conocen, mártires que han dado la vida por desconocidos, madres

que han perdonado a los matadores de sus hijos, hombres y mujeres que han sacrificado sus deseos de formar una familia para dedicarse a lavar los excrementos y la suciedad de los discapacitados que ellos no han traído al mundo y que el mundo abandona a su suerte y a su muerte... Sí, el ligero cambio de una fórmula, aparentemente parecida, de negativa a positiva, es capaz de cambiar el curso de la historia.

(iii) Jesús también añade que el amor del que Él habla, es el amor sobrenatural, el amor que participa de la caridad divina; por eso lo contrapone con el amor de los pecadores. Los pecadores también aman, pero su amor es restringido: aman a los que los aman, a los que tienen relaciones de amor y amistad con ellos por lazos de sangre, de afecto, de raza, o lo que sea. Este amor es bueno, pero no tiene mérito, porque brota de la naturaleza, espontáneamente, sin exigir ningún sacrificio. Es, pues, *interesado*, aunque a veces los que aman así no tengan conciencia de su interés: prestan a los que han de devolverles, aman a aquellos de quienes esperan recibir a cambio cariño, dan porque esperan recibir. Que esto es así, lo demuestran los sentimientos de decepción, despecho y desencanto que con frecuencia experimentamos cuando las personas a las que hacemos el bien no responden a nuestras expectativas; o el sentirnos traicionados, defraudados, engañados, burlados... cuando actúan contrariamente a la idea que nos habíamos formado de ellas, o cuando nos pagan mal a cambio del bien que les hemos hecho. Toda esta masa de dolor y resentimiento que se acumula en nuestros corazones es señal que esperábamos ser *contracambiados*, *pagados con una moneda semejante*, es decir, nuestro cariño y amor tenía interés.

(iv) Jesús no solo nos manda amar a nuestros enemigos, sino amar a todos del mismo modo que amamos a nuestros enemigos, es decir, sin más interés que el mismo bien que les hacemos a ellos, porque de los enemigos, aun amándolos, no esperamos nada (bueno). Cuando prestamos algo al enemigo, no esperamos que lo devuelva; más bien, tememos que lo use contra nosotros. Pues bien, así nos manda amar a todos Nuestro Señor. Esperando el premio de Dios, es decir, esperando, a cambio, tener algún día a Dios mismo, a quien estamos, de ese modo, imitando, pues Él nos amó cuando éramos sus

enemigos y cuando solo podía esperar, a cambio de su entrega, que lo pusieramos en una cruz. Los hijos de Dios, dice Jesús, son los que, a imitación del Altísimo, son buenos con los ingratos y los perversos. Los mundanos, a la ingrata la apuñalan y luego la immortalizan en un tango.

(v) En definitiva Jesús quiere que imitemos al Padre: “sed compasivos como vuestro Padre es compasivo”. Jesús descorre un instante el cortinaje que oculta el misterio del Padre, y de atrás del telón sale un fogonazo de luz que nos deja ciegos. Tan luminosa es la verdad que se nos muestra. Dios es Padre, y es Compasión. ¿Cómo no iba Jesús a exigir tantos extremos a nuestra caridad, si la Caridad paterna de Dios se derrama incesantemente sobre nosotros a modo de perdón, de clemencia, de misericordia, perdonando todos nuestros pecados, nuestros crímenes, nuestras ingratitudes para con quien nos ha creado y nos mantiene en la existencia? Recibes perdón; por tanto, perdona. Te dan todo cuanto tienes, y te lo siguen dando aun cuando no lo agradeces, o lo profanas, o lo arrinconas sin que fructifique... ¿Cómo no te van a pedir que ames hasta que te duela, si recibes un amor que si el que te lo da *sintiera* lloraría de dolor? Tienes Padre, ¡y qué Padre! No puedo darte otro modelo, porque para cada hijo, su primer modelo es siempre su padre.

Repercusión eterna de nuestros actos (6,37-38)

³⁷ “No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. ³⁸ Dad y se os dará; una medida buena, apretada, remecida, rebosante pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque con la medida con que midáis se os medirá”.

(i) Dios, en su infinita sabiduría y justicia, nos ha convertido en artífices de nuestro propio futuro. No ha dejado nada librado a la sorpresa. En efecto, ninguno hombre ignora cómo será su juicio, cuáles de sus actos serán recompensados y cómo; y cuáles de sus actos serán multados y cómo. Más todavía, todo hombre puede preparar su juicio y establecer anticipadamente cómo quiere ser juzgado, con cuánta suavidad o dureza, qué cosas quiere que se le

echen en cara y en qué medida; o si quiere ser tratado con algodones y regalos. Porque Dios ha dispuesto que nuestro propio obrar sea el patrón de ese juicio: “con la medida con que tú midas, serás medido”.

(ii) Por tanto, dime qué quieres: ¿Qué no te juzguen? No juzgues tú a nadie. ¿No deseas que te condenen? No condenes a los demás. ¿Quieres que te perdonen todas tus culpas, vicios y desmanes? Perdona tú a los que te ofenden, te roban, te maltratan o te humillan. ¿Quieres que te den? Da tú. ¿Cómo te gustaría tu porción: grande, desbordante, de la mejor calidad...? Obsequia a los necesitados, y sin esperar paga, lo mejor que tienes, y recibirás para ti, lo mejor que tiene el Padre, que es Él mismo, con su Hijo y su Espíritu Santo.

(iii) Justicia sabia, Sabiduría justa, la divina. ¡Necedad asombrosa la humana, que ni sabiendo todo esto ablanda sus modos, aquieta sus pasiones, mira su eternidad para ver cómo tejer su presente!

Un jaraz (6,39-45)

³⁹ *Les añadió una parábola: “¿Podrá un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo?”* ⁴⁰ *No está el discípulo por encima del maestro. Todo el que esté bien formado, será como su maestro.*

⁴¹ *¿Cómo es que miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en tu propio ojo?* ⁴² *¿Cómo puedes decir a tu hermano: «Hermano, deja que saque la brizna que hay en tu ojo», no viendo tú mismo la viga que hay en el tuyo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver para sacar la brizna que hay en el ojo de tu hermano.* ⁴³ *Porque no hay árbol bueno que dé fruto malo y, a la inversa, no hay árbol malo que dé fruto bueno.* ⁴⁴ *Cada árbol se conoce por su fruto. No se recogen higos de los espinos, ni de la zarza se vendimian uvas.*

⁴⁵ *El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca lo bueno, y el malo, del malo saca lo malo. Porque de lo que rebosa el corazón habla su boca”.*

(i) El término *jaraz* lo tomo de Barclay, quien dice que era un modo de enseñanza típicamente judío. *Jaraz* significa *ensartar*

perlas, es decir, hacer un collar con pequeñas y magníficas enseñanzas. Los rabinos decían que un predicador no debe detenerse más de dos minutos en cada asunto, pasando pronto de uno a otro tema para mantener el interés. A nosotros, formados en otro modo de estructurar nuestra oratoria, nos puede resultar deshilvanado. No sabemos, de todos modos, si Jesús apeló en algunas oportunidades a este estilo, o simplemente, en esta ocasión, fue san Lucas quien juntó diversas enseñanzas del Señor.

(ii) La parábola del guía ciego que termina por caer en el hoyo junto al que pretende conducir, significa que no puede uno esperar de un maestro mayor formación que la que este mismo tiene. En consecuencia, si uno toma por mentor a un tuerto, tuerto aprenderá a mirar, y si se pone bajo la tutela de un ciego, caminará a tientas como su tutor. No puede ser el discípulo mayor al maestro, y será lo que este mismo sea. Hasta aquí la idea desnuda que encontramos en el texto evangélico. Cae de maduro que debemos entenderla en sus justos términos a riesgo de hacer decir a Jesús una falsedad. Nuestro Señor no niega aquí que un pichón pueda volar por su cuenta después de las primeras lecciones de su madre... y terminar por superarla. Indudablemente los grandes maestros de la humanidad han dejado, de vez en cuando, discípulos que han llegado a ser más grandes que sus propios maestros, como Aristóteles superó a Platón, y Tomás de Aquino a Alberto Magno. La condición para que esto suceda es no ponerse bajo la guía de un maestro castrador (al que Jesús llama aquí “ciego”), porque una vez castrado, la fecundidad no se puede resucitar. Cuando a un alumno le castran la inteligencia con principios adulterados, no solo difícilmente volará por su cuenta, sino que *lo peor que podría sucedernos* es que trate de hacerlo. Los errores más graves de la humanidad han sido vuelos de alumnos en la misma falsa línea que les enseñaron sus malos maestros; no hicieron más que llevar un paso más lejos las consecuencias de sus malos principios. Tenemos un ejemplo notable en la filosofía moderna, que es una larga lista de autores que fueron dando, cada uno, un paso más hacia el vacío.

(iii) De todos modos, ¿debemos entender la frase de Jesús exclusivamente en el sentido de que un discípulo no puede superar a un maestro “ciego”? No; pienso que en cierto sentido vale también

para los maestros lúcidos. ¿Cómo así? ¿Acaso no hemos dicho que destaca Platón sobre Sócrates, Aristóteles sobre Platón y Tomás de Aquino con más fulgor que todos sus predecesores? ¿Se puede negar que existan discípulos que llegan más lejos que sus maestros? No... y sí. Llegan más lejos, pero *no sin sus maestros*. El buen maestro que pone el amor de la verdad en el corazón del discípulo y le muestra el sendero para hacerle cantar a aquella, la verdad, todos sus secretos escondidos, sube con su discípulo: “tengo en un capullo, / cifrada mi eternidad”. El buen maestro dice a su aprendiz: *súbete a mis hombros y dime qué vemos*. El germen del saber que alcanza su discípulo lo ha sembrado, en este caso, el maestro; y crece el maestro junto con el discípulo que desarrolla *la semilla que él puso*. Jacob tuvo más hijos que Isaac, pero los hijos de Jacob llevaban la sangre de Isaac, que era sangre fecunda; y los hijos de Jacob lo son también de Isaac, y de Abraham. Tomás hizo llegar a Aristóteles y a Platón, más lejos de cuanto los viejos filósofos hubiesen imaginado; pero Tomás no hubiese llegado donde llegó si no llevase en su mente las semillas vivientes de sus maestros. Por tanto, el discípulo que recoge el principio fecundo de un buen maestro y lo hace florecer más que su maestro, en cierto sentido no es más que su maestro porque al crecer él hace crecer a su maestro que sigue vivo y eficaz en los nuevos desarrollos de sus alumnos. Los hijos, al crecer, van haciendo más grandes, más vivos, y más ricos a sus padres. “Todo el que esté bien formado, será como su maestro”, termina diciendo el Señor.

(iv) Pero el que ha recibido una simiente sifilítica lleva en su sangre una vida moribunda, y muere él sin poder engendrar vida que no sea, también ella, agonizante, extinguiéndose, así, la sangre infectada que heredó. Del mismo modo, el discípulo del maestro ciego que enseña doctrinas contaminadas, lleva en su corazón enseñanzas moribundas y mortíferas que lo empujan a errores cada vez más hondos y negros. Le enseñaron, no a subir a los hombros del maestro, sino a cavar hacia abajo, como su maestro, y el hoyo que van cavando los discípulos de sus discípulos se torna cada vez más oscuro, más viciado y más enfermo.

(v) El estilo oriental de Nuestro Señor salta a la vista en la imagen de la brizna y la viga en los ojos: “¿Cómo miras la brizna que hay en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que hay en el

tuyo?” Jesús quiere decir que a menudo nuestra vista pretende descubrir defectos y males en los demás que no son sino cosa de poco peso moral, mientras que hacemos, como suele decirse, “la vista gorda” a males hartos grandes en nosotros mismos. Y concluye que, por un lado, quien es ciego a sus propios males, no puede pretender sacar los males ajenos; y, por otro, que el orden exige que se comience primero por limpiar el propio ojo, para poder ver bien y ser capaz, luego, de sacar el mal de prójimo. Notemos que pretender lo contrario es juzgado por el Señor hipocresía. No debemos llevar esto al extremo pensando que Jesús solo autoriza que el santo y al puro corrijan y ayuden al pecador. A menudo quienes tenemos muchas faltas y defectos debemos ofrecer una mano a otros que padecen problemas menores que los nuestros. La hipocresía comienza cuando queremos colocarnos de parámetro para los demás, o de modelo de pureza; o cuando pretendemos corregir al prójimo basándonos en la autoridad de lo que hemos logrado sobre nuestra propia personalidad; o, finalmente, cuando limitamos nuestra presunta caridad a sanar los males de los demás descuidando enderezar nuestras propias torceduras. Por eso el Señor insiste en que primero pongamos los medios para enderezarnos nosotros mismos y luego hagamos otro tanto con los hermanos. En general, la realidad de los santos nos revela que estos han dado una mano a sus hermanos sin descuidar en ningún momento el trabajo sobre sí mismos.

(vi) “No hay árbol bueno que dé fruto malo y, a la inversa, no hay árbol malo que dé fruto bueno”. Para que esta sentencia del Señor no sea una exagerada simplificación de la conducta humana, es necesario que entendamos el concepto de “bondad” aquí empleado como referido a la *bondad moral perfecta*. La bondad moral *perfecta* es la que implica no solo una bondad ontológica (que toda realidad creada tiene por el hecho de existir, porque el ser es ontológicamente bueno, incluso el del hombre condenado en el infierno), ni solo una bondad moral natural (la que posee toda obra materialmente honesta hecha con buena intención), sino además una bondad sobrenatural, que proviene de la gracia y de la caridad. En efecto, si nos detenemos solo en la bondad natural, el principio no tiene un valor universal, porque a veces, personas malas hacen actos buenos, y así el asesino del prójimo puede sacrificarse por sus propios hijos, y el ladrón

puede apiadarse de un mendigo; estos son frutos buenos *naturales* de un mal árbol; porque en esta vida la corrupción del pecado nunca penetra tan hondo que no deje destellos de bondad en algún ángulo del corazón; pero esto se entiende solo del orden natural. Esos mismos actos, en cambio, carecen de bondad sobrenatural, porque no nacen de la gracia ni de la caridad infusa. El pecador ama a sus consanguíneos con amor ardiente, pero natural; no con amor de caridad sobrenatural. El árbol *malo*, es decir, el tronco pecaminoso de quien no está divinizado por la gracia, es incapaz de dar frutos sobrenaturalmente buenos. Y lo mismo se diga del árbol sanado por la gracia: todos sus actos buenos, si proceden de la caridad, tienen ese sello sobrenatural. Aunque en este último sentido, no podemos universalizar, porque también el justo, como dice la Escritura, peca siete veces al día, es decir, con faltas leves que no destruyen la gracia. Estos frutos no son buenos frutos, pero no corrompen el estado fundamental del justo. Por eso no debemos olvidar nunca que Jesús generaliza al estilo oriental.

(vii) La sentencia también admite una lectura más general, especialmente en cuanto a lo que sigue (cada árbol se conoce por sus frutos: la higuera por los higos, el espino por las espinas, la vid por las uvas), pero debe ser interpretada a partir de este principio oriental generalizador, que vale, sin embargo, para conocer la mayoría de las personas. Y debe ser entendido a partir de la conclusión: “por la boca nos sale aquello que rebosa en nuestro corazón”. Es decir, sin negar que podemos lograr ocultar muchas veces nuestros sentimientos y fingir palabras y hechos distintos de los pensamientos y afectos que se anidan en nuestra alma, esto tiene un límite, porque nadie puede fingir indefinidamente, y el buen observador termina por percatarse de lo que llevamos dentro. El hombre misericordioso que se finge enojado por un razonable motivo, es, sin embargo, incapaz de verdadera crueldad o dureza de alma, como el verdadero iracundo. El avaro que se finge desinteresado no puede ocultar indefinidamente el brillo de sus ojos ante el oro; el lujurioso que se muestra pudoroso difícilmente podrá esconder sus malos deseos todo el tiempo... y el olfato de una mujer honesta pronto lo percibe. La sentencia de Jesús debe ser entendida, pues, no considerando los actos aislados de la

persona, sino el conjunto de su actuación, pues es ahí donde las personas se revelan como son.

La casa sobre roca (6,46-49)

⁴⁶ “¿Por qué me llamáis: «Señor, Señor», y no hacéis lo que digo?

⁴⁷ *Todo el que venga a mí y oiga mis palabras y las ponga en práctica, os voy a mostrar a quién es semejante:* ⁴⁸ *Es semejante a un hombre que, al edificar una casa, cavó profundamente y puso los cimientos sobre roca. Al sobrevenir una inundación, rompió el torrente contra aquella casa, pero no pudo destruirla por estar bien edificada.* ⁴⁹ *Pero el que haya oído y no haya puesto en práctica, es semejante a un hombre que edificó una casa sobre tierra, sin cimientos, contra la que rompió el torrente y al instante se desplomó y fue grande la ruina de aquella casa”.*

(i) El sermón lucano termina con una parábola, la de la casa bien cimentada opuesta a la casa mal fundada. La parábola también se encuentra en San Mateo, casi como conclusión del sermón montano. Sustancialmente contienen la misma idea: la del fundamento sobre el que uno edifica su propia vida. Cualquiera puede comprender la imagen usada, sobre todo si tiene en cuenta la fuerza que traen los torrentes palestinos después de las lluvias invernales, capaces de socavar cualquier construcción si sus fundamentos no están sólidamente plantados.

(ii) Precisamente esa relación establece Jesús entre cada presunto discípulo suyo y sus enseñanzas: una vida cristiana edificada sobre una mera audición del mensaje de Cristo, es decir, sobre el conocimiento puramente doctrinal y teórico de la enseñanza de Cristo está condenada a la ruina, a desplomarse a la corta o a la larga. Solo si se edifica sobre la enseñanza de Jesús aceptada en la inteligencia y vivida en la práctica, se puede subsistir cuando lleguen los torrentes invernales, que son, indudablemente las pruebas a las que todos estamos sometidos: purificaciones, persecuciones, tentaciones, dificultades. Invocar al Señor, hablar del Señor o al Señor... sin vivir sus enseñanzas, es decir permaneciendo aun en los antiguos (o nuevos) pecados no sirve de nada.

DOS MILAGROS EN GALILEA

El siervo del centurión (Lc 7,1-10)

¹ Cuando terminó de decir todas estas palabras al pueblo que le escuchaba, entró en Cafarnaúm. ² Había allí un centurión que tenía un siervo enfermo, a punto de morir, a quien estimaba mucho. ³ Habiendo oído hablar de Jesús, le envió unos ancianos de los judíos para rogarle que viniera a curar a su siervo. ⁴ Ellos, al llegar donde Jesús, le rogaban encarecidamente diciendo: “Merece que hagas esto, ⁵ porque aprecia a nuestro pueblo y él mismo nos ha construido la sinagoga”. ⁶ Jesús, pues, se puso en camino con ellos. Y no estaba ya lejos de la casa cuando el centurión le envió unos amigos para decirle: “Señor, no te tomes esa molestia, porque no soy digno de que entres en mi casa, ⁷ por eso ni siquiera yo mismo me he considerado digno de ir a tu encuentro. Pero dilo de palabra y mi criado quedará sano. ⁸ Pues también yo soy un hombre sometido a disciplina y tengo soldados a mis órdenes. Le digo a uno: «Ve», y va; y a otro: «Ven», y viene; y a mi siervo: «Haz esto», y lo hace”. ⁹ Al oír esto, Jesús se admiró de él, y volviéndose a la multitud que le seguía, dijo: “Os digo que ni siquiera en Israel he encontrado una fe tan grande”. ¹⁰ Y cuando volvieron a casa, los enviados encontraron sano al siervo.

(i) Este episodio no necesita comentario particular en cuanto a su desarrollo histórico, bien descrito por san Lucas. Más bien, nos permitimos subrayar algunos aspectos particulares del mismo. Ante todo, el evangelista coloca este episodio a continuación de las enseñanzas morales de Jesús y como ocurrido en la misma Cafarnaúm. Tiene como protagonista a un militar pagano, un centurión. El historiador latino Polibio describía las cualidades de un centurión diciendo: “Debe ser, más que un militar temerario, uno capaz de mandar a la tropa, firme en la acción y de confianza; no demasiado dispuesto a entrar en combate, pero cuando es necesario debe estar pronto a defender su posición y a morir en su puesto”. El ejército romano hacía descansar sobre estos militares la estructura fundamental de su poder militar.

(ii) Este, en concreto, permaneciendo pagano (razón por la cual trata de ahorrar a Jesús el tener que entrar en su casa) favorecía de modo especial a los judíos cafarnaítas, al punto de haberles construido la sinagoga del pueblo, cuyos restos probablemente sean los que han sido sacados a la luz en el último siglo, debajo de los cimientos de la actual sinagoga de Cafarnaúm, que es más tardía, del siglo IV.

(iii) También era especial por la relación que tenía hacia sus esclavos, al menos hacia uno de ellos, por el que pide a Jesús la curación. En el derecho romano, el esclavo era un bien útil, y como tal, su dueño podía servirse de él mientras le reportaba beneficios y podía deshacerse de él cuando ya no le servía más. Tenía sobre el mismo derecho de vida y de muerte. Pero en la práctica, en muchos casos los esclavos pasaban a formar parte de la familia, llegando a ser hasta los pedagogos de los hijos o los secretarios personales de sus amos.

(iv) Era respetuoso, razón por la cual, evita a Jesús que entre en su casa, puesto que sabía bien que los judíos consideraban que quedaban impuros al ingresar en la casa de un gentil. Como nota algún comentarista, este es un dato muy favorable a la historicidad del relato, puesto que de ser inventado, Lucas, que escribía para paganos, no habría introducido el episodio que implicaba semejante reconocimiento, ofensivo quizá para algunos de sus lectores. El respeto no lo muestra solo hacia la persona de Jesús, sino que se trasluce que tenía la misma actitud hacia todos los judíos, lo que hacen notar los ancianos que llevan la primera embajada: “merece que le hagamos esto, porque aprecia a nuestro pueblo”.

(v) Jesús destaca la fe del centurión quien, aun siendo pagano, estaba seguro del poder taumatúrgico de Jesús. Más aún, no parece que su fe estuviese mezclada con elementos supersticiosos, puesto que no pide a Jesús ningún gesto especial, que tan estrechamente está unido a los rituales mágicos: no le pide que toque al enfermo, ni que le imponga las manos, ni que realice ninguna mímica particular. Tan solo le pide que *impere de palabra* la salud del siervo, con la seguridad de que esto será más que suficiente. Y pone como aval de su certeza la eficacia de su propio *imperio militar*: yo mando algo y se hace. Tú, que imperas sobre toda la

naturaleza, haz lo mismo, y bastará. ¡Nada de circo! ¿No está reconociendo implícitamente la divinidad de Jesús, o, al menos su legado divino? ¿No está confesando, acaso, su dominio *indudablemente sobrenatural* sobre el mundo creado? Con razón Jesús dice en su elogio que en ninguno de su propia raza había encontrado una fe tan grande respecto de su persona, y no solo eso, sino también respecto de la verdadera naturaleza del milagro.

(vi) La actitud de este centurión ha impresionado tan profundamente al cristiano que sus palabras se han convertido en una de las más hermosas oraciones litúrgicas con las que los fieles se preparan para comulgar el Cuerpo de Cristo: “Señor, no soy digno de que entres en mi casa, pero basta que digas una palabra y yo sanaré”.

El hijo de la viuda de Naím (7,11-17)

¹¹ Después, marchó a una ciudad llamada Naím, e iban con él sus discípulos y una gran muchedumbre. ¹² Al acercarse a la puerta de la ciudad, resultó que llevaban a enterrar un difunto, hijo único de su madre, que era viuda. Y la acompañaba una gran muchedumbre de la ciudad. ¹³ El Señor la vio y se compadeció de ella. Y le dijo: “No llores”. ¹⁴ Se acercó y tocó el féretro. Los que lo llevaban se detuvieron. Y dijo: “Muchacho, a ti te digo, levántate”. ¹⁵ Y el que estaba muerto se incorporó y comenzó a hablar. Y se lo entregó a su madre. ¹⁶ Y se llenaron todos de temor y glorificaban a Dios diciendo: “Un gran profeta ha surgido entre nosotros”, y “Dios ha visitado a su pueblo”. ¹⁷ Esta opinión sobre él se divulgó por toda Judea y por todas las regiones vecinas.

(i) Naím (*Na'im*) significa “la bella”, “la graciosa”, y es un villorrio situado a pocos kilómetros de Nazaret y de Cafarnaúm. En los tiempos de Jesucristo quizá no fuera más que un caserío, pero cercado y con una puerta de acceso, probablemente única. Es precisamente cerca de esta puerta que tiene lugar la escena que solo relata san Lucas.

(ii) Llevaban a enterrar un muerto según la costumbre judía de los tiempos, es decir, sin ataúd, sino solamente envuelto en un lienzo y según las ocasiones con la cabeza al descubierto o tapada

por un sudario. Lo cargaban sobre una especie de camilla, que muchas versiones traducen como féretro, aunque la palabra griega σορός (*sorós*) según Strong designa un ataúd antiguo, es decir, un entablado o camilla para cargar al muerto en la procesión hasta la sepultura. La legislación rabínica determinaba que los que se encontraban con un cortejo fúnebre se incorporasen a él. En este iba gran parte de los habitantes de la aldea, y es de suponer que no faltarían las plañideras y los tocadores flauta que se esforzaban por aumentar el dramatismo de la situación.

(iii) El difunto era un muchacho joven, hijo único de una madre viuda; es decir, todo el sostén afectivo y económico de esta mujer que quizá, teniendo en cuenta la poca edad del muerto, sería todavía joven y quedaba desamparada en la vida. Igualmente, tratándose de una madre, todavía no lloraría las consecuencias que la muerte del hijo le acarrearía a ella, sino al hijo mismo. No hay dolor más grande en la vida que la pérdida de un hijo; y si es único, no tiene medida.

(iv) San Lucas dice que Jesús se compadeció de la madre, no del muchacho. Es el dolor de la madre sola y de su corazón destrozado el que conmueve al Señor. A ella, pues, le habla diciéndole con gran delicadeza: “No llores”. La mujer no pide nada a Jesús; quizá ni siquiera sepa quién es. Y sin esperar ruegos se acercó a la camilla cuyos portadores se detuvieron ante Él y, recién entonces se dirigió al muchacho con palabras extraordinarias.

(v) Νεανίσκε, σοὶ λέγω, ἐγέρθητι (*neaníske, soì légô, eguértheti*). *Neaniskos* es el joven, el muchachito. Pero lo más llamativo es que Jesús habla en nombre propio, apelando a su propia autoridad. “Yo te hablo a ti”, “Yo te mando”. Y lo manda volver desde el reino de los muertos, con la misma sencillez y desenvoltura como podría alguien mandar a su criado que le eche un poco de agua en las manos. Jesús se manifiesta aquí dueño de la vida y de la muerte. Y también Consolador por excelencia. Jesús no puede ver sufrir sin compadecerse. Por qué no actúa siempre así cuando ve sufrir al inocente (si podemos hablar de inocentes en este mundo en el que ninguno lo es, llegando todos a él cargados con la mancha original) cae dentro de los inescrutables designios de la Providencia divina y de su Visión infinitamente más distante que la nuestra.

(vi) Y el muchacho inmediatamente se despertó del sueño fatal, se sentó y comenzó a hablar y Jesús se lo entregó a su madre y, aparentemente, siguió su camino con sus discípulos.

(vii) Tuya hace notar en su comentario que Lucas, en el v.13, llama a Cristo “Señor” (κύριος, *jýrios*); título normal para Cristo en el evangelio de Lucas, mientras que sólo sale una vez en Mateo (Mt 21,3) y en el paralelo de Marcos (Mc 11,3). El término era ya el usual para referirse a Jesús entre los primeros cristianos y con él se proclamaba su divinidad (Rm 10,9; Fl 2,11).

(viii) El hecho tuvo una enorme repercusión; y no era para menos. Causó temor en todos; un temor admirativo. También una alegría que impulsaba a la glorificación de Dios. Y un reconocimiento del profetismo de Cristo y de la Consolación divina que obraba el Él, y decían: “Dios ha visitado a su pueblo”, que es la fórmula para indicar que Dios actuaba en favor de los suyos. Es el primer paso para reconocer el mesianismo de Jesús, aunque para muchos el mismo reconocimiento de “Gran Profeta” era sinónimo de Mesías (cf. Jn 1,21). Esta opinión no solo se extendió por Galilea sino por toda Judea y las regiones vecinas.

LAS DISCUSIONES ENTORNO A JUAN

A los milagros antenarrados sigue la reacción de Juan el Bautista y algunas conversaciones y discusiones de Jesús que tienen a su Precursor como tema.

Las perplejidades de Juan (Lc 7,18-27)

¹⁸ Los discípulos de Juan le llevaron a este todas estas noticias. Entonces él, llamando a dos de ellos, ¹⁹ los envió a decir al Señor: “¿Eres tú el que ha de venir, o debemos esperar a otro?” ²⁰ Llegando donde él aquellos hombres, dijeron: “Juan el Bautista nos ha enviado a decirte: «¿Eres tú el que ha de venir o debemos esperar a otro?»” ²¹ En aquel momento curó a muchos de sus enfermedades y dolencias, y de malos espíritus, y dio vista a

muchos ciegos. ²² Y les respondió: “Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: «Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres la Buena Nueva»; ²³ ¡y dichoso quien no se escandalice de mí!” ²⁴ Cuando los mensajeros de Juan se alejaron, se puso a hablar de Juan a la gente: “¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ²⁵ ¿Qué salisteis a ver, si no? ¿Un hombre elegantemente vestido? ¡No! Los que visten magníficamente y viven con molicie están en los palacios. ²⁶ Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta. ²⁷ Este es de quien está escrito: He aquí que envío mi mensajero delante de ti, que preparará por delante tu camino. ²⁸ Os digo: Entre los nacidos de mujer no hay ninguno mayor que Juan; sin embargo el más pequeño en el Reino de Dios es mayor que él”.

(i) En aquellos tiempos el Bautista se hallaba prisionero en Maqueronte. Era, ésta, una fortaleza situada sobre una colina de la antigua Perea, actualmente Jordania, en las montañas de la bíblica Moab, en la orilla oriental del Mar Muerto, a unos 25 km al sudeste de la desembocadura del río Jordán. La colina se encuentra rodeada en todos sus flancos por dos profundos uadis (Heidan-Mujib al sur y Zerqa Ma'in al norte, donde se ubican las aguas termales de Baara), que constituyen una defensa natural excepcional. La había construido el rey asmoneo Alejandro Janneo en torno al año 90 a. C. Fue luego destruida por Aulo Gabinio, general de Pompeyo, en el año 57 a. C., pero Herodes I el Grande la reconstruyó como puesto militar para defender sus territorios al este del Jordán en el año 30 a. C. Según Plinio era la fortaleza más segura después de la de Jerusalén y servía de recio baluarte contra los árabes nabateos. Flavio Josefo la describe como una fortaleza en cuyo interior Herodes se había construido “una casa regia, suntuosa por la grandiosidad y hermosura de sus departamentos”, provista de abundantes cisternas y de toda clase de almacenes. Fue durante el reinado de su hijo, Herodes Antipas, que el predicador Juan el Bautista fue encarcelado en ella y posteriormente decapitado por instigación de Salomé, hija de Herodías.

(ii) Los discípulos de Juan, que o bien seguían a Jesús oyendo sus predicaciones o bien se enterarían por los mismos

seguidores de Jesús, transmitían regularmente al ilustre prisionero todo cuanto obraba Jesús. Ante los relatos de sus discípulos, la reacción del maestro fue enviar dos de ellos a preguntar a Jesús si era el Mesías esperado o no. Mucho ha dado que hablar esta pregunta de parte de quien poco antes había testimoniado que Jesús era el “Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”, y había afirmado haber visto descender sobre Él el Espíritu Santo, con ocasión de su bautismo. Se ha dicho, por ejemplo, que Juan lo hizo, no por sí mismo, sino por sus discípulos, para que éstos, recibiendo una abierta declaración del mesianismo de Jesús, se pasasen a sus filas. Otros sostienen que Juan, en la cárcel, titubeó... lo que condeciría mejor con el mensaje que le manda su primo: “¡dichoso quien no se escandalice de mí!” Y hay quienes ven plausible este estado dubitativo de Juan apoyándose en el hecho de que aquel no se pasó en ningún momento a los discípulos de Cristo. Pero esto no es concluyente, porque Juan no tenía la misión de identificar al Mesías ante el mundo; tan solo de preparar su camino. Eran los jefes de Israel quienes debían señalarlo a partir de las Escrituras, como haría más tarde y de modo incansable san Pablo predicando en las sinagogas de la diáspora.

(iii) Las dudas de Juan parecen las propias de la noche oscura del espíritu por la que estaría pasando, cuando la psicología del místico se revoluciona de tal manera que la oscuridad más densa penetra en todas las facultades borrando incluso las certezas que se habían tenido hasta el momento. Juan estaba padeciendo las últimas pruebas de su purificación antes de dar el testimonio final de su vida. La pregunta que hace a Cristo es análoga a la que todo místico se hace al demandar insistentemente “¿dónde está mi Dios?”

(iv) Juan usa la expresión ὁ ἐρχόμενος (*ho erjómenos*), que proviene del profeta Malaquías (3,1), la cual se refiere tanto al mensajero precursor como al Señor *que viene*. Habiéndose identificado, Juan mismo, al comienzo de su predicación, como el que prepara los caminos del Mesías, la pregunta es si se trata del que él ha estado preanunciando.

(v) Jesús le responde con obras: curando enfermos y expulsando demonios. Y manda a los discípulos de Juan que transmitan al maestro lo que han visto, usando una expresión que no

es una cita textual de algún pasaje del Antiguo Testamento sino el resumen de muchas que aluden a los tiempos mesiánicos: “Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, se anuncia a los pobres la Buena Nueva”. Estos son los signos mesiánicos; toca a Juan mismo reconocerlos.

(vi) Añade el Señor una frase oportunamente dirigida al Bautista para alentarle en sus pruebas, manifestándole que entiende la tormenta espiritual que agobia su alma en esos momentos: “dichoso el que no halle escándalo en mí”, es decir, el que no tropiece en el misterio de la cruz de Cristo. La fe en Cristo es siempre un acto crucificado. Incluso ante la vista de milagros, el mensaje revelado se manifiesta infinitamente desbordante respecto del signo sensible que tan solo lo insinúa. Aun viendo los milagros mesiánicos, el Mesías se presenta revestido de una carne mortal, débil, y camina hacia el aparente fracaso de su misión. Jesús muestra cómo las profecías convergen en Él, pero al mismo tiempo no quiere hacer de su primera venida, en carne *moritura* (es decir, destinada a morir), un paseo triunfal como habrá de ser su Retorno definitivo. Los sufrimientos de Juan nos muestran cómo, incluso al testigo de la teofanía del Jordán, se le exige el acto de la fe en todo su rigor. Hoy como ayer, el misterio de la Encarnación, de la Pasión y de la muerte en Cruz de Nuestro Señor, siguen siendo motivo de escándalo, es decir, de tropiezo para ver en Él el misterio de Dios; por eso la Resurrección de Cristo se mostró en la intimidad del Cenáculo o al círculo íntimo de los que corrieron al sepulcro, mientras que el cuerpo destrozado de Jesús estuvo expuesto a los ojos de todos. Solo la fe es el medio adecuado para acceder a Dios.

(vii) Pero ni bien los mensajeros de Juan marchan a llevar a su maestro el recado de Jesús, este realiza el más hermoso y poético elogio del último de los profetas: “¿Qué salisteis a ver en el desierto? ¿Una caña sacudida por el viento? Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido con finos ropajes? Daos cuenta de que los que llevan finos ropajes se encuentran en los palacios reales. Entonces, ¿qué salisteis a ver? ¿A un profeta? Sí, os lo aseguro, y más que un profeta”. La retórica de Jesús es magnífica. *¿Qué salisteis a ver?...* Tres veces hace la pregunta y él mismo se contesta. “ ¿Una caña

sacudida por el viento?” Evidentemente no era eso lo que buscaban sus oyentes que habían sido antes oyentes de Juan. No querían una caña agitada con los vientos de las opiniones y de las doctrinas, ni una caña movida por los miedos de las amenazas ni por las promesas de riquezas del mundo. Salieron a buscar un tronco firme, que no se dobla ni aun ante los vendavales. ¿Un hombre vestido de finas telas? Tampoco querían eso; porque los hombres delicados no viven en el desierto sino en los palacios, entre almohadones, y los oyentes de Juan fueron al desierto y no al teatro. ¿Entonces qué? ¿Un profeta? Precisamente, buscaban un profeta. Y por eso Jesús añade: y eso es Juan; y más todavía: es más que un profeta.

(viii) ¿Qué es “más que un profeta”? Uno que no ve de lejos lo que anuncia sino que lo señala, y si puede, lo toca. Los profetas vieron en lontananza y anunciaron lo remoto; incluso lo vieron borrosamente y por eso sus anuncios están entremezclados con otros signos, los *typos* y los *antitypos* de las profecías. Pero Juan tuvo a Cristo entre sus manos y vertió agua sobre su cabeza y fue testigo presencial de la teofanía del Jordán en la que el Padre y el Espíritu Santo manifestaron al Hijo como “el muy amado”. Juan anuncia a Cristo al comienzo de su vida pública, cuando se limitaba a predicar “el que viene detrás de mí es más grande que yo”. Pero lo señala al proclamar: “Este es el Cordero de Dios”. Es más que un profeta, porque Jesús dirá más adelante: “La Ley y los profetas llegan hasta Juan; desde ahí comienza a anunciarse la Buena Nueva del Reino de Dios” (Lc 16,16). Los profetas llegan hasta Juan, ¿pero lo incluyen? En parte sí, y en parte no. Él pertenece a los profetas y los supera.

(ix) Jesús lo llama “mi mensajero”, el que va “delante de él”, “el preparador del camino”. Juan está asociado a Jesús de un modo del todo singular. También lo llama “el más grande de los nacidos de mujer”. ¡Qué elogio en la boca de Dios! Precisamente por eso no lo pronuncia delante de los discípulos de Juan, para dejarlo beber hasta el final el cáliz amargo de la noche espiritual.

(x) Y aun así reserva una frase admonitoria: pero el más pequeño en el Reino de los Cielos es mayor que él. Subraya de este modo Jesús la grandeza del Nuevo Testamento respecto del Viejo. La profecía es algo grande, pero la más pequeña verdad del Evangelio es más luminosa que todas las profecías del Antiguo.

Las discusiones con los legalistas en torno a Juan (Lc 7,29-34)

²⁹ *Todo el pueblo que le escuchó, incluso los publicanos, reconocieron la justicia de Dios, haciéndose bautizar con el bautismo de Juan.* ³⁰ *Pero los fariseos y los legistas, al no aceptar el bautismo de él, frustraron el plan de Dios sobre ellos.* ³¹ *“¿Con quién, pues, compararé a los hombres de esta generación? Y ¿a quién se parecen?”* ³² *Se parecen a los chiquillos que están sentados en la plaza y se gritan unos a otros diciendo: «Os hemos tocado la flauta, y no habéis bailado, os hemos entonando endechas, y no habéis llorado».* ³³ *Porque ha venido Juan el Bautista, que no comía pan ni bebía vino, y decís: «Tiene un demonio».* ³⁴ *Ha venido el Hijo del hombre, que come y bebe, y decís: «Ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores».* ³⁵ *Y la Sabiduría ha sido justificada por todos sus hijos”.*

(i) Inmediatamente san Lucas añade un comentario que puede ser interpretado en el sentido de que, a raíz de las palabras de Jesús, sus oyentes pidieron el bautismo de Juan. Pero se trata, en cambio, de una analepsis (una escena retrospectiva), ya que Juan está ahora encarcelado y su bautismo, cuanto menos, suspendido. Debemos entender estas palabras en el sentido de que todos los que escucharon a Jesús —escuchar significa, a su vez, acoger una enseñanza en el corazón— eran de los que se habían hecho bautizar por Juan, o sea, estaban bien dispuestos hacia la conversión y la espera mesiánica; al contrario de los fariseos que no aceptaron el bautismo penitencial *frustrando el plan divino sobre ellos*.

(ii) Esta última es una afirmación teológica de máxima importancia. Lucas implícitamente enseña que Dios quiere la salvación de todos los hombres, sin excepción, y que si la gracia salvadora no realiza su obra en alguna persona en particular, esto no es atribuible a Dios, sino al rechazo del hombre, que, como dice Lucas, *frustra el plan divino*. El verbo ἀθετέω (athetéō) se traduce como desestimar, neutralizar o violar; lo que equivale a rechazar e invalidar. Se alude así al intrincado misterio de la libertad y de la gracia. Sabemos, por lo que la Iglesia ha enseñado contra los

pelagianos, que no es el hombre el que hace efectiva la invitación divina, sino, como ha enseñado san Agustín, que la misma aceptación de la gracia proviene de la gracia. Pero al mismo tiempo también sabemos que el rechazo de la gracia es obra exclusiva del hombre que frustra, como dice San Lucas, el plan salvador de Dios.

(iii) Y propone una parábola para explicar esta actitud. Se parecen, dice, a los niños tercos y encaprichados a quienes sus compañeros de juegos increpan justamente: tocamos música alegre y no habéis querido bailar; cambiamos entonces a música triste y tampoco habéis querido llorar... La metáfora alude al doble rechazo de Juan y de Jesús. Juan vino con un estilo austero y riguroso, predicando penitencia, y lo habéis calificado de endemoniado. Vino luego el Hijo del hombre, en un aspecto más blando, abajándose hasta los pecadores y compartiendo con ellos comida y bebida, y lo acusáis de borracho, glotón y amigo de malas juntas... En el fondo ¿qué queréis? ¿Una predicación a vuestra medida? No, ni siquiera eso. No queréis que os revuelvan el agua tranquila pero estancada en la que vivís, por eso siempre encontraréis excusas y la crítica justa que desacredite al perturbador de la conciencia, de modo que no os veáis obligados a mirar hacia dentro para examinaros el alma. Esta actitud sigue siendo actual y marca a todos los que no tienen intención alguna de plantearse seria y profundamente la propia conversión.

(iv) Las palabras de Jesús se cierran con esta frase: “Y la sabiduría ha sido justificada por todos sus hijos”. La Biblia de Jerusalén traduce “acreditada”; otras versiones ponen “reconocida”. La verbo griego δικαιόω (*dikaióō*) significa mostrar como justo o inocente, o simplemente justificar. La idea es que mientras los enemigos de Cristo se vuelven incapaces de identificar las obras divinas y se escandalizan por los modos en que Dios se dirige a ellos, sea al modo de Juan o al modo de Jesús, los que son verdaderamente hijos y discípulos de la sabiduría, son capaces de discernir la mano de Dios en uno y otro, y de comprender la sabiduría divina que dirige todas las cosas de modo admirable. Los que no son *hijos de la sabiduría*, como el caso de los fariseos y escribas que se oponían a Jesús, son ciegos porque solo están dispuestos a aceptar las obras de Dios si ellas se ajustan a sus estándares preestablecidos. Si Jesús no

entra en sus categorías mesiánicas, entonces no puede ser el Mesías. Jesús era muy distinto del mesías que se había fabricado la imaginación farisaica; y esta no estaba dispuesta a modificar sus preconceptos, quedándose, a la postre, sin Él. A nosotros nos puede pasar lo mismo si nos atamos a nuestro modo de *querer ver* las cosas de Dios, a medida de nuestros gustos. Podemos quedarnos viendo el cortejo divino, sino darnos cuenta de que es el cortejo divino. En cambio el pueblo sencillo, que aquí Jesús llama “hijos o discípulos” (τέκνον, *téknon*) ni se escandalizó del rudo Juan, ni del manso Jesús.

LA PECADORA Y EL FARISEO

(Lc 7,36-50)

³⁶ Un fariseo le rogó que comiera con él, y, entrando en la casa del fariseo, se puso a la mesa. ³⁷ Había en la ciudad una mujer pecadora pública, quien al saber que estaba comiendo en casa del fariseo, llevó un frasco de alabastro de perfume, ³⁸ y poniéndose detrás, a los pies de él, comenzó a llorar, y con sus lágrimas le mojaba los pies y con los cabellos de su cabeza se los secaba; besaba sus pies y los ungía con el perfume. ³⁹ Al verlo el fariseo que le había invitado, se decía para sí: “Si éste fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que le está tocando, pues es una pecadora”. ⁴⁰ Jesús le respondió: “Simón, tengo algo que decirte”. Él dijo: “Di, maestro”. ⁴¹ Un acreedor tenía dos deudores: uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. ⁴² Como no tenían para pagarle, perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará más?”

⁴³ Respondió Simón: “Supongo que aquel a quien perdonó más”. Él le dijo: “Has juzgado bien”, ⁴⁴ y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: “¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella, en cambio, ha mojado mis pies con lágrimas, y los ha secado con sus cabellos. ⁴⁵ No me diste el beso. Ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. ⁴⁶ No ungiste mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfume. ⁴⁷ Por eso te digo que quedan perdonados sus muchos pecados, porque ha mostrado mucho amor. A quien poco se le perdona, poco amor muestra”. ⁴⁸ Y le dijo a ella: “Tus pecados quedan perdonados”. ⁴⁹ Los comensales empezaron a decirse para sí:

“¿Quién es éste que hasta perdona los pecados?”⁵⁰ Pero él dijo a la mujer: “Tu fe te ha salvado. Vete en paz”.

(i) San Lucas, quizá para ejemplificar la doble actitud frente a Cristo, la de los que lo aceptan incondicionalmente y la de los que obstaculizan el plan de Dios o, por lo menos, no se entregan totalmente, hace seguir, a las discusiones que acabamos de comentar, este episodio. No sabemos el lugar, pues Lucas simplemente alude a “la ciudad” (*polis*), sin dar nombre alguno. Hay quienes piensan que es alguna localidad galilea, pues solo dos capítulos más adelante encontraremos el relato del ministerio en Judea. Conjeturan, así, que puede haber sido Naím, o Cafarnaúm... Pero otros se inclinan por colocar el episodio en Judea, quizá en la misma Jerusalén, por el apelativo de *la ciudad* a secas.

(ii) Un fariseo, cuyo nombre era Simón, lo invitó a su casa a comer con él. El anfitrión parecía experimentar por Jesús, al mismo tiempo curiosidad y desconfianza, o, cuanto menos, mucho respeto humano hacia las reacciones de los de su secta. “La escena, dice Barclay, tiene lugar en el patio de la casa. Las casas de la gente acomodada se levantaban alrededor de un patio abierto que parecía una placita. A menudo había en el patio un jardín y una fuente; y allí era donde se comía en los días de calor. Era costumbre que, cuando se había invitado a un rabino, viniera toda clase de gente, nadie se lo impedía, para escuchar las perlas de sabiduría que salían de sus labios... Cuando entraba un invitado en una casa así, era corriente que se hicieran tres cosas. Primero, el anfitrión le ponía la mano en el hombro del huésped y le daba un beso de paz. Esa era una señal de respeto que jamás se omitía en el caso de un rabino distinguido. Luego, como los caninos eran de tierra, polvorientos, y el calzado no era más que suelas sujetadas al pie con correas, se echaba agua en los pies del huésped para limpiárselos y refrescárselos. Finalmente, o bien se quemaba un poquito de incienso, o se le echaba en la cabeza del invitado un poco de esencia de rosas. Eran cosas que exigían los buenos modales, pero que no se cumplieron en este caso”. Simón no quería quedar demasiado comprometido ante los de su grupo.

(iii) En algún momento de la comida entró, pues, en la casa una mujer “que era pecadora”. La expresión designa a una prostituta.

Lucas no nos da su nombre, probablemente porque al indicar su profesión, debía cuidar su reputación presentándola anónimamente. Tengamos en cuenta que al escribir su Evangelio, aquella todavía viviría o bien sería venerada por los cristianos. La tradición litúrgica occidental, por lo general, la identificó con María Magdalena y con María de Betania; tres Marías que serían una sola y misma mujer. La tradición oriental, en cambio, distingue las tres mujeres. Debemos suponer que la mujer se filtró rápida y furtivamente en la casa, aprovechando que la atención de todos estaba puesta en Jesús; de otro modo, es probable que no la hubieran dejado pasar y menos en esas circunstancias. De hecho, Simón parece haber sido tomado por sorpresa y ninguno de los que estaban al servicio atinó tampoco a hacer nada por temor a armar un escándalo. Algún comentarista dice, sin embargo, que en esos banquetes dados por pudientes, los curiosos podían pasar y observar a los comensales, lo que permitía a estos ostentar de algún modo su estatus social ante el pueblo.

(iv) En los tiempos de Jesús, los judíos habían asumido algunas costumbres grecorromanas, entre las cuales la de comer reclinados de costado sobre pequeños divanes o triclinios que se distribuían en torno a una pequeña mesa sobre la que se colocaban las viandas. Los pies quedaban fuera del reclinatorio y la cabeza en dirección a la mesa. Esto explica que la mujer pudiera ponerse “detrás y a los pies” de Jesús. Ella llevaba consigo un frasco de alabastro de perfume. Algunos comentadores dicen que muchas mujeres judías llevaban colgado del cuello un frasquito que contenía esencia de perfume, y era más bien algo costoso. Pero san Lucas parece indicar que esta mujer lo llevaba deliberadamente en sus manos para ungir a Jesús con él. No sabemos qué perfume contenía, pero probablemente fuera de nardo o una mezcla de nardo con mirra. Judas, con su mirada de comerciante, tasó el que María de Betania derramaría sobre Jesús poco antes de la Pasión en “trescientos denarios”, lo que representaba una verdadera fortuna: el sueldo que un jornalero ganaría durante todo un año. No es de extrañar que una prostituta, si ejercía su profesión con los hombres de las clases sociales elevadas, tuviese sus perfumes caros, pues eran parte de lo que necesitaba para su “trabajo”.

(v) ¿Por qué y a qué venía? No conocemos ningún antecedente de esta mujer que irrumpe en esta escena en la vida de Cristo para luego desaparecer totalmente; es decir, suponemos que seguiría a Jesús el resto de su vida –la acción que aquí realiza es demasiado radical como para desligarse, a continuación, definitivamente del Maestro– pero no podemos identificarla con seguridad con ninguna de las mujeres que seguían a Cristo. Ya hemos dicho que la tradición litúrgica latina la identifica con María de Betania y con la pecadora que Jesús salva de la lapidación; pero la liturgia oriental parece mantener los tres personajes distintos. ¿O es María Magdalena, de la que se dice que arrojó Jesús siete demonios? Y, a su vez, esa mujer de Magdala, ¿es alguna de las antedichas mujeres o no es ni la pecadora perdonada en este episodio, ni la salvada de ser lapidada, ni la hermana de Marta y Lázaro? Solo podemos conjeturar. La mención que Lucas hace en este episodio de la mala vida de esta pobre judía, lo obliga a ser muy discreto.

(vi) Del mismo modo, ignoramos cómo y cuándo conoció a Jesús. Es más que probable que no hubiera precedido antes ningún encuentro personal entre los dos, porque Simón da a entender que Jesús no sabe quién o qué es ella. Por lo que nos inclinamos más bien a pensar que ella lo ha visto u oído mezclada entre la multitud; quizá se han cruzado y Él simplemente la haya mirado. De ser así esa mirada debe haber estado cargada de respeto y misericordia. También es posible que Jesús haya enseñado primero en la sinagoga, predicando tal vez sobre el perdón divino, lo que habría impactado a sus oyentes, en especial a Simón y esta pecadora. Lo cierto es que ese encuentro previo, fortuito y fugaz, tiene que haber sido muy impresionante para una mujer acostumbrada a ser mirada con el más profundo de los desprecios. Sí; no nos engañemos. La mujer que es objeto de la mirada concupiscente, de la búsqueda ansiosa de la satisfacción sexual, no es apreciada como mujer. Cuando miramos un trozo de carne asada con hambre canina, el que la boca se nos haga agua, como suele decirse, no significa para nada que apreciemos la dignidad de la vaca inmolada para nuestro banquete. Por el contrario, pensamos que ha valido la pena sacrificarla para otorgarnos estos minutos de contento. Lo mismo experimenta la mujer que se siente apetecida como mero instrumento para una

convulsión sexual de parte de un sujeto al que no le preocupa la humillación a la que la somete por dinero mugriento, ni se interesa por su nombre, ni se conmueve por sus sufrimientos, ni se inquieta por lo que será de ella en el futuro, ni se desvela por las consecuencias físicas, morales o mentales que pueda dejar en aquella por quien paga como pagaría si tuviera que usar un orinal. En cambio, para un hombre bueno una prostituta despierta mucha compasión, porque él la ve como una pobre mujer que muchos animales desean y ningún hombre ama.

(vii) Si Jesús pasó a su lado y la miró como Él solía mirar, se explicaría la revolución que ella experimentaba en el alma al presentarse en casa de Simón. Si lo escuchó predicar, con mayor razón. Pero incluso las cosas podrían haberse dado de muchas otras maneras. Bien podría haber sucedido que, en lugar de un encuentro en el camino, sencillamente a esta pobre mujer, aplastada por el peso de su vida amargada, deprimida y cargada de culpas, el oír hablar de un profeta que predicaba de misericordia y de perdón de los pecados, hubiera despertado la necesidad de ir pedir su intercesión ante Dios. ¡Cuántas cosas son posibles para explicar la maravillosa actitud de esta mujer!

(viii) Lo cierto es que su irrupción tomaría por sorpresa a los dueños de casa, de lo contrario no se entiende que la dejaran pasar y actuar con tanta libertad. Quizá el temor de hacer caer sobre sí mismos el bochorno hizo guardar silencio a los huéspedes de Jesús, esperando ver en qué terminaba todo esto. ¡Si poco antes se habían escandalizado de que él comiera con publicanos y pecadores, no iban ahora a llevarlos ellos mismos a su sala de banquetes!

(ix) La mujer se colocó detrás de Jesús, es decir, del lado del que los pies del Señor sobresalían del triclinio, quizá con la sola intención de ungirlos con el perfume que llevaba, pero el hecho es que rompió a llorar (*comenzó*, dice literalmente san Lucas). No entró, pues llorando, sino que las lágrimas le vinieron al estar junto a Jesús, como suele ocurrir a algunas personas que se emocionan ante algo sagrado, o ante una persona buena y venerable, o cuando la congoja colma el alma y no puede salir sino a fuerza de lágrimas. Siendo éstas abundantísimas —eran los lloros hasta ahora aguantados que ponían en evidencia todo el dolor encerrado en el pecho de esta

mujer triste y desesperada, y que brotaban llevando a la superficie todo su desamparo, todo su sentimiento de culpa, toda su humillación, toda la tristeza de su mala vida y del pesimismo acerca de su futuro sin amor—, digo que, siendo tan abundantes esos ríos del alma, bañaron involuntariamente los pies de Cristo, ante lo cual, realizó la acción asombrosa de secar los pies con sus mismos cabellos. Esto puede significar que no llevaba la cabeza cubierta, de lo contrario hubiera sido más lógico que usase el paño con que la cubría. Los llevaba sueltos como hacían las desvergonzadas que enredaban en ellos a los cazadores de placeres. Sus cabellos serían largos y cuidados, hermosos y atractivos. Pero ella ahora los arruinaba en favor de Jesús; valían para ella menos que el más humilde trapo para secar los pies de un hombre. Se había servido de ellos para pecar y ahora los usaba para demostrar el dolor de su pecado y la humillación que estaba dispuesta a sufrir ante aquel representante de Dios. Además de este gesto, también besaba sus pies con besos de piedad, con los besos con que mostramos a Dios que lo amamos y que estamos arrepentidos de nuestros pecados. Y los ungía con el perfume que para el caso había preparado. De todas sus acciones, solo esta última había sido deliberada.

(x) Al fariseo la escena que contemplaba le despejó las dudas que tenía sobre Jesús convenciéndolo de que no podía ser profeta; si lo fuera habría sabido qué clase de mujer era la que lo estaba tocando. Para los fariseos lo que mancha al hombre es lo que viene de afuera, independientemente de que quien se mancha sea consciente o inconsciente del hecho: si uno pasa descuidadamente cerca de un sepulcro queda impuro; si uno pisa el interior de la casa de un pagano, pierde la pureza ritual. Y por eso no se sientan a la mesa si no hacen muchas abluciones para estar seguros que han dejado allí flotando, en el agua de la palangana, no la tierra del camino, sino las impurezas que se les hayan pegado voluntaria o involuntariamente. En esta mentalidad, el ser tocado por un asesino, por un pagano o por una prostituta era causa de impureza. Simón se escandaliza, pues, de que Jesús se deje tocar por una mujerzuela, y lo atribuye a la ignorancia del Señor sobre la verdad de esa mujer.

(x) Pero Jesús le demuestra que no solo sabe quién es esa mujer sino también lo que él está pensando en su corazón. Lo hace

proponiéndole una parábola de dos deudores, uno de los cuales debía una enormidad (el salario completo de dos años de trabajo), mientras que al otro, lo ataba una deuda diez veces menor (el salario completo de dos meses de trabajo); y ambos fueron perdonados por su acreedor. Ante la pregunta de quién de los dos estaría más agradecido y amaría más al perdonador, Simón respondió sin titubear que el que recibió la condonación más grande. Y Jesús aplica la parábola a las dos actitudes contrapuestas del mismo Simón y de esa mujer: las exuberantes demostraciones de afecto de la prostituta (mojó sus pies con lágrimas, los secó con sus cabellos, los besó y los ungió con perfume) y las más que parcas de su huésped (ni le dio agua para sus pies, ni lo besó como bienvenida, ni ungió su cabeza con aceite) revelan que cada uno de ellos ama de distinta manera a Jesús porque se consideran diversamente agraciados por el Maestro. Quien más ama manifiesta una conciencia de un mayor perdón y gracia.

(xi) Pero aquí estamos ante un problema, o quizá mejor, ante la resolución de un problema. Jesús parece revelarnos ciertos datos que corresponden a la vida íntima de Simón y de la Pecadora que no nos dice abiertamente san Lucas. Para que cuanto dice Jesús tenga coherencia, Simón debía tener cierto sentido de culpa respecto de algunas acciones pasadas de las que querría descargar su conciencia, y abrigaba quizá la esperanza de que Jesús le perdonase, en caso de tener realmente la autoridad para hacerlo. Precisamente con intención de despejar esta duda lo habría invitado a su casa. Veía a Jesús como un perdonador misericordioso, pero ni se consideraba tan gran pecador ni estaba todavía seguro de que Jesús tuviese la autoridad de perdonar realmente sus pecados en nombre de Dios.

(xii) Las palabras de Cristo parecen, a su vez, manifestar que el fugaz encuentro previo entre Jesús y la Prostituta –reducido, como hemos dicho, quizá a un cruce de miradas en la calle– habían producido en ella la convicción de que Él era, cuanto menos, un profeta misericordioso que perdonaba los pecados en nombre de Dios –o quizá incluso de que era el mismo Dios hecho Perdón– y de que su mirada de infinita compasión hacia ella significaba que no la rechazaba y que le ofrecía descargarla de sus pecados... De ahí la gratitud, la esperanza y el amor que demuestra ahora en sus gestos.

Por eso dice el Señor que “al que se le ha perdonado mucho muestra grande amor”. ¿Entonces ya le había dado su perdón y ella venía a agradecer? No parece ser así, porque solo después de pronunciar estas palabras le dirá a la mujer “tus pecados quedan perdonados”. Ella venía, pues, con la esperanza de ser perdonada y la seguridad de que ese Hombre-Dios tan bueno no le negaría el perdón, porque es lo que le ha hecho entender al mirarla de aquel modo en que quizá lo hizo, o al pronunciar lo que quizá le oyó predicar. Ella ha tenido fe en la verdad de cuanto, sea la mirada de Jesús o algún otro de sus gestos, le han hecho comprender. Esa es la fe “que la ha salvado”, como dice el Maestro.

(xiii) Los otros invitados –aparentemente sin incluir a Simón– comenzaron a murmurar –y no era la primera vez que salía el tema– sobre esta escandalosa pretensión de perdonar los pecados. Y razón no les faltaba, pues no decía Jesús que por su penitencia y amor Dios le hubiese perdonado los pecados, sino que Él los perdonaba; apelaba, pues, a su autoridad. Jesús se atribuía poderes exclusivos de Dios que, según la tradición rabínica, ni siquiera el Mesías tendría¹⁵. Pero Jesús no se cuidaba de esto y despidió a la mujer con el premio buscado por ella: la paz del alma.

VIDA APOSTÓLICA DE JESÚS (8,1-3)

¹ Y sucedió a continuación que iba por ciudades y pueblos, proclamando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios; le acompañaban los Doce, ² y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios, ³ Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes, Susana y otras muchas que les servían con sus bienes.

(i) “Y sucedió a continuación”, dice Lucas, quizá tratando de indicar una nueva apertura en la misión de Jesús a la enseñanza más general y abierta: “Príncipe de los predicadores itinerantes”, como lo

¹⁵ Cf. Strack-B., *Kommentar*. I, 495.

ha llamado un autor. “Iba por ciudades y pueblos”. Proclamaba “la buena nueva del Reino de Dios”. Ya hemos dado nuestra opinión sobre este concepto de *reino de Dios* que era el contenido central de la primera predicación de Cristo.

(ii) Lo acompañaban los *Doce*. Lucas ya relató la elección de los más íntimos apóstoles del Señor; ahora solo los llama “los doce”, οἱ δώδεκα. Ha habido autores que han afirmado que la expresión es genérica, designando sencillamente a todos los discípulos de Cristo; por ejemplo W. Burgers, R. R. Meyers, J. Mateos. Pero la mayoría de los estudiosos (por ejemplo, C. H. Turner, V. Taylor, W. L. Lane, R. Pesch, J. A. Estrada, J. Gnauk) entienden que se trata de dos grupos distintos de personas y *los Doce* alude a los más íntimos, precisamente los que Jesús eligió llamándolos, solo a ellos, apóstoles (Lc 6,13).

(iii) En este pasaje añade san Lucas la presencia de algunas mujeres que los ayudaban con sus bienes. Estas tenían en común que el haber sido curadas por Jesús. Nuestro evangelista, que era médico, distingue entre curaciones de enfermedades y de espíritus malignos, es decir, exorcismos. Esto indica que la referencia a los demonios no puede entenderse como un mero ajustarse a la mentalidad del tiempo que atribuía a la presencia o influencia demoníaca las enfermedades. Hay, pues, una distinción. Tampoco resulta completamente satisfactorio entender por enfermedades las dolencias físicas y por espíritus malignos las psíquicas, porque los antiguos no ignoraban completamente el origen natural de los disturbios mentales —aunque en muchos casos también los atribuyeran a fuerzas preternaturales— y pensaban que los demonios también podían causar males no psíquicos, incluso la muerte.

(iv) Se mencionan tres nombres en particular. El primero es María Magdalena, de la que Lucas dice que Jesús había arrojado siete demonios; san Marcos también da esta nota al evocarla junto al sepulcro después de la Resurrección del Señor. Hay quienes la identifican con la meretriz mencionada en el capítulo anterior en casa de Simón, pero nada exige tal unificación. Solo se nos dice de ella que era oriunda de Magdala, un pueblito costero del lago de Tiberíades, al sur de Cafarnaúm. El que estuviera poseída por siete demonios no habla necesariamente mal de ella, incluso si

entendemos la expresión como una posesión propiamente dicha. Hay posesiones diabólicas permitidas por Dios como prueba expiatoria para sus santos, como testimonia la hagiografía incluso contemporánea (por ejemplo, la beata María de Jesús Crucificado, carmelita en Belén). Indudablemente también puede pensarse de una posesión causada por los propios pecados; pero los Evangelios no nos dan ninguna pista ni en este ni en ningún otro sentido.

(v) Se menciona también a Juana, esposa de Cusa que era *epítropos* de Herodes, es decir, administrador o intendente o mayordomo. Se trataba, pues, de una mujer de recursos acomodados, pues su esposo cuidaba los intereses financieros del rey, y ella, por tanto, sería una dama de la corte. Finalmente se alude a una Susana de la que San Lucas no añade ningún otro dato. “Y muchas otras”, termina diciendo. Todas estas buenas mujeres aportaban de sus bienes al sostenimiento de ese grupo itinerante. Porque Jesús no hacía milagros en provecho propio; daba de comer a las multitudes hambrientas pero Él vivía de las limosnas que la caridad ajena le acercaba. En aquellos tiempos se consideraba una obra piadosa el ayudar a un rabino, por lo que el hecho no tenía nada de insólito. No se habla de llamamiento de estas mujeres, ni reciben ellas ningún encargo particular. Da la impresión de que su seguimiento era espontáneo, como gratitud por las gracias recibidas del Señor.

PARÁBOLAS DEL SEMBRADOR Y DE LA LÁMPARA

San Lucas inserta en este lugar dos parábolas del Señor, la del sembrador y la de la lámpara.

Parábola del sembrador (8,4-15)

⁴ *Habiéndose congregado mucha gente, y viniendo a él de todas las ciudades, dijo en parábola:*

⁵ *“Salió un sembrador a sembrar su semilla; y al sembrar, una parte cayó a lo largo del camino, fue pisada, y las aves del cielo se la comieron; ⁶ otra cayó sobre piedra, y después de brotar, se secó, por no tener humedad; ⁷ otra cayó en medio de abrojos, y creciendo con ella los abrojos, la ahogaron. ⁸ Y otra cayó en tierra*

buena, y creciendo dio fruto centuplicado”. Dicho esto, exclamó: “El que tenga oídos para oír, que oiga”.⁹ Le preguntaban sus discípulos qué significaba esta parábola,¹⁰ y él dijo: “A vosotros se os ha dado el conocer los misterios del Reino de Dios; a los demás sólo en parábolas, para que viendo, no vean y, oyendo, no entiendan.”¹¹ La parábola quiere decir esto: La simiente es la Palabra de Dios.¹² Los de a lo largo del camino, son los que han oído; después viene el diablo y se lleva de su corazón la Palabra, no sea que crean y se salven.¹³ Los de sobre piedra son los que, al oír la Palabra, la reciben con alegría; pero éstos no tienen raíz; creen por algún tiempo, pero a la hora de la prueba desisten.¹⁴ Lo que cayó entre los abrojos, son los que han oído, pero a lo largo de su caminar son ahogados por las preocupaciones, las riquezas y los placeres de la vida, y no llegan a madurez.¹⁵ Lo que en buena tierra, son los que, después de haber oído, conservan la Palabra con corazón bueno y recto, y dan fruto con perseverancia”.

(i) Como observamos, la hermosa parábola del sembrador viene acompañada con la explicación del mismo Jesús. Describe un episodio que sus oyentes conocían muy bien pues refiere el modo de sembrar de aquellos tiempos (que se continúa en algunos lugares en la actualidad): el sembrador, después de preparar la tierra, salía con semilla en un morral y la iba largando al voleo, lo que hacía que cayese en diversos lugares. Los terrenos, en Palestina, no eran, en tiempos de Jesús, campos extensos de tierra cultivable, sino pequeñas parcelas que se desmalezaban y despedregaban lo mejor posible para poder convertirlas en tierras de labrantío; y a veces se preparaban incluso lugares peñascosos; se aprovechaba, pues, todo lo que pudiera rendir, por eso se sembraba hasta el borde del camino. Esto explica que al arrojar al voleo las simientes, aunque la mayor parte cayesen sobre la tierra preparada, algunas terminasen fuera de ella. Jesús menciona cuatro lugares distintos: sobre el camino, sobre la piedra, en medio de abrojos y en buen terreno. Los resultados son muy variados: la que cayó en el camino fue pisada por los transeúntes y comida por los pájaros, la del terreno pedregoso brotó pronto pero terminó secándose por falta de humedad; la que quedó entre espinos se desarrolló hasta que los abrojos y las espinas la

ahogaron; sola la que quedó depositada en buena tierra dio fruto centuplicado.

(ii) La invitación con que termina la parábola –el que tenga oídos para oír, que oiga–, repetida a menudo por Jesús, era una manera de indicar que la parábola tenía un sentido espiritual, y equivalía a afirmar: quien sea capaz de meditarla, ha de intentar desentrañar su significado. Al parecer sus mismos discípulos no estaban muy seguros del sentido que debían darle a las parábolas del Señor, por lo que se lo “preguntaban” a Él mismo, dice san Lucas.

(iii) Antes de la explicación de la parábola Jesús alude al motivo de esta modalidad tan propia de su predicación, y lo hace con una frase que no es menos difícil que la misma parábola: mientras a los discípulos se les ha concedido que conozcan los misterios del Reino de Dios, a los demás no se les habla abiertamente, sino en parábolas, “para que viendo no vean, y oyendo no entiendan”. La frase está tomada de Isaías (6,9-10) que parece ser más bien una irónica queja divina: “ved bien pero no entendáis, oíd bien pero no comprendáis”. Así afirma el profeta, en nombre de Dios, para dar a comprender que la falta de intelección de su pueblo respecto de los hechos y las profecías divinas, es fruto de la falta de interés y de la renuncia a tratar de comprender la palabra divina. No es, pues, lo que quiere Dios. Y así debe entenderse la frase de Jesús reportada por san Mateo: “les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden”. La parábola es muy clara pero la cerrazón de la mente es tan grande que no comprenden ni lo que es claro y abierto. Ahora bien, que Dios a la gracia de la enseñanza añada la de convertirla en papilla para niños y metérsela en boca y ayudarlos a tragarla, eso es algo que concede a quienes quiere, y aquí solo lo hace con los discípulos. Los otros, si se proponen entender su metáfora lo conseguirán; pero deben querer y esforzarse. Por sus designios providenciales, con sus íntimos añadirá la segunda gracia de una explicación.

(iv) La explicación que hace el Maestro de la parábola es sencilla pero rica. Se trata sustancialmente de las diversas disposiciones con que se recibe la Palabra de Dios. La “Palabra de Dios” (ὁ λόγος τοῦ Θεοῦ, *ho lógos tou Theou*) es la revelación divina que llega a sus fieles por medio de sus profetas; también es, por

extensión, la predicación que de ella hacen los enviados de Dios. En concreto Jesús alude a su propia predicación. Un significado más espiritual también podría permitirnos entender la “Palabra de Dios” como al mismo Jesucristo, que es el Verbo divino, Palabra de Dios. Que sea sembrada al voleo significa que Dios la esparce para que llegue a todos, a unos antes y a otros después; a unos de modo directo y a otros indirectamente. Pero las disposiciones del alma, las actitudes de la libertad humana, ante lo recibido, es distinta en cada uno; y esto determina el desarrollo de esta simiente sagrada.

(v) La que cae en el camino simboliza la Palabra divina oída por los que no tienen disposición alguna para recibirla y hacerla suya. Jesús dice en su explicación que es el diablo quien se la roba del corazón con la intención de que no puedan darle fe y así salvarse. Estos oyen la Palabra –que les llega de muchas maneras diversas– pero no se inquietan por ella; dejan que sus intereses y pecados la pisoteen y los espíritus malignos la esterilicen. Ni siquiera echa raíces.

(vi) El terreno pedregoso es símbolo de quienes acogen con alegría la Palabra divina. No alude al terreno compuesto por rocas a la vista, sino a la piedra que, por efecto de los vientos, es recubierta por una fina capa de tierra. Es en esa película de tierra donde brota inicialmente la semilla, pero al intentar echar raíces se topa con el obstáculo impenetrable y se seca. Son los hombres que tienen un obstáculo interior en el corazón: no es la dureza del alma sino la superficialidad. La superficialidad es un modo de personalidad en el que hay una maleabilidad y una blandura externa que permite una gran plasticidad exterior (simpatía, entusiasmo, despliegue enérgico, vitalidad) pero reducida a una capa fina. Debajo de ella hay una personalidad osificada, piedra fría y muerta. No hay vida interior, no hay cultivo interior. Todo es recibido en ese terreno aparentemente fértil que suscita explosiones de vida que no son sino fuegos artificiales que se apagan tan pronto como se encienden. Brillan pero no viven. Sus entusiasmos se topan con el fondo peñascoso tan pronto llega la hora de la prueba, que no viene determinada necesariamente por tribulaciones significativas, sino tan solo por la dificultad de perseverar en una decisión tomada. Esto solo ya basta para matar las tiernas raíces nacientes en el alma superficial.

(vii) El terreno de abrojos y espinas simboliza el alma ahogada por intereses mundanos: preocupaciones temporales, afán de riquezas, búsqueda de placeres vitales. Entre tales zarzas se enreda la Palabra divina y se ahoga, muriendo hecha girones. “No llega a sazón”.

(viii) La buena tierra es el corazón dispuesto a vivir lo recibido. Jesús dice que estas personas “conservan la Palabra con corazón bueno y recto”. Significa que amoldan su corazón a Ella, sin intentar acomodarla a los propios gustos y deseos terrenos. Estos dan fruto con perseverancia.

Parábola de la lámpara (8,16-18)

¹⁶ “Nadie enciende una lámpara y la cubre con una vasija, o la pone debajo de un lecho, sino que la pone sobre un candelero, para que los que entren vean la luz. ¹⁷ Pues nada hay oculto que no quede manifestado, y nada secreto que no venga a ser conocido y descubierto. ¹⁸ Mirad, pues, cómo oís; porque al que tenga, se le dará; y al que no tenga, aun lo que crea tener se le quitará”.

(i) Barclay sostiene que tenemos aquí tres dichos unidos. Yo pienso que se trata de un solo pensamiento ilustrado con una parábola. En efecto, el último versículo parece más bien ser la conclusión de la exposición de la parábola del sembrador, o quizá de más parábolas, si es que el Señor enseñaba varias cada vez que predicaba, aunque san Lucas haya recogido aquí solo la que más había calado en los oyentes, o la que el Señor se tomó el trabajo de explicar. Dice, pues: “Mirad, pues, cómo oís; porque al que tenga, se le dará; y al que no tenga, aun lo que crea tener se le quitará”. La advertencia tiene que ver con el modo con que se reciben las enseñanzas divinas y con la responsabilidad que mana de haber sido instruido por Dios; más en el caso de los discípulos a quienes se les *explicó* el sentido preciso de las verdades recibidas.

(ii) “Mirad cómo oís” alude, pues, al modo en que se recibe esa Palabra que es semilla ordenada a dar fruto. “Al que tenga, se le dará”, sugiere que el que retenga, medite, use y viva lo recibido, verá aumentar lo sembrado en él, a través de los frutos que esto producirá.

Pero al que “no tenga”, es decir, al que reciba la siembra como huerta pedregosa y superficial, ni la misma semilla le será dejada. ¿No hemos visto con frecuencia personas que un tiempo recibieron tanto, pasados unos años, vueltos ignorantes de las cosas sobrenaturales más elementales? Nos ha pasado incluso con algunos sacerdotes que abandonaron su ministerio, los cuales, al cabo de los años se tornaron ignaros de las cosas de Dios, aquellas de las cuales, en otro tiempo, fueron maestros. Se les ha quitado incluso lo que creían que podrían conservar.

(iii) Es precisamente para ilustrar esta advertencia que el Señor añade la breve parábola de la lámpara, o, si se quiere, de “la responsabilidad hacia la luz”. Habéis recibido una luz con la explicación de la parábola, se os ha explicado un sentido oculto a vuestros ojos; pues bien, la luz tiene como misión iluminar, permitir que se camine por donde ella alumbrar en vez de ir tanteando a tientas. Si se ha encendido una lámpara –y lo ha hecho Jesús al predicarnos la Verdad– ésta no debe taparse, sino hacerla relucir, para que todos los que se acerquen vean esa luz.

(iv) La frase conclusiva puede admitir varias interpretaciones. Podemos entenderla como una advertencia para quien deje su luz escondida o dormida. Lo que han recibido no pueden mantenerlo oculto; pues tiende por su propia naturaleza –al ser luz– a hacerse manifiesto. El tapar lo que está hecho para lucir y alumbrar, acusa a quien lo recibió. También puede aludir al efecto que su luz causará en quienes los rodean: esta pondrá en evidencia los secretos del corazón de cada hombre, y hará que cada uno –iluminado por esa luz que se irradia desde el discípulo de Cristo convertido en lámpara brillante– se conozca a sí mismo y todo cuanto hay en el fondo de su alma.

EL PARENTESCO CON JESÚS (8,19-21)

¹⁹ Se presentaron donde él estaba, su madre y sus hermanos, pero no podían llegar hasta él a causa de la gente. ²⁰ Le anunciaron: “Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren verte”. ²¹ Pero él les respondió: “Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen”.

(i) No sabemos cronológicamente en qué momento tuvo lugar este episodio que todos los sinópticos recuerdan. Mateo dice que los suyos querían hablarle, Marcos simplemente que lo buscaban, Lucas que querían verlo. También la Virgen quería ver los hechos de su Hijo y oírlo; pero como mujer no podía ir sola por los caminos, por lo que se hace acompañar de “los hermanos de Jesús”, es decir, de una parte de su parentela, familiares en algún grado. Como la muchedumbre obstaculizaba el llegar a donde el Señor estaba, le mandan un recado desde fuera del lugar en que se encontraba.

(ii) Jesús toma la ocasión para establecer el verdadero lazo que une a cualquier hombre con Él: no los de la carne y de la sangre sino los lazos de la fe, presentada aquí como acogida de la Palabra divina y su puesta en práctica.

(iii) Esto de ningún modo implica que Jesús se desvinculase de su Madre amada. Tal idea no tiene ningún sentido en un evangelista que ha comenzado su evangelio poniendo precisamente a María como modelo supremo de esta relación con Dios. En el relato de la anunciación del ángel, Ella es la que acoge la Palabra de Dios con perfecta docilidad y quien la encarna en su propia vida, no solo recibiendo al Verbo de Vida en su seno sino moldeando su obrar cotidiano según esa Voluntad divina de la que Ella se declara *doulós*, es decir, sierva. María no solo *oye* la Palabra divina sino que se hace *esclava* de ella, se rinde totalmente a su guía. Si la Virgen ha logrado oír esta predicación de su Hijo, ha, también, comprendido perfectamente que su Hijo estaba mandándole un elogio que, por el momento, solo Ella era capaz de entender. Más tarde san Agustín lo iba a expresar diciendo que concibió primero en el corazón y luego en su seno.

TRES GRANDES MILAGROS

El capítulo 8 se cierra con tres grandes milagros de Jesús: un milagro sobre la naturaleza, uno sobre los demonios y uno (doble)

sobre la enfermedad y la muerte. Todos los órdenes de la creación manifiestan su obediencia a Cristo.

El milagro sobre el mar: la tempestad calmada (8,22-25)

²² Sucedió que cierto día subió a una barca con sus discípulos, y les dijo: “Pasemos a la otra orilla del lago”. Y se hicieron a la mar. ²³ Mientras ellos navegaban, se durmió. Se abatió sobre el lago una borrasca; se inundaba la barca y estaban en peligro. ²⁴ Entonces, acercándose, le despertaron, diciendo: “¡Maestro, Maestro, que perecemos!” Él, habiéndose despertado, increpó al viento y al oleaje, que amainaron, y sobrevino la bonanza. ²⁵ Entonces les dijo: “¿Dónde está vuestra fe?” Ellos, llenos de temor, se decían entre sí maravillados: “Pues ¿quién es éste, que impera a los vientos y al agua, y le obedecen?”

(i) San Lucas coloca este episodio “cierto día”, es decir, sin enlazarlo directamente con lo que ha relatado en precedencia. El Señor decide ir “a la otra orilla del lago”, es decir, a la zona de Gerasa, donde tendrá lugar el milagro siguiente.

(ii) Durante la travesía, que no era muy larga, Jesús se durmió. Evidentemente, uno de los motivos por lo que Jesús decide emprender este viaje lejos de los centros de su predicación habitual, era la necesidad de descansar. La actividad que desarrolla el Señor en los tres años que dura su vida pública es abrumadora y desgastante. Su complexión debía ser, indudablemente, robusta; pero aún un hombre vigoroso se cansa. Jesús era, pues, normalísimo, y necesitaba, como todo hombre, comer, beber y reposar. Y aquí busca esto último. El ritmo adormecedor de una pequeña embarcación cruzando el monótono lago, lo adormentaron.

(iii) En el lago de Galilea las tormentas se forman rápidamente, porque al hallarse a más de doscientos metros por debajo del nivel del mar y rodeado de mesetas cercadas de montes altos, los torrentes han ahondado los lechos, que actúan como embudos que canalizan los vientos fríos de las montañas, haciéndose propicio para repentinas tempestades. En esta oportunidad sucedió

precisamente eso, y las olas de este pequeño mar embravecido, inundaban la barca amenazando hundirla.

(iv) Jesús, a pesar de toda la batahola formada por los discípulos y el mar, no se despertaba. Su cansancio debía ser muy grande, y su capacidad de reposar, admirable. Pero sus discípulos, desesperando de la situación, lo despertaron al grito de: “¡Maestro, perecemos!” ¿Pretendían que Jesús hiciera algún prodigio para salvarlos o más bien ponerlo alerta para que el mar no se lo tragase sin que hiciera algo por ponerse a salvo? La posterior alusión de Jesús a la falta de confianza de estos marineros nos deja ciertas dudas sobre las intenciones de los discípulos, aunque bien podía ser que confiaran en el poder de Jesús, pero no en que ese poder seguía activo aun cuando el Señor pareciera desinteresado de los peligros que atravesaban en aquel momento. Es más probable que esta última sea la correcta interpretación. Les debía suceder a los apóstoles como a nosotros, que creemos en la omnipotencia divina, pero si no experimentamos sensiblemente su protección —es decir, si el Señor se hace el dormido en medio de nuestras tribulaciones— nos parece que estamos abandonados a la deriva. Son muy pocos los que, como Teresita del Niño Jesús, le ofrecen a Jesús que continúe durmiendo mientras ellos sufren, para compensarlo por todos los que incesantemente exigen que salga a calmar sus borrascas.

(v) Lo cierto es que Jesús, habiéndose despertado, increpó al viento y a las olas, los cuales amainaron, y sobrevino la bonanza. Los discípulos, con toda razón, se llenaron de temor ante aquel hombre, o más que hombre, que era capaz de imperar con eficacia las potencias de la naturaleza y hacer que estas le obedecieran con absoluta docilidad. Este milagro sobre las cosas naturales revela toda la majestad y omnipotencia divina presentes en Cristo. La pregunta que se hacían unos a otros: “¿quién es éste, que impera a los vientos y al agua, y le obedecen?”, muestra bien que no habían llegado a formarse un concepto completamente acabado de la naturaleza de su Maestro. Todo los empujaba a ver en Él algo que todavía no se atrevían a aceptar completamente. Por estos riachuelos de sus prodigios y palabras de vida Jesús iba conduciéndolos hacia la fe plena en su filiación divina.

El milagro sobre los demonios: el Geraseno (8,26-39)

²⁶ Arribaron a la región de los gerasenos, que está frente a Galilea. ²⁷ Al saltar a tierra, vino de la ciudad a su encuentro un hombre, poseído por los demonios, y que hacía mucho tiempo que no llevaba vestido, ni moraba en una casa, sino en los sepulcros. ²⁸ Al ver a Jesús, cayó ante él, gritando con gran voz: “¿Qué tengo yo contigo, Jesús, Hijo de Dios Altísimo? Te suplico que no me atormentes”. ²⁹ Es que él había mandado al espíritu inmundo que saliera de aquel hombre; pues en muchas ocasiones se apoderaba de él; le sujetaban con cadenas y grillos para custodiarle, pero rompiendo las ligaduras era empujado por el demonio al desierto. ³⁰ Jesús le preguntó: “¿Cuál es tu nombre?” Él contestó: “Legión”; porque habían entrado en él muchos demonios. ³¹ Y le suplicaban que no les mandara irse al abismo. ³² Había allí una gran piara de puercos que pacían en el monte; y le suplicaron que les permitiera entrar en ellos; y se lo permitió. ³³ Salieron los demonios de aquel hombre y entraron en los puercos; y la piara se arrojó al lago de lo alto del precipicio, y se ahogó. ³⁴ Viendo los porqueros lo que había pasado, huyeron y lo contaron por la ciudad y por las aldeas. ³⁵ Salieron, pues, a ver lo que había ocurrido y, llegando donde Jesús, encontraron al hombre del que habían salido los demonios, sentado, vestido y en su sano juicio, a los pies de Jesús; y se llenaron de temor. ³⁶ Los que lo habían visto, les contaron cómo había sido salvado el endemoniado. ³⁷ Entonces toda la gente del país de los gerasenos le rogaron que se alejara de ellos, porque estaban poseídos de gran temor. El, subiendo a la barca, regresó. ³⁸ El hombre de quien habían salido los demonios, le pedía estar con él; pero le despidió, diciendo: ³⁹ “Vuelve a tu casa y cuenta todo lo que Dios ha hecho contigo”. Y fue por toda la ciudad proclamando todo lo que Jesús había hecho con él.

(i) San Lucas sitúa el episodio encadenándolo al milagro anterior, precisamente al término del accidentado viaje marítimo, en la comarca “que está frente a Galilea”, llamada por san Lucas (así como en san Marcos), “región de los gerasenos”, y que en san Mateo se lee “de los gadarenos”. La Gadara de la Decápolis corresponde a la situación actual de Umm Keis, a 12 kilómetros hacia el sur del

lago de Tiberíades, separada de él por un profundo valle, colinas y el río Yarmuk. La ciudad de Gerasa, también perteneciente a la Decápolis, estaba, en cambio, mucho más al sur, a 60 kilómetros al sur del Lago, correspondiendo a la actual Djérash. De todos modos no es la distancia del lago lo que determina qué lectura deba hacerse, puesto que san Lucas habla de “región”, término con el cual, probablemente, se aludiera a la zona a partir de la villa que en aquel momento tenía preeminencia en la confederación de la Decápolis. Por tanto, no debe extrañarnos que se hable de “región de los gerasenos” si Gerasa era la ciudad de referencia en aquellos tiempos, aunque distara varios kilómetros del lugar del suceso.

(ii) Por la descripción del episodio, muchos autores sitúan el hecho en la región oriental del lago diametralmente opuesta a Magdala, cerca de la pequeña aldea llamada Korsi o Kursi, a unos tres kilómetros al norte de Gamala, cuyas ruinas todavía son visibles en la actualidad. A dos kilómetros al sur de este villorrio se encuentra un lugar llamado Hammi Moqa'edo, y en él hay una especie de promontorio que se avanza sobre el mar, en cuya parte superior encontramos grutas naturales que pudieran haber servido algún tiempo de tumbas. Se trataba de una región habitada por muchos paganos, como lo muestra el hecho de la gran cantidad de cerdos que se criaban allí, siendo que la ley (rabínica) prohibía esta actividad por considerar tales animales impuros. De todos modos, los judíos la violaban con harta frecuencia.

(iii) Al saltar a tierra, les vino al encuentro un endemoniado, según san Lucas y san Marcos. San Mateo señala, en cambio, que eran dos, lo que no se contradice, pues Lucas no excluye que hubiera más sino que se concentra en este en particular, quizá porque fue el que, una vez curado, quiso seguir a Jesús, y quien Éste dio una misión especial entre los de su pueblo. Lo cierto es que este hombre estaba poseído por demonios que lo impulsaban a vivir en estado prácticamente salvaje: desnudo, a la intemperie y entre sepulcros; quizá en las grutas que señalamos más arriba. Además, cuando le agarraban las crisis demoníacas era imposible sujetarlo, pues se volvía capaz de romper los grillos y cadenas con las que intentaban retenerlo con la probable intención de que no atacara a los moradores de la región; y esos mismos demonios lo empujaban al desierto, es

decir, a vivir en soledad y abandono. Un verdadero signo viviente de todo hombre convertido, por sus pecados, en títere y víctima de príncipe de este mundo, aun cuando su influencia no llegue a una posesión física.

(iv) Jesús al verlo se compadeció y mandó a los demonios que salieran de él. San Lucas hace aquí un relato muy rico. Es probable que Jesús comenzara su exorcismo con la pregunta por el nombre: “¿Cuál es tu nombre?” La pregunta no la dirige al endemoniado, sino al demonio mismo, y es éste el que responde y dialoga con Cristo. Esta pregunta obliga al demonio a ponerse en evidencia, de ahí que evite responderla callando, o desviándose hacia otros temas o mintiendo. Quizá haya una segunda razón para esta pregunta, según comentan algunos autores, ligada a la divulgación de cierto pensamiento de aquellos tiempos, difuso incluso entre los rabinos: los exorcistas judíos, así como algunos gentiles (lo que parece haberse continuado entre algunos cristianos de los primeros tiempos) pensaban que conocer el “nombre” de una persona concedía un poder particular sobre ella. Esta sería la razón por la que un espíritu inmundo, al ser requerido por un exorcista de darse a conocer por su nombre, evitaba hacerlo. Al margen de que Jesús haya procedido según esta práctica o no, lo cierto es que los demonios presentes en este poseso le revelan que son muchos, autodenominándose con el apelativo de “Legión” (que no hay que tomar como un número preciso, pues la legión romana podía llegar a tener hasta unos 6000 hombres). De este modo, por un lado, respondían lo que el Maestro les mandaba, pero también seguían hasta cierto punto ocultándose tras un nombre vago y genérico, porque no se trata, éste, del nombre de ninguno de ellos. De todos modos, este mismo hecho de prescindir del nombre personal de cada demonio deja en evidencia el poder absoluto que Jesús tiene sobre los espíritus, quien les impera sin este recurso, más aun imponiéndose sobre la colectividad misma de demonios, y sin demostrar ningún particular esfuerzo. Jesús procede, pues, a exorcizar al muchacho exclusivamente haciendo conocer a los demonios su voluntad de que abandonen definitivamente al pobre poseso y que no retornen más a molestarlo.

(v) Estos reaccionan de una manera singular: suplican a Jesús, confesando *lo que deducen* que es Jesús: “Jesús, Hijo del Altísimo”. La fe de los demonios es una fe natural, inducida por los signos que ven en Jesús. Ellos *deducen* que están ante el Mesías, y también que Jesús es *algo más* que un mero hombre. No tienen plena certeza; por eso el demonio había intentado, al tentarlo en el desierto, sonsacarle a Jesús la confesión de su identidad. El “¿qué tengo yo contigo?”, que aquí usan los espíritus, es una fórmula semejante a la que usa Jesús en Caná con su Madre: “¿qué hay entre tú y yo, mujer?”, es decir, ¿qué tenemos que ver en este asunto? En este caso debemos entenderlo como: ¿qué te hemos hecho a ti para que tú te metas con nosotros? Incluso van más allá, llegando a decirle: “te suplico que no me atormentes”. Alguien ha hecho notar esta *oración de súplica* demoníaca: es una súplica sin amor, sin respeto; solamente movida por el temor y el dolor. Como un torturado puede suplicar clemencia al torturador a quien, al mismo tiempo, odia. Hay súplicas, pues, que no son oraciones estrictamente dichas, si debemos entender la plegaria como elevación del corazón, es decir, movimiento amoroso del alma. Se trata, pues, solo de humillaciones impuestas por la necesidad y las circunstancias. Proceden exclusivamente del temor y de una conciencia resentida de servidumbre.

(vi) Pero percibiendo los demonios que el imperio de Jesús es inapelable (a pesar de que ni repite dos veces su mandato, ni hace gesto alguno que manifieste algún esfuerzo o energía); vuelven a suplicarle una segunda vez; ahora pidiéndole que no los mande al abismo, ofreciéndole, como alternativa, ser enviados a una piara de cerdos que se apacentaba en aquella región. El abismo es el lugar que no tiene fondo (*a-byssus*): el infierno. La actitud de estos espíritus se entiende a la luz de la tradición judía, reflejada, por ejemplo, en el libro de Job, según la cual, mientras dure este tiempo terreno algunos demonios, aun estando condenados al infierno, también desempeñan una actividad en este mundo, como tentadores y atormentadores de los hombres. Aunque los sufrimientos del demonio sean independientes del lugar en que los sufran, su acción en este mundo les da una mayor libertad, por lo que hacen todo lo posible por poseer a los hombres, que es tener un lugar donde habitar, o, en su

defecto, en ciertos animales, cosas o lugares. Esto explica que intenten por todos los medios no ser expulsados de sus moradas temporales. Tal poder y libertad quedó muy limitado a partir de la Encarnación, y terminará por completo con el juicio final (cf. Mt 12,28). De ahí que pidan a Cristo no ser atormentados “antes de (ese) tiempo” en que serán encadenados definitivamente.

(vii) El poder de Jesús se pone de manifiesto en el hecho de que es tal la humillación y vencimiento que experimentan los demonios en su presencia, que no solo no se resisten a su mandato de abandonar al poseso, sino que le suplican que les permita entrar en los cerdos de la enorme piara que estaba en las cercanías; lo que Jesús les concede. Era, ésta, una piara comunitaria, es decir, no de una sola persona sino, muy probablemente, de toda la aldea vecina. San Lucas solo dice que era una piara grande; san Marcos la calcula en unos dos mil cerdos. El hecho es que ni bien entrados en los animales, estos se precipitan en el lago y se ahogan, mostrando así el poder destructivo del demonio, que si no lo ejerce de la misma manera sobre los posesos es por la limitación que les impone la divina Potestad. Las razones del extraño comportamiento pueden ser diversas. Por un lado, Jesús permite la actitud antinatural de los cerdos porque así queda en claro que los demonios han salido del muchacho. El comportamiento de estos, arrojándose al mar, es, pues, signo de la conclusión eficaz del exorcismo. Podemos conjeturar que los demonios no tuvieron otro cometido que provocar la reacción negativa hacia Jesús de parte de los dueños de los chanchos perjudicados en sus bienes materiales.

(viii) Fue lo que, de hecho, sucedió: los porqueros corrieron a contar el suceso en la aldea –entre otras cosas, para deslindar su responsabilidad de la pérdida de los animales– y los propietarios, acudiendo prestamente, a pesar de encontrar al otrora violento endemoniado actuando como un hombre pacífico y normal, se atemorizaron de Jesús, no a causa de su dominio sobre los espíritus malignos, sino porque ese dominio traía aparejado perjuicios materiales para ellos. Es por esa razón, por la cual le piden que se vaya de allí. Como en todos los tiempos, los hombres seculares prefieren una convivencia con el diablo que no cause agresiones a

sus bolsillos, antes que la libertad de sus almas al precio de las iras diabólicas.

(ix) Jesús, que no fuerza la voluntad de los hombres a aceptarlo, y solo entra en los corazones de quienes lo acogen aun a riesgo de perder la fortuna y la vida, los deja y vuelve a embarcarse. ¿De cuánto se habrán perdido aquellos ramplones que lloraron la pérdida de sus puercos y despidieron al Cordero de Dios que podría haberles quitado el yugo de sus pesadas culpas? Pero ¿de qué nos quejamos? ¿Acaso nosotros mismos no hemos elegido más de una vez sucios cerdos antes que la Vida divina?

(x) El único que quiso permanecer con Jesús fue aquel a quien Éste benefició con su exorcismo. Le pidió al Señor que le permitiese ir con Él, es decir, seguirlo con los demás discípulos. Pero Jesús lo convirtió, en cambio, en su primer misionero; el primero que envió a predicar las *magnalia Dei*: vete a los tuyos y cuéntales todo lo que Dios ha hecho contigo. Incluso a aquellos que no han querido recibirlo, Jesús continúa haciéndoles misericordia al enviarle sus apóstoles. El primer misionero católico fue un ex endemoniado que poco antes corría desnudo dando palos a los viandantes. Para que no pensemos que nosotros, los misioneros, brotamos de la flor y nata de la sociedad.

El milagro sobre la enfermedad y la muerte: la hemorroisa y la hija de Jairo (8,40-56)

⁴⁰ Cuando regresó Jesús, le recibió la muchedumbre, pues todos le estaban esperando. ⁴¹ Y he aquí que llegó un hombre, llamado Jairo, que era jefe de la sinagoga, y cayendo a los pies de Jesús, le suplicaba entrara en su casa, ⁴² porque tenía una sola hija, de unos doce años, que estaba muriéndose. Mientras iba, las gentes le ahogaban. ⁴³ Entonces, una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, y que no había podido ser curada por nadie, ⁴⁴ se acercó por detrás y tocó la orla de su manto, y al punto se le paró el flujo de sangre. ⁴⁵ Jesús dijo: “¿Quién me ha tocado?” Como todos negasen, dijo Pedro: “Maestro, las gentes te aprietan y te oprimen”. ⁴⁶ Pero Jesús dijo: “Alguien me ha tocado,

porque he sentido que una fuerza ha salido de mí”.⁴⁷ Viéndose descubierta la mujer, se acercó temblorosa, y postrándose ante él, contó delante de todo el pueblo por qué razón le había tocado, y cómo al punto había sido curada.⁴⁸ Él le dijo: “Hija, tu fe te ha salvado; vete en paz”.⁴⁹ Estaba todavía hablando, cuando uno de casa del jefe de la sinagoga llega diciendo: “Tu hija está muerta. No molestes ya al Maestro”.⁵⁰ Jesús, que lo oyó, le dijo: “No temas; solamente ten fe y se salvará”.⁵¹ Al llegar a la casa, no permitió entrar con él más que a Pedro, Juan y Santiago, al padre y a la madre de la niña.⁵² Todos la lloraban y se lamentaban, pero él dijo: “No lloréis, no ha muerto; está dormida”.⁵³ Y se burlaban de él, pues sabían que estaba muerta.⁵⁴ Él, tomándola de la mano, dijo en voz alta: “Niña, levántate”.⁵⁵ Retornó el espíritu a ella, y al punto se levantó; y él mandó que le dieran a ella de comer.⁵⁶ Sus padres quedaron estupefactos, y él les ordenó que a nadie dijeran lo que había pasado.

(i) San Lucas sigue conectando esta Jornada de milagros, pues si el episodio anterior tuvo lugar al término de la travesía milagrosa, los dos que relata a continuación parecen ocurrir al llegar de nuevo a las orillas occidentales del lago, muy probablemente en Cafarnaúm, aunque no se menciona el pueblo.

(ii) Se trata de dos milagros entrelazados en un maravilloso relato. Los voy a discriminar para mayor claridad, comenzando por el que tiene lugar en el medio del episodio central, que es la resurrección de la hija de Jairo.

La hemorroísa

(i) Mientras se dirigía Jesús a casa de Jairo, con éste y algunos de sus apóstoles, apretujado por todas partes por una multitud que hacía lo posible por tocarlo, se acercó, mezclada con todos, una mujer hemorroísa, es decir, que padecía flujos de sangre o desarreglos menstruales; el médico Lucas acota el detalle que esto lo padecía desde hacía doce años. En tiempos de Cristo esta enfermedad no solo tenía su cuota dolorosa, sino también vergonzosa, puesto que, a causa de ella, la mujer era considerada impura. No conocemos el nombre de esta mujer, pero conjeturamos no sería pobre sino pudiente, pues se nos dice que había consultado

muchos médicos y que había gastado toda su fortuna en esto. Más aún, san Macos añade que los médicos la habían hecho sufrir mucho y la habían dejado peor que antes; es curioso que Lucas, médico, no indique este detalle. No debe extrañarnos la insistencia de esta mujer con los galenos, pues en 1929 escribía el P. Lagrange que “aún [en esa época, bien entrado ya el siglo XX] era una molesta costumbre de Oriente el llamar para los enfermos el mayor número posible de médicos”.

(ii) Ignoramos cuáles serían los tortuosos procedimientos a los que había sido sometida esta pobre mujer; algunos, probablemente, más cercanos al curanderismo que a la auténtica medicina. Podemos hacernos una idea observando algunas de las prescripciones que el Talmud recoge para curar este tipo de enfermedad. Una de las propuestas es: “Tomad el peso de un denario de goma de Alejandría, el peso de un denario de azafrán de jardín; machacadlos juntos y dadlos con vino a la mujer hemorroísa”. Otro remedio sugerido: “Se cavarán siete hoyos, en los cuales se quemarán sarmientos de viñas no podadas, y la mujer (hemorroísa), teniendo en su mano un vaso de vino, se sentará sucesivamente al borde de cada hoyo, y se le dirá, haciéndola levantar: «¡Cura de tu flujo!»”. Otras recetas mezclaban entre los elementos terapéuticos cenizas de huevo de avestruz y excrementos de animales¹⁶. Es a raíz de este tipo de curanderismo que practicaban algunos de los médicos de aquellos tiempos, que el Talmud llega a decir, con evidente exageración y sorna: “el mejor médico está destinado al infierno”.

(iii) El motivo por el que la mujer no se presentó públicamente a Jesús para pedirle su curación, o simplemente no se animó a tocarlo abiertamente como hacían todos los que lo apretujaban, sería, tal vez, la vergüenza que su enfermedad le causaba; probablemente en razón de la impureza ritual que su enfermedad representaba (Lv 15,25). En efecto, ella debía saber que a causa de su impureza legal volvía impuro lo que tocara, razón por la cual las prescripciones rabínicas para aislar a estas mujeres *legalmente contagiosas* llegaban a ser, como dice un autor, neuróticas (el Talmud dedica un tratado entero a la impureza

¹⁶ Cf. *Talmud babilónico*, 110a; Strack-B., Kommentar. I p.520ss.

menstrual). Lo cierto es que esta mujer tenía mucha fe en el poder sanador de Jesús, y pensaba que podría curarse con solo tocar furtivamente el manto del Señor, a escondidas incluso del mismo taumaturgo. Lo que de hecho tocó, como dice claramente san Lucas, fue el κράσπεδον (*kaspédon*), que se traduce tanto como el ruedo o las borlas o los flecos del manto, que se usaban en los cuatro ángulos de los vestidos para acordarse de los mandamientos de la Ley y ponerlos por obra. Así lo hizo, quedando, efectivamente, curada en el acto.

(iv) Ella se sintió curada en el mismo momento... pero también Jesús se sintió *curador*. Por eso se dio vuelta preguntando quién lo había tocado. San Marcos añade la expresión περιβλέπω (*periblépo*): miraba alrededor. La mirada “circular” de Cristo, que abarcaba a todos y a todo. Es muy interesante imaginarnos a Jesús de este modo, mirando a todos, escrutando los rostros y, a través de ellos, los corazones de cada uno. “¿Quién me ha tocado?”, preguntaba. Y añade el evangelista que todos lo negaban. Todos los que estaban allí, a su alrededor; la mujer se había retirado un poco, ni bien logró su cometido, puesto que Lucas la presenta a continuación “acercándose” a Jesús. Pero Pedro hace notar a Jesús que no tiene sentido su pregunta porque “todos lo apretujaban por todas partes”. Todos... los que negaban haberlo tocado. El temor de haber hecho algo irreverente los hacía negar lo que la mayoría había hecho con toda deliberación.

(v) Pero Jesús se refería no a cualquier toque sino a uno muy especial: uno capaz de sacar de Él una fuerza milagrosa: “he sentido una energía ha salido de mí”. Pedro usa dos expresiones para describir el cuadro: συνέχω (*synéjo*) te rodean; y ἀποθλίβω (*apothlíbo*) oprimir de todas partes: te rodean y te oprimen. Pero Jesús sólo quiere saber quién ha ejercido otro tipo de contacto: ἅπτομαι (*háptomai*), tocarlo. La mujer solo ha rozado el manto del Señor. “Los demás lo oprimen, ella lo toca”, dice san Agustín. Todos lo han estrujado y manoseado, pero sin obtener nada de Él, porque ponían sus esperanzas en el contacto físico con Jesús. La mujer solo lo acarició físicamente, pero llegó hasta lo más profundo de Jesús con su fe. ¡No debemos sorprendernos de que toquemos tanto a Dios (con nuestras manos y lenguas en la Eucaristía; con nuestras palabras

en las oraciones; con nuestras miradas y brazos levantados al cielo...) sin obtener nada o muy poco! No es el ímpetu físico de nuestros gestos, sino el alma de ellos, la fe, lo que toca verdaderamente a Dios.

(vi) La mujer, sabiendo que se refería a ella, se acercó τρέμουσα (*tremousa*), temblorosa o aterrorizada, y confesó delante de todos lo que había hecho, la razón por la que lo había hecho, y el efecto que había tenido. Tuvo, pues, que confesar, también ante todos, la enfermedad que la humillaba y el portento del que había sido objeto. ¿Lo hizo Jesús solo para poner de manifiesto su fe? Puede ser. De hecho ella obtiene de Jesús un milagro a partir de una actitud muy diversa, si no opuesta, a la de Jairo. Éste pide a Jesús que vaya a ver a su hija, que entre en su casa, quizá pensaba que la curación dependía de que Jesús pusiese toda su voluntad en querer sanarla; tal vez tocándola, imponiéndole las manos. La hemorroísa consideraba que ni le hacía falta quererlo específicamente para su caso. Pensaba, pues, que había en Jesús una fuerza benéfica milagrosa puesta a disposición de todos, y una voluntad general de hacer el bien a quien realmente lo necesita. Ella tenía más razón que Jairo, aunque él no estuviera equivocado del todo.

(vii) Pero quizá Jesús pone de manifiesto aquí que para hacernos dignos de un milagro de Cristo, hay que estar dispuestos a dar testimonio del mismo. Lo que implica muchas veces humillarse para contar las miserias ocultas. No hay dificultad en decir a todos que éramos ciegos o paralíticos y que Jesús nos ha curado. Pero no es lo mismo decir que se padecía una enfermedad humillante y ritualmente impura, como en este caso. Y mucho más difícil cuando se trata de enfermedades morales como esclavitudes a vicios deshonorosos, o falta de fe, o lacras del alma... Quizá el Señor exige para sanar, algunas veces al menos, esta disposición para humillarse y reconocerse agobiado, impotente, esclavizado... y necesitado de un milagro divino. Esto explicaría la actitud de tantos convertidos que no tienen vergüenza, o si la tienen, la vecen, de dar testimonio de lo que Dios ha hecho con ellos... relatando las miserias de las que Dios los sacó.

(viii) Jesús, finalmente, la consuela y deja en claro para todos y para ella misma, la razón por la que obtuvo lo que buscaba: “tu fe

te ha salvado”. Lo que ha tocado a Jesús ha sido la fe y no tanto las manos de la mujer doliente. Ha sido Cristo, objeto de su fe, es decir, Cristo como sanador misericordioso, como Mesías y quizá como Dios, lo que ella tocó, y no solamente la orla de su manto. Por eso añade el Señor: “tu fe te ha salvado” y no solo “curado”. Jesús alude a un efecto más profundo del milagro obrado por Dios en la hemorroísa: la ha llevado a un mayor amor de Dios; amor que nace de su gratitud y de la constatación personal de la compasión divina. Por eso ahora la alienta a que se marche en paz.

(ix) No sabemos más nada de esta mujer de quien, por otra parte, hasta el nombre ignoramos. Algunas tradiciones, como la que encontramos en el apócrifo *Actas de Pilato*, han querido identificarla con aquella otra de la cual tampoco sabemos el nombre: la Verónica (*verónica* no es su nombre sino el término que designa el paño con que ella limpia a Cristo durante el camino al Calvario). Quizá la relación entre una y otra sea la sangre: la que Jesús limpió del cuerpo doliente de esta pobre mujer en Cafarnaúm, y la que aquella otra limpió luego del rostro de Jesús, afeado por los sufrimientos de la Pasión.

La hija de Jairo

(i) El milagro de la hemorroísa tuvo lugar, como ya dijimos, mientras Jesús se dirigía a la casa de Jairo. Éste era el jefe de la sinagoga del lugar, que suponemos ser Cafarnaúm. Tenía Jairo solo una hija que contaba en aquellos tiempos doce años de edad. Era, pues, una niña y, al mismo tiempo, una promesa en flor, porque a esa edad, en Oriente, no era extraño que se concertaran los matrimonios. Para aquellos tiempos esa edad era una transición entre la infancia, la adolescencia y la promisoría juventud. No muchos más tenía María cuando la anunciación del ángel. La pequeña estaba gravemente enferma; propiamente agonizaba; lo que empujó a su padre al recurso desesperado de pedir un milagro a Jesús.

(ii) De Jairo se dice que era el ἀρχων τῆς συναγωγῆς (*árjon tês synagogês*), lo que no indica necesariamente al jefe o autoridad máxima de la sinagoga sino, según el uso de la época con las palabras compuestas por la palabra *arji*, un miembro principal o

distinguido de la sinagoga (cf. Hch 13,15; 14,2). De hecho san Mateo da a entender que era un personaje importante, incluso el mismo jefe de la sinagoga, pero no necesariamente (Mt 9,18). La fe de este hombre era inferior a la de la hemorroísa. Él consideraba que Jesús necesitaba “entrar en su casa” para salvarla. San Mateo, que resume el episodio y pone en boca de Jairo el mismo anuncio de la muerte de la niña, aclara que pretendía que Jesús le impusiera sus manos para que reviviera. Era, pues, una fe inferior a la del administrador romano del mismo pueblo, quien había pedido a Jesús por su sirviente enfermo, rogándole que solo *quisiera* su curación, sin necesidad de acercarse al enfermo. Tenemos, así, tres grados diversos de fe en el poder milagroso de Dios: el inferior, de Jairo, que piensa que es necesario que Jesús vaya a su casa y toque a la niña con la intención expresa de salvarla, la de la hemorroísa que cree que debe tocar a Jesús, pero al mismo tiempo que no es necesario que Él se moleste en atenderla, y la del centurión romano, que cree en la efectividad absoluta del solo querer taumatúrgico de Jesús.

(iii) Jesús no corrige esta deficiencia de su interlocutor, sino que sencillamente se pone en camino, demorándose, luego, a causa del episodio con la hemorroísa. Mientras atendía a ésta ocurre que llega gente de la casa de Jairo anunciándole que la niña ya ha muerto. La expresión “no molestes ya al Maestro”, pudo incluso ser un reproche para con Éste, quien, a pesar de la urgencia del caso, se ha demorado con la hemorroísa dejando morir a la niña. Jesús que oyó esta conversación, alentó a Jairo a que no temiese y a que tuviera fe pues esto salvaría a su hija. Es probable que Jesús haya querido estimular la fe de Jairo haciendo ante sus ojos el milagro con la hemorroísa, ya que la fe de los desesperados suele estar más motivada por la angustia que por los auténticos motivos de la fe. Un náufrago se aferra en su desesperación a cualquier cosa, incluso a un madero que no puede sostenerlo; si fuese necesario, hasta de un tiburón echaría mano con tal de no ahogarse. Jairo salió a buscar a Jesús porque oyó su fama de hacedor de milagros, pero ¿no habría hecho quizá otro tanto si hubiera sabido que había allí cerca un curandero cualquiera, o un mago, o un predicador ambulante al que la gente colgaba hechos portentosos? No podemos responder porque

no conocemos la fe de Jairo. Pero no debería extrañarnos si la respuesta fuera afirmativa. Lo cierto es que Jesús quiso, de hecho, que Jairo viera un milagro verdadero; uno realizado incluso sin que Nuestro Señor pusiese ningún empeño. Quiso, en pocas palabras, que viera que a Dios hasta se le pueden *robar* milagros a escondidas, con tal de tener una fe muy grande en Él. Jesús quería esa fe en Jairo para hacerle el enorme prodigio que había reservado a su familia.

(iv) Al llegar a la casa se encontró con el espectáculo de las plañideras, las mujeres que lloraban y se lamentaban por la muerta. En oriente el dolor hay que expresarlo exteriormente, y a gritos si es posible. Y más cuando la difunta ha sido prematuramente cortada en la flor de su edad, o, mejor aún, siendo mera promesa de abrirse en flor a la vida. Estas mujeres, lloronas a sueldo, mostraban su dolor con los cabellos desordenados y cantando a gritos alabanzas a la difuntita, mientras algunos flautistas tocaban melodías lúgubres y estridentes. Era una costumbre muy difundida y prácticamente obligatoria: el Talmud la prescribía incluso para el más pobre, quien debía alquilar al menos dos flautistas y una llorona para velar a su mujer. El que ya estuviesen allí tan poco tiempo después de la muerte de la niña, muestra que el caso se consideraba desesperado desde hacía tiempo. Jesús, sin embargo, les manda que no lloren, diciendo que la niña (a quien Él todavía no ha visto) no ha muerto sino que solo duerme. Como resulta evidente, los que sí habían visto a la muerta bien muerta se burlaban de él. A la habitación interior, donde estaba la difuntita, solo permitió entrar a los padres de la niña y tres de sus discípulos, los que habitualmente presenciaban sus escenas más íntimas: Pedro, Juan y Santiago.

(v) Ante la criatura Jesús se limitó a un gesto sencillo hasta la enormidad. La tomó de la mano y le dijo en voz alta: “Niña, levántate”. Marcos, que recibió el relato del boca del mismo Pedro, testigo presencial, nos transmite incluso las palabras mismas de Jesús: *Talitá kum*, que él traduce como: “a ti te hablo, levántate”. A la voz imperativa de Cristo, dicha con toda su autoridad personal, no rezándole a Dios para que altere al curso natural de la muerte, sino como Dios mismo, señor de la vida y de la muerte, ésta devuelve su presa. Y la niña, retornando el espíritu a ella, se levantó. Y tiene aquí Jesús una expresión de delicadeza suprema, pero de gran significado:

mandó que le dieran de comer. El súbito apetito de la jovencita significaba que Jesús no solo hacía recular a la muerte unos pasos, sino que la devolvía completamente sana. Al mismo tiempo, era un acto muy importante para la madre, a quien sacaba de la parálisis de su dolor, de su estupefacción y de una alegría que la haría estar en las nubes sin pisar la realidad. Jesús, por el contrario, la empujaba a una actividad tan maternal como era preocuparse por darle de comer algo a la hijita que literalmente les nacía de nuevo.

(vi) Misteriosamente, el Señor quiso que este milagro fuera conservado en el silencio. Señal de que no lo pretendía como un signo de su mesianidad –¡y de su divinidad, puesto que lo había ejercido con su plena autoridad divina!– para todos los hombres (salvo para esos tres discípulos que llevaba consigo y que deberían verlo derrumbado, pocos años más tarde, en Getsemaní), sino movido por la compasión ante el dolor de estos padres destrozados. ¡Pero díganle a un padre que guarde silencio de la resurrección de su hija única!

LA MISIÓN DE LOS APÓSTOLES

¹ Convocando a los Doce, les dio autoridad y poder sobre todos los demonios, y para curar enfermedades; ² y los envió a proclamar el Reino de Dios y a curar. ³ Y les dijo: “No toméis nada para el camino, ni bastón, ni alforja, ni pan, ni plata; ni tengáis dos túnicas cada uno. ⁴ Cuando entréis en una casa, quedaos en ella hasta que os marchéis de allí. ⁵ En cuanto a los que no os reciban, saliendo de aquella ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies en testimonio contra ellos”. ⁶ Saliendo, pues, recorrían los pueblos, anunciando la Buena Nueva y curando por todas partes. ⁷ Se enteró el tetrarca Herodes de todo lo que pasaba, y estaba perplejo; porque unos decían que Juan había resucitado de entre los muertos; ⁸ otros, que Elías se había aparecido; y otros, que uno de los antiguos profetas había resucitado. ⁹ Herodes dijo: “A Juan, le decapité yo. ¿Quién es, pues, éste de quien oigo tales cosas?” Y buscaba verle.

(i) En San Lucas tenemos relatadas dos misiones de los apóstoles. Esta, que solo involucra a los Doce, y la que

encontraremos en el capítulo 10, en la que el grupo de los misioneros llega a 72 personas. La única manera de hacer llegar su doctrina a toda persona era a través de la palabra, pero Jesús sabía que su tiempo personal sería muy breve, por lo que comienza a enviar a sus apóstoles a anunciar su mensaje. En esta misión solo manda a “los Doce”, como dice Lucas, usando ya técnicamente esta expresión. Era el grupo más estrecho de seguidores de Jesús. Estos habían oído ya varias veces sus enseñanzas por lo que estaban en condiciones de repetirlas. Aunque fuesen en su mayoría hombres de escasa cultura, todos tendrían, seguramente, muy desarrollado el hábito de la memoria auditiva, es decir, la capacidad de retener lo escuchado, porque tal era el modo en que se transmitían las enseñanzas en aquellos tiempos, no confiándose al testimonio escrito (que, si bien existía, como lo sabemos por los mismos textos sagrados compuestos muchos siglos antes de los apóstoles, no era de acceso general, ni sabían todos leer), sino al oral.

(ii) Jesús los manda a proclamar el Reino de Dios y a curar. Lo primero se refiere a lo enseñado por Jesús, el Evangelio de Cristo. En concreto: todo lo referido a la trascendencia y misericordia de Dios (la revelación de la Paternidad y del Amor de Dios) y la llamada a la conversión y a una vida conforme a la perfección de hijos de Dios (el contenido del sermón de la montaña, en san Mateo, o de la llanura, en san Lucas). Lo de curar se imponía como sello de autenticidad divina de lo enseñado. Jesús hacía milagros para demostrar la verdad de cuanto predicaba. También sus apóstoles deberían hacer lo mismo.

(iii) Precisamente en orden a esta acción que Lucas denomina genéricamente “curar”, Jesús les da “autoridad y poder” sobre todos los demonios (exorcismos) y para curar enfermedades. Jesús se los da, porque tiene tal poder como fuente del mismo. Él no lo pide a Dios para ellos, sino que lo transmite a voluntad. No es un poder carismático, porque el carismático ni puede usar a su voluntad los carismas que posee, ni menos aun transmitirlos a otros. Esta sola frase “les dio autoridad y poder sobre demonios y enfermedades” es una proclamación velada de la autoridad divina de Cristo a la que se presta muy poca atención.

(iv) Las instrucciones que les da Nuestro Señor tienen como fin hacerles comprender a sus discípulos que el Actor principal de la misión es Dios mismo. Por eso los hace ir colgados de Dios por la confianza en su asistencia paternal permanente. No deben temer entregarse totalmente a la obra divina a la que Jesús los manda, despreocupándose totalmente del resto, incluida su alimentación (no llevéis alforja ni pan), su vestido (no llevéis dos túnicas), su vivienda (quedaos en la casa donde os reciban), los imprevistos (ni dinero), los peligros (ni bastón, que servía para defenderse). Dios se compromete a proveerlos de todo esto.

(v) No significa, sin embargo, que estas cosas se vayan a dar de modo infalible. También cae bajo la providencia que algunas veces no quieran recibirlos y, por tanto, no los provean, como instrumentos de Dios, de lo que necesitan. Esto servirá en el día del juicio de testimonio en contra de los que así se comporten. Pero Dios no les hará faltar lo necesario a los suyos, que se los hará llegar por otro lado.

(vi) Estas instrucciones tienen una gran importancia espiritual, puesto que señalan el espíritu que debe animar al misionero. La eficacia de la misión está en directa dependencia de la fe del misionero. Fe en que es Dios quien lo manda a la misión y quien la realiza. Si bien en las disposiciones de Dios está que la misión no se realice sin el misionero, no es este quien actúa en los corazones sino Dios. Y el misionero actúa su fe en esta verdad, viviendo colgado de la providencia divina que *explícitamente* le ha mandado vivir así. Incluso cuando esa ayuda y protección en algunas circunstancias puedan hacerse esperar (por eso les advierte que algunos no abrirán sus puertas ni los recibirán). En la medida en que un apóstol se apoye sobre sí mismo, o tema que algo le falte mientras realiza la obra de Dios, su misión se torna ineficaz, porque pasa a ser del hombre y no de Dios.

(vii) La misión fue eficaz en dar a conocer a Jesús, puesto que Herodes “se enteró de todo lo que pasaba”, como dice Lucas; expresión que debe entenderse de la obra de los discípulos de Jesús y de la del mismo Jesús. Le llegaban al tetrarca los comentarios que hacía la gente sobre Jesús, los cuales contenían apreciaciones muy diversas y contradictorias sobre la identidad del personaje: unos

decían que era Juan resucitado, otros que se trataba de Elías, quien según la creencia de los judíos no había muerto, y otros que era alguno de los antiguos profetas, resucitado para la ocasión. Por tanto: o un profeta muerto vuelto a la vida o un profeta que vivía desde siglos oculto por Dios... Lo suficiente como para preocupar a un hombre supersticioso como Herodes, el cual, en consecuencia, andaba perplejo y un tanto inquieto, puesto que, después de todo, tenía sobre su conciencia la sangre del Bautista, y la posibilidad de que anduviese resucitado y predicando nuevamente, no dejaba de turbarlo. Y por eso, termina diciendo san Lucas, quería verlo. No tanto para convertirse sino quizá para volver a meterlo en el calabozo.

MULTIPLICACIÓN DE LOS PANES

9,10-17

¹⁰ Cuando los apóstoles regresaron, le contaron cuanto habían hecho. Y él, tomándolos consigo, se retiró aparte, hacia una ciudad llamada Betsaida. ¹¹ Pero las gentes lo supieron, y le siguieron; y él, acogiéndolas, les hablaba acerca del Reino de Dios, y curaba a los que tenían necesidad de ser curados. ¹² Pero el día había comenzado a declinar, y acercándose los Doce, le dijeron: “Despide a la gente para que vayan a los pueblos y aldeas del contorno y busquen alojamiento y comida, porque aquí estamos en un lugar deshabitado”. ¹³ Él les dijo: “Dadles vosotros de comer”. Pero ellos respondieron: “No tenemos más que cinco panes y dos peces; a no ser que vayamos nosotros a comprar alimentos para toda esta gente”. ¹⁴ Pues había como cinco mil hombres. Él dijo a sus discípulos: “Haced que se acomoden por grupos de unos cincuenta”. ¹⁵ Lo hicieron así, e hicieron acomodarse a todos. ¹⁶ Tomó entonces los cinco panes y los dos peces, y levantando los ojos al cielo, pronunció sobre ellos la bendición y los partió, y los iba dando a los discípulos para que los fueran sirviendo a la gente. ¹⁷ Comieron todos hasta saciarse. Se recogieron los trozos que les habían sobrado: doce canastos.

(i) Al regreso de su misión, Jesús se retira con sus apóstoles a la soledad, quizá para hacerlos descansar, pero también para

instruirlos en verdades más altas tomando pie de las muchas enseñanzas que la misión les habría dejado. De hecho, es lo que vemos que sucede después del episodio que comentaremos ahora. Se retira el Señor a las cercanías de Betsaida, al norte de Cafarnaúm. Betsaida significa, etimológicamente, “casa del pescado”. Hasta el día de hoy se discute sobre la ubicación exacta, habiendo dos lugares posibles para la ciudad o quizá, incluso, dos localidades con el mismo nombre: una a sur de Cafarnaúm, en el lugar que hoy se conoce como Tabga, en que la tradición coloca este episodio de la multiplicación de los panes, y otro al norte de Cafarnaúm, al este del Jordán, que correspondería a la Betsaida a la que Filipo, hijo de Herodes, añadió el nombre de Julias.

(ii) No les duró mucho, sin embargo, el descanso, pues ni bien se enteraron las gentes acudieron al lugar buscando que curaran a sus enfermos, quizá también deseosos de oír predicar a Jesús. Son las dos actividades que Jesús se puso a hacer inmediatamente. En esta labor se les fue el día (es de suponer que la multitud habría llegado muy de madrugada) y aquella gente había acudido sin pensar en el tiempo que les llevaría y sin proveer para sí mismos y para sus familias. De ahí que los apóstoles —en parte quizá también deseosos ya de encontrar la paz que habían ido a buscar allí— sugirieron a Jesús que los despidiera para que fueran a procurarse alimento en las aldeas vecinas.

(iii) Jesús les responde de modo sorpresivo diciéndole que ellos mismos les den de comer, a lo que aquellos adujeron que solo contaban con muy poca cosa: tan solo cinco panes y dos peces. San Lucas nos dice entonces que había allí unos cinco mil hombres. Lo que mueve a Jesús, dicen algunos, es la compasión por aquellas gentes. Y sin duda que Jesús sentía compasión. Pero en este caso concreto no me parece que fuera mera conmiseración con el hambre de las turbas, pues ni llevaban varios días sin comer, ni estaban en una situación irremediable, ya que los apóstoles mismos sugieren que podían encontrar alimento en los poblados vecinos. Jesús ya estaba golpeado en su corazón por el hambre del alma que había empujado a estos pobres a mendigarle alivio para sus dolores llevándole sus enfermos, y también por la ignorancia espiritual en que los tenían abandonados sus maestros judíos. Entraba en sus planes, además,

este signo de un parte revelador de su poder, y, de otra, preparatorio de su autorrevelación como Alimento de los hombres, a la que este milagro preparaba el terreno, como queda en claro en el relato de san Juan (6,1ss) quien pone a continuación de esta multiplicación de los panes, el discurso en la sinagoga de Cafarnaúm sobre el “pan de vida”, que es una clara alusión a la Eucaristía.

(iv) El Señor los hizo acomodar por grupos de unas cincuenta personas cada uno. Y luego bendijo los panes y los peces mientras miraba al cielo, como para que entendieran de quién venía el portento del que iban todos a beneficiarse, y comenzó a partirlos pasando los pedazos a sus discípulos para que estos los sirvieran a la gente. El resultado fue que comieron todos hasta saciarse y al recoger las sobras, quedaban todavía doce canastos. Algunos comentaristas, y Barclay entre ellos, reducen este milagro a un “milagro moral” en el cual no se venció ninguna ley de la naturaleza sino la dureza del corazón. En efecto, según estos capitostes, la gente habría llevado de comer, pero eran todos tan egoístas que no querían poner nada en común y por eso guardaba cada uno su comida para sí; al poner Jesús a disposición de todos lo poco que tenían Él y sus discípulos, los demás se sintieron tocados y sacaron los que escondían. De milagro nada. Convengamos que de explicación propiamente dicha menos. Deberíamos suponer que los Doce eran realmente tontos, tan tontos que no se habían dado cuenta de que la gente tenía comida. Además deberíamos suponer que todos tenían el mismo temor de sacar su comida y ponerse a comerla, por no verse obligados a ponerla en común. ¿Por qué? ¿En qué momento se dice que aquello era un picnic comunitario? Si alguno tenía comida y hambre, no tenía más que meter mano en su zurrón, sacar su pan y llevárselo a la boca, o repartirlo entre sus hijos. Por último, esto exigiría pensar que aquellos salieron a una excursión por las praderas con su canasta bajo el brazo, cuando lo que parece es simplemente que se corrió la voz de que Jesús andaba por allí y la multitud se puso en camino para buscarlo, probablemente pensando que ser trataría un momento, como había ocurrido otras veces, pero resultando, a la postre, que la jornada se estiraría más de la cuenta entre curaciones y sermones. Por tanto, lo más lógico es pensar que no cargaban nada consigo, y que, por tanto, no tenían qué llevarse a la boca.

(v) Claro que resulta más difícil explicar un milagro en serio que un milagro moral, el cual, sin negar la maravillosa obra de la gracia, no hubiera tenido ningún valor de signo. En todo caso el hecho no habría servido a Jesús para predicar de la divina providencia, pero sí para dar una buena lección de comunismo bonachón.

(vi) Esta es la única multiplicación de los panes que relata san Lucas; en los evangelios de Mateo y Marcos hay, en cambio, dos. Algunos consideran que esto demuestra que nuestro evangelista consideraba ambas relaciones como un duplicado del mismo hecho. Es cierto que hay algunas coincidencias, pero esto exigiría, además, que fueran falsas las palabras puestas por Marcos en boca de Cristo cuando alude a dos milagros distintos: “Cuando partí los cinco panes para los cinco mil, ¿cuántos canastos llenos de trozos recogisteis?” “Doce”, le dicen. “Y cuando partí los siete entre los cuatro mil, ¿cuántas espuestas llenas de trozos recogisteis?” Le dicen: “Siete”. Y continuó: “¿Aún no entendéis?” (Mc 8,19-21). El silencio de Lucas puede responder, pues, a otras razones. Por ejemplo, al hecho mismo de que este milagro ya contiene la enseñanza que Jesús ha querido transmitir con él, y por tanto, no hacía falta, en la perspectiva que Lucas se impuso, relatar el segundo, el cual, siendo distinto, contenía, sin embargo, un mismo signo. Es el mismo motivo por el cual solo menciona un endemoniado geraseno, cuando en realidad sabemos por otros textos evangélicos que eran al menos dos.

LA CONFESIÓN DE PEDRO

9,18-27

¹⁸ Y sucedió que mientras él estaba orando a solas, se hallaban con él los discípulos y él les preguntó: “¿Quién dice la gente que soy yo?” ¹⁹ Ellos respondieron: “Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; otros, que un profeta de los antiguos había resucitado”.

²⁰ Les dijo: “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?” Pedro le contestó: “El Cristo de Dios”. ²¹ Pero les mandó enérgicamente que no dijeran esto a nadie. ²² Dijo: “El Hijo del hombre debe sufrir mucho, y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar al tercer día”. ²³

Decía a todos: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame.”²⁴ Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, ése la salvará.²⁵ Pues, ¿de qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde o se arruina?²⁶ Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras, de ése se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga en su gloria, en la de su Padre y en la de los santos ángeles.²⁷ Pues de verdad os digo que hay algunos, entre los aquí presentes, que no gustarán la muerte hasta que vean el Reino de Dios”.

(i) San Lucas coloca la interrogación de Jesús a sus apóstoles a continuación del milagro de la multiplicación de los panes, pero hemos de suponer que, incluso si nos atenemos solo a este evangelio, debe haber tenido lugar en otro momento aunque no muy lejano, puesto que ahora sí el Señor ha logrado quedarse a solas con sus íntimos, e incluso retirarse a rezar en soledad durante algún tiempo. Es probable que esto haya ocurrido en la misma región de Betsaida Julias, y muy poco después de la misión apostólica, puesto que la pregunta del Señor se entiende en el contexto de la vuelta de los apóstoles. La introducción de este pasaje con la referencia a la oración de Jesús indica que cuanto va a ocurrir tiene una especial densidad teológica, puesto que el Señor prepara el acontecimiento con una larga y prolongada plegaria.

(ii) Precisamente esa interrogación (¿qué dice la gente de mí?) alude a lo que los apóstoles habían escuchado durante su breve viaje misional, en el que, al predicar el mensaje sobre el Reino en nombre de Jesús, habrían recogido numerosos comentarios y reacciones de las gentes. Quizá uno de los motivos por los que Jesús no acompañó a ninguno de los grupos, además de que tuvieran la oportunidad de experimentar el poder del Espíritu Santo y la asistencia de la Providencia paternal de Dios, fuera el que tuvieran oportunidad de oír las impresiones de la gente, sintiéndose más libres en ausencia del Maestro. No porque Jesús los ignorase sino porque tomaría pie de ellos, como de hecho hace aquí, para dar un paso en su revelación personal ante los discípulos.

(iii) Estos habían recogido impresiones muy dispares, todas muy positivas, por cierto. Algunos pensaban que era Juan resucitado,

lo que nos permite ver el alto concepto que tenían del Bautista. Otros pensaban que era Elías, de quien la tradición judía sostenía que no había muerto sino que Dios lo mantenía misteriosamente en vida hasta los tiempos mesiánicos. Otros no estaban tan seguros de su identificación por lo que decían que se trataría probablemente alguno de los antiguos profetas resucitado. Los apóstoles daban sus respuestas, sin embargo, en tercera persona, es decir, aludiendo a lo que los demás decían, sin involucrarse personalmente.

(iv) La pregunta de Jesús pasa entonces a ser personalísima, directamente dirigida a ellos: ¿y vosotros qué decís? El texto de san Lucas, muy resumido, no señala la reacción del grupo, por lo que no sabemos si todos estaban listos para responder cuando Pedro se adelanta, o si guardaron silencio y el primero que se animó a hablar fue Simón. En realidad nos hubiera gustado muchísimo saber qué pasaba por la cabeza de cada uno de los apóstoles y cómo fue dándose el descubrimiento de la personalidad de Jesús de parte quienes serían los fundamentos de la Iglesia. Dios no ha considerado esto necesario. O, mejor aún, ha querido que veamos el colegio apostólico, en este punto, como un bloque, con un solo pensamiento y una sola voz cantante: la de Pedro. Porque aunque Dios debe haber respetado la psicología de cada uno de los apóstoles, y por tanto también los tiempos de cada uno para llegar a la verdad y sus modos más o menos titubeantes o intuitivos, sin embargo, en este punto lo importante es lo que llegarían a ser con el tiempo (quizá a partir de este mismo momento), a saber: un cuerpo con un solo pensamiento formulado por la boca de este pescador galileo.

(v) Precisamente Pedro responderá, y su respuesta debemos tomarla como dicha en nombre todos, ya que ni intenta separar su opinión personal de la pregunta dirigida al grupo, ni los demás replican para matizarla o para tomar distancia de ella, ni Jesús parece querer oír otro parecer. Dicho de otro modo: Pedro toma su afirmación como de todos; los demás toman la de Pedro como también de ellos; y Jesús toma la de Pedro como respuesta al interrogante que ha planteado al grupo en su conjunto. Y esta respuesta es: “El Cristo de Dios” (τὸν Χριστὸν τοῦ Θεοῦ, τὸν *Iristòn tou Theoù*). “El Cristo de Dios” significa *el Ungido* de Dios, es decir,

el Mesías. En San Mateo la confesión de San Pedro es más explícita todavía, llamándolo “el Hijo de Dios”.

(vi) Esta confesión señala el fin de una etapa en la pedagógica revelación que Jesús hace de sí mismo: los apóstoles han llegado al *mesianismo* de Jesús; Él es el Mesías esperado, anunciado por los profetas. Las demás gentes *opinaban* que podía ser un profeta poderoso en milagros, o incluso el precursor del Mesías, pero quizá no iban más allá; tal vez solo llegaban a *sospechar* que podía ser el Mesías. Los apóstoles, liderados por Pedro, tienen fe en que es más que un profeta o que todos los profetas juntos; es el Mesías.

(vii) Quizá los apóstoles fueran más allá y *sospecharan* o *vislumbraran* que era el Hijo de Dios, como materialmente Mateo pone en boca de Pedro; pero, si no me equivoco, esta revelación la comprenderían plenamente solo después de la Resurrección, aunque Él se los había dicho muchas veces antes, y de diversas maneras (pensemos en algunos milagros, en los prodigios realizados basándose en la propia autoridad, en la transfiguración, en el discurso del Pan de vida y en el de la Última Cena: “quien me ha visto a Mí, ha visto al Padre”). Pero a pesar de todo esto llamará “tardos de entendimiento” a los discípulos de Emaús, por no haber comprendido muchas de las cosas que había dicho durante su vida pública. En el tema de su filiación divina, Jesús interpelaba más directamente a los sabios y teólogos, es decir, a los escribas y fariseos, con los cuales será mucho más explícito, sobre todo, durante su juicio ante el Sanedrín, y ante el conjuro del Sumo Sacerdote de ser claro en este tema. Podemos decir, pues, que, respecto de los apóstoles, Jesús permitirá que su *filiación divina*, o su *divinidad*, sea comprendida solo borrosamente en un primer momento, y solo más claramente en un paso ulterior y definitivo, aun cuando la manifestara claramente muchas veces durante su vida pública. Con esto solo quiero decir que quizá Pedro no llegara a comprender toda la portada de la confesión que dijo movido “no por la carne y la sangre”, es decir, no por instinto natural, sino “por el Padre celestial”, como nos dice san Mateo (Mt 16,17) quien transcribe la fórmula semítica ciertamente pronunciada por el príncipe de los apóstoles: σὺ εἶ ὁ Χριστὸς ὁ Υἱὸς τοῦ Θεοῦ τοῦ ζῶντος (*sy ei ho Jristòs ho Hyiòs tou Theoṽ tou Zontos*), Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Y esta debe ser

la razón por la que san Lucas no la transmite tal cual fue dicha, sino tal cual fue entendida por Pedro: *el mesías de Dios*.

(viii) Pero entre la revelación del mesianismo y la de la filiación divina, hay, sin embargo, otro aspecto intermedio que Jesús sí quería que sus apóstoles comprendieran explícitamente desde el primer momento: el de mesías *sufriente*. Si bien pedagógicamente – en caso de ser correcta nuestra interpretación– Jesús no se preocupaba por el momento de que Pedro comprendiera todo lo que realmente estaba diciendo, quedándole grande la confesión hecha en cuanto al carácter divino del Maestro, sí quería Este que no tuviera dudas, ni él ni los demás apóstoles, sobre el modo en que ejercería su mesianismo salvífico: como un mesianismo doloroso: “Dijo: «El Hijo del hombre debe sufrir mucho, y ser reprobado por los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, ser matado y resucitar al tercer día»”. Esto también tenía valor de revelación sobre la identidad de Jesús, porque al aludir a su dolor y muerte no solo detallaba un aspecto futuro de su biografía, sino que se mostraba como el Mesías Sufriente profetizado por Isaías.

(ix) Pero tampoco comprendían, sus apóstoles, plenamente estas enseñanzas. De ahí que a los discípulos de Emaús –que no serían una excepción en el grupo de los discípulos– les dijera refiriéndose a sus sufrimientos y muerte: “¿Acaso no os lo había dicho ya?” Y si no entendían lo de los sufrimientos y la muerte del Mesías, menos todavía el significado de aquel ἀνίστημι (*anístemi*) que nosotros traducimos por “resucitar”, entendiéndolo como volver a la vida desde la muerte, pero que literalmente significa *levantarse o pararse*. Que fuera un volver de la muerte no cabe duda si se habla de un “levantarse” posterior a ser “matado”, pero que esto tuviese sentido para los discípulos del Señor es otro cantar. Ellos no estaban acostumbrados a tales profundidades. Sus enemigos, en cambio, sí. Y por eso recordarán a Pilato: “Este dijo, mientras vivía, que iba a resucitar al tercer día...”

(x) La importancia que para Jesús tiene su propio sacrificio, muerte y triunfo, queda resaltado en su mandato de guardar secreto sobre el carácter mesiánico que Pedro acaba de testimoniar. El mandato del secreto y la alusión a su pasión (versículos 21 y 22) no son en griego dos oraciones sino una sola, separadas por una coma:

“Les prohibió decir esto a nadie, diciendo que es preciso que el Hijo del hombre padezca mucho y que sea rechazado de los ancianos, y de los príncipes de los sacerdotes, y de los escribas, y sea muerto y resucite al tercer día”. Jesús no quería que las muchedumbres conocieran de modo patente su mesianidad hasta después de su resurrección, para que sus enemigos no encontraran obstáculos a la hora de condenarlo, fuera del que les ponían sus propias conciencias.

(xi) La mención a su futuro sufrimiento da pie al Señor para hablar del modo particular que debería revestir el discipulado de un tal Mesías y Maestro: consistirá en seguirlo a Él en el dolor. Por eso decía todos: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame. Porque quien quiera salvar su vida, la perderá; pero quien pierda su vida por mí, ése la salvará. Pues, ¿de qué le sirve al hombre haber ganado el mundo entero, si él mismo se pierde o se arruina? Porque quien se avergüence de mí y de mis palabras, de ése se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga en su gloria, en la de su Padre y en la de los santos ángeles”. No dice aquí el Señor que ellos, sus discípulos y apóstoles allí presentes, serían atormentados y muertos junto con Él durante la prueba particular a la que lo someterían los “ancianos (jefes) del pueblo”. Por el contrario, deja de lado esa alusión autobiográfica y pasa a aludir a otro género de sufrimiento: el diario y general que acompañaría a todos sus seguidores. Les habla de cargar *diariamente* su *cruz*; no se refiere, pues, a sufrimientos extraordinarios, sino al peso cotidiano y a las luchas diarias contra el pecado, las tentaciones, los defectos, las contrariedades... y quizá, en algún momento, dolores más notables y hasta persecución y muerte.

(xii) Siguen tres sentencias que son aplicaciones y derivaciones de esta decisión de hacer virilmente frente al propio sufrimiento. La primera: para salvar la vida hay que estar dispuesto a perderla por Jesús. “Vida” aquí está usada en dos sentidos diversos: vida física y vida espiritual y eterna. Si se pone la vida física como valor supremo y se sacrifica todo por conservarla, se pierde la espiritual y eterna y, probablemente, esto tampoco alcance para resguardar la física. Si se está dispuesto a perder la vida del cuerpo por Cristo, se salvará la eterna y espiritual; y a la postre, también la del cuerpo, en la resurrección gloriosa. La segunda: ganar el mundo

entero no sirve de nada si uno no es capaz de ganarse a sí mismo, es decir, librarse de la ruina del alma, que es ruina eterna. Tercera: quien se avergüence de Jesús y de la verdad que Él ha predicado, Jesús se avergonzará de él a su retorno en gloria, ante su Padre y ante los ángeles. Tales exigencias –de dar la vida por Él, de no avergonzarse ante el mundo de Él y de su verdad– ¿no son una declaración explícita de su divinidad? ¿Puede un hombre, aun profeta o mesías, exigir una fidelidad hasta el extremo de que den la vida por él? ¿Puede un mero hombre prometer dar testimonio ante el Padre eterno y ante todos los ángeles de la dignidad de otro hombre según la fidelidad o infidelidad que este último le haya guardado? Jesús está hablando aquí como solo Dios puede hacerlo. Pero es muy probable que los apóstoles solo hayan podido ser capaces de guardar en sus corazones estas palabras sin comprender completamente la portada.

(xiii) Termina el Señor anunciando que algunos de los que allí estaban no gustarían la muerte antes de ver el Reino de Dios. “Gustar la muerte” es un semitismo que significa “experimentar”. No se refiere Jesús a su segunda venida sino a la instauración de la Iglesia, el reino eclesial. Y alguno interpreta que el comienzo del tiempo exclusivo de la Iglesia, cuando ya no rijan más que sus leyes, caídas las del Antiguo Testamento, coincide con la destrucción de Jerusalén, o sea, del Templo. Mientras el Templo estuvo entre los hombres, coexistieron los dos sacrificios: el de Cristo, en la “fractio panis”, y el del culto judío. Los mismos apóstoles subían diariamente al templo a orar. Pero la destrucción del templo, en el 70 d.C., significó el final del culto judío y la unicidad del único sacrificio. Ni aun los que no aceptaban la venida en carne del Verbo, ni menos todavía su muerte salvífica, podían ya ofrecer víctimas figurativas. Es el tiempo eclesiástico, el de la Víctima Verdadera.

LA TRANSFIGURACIÓN

9,28-36

²⁸ Sucedió que unos ocho días después de estas palabras, tomó consigo a Pedro, Juan y Santiago, y subió al monte a orar. ²⁹ Y sucedió que, mientras oraba, el aspecto de su rostro se mudó, y sus vestidos eran de una blancura fulgurante, ³⁰ y he aquí que conversaban con él dos hombres, que eran Moisés y Elías; ³¹ los cuales aparecían en gloria, y hablaban de su partida, que iba a cumplir en Jerusalén. ³² Pedro y sus compañeros estaban cargados de sueño, pero permanecían despiertos, y vieron su gloria y a los dos hombres que estaban con él. ³³ Y sucedió que, al separarse ellos de él, dijo Pedro a Jesús: “Maestro, bueno es estarnos aquí. Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”, sin saber lo que decía. ³⁴ Estaba diciendo estas cosas cuando se formó una nube y los cubrió con su sombra; y al entrar en la nube, se llenaron de temor. ³⁵ Y vino una voz desde la nube, que decía: “Este es mi Hijo, mi Elegido; escuchadle”. ³⁶ Y cuando la voz hubo sonado, se encontró Jesús solo. Ellos callaron y, por aquellos días, no dijeron a nadie nada de lo que habían visto.

(i) El episodio de la transfiguración es colocado por san Lucas una semana más tarde de la confesión de Pedro. Tuvo lugar sobre “el monte”, al que el Señor subió a orar. Ya el mero hecho de comenzar intentando identificar el *monte* al que Jesús sube con sus discípulos implica tomar una postura respecto de este episodio. No debemos pasar por alto que la mayoría de los exégetas no cree en el hecho histórico de la transfiguración del Señor, o a lo sumo lo reduce a un núcleo histórico rodeado de un ropaje “maravillosista” atribuible a la interpretación que los primeros cristianos habrían hecho de... ¿de qué? Pues, de un “algo” que quizá sucedió o no. Algunos de los “más serios” se limitan a decir que “no podemos saber si ocurrió en realidad o no”. En el fondo no les interesa. A mí sí. No veo ninguna dificultad en que Jesús se haya transfigurado realmente ante sus íntimos. Y no entiendo por qué tenga que atribuir a Lucas un “género redaccional” que en el fondo no sería más que un invento suyo o de la misteriosa y camelera *comunidad primitiva*, eterna acusada de habernos vendido un hermoso cuento jamás ocurrido. Quizá la reticencia a aceptar este episodio de parte de algunos, se deba a que evoca demasiado las realidades escatológicas que les amargan el hígado. Por el contrario, muchos Padres de la Iglesia vieron en este prodigio un elemento central de la vida de

Cristo, precisamente por el mismo motivo: es un adelanto de lo que nos espera en el futuro. Así, por ejemplo, Orígenes: “La Transfiguración es el símbolo de lo que acontecerá después del mundo presente”. O san Cirilo de Alejandría: “puesto que habíamos escuchado que nuestra carne resucitaría, pero ignorábamos de qué manera, transfigura (el Señor) su carne para proponernos el ejemplo de su cambio y para reforzar nuestra esperanza”. La liturgia bizantina de la fiesta se dirige al Señor con estas palabras: “Para indicar la mutación que harán los mortales con vuestra gloria, ¡oh Salvador! al momento de vuestra segunda y temible venida, os transformasteis en el monte Tabor”. Por tanto, la gloria del Tabor es un anticipo de las realidades escatológicas, de la vida futura, de la resurrección y de la transformadora Segunda Venida de Cristo. No debe extrañarnos que frente a este acontecimiento de la vida terrena de Cristo, las aguas se dividan entre los que esperan con ansia su Regreso y los que no tienen ningún interés en él.

(ii) Aunque algunos abogan por el Hermon, el monte en que la tradición coloca este episodio es el Tabor, situado en la extremidad de la llanura de Esdrelón, a unos 20 km. al suroeste del lago de Tiberíades y a 7 km. al sureste de Nazaret. Se levanta solitario en la llanura a 660 m. de altitud. Si bien el texto no menciona su nombre, desde los primeros tiempos, los cristianos de Palestina ubicaron la escena sobre este aislado monte. Puede citarse como testimonio el apócrifo *Tránsito de la Beata Virgen María*, cuyo núcleo debe datarse en el II-III siglos d.C., que equipara la actitud de los que presencian el momento en que Cristo recibe el alma de su madre, a la de “los apóstoles cuando Cristo se transfiguró ante ellos en el monte Tabor”. También el *Apocalipsis* apócrifo de san Juan el Teólogo. A partir del siglo IV la tradición queda incorporada en la liturgia cristiana. Desde muy antiguo los cristianos construyeron en su cima tres capillas, allí mismo donde, como hace notar un peregrino del siglo V, Pedro, lleno de entusiasmo, había gritado al Señor: “Señor, qué bien se está aquí. Si quieres, hago aquí tres tiendas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. Destruídas varias veces a lo largo de los siglos, estas capillas están en nuestros días englobadas en la basílica construida a principios de siglo XX siguiendo los planos trazados por el arquitecto romano Barluzzi.

(iii) Según al relato lucano, Jesús subió al monte con el propósito de orar en un lugar retirado, como tenía por costumbre. Algunas veces lo hacía yendo solo, y otras, como en este caso y en Getsemaní, llevando consigo a algunos de sus discípulos. No sabemos si alguna vez llevó a otros fuera de los tres aquí mencionados, Pedro, Santiago y Juan, a quienes elegía habitualmente para que fueran testigos de algunos de sus hechos más notables (los vimos, ya en la resurrección de la hija de Jairo).

(iv) El milagro debe haber ocurrido al caer la noche, puesto que san Lucas dice que los apóstoles, aunque permanecían despiertos, estaban cargados de sueño. El relato de lo ocurrido lo tenemos, obviamente, por los apóstoles, ya que Pedro lo enseñaba en sus catequesis, como vemos en la alusión que hace a este hecho en su segunda epístola. Al parecer la transformación afectó principalmente el rostro de Jesús, que es lo destacado por Lucas (“su rostro se mudó”), pero envolvió incluso sus mismas vestiduras, que se hicieron de una “blancura fulgurante”. Es san Mateo quien expresa este fenómeno con una palabra del todo especial: μεταμορφώθη (*metemorfóse*). El verbo μεταμορφόω (*metamorfóo*) significa pasar de una forma a otra, transformar o transformarse. En teología ha sido vertido de modo definitivo como *transfiguración*. Esto fue efecto de la luz, pero de una luz que emanaba del interior del Señor.

(v) San Lucas dice con toda claridad que los apóstoles “vieron su gloria (τὴν δόξαν αὐτοῦ, *tèn dóxan autoú*)”, es decir, la gloria de Cristo. Es indudable que el evangelista tiene en mente la expresión veterotestamentaria de la “gloria de Yahvé”. Su *gloria* alude a su poder divino, su resplandor divino, o simplemente un destello de su divinidad. A esto se refiere san Juan en el prólogo de su evangelio: “Y nosotros vimos su gloria (τὴν δόξαν αὐτοῦ): Gloria como (el que es) el Unigénito del Padre” (Jn 1,14). Fue, pues, una manifestación exterior y materializada de la gloria divina como para que pudiera ser percibida por los apóstoles. No es la visión de la divinidad ni de la esencia divina, que no puede ser percibida con los ojos corporales, como creyeron, erróneamente, algunos teólogos siguiendo a Gregorio Pálamas.

(vi) Al mismo tiempo se dejaron ver dos personajes, revestidos de gloria y hablando con Jesús. Los apóstoles los

identificaron como Moisés y Elías. Es evidente que representaban, en sus personas, la Ley (mosaica) y los Profetas. “Hablaban de su salida (τὴν ἔξοδον, *tèn éxodon*), que iba a cumplir en Jerusalén”. Se trata de su muerte; su *salida* de este mundo. Santo Tomás iba a interpretar más tarde este episodio como la preparación de sus apóstoles para el momento trágico de la Pasión. De hecho, no deja de ser significativo que lleve consigo a los mismos apóstoles ante quienes se iba a mostrar, en Getsemaní, *transfigurado al revés*, es decir, encarnando toda la debilidad de la carne humana: triste, temeroso y en agonía ante el gran paso del dolor y de la muerte atroz que lo asechaba de modo inmediato.

(vii) Ante esto Pedro dijo a Jesús “Maestro, bueno es estarnos aquí. Vamos a hacer tres tiendas, una para ti, otra para Moisés y otra para Elías”. El evangelista aclara que Pedro “no sabía lo que decía”. Es decir, estaba en éxtasis, fuera de sí, y no llegaba a hacerse realmente cargo de lo que estaba contemplando. Sus palabras evidencian el arrebató anímico y probablemente la dulzura experimentada en el momento.

(viii) Los tres discípulos también observan, después de la desaparición de los testigos sobrenaturales, una “nube que los cubría”, no solo a Jesús sino también a ellos, los apóstoles. Nuevamente aquí tenemos algo que evoca el Antiguo Testamento. Es el descenso de la “nube luminosa” que significaba, durante el tiempo del Éxodo (Ex 14,24; 16,10; 19,9...), la presencia de Dios en la Tienda del Arca. El verbo ἐπισκιάζω (*episkíazo*), que significa arrojar sombra, envolver en sombra, o también en un resplandor brillante, designa la acción divina que descende, protege y actúa. Es el mismo verbo que usa el Ángel para decirle a la Virgen que el Espíritu Santo la iba a “cubrir con su sombra” (Lc 1,35) en la encarnación del Verbo. Por tanto, en este momento, Dios los envuelve. Por eso, los apóstoles “sintieron miedo”, es decir, un temor sagrado que provenía del percibir la presencia divina.

(ix) Y de hecho, oyen la voz del Padre que proclama: “Este es mi Hijo, el Elegido (ὁ ἐκλελεγμένος, *ho eklélegménos*)”. San Mateo y san Marcos ponen el hermoso término ἀγαπητός (*agapetós*), el amado. Pero la palabra usada por san Lucas también tiene un sabor del todo particular, pues ὁ ἐκλελεγμένος (de ἐκλέγομαι, *eklégomai*,

seleccionar, escoger, elegir), es uno de los títulos que la tradición judía daba al Mesías (por ejemplo en el Libro de Henoc). Además, subraya la filiación divina de Cristo. Por eso, la voz paterna ordena que *lo escuchen*, es decir, que lo obedezcan.

(x) Después de esto volvieron a ver a Jesús solo. Ellos, dice san Lucas, no contaron a nadie, en aquellos días, lo que habían experimentado. San Mateo y san Marcos dicen que Jesús les ordenó no hablar de esto hasta después de su resurrección.

EL NIÑO EPILÉPTICO

9,37-43

³⁷ *Sucedió que al día siguiente, cuando bajaron del monte, le salió al encuentro mucha gente.* ³⁸ *En esto, un hombre de entre la gente empezó a gritar: “Maestro, te suplico que mires a mi hijo, porque es el único que tengo,”* ³⁹ *y he aquí que un espíritu se apodera de él y de pronto empieza a dar gritos, le hace retorcerse echando espuma, y difícilmente se aparta de él, dejándole quebrantado.* ⁴⁰ *He pedido a tus discípulos que lo expulsaran, pero no han podido”.* ⁴¹ *Respondió Jesús: “¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros y habré de soportaros? ¡Trae acá a tu hijo!”* ⁴² *Cuando se acercaba, el demonio le arrojó por tierra y le agitó violentamente; pero Jesús increpó al espíritu inmundo, curó al niño y lo devolvió a su padre;* ^{43a} *y todos quedaron atónitos ante la grandeza de Dios.*

(i) Este nuevo episodio tuvo lugar luego de bajar del monte. Mucha gente le salió al encuentro, quizá porque lo estaba esperando. Eran personas que habían venido a pedirle milagros. Entre estos se destacó uno que le rogaba a los gritos por su hijo. Para conmover más al Señor le hace notar que es su hijo único (“mi unigénito”). Y le da su interpretación de la dolencia que le aqueja: “un espíritu se apodera de él y de pronto empieza a gritar, se sacude con violencia con espuma (= echando espuma) y a duras penas se aparta de él, dejándolo despedazado (συντρίβον, *syntribon*)”.

(ii) Los apóstoles ya habían probado, quizá recordando los logros obtenidos durante la misión temporal en la que habían

expulsado demonios en nombre de Jesús. Pero en esta oportunidad no habían conseguido éxito alguno. Jesús atribuye este fracaso a la *incredulidad* o, al menos, a la *pobreza de la fe*. ¿La fe de quién? ¿De sus discípulos o del padre del muchacho? No queda en claro, pero Jesús parece referirse a la incredulidad de todos, con un giro muy semítico: “generación incrédula y perversa”, “difícil de soportar”. Por la alusión que se añade, en los lugares paralelos de Marcos y Mateo, a la necesidad de ayunar y orar para confrontar con esta “raza de demonios”, se ve que sus discípulos no habían recurrido adecuadamente a estos medios sobrenaturales; el reproche puede atribuirse, pues, también a la pobreza de la fe de los apóstoles.

(iii) Se ha discutido largamente sobre los síntomas aquí descritos. Muchos no ven en ellos más que un caso de epilepsia; y en primera fila todos los que rechazan la existencia de los demonios o, al menos, la posesión diabólica. A decir verdad toda la descripción de este episodio puede corresponder tanto a una enfermedad como a una posesión. Cuando presentan el muchacho ante Jesús, aquel cae por tierra sacudido con violencia. San Lucas dice que el demonio lo arrojó, pero en esto bien puede estar describiendo según el modo común de hablar. Lo mismo cuando añade a continuación que Jesús *increpó al espíritu inmundo* (τῷ πνεύματι τῷ ἀκαθάρτῳ, *tô pneýmati tô aktháto*) y curó al niño devolviéndolo a su padre. No hay, en este caso, diálogo con el demonio, como en otras ocasiones, aunque esto no sea necesario para hablar de exorcismo. Tampoco hay confesión alguna de parte del demonio del mesianismo del Señor... Sin embargo, la versión de san Marcos (9,14-29) habla claramente de un demonio *sordo y mudo* (lo que explica que no hable con Jesús); además refiere que Jesús manda al demonio salir y no volver a entrar más en el muchacho, y, finalmente, termina indicando la necesidad de recurrir a la oración para este tipo de combate espiritual; en particular con “esta clase de demonios”. Muchos exorcistas experimentados toman al pie de la letra esta alusión del Señor y dicen tenerla corroborada por su propia experiencia: hay demonios que son mudos, es decir, que se caracterizan por su resistencia a responder a las requisiciones del exorcista, y, al parecer, son los más duros. Por eso son los que exigen más mortificación y oración de parte del ministro. También puede entenderse la alusión al “demonio

mudo” por el daño que algunos demonios causan en las víctimas que poseen: la mudez para con Dios, la incapacidad de rezar. Hay casos de posesión, en efecto, cuya principal manifestación es la incapacidad de los posesos para rezar: cuando intentan hacerlo es cuando se desencadenan sus crisis. En estos casos, como dice san Juan Crisóstomo, estos demonios, “trabando la lengua, atan también el alma”. Ante la imposibilidad de rezar que experimentan estos posesos, es necesario que el exorcista rece muchísimo más que en otros exorcismos.

(iv) Hay otro modo de mudez espiritual causado por el demonio: es la dificultad, a veces imposibilidad, de hablar cuando se debe hablar. La vergüenza o timidez de decir la verdad, o de abrir el alma a quien se debe abrir. La incapacidad de comunicarse con quien hay obligación, o incluso necesidad, de comunicarse. Es ese demonio mudo que impide tan a menudo pedir perdón al que se ha ofendido, incluso cuando interiormente uno pueda estar arrepentido de la ofensa; también el que dificulta la comunicación entre los que, por otra parte, quizá se aman sinceramente (hermanos, padres e hijos, cónyuges...). Es un demonio, finalmente, que pone trabas al dirigido que no consigue abrir su alma al confidente o director y, sobre todo, el que impide la confesión del pecado... ¡Muchos santos han advertido de este demonio verdaderamente encapsulador del alma!

(v) El evangelista añade una nota sobre el efecto que estas acciones del Señor causaban en los espectadores: quedaban atónitos ante la μεγαλειότης (*megaleiotes*), la grandeza, de Dios. La expresión ἐκπλήσσω (*ekpléssō*), de *ek* (fuera de) y *pléssō* (golpear), significa haber recibido un choque mental sumamente fuerte. Por eso lo traducimos como un efecto: “quedarse atónito” o “atontado”. No sabían, por tanto, cómo colocar estas cosas dentro de su modo de pensar. Estaban aturridos frente a la figura de Jesús. Y no atinaban a tomar una decisión correcta frente a Él, es decir, a entregarse completamente a Él y a abrirle el corazón de par en par. Con toda razón les valía el triste reparo del Señor: raza incrédula.

NUEVO ANUNCIO DE LA PASIÓN

9,44-45

^{43b} *Estando todos maravillados por todas las cosas que hacía, dijo a sus discípulos: ⁴⁴ “Poned en vuestros oídos estas palabras: el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres”. ⁴⁵ Pero ellos no entendían lo que les decía; les estaba velado de modo que no lo comprendían y temían preguntarle acerca de este asunto.*

(i) Jesús aprovecha esta oportunidad para referirse nuevamente a su Pasión. Acababa de bajar del monte donde había hablado de ella con Moisés y Elías, comenzando, así, la etapa final de su vida, directamente encaminada hacia Jerusalén y a su desenlace trágico. La relación que establece san Lucas entre la maravilla que el milagro de Jesús ha causado en los testigos, incluidos sus discípulos, y el anuncio de la Pasión no puede ser meramente accidental. Jesús anuncia su futura muerte a quienes se han quedado con la boca abierta por sus obras prodigiosas, queriendo darles a entender de qué manera va a cumplir su obra salvífica: no por milagros descolantes sobre la naturaleza o sobre los demonios sino a través de su oblación con una muerte dolorosa y con un aparente fracaso humano. No es, pues, en los portentos y acontecimientos extraordinarios que se han de poner las expectativas y donde se han de buscar las acciones de Dios sino en la humillación, en la cruz y en la muerte *por amor de Dios*.

(ii) Sus discípulos no entendieron las palabras del Señor, pero tampoco hicieron nada por salir de su ignorancia. No se atrevieron a preguntar al Señor sobre este asunto. ¿Por qué? No sería, ciertamente, porque el Señor fuera como esos malos maestros que pierden la paciencia cuando sus alumnos no los entienden. En otras oportunidades le pedían explicaciones de las palabras que les resultaban oscuras o se hacían, incluso, explicar algunas predicaciones. Aquí quizá debamos entender esta reticencia por temor a ver con claridad una verdad demasiado amarga. Por eso san Lucas aclara que el temor los llevaba a no preguntarle “sobre este ῥῆμα (*jréma*)”, asunto; no sobre otros. Era este argumento el que evitaban. Lo que puede significar que aunque no lo entendían del todo, sin embargo, sospechaban que no se refería a nada halagüeño. Cuando más adelante, después de su resurrección, el Señor reproche

a los discípulos de Emaús su *lentitud* para entender, quedará más claro que de parte de sus amigos había cierta voluntad de *no apurarse* a entender las cosas que no les gustaba.

ENSEÑANZA SOBRE LA HUMILDAD

9,46-48

⁴⁶ Se suscitó una discusión entre ellos sobre quién de ellos sería el mayor. ⁴⁷ Conociendo Jesús lo que pensaban en su corazón, tomó a un niño, le puso a su lado, ⁴⁸ y les dijo: “El que reciba a este niño en mi nombre, a mí me recibe; y el que me reciba a mí, recibe a Aquel que me ha enviado; pues el más pequeño de entre vosotros, ése es mayor”.

(i) Como podemos observar, las enseñanzas del Señor sobre la cruz y la muerte fueron muy difíciles de asimilar por los discípulos. Ellos seguían pensando con parámetros mundanos, razón por la cual daban importancia a las cuestiones de prioridades y puestos. Para algunos, el orden de la procesión es cuestión de vida o muerte. San Beda el Venerable sugiere que la discusión está relacionada con la elección de Pedro, Santiago y Juan para acompañar al Señor a la cima del monte. Esta preferencia de Jesús, que se repetiría varias veces a lo largo de su vida pública, no debe haber sido fácil de digerir para algunos de los discípulos, antes de que el Espíritu Santo los transformase en Pentecostés. Un claro ejemplo es Judas. Y otro tanto ha de haber sucedido con la elección de los Doce respecto del grupo más amplio que acompañaba habitualmente a Jesús, en el que se incluían varias mujeres y otros hombres que solo aparecen en algunas circunstancias, como los discípulos que encontraremos al final del evangelio en el episodio de Emaús.

(ii) La discusión no la tuvieron, sin embargo, delante del Señor, sino a sus espaldas. Por eso san Lucas alude a que Jesús lo sabía porque *conocía lo que pensaban en su corazón*. Jesús nos conoce mejor que nosotros mismos; conoce nuestros dones, que Él mismo ha sembrado en nosotros, y todos nuestros defectos y

miserias. Es mucho lo que ordinariamente tolera y aguarda que decidamos cambiar.

(iii) En esta oportunidad quiso dar una lección fundamental sobre una actitud virtuosa esencial para la vida del alma, que podemos resumir en este principio de espiritualidad: la verdadera grandeza de una persona se mide por su humildad. A los ojos de Dios, es decir, a la luz de la Verdad de toda verdad, solo acierta el humilde. Y mientras más humilde, más grande es una persona, y mientras menos humilde más pobre es una persona. Y el que carece de toda humildad, es un pobre diablo digno de la mayor compasión.

(iv) Esta lección Jesús la da de un modo maravilloso. Con una lección en acción. Tomó para eso un niño “y lo puso junto a sí”, y les dijo: “el que reciba a este niño en mi nombre, me recibe a mí”. Recibirlo “en su nombre” indica, indudablemente, considerarlo representante o mensajero de Jesús. El niño que Jesús presenta a sus discípulos no representa a un simple *pequeño en edad*, sino a cualquier persona que posea las cualidades por las que *no se da autoridad a los niños*. Un niño es alguien que no tiene experiencia, ni sabe nada de la vida, y que solo puede balbucear; alguien que es débil, sin fuerzas, que necesita protección. A él se equipara el adulto tonto, el necio, el ignorante, el iletrado, el que no ha tenido estudios, el que no tiene dinero, ni influencias, ni poder; el que es débil, temeroso y frágil. Que Dios quiera servirse de tales personas como *mensajeros y representantes*, es algo humanamente incomprensible. Y, sin embargo, de esta manera Dios revoluciona los parámetros humanos.

(v) Con estas palabras Jesús decía a sus discípulos que Él se haría anunciar a los hombres por medio de balbucientes y frágiles mensajeros, y que solo quien recibiera a tales mensajeros *como si del mismo Señor se tratase* lo recibiría a Él, y solo quien lo recibiera a Él *de manos y boca de este mensajero*, recibiría a su Padre, el que lo enviaba a Él. Al decir esto estaba diciendo que a muchos de ellos, la mayoría quizá, los había elegido de entre los pobres, frágiles e ignorantes, y que de todos esperaba que se hiciesen *en su corazón* pobres, frágiles e ignorantes, es decir, *humildes*.

(vi) La única grandeza es el saberse ignorante como un niño, porque, de hecho, lo somos. Todo lo que conoce el más sabio es

hojarasca comparada con la más simple verdad esencial. Nuestra verdadera fuerza está en reconocernos fuertes por la mano de Dios que nos sostiene, y sin la cual no podríamos nada. Todo lo que puede el humanamente más fuerte es extrema debilidad, como lo demuestra nuestra suprema impotencia ante la muerte.

ENSEÑANZA SOBRE LA TOLERANCIA

9,49-50

⁴⁹ *Tomando Juan la palabra, dijo: “Maestro, hemos visto a uno que expulsaba demonios en tu nombre, y tratamos de impedirselo, porque no viene con nosotros”.* ⁵⁰ *Pero Jesús le dijo: “No se lo impidáis, pues el que no está contra vosotros, está por vosotros”.*

(i) A pesar de que estas palabras están unidas a las anteriores, es probable que hayan tenido lugar en circunstancias diversas. Esta vez es Juan quien se dirige a Jesús para decirle que han visto un exorcista que usaba el nombre de Jesús para expulsar los demonios: “expulsaba demonios en tu nombre”. La existencia de exorcistas judíos no era algo infrecuente en aquellos tiempos, como podemos ver en el libro de los *Hechos* (19,13-17) que refiere el dato de un grupo de siete hermanos dedicados a tal actividad, los hijos del sumo sacerdote Esceva. La fama de Jesús como exorcista debe haberse extendido rápidamente, o quizá incluso la de sus discípulos en la misión ya relatada por san Lucas, en la que, entre otras cosas, expulsaron demonios en nombre de Jesús. Quizá esto explique que este personaje desconocido también invocara el nombre o la autoridad de Jesús para obligar a los demonios a dejar de molestar a sus víctimas. También los siete hermanos antes aludidos empleaban el nombre de Jesús —y el de Pablo— en sus oraciones de expulsión, pero al no contar con el mandato apostólico, no les fue muy bien que digamos, como indica, no sin cierto tono de humor el relato lucano.

(ii) Estamos, pues, si no me equivoco, ante una de las más antiguas manifestaciones del poder singular que tiene el *Nombre* de Jesús. No hablemos todavía de *devoción* a ese Nombre puesto que el exorcista judío no llegaría evidentemente a tal punto. Pero si la mera invocación por parte de quien no amaba a Jesús —¡ni lo conocía salvo

de oídas o quizá de vista!— es tan eficaz, ¡cuánto más no lo será de parte de quien lo lleva en su boca con cariño y auténtica fe!

(iii) Los discípulos, llevados de un celo indebido y con mucha autonomía (ya que a Jesús solo se lo refieren una vez consumados los hechos) intentaron impedirselo, creyendo que no solo obraban correctamente sino que su actitud sería aprobada y elogiada por el Maestro (y por tal razón se lo cuentan ufanos). El motivo que aducen es simplemente que “aquel no viene con nosotros”. Los discípulos de Jesús pensaban, pues, que el uso del nombre de Jesús era un derecho exclusivo de los que estaban con Él.

(iv) Las palabras de Cristo deben haberles desconcertado, ya que lo menos que se esperaban era que defendiera al *usurpador* de los exclusivos derechos del pequeño grupo de seguidores de Jesús. “No se lo impedáis”. No dice que aquel esté obrando correctamente (¿acaso no había una real incoherencia en quien reconocía el poder del nombre de Jesús pero no se ponía en su seguimiento?, y ¿no se aprovechaba de él sin rendirse a la verdad que constaba al ver el acatamiento de los demonios a ese nombre sagrado?); simplemente dice que no entorpezcan lo que hace.

(v) Y añade una razón de peso: “quien no está contra vosotros, está a favor de vosotros”. En san Marcos encontramos una sentencia casi similar, pero con el pronombre en primera persona: “quien no está contra nosotros, está a nuestro favor”. En la primera se refiere a los solos discípulos, en la segunda a Cristo con ellos. Entre los romanos, desde la guerra civil, se había hecho célebre un proverbio que oponía las actitudes de Pompeyo y César; decían los seguidores del primero: “Te hemos oído decir que nosotros (los hombres de Pompeyo) tenemos por adversarios nuestros a todos los que no están con nosotros, y que tú (César) tienes por tuyos (favorables a ti) a todos los que no están contra ti”. Jesús piensa del mismo modo que César, o mejor da la razón a César. Quienes no estorban nuestro camino nos favorecen, aunque no se alíen con nosotros. Su “dejar(nos) hacer” permite que obremos, caminemos y nos expandamos. Quizá no estén positivamente de nuestra parte, pero lo están negativamente, es decir, no entorpeciendo el camino. El exigir de los demás que decidan por una de solo dos alternativas —o resueltamente a nuestro favor o en nuestra contra— no consigue más

aliados, sino, generalmente, más adversarios; existe, pues, la realidad de los que nos dejan caminar sin alentarnos a caminar. Y agradezcamos que no nos ponen palos en las ruedas ni piedras en el camino, aunque ellos se nieguen a acompañarnos.

(vi) Esta expresión, sin embargo, parece que deba ser contrastada con otra que trae el mismo san Lucas tan solo dos capítulos más adelante y que a primera vista dice lo contrario: “El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama” (Lc 11,23). ¿Cómo podemos compaginar esta aparente contradicción? Y digo *aparente*, porque es lógico que el mismo san Lucas, tan cuidadoso, habría notado la contradicción, si no fuera patente para él las diferencias entre la primera y la segunda. Si no me equivoco la explicación consiste en una diferencia de contextos:

a) La primera frase hace referencia a la actitud de los hombres ante el operar de la Iglesia; es decir, la actitud respecto de la *libertad* de acción de la Iglesia. Quien no les impide la predicación, ni los persigue, en el fondo los favorece. Al hacer lo mismo que hacen los apóstoles, este exorcista solitario que invoca el nombre de Jesús, no les impide a ellos continuar su misión. No importa en este sentido cuáles motivos lo moviesen. Por eso dirá más tarde san Pablo a los filipenses hablando de predicadores que actuaban fuera de la autoridad del apóstol: “En todo caso, como quiera que sea, por hipocresía o por sinceridad, Cristo es anunciado, y de esto me alegro” (Flp 1,18).

b) La segunda, en cambio, se refiere a la respuesta personal a Cristo que se revela interpelando a cada uno para pedirle el obsequio de la fe y de la entrega del corazón. La referida expresión de Lucas 11,23, no lo olvidemos, es pronunciada a propósito de la reacción de algunos judíos ante uno de sus exorcismos, atribuyendo su poder a los mismos demonios (“por [el poder de] Beelzebul expulsa Éste los demonios”). Ante Cristo que se manifiesta patentemente a nosotros no puede haber actitudes indiferentes: o se lo acepta o se lo rechaza. No aceptarlo, suspendiendo la respuesta, es ya rechazarlo y trabajar en su contra (“quien no recoge conmigo, *desparrama*”). Jesús rechaza aquí la posibilidad de lo que más tarde la teología llamaría el “pecado filosófico”, es decir, una actitud que, siendo objetivamente mala, no entrañaría, sin embargo, ofensa a Dios. Si se está en pecado

mortal, siempre se está contra Cristo, y se *desparrama* lo que Él con tanto dolor ha recogido para nuestra salvación. No se puede ser una “buena persona” para con Jesús, si vivimos en pecado mortal, aunque este haya comenzado solo por la debilidad de la carne y no por la malicia del espíritu. Se puede ser, quizá, una “buena persona” en cuanto a las actitudes sociales con el prójimo. Pero no en la relación con Jesús. Por eso san Pablo dice: “cuando éramos *enemigos*, murió Él por nosotros”. Todo pecador, incluso el que juzgamos como una persona de *buena voluntad* es enemigo de Cristo, porque todo pecado mortal es un rechazo de la redención y una crucifixión de Cristo.

LOS SAMARITANOS

9,51-56

⁵¹ *Sucedió que como se iban cumpliendo los días de su ascensión, él se afirmó en su voluntad de ir a Jerusalén,* ⁵² *y envió mensajeros delante de sí, que fueron y entraron en un pueblo de samaritanos para prepararle posada;* ⁵³ *pero no le recibieron porque tenía intención de ir a Jerusalén.* ⁵⁴ *Al verlo sus discípulos Santiago y Juan, dijeron: “Señor, ¿quieres que digamos que baje fuego del cielo y los consuma?”* ⁵⁵ *Pero volviéndose, les reprendió;* ⁵⁶ *y se fueron a otro pueblo.*

(i) San Lucas usa una expresión particular recurriendo al verbo συμπληρώω (*sympleróo*), que significa llenarse completamente (como un barco se llena de agua), o (dicho del tiempo) cumplirse cabalmente. Aquí lo que se va llenando hasta el borde es el *tiempo* (los días) de la ἀνάληψις (*análepsis*), el ser tomado de arriba, o ser elevado. San Lucas vuelve a usar la forma verbal al resumir lo escrito en su evangelio al comienzo del libro de los Hechos: “El primer libro lo escribí, Teófilo, sobre todo lo que Jesús hizo y enseñó desde un principio hasta el día en que, después de haber dado instrucciones por medio del Espíritu Santo a los apóstoles que había elegido, fue llevado al cielo (ἀνελημφοθη, *anefmfthe*)” (Hch 1,2). Asimismo pocos versículos más adelante, al referir las palabras de los ángeles: “Galileos, ¿qué hacéis ahí mirando al cielo? Este que os ha sido llevado (ἀναλημφοθεις, *anefmftheis*), este mismo Jesús,

vendrá así tal como le habéis visto subir al cielo” (Hch 1,11). Y nuevamente después de diez versículos, en el discurso que dirige Pedro antes de elegir al reemplazante de Judas se lee: “conviene elegir a uno que haya estado con nosotros todo el tiempo que Jesús convivió con nosotros, desde el bautismo de Juan hasta el día en que nos fue llevado (ανελημφθη, *anelemfthe*)” (Hch 1,22). Pero no lo usa al describir la elevación misma del Señor, para la cual usa ἐπαίρω (*epaíro*), que significa alzar, enaltecer, izar, levantar. El tiempo de Cristo, por tanto, se llena, llega a su fin. Es el tiempo de volver al Padre, lo que indica no solo su ascensión al cielo sino lo que la precede y prepara: su muerte y su resurrección.

(ii) Pues bien, frente a esta inminencia, dice Lucas que Jesús τὸ πρόσωπον αὐτοῦ ἐστήριξε (*tò prósopon autou estérize*), es decir, literalmente, “endureció su rostro”. Στηρίζω (*sterízo*) significa literalmente “volverse resueltamente en cierta dirección”, y figurativamente se traduce como confirmar, establecer, afirmar. Por tanto, *fijó su rostro*, o, como traducimos generalmente, *afirmó su voluntad* de un modo irrevocable en la decisión de ir a Jerusalén. Esta necesidad de tomar una decisión resuelta para ir a Jerusalén deja en claro que ese “ser levantado” que iba a tener lugar allí incluía en primer término su muerte. Necesitamos afirmar nuestra voluntad cuando se trata de enfrentar el dolor, no cuando la perspectiva es recibir un premio. Jerusalén queda así fijada como la meta de Cristo. Porque un profeta no debe morir fuera de Jerusalén (cf. Lc 13,33).

(iii) Para ir a Jerusalén desde Galilea muchos preferían el camino largo por la Decápolis, es decir, atravesando el Jordán; pero era mucho más corto y directo pasar por territorio samaritano. Los samaritanos eran, sin embargo, hostiles hacia los judíos, razón por la que muchos evitaban este camino. Sabemos que Jesús a menudo pasaba por allí. San Juan nos relata el diálogo con la samaritana y la buena acogida que le dieron los de su aldea después que ella les comunicara que Jesús le había hablado proféticamente. Jesús nunca evitó ni despreció a este pueblo que profesaba una fe heterodoxa como consecuencia de la presencia de deportados extranjeros que los reyes asirios habían llevado allí precisamente con el propósito de hacerles perder la solidez nacional que le daba su religión. Los samaritanos aparecen elogiados en alguna parábola de Jesús (la del

buen samaritano, en Lc 10,30) y se benefician de algún milagro de Cristo como el caso del leproso agradecido (Lc 17,11). Más tarde recibirían con gozo la fe cristiana (Hch 8).

(iv) Pero en este caso no fueron recibidos en la aldea donde pidieron hospitalidad. No sabemos cuál puede haber sido. El motivo lo deja bien claro san Lucas: “porque tenía intención de ir a Jerusalén”, es decir, eran peregrinos religiosos, principal punto de disputa entre judíos y samaritanos: los primeros decían que se debía adorar en Jerusalén, mientras que los últimos defendían con idéntico fin el monte Garizim.

(v) Al ver el despecho recibido por el Maestro, la reacción de Santiago y Juan, quizá los más jóvenes del grupo, es un celo nacido más de motivos humanos que evangélicos, y además con el trasfondo de sus prejuicios judíos contra los samaritanos. Preguntan, pues, a Jesús si no deben “pedir” que baje fuego del cielo para consumir a este pueblo inhospitalario. Llama la atención la confianza que tenían estos dos apóstoles en su propio poder. ¿O debemos más bien entender la pregunta como un giro retórico invitando a Jesús a que Él mande el fuego abrazador, o menos sobrenaturalmente todavía como pidiendo permiso para ir ellos mismos a incendiar la aldea? Sea como fuere, este episodio es el que les merece el apelativo de “hijos del trueno” (*Boanerjes*) como refiere san Marcos (3,17)

(vi) Jesús se limitó a reprenderlos, enseñándoles así a no devolver mal por mal, es decir, a no ser esclavos de las ofensas ajenas, reaccionando como el ofensor a menudo pretende que lo hagamos: con enojo, rencor y violencia, para poder tomar pie de ello para una mayor ofensa. La violencia respondida con violencia, solo aumenta la violencia hasta consumir a uno o a los dos adversarios. Jesús, en el Sermón de la Montaña, opone a esta reacción tan humana y lamentable, la mansedumbre y el heroísmo.

LOS CANDIDATOS FLOJOS

9,57-62

⁵⁷ *Mientras iban caminando, uno le dijo: “Te seguiré adondequiera que vayas”.* ⁵⁸ *Jesús le dijo: “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no*

tiene donde reclinar la cabeza”.⁵⁹ A otro dijo: “Sígueme”. El respondió: “Déjame ir primero a enterrar a mi padre”.⁶⁰ Le respondió: “Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios”.⁶¹ También otro le dijo: “Te seguiré, Señor; pero déjame antes despedirme de los de mi casa”.⁶² Le dijo Jesús: “Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios”.

(i) Jesús está ahora en camino hacia Jerusalén, es decir, hacia el desenlace de su misión. San Lucas recoge de ese último viaje tres brevísimos diálogos sobre la vocación y el discipulado. Es necesario tener en cuenta que esto se desarrolla “mientras iban caminando”. Las respuestas de Nuestro Señor deben ser entendidas *en el contexto del camino a Jerusalén*. Jesús va a responder sobre las condiciones y exigencias del *caminar junto a Él*, no hacia cualquier parte sino hacia la Cruz, hacia donde se dirige desde el momento de la Encarnación.

(ii) El primer diálogo tiene lugar con “uno” que se le acercó, dice san Lucas. San Mateo, que también lo reporta, aclara que era un *escriba* (Mt 8,19). Este no pide; se ofrece él mismo, o mejor, promete entusiasmado: “Te seguiré adondequiera que vayas”. Manifiesta una gran generosidad y disponibilidad, y debe haber sido sincera, pues Jesús no lo corrige como cuando Pedro muestra también una disponibilidad semejante durante la Última Cena, ignorante de sus propios límites y debilidades. A este escriba Nuestro Señor no lo desanima, pero le recuerda las condiciones crucificadas del seguimiento de Jesús: Él y los suyos no tienen, ni han de tener, ni siquiera el cobijo y la seguridad de las aves y las raposas: “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza”. No rechaza su ofrecimiento, pero sí le aclara de qué se trata. Nuestro Señor jamás nos ha mentado sobre la realidad de su discipulado. Por el contrario, ha sido siempre claro, directo y sincero. Él quiere corazones verdaderamente libres, que se le entreguen con plena conciencia de aquello en que se meten.

(iii) En cambio, al segundo mencionado por san Lucas, lo llama el mismo Jesús: “Sígueme”. Este responde con una expresión que a nosotros no nos resulta comprensible: “Déjame ir primero a enterrar a mi padre”. A lo que Jesús responde con otra expresión más confusa todavía: “Deja a los muertos sepultar a sus muertos, y tú vete

y anuncia el reino de Dios”. No se trata de ninguna insensibilidad de Nuestro Señor para un muchacho que está velando a su padre. Este gozaría todavía de buena salud. El muchacho simplemente está posponiendo su entrega. Le está respondiendo a Jesús: Señor, iré contigo luego de que mis padres hayan fallecido. O sea: “te seguiré, pero no ahora”. Y usa una palabra que no debemos jamás emplear con Dios: “primero”. “Déjame primero...” No puede ponerse nada *antes* que Dios. La respuesta de Cristo, “que los muertos entierren a sus muertos”, significa que los que viven en el mundo se encarguen de los que viven en el mundo. El que es llamado solo debe tener una ocupación y preocupación: las cosas de Dios. Por eso, concluye: “tú, ve a anunciar el Reino”. De lo demás se encarga la Providencia divina.

(iv) En el diálogo con el tercero resalta la *urgencia* de la misión y del seguir el llamado divino. De este no sabemos si se ofrece espontáneamente o fue llamado por Jesús. Solo conocemos sus palabras: “Te seguiré, Señor; pero déjame antes despedirme de los de mi casa”. El pedido parece más que lógico. Jesús no dice que no, pero le responde como quien ve en el fondo del alma motivos inconfesos y un poso dubitativo: “Nadie que pone la mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios”. El Señor parece haber visto en ese borbotón de piedad filial de su candidato, un destello de pusilanimidad; un mirar atrás con dolor y temor de lo que se dejaba. Y responde con una imagen que sus oyentes entendían muy bien: los sencillos arados palestineses se conducían con una mano, mientras que con la otra se dirigía a los ingobernables bueyes, lo que exigía habilidad y concentración, por lo que, como dice Joaquín Jeremías, “si el labrador mira hacia atrás, el nuevo surco se tuerce”. No se puede trabajar adecuadamente en la labranza del Reino de Dios si uno mira constantemente con nostalgia y desazón las cosas y las personas a las que ha renunciado (no solo la familia, sino *el mundo* en general). Muchas vocaciones se viven con amargura porque se sobrellevan con el cuello torcido hacia atrás.

LA MISIÓN DE LOS SETENTA Y DOS

Lc 10,1-20

¹ Después de esto, designó el Señor a otros 72, y los envió de dos en dos delante de sí, a todas las ciudades y sitios a donde él había de ir. ² Y les dijo: “La mies es mucha, y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies. ³ Id; mirad que os envíe como corderos en medio de lobos. ⁴ No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias. Y no saludéis a nadie en el camino. ⁵ En la casa en que entréis, decid primero: «Paz a esta casa». ⁶ Y si hubiere allí un hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; si no, se volverá a vosotros. ⁷ Permaneced en la misma casa, comiendo y bebiendo lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No vayáis de casa en casa. ⁸ En la ciudad en que entréis y os reciban, comed lo que os pongan; ⁹ curad los enfermos que haya en ella, y decidles: «El Reino de Dios está cerca de vosotros». ¹⁰ En la ciudad en que entréis y no os reciban, salid a sus plazas y decid: ¹¹ «Hasta el polvo de vuestra ciudad que se nos ha pegado a los pies, os lo sacudimos. Pero sabed, con todo, que el Reino de Dios está cerca». ¹² Os digo que en aquel Día habrá menos rigor para Sodoma que para aquella ciudad. ¹³ ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que, sentados con sayal y ceniza, se habrían convertido. ¹⁴ Por eso, en el Juicio habrá menos rigor para Tiro y Sidón que para vosotras. ¹⁵ Y tú, Cafarnaúm, ¿hasta el cielo te vas a encumbrar? ¡Hasta el Hades te hundirás!

¹⁶ Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha; y quien a vosotros os rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado”. ¹⁷ Regresaron los 72 alegres, diciendo: “Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre”. ¹⁸ Él les dijo: “Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. ¹⁹ Mirad, os he dado el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre todo poder del enemigo, y nada os podrá hacer daño; ²⁰ pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos”.

(i) San Lucas nos relata una segunda misión de los discípulos de Cristo. En esta envía a setenta y dos y no solo a los Doce. Algunos códigos dicen setenta en lugar de setenta y dos, pero los exégetas conjeturan que se trata de una simplificación de los

copistas, influidos, quizá, por los setenta ancianos que Moisés elige por jueces colaboradores suyos (aunque este tipo de *influencias* de los autores del Antiguo sobre los del Nuevo Testamento debemos tomarlas con pinzas y no dejar que nos quiten el sueño, porque con el mismo argumento sus defensores son capaces de decirnos que nuestro episodio no es más que una *reelaboración* del pasaje del Éxodo). Por tanto, fueron setenta y dos porque así lo traen la mayoría de los textos antiguos. Los consejos que da Jesucristo coinciden sustancialmente con los que san Mateo refiere para la primera misión de los Doce (Mt 10,5-16), y no debe extrañarnos que Jesús los haya repetido estas y varias veces más; generalmente damos siempre los mismos consejos a los misioneros porque lo que deben hacer es casi siempre lo mismo y lo que es probable que les suceda será más o menos lo mismo. Lo cierto es que san Lucas decidió relatarlos en esta oportunidad y no en la anterior.

(ii) El enviado de Cristo representa verdaderamente a Cristo, y en el fondo, al mismo Padre celestial: “Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha; y quien a vosotros os rechaza, a mí me rechaza; y quien me rechaza a mí, rechaza al que me ha enviado”. Ya hemos aludido al concepto del *shaliach* entre los semitas y al dicho rabínico “*shaliach* de un hombre es como el hombre mismo”. Pero lo hicimos en relación con los apóstoles. Este episodio nos muestra que se puede extender a todo el que es enviado por Cristo, pues la misión de los setenta y dos incluye sesenta discípulos que no pertenecían al grupo de los *Doce*. Todo el que recibe un mandato de Cristo lleva la presencia y la autoridad de Cristo, reviste su dignidad, y, en consecuencia la de Dios Padre, que envía a Cristo.

(iii) Esta es, en realidad, de una especie de pre-misión, o misión preparatoria de la que haría de ahí a poco el mismo Jesús; por eso los envía “a todos los sitios a donde él iba a ir”. Deben, pues, allanar el camino. Este es el fin de toda misión: preparar el camino del Señor.

(iv) “Y los envió de dos en dos”. Hay tres razones para esta distribución por parejas: la ayuda mutua; garantizar la verdad de su testimonio (cf. Dt 19,15); ser una expresión viviente del evangelio de la paz (cf. vv. 5-6). Este consejo o mandato del Señor se siguió respetando entre los primeros cristianos. La más famosa pareja

misionera de los tiempos apostólicos fue la de Pablo y Bernabé (cf. Hch 13).

(v) Luego les da las instrucciones para que realicen la misión con el espíritu propio que los debe animar. Sigamos estas preciosas indicaciones:

- a) Ante todo la oración: “Y les dijo: La mies es mucha, y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies”. Con esta alusión quizá Jesús quería hacerles entender que podían buscar colaboradores en los pueblos y caseríos en los que entraran, porque indudablemente el encargo misionero era una labor más grande de la que ellos podían llevar a cabo por sí solos. En caso de ser así, el encontrar tales ayudantes solo podía ser un don de Dios, porque los *obreros de la mies divina* solo los puede suscitar el *Dueño de la mies*, quien únicamente los concede como fruto de la oración. Este mandato, sin embargo, excedía el marco de la misión histórica de los setenta y dos, que debe haber sido bastante circumscripita territorial y temporalmente, por lo que Jesús estaba instruyendo a su futura Iglesia sobre el don divino de las vocaciones consagradas a la predicación del Reino. Solo se reclutan obreros para las almas a fuerza de oración y penitencia.
- b) La actitud: “Id; mirad que os envío como corderos en medio de lobos”. Jesús no dice simplemente que aquellos a los que los envía son lobos sino que a sus discípulos los envía *como corderos*, es decir, a comportarse como tales. Si hubiera dicho simplemente: “vais a predicar a lobos”, podría entenderse que les indicaba que estuvieran atentos y se defendieran de los ataques. Pero el Señor subraya que Él los manda “como corderos”, es decir, con las actitudes del cordero que son la indefensión, la mansedumbre y la bondad. San Mateo, en su texto paralelo (10,16), añade dos virtudes que no quitan al cordero su mansedumbre pero compensan su indefensión: “Yo os envío como corderos en medio de lobos. Sed, pues, prudentes (φρόνιμοι, *fronimoi*) como serpientes y simples (ἀκέραιοι, *akéraiōi*) como palomas”.

Jesús no manda a sus ovejas al matadero sino que les dice que sean prudentes y que hagan lo que el cordero: que balen. Si para pedir ayudantes han de rezar al Dueño de la mies, como corderos indefensos en medio de chacales deben balar para que el Perro Pastor, que es el mismo Cristo, venga a defenderlos. Esta indicación hace referencia también a la disposición para la persecución y el martirio, que debe caracterizar al misionero.

- c) “No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias”. La riqueza del misionero es su pobreza, porque lo empuja a vivir en plena confianza en la divina Providencia. Esto se completa con los que dice más adelante: “Permaneced en esa casa y comed y bebed de lo que os sirvieren, porque el obrero merece su salario”.
- d) “A nadie saludéis por el camino”. Es una acción que a primera vista parece chocante y poco comprensible. Sin embargo se trata aquí de una figura hiperbólica de aquellas a las que Jesús apela de vez en cuando. Subraya, en realidad, la urgencia de la misión, y la necesidad de evitar las dilaciones inútiles.
- e) “En cualquier lugar que entréis decid primero: la paz sea con esta casa”. El misionero debe llevar la paz espiritual, que es fruto de la conversión de los corazones, de la reconciliación con Dios. Llevar la paz espiritual sintetiza las obras de misericordia espirituales. Esta paz, empero, solo descenderá sobre los que son, como los llama Jesús, según esta reportación lucana, “hijos de la paz”: “Y si hubiere allí un hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; si no, se volverá a vosotros”.
- f) “Curad a los enfermos”. Es el segundo fin del misionero: hacer el bien incluso temporal, en la medida de lo posible. Esta alusión sugiere todas las obras de misericordia corporal.
- g) “Decidles: El reino de Dios está cerca de vosotros”. La predicación del misionero debe tener el mismo objeto que la de Cristo: la llegada del Reino de Dios, es decir, que Dios es Rey de cada hombre, de cada relación humana (amical, familiar, social y política), que su Verdad debe ser la *forma*

según la cual se ha de construir todo cuanto se construya en este mundo. Sobre esto comenzó predicando Nuestro Señor; por ese mismo motivo no puede ser otro el cometido del enviado de Cristo.

(vi) La responsabilidad del misionero ante Dios se ve cumplida en este ir y anunciar. Lo demás, el desenlace de la lucha entre la gracia y la libertad en cada corazón, ya no es tarea suya ni su competencia: “En la ciudad en que entréis y no os reciban, salid a sus plazas y decid: «Hasta el polvo de vuestra ciudad que se nos ha pegado a los pies, os lo sacudimos. Pero sabed, con todo, que el Reino de Dios está cerca»”. El no aceptar el anuncio no puede impedir la venida del Reino. Sólo puede causar la pérdida de él, el quedarse fuera de algo que ha estado a la mano por un acto misericordioso de Dios. La cercanía del Reino es, además, *elemento de juicio* para cada hombre. Porque la aceptación del Reino no es algo optativo. Dios solo invita y ofrece la gracia para entrar en él, pero no mete a la fuerza, es decir, no compele. No introduce con violencia porque la fe y amor no pueden causarse violentamente; exigen la libertad del hombre. Pero hay una *obligación moral*. El que no entre será juzgado por no haber entrado. De ahí que esta expresión “el Reino de Dios está cerca”, también adquiera un sentido de amenaza, porque se relaciona con el juicio, que será sobre la aceptación del Reino: “Os digo que en aquel Día habrá menos rigor para Sodoma que para aquella ciudad. ¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, tiempo ha que, sentados con sayal y ceniza, se habrían convertido. Por eso, en el Juicio habrá menos rigor para Tiro y Sidón que para vosotras. Y tú, Cafarnaúm, ¿hasta el cielo te vas a encumbrar? ¡Hasta el Hades te hundirás!”.

(vii) Barclay hace notar un detalle interesante. Jesús cita aquí el pueblo de Corazín y se da a entender que hizo allí muchos milagros; pero en ningún otro lugar de los evangelios se vuelve a decir algo de esta aldea o se indican hechos prodigiosos relacionados con ella. Es este un ejemplo de lo mucho que ignoramos de la vida de Jesús y deja a las claras que los evangelios no son biografías completas, sino meros bocetos de la vida de Jesús, por eso dirá Juan

al final de su evangelio que todo cuanto Jesús hizo y enseñó llenaría todos los libros del mundo (cf. Jn 21,25).

(viii) Lucas añade inmediatamente el relato del regreso de los discípulos. La relación que estos hacen ante el Maestro nos muestra los frutos de su misión. Principalmente son dos. Uno primario y otro secundario. Los discípulos, como los hombres en general, están más impresionados por el secundario, que es más llamativo y estruendoso: el sometimiento de los demonios. “Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre. Él les dijo: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. Mirad, os he dado el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre todo poder del enemigo, y nada os podrá hacer daño»”. La llegada del mensaje de Cristo, aunque sea a través del enviado de Cristo, es suficiente para poner en fuga los malos espíritus que esclavizan a los hombres. Es la luz de la verdad evangélica y la fuerza de la gracia lo que vence al demonio.

(ix) Pero no es este el principal fruto sino la salvación de las propias almas, la de sus misioneros: “pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos”. El cumplir con la misión que Dios ha asignado a cada uno de nosotros en este mundo *deja por escrito* nuestros nombres en el cielo. Y este es el principal fruto de la misión, porque en ella el misionero realiza ese cometido por el cual y para el cual Dios lo ha creado, y así se gana su lugar en el cielo. Lo demás es secundario y accesorio. Y si lo primero no es primero y lo segundo segundo, sino que se trocan los puestos, gustando más el poder sobre los espíritus que la unión con Dios, entonces el poder sobre los demonios puede hacernos iguales a los demonios: orgullosos del imperio espiritual. Lo cual es lo peor que podría sucedernos.

LA REVELACIÓN DEL HIJO

Lc 10,21-24

²¹ *En aquel momento, se llenó de gozo Jesús en el Espíritu Santo, y dijo: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has*

revelado a pequeños. Sí, Padre, pues tal ha sido tu beneplácito. ²² *Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar*". ²³ *Volviéndose a los discípulos, les dijo aparte: "¡Dichosos los ojos que ven lo que veis!* ²⁴ *Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron*".

(i) "En aquel momento". San Lucas pone estas palabras de Nuestro Señor en relación con lo que los discípulos han experimentado o conocido experimentalmente durante la misión a la que Él los ha enviado.

(ii) La expresión "llenarse de gozo en el Espíritu Santo" alude a una acción del Espíritu divino sobre el alma humana de Jesús. El verbo ἀγαλλιάω (*agalliáo*) viene de ἄγαν (*ágan*), mucho, y ἄλλομαι (*hálomai*), saltar o borbotar. Propiamente se traduce como saltar de gozo, exultar, regocijarse. Muchos comentaristas explican este pasaje obviando la referencia a la tercera Persona de la Trinidad, como si la expresión fuera referida al espíritu mismo de Jesús, su alma humana: "he rejoiced in spirit" (M. Henry); "Jesús se alegró en espíritu, y dijo" (Jamieson, Fausset, Brown). Otros ni se toman la molestia de explicarlo. Pero la referencia no es al alma humana de Jesús, sino a la acción del Espíritu Santo sobre ella, como traduce muy bien Nieto: "En aquel momento, lleno de gozo bajo la acción del Espíritu Santo". Así lo entiende la tradición católica. Santo Tomás cita en su *Catena aurea* a san Cirilo quien dice: "se alegró en el Espíritu Santo; esto es, en los efectos que provienen del Espíritu Santo". El alma humana de Cristo "era movida por el Espíritu Santo en grado perfectísimo", dice el mismo Aquinate en otro lugar, por lo que en Él "se dieron los dones en grado excelentísimo"¹⁷.

(iii) "Has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a pequeños". Dios ha ocultado y ha revelado, pero el motivo principal de la alabanza no es el haber ocultado, sino el haber revelado. En tiempos de Jesús por sabios y entendidos se designaban los doctores de la ley, que se llamaban a sí mismos sabios y

¹⁷ *Suma Teológica*, III, 7, 5.

prudentes; los menores, sujetos a tutela, eran los que formaban parte del “pueblo maldito”, de la hez de la tierra, que no tenían el menor conocimiento de la ley, eran ignorantes y, por tanto, ni siquiera se recataban del pecado. Así, un doctor de la ley del tiempo de Jesús decía: “Un ignorante no teme el pecado, y un *am ha arez* (uno que no conocía la ley a la manera de los doctores de la ley) no es piadoso”. Sin embargo, los sabios e inteligentes también fueron interlocutores de Jesús, pero no fueron capaces de entender lo que el Padre les revelaba por las obras de Cristo. Más bien las reinterpretaron y tergiversaron al punto de entrever en ellas un poder incluso diabólico y no divino (“por el poder de los demonios expulsa este a los demonios”). En cambio los pequeños, es decir, no los niños sino los humildes, se han dejado enseñar por Dios. Y este es “el beneplácito divino”, es decir, la voluntad divina que confunde de esta manera a los pagados de sí, a los sabios de este mundo, es decir, a los que tienen sabiduría puramente mundana y están orgullosos de ella. Ellos, creyéndose dueños de los secretos de la naturaleza y de Dios, non han sido capaces de entender el mensaje de Dios. Porque se creen sabios Dios los deja burros en su necedad. “Dios caza a los sabios en su astucia”, dice san Pablo citando a Job (1Co 3,19, cf. Job 5,13).

(iv) El objeto del júbilo (la revelación de “estas cosas”) está relacionado con el relato de sus discípulos. Jesús ve que el Padre les ha revelado el misterio de su poder y su misión redentora, que ellos han expresado con el sometimiento de los demonios *en el nombre de Cristo*: “hasta los demonios se nos sometían en tu nombre”. Los discípulos han comprendido que Jesús ha venido a arrojar al Príncipe de este mundo, al que tenía sometido al mundo por medio de la esclavitud del pecado, o sea, han entrevisto que es Redentor. Y han vislumbrado también el poder que tiene, del todo singular, supra angélico, porque los demonios tiemblan ante su solo Nombre pronunciado por un débil enviado. Se trata, por tanto, de la revelación del *mesianismo* de Jesús. El deseo de ver al Mesías, de estar presente en el momento de su aparición en el mundo y de la liberación de su pueblo, era la aspiración central de todo buen judío. Lo desearon reyes, profetas, caudillos, sacerdotes, y el simple judío de a pie (“Os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que

vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron”)... Pero al hacerse realidad los grandes, los que tenían las claves bíblicas para darse cuenta de esto, no se percataron. Más aún, no es que ni se enteraran, es que tuvieron al Mesías ante sus ojos y la llave para comprender su mesianismo (las obras que el Padre hacía por su medio) y por su cerrazón le dieron otra interpretación. En cambio, los humildes, los *abiertos* a la revelación divina, acogieron en sus corazones incluso a la *desconcertante revelación divina* de Jesús.

(v) Jesús añade una frase que aumenta la revelación que hace de sí mismo: “Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce quién es el Hijo sino el Padre; y quién es el Padre sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar”. Con estas palabras Jesús afirmaba su unidad con el Padre afirmando una *comunidad de conocimiento* entre el Padre y el Hijo, lo que equivale a proclamarse Dios. Para Jesús, pues, Dios no es solamente “el Padre de Israel, el Padre de los hombres”, sino “mi Padre”. “Mío”: por este pronombre y por el modo del todo particular en que Jesús lo pronunciaba, los judíos decidirían más tarde matarlo: “porque llamaba a Dios su Padre” (Jn 5,18). “Suyo” en un sentido totalmente literal: Aquel a quien sólo el Hijo conoce como Padre, y por quien solamente y recíprocamente es conocido. Dice A. Stöger en el *Nuevo Testamento y su Mensaje*: “Que el Padre conozca al Hijo y el Hijo al Padre se debe a que el Padre y el Hijo viven en la más íntima comunión. Jesús y Dios se conocen recíprocamente: el Padre conoce quién es el Hijo, y el Hijo, quién es el Padre. La vida consciente del Hijo está marcada por la comunión con el Padre, como la vida del Padre lo está por la comunión con el Hijo. Dado que nadie conoce quién es el Hijo, sino el Padre, y nadie conoce quién es el Padre, sino el Hijo, la comunión entre Padre e Hijo es única y exclusiva. Es una comunión singular, en la que nadie puede tener participación fuera del Padre y del Hijo. Lo que se dice acerca de esta comunión recíproca entre Jesús y Dios, se expresa por la relación de Hijo a Padre. También esta se da entre Jesús y Dios de una forma que no se repite entre otro hombre y Dios. Lo que expresa esta «perla» de todas las aserciones de Cristo sobre la relación de Jesús con Dios, se halla con frecuencia formulado en el Evangelio de san Juan: «Yo soy el buen pastor: yo conozco mis

ovejas, y las mías me conocen a mí, como el Padre me conoce a mí, y yo conozco al Padre» (Jn 10,14 s). El Padre conoce al Hijo, y el Hijo conoce al Padre, porque todo lo que Cristo llama suyo es también del Padre, y lo que es del Padre, es también suyo: «Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío, y así soy yo glorificado» (Jn 17,10). Jesús y el Padre son «uno» (Jn 10,30)”¹⁸. San Cirilo, citado por el Aquinate en el comentario a este pasaje en la *Catena Aurea*, explica contra los arrianos que hacían del Hijo una creatura: “Después de haber dicho que el Padre le había dado todas las cosas, se eleva a su propia gloria y excelencia, demostrando que el Padre no lo supera en nada; por lo que añade: «Y ninguno conoce quién es el Hijo sino el Padre, ni el Padre sino el Hijo». La capacidad de la criatura no puede comprender el modo de la sustancia divina, que supera a toda inteligencia, ni su hermosura, que está sobre toda concepción; pero la naturaleza divina conoce en sí misma lo que es. Y así el Padre, por lo que es, conoce al Hijo; y el Hijo, por lo que es, conoce al Padre, sin que intervenga diferencia alguna en cuanto a la naturaleza de la divinidad. Nosotros creemos que es Dios; mas lo que es en su naturaleza es incomprensible. Si, pues, el Hijo es creado, ¿cómo Él sólo conocería al Padre?; o ¿cómo sólo lo conocería el Padre? Porque conocer la naturaleza divina es imposible a toda criatura; pero conocer la naturaleza de las cosas creadas, (cómo son) no excede los límites de la sana inteligencia, aun cuando supere a la nuestra”.

(vi) Añade, además, Jesús, que también conoce quién es el Padre aquel a quien el Hijo quiere revelárselo. “Jesús, sigue diciendo Stöger, tiene también poder para dar participación en su propio conocimiento del Padre. El Hijo puede revelar este conocimiento a quien quiere revelárselo. Por sí mismo no puede el hombre tener este conocimiento. Cuando Jesús revela a una persona que Dios es el Padre de Jesús, y lo hace en forma singularísima y en la más íntima comunión, entonces le da también participación en la comunión en que él mismo vive con el Padre, le da participación en la vida eterna. «Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti y al que tú enviaste» (Jn 17,3). El poder que se ha dado a Jesús lo utiliza él para otorgar el conocimiento del Padre y con ello dar vida eterna (Jn 17,2). La

¹⁸ Stöger, *El Evangelio según san Lucas*, I, 302-303.

oración de Jesús es una eflorescencia del conocimiento mutuo del Padre y del Hijo, diálogo que procede de este conocimiento, júbilo del alma por esta mutua comunión de conocimiento. Aquel a quien Jesús revela quién es el Padre, llega a una oración semejante, que es un clamar «abba» (Rm 8,15; Gal 4,6), que es una exuberancia del conocimiento de fe y proviene del fondo de la comunidad de don con el Padre y el Hijo. El fondo más íntimo del que brota el diálogo del alma con Dios es la unión con él según el arquetipo de la unión de Jesús con Dios, del Hijo con el Padre¹⁹.

(vii) La afirmación “os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron”, subraya el carácter absolutamente gratuito de la revelación divina sobre el Padre y el Hijo. Los profetas y reyes a los que alude el Señor son los santos del Antiguo Testamento, los cuales rezaron con mucho más fervor que los apóstoles de Cristo en el tiempo anterior a que Jesús los llamara a su seguimiento, y sin embargo, a aquellos no les fue concedido el trato familiar y la revelación personal del Verbo. Lo mismo debemos decir nosotros, que gozamos la revelación plena del Nuevo Testamento y no nos encontramos ya, como aquellos, en las sombras de la Antigua Alianza o en las tinieblas del paganismo. Y esto, indudablemente, no por nuestros méritos que son más bien deméritos y deudas para con Dios. Dios se apiada de quien quiere. Dice bien Barclay cuando destaca que estos últimos versículos contienen la afirmación de que Jesús es la consumación de toda la Historia. Se reconoce a sí mismo como aquel que todos los profetas, santos y reyes han esperado y anhelado. Desvaría, en cambio, cuando pretende que la traducción moderna de esta verdad, “para los que creen en la evolución”, equivale a que “Jesús es el clímax y el punto omega del proceso evolucionario, porque en Él el hombre llega a Dios; es a un tiempo la perfección de la humanidad y la plenitud de la divinidad”. Esta visión tehilardiana, de cuya viruela se contagió lamentablemente Barclay, está en las antípodas del Evangelio. Jesús no es la realización divina del hombre, sino Dios que asume una naturaleza

¹⁹ *Ibidem*, 303-304.

humana. Hay que tener mucha confusión de ideas para ayuntar así dos premisas contradictorias.

PARÁBOLA DEL BUEN SAMARITANO

Lc 10,25-37

²⁵ *Se levantó un legista, y dijo para ponerle a prueba: “Maestro, ¿que he de hacer para tener en herencia vida eterna?”* ²⁶ *Él le dijo: “¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?”* ²⁷ *Respondió: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo”.* ²⁸ *Díjole entonces: “Bien has respondido. Haz eso y vivirás”.* ²⁹ *Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús: “Y ¿quién es mi prójimo?”* ³⁰ *Jesús respondió: “Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de salteadores, que, después de despojarle y golpearle, se fueron dejándole medio muerto.”* ³¹ *Casualmente, bajaba por aquel camino un sacerdote y, al verle, dio un rodeo.* ³² *De igual modo, un levita que pasaba por aquel sitio le vio y dio un rodeo.* ³³ *Pero un samaritano que iba de camino llegó junto a él, y al verle tuvo compasión; y, acercándose, vendó sus heridas, echando en ellas aceite y vino; y montándole sobre su propia cabalgadura, le llevó a una posada y cuidó de él.* ³⁵ *Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y dijo: «Cuida de él y, si gastas algo más, te lo pagaré cuando vuelva».* ³⁶ *¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores?”* ³⁷ *Él dijo: “El que practicó la misericordia con él”.* *Díjole Jesús: “Vete y haz tú lo mismo”.*

(i) La parábola del *buen samaritano* es exclusiva de san Lucas. La ocasión surge a raíz de una pregunta de un especialista en la Ley, es decir, un escriba. Este tantea a Jesús con una pregunta que apunta a probarlo en el conocimiento de la Ley, o en su sabiduría para interpretarla, o, para ver si enseña cosas distintas de las que transmitieron los antiguos. Es una interrogación de la cual el preguntador cree saber de antemano la respuesta: ¿qué tengo que hacer para alcanzar la vida eterna? Jesús le retruca pidiéndole que él mismo le recite lo que dice la Ley; de este modo le hace entender que

Él no tiene una doctrina diversa de la que está contenida en la Ley sino, en todo caso, una verdadera y más profunda comprensión de ella.

(ii) El jurista responde resumiendo diversos pasajes del Antiguo Testamento (Dt 6,4-9; 11,13; Lv 19,18): “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y a tu prójimo como a ti mismo”. Hace una buena síntesis de los pasajes de la Ley. Es claro que el semitismo solo alude a las diversas partes del hombre (alma, corazón, mente...) con la intención de indicar “totalidad”. Sin embargo, algunos Padres y teólogos han querido encontrar alusiones particulares en cada uno de los elementos mencionados. Así Santo Tomás entendía por “corazón” la intención, puesto que incluso las buenas obras, si se realizan con mala intención, se corrompen (Lc 11,34: “Si tu ojo [intención] fuese malo, todo tu cuerpo será tenebroso”; 1Co 10,31: “Ya comáis, ya bebáis, o cualquier otra cosa que hagáis, hacedlo todo para la gloria de Dios”). En la alusión al “alma” ve, en cambio, expresada la buena voluntad (el elegir bien), puesto que no basta únicamente con tener buena intención si elegimos y realizamos acciones que son, en sí mismas, malas; dar a Dios el alma o la voluntad significa hacer concordar nuestra voluntad con la divina. Por “mente” entiende la inteligencia, según lo de san Pablo: “hay que doblegar todo pensamiento a la obediencia de Cristo” (2Co 10,5). Por “fuerza” entiende las energías y potencias, es decir, la disposición a desgastarse por Dios.

(iii) Nuestro Señor aprueba la síntesis del legista y da, en apariencia, por terminada su respuesta: “has respondido bien; haz eso y tendrás la vida eterna”. El camino para la salvación es, pues, el camino del amor: a Dios y al prójimo. Y esto está ya en el Antiguo Testamento.

(iv) Pero el escriba judío debía justificar su pregunta y dejar en claro ante sus oyentes que no había interrogado por ignorancia; no quería pasar por discípulo del Maestro sino por experto en la Ley. Por eso retruca con la pregunta sobre el prójimo, como dando a entender que su pregunta inicial iba dirigida a este punto: “Y ¿quién es mi prójimo?” “Prójimo” significa “vecino”, “afín”, “cercano”. La pregunta deja entender que entendía el concepto de prójimo en

sentido restrictivo, despojado de la connotación original según la cual próximo es simplemente aquel que tengo cerca. El escriba no lo entendía así, de lo contrario su pregunta carecería complementemente de sentido. Para él, como para muchos judíos, la proximidad entre los hombres se basaba en la afinidad del parentesco, de la raza y de la religión, y quizá podía restringirse más todavía, en el sentido de aplicarse exclusivamente a los miembros de la propia familia o del clan, o solo a los hijos, o incluyendo amigos... La pregunta del estudioso de la Ley solo se comprende en el contexto de una visión reducida de la caridad.

(v) Pero Jesús responderá con una parábola en la que rompe esos estrechos horizontes por los cuatro costados. Ante todo, centrará la acción sobre un *hombre*, no sobre un judío. Puede ser cualquier hombre, de cualquier raza y cualquier religión. Jesús universaliza al máximo su lección. La historia creada por Jesús podía acaecerle a cualquiera. Un hombre bajaba de Jerusalén (740 metros sobre el nivel del mar) a Jericó (350 m bajo el nivel del mar, es decir, mil metros más abajo). Era un camino solitario y rocoso de unos 27 kilómetros, por una región en que abundan los barrancos. Los asaltos de ladrones en este camino están referidos en la literatura desde la antigüedad hasta la edad moderna. Y esto fue lo que acaeció a este hombre, que cayó en manos de malhechores quienes lo dejaron agonizando junto al camino. Nuestro Señor describe las actitudes de tres caminantes: dos judíos que tenían razones de peso para entender la Ley divina (pues eran, respectivamente, un sacerdote y un levita, es decir, gente al servicio de Dios) y uno considerado por los judíos como un paria: un samaritano, es decir, un peor-que-hereje.

(vi) Los dos primeros, *después de ver al hombre tirado*, se hicieron los distraídos y dieron un rodeo. ¡Este es nuestro mayor problema: los *rodeos* que damos para *evitar* quedar enfrentados al dolor ajeno o para eludir la responsabilidad de hacernos cargo del otro! Estos dos hombres de corazón tan poco divino nos representan a nosotros cada vez que evitamos quedar comprometidos en la ayuda del prójimo necesitado. No queremos perder nuestro tiempo, ni desviarnos de nuestros planes prefijados, ni gastar nuestro esfuerzo o nuestro dinero... Pero, por sobre todo, no queremos que nuestra conciencia *nos reproche nuestras miserables actitudes*, y por eso

elegimos “dar un rodeo”. ¿Qué nos aporta el rodeo? No quedar cara a cara ante la necesidad ajena y, por tanto, ante la verdad de que *no queremos hacer nada concreto por solucionarla*. Y parece más fácil controlar la conciencia si podemos excusarnos pensando que *no nos hemos percatado completamente* de lo que estaba sucediendo. Hasta hace falta cierto valor para reconocer: sé cuánto me necesita este hombre pero elijo ser un miserable y un egoísta y no ayudarlo. Probablemente el sacerdote y el levita no carecían de sentimientos, pero defendían inconscientemente su *comodidad*.

(vii) Algunos interpretan esta actitud como dictada más bien del *temor a contaminarse legalmente* del hombre medio muerto; entendiendo que por eso Jesús eligió dos personajes que pasaban en la sociedad judía por fieles observantes de la ley: si el hombre estaba efectivamente muerto ellos habrían quedado ritualmente contaminados. En este sentido representarían a quienes ponen la ley ritual (humana) por encima de la divina de la misericordia y del socorrer al prójimo. Entre nosotros, que no tenemos esa legislación que tanto criticó Nuestro Señor, se aplicaría más bien a los que sienten asco del prójimo pecador, o miserable, o en extrema necesidad física o moral. Es más atractivo dedicarse a los más educados, pudientes y cultos. Siempre tiene su cuota de sacrificio el salir al encuentro del sucio, del maleducado, del borracho, del desheredado, del que vive entre la basura y en estado moralmente semisalvaje o salvaje del todo. En fin, que estos dos personajes, con su proceder, dan para espejarnos a todos los cómodos, comodones, indiferentes y egoístas que llenamos el mundo y la misma Iglesia de Dios.

(viii) A estos dos Jesús opone la actitud de un samaritano. Tiene que haber sido duro para los oyentes oír de labios del Señor el elogio de un enemigo, un paria, un hereje. Pero Jesús echa sal en el orgullo herido del judío, y elige como personaje a un despreciado samaritano. Éste no duda en acercarse al malherido y siente compasión, cura sus heridas con su propio aceite y vino, lo carga sobre su propio asno, lo lleva a una posada y vela junto a él, y al tener que marcharse paga por adelantado para que el posadero continúe atendiéndolo y se compromete a pagar a su retorno lo que este gaste de más.

(ix) El escriba había respondido que se debe amar al prójimo “como a uno mismo”. ¿Qué entraña esta expresión? Santo Tomás dice que implica cuatro notas en el amor: “1º Lo primero es que debemos amarlo *verdaderamente* como nosotros nos amamos a nosotros mismos; esto lo hacemos si amamos al prójimo por sí mismo y no por nosotros. Porque hay que notar hay tres clases de amor, de los cuales sólo uno es verdadero: el primero es el amor motivado por la utilidad, el cual ciertamente no es verdadero amor; el segundo es el amor causado por el deleite, el cual tampoco es verdadero amor...; el tercero es el amor causado por la virtud; y sólo éste es amor. Cuando amamos de este modo no amamos al prójimo por nuestro bien sino por el suyo. 2º Lo segundo es que debemos amar *ordenadamente*, es decir, que no lo debemos amar más que a Dios o en la misma medida en que amamos a Dios, sino exactamente como te debes amar a ti mismo. Cantar 2,4: «Ordenó en mí la caridad». Y esto lo enseñó el Señor al decir: «Quien ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; y quien ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí» (Mt 10,47). 3º Tercero, que lo debemos amar *eficazmente*. Tú no sólo te amas, sino que procuras con dedicación conseguirte bienes y evitarte males. Así también debes hacer al prójimo. 1Jn 3,18: «No amemos de palabras ni con la lengua, sino con las obras y la verdad». Ciertamente son pésimos los que aman con la boca y hieren con el corazón (cf. Sal 27,3; Rm 12,9). 4º Cuarto, que debemos amarlo *perseverantemente*, como tú te amas perseverantemente. Prov 17,17: «El que es amigo ama todo el tiempo, y el hermano se comprueba en las angustias», es decir, el amigo se demuestra tanto en el tiempo de adversidad cuanto de prosperidad”²⁰.

(x) Jesús le pregunta luego a su interlocutor: ¿Quién de estos tres te parece que fue prójimo del que cayó en manos de los salteadores? En el uso corriente la palabra “prójimo” designa a una persona que se encuentra cerca mío (próxima a mí); pero el concepto indica una relación y vale tanto para esa persona respecto de mí (es “mí prójimo”) como para mí respecto de ella (“yo soy su prójimo”). “Comportarse como prójimo” significa actuar convencido de que

²⁰ Santo Tomás, *In duo praecepta caritatis*, nnº 1176-1180.

tengo una obligación moral respecto de alguien, de que soy –contra la actitud de Caín– “guardián de mi hermano”. Ver al otro, sea quien sea, como prójimo, es decir, como persona puesta por Dios a mi cuidado, es una obligación natural y sobrenatural que está expresada en el primer mandamiento.

(xi) El escriba no responde “el samaritano”, porque, como judío, sentiría reticencia a hablar bien de un enemigo. Lo designa, sin embargo, con un apelativo más hermoso: “el que practicó misericordia”. Y sin darse cuenta dice una gran verdad, porque la misericordia es superior al origen, a la raza, a la tribu, y a toda costumbre. Los hombres se hermanan cuando pasan a ser hijos de la misericordia. Las obligaciones de la misericordia están por encima de toda barrera racial, ideológica y geográfica, e incluso religiosa. Hay un orden, indudablemente, en la caridad, pero orden es jerarquía y un antes y un después, no exclusión. La caridad –y la misericordia– es ordenada pero universal.

(xii) Jesús dio por terminada la respuesta diciéndole: “vete y haz tú lo mismo”. Si no se vive la caridad, no vale de nada conocerla.

MARTA Y MARÍA

Lc 10,38-42

³⁸ *Yendo ellos de camino, entró en un pueblo; y una mujer, llamada Marta, le recibió en su casa.* ³⁹ *Tenía ella una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra,* ⁴⁰ *mientras Marta estaba atareada en muchos quehaceres. Acercándose, pues, dijo: “Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile, pues, que me ayude”.* ⁴¹ *Le respondió el Señor: “Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; ⁴² y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada”.*

(i) San Lucas no menciona el lugar donde ocurrió este episodio, pero sabemos que las hermanas mencionadas en él vivían en el caserío de Betania, a muy poca distancia de Jerusalén, la meta a la que se dirigía Jesús. Marta y María, hermanas de Lázaro, a quien no se nombra en esta ocasión, eran discípulas del Señor. Con ellas

Jesús muestra la actitud ante la mujer que distinguirá al cristianismo frente al judaísmo: entra en su morada, se deja servir por ellas no siendo estas de su familia, conversa y además les enseña en su propia casa. Rasgos, todos, revolucionarios respecto de las enseñanzas y las prácticas rabínicas.

(ii) No olvidemos que san Lucas estructura la narración de la vida pública de Jesús como si consistiera en un único viaje hacia Jerusalén, donde debía consumir su sacrificio. Aquí está a las puertas. Busca en este hogar amigo un poco de sosiego para reparar las fuerzas. No está para fiestas y banquetes, pues no viene como simple peregrino del santuario de Dios, sino hacia “su” batalla, o su “bautismo”, como lo llama en otro lugar. María parece comprender esto, y lo respeta; Marta, muy activa por naturaleza, o no lo ve de la misma manera, o sencillamente no puede evitar cumplir con el Maestro todas las normas que la hospitalidad oriental exigía de ella, a lo que se sumaba su natural laborioso. También María actuaba la hospitalidad, pero la entendía según su idiosincrasia más serena, y comprendía que el modo de atender dignamente a Jesús, en aquel momento, consistía en estar colgada de sus palabras.

(iii) Barclay llama a este episodio “un choque de temperamentos”: “Algunas personas son polvorillas de actividad; otras son naturalmente tranquilas. Y a las activas les cuesta comprender a las contemplativas, y viceversa. No es que la una sea buena y la otra no. Dios no nos ha hecho a todos iguales. Dios necesita sus Martas y sus Marías. Como decía Teresa de Jesús, en el servicio del Señor deben estar juntas Marta y María”. Quizá, más que choque tenemos aquí complementariedad, aunque Marta, en su deseo de que el Señor y sus discípulos estuviesen bien acogidos en su casa, caía en algún afán innecesario.

(iv) Marta conocía muy bien a su hermana y debía saber que el modo en que estaba actuando le salía del alma. Por eso no se dirige a ella (a menos que ya lo hubiera intentado inútilmente). Es a Jesús a quien le pide que mande a María a darle una mano: “Dile a mi hermana que me ayude”.

(v) Pero el Señor, en lugar de mandar a María al trabajo, aprovecha para enseñar a Marta —y a nosotros— qué es lo verdaderamente necesario. “Marta, Marta, te preocupas y te agitas

por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola”. Las palabras de Jesús no apuntan, probablemente, a que Marta deje de hacer lo que está haciendo y se siente con María a escucharlo, sino tan solo a establecer una jerarquía en las ocupaciones y tal vez a que Marta reduzca un poco sus ajetreos. La doble repetición del nombre de Marta indica un trato de confianza con ella. La expresión “una sola cosa es necesaria” debe entenderse en el sentido de la necesidad para el fin principal de la vida, que es la unión del hombre con Dios. La tergiversaríamos si pretendiéramos entenderla materialmente. Ciertamente que estamos circundados de “necesidades” de las que no podemos prescindir. Ni los más grandes ascetas han dejado de comer o dormir, aunque sus vidas den la impresión de haber reducido estas actividades a su más mínima expresión. El mismo recogimiento de María no sería posible sin la generosa diligencia de Marta. El “unum tantum” va entendido, pues, en el sentido de que todo afán ha de estar subordinado como a su fin a la escucha y meditación amorosa de la Palabra divina, en orden a realizar la voluntad de Dios. Jesús también necesitaba comer, y a esto proveía la buena Marta, pero no había ido solo a comer sino a enseñar la verdad de Dios, y a esto atendía María; Marta debía atender al huésped sin dejar en segundo plano que este era el *maestro*, y del maestro se escuchan las lecciones. Por eso no se trata aquí directamente de la enseñanza de la superioridad de la vida contemplativa sobre la activa, como algunos suponen, sino de la necesidad de que los trabajos secundarios o importantes no impidan el atender a la doctrina del Reino, al Evangelio, que es la “palabra” que el Señor dirigía a María de Betania.

(vi) “María ha elegido la parte buena, que no le será quitada”. La parte de María es la “parte buena” (τὴν ἀγαθὴν μερίδα, *tèn agathèn merída*, la buena/bella porción), porque encarna el fin al que estamos llamados: hacernos discípulos de Jesús. La parte de Marta es también necesaria a su manera, porque es el medio para el fin; pero no nos detenemos en los medios, renunciando al fin. Los medios pasan, el fin permanece. La actividad de Marta, como la actividad de la Iglesia, pasará, será quitada, cuando el último confín de la tierra oiga el mensaje evangélico y la última creatura que haya

de ser salvada consiga entrar en el rebaño del Pastor. La sumisión de María a los pies de la Verdad, no caducará jamás.

ENSEÑANZA SOBRE LA ORACIÓN

El Padrenuestro

(Lc 11,1-4)

¹ Y sucedió que, estando él orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: “Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos”. ² Él les dijo: “Cuando oréis, decid: Padre, santificado sea tu Nombre, venga tu Reino, ³ danos cada día nuestro pan cotidiano, ⁴ y perdónanos nuestros pecados porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe, y no nos dejes caer en tentación”.

(i) Cuándo y dónde enseñó Jesús la oración del Padrenuestro no lo sabemos. San Mateo lo reporta en el llamado “Sermón de la montaña”, que es un resumen de las enseñanzas morales y espirituales más importantes de Nuestro Señor, pronunciadas, en realidad, en diferentes oportunidades. San Lucas nos indica, sin embargo, la circunstancia que motivó la enseñanza de esta plegaria: fue después de terminar Jesús de rezar y a pedido de uno de sus discípulos: “estando él orando en cierto lugar, cuando terminó, le dijo uno de sus discípulos: Señor, enséñanos a orar, como enseñó Juan a sus discípulos”.

(ii) El Padrenuestro de san Lucas es más breve que el de san Mateo. Tiene cinco peticiones contra las siete de este último. Pero coinciden sustancialmente.

(iii) Jesús comienza llamando a Dios “Padre”, transmitiendo en su oración ese rasgo distintivo de su relación personal con Dios como padre amante, protector, providente y clemente que encontramos repetidamente en el Evangelio (cf. Lc 10,21; 22,42; 23,34.46). Omite san Lucas la expresión “nuestro”; algún autor supone que es para evitar en sus lectores provenientes de la gentilidad la impresión de una oración limitada a un círculo judío; y lo mismo la formulación, también de estilo muy judío, “que estás en

los cielos”. Al iniciar de este modo la oración, Nuestro Señor nos enseña que al rezar no intentamos principalmente *aplaçar* a Dios por nuestros pecados, ni *pedir* el socorro de nuestras urgencias (lo cual *también* está presente) sino, ante todo, unirnos filialmente con quien es nuestro verdadero Padre celestial; como el niño que al levantarse saluda a su padre y a su madre con un beso y un abrazo. La oración es la efusión cariñosa de un hijo que saluda, habla o se recuesta en el corazón de su Padre. “La invocación *abba*, padre querido, empalma quizá con oraciones de los niños judíos. Un judío no osaba nunca decir la palabra *abba* hablando con Dios; caso que llamara a Dios Padre se servía de la palabra *ab* o *abi* (padre mío), que no pertenecía al arameo corriente, sino que estaba tomada del lenguaje solemne de la oración en la liturgia. La palabra *abba* ilustra la singularísima relación de Jesús con Dios”, afirma Stöger en *El Evangelio según san Lucas*²¹.

(iv) La primera petición del Padrenuestro contiene un ruego que es, si podemos decirlo así, “superesencial”: “santificado sea tu Nombre”. El “Nombre” indica, para el judío, la persona, la misma realidad. Por su parte, ἁγιάζω (*hagiázo*) significa, ante todo, “hacer santo”, es decir consagrar algo, dedicarlo a un uso sagrado; no es este el sentido que tiene aquí, pues no son las creaturas las que dan santidad a Dios, sino a la inversa. Hay que entenderlo, pues, en su segundo significado de reverenciar, considerar o tratar como sagrado (Mt 6,9; 1Pe 3,15; Ap 22,11). Es lo contrario de considerar o tratar de manera profana, vulgar o común. Estas palabras de Jesús contienen, entonces, el ruego a Dios de que los hombres vivan en el perfecto cumplimiento del primer mandamiento de la Ley divina, es decir: que los hombres respeten y veneren a Dios *con piedad filial* (pues se refiere al Nombre divino de *Padre*, con que comienza la oración). Se pide que Dios sea el centro de nuestros corazones, la primera realidad amada. Por necesaria implicación se pide que los hombres se ordenen a Dios y dispongan en la misma dirección las sociedades y todas las relaciones humanas. En el fondo, esta petición contiene la única llave para llevar la paz a la sociedad de los hombres y de los pueblos, pues la única vía que destierra los conflictos, los

²¹ *Ibidem*, 317.

odios y los pecados de los hombres es la sumisión amorosa de los hombres, de las culturas y de las sociedades políticas a Dios. Si todos los hombres trataran con devoción y honor a Dios, también lo harían con sus semejantes no solo por ser, cada uno de estos, imagen de Dios, sino porque no se puede respetar a Dios haciendo el mal al prójimo. Por el contrario, jamás podremos esperar el fin del odio y de todas las consecuencias derivadas del pecado si los hombres no comienzan por reverenciar debidamente a Dios en sus corazones y en las sociedades que construyen.

La santificación del Nombre divino también implica el culto debido a Dios, tanto interior y privado (en la oración) como público. Santificar el Nombre de Dios es proclamarlo y reconocerlo públicamente como Santo, como Sagrado.

La santificación del Nombre divino implica, finalmente, la santidad personal. Porque a Dios se lo honra respetando su ley y cumpliendo sus mandamientos.

(v) La segunda petición dice: “Venga tu Reino”. El reinado de Dios es consecuencia del respeto al Nombre de Dios. Si se respeta la realidad divina, Dios pasa a ser el señor de los hombres. Convengamos en que Dios es, de hecho, señor de los hombres. Pero habiendo creado libres a sus creaturas racionales, Él no quiere imponer su reinado por coacción –al menos hasta el momento en que habrá de juzgar a vivos y muertos– sino que quiere ser reconocido libremente por Señor y Rey. Esta petición contiene, así, dos pedidos distintos pero complementarios. Uno temporal: se pide a Dios que se haga realidad su reinado ya en este tiempo humano, lo que no es posible si los hombres no rinden libremente sus voluntades a Dios. Reinado temporal de Dios significa que los hombres se rijan por la ley divina (natural y positiva) y que las instituciones humanas se concierten según esa misma ley. El otro es escatológico: pedimos que venga Dios a reinar de modo definitivo, lo que tendrá lugar cuando se haga presente para someter todas las cosas al reinado de Jesucristo y juzgue a todos los hombres. Cada vez que rezamos el Padrenuestro pedimos que Jesucristo acelere el momento de su Retorno glorioso: “Ven, Señor nuestro, *Marana tha*” (1Co 16,22).

(vi) San Lucas no trae, a diferencia de san Mateo, la petición “Hágase tu voluntad”.

(vii) Sigue: “Danos cada día nuestro pan cotidiano”. Τὸν ἄρτον ἡμῶν τὸν ἐπιούσιον (*tòn árton hemón tòn epioúsion*). El significado de “pan” indica todo lo necesario para el hombre. El *pan* siempre ha simbolizado lo esencial de la vida humana, porque en la mayoría de las culturas es la base de la alimentación y por eso se suele referirse a él para indicar el resto de las necesidades básicas: “ganarse el pan”, “no tener ni para el pan”, etc. La expresión ἐπιούσιος (*epioúsios*) ha sido muy discutida. Tuggy dice que puede derivarse de ἐπί (*epí*) y οὐσία (*ousía*), es decir, “lo que es necesario para existir”; o de ἐπὶ τὴν οὔσαν (*epí tèn ousan*), “lo de hoy”; o de ἡ ἐπιούσα (*he epiousa*), “lo de mañana”; o incluso de ἐπιέναι (*epiénai*), “lo del futuro o lo debido de hoy”. En general se piensa que el sentido es “lo necesario para cada día” (Vine, Swanson, Strong). Esto estaría reforzado por la palabra ἡμέρα (*heméra*), “este día” (hoy); o sea, la oración pide el pan suficiente para este día, sin dejarse llevar de la angustia por el día de mañana. Esta idea trasluce como trasfondo el episodio del maná con el que Dios sustentó diariamente a su pueblo en el desierto, el cual debía ser recogido siempre según una “medida” o “porción” por persona, es decir, solo lo que iba a comer para ese día, ni menos ni más, de modo que se confiase en que Dios tornaría a hacer lo mismo al día siguiente. Así educaba Dios la confianza en su Providencia paternal. Esta petición manifiesta toda la espiritualidad evangélica que transmite constantemente Jesús en sus predicaciones. Limitarse a pedir solo lo necesario es aceptar el ideal de la pobreza evangélica (no querer más de lo necesario: “No me des pobreza ni riqueza, dame aquello de que he menester”: Pr 30,8); no pedir por adelantado seguridades para el mañana, sino limitarse exclusivamente a lo de hoy, es la práctica más radical de la confianza total en la Providencia divina; buscar principal (aunque no exclusivamente) ese sustento por medio de la oración, es el reconocimiento pleno de la soberanía divina, y, por tanto, el ejercicio de la verdadera humildad.

(viii) La petición del perdón (“Perdónanos nuestros pecados porque también nosotros perdonamos a todo el que nos debe”) tiene una variante importante en san Lucas respecto de san Mateo. Este último dice “perdónanos nuestras *deudas* (ὀφειλήματα, *oifeilémata*)... como perdonamos a nuestros *deudores* (ὀφειλέταις, *oifeilétais*)”,

mientras que san Lucas dice “nuestros pecados (ἁμαρτίας, *hamartías*)... a todo el que nos debe (ὀφείλοντι, *ofeílonti*)”. La variante de “pecados” por “deudas” no pretende únicamente evitar la repetición del sustantivo sino a hacer entender a los lectores de san Lucas, provenientes de la gentilidad, la auténtica portada moral que tenía el concepto de *deuda* para la mentalidad semita. Porque la “deuda” para el gentil conllevaba una referencia principalmente pecuniaria, mientras que en el lenguaje bíblico tenía una nota más bien teológica: es la deuda con Dios que todo hombre contrae al ofenderlo.

Esta petición es también muy rica, y muy propia de la enseñanza de Jesucristo. Ante todo, parte de la certidumbre de que somos pecadores y estamos en falta con Dios. Pero al mismo tiempo está preñada de la convicción de que Dios es misericordioso y perdonador y escucha incluso al hombre que está alejado de Él por el pecado, si este le pide con corazón humilde y verdaderamente arrepentido. Pero no menos importante es la persuasión de que la verdadera *petición* está ligada más a nuestras actitudes que a nuestras palabras, por eso nos hace poner por delante *el modo en que nosotros mismos ejercemos el perdón respecto de los que están en falta con nosotros*. El que quiere ser perdonado por Dios, debe él mismo perdonar a sus ofensores, mostrando así el modo y la medida en que espera ser perdonado por Dios. No podemos, pues, pedir para nosotros lo que nosotros no estemos dispuestos a dar a los demás. Y más todavía: a Dios le pedimos con más intensidad cuando hacemos el bien al prójimo que cuando le expresamos nuestras necesidades con palabras.

(ix) No nos dejes caer en tentación. La expresión usada tanto por san Lucas como por san Mateo (εἰσφέρω, *eisféro*) significa llevar adentro, introducir, llevar, meter, traer. No subraya principalmente la idea de ser eximido de la tentación sino de evitar ser llevado *dentro* de ella; es decir, de sucumbir en la lógica de la tentación. Las tentaciones son inevitables, pero el pecado al que ellas invitan sí puede evitarse con la gracia divina y esto es lo que se pide al Señor.

(x) De este modo la segunda parte del Padrenuestro resume la entera vida del hombre: a) el presente, sintetizado en el pan cotidiano necesario para el sustento; b) el pasado, representado por

los pecados que cargamos sobre nuestra conciencia, cuyo peso no siempre estamos muy seguros de haber descargado debidamente por el arrepentimiento, la confesión y la debida penitencia; c) el futuro, indicado en las luchas y tentaciones que no podrán faltarnos en esta vida llena de desafíos y dificultades morales y espirituales.

Parábola del amigo inoportuno (Lc 11,5-13)

⁵ Les dijo también: “Si uno de vosotros tiene un amigo y, acudiendo a él a medianoche, le dice: «Amigo, préstame tres panes, ⁶ porque ha llegado de viaje a mi casa un amigo mío y no tengo qué ofrecerle», ⁷ y aquél, desde dentro, le responde: «No me molestes; la puerta ya está cerrada, y mis hijos y yo estamos acostados; no puedo levantarme a dárte los», ⁸ os aseguro, que si no se levanta a dárselos por ser su amigo, al menos se levantará por su importunidad, y le dará cuanto necesite”. ⁹ Yo os digo: “Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. ¹⁰ Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¹¹ ¿Qué padre hay entre vosotros que, si su hijo le pide un pez, en lugar de un pez le da una culebra; ¹² o, si pide un huevo, le da un escorpión? ¹³ Si, pues, vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!”

(i) Para completar la enseñanza del Padrenuestro con la idea de la importancia de *insistir* en la oración, Jesús pronunció la parábola del amigo inoportuno.

(ii) La parábola supone un contexto típico de las costumbres de los tiempos de Cristo en que una familia de pueblo, por lo general numerosa, solo contaba en su casa con una habitación común que servía de cocina, comedor, sala de estar diario y dormitorio. A la hora de dormir, pues, todos se metían dentro de la casa, se trababa la puerta hasta la mañana siguiente y luego se estiraban a dormir sobre esteras o alfombras, alguno incluso trabajando la puerta con su cuerpo para aprovechar todo espacio. Se entiende que de esta manera alzarse para abrir y atender a uno que llamaba desde afuera

implicaba levantar a varios de los que dormían; y si, además, se les pedía que buscasen algo que estaba en algún lugar interior de la casa, como en este caso *tres panes*, esto no podía llevarse a cabo sin revolucionar a toda la familia obligándolos a moverse o alzarse para no pasar por encima de ellos.

(iii) El amigo que llega a medianoche en estas circunstancias ciertamente que podía ser juzgado de *inoportuno* como ha llamado la tradición al de esta parábola. Pues bien, Jesús plantea precisamente una situación de este tipo para mostrar que, en el plano puramente humano, a una persona que insiste pesadamente para reclamar una ayuda tal se le ayuda, incluso contra la propia voluntad, si no hay otro medio para que nos deje en paz. ¡Cuántos favores humanos realizamos no por la razonabilidad del pedido sino para librarnos de las molestias de un pedigüeño incurable! La enseñanza de Nuestro Señor, por tanto, se dirige a subrayar la efectividad de la *insistencia* cuando esta va dirigida a Dios. Jesús mismo respondió de este modo a algunos reclamos importunos, como el de la mujer cananea (Mt 15,21ss) y el del ciego de Jericó (Mt 18,33ss).

(iv) Pero no pretende decir que de este modo arrancaremos de Dios favores que Él no estaba dispuesto a darnos. Nuestras importunaciones y asedios no afectan en nada la divina e inmovible paz. Y del mismo modo, en Dios no encontramos ninguna indisposición para darnos las cosas que necesitamos; todo lo contrario, Él es el Padre generoso que da a manos llenas. Todo lo que tenemos es dádiva divina. El interés que muestra en nuestra insistencia radica en el bien que ésta nos causa a nosotros. Y son muchos los beneficios que reporta el tener que bregar mucho para conseguir lo que queremos.

Ante todo, *filtra* nuestros pedidos. Si obtuviésemos con facilidad todo cuanto pedimos, pediríamos cualquier cosa; pero si solo obtenemos lo que pedimos con gran insistencia, con clamor de lágrimas, y luego de mucho tiempo, terminamos por limitarnos a pedir lo que realmente es esencial y necesario. Las personas –y no solo las caprichosas– tienden a ver como necesarias muchas cosas que no lo son y solo dejan de pedir si para obtener lo que quieren deben hacer un gran dispendio de fuerzas y necesitan perseverar mucho. En cambio, cuando solo es cuestión de abrir la boca y recibir,

se pide cualquier cosa, como ocurre a los malcriados en la abundancia.

Además, el tener que luchar mucho para obtener un don ayuda a apreciarlo mejor una vez que se ha obtenido. Lo que se logra fácilmente, pronto se desprecia. Pero lo que ha costado mucho, mucho se aprecia. El que sea necesario luchar mucho para obtener un bien muestra hasta qué punto este es importante. Y ayuda también a luchar por conservarlo, como dice san Basilio: “Todo lo que se adquiere con mucho trabajo se conserva con grande empeño puesto que si se pierde se hace infructuoso el trabajo que ha costado”.

La necesidad de insistir y pelear mucho por un bien manifiesta también nuestro verdadero amor e interés, como el amor de Jacob por Rebeca, que le costó catorce años de espera y duro trabajo.

Finalmente, san Agustín afirma que la insistencia en el pedir dilata la capacidad de recibir y por eso Dios quiere que pidamos con mucha insistencia y por largo tiempo, porque de este modo cuando nos da lo que pedimos, puede darlo con creces siendo nuestro corazón más capaz que cuando comenzamos la petición.

(v) Nuestro Señor nos asegura la absoluta eficacia de la oración: “Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá”. Para entender correctamente esta formidable afirmación no debemos perder de vista que esta parábola es una lección que acompaña la enseñanza del Padrenuestro, en la que Jesús ha instruido sobre las cosas que debemos pedir a Dios. No se refiere, pues, a cualquier pedido sino a la oración de petición de las cosas esenciales para la salvación: nuestra santificación, la venida del reino de Dios, el perdón de los pecados, la subsistencia diaria, ser librados de caer en las manos del diablo... Las dos pequeñísimas parábolas que se incluyen a continuación lo reafirman: la del pez y la culebra (“¿Qué padre hay entre vosotros que, si su hijo le pide un pez, en lugar de un pez le da una culebra?”) y la del huevo y el escorpión (“¿O, si pide un huevo, le da un escorpión?”). Pescado y huevos eran dos alimentos que formaban parte de la alimentación básica de aquellos pueblos. Jesús no pone, pues, de ejemplo el pedido de un vestido nuevo, o de unas vacaciones en la montaña, sino algo

necesario y racionalmente ordenado. La promesa de la eficacia absoluta de la oración está ligada, pues, por un lado, al pedido de lo verdaderamente necesario para que alcancemos el fin para el que fuimos creados (todo lo cual se resume, como hemos dicho, en el Padrenuestro), y, por otro, al modo de pedir (es decir, con perseverancia, sin desmayar, sin dejarnos desanimar por la aparente sordera de Dios que no es sino el modo en que nos aquilata como auténticos rezadores).

(vi) Termina, Jesús, dando la razón esencial de esta confianza absoluta en la oración: es la bondad paternal de Dios, infinitamente superior a la de los padres terrenos. “Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más el Padre del cielo dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan!” Y aquí quería llegar Jesús: el principal pedido que debemos hacer a Dios Padre es el pedido del Espíritu Santo y de todo lo que se ordene a Él. Es decir, pedirle a Dios que se nos dé a Sí mismo, pues no recibimos el Espíritu sin recibir la Trinidad toda. Y solo Dios es superesencial para el hombre. Todo lo demás es necesario relativamente.

JESÚS Y EL PODER SOBRE LOS DEMONIOS

(Lc 11,14-26)

¹⁴ Estaba expulsando un demonio que era mudo; sucedió que, cuando salió el demonio, rompió a hablar el mudo, y las gentes se admiraron. ¹⁵ Pero algunos de ellos dijeron: “Por Beelzebul, Príncipe de los demonios, expulsa los demonios”. ¹⁶ Otros, para ponerle a prueba, le pedían una señal del cielo. ¹⁷ Pero él, conociendo sus pensamientos, les dijo: “Todo reino dividido contra sí mismo queda asolado, y casa contra casa, cae. ¹⁸ Si, pues, también Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo va a subsistir su reino? Porque decís que yo expulso los demonios por Beelzebul. ¹⁹ Si yo expulso los demonios por Beelzebul, ¿por quién los expulsan vuestros hijos? Por eso, ellos serán vuestros jueces. ²⁰ Pero si por el dedo de Dios expulso yo los demonios, es que ha llegado a vosotros el Reino de Dios. ²¹ Cuando uno fuerte y bien armado custodia su palacio, sus bienes están en seguro; ²² pero si

llega uno más fuerte que él y le vence, le quita las armas en las que estaba confiado y reparte sus despojos”.²³ “El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama.²⁴ “Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda vagando por lugares áridos, en busca de reposo; y, al no encontrarlo, dice: “Me volveré a mi casa, de donde salí”.²⁵ Y al llegar la encuentra barrida y en orden.²⁶ Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él; entran y se instalan allí, y el final de aquel hombre viene a ser peor que el principio”.

(i) Algunos exégetas sostienen que san Lucas une aquí, en un solo relato, datos provenientes de diversas situaciones. Es posible, pues san Mateo relata el mismo hecho como dos episodios diversos. Vamos a remitirnos a los conceptos esenciales.

(ii) Ante todo, la discusión es ocasionada por un exorcismo de Nuestro Señor, en el que expulsa a un demonio mudo, es decir, un demonio cuyo principal efecto sobre el endemoniado es la mudez; san Mateo añade que también le causaba sordera. Jesús lo expulsa usando su propia autoridad, como había hecho ya otras veces. Por tanto, no mandándole en nombre de Dios que deje a su víctima, sino apelando a su propia voluntad. Esto es lo que más admira a los testigos del hecho. Nadie duda de la realidad que están presenciando, es decir, de la verdadera naturaleza del exorcismo: es evidente para todos que aquí se ejerce un verdadero poder sobre el demonio. Tal poder constituye lo que se denomina “milagro de majestad”, es decir, manifiesta la superioridad de Jesús sobre los espíritus rebeldes, lo que no es poco decir.

(iii) Esto empuja a “algunos de ellos” (los espectadores), que san Mateo identifica con un grupo de fariseos, a afirmar, en su afán de restar autoridad divina a Jesús, que ese poder le viene del mismo Príncipe de los demonios, Beelzebul. Beelzebul, o Belzebú, o Baal-Zebub (en hebreo *ba'al-zebub*), es el nombre de una divinidad que se adoraba en la ciudad filisteá de Ecrón, a la que muchos acudían para consultar sus oráculos. En tiempos de Elías, el rey Ocozías”, tras sufrir una caída, “consultó a Baal-Zebub, dios de Ecrón, para ver si sanaría de su enfermedad (por tanto, se la identificaba como una divinidad sanadora), lo cual motivó una reprensión del profeta (2Re 1,3, 2Re 1,6, 2Re 1,16). Algunos sugieren que el nombre original

quizás fue “Baal-zebul” (excelentísimo señor o príncipe) y que los israelitas lo cambiaron a Baal-zebub (señor de las moscas) para señalar su menosprecio. Algunos rabinos lo llamaban también “Baal-zebel” (señor del estiércol). En nuestro pasaje indica simplemente un nombre de Satanás, Príncipe de los demonios.

(iv) Otros, en cambio, “le pedían una señal del cielo, para ponerlo a prueba”. Por tanto, aunque no afirmaban taxativamente que Jesús obraba por un poder diabólico, abrigaban la sospecha de que esa fuera la explicación correcta de este hecho. No queda claro si ambos juicios los hacían en voz alta o solo en sus pensamientos, puesto que San Lucas dice que Jesús les argumento “porque conocía lo que estaban pensando”.

(v) Jesús utiliza contra todos ellos un argumento único que se desarrolla en dos partes. La primera sostiene que un reino dividido no subsiste y camina a la ruina, lo que vale incluso para el reino infernal. Este principio sentado aquí por Nuestro Señor debe ser entendido de modo correcto. No postula ninguna armonía en el reino demoníaco, sino simplemente un orden basado en el temor y en la esclavitud. Entre los demonios reina, por una parte, el odio; fuerza disolvente que los empuja a unos contra otros. Pero, por otro lado, los domina también el terror de unos por otros y en particular de los subalternos por los dominadores, puesto que la corrupción moral de su pecado no altera su naturaleza espiritual ni las jerarquías que conservan a pesar de haberse separado de Dios. También los une el común odio que dio origen a la común rebelión contra Dios. De ahí que todos obedezcan a un Príncipe tenebroso, y se unifiquen en un programa común que es el combate contra el Reino de Dios. Si los demonios, pues, se aborrecen y atormentan unos a otros en la medida que pueden, sin embargo, no lo hacen contra el interés común que es el obstaculizar el triunfo de Dios en las almas de los hombres. Por eso, ningún demonio, y menos su Príncipe, expulsaría a otro demonio de un hombre sino para ocupar él mismo ese lugar; jamás, en cambio, para que un hombre deje de estar atormentado, o tentado, o dominado por alguna fuerza diabólica.

(vi) Jesús añade algo más: “Si yo expulso los demonios por Beelzebul, ¿por quién los expulsan vuestros hijos? Por eso, ellos serán vuestros jueces”. Se refiere el Señor a los exorcistas judíos,

quienes intentaban expulsar los demonios con oraciones, palabras y fórmulas de conjuro que, se decía, se remontaban a Salomón, según testimonio de Flavio Josefo. Por tanto, si nunca habían tenido escrúpulos respecto las prácticas de sus propios exorcistas, dándolas por buenas sin ningún reparo, el que ahora atribuyan la de Jesús a un poder diabólico no responde a un discernimiento espiritual sino a encono contra la persona de Jesucristo.

(vii) Y si no puede imputarse esta acción a Satanás, debe ser atribuida a Dios. Al “dedo de Dios”, como dice tomando una expresión de Éx 8,15 (según la versión de los LXX). El “Dedo de Dios” es el Poder de Dios que hacía los milagros ante el Faraón para liberar a su Pueblo. Por tanto, Jesús quiere decir que es el poder liberador y misericordioso de Dios quien actúa repeliendo el dominio diabólico sobre los hombres. Y esto equivale a la llegada del Reino de Dios. La breve parábola que le sigue resalta su carácter de “más fuerte y vencedor”: “Cuando uno fuerte y bien armado custodia su palacio, sus bienes están en seguro; pero si llega uno más fuerte que él y le vence, le quita las armas en las que estaba confiado y reparte sus despojos”. Es claro que, en este contexto, san Lucas interpreta esta parábola de Cristo como una ilustración de su triunfo sobre el reinado demoníaco. Jesús termina con el dominio del fuerte y armado demonio sobre los hombres y reparte entre los suyos, sus despojos.

(viii) Añade, luego, una advertencia para sus adversarios: “El que no está conmigo, está contra mí, y el que no recoge conmigo, desparrama”, dejando en claro que frente a Cristo no se puede tener una posición neutral, particularmente después de haber realizado los signos que ha hecho para demostrar su autoridad divina. Ya hemos explicado más arriba la diferencia entre esta afirmación, referida a la actitud ante Cristo, y la *aparentemente* opuesta (“el que no está contra nosotros está con nosotros”) referida a la actividad externa de la Iglesia.

(ix) Esta advertencia va acompañada de otra pequeña parábola *intimidatoria* sobre lo que puede sobrevenirles si rechazan la misericordia liberadora que Dios les ofrece por medio de Jesús: “Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda vagando por lugares áridos, en busca de reposo; y, al no encontrarlo, dice: “Me

volveré a mi casa, de donde salí”. Y al llegar la encuentra barrida y en orden. Entonces va y toma otros siete espíritus peores que él; entran y se instalan allí, y el final de aquel hombre viene a ser peor que el principio”. La aplicación es clara: Jesús no solo expulsa al demonio mudo del hombre en cuestión sino a los demonios que atenazan a todo el pueblo elegido, del que sus detractores son la élite religiosa e intelectual. Pero los demonios expulsados no se resignan a su suerte y pretenden volver a los lugares de los que han sido expulsados, solo que al encontrar la casa ordenada, convocan a más espíritus malignos para que los ayuden a reconquistarla, y en caso de lo lograrlo, el final de aquel hombre-casa es peor que el principio. Se sobreentiende que Jesús alude a que en este nuevo ataque diabólico Él no defenderá a los que habiendo recibido la misericordia de Dios no quieran *recoger con Cristo sino desparramar en su contra*.

ELOGIO DE MARÍA SANTÍSIMA

(Lc 11,27-28)

²⁷ Sucedió que, estando él diciendo estas cosas, alzó la voz una mujer de entre la gente, y dijo: “¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron!” ²⁸ Pero él dijo: “Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan”.

(i) Sólo san Lucas trae este pasaje en el cual una mujer del pueblo, oyendo a Jesús decir cosas tan sublimes, elogia a Jesús con una manera tan española como oriental, es decir, piropeando a su madre: ¡eres tan extraordinario que no hay mayor privilegio que haberte llevado en el seno y ser tu madre!

(ii) La mujer dice una gran verdad, pero se queda muy corta; y es lo que Jesús dejará entender a quien intente desentrañar su respuesta. Indudablemente María ha tenido el triple privilegio de llevar en su seno al Hijo de Dios, darlo luz y alimentarlo con sus pechos benditos. Pero su relación con Jesús no ha sido puramente carnal y material. La entusiasta admiradora de la madre de Jesús no destaca la más profunda relación de María con Jesús, por eso Éste la corrige: el privilegio más grande no es recibir la Palabra divina en el claustro maternal sino acogerla en el corazón. El Verbo se hizo carne

en María, y en su seno Él se alimentó de Ella; en cambio, se encarnó también, y antes y principalmente, en su corazón, y allí Él se hizo alimento de Ella divinizándola.

(iii) La expresión “oír y guardar la Palabra de Dios” tiene, pues, dos matices obvios. El primero es la Palabra como sabiduría, revelación y ciencia de Dios. Oírla es aceptarla con docilidad, tal cual es, sin resistencias ni dudas, incluso si no resulta, por el momento, comprensible. Así la aceptó María santísima en la Anunciación. Guardarla es serle fiel, meditarla, hacerla principio y norma de la propia vida. El segundo se refiere a la Palabra como Persona divina: es recibir a Jesús, Sabiduría divina, que viene a cada uno para unirse en una intimidad personalísima.

(iv) Las palabras de esta mujer pueblerina, sencilla y sensible, comienza a dar cumplimiento a la profecía de María Santísima: “me llamarán bendita todas las generaciones”. Y la bendicen por Jesús. No se puede amar a Jesús sin que su amor nos lleve al amor de su Madre. Porque Ella ha sido el primer amor de Jesús después del amor al Padre celestial. Y a los que Él ama, los asocia en su amor.

JUICIO SOBRE LA GENERACIÓN PRESENTE

(Lc 11,29-32)

²⁹ Habiéndose reunido la gente, comenzó a decir: “Esta generación es una generación malvada; pide una señal, y no se le dará otra señal que la señal de Jonás. ³⁰ Porque, así como Jonás fue señal para los ninivitas, así lo será el Hijo del hombre para esta generación. ³¹ La reina del Mediodía se levantará en el Juicio con los hombres de esta generación y los condenará: porque ella vino de los confines de la tierra a oír la sabiduría de Salomón, y aquí hay algo más que Salomón. ³² Los ninivitas se levantarán en el Juicio con esta generación y la condenarán; porque ellos se convirtieron por la predicación de Jonás, y aquí hay algo más que Jonás”.

(i) Después de esta breve digresión san Lucas retoma la cuestión del *signo* que le piden a Cristo para que autentique su

legación divina. Trata a sus interlocutores de “generación malvada”, o también “incrédula”. Se refiere principalmente a los fariseos y escribas que lo han puesto a prueba y han tergiversado el significado y valor de sus milagros atribuyéndolos al poder de Belcebú.

(ii) Y señala que no les dará ningún otro signo sino “el de Jonás”. Los comentaristas aluden a dos tradiciones diversas recogidas, una, por san Lucas y, otra, por san Mateo. Este último, al hacer mención del cetáceo que tragó a Jonás y reteniéndolo tres días y tres noches, indicaría que el signo que ofrecerá Jesús es su resurrección al tercer día después de su muerte. En cambio, san Lucas, poniendo el acento en la conversión de los ninivitas y en el viaje de la Reina de Saba, habría querido decir que Cristo daba como signos de su autoridad las conversiones que causaba su predicación y la admiración de las gentes ante la sabiduría de su mensaje. A decir verdad, me inclino a pensar que Jesús dijo las cosas como las transcribe san Lucas, pero con la intención de dar a los más entendidos de sus oyentes una pista clara de su resurrección, la cual sería, en definitiva, el signo y el sello definitivo de su mesianismo y de su divinidad. De no ser así, la alusión a Jonás (reforzada por la de la Reina de Saba) debería entenderse como declaración de que no pretendía hacer milagros para demostrar su autoridad divina, y que sus interlocutores debían convertirse movidos exclusivamente por su predicación, como habían hecho los ninivitas, y buscarlo solo por su sabiduría, como la reina del Mediodía con Salomón. Pero esto no se armoniza con otras declaraciones del Señor donde claramente afirma que si no creen a sus palabras, al menos se dobleguen ante sus signos milagrosos. Y poco sentido le veo a decir que “no recibirán otro signo que el de Jonás” si debe esto entenderse como “el de Jonás a los ninivitas”, que es lo mismo que decir “ninguno”. Todos sus interlocutores sabían, en cambio, que Jonás *antes* de llegar a Nínive había sido protagonista de un *extraordinario* signo; de ahí podían colegir que no se refería solamente a la predicación posterior.

(iii) Pero también es claro que Jesús, en la versión de san Lucas, pone el acento sobre su *predicación*. Por eso añade que sus oyentes (la “malvada o incrédula generación”) serán acusados por los ninivitas y por la reina del sur, porque tanto ésta como aquellos *prestaron atención* al mensaje de Jonás y a la sabiduría de Salomón,

mientras que sus interlocutores piden gratuitamente milagros sin meditar lo que han escuchado. En ese sentido Jesús afirma ser “más que Jonás” y “más que Salomón”. Porque sus palabras son más sabias que este último y más claras y conminatorias que las del primero, y para convertir los corazones a Dios basta la claridad y lógica de lo que Jesús anuncia, en consonancia con todos los profetas del Antiguo Testamento, sin esperar milagros.

PARÁBOLA DE LA LÁMPARA (Lc 11,33-36)

³³ “Nadie enciende una lámpara y la pone en sitio oculto, ni bajo el celemín, sino sobre el candelero, para que los que entren vean el resplandor.” ³⁴ La lámpara de tu cuerpo es tu ojo. Cuando tu ojo está sano, también todo tu cuerpo está luminoso; pero cuando está malo, también tu cuerpo está a oscuras. ³⁵ Mira, pues, que la luz que hay en ti no sea oscuridad. ³⁶ Si, pues, tu cuerpo está enteramente luminoso, no teniendo parte alguna oscura, estará tan enteramente luminoso, como cuando la lámpara te ilumina con su fulgor”.

(i) La parábola de la lámpara debe entenderse en relación con la discusión que ha venido desarrollándose con los fariseos y escribas, que se han mostrado reticentes a aceptar la doctrina de Cristo y desvían su obligación de tomar una posición honesta pidiendo signos innecesarios (porque ya ha dado Cristo signos claros, como la expulsión de demonios obrada ante sus ojos).

(ii) De ahí que la luz de la lámpara a la que aquí se alude es el don del intelecto y de la fe que sus interlocutores han recibido de Dios: fe en la revelación veterotestamentaria que es más que suficiente para dilucidar la veracidad de la doctrina de Cristo y para comprender su legación divina. Luz que, por otra parte, ellos, como principales del pueblo de Dios, tenían obligación de derramar sobre los menos preparados.

(iii) En este contexto la parábola habla de la obligación de iluminar por parte de quien ha recibido este don. La lámpara, dice el Señor, no se enciende para ponerla donde no pueda iluminar, sino

donde sea capaz de arrojar su resplandor sobre los que entren al lugar que ella ilumina. Esa es la función de esos notables estudiosos (escribas) y observantes (fariseos) de la ley. Ellos han recibido una gracia muy especial al conocer las Escrituras y la capacidad de discernir los signos de los tiempos, entre los que se cuentan también los parámetros para determinar si Jesús cumple o no las profecías que los profetas pronunciaron acerca del Mesías.

(iv) La mención del ojo corporal pretende suscitar en nuestro pensamiento una analogía con el alma. Se puede decir que la lámpara del cuerpo es el ojo. Así, si el ojo está sano, todo el cuerpo goza de la luz que él percibe; si está enfermo, el cuerpo no recibe en su interior sino tinieblas. Aunque Jesús no aplica esta imagen al alma, supone que sus oyentes la comprenderán como referida al ojo del alma que es la mirada dócil a la realidad y a la verdad, purificada y elevada por la fe. Quiere decir que quienes miran y juzgan con una visión incondicionada, sin prejuicios, dispuesta a aceptar la verdad allí donde la hallen, y tal como la encuentren, todo en ellos será luminoso. Pero si su inteligencia está esclavizada por prejuicios, por la reticencia a la verdad que no gusta... quedarán en tinieblas. Y además mantendrán en tinieblas a los que ellos debían iluminar.

(v) De ahí la advertencia: “mira que la luz que hay en ti no sea oscuridad”. No te vuelvas tinieblas voluntariamente, por odio o por desprecio a la verdad. La luz que hay en nosotros –la luz de nuestra inteligencia– se vuelve oscuridad cuando resplandece con principios falseados, con razonamientos sofisticados. Cuando razonamos desde la pasión y el deseo, y no desde la razón imparcial, dispuesta a aceptar lo que se nos descubre, incluso si nos abre horizontes que nos atemorizan o nos repugnan sensiblemente. Nuestra luz, la de la razón, ilumina cuando está purificada por la fe en el orden sobrenatural, y por el amor incondicional a la verdad. Pero nos entenebrece cuando lleva la caries del juicio propio, del pensar mundano, del orgullo y de los conceptos preconcebidos.

INCREPACIONES A LOS FARISEOS Y LEGISTAS

(Lc 11,37-54)

³⁷ Mientras hablaba, un fariseo le rogó que fuera a comer con él; entrando, pues, se puso a la mesa. ³⁸ Pero el fariseo se quedó admirado viendo que había omitido las abluciones antes de comer. ³⁹ Pero el Señor le dijo: “Vosotros, los fariseos, purificáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro estáis llenos de rapiña y maldad. ⁴⁰ ¡Insensatos! el que hizo el exterior, ¿no hizo también el interior? ⁴¹ Dad más bien en limosna lo de dentro, y así todas las cosas serán puras para vosotros. ⁴² Pero, ¡ay de vosotros, los fariseos, que pagáis el diezmo de la menta, de la ruda y de toda hortaliza, y dejáis a un lado la justicia y el amor a Dios! Esto es lo que había que practicar aunque sin omitir aquello. ⁴³ ¡Ay de vosotros, los fariseos, que amáis el primer asiento en las sinagogas y que se os salude en las plazas! ⁴⁴ ¡Ay de vosotros, pues sois como los sepulcros que no se ven, sobre los que andan los hombres sin saberlo!” ⁴⁵ Uno de los legistas le respondió: “¡Maestro, diciendo estas cosas, también nos injurias a nosotros!” ⁴⁶ Pero él dijo: “¡Ay también de vosotros, los legistas, que imponéis a los hombres cargas intolerables, y vosotros no las tocáis ni con uno de vuestros dedos! ⁴⁷ ¡Ay de vosotros, porque edificáis los sepulcros de los profetas que vuestros padres mataron! ⁴⁸ Por tanto, sois testigos y estáis de acuerdo con las obras de vuestros padres; porque ellos los mataron y vosotros edificáis. ⁴⁹ Por eso dijo la Sabiduría de Dios: Les enviaré profetas y apóstoles, y a algunos los matarán y perseguirán, ⁵⁰ para que se pidan cuentas a esta generación de la sangre de todos los profetas derramada desde la creación del mundo, ⁵¹ desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, el que pereció entre el altar y el Santuario. Sí, os aseguro que se pedirán cuentas a esta generación. ⁵² ¡Ay de vosotros, los legistas, que os habéis llevado la llave de la ciencia! No entrasteis vosotros, y a los que están entrando se lo habéis impedido”. ⁵³ Y cuando salió de allí, comenzaron los escribas y fariseos a acosarle implacablemente y hacerle hablar de muchas cosas, ⁵⁴ buscando, con insidias, cazar alguna palabra de su boca.

(i) Este episodio se desgaja claramente de los anteriores, aunque continúa la disputa con el fariseísmo. San Lucas lo coloca en un contexto diverso, en una comida en casa de un fariseo. No sabemos cuándo ocurrió, ni si tuvo lugar en una sola ocasión. Puede ser que San Lucas aproveche alguna de las circunstancias en que

Jesús censuró las conductas farisaicas para combinar lo que dichos que fueron pronunciados en diversas oportunidades. San Mateo tiene también un largo discurso contra lo que nosotros hoy en día llamamos *fariseísmo*, término que ha pasado a definir la enfermedad de la religiosidad emponzoñada a raíz, precisamente, de las caracterizaciones que surgen de los relatos evangélicos.

(ii) Según nuestro evangelista, el anfitrión de Jesús se admira, es decir, se escandaliza, de que el Maestro haya omitido las *abluciones* que debían preceder las comidas, según las usanzas de los observantes. La razón no tenía que ver con la limpieza sino con cuestiones ceremoniales, no impuestas por Dios sino por los hombres, es decir, por las escuelas rabínicas, que le habían dado, sin embargo, una relevancia casi sagrada. No faltaba en esto cierta cuota de pensamiento *mágico*, que suele introducirse cada vez que los hombres se apartan de lo esencial. Así los fariseos, para estas abluciones, poseían grandes vasijas con agua destinada especialmente a tal fin, pues consideraban que el agua ordinaria podía estar contaminada; prescribían que al lavarse había que usar por lo menos la cuarta parte de un *log*, es decir, lo suficiente para llenar una cáscara de huevo y media. Primero había que verter el agua en la mano empezando por la punta de los dedos de forma que corriera hasta la muñeca; luego había que limpiar cada palma restregándola con el puño de la otra mano; y por último se vertía agua en la mano otra vez, ésta empezando por la muñeca para que corriera hasta la punta de los dedos. Para el fariseo, el omitir el más mínimo de estos detalles era pecado.

(iii) Nuestro Señor, leyendo el estupor injustificado en el corazón de su anfitrión (quien no había dicho una sola palabra sobre el asunto aunque es probable que se le notara en la cara), aprovecha para criticar la degeneración espiritual que había introducido la corriente de los fariseos en las costumbres religiosas de Israel. Casi todas las increpaciones que les dirige el Señor se basan en la contraposición entre lo interior (que la secta descuidaba) y lo exterior (a lo que principal –y a veces únicamente– daban valor).

(iv) La primera diatriba, aunque no está precedida por la exclamación de queja y lamento (¡Ay!, *Vae*, en latín; οὐαὶ en griego) que llevan las siguientes, toma como motivo precisamente el tema de

las abluciones: “purificáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro estáis llenos de rapiña y maldad”. La escrupulosidad farisaica afectaba casi exclusivamente a prescripciones referidas a la vida exterior: comportamientos, abluciones, actos, rituales... El mundo interior, en cambio, no era objeto de tanta atención: los pensamientos, las intenciones, los deseos, los odios, la codicia. “Estáis llenos de rapiña y maldad”. Y les indica como remedio la limosna de τὰ ἐνόντα, τὰ ἐνόντα (“Dad más bien en limosna lo de dentro, y así todas las cosas serán puras para vosotros”). La Biblia de Jerusalén traduce “de lo que tenéis”, lo que resulta poco comprensible, puesto que si es cierto que la limosna purifica y borra los pecados, no se ve aquí en qué sentido Jesús quiera indicarla como remedio de la exterioridad de los fariseos. Tampoco se entiende la traducción de la Vulgata que vierte “quod superest”, es decir lo que “sobre”. En ambos casos se pone el énfasis en la eficacia purificadora de la limosna en general. Pero otras traducciones parecen más atinadas, traduciendo τὰ ἐνόντα (τὰ ἐνόντα) en su sentido original, de ἐνεῖμι (*éneimi*), estar dentro (neutro participio plural), o cosas que están dentro (así Nácar-Colunga, Eunsa, Martín Nieto). En este sentido Nuestro Señor les estaría indicando que han de hacer limosna con lo que ellos poseen interiormente: los pensamientos, intenciones y deseos; lo cual indica que la principal limosna es experimentar compasión, tener buenas disposiciones interiores hacia el prójimo, otorgarles la benignidad de nuestros juicios, respetarlos y bienquererlos. La limosna exterior es muy importante, pero sola, sin la actitud interior, no acrisola el alma.

(v) En la segunda los acusa de reducir la justicia a contribuciones exteriores. Los judíos practicantes pagaban los diezmos y otros impuestos, y lo hacían con gran puntualidad, probablemente porque esto los dejaba tranquilos en cuanto a su cumplimiento para con Dios. Pagaban en el templo las primicias o primeros frutos de la tierra (de los trigales, de la cebada, de la viña, de la higuera, del granado, del olivo y de la colmena); pagaban también la *terumá*, es decir, la contribución al mantenimiento de los sacerdotes (la quincuagésima parte de la producción); y finalmente el diezmo, que se pagaba directamente a los levitas, quienes a su vez pagaban a los sacerdotes el diezmo de todo lo que recibían. Era la

décima parte de “todo lo que se puede usar como alimento y se cultiva o crece en la tierra”. Y en esto en particular los fariseos eran tan meticulosos que diezmaron hasta la ruda, que la ley decía que no había que diezmar. Jesús no censura propiamente estos actos, puesto que dice que “no hay que omitirlos”, sino el que sus adversarios *redujesen la justicia* a estos aspectos fiscales. Por eso los acusa de dejar de lado la “justicia y el amor de Dios”. Justicia (κρίσις, *krísis*) se refiere aquí a la justicia conmutativa, la justicia con el prójimo no confinada a los actos meramente externos sino también a los interiores. El amor (ἀγάπη, *agápe*) es, en cambio, la actitud respecto de Dios; es el amor de benevolencia, filial, respetuoso. Los diezmos y tributos religiosos se cumplían más por temor a incurrir en impurezas legales que por amor a Dios.

(vi) Luego les recrimina su vanidad y afán de fama y preeminencia: “amáis el primer asiento y que se os salude en las plazas”.

(vii) La cuarta censura es la contaminación social que produce su escondida maldad. “¡Ay de vosotros, pues sois como los sepulcros que no se ven, sobre los que andan los hombres sin saberlo!” Con estas palabras Nuestro Señor no solamente condena la podredumbre interior de los pecados, sino que alude a las prescripciones legales del judaísmo según las cuales quien pasa junto a un sepulcro o toca un cadáver queda impuro y debe cumplir los rituales de purificación pertinentes. De modo semejante, la maldad que esconden sus corazones los convierte a ellos mismos en sepulcros ambulantes que infectan a quienes los tratan. El pecado personal tiene, a los ojos de Jesús, una dimensión social. Esta es otra de las grandes responsabilidades de los pecadores ocultos: ¿cuántos males y cuanta degradación no habrán venido sobre nuestra sociedad por esos pecados de los que creemos ser los únicos testigos?

(viii) Las restantes desaprobaciones las dirige específicamente a los legistas, y toman pie de la protesta de uno de ellos que se sintió ofendido por lo que él suponía que eran insultos dirigidos exclusivamente a sus amigos fariseos, y que tan solo los manchaban a ellos indirecta e extensivamente: “¡Maestro, diciendo estas cosas, también nos injurias a nosotros!” Mejor le hubiera sido no atraer la atención airada del Señor. Los legistas eran los expertos

en la interpretación de la ley, pero no hacían otra cosa que glosarla carnalmente, dejando de lado su verdadero sentido y finalidad. Jesús comienza su diatriba acusándolos de multiplicar las obligaciones hasta hacerlas casi impracticables a los demás, mientras ellos mismos se desentienden de su cumplimiento (porque también eran expertos en las dispensas que se aplicaban a sí mismos): “¡Ay también de vosotros, los legistas, que imponéis a los hombres cargas intolerables, y vosotros no las tocáis ni con uno de vuestros dedos!” Este es el pecado de los legalistas de todos los tiempos que son incapaces de distinguir entre lo material (la literalidad) y el espíritu de las leyes. Las leyes humanas (rabínicas) a las que el Señor alude son muy conocidas y dan cuenta acabada del enojo de Cristo. Así, por ejemplo, lo máximo que se permitía recorrer el sábado eran dos mil codos (más o menos un kilómetro) desde su lugar de residencia. Pero si se ataba la cuerda al final de la calle, ése punto se consideraba su residencia, y podía alejarse de allí un kilómetro. Si el viernes por la tarde dejaba en algún sitio alimentos suficientes para dos comidas, también ese sitio se consideraba técnicamente como su residencia, y podía recorrer otro kilómetro a partir de allí. ¡Y así sucesivamente! Uno de los trabajos prohibidos en sábado era hacer nudos, ya fueran de marino, o de camellero, o nudos en sogas. Pero una mujer se podía atar un nudo en el cinturón. Así que, si había que atar el cubo para sacar agua del pozo, se ataba con el cinturón de una mujer, ¡y todos en paz! Igualmente estaba prohibido llevar cargas; pero estaba escrito en las leyes codificadas que el que lleva algo, ya sea en la mano derecha o en la izquierda, o en el seno, o al hombro, se hacía culpable; pero el que lleva algo en el reverso de la mano, o con el pie, o en la boca, o colgado al codo, o en la oreja, o en el pelo, o en la bolsa del dinero puesta al revés, o entre la bolsa del dinero y la camisa, o en el forro de la camisa, o en el zapato o en la sandalia, no era culpable, porque no lo llevaba como se lleva corrientemente. Resulta increíble que pudieran pensar y afirmar que semejantes futilidades tuviesen aval divino y que pudiesen pesar en el cumplimiento religioso. Pero en esto basaban los legalistas de Israel su principal actividad.

(ix) Les acusa también Nuestro Señor de haber desfigurado el verdadero mensaje que Dios había transmitido por los profetas.

Han silenciado el poderoso llamado a lo esencial que ha sido la nota característica de los vaticinios proféticos. Y hablando bien y elogiando a los profetas, y autoproclamándose discípulos de ellos, se han vuelto, en realidad, sus enemigos. De ahí la acusación de Jesús: “¡Ay de vosotros, porque edificáis los sepulcros de los profetas que vuestros padres mataron! Por tanto, sois testigos y estáis de acuerdo con las obras de vuestros padres; porque ellos los mataron y vosotros edificáis. Por eso dijo la Sabiduría de Dios: Les enviaré profetas y apóstoles, y a algunos los matarán y perseguirán, para que se pidan cuentas a esta generación de la sangre de todos los profetas derramada desde la creación del mundo, desde la sangre de Abel hasta la sangre de Zacarías, el que pereció entre el altar y el Santuario. Sí, os aseguro que se pedirán cuentas a esta generación”. Los acusa, pues, de continuar la actitud de sus padres, los asesinos de los profetas, aunque piensen honrarlos con monumentos fúnebres; en realidad no hacen más que asegurarse de que se mantengan bien enterrados y no solo los profetas sino sus mensajes proféticos.

(x) La última diatriba que nos transmite san Lucas es la acusación de haber obstruido el camino a la auténtica sabiduría, que, para un judío se contenía en la Sagrada Escritura: “¡Ay de vosotros, los legistas, que os habéis llevado la llave de la ciencia! No entrasteis vosotros, y a los que están entrando se lo habéis impedido”. Insistían tanto en las dificultades del texto sagrado que este parecía reservado exclusivamente a súper especialistas. La Sagrada Escritura parecía, según el entender de estos maestrillos, un libro de enigmas reservado exclusivamente a peritos. Exactamente la idea que han transmitido en el último siglo un ingente número de exégetas católicos, que han hecho de la Biblia un coto de caza reservado a lingüistas, arqueólogos y críticos literarios. Toda aproximación que no se haga desde las cumbres de la ciencia bíblica está condenada a ser infantil, ignorante y necesariamente ajena al verdadero sentido del texto. De ser así, resulta imposible entender por qué Jesús considera que es la llave de la ciencia (de la verdadera ciencia, que es la ciencia de la vida y de la salvación). Es indudable que hay sentidos muy profundos en el texto Sagrado y que no siempre podemos determinar, sin ayuda, el verdadero alcance del texto y de su sentido literal. Pero siempre es cierto que es la Palabra de Dios para todo su pueblo, y

que Dios ha encerrado en este texto singular, que no es parque arqueológico (aunque también depare admirables secretos a quien se adentre con pericia por tales rumbos), otros muchos sentidos que son capaces de alimentar a los sencillos. La tarea de los sabios, si lo son verdaderamente, es guiar a todos en la lectura y meditación fructuosa de la Palabra divina, no cerrarles las puertas o asustarlos insistiendo en las dificultades y tenebrosidades o en los errores en que incurrirán con sus aproximaciones ordinarias. Además Jesús acusa a los legistas de bloquear el acceso a los que quieren entrar y *de no entrar siquiera ellos mismos*. No se reservan para sí esta ciencia. Ellos son los primeros en ignorarla. No aman la verdad divina sino el prurito de manejar con holgura dos o tres artes que les permiten hacer cabriolas con los textos, estructurándolos de modos generalmente ininteligibles, o razonando tan sinuosamente que concluyen afirmando que allí dice todo lo contrario de lo que el buen sentido hace comprender al hombre simple.

(xi) En fin, Jesús no se hizo de muchos amigos en esta oportunidad, al menos entre los exégetas y biblistas de su comarca que a mí no me parecen tan diferentes de los más publicitados hoy en día por las editoriales católicas. Así que aquellos, después de este peliagudo discurso, hicieron lo que los modernos han venido haciendo con Nuestro Señor desde hace cien años a esta parte: “comenzaron a acosarle implacablemente y hacerle hablar de muchas cosas, buscando, con insidias, cazar alguna palabra de su boca”. Y no pararon hasta que lo mataron. Es peligroso hablar mal de esta gente.

CONTRA LA HIPOCRESÍA

(Lc 12,1-3)

¹ *En esto, habiéndose reunido miles y miles de personas, hasta pisarse unos a otros, se puso a decir primeramente a sus discípulos: “Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía. ² Nada hay encubierto que no haya de ser descubierto ni oculto que no haya de saberse. ³ Porque cuanto dijisteis en la oscuridad, será oído a la luz, y lo que hablasteis al oído en las habitaciones privadas, será proclamado desde los terrados”.*

(i) Las invectivas contra los fariseos y legistas dan pie a san Lucas para enganchar otras palabras de Jesús quizá pronunciadas a continuación de las anteriores, pero que también podrían provenir de otros discursos del Señor. Se trata de una de las predicaciones masivas de Jesús: ante “miles y miles de personas que llegaban a pisarse unas a otras”.

(ii) “Guardaos de la levadura de los fariseos, que es la hipocresía”. La hipocresía es el vaciamiento de la verdad guardando las formas de la verdad. Es la *representación* de un personaje con el que se está muy lejos de identificarse realmente, especialmente del personaje religioso y moral, e incluso del santo. Los fariseos no eran hombres religiosos sino antirreligiosos (no *arreligiosos*, porque no eran indiferentes); tenían el corazón envenenado contra Dios. No contra el dios que se habían fabricado sino contra Dios tal cual es, según la revelación judía (y con mayor razón la de Cristo): Dios no es Amor que Arde y Quema, Celo por la Verdad, Esposo que quiere totalidad... como los habían predicado los profetas. El dios de los fariseos solo pretendía formas externas sin aspirar a ser dueño de la intimidad del alma humana. Pero un dios así no es Dios.

(iii) Las palabras están dirigidas “primeramente a sus discípulos”, pero son extensivas a todos. Jesús llama a la hipocresía “levadura de los fariseos” o “levadura farisaica”, es decir, la raíz de la que proviene toda su corrupción. Ya no está disputando contra los fariseos, ni su intención es advertir a los suyos que se cuiden de aquellos. Las actuales palabras apuntan a alertar a los suyos, comenzando por los llamados a la nueva jerarquía (“comenzando por sus discípulos”), que también ellos están expuestos al peligro de corrupción que Jesús ha denunciado con fuerza en el fariseísmo. La hipocresía y el fariseísmo es la infección que amenaza de modo directo a la religión: cuando esta se adultera lo hace por la ponzoña de la hipocresía según la hemos dado a entender en el párrafo anterior: no como mera simulación sino como vaciamiento del interior religioso, muerte del amor y de la misericordia y del olvido de sí, para reducirla a una formalidad exclusivamente extrínseca.

(iv) El dicho que sigue a continuación puede también estar relacionado con esta advertencia: “Nada hay encubierto que no haya de ser descubierto ni oculto que no haya de saberse”. La fuerza del

fariseísmo y de la hipocresía que es su principal raíz, reside en el secreto de la muerte interior. El fariseo guarda formas exteriores que son apariencia de vida; estas engañan porque su muerte interior es oculta. “Pareces vivo, pero estás muerto”, dice Jesucristo en el Apocalipsis. El fariseo parece santo, aunque no lo es; parece un hombre de Dios aunque es un hombre del mundo, y en ciertos casos del demonio. Por eso Jesús les avisa: todo se sabrá. Y abunda en su admonición: “Porque cuanto dijisteis en la oscuridad, será oído a la luz, y lo que hablasteis al oído en las habitaciones privadas, será proclamado desde los terrados”. Todas las maquinaciones, movimientos furtivos, manejos clandestinos, influencias y presiones escondidas... terminarán por saltar a la luz y serán exhibidas ante el mundo entero. Y no amenaza Nuestro Señor solamente con el Juicio Final, en el que es obvio que cada uno será juzgado en público y todas sus obras serán patentes a ángeles y hombres, sino del mismo juicio temporal, histórico. Basta mirar nuestro pasado próximo para ver que todo manejo sibilino tarde o temprano es espectáculo para el mundo.

LA CONFIANZA EN DIOS Y EL TEMOR DE LOS HOMBRES (Lc 12, 4-12)

⁴ “Os digo a vosotros, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, y después de esto no pueden hacer más. ⁵ Os mostraré a quién debéis temer: temed a Aquel que, después de matar, tiene poder para arrojar a la gehenna; sí, os repito: temed a ése. ⁶ ¿No se venden cinco pajarillos por dos ases? Pues bien, ni uno de ellos está olvidado ante Dios. ⁷ Hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados. No temáis; valéis más que muchos pajarillos. ⁸ Yo os digo: Por todo el que se declare por mí ante los hombres, también el Hijo del hombre se declarará por él ante los ángeles de Dios. ⁹ Pero el que me niegue delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios. ¹⁰ A todo el que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo, no se le perdonará. ¹¹ Cuando os lleven a las sinagogas, ante los magistrados y las

autoridades, no os preocupéis de cómo o con qué os defenderéis, o qué diréis,¹² porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel mismo momento lo que conviene decir”.

(i) Muchos de los oyentes del divino Maestro deben haber mostrado una no disimulada inquietud frente a esta desafiante denuncia de los influyentes enemigos de Cristo. Razón no les faltaba. El fariseísmo no es solo oquedad del alma, sino odio violento a quien la pone al descubierto y a quien vive la auténtica comunión divina. El fariseísmo es mera formalidad extrínseca en sus primeros grados, pero es animadversión homicida en los más altos e inquina diabólica en los últimos. No debe extrañarnos que las palabras de Jesús sonaran, a muchos de su entorno, un tanto imprudentes y temerarias para ser dichas delante de los acusados. Por eso el Señor exhorta al valor, a no temer. Y se dirige a los suyos, a los que ve temblar a causa de sus discursos: “Os digo a vosotros, amigos míos”. Somos nosotros, sus amigos, los que nos asustamos por la *imprudencia* de Jesús. Y los exhorta a no temer, no porque no haya riesgo de sufrir (Jesús jamás promete evitarnos la cruz), sino porque el dolor que pueden infligirnos no pasa del cuerpo (incluida la muerte corporal), pero “no pueden hacer nada más”. Es indudable que Jesús supone que *se puede hacer algo más*, aunque esto ya no es competencia de los hombres. Lo añade a continuación: “Os mostraré a quién debéis temer: temed a Aquel que, después de matar, tiene poder para arrojar a la gehenna; sí, os repito: temed a ése”. Nuestro Señor se refiere a Dios. Y a Éste le atribuye poder no solo sobre la vida (“poder para matar”) sino para castigar después de la muerte. ¿Castigar qué? San Lucas no nos dice aquí que Jesús haya hablado del *alma*, como sí dice san Mateo (Mt 10,28: ψυχή, *psyjé*), pero está implícito, puesto que de lo contrario la expresión resulta incomprensible y pueril. La *gehenna* es un vocablo de origen hebreo que ha sido conservado transliterado en griego (γέεννα), en el latín de la Vulgata y en otras lenguas. Se encuentra doce veces en el Nuevo Testamento, once de ellas en los Evangelios Sinópticos, y en cada caso es mencionado por el mismo Señor. Designa geográficamente al Ge-hinón (el valle de Tofet), valle del (hijo de) Hinón. Se trata de una quebrada al suroeste del monte del Templo en Jerusalén, donde se quemaba basura y desperdicios que ardían constantemente, de allí la extensión

figurativa de lugar de eterno castigo, es decir, el infierno. Hay algo, pues, que no pueden matar los hombres, y que tampoco destruye Dios después de la muerte, puesto que puede enviarlo a un lugar de castigo. Ese es el único temor que un amigo de Cristo debería preocuparse por cultivar, según el mismo Señor. (ii) La invitación a la confianza en Dios está directamente unida a las últimas palabras reportadas por san Lucas sobre el miedo a los hombres. Son su glosa natural. Ha dicho que al único que hay que temer es a Dios. Fuera de Él, a nadie. Por eso: “No temáis”. Y apoya Jesús su exhortación en la providencia divina: Dios cuida incluso de los pajarillos que los hombres compran y venden de a cinco por dos ases. El ἀσσάριον (*assáριον*), en latín *asarius*, era la moneda mínima romana que valía la decimosexta parte de un denario que era el salario de un día de trabajo. Un as era, pues, lo que se ganaba por media hora de trabajo, si la jornada fuera de ocho. Resaltaba así el poco valor que los hombres daban a estas avecillas, para añadir: “y así y todo, de ni uno de ellos se olvida Dios”. Y “vosotros valéis más que muchos pajarillos”.

(iii) Y añade con una afirmación netamente semítica: “hasta los cabellos de vuestra cabeza están todos contados”. A la providencia divina no se le escapa, pues, nada, ni los ínfimos detalles. No quiere decir Jesús que nada malo pueda sucedernos, sino que todo cuanto nos ocurra entra en los planes de Dios, que son siempre planes a favor nuestro. La idea de la Providencia que enseña Jesús no es la de una providencia que excluye el mal y el dolor, sino que se sirve del mal y del dolor —¡que con sus pecados han introducido los mismos hombres en el mundo!— para el bien de los que Dios conduce a la salvación.

(iv) Y de esta seguridad toma pie Nuestro Señor para inculcar el valor y la prontitud para dar testimonio de Él ante el mundo: “Yo os digo: Por todo el que se declare por mí ante los hombres, también el Hijo del hombre se declarará por él ante los ángeles de Dios. Pero el que me niegue delante de los hombres, será negado delante de los ángeles de Dios”. Se refiere Jesús al juicio divino, hecho ante la presencia de los ángeles. San Lucas no pone en boca de Jesucristo que sea Él mismo quien negará al que se acobardó ante su testimonio, sino que lo deja en impersonal: “será negado” (a

diferencia del salir valedor por el que sí dio testimonio, diciendo que “el Hijo del hombre” declarará en su favor). Esto lleva a decir a algún comentarista que el evangelista presenta a Jesús más bien como salvador. Pero en el texto paralelo de San Mateo (10,33) Jesús afirma expresamente: “yo le negaré”.

(v) Es probable que san Lucas haya colocado la frase de Nuestro Señor de modo más impersonal para no dar a sus lectores la impresión de que la negación de Cristo deja al pecador sin posibilidad de arrepentimiento. Más adelante, en el siglo III, Novaciano iba a fundar su secta herética, entre otros fundamentos, sobre la negación del perdón a los que por miedo a las torturas o a la muerte habían apostatado durante las persecuciones. Jesucristo ya había respondido anticipadamente con estas palabras recordadas por san Lucas: “A todo el que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que blasfeme contra el Espíritu Santo, no se le perdonará”. Según esto la negación de Cristo en este mundo, admite todavía la esperanza del arrepentimiento y del perdón en esta vida.

(vi) Pero ¿por qué esta diferencia entre el pecado contra el Hijo del hombre y la blasfemia contra el Espíritu Santo? ¿Por qué este segundo es *imperdonable*? Tengamos presente que tanto san Mateo como san Marcos refieren que Jesús pronunció esta sentencia cuando los escribas y fariseos atribuyeron su poder sobre los demonios al príncipe de los demonios en vez de a Dios (Mt 12,31-32; Mc 3,28-29). En esa ocasión, como es lógico, Jesús se refería al Espíritu Santo tal como lo entendían sus interlocutores judíos, y para un judío, según explica Barclay, el Espíritu divino es el que comunica la verdad a los hombres, por lo que el rechazo del Espíritu, o la blasfemia contra Él, es rechazo del principio de la verdad. En tal tesitura la conversión es imposible, porque la conversión es conversión a la verdad, y el pecado contra el Espíritu Santo es el rechazo del principio que ilumina la verdad. Es como si se dijera: el que mira mal a su hermano puede cambiar actitud y mirarlo bien, pero el que se arranca los ojos para no recibir más la luz, no puede ya mirarlo bien nunca más. El que habla mal del Hijo del hombre, puede arrepentirse reconociendo el poder divino del Hijo del hombre que manifiestan sus obras, pero el que atribuye las obras del Hijo del

hombre (que manifiestan con evidencia el sello de Dios) al demonio, peca contra la luz de la razón y la luz de la fe, abortando en su mismo principio la posibilidad de conocer la verdad; y en esto consiste el pecado contra el Espíritu Santo.

(vii) Como consecuencia de la confianza que se debe tener en la asistencia divina durante la persecución, Jesús alienta a ponerse totalmente en manos del Espíritu Santo, nuestro abogado y valedor “in extremis”: “Cuando os lleven a las sinagogas, ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de cómo o con qué os defenderéis, o qué diréis, porque el Espíritu Santo os enseñará en aquel mismo momento lo que conviene decir”.

PARÁBOLA DEL RICO NECIO

(Lc 12, 15-21)

¹³ Uno de la gente le dijo: “Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo”. ¹⁴ Él le respondió: “¡Hombre!, ¿quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros?” ¹⁵ Y les dijo: “Mirad y guardaos de toda codicia, porque, aun en la abundancia, la vida de uno no está asegurada por sus bienes”. ¹⁶ Les dijo una parábola: “Los campos de cierto hombre rico dieron mucho fruto; ¹⁷ y pensaba entre sí, diciendo: «¿Qué haré, pues no tengo donde reunir mi cosecha?» ¹⁸ Y dijo: «Voy a hacer esto: Voy a demoler mis graneros, y edificaré otros más grandes y reuniré allí todo mi trigo y mis bienes, ¹⁹ y diré a mi alma: Alma, tienes muchos bienes en reserva para muchos años. Descansa, come, bebe, banquetea». ²⁰ Pero Dios le dijo: «¡Necio! Esta misma noche te reclamarán el alma; las cosas que preparaste, ¿para quién serán?» ²¹ Así es el que atesora riquezas para sí, y no se enriquece en orden a Dios”.

(i) Esta parábola es exclusiva de san Lucas y tiene como fin ilustrar el principio moral sentado al comienzo de la perícopa: “guardaos de toda codicia, porque los bienes no aseguran la vida”. La ocasión de su predicación fue la intervención de uno de la muchedumbre que pidió a Jesús que terciara en un pleito familiar: “Uno de la gente le dijo: Maestro, di a mi hermano que reparta la herencia conmigo”. No sería de extrañar que esta intrusión haya tenido lugar tal como aparece aquí, es decir, mientras Jesús hablaba

de la confianza que debemos tener durante la persecución. La alusión a magistrados y tribunales que acababa de hacer el Maestro, permitió a uno de la multitud –que poco y nada estaría entendiendo de lo que el Señor decía– asociar estas palabras Cristo con sus propios problemas, que se reducían a una querella doméstica. Jesús le respondió: “¡Hombre!, ¿quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros?” Debemos agradecer mucho a Nuestro Señor que también quisiera sufrir este tipo de frustraciones oratorias a las que estamos tan acostumbrados sus predicadores, porque nos dan mucho aliento. Si también Jesús, el más pedagógico de los catequistas, se encontraba de vez en cuando con algún león sordo que le salía con las cuatro témporas cuando Él estaba hablando de los pinos del Líbano, quiere decir que no siempre debemos atribuir a mala didáctica nuestras similares experiencias. La respuesta de Cristo debe ser entendida exactamente así: “¿Y esto qué tiene que ver con lo que Yo estoy diciendo?”

(ii) En realidad no tenía nada que ver, pero Jesús con su paciencia infinita también se tomó el tiempo de recordar las graves consecuencias de centrar las propias preocupaciones en los bienes de este mundo. Y lo hizo con esta parábola en la que describe la actitud de un hombre rico al que los negocios de pronto reportaron ganancias extras. Ante todo, se trataba de alguien ya rico, por tanto, uno a quien las ganancias extras ni ponían ni quitaban. Y además, como suele suceder, sus bienes se multiplicaban, pues mientras más se tiene, si uno no gasta, más todavía se acumula. Lo saben muy bien los ricos avaros que cada vez son más ricos (y más avaros).

(iii) El pensamiento del rico ante la ganancia extra no fue pensar: ¿y para qué quiero más si ya estoy sobrado?, sino: ¿dónde guardaré todo esto extra? La codicia es un vicio que tiene como particular el buscar el objeto de deseo como un *fin* en sí, y no como un *medio* para otra cosa. Esto la convierte en un apetito irrefrenable e irracional. Porque todo lo que se apetece como medio tiene medida: la medida que le impone aquello para lo cual es medio. Si quiero un puente para cruzar a la otra orilla, entonces mi puente tendrá la medida del río, es decir, lo suficiente como para permitirme llegar a la otra orilla. Pero si quiero un puente porque amo los puentes sin intención de que estos me conduzcan a ninguna parte... ¿qué medida

tendrá mi puente? De por sí, no pide medida sino todo lo contrario, mientras más grande sea mi puente mejor. Ejemplo un poco tonto este del puente; pero con el dinero es más claro... y realista: los ricos codiciosos que solo quieren su dinero para ser ricos, no quieren que su riqueza tenga ninguna medida. No quieren dinero para conseguir una casa y un buen pasar, pues entonces solo querrían lo que cueste una casa y lo que garantice un buen pasar.

(iv) El rico de la parábola tenía dinero para muchos años... muchos más años de los que Dios le había asignado. Muchos ricos de nuestro mundo no podrían gastar todo su dinero ni comiendo chuletas de oro durante un par de siglos, aunque quizá no tengan ya resuello ni para un lustro. Así y todo, su codicia no aminora. Porque son ricos, no hombres libres. Ser libre o ser esclavo tiene poca equivalencia con ser rico o ser pobre. El rico de la parábola, como la mayoría de los ricos de la gran parábola de la historia humana, tenía mucho dinero, pero no tenía demasiada libertad. ¡Y a decir verdad, ni siquiera tenía mucho dinero! Porque, el más rico de los ricachones de nuestro tiempo ¿cuánto dinero tiene? Solo tiene lo que sea capaz de usar. La inmensa mayoría de su dinero no es suya; él solo cree tenerla, pero pertenece a los buitres que se lo comerán en su nombre cuando muera. A muchos de los cuales buitres ni siquiera conoce.

(v) Por eso Jesús lo llama ἄφρων (*áfron*); de φρήν (*frén*), “mente” con una “alfa” privativa delante: *amente*, que aquí está usada en el sentido de “sin sentido”, “estúpido”, “loco”, o, como solemos traducir: “necio”. Alguno define “carencia de integridad mental y de sobriedad, un hábito mental desenfrenado y desconsiderado” (Hort), y también “la carencia de la percepción de sentido común de la realidad de las cosas naturales y espirituales... o el ordenamiento imprudente de la propia vida con respecto a la salvación” (G. Vos). El *áfron* es el que no aprende de la realidad.

(vi) Jesús no condena la riqueza por sí misma, ni al rico por el solo hecho de serlo, por eso añade esta frase que debe escocer un tanto a los liberacionistas y marxistas: “así [loco o necio] es el que atesora riquezas para sí, y no se enriquece en orden a Dios”. Jesús condena al necio de la parábola es un rico que atesora para sí; pero plantea la alternativa de otros que no caen en la condenación, que serían los que “se enriquecen en orden a Dios” (εἰς Θεὸν πλουτῶν,

eis Theòn plouton). ¿Qué es enriquecerse para Dios? Indudablemente el sentido más espiritual de la frase es enriquecerse de bienes espirituales, es decir, virtudes, buenas obras y méritos. Pero este no parece el único sentido, porque Jesús habría dicho más bien “enriquecerse de bienes del alma”, como de hecho lo dice en otros contextos: “buscad primero el reino de Dios y su justicia”. La frase también admite el sentido de *usar las riquezas según Dios, o según los planes de Dios*. Es decir, como administrador de esos bienes en favor de todos, especialmente de los más pobres. La Iglesia ha canonizado varios ricos que fueron ricos *eis Theòn*.

(vii) Volvamos al principio puesto por Cristo a modo de advertencia: “guardaos de toda codicia, porque, aun en la abundancia, la vida de uno no está asegurada por sus bienes”. Las riquezas no son malas por sí mismas sino por el modo con que son deseadas y poseídas. Querellas con codicia, es decir, por sí, las convierte en un mal. La codicia es, de hecho, casi una *enfermedad del alma*, análoga a la polidipsia, que es la necesidad constante de beber agua, sin saciarse. Si se las desea correctamente no constituyen un mal, pero no dejan de ser un riesgo, porque los bienes de este mundo encandilan fácilmente, y bajo la excusa de “ser ricos para poder hacer mucho bien con las propias riquezas” puede ocultarse el engaño de querer ser ricos porque las riquezas son agradables. Siempre es más fácil estar desapegados cuando no se tiene (aunque esto solo no es garantía pues hay pobres que también viven esclavos de la codicia aunque jamás puedan hacer realidad sus deseos) que cuando se tiene. Que aquel a quien Dios le haya dado éxito con los bienes de este mundo pida la gracia de usarlos con generosidad, como administrador de Dios, y como protector y benefactor de los desvalidos. Y si Dios le dice “ve, reparte todo lo que tienes entre los pobres, y luego sígueme”, que no empalidezca como el joven rico que parecía bueno, pero no era libre de sus dineros.

LA CONFIANZA EN LA DIVINA PROVIDENCIA

(Lc 12, 22-34)

²² Dijo a sus discípulos: “Por eso os digo: No andéis preocupados por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis: ²³ porque la vida vale más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido; ²⁴ fijaos en los cuervos: ni siembran, ni cosechan; no tienen bodega ni granero, y Dios los alimenta. ¡Cuánto más valéis vosotros que las aves! ²⁵ Por lo demás, ¿quién de vosotros puede, por más que se preocupe, añadir un codo a la medida de su vida? ²⁶ Si, pues, no sois capaces ni de lo más pequeño, ¿por qué preocuparos de lo demás? ²⁷ Fijaos en los lirios, cómo ni hilan ni tejen. Pero yo os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. ²⁸ Pues si a la hierba que hoy está en el campo y mañana se echa al horno, Dios así la viste ¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe! ²⁹ Así pues, vosotros no andéis buscando qué comer ni qué beber, y no estéis inquietos. ³⁰ Que por todas esas cosas se afanan los gentiles del mundo; y ya sabe vuestro Padre que tenéis la necesidad de eso. ³¹ Buscad más bien su Reino, y esas cosas se os darán por añadidura. ³² No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino. ³³ Vended vuestros bienes y dad limosna. Hacedos bolsas que no se deterioran, un tesoro inagotable en los cielos, donde no llega el ladrón, ni la polilla; ³⁴ porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”.

(i) El discurso sobre la confianza en la divina Providencia se engarza adecuadamente con el tema que san Lucas viene desarrollando: después de la advertencia de no poner la seguridad en las riquezas, es lógico enseñar la verdadera fuente de la confianza.

(ii) “No andéis preocupados por vuestra vida”, es decir, por la subsistencia cotidiana. En cuatro cosas resume Jesús la preocupación cotidiana: la vida (la continuación en la existencia, es decir, el no morir), el alimento, la salud corporal y el vestido. Las amenazas que preocupan al hombre son pues: la muerte, el hambre, la enfermedad o dolor y la desnudez (o privación de casa y vestido).

(iii) Nuestro Señor muestra la Providencia divina con los seres más ínfimos: las aves y las flores del campo. “Dios los alimenta”, “Dios los viste” de belleza. “¡Cuánto más valéis vosotros!” Este es el principio teológico fundamental, que expone Santo Tomás diciendo: “No es admisible que Dios tenga menor

providencia de aquellos que Él ama para que posean el bien sobrenatural que de las criaturas que ama para que obtengan un bien natural”²². Y de aquí deduce el santo teólogo muchas de sus conclusiones teológicas más importantes. Principio, pues, de “providencialidad particular”, que tiene su fundamento revelado en textos como este que comentamos. “Valéis más a los ojos de Dios”, es decir, sois más amados... por tanto, es de esperar que lo que Dios da a los que menos ama, lo dé también con creces a los que más ama, es decir, a los que destina a Bien más alto (que esto es amar más).

(iv) “Hombres de poca fe”. La preocupación humana es inversamente proporcional a la intensidad de la fe. Mientras mayor es la fe, menor la preocupación; mientras esta es mayor, aquella se ha de suponer menor. Y establece Jesús una comparación con los paganos: “por todas esas cosas se afanan los gentiles del mundo”. Muchos de los gentiles creían en Dios; la mayoría en una pluralidad de dioses. Pero no entraba en sus creencias, al menos en la de muchos de ellos, el concepto de una providencia divina. Ese Dios o esos dioses, estaban demasiado lejos y preocupados por sus propios asuntos, como para tener alguna solicitud por las necesidades de los hombres. Consecuentemente, el hombre debe arreglárselas solo en el mundo. El cristiano que, al menos en la práctica, se siente solo en este mundo, o, al menos, cree que si él no se encarga de sus necesidades, nadie lo hará, ni el Cielo... piensa como un pagano.

(v) La Providencia divina sobre los hombres tiene un fin muy preciso que nada tiene que ver con el desinteresar a los hombres de trabajar y transformar el mundo: es la dedicación a Dios, el trabajar por el Reino. Dios provee no para que el hombre se eche panza arriba a matar las horas del día papando moscas sino para que las preocupaciones del mundo no le resten fuerzas en su consagración a Dios. La afirmación: “no andéis buscando qué comer ni qué beber, ni andéis inquietos”, se complementa con esta otra: “buscar más bien su Reino”. Es solo con esta condición que se sigue la actuación de la Providencia: “y estas cosas [que necesitáis] se os darán por añadidura”. La Providencia divina, pues, no se propone impedir que el hombre sude por su pan, sino que la angustia que suele acompañar

²² *Suma Teológica*, I-II, 110, 2.

la búsqueda del pan cotidiano no impida el tratar de hacer reinar a Dios en su propio corazón y en las estructuras del mundo. Dios no quiere impedir los callos de las manos del hombre sino el vacío de sus corazones. La Providencia, pues, se encarga de quien se encarga de las cosas de Dios.

(vi) Jesús alienta a una confianza sin límites y lo hace con palabras que quieren poner en relieve la mucha estima que ante Dios tienen los suyos: “no temas τὸ μικρὸν ποίμνιον (τὸ *micrón poímnion*), pequeño rebaño”. Nácar-Colunga traduce “rebañito mío”, que es el sentido que esta expresión tiene en boca de Jesús, como puede colegirse de este “vuestro Padre” que añade a continuación. Y da la razón: “porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino”. El Reino, es la herencia eterna, ya anticipada aquí en el Pueblo de Dios. Este bien es infinitamente más grande, más deseable que todos los bienes y reinos terrenos... y absolutamente desproporcionado a las fuerzas del hombre. Si Dios ha tenido a bien dar este *suprabien*, ¿cómo dudar de que disponga en favor de los amados todo lo que estos necesiten para vivir de tal modo que alcancen ese fin?

(vii) Pero el desafío más grande es *vivir* la confianza en la divina Providencia. Dios condiciona ciertas actuaciones de su Providencia a la confianza que el hombre deposita en Él. Digo “ciertas actuaciones”, porque hay una Providencia general que no deja de ejercitar con nadie, aunque los hombres se acostumbren tanto a ella, que usualmente ni siquiera la perciben. En efecto, tanto la vida como todo cuanto somos en el orden físico, psíquico y espiritual, de Dios lo hemos recibido, y a cada instante nos continúa manteniendo en el ser. Dios provee a cada creatura de su ser, de sus fines propios, de sus tendencias vitales. Las provee de este mundo del que gozan sin haberlo creado, y del que obtienen todo cuanto necesitan para su sostén y perfección. A todos nos provee de una familia, buena o mala, de amigos, de circunstancias buenas, muy buenas y también de las adversas que, al fin y al cabo, nos forjan y templan... De esto nadie carece, aunque en su necedad muchos hombres olviden o jamás reflexionen en su esencial gratuidad. Pero junto a este hay otro ejercicio más puntual de la Providencia, que es el que Dios pone en acto en los momentos en que lo ordinario parece faltar: cuando los

bienes escasean, las dificultades apremian, o el trabajo no es suficiente o la pobreza muy grande, o las puertas de los otros se cierran, o la enfermedad aparece con sus impedimentos y cargas, o..., o tantas circunstancias que hunden al hombre en preocupaciones fundadas o infundadas. Allí al hombre no le queda otra salida que pedir a Dios intervenciones paternas. Y Dios supedita su intervención a la confianza que el hombre pone en Él. De ahí que los que quieren mostrar su confianza ilimitada en Dios dejan de lado todos sus apoyos humanos y literalmente se cuelgan de la Providencia divina: “venden sus bienes y dan la ganancia como limosna”, colocando el capital en el que confían su presente y su futuro no en un banco terreno, sino en el cielo. Allí sus pocos bienes, transformados por la caridad de la limosna, se convierten en “un tesoro inagotable... que no puede tocar ni el ladrón ni la polilla”.

(viii) Y termina el Señor con una sentencia que ha hecho fortuna: “porque donde esté vuestro tesoro, allí estará vuestro corazón”. Aforismo que cifra maravillosamente la intención de Jesucristo en esta invitación a desprenderse de los bienes terrenos para confiarse a los eternos. La gravedad de la codicia o, sin llegar a tanto, de la sobrevaloración de los bienes terrenos, radica en el efecto que causa sobre el corazón. Tras lo que consideramos *valioso*, *importante*, y, sobre todo, *necesario*... se va nuestro pensamiento, nuestra preocupación y nuestro afecto. Todo esto es el *corazón*. Algunos tienen el corazón dividido porque, sin dejar de darle importancia a las realidades que no perecen, también consideran importantes o necesarias muchas cosas de la tierra. Hasta un cierto punto esta división del corazón es parte de la *realidad humana* a la que muy pocos pueden escapar. Y no impide, ciertamente, la santidad. San Pablo destaca que el mismo amor humano matrimonial –sobre el que se funda la familia humana– implica división: “El casado se preocupa de las cosas del mundo, de cómo agradar a su mujer; está por tanto *dividido*” (1Co 7,32). Esta división no es, pues, mala, sino querida por Dios... pero también Dios invita a los que se animen a algo *mejor*: a una *indivisión*: “El no casado se preocupa de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor (...) La mujer no casada, lo mismo que la doncella, se preocupa de las cosas del Señor, de ser santa en el cuerpo y en el espíritu”. Ocuparse de las cosas del

Señor y dejar que el Señor se ocupe de las de uno. Esto no vale solo para el celibato, sino para toda la actuación sobre las cosas del mundo. Pero cuando la proporción de aquella división se invierte y las cosas del mundo ocupan la principal parte del corazón, arrinconando a Dios a una olvidada esquina del alma..., entonces el corazón comienza a enfermarse de preocupación o de codicia o de ambiciones terrenas. Y cuando solo se buscan los bienes del mundo, sean estos los placeres de la carne, o el aplauso y la gloria, o los dineros, o el poder... el corazón no solo deja de pertenecer a Dios, sino que deja de pertenecernos a nosotros mismos. Queda en nuestro interior solo su símbolo carnal que latirá los años que Dios nos haya concedido, pero la realidad simbolizada por él (nuestra alma, nuestro amor y la grandeza y dignidad de nuestra persona), ya no nos pertenece sino que está encarcelada dentro de las rejas de un banco, o bajo las lentejuelas de un engañoso aplauso, o detrás de las vaporosas burbujas de un placer efímero.

PARÁBOLA DE LOS SERVIDORES VIGILANTES (Lc 12, 35-48)

³⁵ “*Estén ceñidos vuestros lomos y las lámparas encendidas, ³⁶ y sed como hombres que esperan a que su señor vuelva de la boda, para que, en cuanto llegue y llame, al instante le abran. ³⁷ Dichosos los siervos, que el señor al venir encuentre despiertos: yo os aseguro que se ceñirá, los hará ponerse a la mesa y, yendo de uno a otro, les servirá. ³⁸ Que venga en la segunda vigilia o en la tercera, si los encuentra así, ¡dichosos de ellos! ³⁹ Entendedlo bien: si el dueño de casa supiese a qué hora iba a venir el ladrón, no dejaría que le horadasen su casa. ⁴⁰ También vosotros estad preparados, porque a la hora que menos penséis, vendrá el Hijo del hombre*”. ⁴¹ Dijo Pedro: “Señor, ¿dices esta parábola para nosotros o para todos?” ⁴² Respondió el Señor: “¿Quién es, pues, el administrador fiel y prudente a quien el señor pondrá al frente de su servidumbre para darles a su tiempo su ración conveniente? ⁴³ Dichoso aquel siervo a quien su señor, al llegar, encuentre haciéndolo así. ⁴⁴ De verdad os digo que le pondrá al frente de toda su hacienda. ⁴⁵ Pero si aquel siervo se dice en su corazón: «Mi señor tarda en venir», y se pone a golpear a los criados y a

las criadas, a comer y a beber y a emborracharse, ⁴⁶ vendrá el señor de aquel siervo el día que no espera y en el momento que no sabe, le separará y le señalará su suerte entre los infieles. ⁴⁷ Aquel siervo que, conociendo la voluntad de su señor, no ha preparado nada ni ha obrado conforme a su voluntad, recibirá muchos azotes; ⁴⁸ el que no la conoce y hace cosas dignas de azotes, recibirá pocos; a quien se le dio mucho, se le reclamará mucho; y a quien se confió mucho, se le pedirá más”.

(i) San Lucas inserta aquí esta exhortación a la vigilancia que San Mateo y San Marcos colocan al final del discurso escatológico. Este último contexto parece más histórico, pues la vigilancia de la que aquí se habla es claramente la que debe caracterizar la espera de la Segunda Venida de Cristo. De todos modos, el que San Lucas la coloque en este lugar también tiene un sentido, pues el poner como primer término de los anhelos humanos al Reino de Dios, despreciando los bienes terrenos, colgándose de la Providencia, sobre todo tiene sentido por lo pasajero y efímero de este mundo.

(ii) El núcleo de la enseñanza se resume en las palabras iniciales y las finales del primer párrafo: “Sed hombres que esperan... estad preparados para la venida del Hijo del hombre”. Se trata de la Segunda Venida, el retorno parusíaco de Cristo como Juez de los vivos y de los muertos. La primera venida ya estaba realizada, y consistía en la misma presencia del Salvador que ahora les hablaba de aquella otra, que luego anunciaría solemnemente ante el Sanedrín como signo definitivo e irrecusable de su autenticidad mesiánica.

(iii) De esa Segunda Venida la principal característica es la incerteza del momento. Jesús no dice: estad atentos para acertar cuándo será. Por el contrario, deja traslucir que hasta el más prudente se equivocaría si intentara deducirlo por signos o cálculos. “Llegará a la hora que menos penséis”; aquella en la que nadie hubiera pensado que pudiera elegir el Señor para venir. Jesús dice que vendrá a la hora que elige el “ladrón”: la de la distracción.

(iv) En consecuencia, solo hay una actitud prudente: esperarlo en todo momento. Y precisamente porque quiere ser esperado así, con todos los sentidos alertas, Dios juega al ladrón con nosotros. Jesús usa una expresión gráfica: “con los lomos ceñidos y las lámparas encendidas”. La alusión a los lomos ceñidos significa

que la túnica debe estar recogida y bien sujeta al cinturón para poder trabajar con comodidad y, en este caso, correr a la puerta para abrir al dueño a su inesperada llegada. Me parece, sin embargo, más significativa la exhortación a la lámpara encendida, que se refiere a la lamparita oriental consistente en una mecha de algodón que flotaba en una jarrita de aceite. Tener todo el tiempo bien ceñida la cintura es más comprensible pues si un patrón viene tanto de día como de noche, hay que salir corriendo a abrirle, sin tropezar con las largas túnicas. Pero se supone que es suficiente con encender las lámparas cuando caiga el sol; mientras es de día basta con la primera previsión. ¿Por qué las dos cosas deben estar todo el tiempo juntas, la que permite la agilidad de los movimientos y la de la luz? Si no me equivoco porque la llegada del Dueño de casa, que será, como indica Jesús, absolutamente inesperada, traerá consigo también una *noche inesperada*. El Señor siempre llegará de noche, porque con su llegada se hará la noche. La *noche* indica aquí las tremendas circunstancias del advenimiento del Juez que Nuestro Señor describe en muchos otros lugares, y que han precisado muy bien los profetas antiguos y Juan en el Apocalipsis. Quien no tenga encendida la lámpara no podrá encenderla en esos momentos. “Danos, Señor, si quieres, una muerte repentina, pero libranos de la inesperada”.

(v) Frente a esto hay que ser “hombres que esperan”. Ser de los “que esperan” es muy diferente a ser de los “que saben que va a venir”. Hoy los cristianos se distinguen en tres grupos muy diferentes entre sí: los que ignoran que Cristo viene, los que saben que viene pero no lo esperan, y los que lo esperan. Y luego tenemos más matices. Entre los segundos: los que saben que vendrá pero no que *está viniendo*. Entre los últimos: los que esperan pero no desean su venida (espera soportada) y los que esperan deseando (y haciendo algo para que se apresure). Solo estos últimos son los “hombres que esperan” pedidos por Jesucristo. La esperanza es una virtud activa, de tensión. Su acto propio no es la trágica espera de un desenlace inevitable, sino la anhelosa expectación de un acontecimiento deseado.

(vi) Pero añade Jesús algo asombroso: al servidor que el amo encuentre despierto y esperándolo, él mismo se ceñirá el lomo y se pondrá a servirlo. Por eso concluye que si así lo encuentra “¡dichoso

él!” Indudablemente. De un patrón terreno, si encuentra a su sirviente aguardándolo para abrirle la puerta y con la comida caliente, podemos suponer que lo mirará con buenos ojos y le aumentará el salario; pero jamás se nos cruzaría por la cabeza que su contento llegue a tanto como sentarlo a la mesa y hacerle él mismo de criado. Pero Jesús dice que Él sí hará esto con sus “hombres de la espera”.

(vii) Me imagino que es por esta sorprendente promesa que Pedro pregunta si la parábola, con su promisión, es para ellos, los más íntimos, o si tal generosidad debe entenderse de todos. A lo que Jesús responde con una segunda parte de la parábola en la que redondea el perfil de los hombres que verdaderamente esperan con fidelidad y añade el perfil de los necios. De los primeros, solo agrega su definición (es un “administrador fiel y prudente”) y su premio (“lo pondrá de jefe de toda su hacienda”). Al segundo lo describe ante todo como un mal calculador: piensa que su señor tardará en venir, es decir, que *le sobra tiempo*. Es el necio que cree que sabrá darse cuenta a tiempo de la venida y acomodar sus cosas para pasar airoosamente el examen del amo juez. Lo describe también como un necio que piensa que el amo no tendrá modo de enterarse de cómo ha manejado sus asuntos durante su ausencia, por lo que se desmadra con unos y con otros como quien jamás deberá rendir cuentas de sus hechos. A este, dice Jesús, el amo le caerá “en el momento que no sabe”, es decir, inesperadamente y lo castigará.

(viii) Y responde a la pregunta de Pedro diciendo que esto vale para todos, aunque con las distinciones propias de la justicia: al que conoce la voluntad de Dios y no la cumple, se le darán muchos azotes; al que obra el mal pero sin conocer la voluntad de Dios, se le darán menos, mas se le darán, si es que las obras son vituperables. Pero la advertencia a los discípulos es seria: “a quien se le dio mucho, se le reclamará mucho; y a quien se confió mucho, se le pedirá más”. Pedro tiene así respondida su pregunta: vale para todos, pero mucho más para los que han recibido con toda claridad esta revelación.

EL FUEGO DE CRISTO

(Lc 12, 49-53)

⁴⁹ “He venido a derramar fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera ardiendo!” ⁵⁰ Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla!” ⁵¹ ¿Creéis que estoy aquí para dar paz a la tierra? No, os lo aseguro, sino división. ⁵² Porque desde ahora habrá cinco en una casa y estarán divididos; tres contra dos, y dos contra tres; ⁵³ estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra”.

(i) Estas palabras de Jesucristo, de las que no sabemos a ciencia cierta en qué contexto preciso fueron pronunciadas, revelan la visión que el mismo Jesús tenía de las consecuencias que su Encarnación y predicación causarían en el mundo; también manifiestan algunos de sus sentimientos más íntimos.

(ii) Ante todo, pronuncia una frase de la que se han dado distintas interpretaciones: “Fuego he venido a derramar sobre la tierra, y ¡cuándo desearía que ya estuviera ardiendo!” “En el pensamiento judío, dice Barclay, el fuego suele ser un símbolo del juicio. Así es que Jesús veía la venida de su Reino como un tiempo de juicio”. Esta interpretación no me parece acertada, porque no es probable que Jesús estuviera diciendo “¡Cuánto desearía haber ya comenzado a juzgar a los hombres!” Cuando Nuestro Señor pronuncia estas palabras todavía estaba en el tiempo de la misericordia, y si bien su presencia entre los hombres producía, como ya lo había profetizado Simeón, una inevitable *discriminación*, poniendo a unos en favor suyo y a otros en su contra, no se trata todavía del juicio divino definitivo.

(iii) Tiene que tratarse de algo bueno y excelente y muy positivo para los hombres, porque de él dice Jesús que ha venido a *derramarlo*. Usa el verbo βάλλω (*balō*), que significa lanzar, echar, poner, precipitar, sembrar. Se usa para decir “derramar un líquido”. Por lo que Jesús está hablando de algo que tiende a expandirse, a contagiarse, a inundar. Y sobre todo, tiene que ser algo muy bueno porque el Maestro *desea* que ya esté ardiendo. El verbo θέλω (*thélo*), que traducimos por “querer, desear, gustar”, se usa generalmente para describir un querer intenso. San Lucas lo usa en 13,31 para

referirse al deseo de Herodes de matar a Cristo, y san Pablo lo usa en 1Ts 2,18 para mencionar su deseo de ir a visitar a los cristianos de Tesalónica; y también para hablar de la voluntad salvífica de Dios: “Dios quiere que todos los hombres se salven” (1Tm 2,4). Un deseo, pues, determinado, firme, casi pasional. Por tanto, ese *fuego* que Cristo quiere que esté ya actuando entre los hombres puede ser, como lo han interpretado algunos Padres, la caridad, el reino de Dios, o el mismo Espíritu Santo.

(iv) Pero también puede tratarse del fuego de su sacrificio redentor. Esto es lo que más condice con la expresión que añade a continuación y que no parece ser otra cosa que una segunda imagen para repetir la misma idea: “Con un bautismo tengo que ser bautizado y ¡qué angustiado estoy hasta que se cumpla!” De hecho, esta es una construcción paralela a la anterior: lo que describe como fuego en la primera imagen, lo llama bautismo en la segunda. Bautizar, de βαπτίζω (*baptízo*), viene de βάπτω (*bápto*) que significa arrollar, inundar, cubrir completamente con un fluido. Jesús dice, pues, que debe ser *sumergido* en una experiencia que parece ser de capital importancia pero también terrible, porque respecto de ella él dice que συνέχομαι (*synéjomai*), es decir, siente congoja, está ansioso. Por tanto, la desea con fuerza, pero también lo llena de dolor y temor. Este bautismo no es otro que el de su Pasión, donde será abrumado por todo el pecado del mundo, y, como consecuencia, por todo el dolor del mundo. Proféticamente, el Salmista había escrito, como salidas de la boca del Mesías: “Todas tus ondas y tus olas me han arrollado” (Sl 42,7). Este sacrificio es *fuego derramado*, porque sus efectos salvíficos se expandirán como un incendio, y porque sus discípulos serán llamados a renovarlo perpetuamente hasta el fin de los tiempos en cada Misa y en cada martirio.

(v) Pero este sacrificio cumplirá a la perfección la ya mencionada profecía del viejo Simeón, dividiendo las aguas de la humanidad entre quienes aceptarán la marejada redentora y los que la rechazarán. Todo el proceso de Cristo, con muchos acusadores y jueces inicuos de un lado, y pocos leales del otro, no será más que el primer acto de esta tragedia que se representará hasta que los ángeles descuelguen el telón final en la Parusía. Por eso, su fuego y su bautismo tendrán también un cariz purificador haciendo que se

distinga, entre los hombres, la escoria y lo auténtico. De ahí que Jesús pueda decir con toda propiedad que “no ha venido a traer paz a la tierra... sino división” y que esa división penetrará hasta dentro de las familias, afectando las relaciones sanguíneas más íntimas y estrechas: padres e hijos, cónyuges, hermanos... Jesús no predica la división entre los hombres, ni las luchas entre ellos, como no predica jamás el odio, sino todo lo contrario: el amor fraternal, el perdón de los enemigos. Jesús de Nazaret no tiene nada que ver con el Cristo *liberacionista* que han divulgado los “profetas del odio”, el cual no se parece al Cristo de los evangelios sino al otro Jesús que aparece en ellos: el sedicioso y homicida Jesús Barrabás²³. Pero habla de la consecuencia inevitable de su predicación de la verdad: la aceptación incondicional de unos, el desdén y el encogimiento de hombros de la mayoría, y el rechazo enconado de otros... con la división, el odio y la violencia de los ven en esa verdad una luz que les irrita los ojos. Es el pecado el que hace reaccionar con violencia contra Cristo, no la incitación de Cristo a la división y a la violencia. Pero la divisoria de las aguas está ligada esencialmente a su Persona.

OBLIGACIÓN DE ASUMIR LA RESPONSABILIDAD DE NUESTRA CONCIENCIA

(Lc 12, 54-59)

⁵⁴ Decía también a la gente: “Cuando veis una nube que se levanta en el occidente, al momento decís: «Va a llover», y así sucede. ⁵⁵ Y cuando sopla el sur, decís: «Viene bochorno», y así sucede. ⁵⁶ ¡Hipócritas! Sabéis explorar el aspecto de la tierra y del cielo, ¿cómo no exploráis, pues, este tiempo? ⁵⁷ ¿Por qué no juzgáis por

²³ Es casi seguro que Barrabás (cuyo nombre significa Bar-Abbas, es decir, “hijo del padre”, siendo por esto solo ya una caricatura de Hijo de Dios) también se llamaba Jesús. Algunas de las más antiguas traducciones del Nuevo Testamento – como las antiguas versiones siríaca y armenia– le llaman Jesús Barrabás; y tanto Orígenes como Jerónimo tenían noticia de esa variante y creían que podía ser correcta. Quizá por eso Pilato por dos veces especifica diciendo “Jesús, al que llaman el Cristo” (Mt 27,17 y 22), como para distinguirlo de algún otro Jesús. Jesús era, de hecho, un nombre corriente, el mismo que Josué en hebreo. Quizá el grito de la multitud fuera: “¡No a Jesús el Cristo, sino a Jesús Barrabás!”

vosotros mismos lo que es justo? ⁵⁸ *Cuando vayas con tu adversario al magistrado, procura en el camino arreglarte con él, no sea que te arrastre ante el juez, y el juez te entregue al alguacil y el alguacil te meta en la cárcel.* ⁵⁹ *Te digo que no saldrás de allí hasta que no hayas pagado el último céntimo”.*

(i) Jesús recrimina a las gentes que lo oyen (es decir, al pueblo menudo entre el que también se mezclarían algunos cultos, patrones y siervos, propietarios y mendigos) la reticencia a juzgar su predicación y su obra con el mismo afán que usan para discernir los signos temporales. “Sabén explorar el aspecto de la tierra y del cielo”, y se guían por sus observaciones para sus labores de agricultura... Eso significa que tienen juicio y discernimiento. Y si lo tienen para su gobierno temporal, entonces no pueden excusarse de incapaces de aplicarlo a lo más esencial de la vida: la fe.

(ii) Por eso los llama “hipócritas”, en el sentido de “farsantes”, o de pretender “representar una comedia” ante Él, como dice Lagrange. Porque entre las acusaciones de los enemigos de Cristo y las obras de Cristo, esas gentes se negaban a tomar partido, escudándose en su rusticidad e ignorancia. Pero Jesús pone al desnudo que no es incapacidad sino comodidad y cobardía, y deja en claro que todo hombre debe asumir la responsabilidad de la fe que presta o deja de prestar. Lo que los fariseos y saduceos rechazaban de Cristo, Éste lo demostraba no con sutiles razones teológicas sino con milagros patentes... Para entender las verdades reveladas por Cristo había tener seso, pero para comprender el valor de las *demonstraciones* que aducía no hacía falta ser un lince, como demostró el ciegonato cuando les espetó a los fariseos: “yo no sé mucho de teologías pero sí sé que un pecador no puede hacer los milagros que hace este” (cf. Jn 9,30-32). Así habla este Sancho Panza del evangelio de san Juan.

(iii) Pero resultaba menos comprometedor pasar por mentecato que jugarse por la verdad y ser apaleados. “Hacerse el zonzo” es un deporte muy extendido entre los cobardes y los que no se juegan por nada. Dante los describió con muchas dureza en el vestíbulo del infierno, rechazados tanto por los demonios como por los ángeles: los repudian el cielo y el infierno. Aquí Jesús simplemente les dice: no simulen ser obtusos y usen la mollera del

mismo modo que cuando siembran y cosechan. “Juzgad por vosotros mismos”. Ciertamente es más fácil aceptar las cosas *porque lo dicen los que saben...* Pero es que en las cuestiones donde se juega el destino eterno de nuestra alma, nadie se salva porque, si obró el mal, fue “*porque los otros me dijeron* que eso se podía hacer”. Dios preguntará a cada uno: “¿Y tu conciencia qué te dijo? ¿No te la di para que la usaras para gobernarte y te hicieras responsable de cada decisión fundamental de tu vida?” Este es el sentido de la expresión: ὑφ' ἑαυτῶν (*áf' éautón*): por vosotros mismos.

(iv) Y añade Jesús una pequeña imagen que es una parábola de nuestra vida: “Cuando vayas con tu adversario al magistrado, procura en el camino arreglarte con él, no sea que te arrastre ante el juez, y el juez te entregue al alguacil y el alguacil te meta en la cárcel. Te digo que no saldrás de allí hasta que no hayas pagado el último céntimo”. El camino hacia el juez es el que estamos haciendo en nuestra vida, pues a cada momento nos acercamos a nuestro juicio definitivo. Nuestro adversario es la conciencia que nos hace de testigo de nuestro obrar. Arreglarse con ella es vivir según sus dictámenes, de lo contrario, ella misma nos arrastrará ante el juez y nos acusará hasta del último céntimo malgastado de nuestra vida. Dante describió esta verdad con la imagen de Minos, juez de los avernos, ante quien cada condenado se presenta, y ni bien lo ve, se siente acometido por una necesidad imperiosa de decir todas las macanas que hizo en su vida y no puede parar de hablar hasta haber desembuchado hasta el último estornudo inmoral que haya cometido. El juicio de cada uno tendrá mucho de autoacusación, porque nuestra conciencia, a quien durante la vida hemos amordazado repetidamente para que no chille, se encargará de mandarnos al frente... a menos que nos hayamos arreglado con ella, haciéndole caso, cuando todavía estábamos a tiempo.

(v) Jesús, con estas palabras, señala a la muchedumbre, es decir a todos los hombres, entre los que nos contamos nosotros, la obligación de hacernos responsables de nuestra salvación y de asumir como hombres maduros nuestro deber de responder a Dios al ser interpelados por el sentido que damos a nuestra vida y de tomar una postura sincera y personal en nuestra fe.

EL LLAMADO A LA PENITENCIA

(Lc 13,1-9)

¹ En aquel mismo momento llegaron algunos que le contaron lo de los galileos, cuya sangre había mezclado Pilato con la de sus sacrificios. ² Les respondió Jesús: “¿Pensáis que esos galileos eran más pecadores que todos los demás galileos, porque han padecido estas cosas? ³ No, os lo aseguro; y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo. ⁴ O aquellos dieciocho sobre los que se desplomó la torre de Siloé matándolos, ¿pensáis que eran más culpables que los demás hombres que habitaban en Jerusalén? ⁵ No, os lo aseguro; y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo”. ⁶ Les dijo esta parábola: “Un hombre tenía plantada una higuera en su viña, y fue a buscar fruto en ella y no lo encontró. ⁷ Dijo entonces al viñador: «Ya hace tres años que vengo a buscar fruto en esta higuera, y no lo encuentro; córtala; ¿para qué va a cansar la tierra?» ⁸ Pero él le respondió: «Señor, déjala por este año todavía y mientras tanto cavaré a su alrededor y echaré abono, ⁹ por si da fruto en adelante; y si no da, la cortas»”.

(i) De los dos episodios históricos que dan pie a este relato no sabemos más que cuanto nos dice san Lucas en este pasaje. Al parecer el procurador Pilato, en un hecho confuso, había ordenado una violenta represión en el Templo que terminó con la muerte de algunos galileos que habían acudido para ofrecer sacrificios (de ahí la alusión a que mezcló su sangre con la de los sacrificios que ofrecían). El otro hecho parece haber sido un poco anterior, pero no demasiado porque aún seguía impresionando la fantasía de sus interlocutores: en el barrio de Siloé, ubicado en aquel tiempo en la periferia de la ciudad, se había derrumbado inesperadamente una torre que pertenecía al sistema defensivo de la ciudad, aplastando y causando la muerte de dieciocho personas.

(ii) El pensamiento popular suponía que todo sufrimiento temporal, y en particular la muerte violenta, se relaciona directamente con los pecados personales: si este sufre debe ser como castigo de sus pecados, o, a lo sumo, de los de sus padres. Así pensaban incluso los apóstoles puesto que interrogaron a Jesús a

propósito del cieguito de nacimiento: “Señor, ¿quién pecó, éste o sus padres, para que haya nacido ciego?” (Jn 9,2). Las deducciones equívocas que se siguen de esto son más que evidentes: por un lado, mientras uno no peque, no debería temer ningún mal; por otro, si uno padece algún mal y la conciencia no le reprocha ningún crimen, entonces aquella nos está jugando una mala pasada ocultando a nuestra memoria algún pecado pasado, o bien esta caries será efecto de que nuestros padres comieron uvas verdes, como decía el dicho del Antiguo Testamento (Jr 31,29). Tratándose de muertes trágicas, inesperadas o violentas, al menos pensaban que los afectados eran “más pecadores” que el resto. Después de veinte siglos de cristianismo muchos siguen pensando del mismo modo y clamando a voz en grito ante cualquier desgracia: “¿Y yo, qué he hecho para merecerme esto?”

(iii) Jesús pone en evidencia estos pensamientos: “¿Pensáis que esos eran más pecadores que todos los demás, porque han padecido estas cosas?” Pero no da muchas explicaciones, sino que se limita a una admonición: “No [es como pensáis], os lo aseguro; y si no os convertís, todos pereceréis del mismo modo”. Debemos advertir en estas palabras del Señor tres cosas.

Primero, que rechaza la explicación vulgar. Por tanto, podemos decir que Jesús enseña que los males temporales, y en particular la muerte violenta e inesperada como en los dos casos a los que alude, no tiene relación con *una mayor pecaminosidad* de las víctimas respecto del resto de sus contemporáneos. Jesús da a entender que, al menos en los dos casos mencionados, los implicados no eran moralmente peores que sus compaisanos que sobrevivieron ambas desgracias.

Segundo, sus palabras no descartan que el sufrimiento y la muerte tengan alguna relación con el pecado, aunque no aclara aquí nada más. Todos los males, y la muerte en particular, tienen relación con el pecado del hombre, pero principalmente con el primer pecado del primer hombre, como dirá más tarde san Pablo (cf. Rm 5,12). Y, como dirá el mismo Apóstol, que la muerte nos afecte a todos por igual, incluso a los que no han llegado al uso de la razón, demuestra que ese pecado nos pertenece de algún modo misterioso (cf. Rm 5,12-21). Por otra parte, nada quita que en algún caso Dios castigue

un pecado particular con un mal temporal singular, incluso con una muerte horrible; y en la Sagrada Escritura tenemos relatados castigos ejemplares de impíos (como el de Baltasar o el de Antíoco Epífanes), pero Dios no se obliga a regularse por ese tipo de justicia tan estrecha y limitada. Su modo de obrar y de distribuir los bienes y los males temporales queda ligado a designios providenciales que a nosotros se nos escapan. Puede haber justos o personas no tan pecadoras a quienes toca sufrir males atroces, e impíos que parecen triunfar en este mundo. Este es uno de los escándalos que afectan a los que juzgan la historia de los hombres y la actuación de Dios con parámetros fabricados a la medida del hombre.

Tercero, la conversión puede evitar algo que está presente en los dos casos históricos que son objeto de esta predicación, puesto que repite por dos veces la intimidación: “si no os convertís, todos pereceréis *del mismo modo*”. No dice que la conversión pueda evitarnos la muerte, ni, al menos, una muerte violenta, pero sí una *muerte sorpresiva e inesperada* y, consecuentemente, *impreparada*, que es lo que parece haber caracterizado ambos acontecimientos: ni los que peregrinaban al templo de Dios, ni los que pasaban junto a la torre de Siloé esperaban morir en tales circunstancias y, tal vez, no estuvieran preparados. La muerte los sorprendió. La conversión, según Jesús, evita morir sin prepararse, porque convertirse a Dios significa comenzar a vivir tal como quisiéramos que Dios nos encuentre en nuestra hora final. Al que vive así, la muerte puede llegarle repentinamente pero nunca imprevistamente.

(iv) La parábola del dueño de la viña refuerza esta doctrina. Se trata del dueño de una viña donde cultivaba, también, árboles frutales, entre los cuales una higuera que durante tres años seguidos le negó sus frutos. Decidió, pues, cortarla para no cansar inútilmente la tierra, pero el cuidador intercedió pidiendo un tiempo más de gracia, comprometiéndose él mismo a poner unos recursos extraordinarios para hacerla fructificar (remover la tierra, abonarla, regarla...), diciéndole que si a pesar de esto en un tiempo prudencial seguía sin dar frutos, procediera, ya sí, a cortarla definitivamente.

(v) La aplicación a la conversión es muy clara, pero se acomoda principalmente al pueblo elegido. Los hombres de su pueblo están ante Dios en condiciones semejantes a esta viña: a pesar

de haber recibido privilegios especiales, no han rendido ante Dios los frutos que Él espera de ellos y en razón de los cuales los ha creado y cultivado. Estos frutos son la santidad y la justicia. Correspondería que fuesen, pues, arrancados para que la tierra no desgaste sus humores con planta tan estéril y pueda ser útil a otros. Jesús es el mismo hortelano que intercede por su pueblo pidiendo una última oportunidad. Esta es precisamente la que están recibiendo ahora con su predicación que puede sonar áspera y provocadora, porque la Palabra de Dios “es más cortante que espada alguna de dos filos, penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las junturas y médulas” (Hb 4,12). Nuestro Señor quiere decirles que están recibiendo un ultimátum para que se vuelvan a Dios. Si no lo toman en serio, serán removidos de la viña de Dios para siempre.

(vi) Jesús no pone ningún remate a su parábola; no dice en qué terminó, porque la realidad a la que aludía la metáfora todavía no había llegado a su desenlace. Sabemos que su final fue la extirpación de la higuera judía que siguió sin dar frutos como pueblo, aunque sí lo hizo en muchos de sus miembros, el *pusillus grex*, pequeño rebaño, del que siempre se ha elogiado la fidelidad.

LA MUJER ENCORVADA

(Lc 13,10-17)

¹⁰ Estaba un sábado enseñando en una sinagoga, ¹¹ y había una mujer a la que un espíritu tenía enferma hacía dieciocho años; estaba encorvada, y no podía en modo alguno enderezarse. ¹² Al verla Jesús, la llamó y le dijo: “Mujer, quedas libre de tu enfermedad”. ¹³ Y le impuso las manos. Y al instante se enderezó, y glorificaba a Dios. ¹⁴ Pero el jefe de la sinagoga, indignado de que Jesús hubiese hecho una curación en sábado, decía a la gente: “Hay seis días en que se puede trabajar; venid, pues, esos días a curaros, y no en día de sábado”. ¹⁵ Replicóle el Señor: “¡Hipócritas! ¿No desatáis del pesebre todos vosotros en sábado a vuestro buey o vuestro asno para llevarlos a abreviar? ¹⁶ Y a ésta, que es hija de Abraham, a la que ató Satanás hace ya dieciocho años, ¿no estaba bien desatlarla de esta ligadura en día de sábado?” ¹⁷ Y cuando decía estas cosas, sus adversarios quedaban

confundidos, mientras que toda la gente se alegraba con las maravillas que hacía.

(i) San Lucas no dice en qué lugar geográfico ocurrió este episodio. Se limita a indicar que fue en una sinagoga y en sábado. Como era habitual en sus jornadas Jesús unía a sus predicaciones algunas curaciones. Esta es la última vez que san Lucas dice que Jesús estuvo en una sinagoga, y aunque el silencio posterior no sea argumento suficiente para deducir que nunca más volvió a enseñar durante las reuniones sabáticas, no nos debería extrañar que las cosas se hayan desarrollado de ese modo, pues la tensión con las autoridades religiosas se iba haciendo cada vez más explosiva. Manuel de Tuya afirma que este relato “tiene el carácter de los episodios de controversia por curaciones en sábado”. Lo que significa simplemente que Nuestro Señor curó en sábado en muchas oportunidades, causando metódicamente la protesta de los ritualistas fariseos y las consecuentes discusiones sobre el argumento. No se trata de un *género narrativo* sino que los hechos se repetían con cierta similitud.

(ii) Entre los enfermos había una mujer que padecía una deformación ósea en su columna, por lo que vivía desde hacía dieciocho años encorvada sin poder enderezarse de modo alguno. El evangelista dice que esto era a causa de “un espíritu que la tenía enferma”. Y pone en boca de Jesús la misma concepción: “a esta la ató Satanás hace dieciocho años”. Puede ser, como tienden a leer algunos, que Jesús se amoldase al modo de pensar de sus interlocutores, los cuales, ciertamente atribuían estos males al demonio; pero nada quita que se tratara efectivamente de un mal de origen diabólico. La teología nos dice que este tipo de acciones cae dentro de lo que el demonio puede causar; nada nos autoriza a decir que en este caso se trata de un mero modo de hablar. No sé cuál de los comentaristas examinó a la encorvada o probó hacerle fisioterapia para estar tan seguro de que aquí el demonio no había metido mano.

(iii) Por otro lado, Jesús entiende este tipo de curación como una “liberación” de un lazo, puesto que apela a la analogía con el desatar a los animales para llevarlos a abrevar. Pero el atar y desatar

nudos era uno de los 39 trabajos prohibidos en sábado (*Shabbath* 7:2); se nota que los interlocutores de Cristo lo aplicaban también a los nudos espirituales, aunque ellos no lo respetasen para los materiales, al menos cuando se trataba de sus propios asnos.

(iv) Jesús la curó imponiéndole las manos y mandando autoritativamente sobre ella: “Mujer, quedas libre de tu enfermedad”. La mujer, dice san Lucas, “al instante se enderezó, y glorificaba a Dios”.

(v) El jefe de la sinagoga se indignó “de que Jesús hubiese hecho una curación en sábado”. ¿Qué quiere decir san Lucas? ¿Se indignó de la violación del sábado o de que fuese Jesús quien llevara a cabo la curación? Sin descartar que tuviese una concepción inapropiada del descanso sabático (pues muchos judíos materialmente observantes la tenían y la siguen teniendo) da la impresión que lo que más pesa es que Jesús mostrase su poder taumátúrgico de una manera tan contundente, atrayéndose la admiración y la gratitud de la gente. Eso se llama envidia y dentera. Pero, como todo hipócrita, tenía que disfrazar su resentimiento contra Jesús con el manto del celo religioso. Por eso no se dirige a Jesús sino a la gente, aunque el bofetón iba contra el taumaturgo: “decía a la gente: Hay seis días en que se puede trabajar; venid, pues, esos días a curaros, y no en día de sábado”. Es lícito suponer que se habría enojado igualmente si la curación la hacía un jueves; lo que habría cambiado es el argumento. Ni la envidia ni el resentimiento tienen horarios fijos.

(vi) Pero si concedemos a nuestro arquisinagogo el privilegio de la duda sobre su mala disposición y nos limitamos a suponer que realmente su molestia se centraba en la violación del descanso sabático, entonces debemos catalogarlo entre aquellos que comprendían la ley desde la letra sin espíritu. En tal caso, detrás de tal modo de pensar se agazapaban varias deformaciones teológicas. Ante todo, equiparar las leyes de los hombres a las leyes divinas. La determinación de los modos en que debía cumplirse el descanso sabático, en gran medida no eran prescripciones divinas sino humanas, e incluso de escuelas rabínicas a menudo discrepantes entre sí. Carecían, pues, del valor universal de una ley divina. Además se confundía groseramente la indispensabilidad de los

preceptos divino-naturales negativos (que obligan siempre y en todo momento, como cuando se nos manda que no debemos blasfemar, ni fornicar, ni asesinar al inocente, ni mentir...) con el modo con que obligan los mandatos positivos (que obligan siempre, pero no en todo momento, como cuando se nos manda honrar a nuestros padres y rezar a Dios, o descansar para poder rezar). Tampoco se tenía en cuenta la finalidad divina de la ley, que es conducir a los hombres a Dios, haciéndoles caminar por la senda que realmente conduce hacia Él, y no, en cambio, fastidiar a los hombres con prohibiciones molestas para hacerles sentir la propia autoridad, como hacen, en cambio, muchos hombres que al tener poder sienten el prurito de imponerse sobre los demás del modo que sea para hacerles notar “quién manda aquí”. Y también se desconocía completamente la virtud de la epiqueya que nos ayuda a interpretar y comprender la mente del legislador sin bloquearnos en la pura materialidad de sus mandatos. Precisamente en el mandato del descanso sabático, Dios ha querido un bien para el hombre, garantizándole el holgar para dedicarse a las cosas de Dios. Ha de entenderse que tal mandato no pretende un descanso que podría resultar perjudicial a una persona concreta. A esto alude Jesús en otro lugar cuando dice que “el sábado ha sido hecho para el hombre y no el hombre para el sábado”. De todos modos, debemos recordar que la epiqueya no vale para las leyes prohibitivas naturales; pero el mandato de descansar no es prohibitivo sino positivo. Y los adversarios de Jesús lo practicaban así en los hechos, como les hace notar Nuestro Señor cuando les recuerda, sin reprocharles nada al respecto, que ellos mismos quebrantaban ese descanso en bien de sus ganados para llevarlos a abreviar, es decir, en bien de sí mismos, pues lo contrario equivalía a perjudicar sus propios bienes.

(vii) Las argumentaciones del Señor causaban un doble efecto. Dejaban muy confundidos a sus adversarios, y a las gentes “alegres por las maravillas que hacía”. Esas maravillas eran, ante todo, las curaciones en pro de los que sufren; pero con un poco de picardía podemos decir que también incluían las humillaciones y revolcones de los tiranos espirituales.

PARÁBOLAS DEL REINO

(Lc 13,18-21)

¹⁸ Decía, pues: “¿A qué es semejante el Reino de Dios? ¿A qué lo compararé? ¹⁹ Es semejante a un grano de mostaza, que tomó un hombre y lo puso en su jardín, y creció hasta hacerse árbol, y las aves del cielo anidaron en sus ramas”. ²⁰ Dijo también: “¿A qué compararé el Reino de Dios? ²¹ Es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo”.

(i) Vuelve, Jesús, a hablar del tema central de su predicación, que es el Reino de Dios. Lo hace con dos semejanzas o parábolas que tienen una misma dirección, pues parecen ser imágenes análogas: la primera habla de la semilla de mostaza que siendo muy pequeña (aquí no la califica, como en otros lugares de los Evangelios, siguiendo, esta vez sí, el parecer del vulgo, como “la más pequeña de las semillas”) se convierte en un arbusto muy grande, alcanzando hasta dos metros de altura, y en casos excepcionales incluso más, dando cobijo a innumerables aves que se anidan en sus ramas buscando sus frutos. La segunda también pinta el poder de algo pequeño, una pizca de levadura, capaz de fermentar una masa muy superior a ella en volumen. ¿Qué es lo que Jesús quería enseñar principalmente con estas imágenes? Los comentaristas sugieren diversos temas.

(ii) Pueden querer decir, como acentúan algunos, el crecimiento inexorable del Reino de Dios. Teniendo en cuenta que estas parábolas fueron pronunciadas en medio de las controversias y oposiciones de los fariseos, Jesús habría querido, con ellas, “tranquilizar a sus discípulos” diciéndoles que a pesar de las trabas violentas que sufrirían, el crecimiento del reino de Dios avanzaría de modo lento pero ineludible, como la semilla que se va desarrollando hasta hacerse árbol.

(iii) También enseñan que a pesar del carácter aparentemente nulo de esos discípulos que Jesús estaba por mandar al mundo, simbolizados en la exigua levadura, serían capaces, por la acción del Espíritu Santo, de hacer fermentar la masa del mundo (tres medidas

de harina, dice el Señor, lo que equivalía a 36,44 litros, es decir, un gran volumen) hasta transformarla en Reino de Dios.

(iv) Asimismo, que la transformación del mundo viene desde adentro de él, como actúa la levadura en la masa. Hay que ir al mundo sin mundanizarse, pero entrar en él y transformarlo en Reino de Dios. Esta acción, además, hará hervir al mundo, como la levadura parece hacer burbujear la masa que leuda; y esto causará molestia al mundo y violencia, como a los tesalonicenses que airados describían a Pablo y Silas llamándolos: “esos que han revolucionado todo el mundo” (Hch 17,6). Pero la masa terminará por rendirse a su acción.

(v) Ambas parábolas también ayudan a entender que el mundo, como la masa, no puede transformarse para bien por sí sola. Librada a su propia suerte permanece chata y se endurece. Si la levadura no actúa sobre ella, se inutiliza. La levadura, que parece convulsionarla, en realidad la salva.

(vi) Por último, las dos imágenes no son solo parábolas sino profecías, porque a diferencia de los oyentes de Cristo de dos mil años atrás, nosotros somos testigos de su realización. Hemos nacido en un mundo transformado por la levadura cristiana de un modo tan fuerte que, incluso muchos de los ejemplos de corrupción de nuestra sociedad no son otra cosa que decrepitudes de lo que otrora fueron florecientes manifestaciones cristianas. En efecto, si hoy asistimos a una apostasía de las masas, o, al menos, de las inteligencias, esto es posible porque en algún momento hubo una civilización que fue cristiana. Y esta llegó a ser tal a partir de ese granito de mostaza que plantó Nuestro Señor, y de esa pizca de fermento que enterró en la masa del mundo. Y como el Señor sigue plantando, con sus santos, nuevas semillas de mostaza y enterrando nueva levadura, no perdemos la esperanza de un nuevo florecer de santidad.

LA DIFICULTAD DE LA SALVACIÓN

(Lc 13,22-30)

²² *Atravesaba ciudades y pueblos enseñando, mientras caminaba hacia Jerusalén.* ²³ *Uno le dijo: “Señor, ¿son pocos los que se salvan?” Él les dijo:* ²⁴ *“Luchad por entrar por la puerta estrecha,*

*porque, os digo, muchos pretenderán entrar y no podrán.*²⁵
*“Cuando el dueño de la casa se levante y cierre la puerta, os pondréis los que estéis fuera a llamar a la puerta, diciendo: «¡Señor, ábrenos!» Y os responderá: «No sé de dónde sois».*²⁶
*Entonces empezareis a decir: «Hemos comido y bebido contigo, y has enseñado en nuestras plazas»;*²⁷
*y os volverá a decir: «No sé de dónde sois. ¡Retiraos de mí, todos los agentes de injusticia!»*²⁸
*Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abraham, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, mientras a vosotros os echan fuera.*²⁹
*Y vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se pondrán a la mesa en el Reino de Dios.*³⁰
Y hay últimos que serán primeros, y hay primeros que serán últimos”.

(i) San Lucas cambia de contexto, o mejor dicho, retoma la presentación que hace de la vida pública de Nuestro Señor como un gran viaje a Jerusalén, es decir, hacia su martirio. Su viaje es magisterial, por lo que cada etapa no está signada por los descansos sino por las catequesis que hace por las aldeas y caseríos que va topando a su paso. Nuestro episodio tiene lugar en uno de esos villorrios.

(ii) La predicación de Jesús giraría como muchas otras veces en la necesidad de pensar en la salvación del alma y sus dificultades. Uno le preguntó, pues, si son pocos los que se salvan; cuestión que ha angustiado a muchas personas a lo largo de la historia. La pregunta sobre la salvación es fundamental (mira a lo más esencial de nuestra existencia); pero la pregunta sobre el *número* de los que se salvan tiene solo un valor relativo, y puede ser, incluso ociosa y prestarse a inútiles discusiones. Eso ocurría en tiempos de Jesús, en el que los fariseos parecían defender la salvación universal y automática de los miembros del pueblo elegido (en la *Mishna* se lee: “Todo Israel tiene participación en el mundo venidero”, cf. Sanhedrín 10,1), mientras que otros postulaban una visión más pesimista (como se lee en el apócrifo libro de 4Esdras: “Sólo a pocos traerá alivio el mundo venidero, a muchísimos, en cambio, fatiga”; cf. 4Esd 5,47).

(iii) Nuestro Señor no responde directamente a la cuestión, poniendo el énfasis en el esfuerzo personal, pero usa una expresión

(“muchos pretenderán entrar y no podrán”) que parece reflejar más bien el pesimismo de 4Esdras. ¿Cómo se entiende esto? ¿Quiere dar, Jesús, una indicación velada o simplemente eludir la respuesta? Sobre esto se ha discutido mucho y hay opiniones para todos los gustos, desde los más pesimistas que dicen que el Señor no dice explícitamente que serán pocos, limitándose a sugerirlo, para evitar que nos desanimemos, hasta los que, con el gran predicador Monsabré, piensan que, aunque se salvarán los más, lo dice con esas palabras misteriosas para evitar que caigamos en la presunción y dejemos de esforzarnos. En fin, Royo Marín estudió más detenidamente las opiniones de una y otra parte²⁴, sosteniendo que, a pesar del modo enigmático que usa Jesús en este pasaje, se salvará la mayoría de los hombres, y esto estaría indicando lo que añade a continuación el mismo Jesús: “Y vendrán de oriente y occidente, del norte y del sur, y se pondrán a la mesa en el Reino de Dios”. De ser así, ¿debemos considerarla como una respuesta optimista? No propiamente, sino realista. En todo caso, es un *optimismo moderado*, porque nadie entra en esa mayoría de modo automático (optimismo puro sería pensar que se salvan todos), por tanto, siempre existe la posibilidad realísima de estar entre esa minoría que se condena por no haber hecho, de su parte, lo que Dios dispuso para salvarse. Y condenarse cuando la mayoría se salva, es, reconozcámoslo, una doble desgracia y una grandísima estupidez. Dios nos libre.

(iv) Los motivos que aducen los teólogos que siguen esta sentencia son diversos y de mucho peso. Solo mencionamos algunos al vuelo. Ante todo, la infinita misericordia de Dios, que es la razón suprema que, aunque en Dios se identifica con su justicia, siendo infinitas las dos, sin embargo, nos llega en toda su plenitud, mientras que la justicia divina no llega sino fuertemente disminuida y frenada. En efecto, la misericordia se desborda sobre los hombres abundantemente y sin encontrar obstáculo alguno fuera del rechazo voluntario del pecador; en cambio, sale al paso de la justicia de Dios el mismo Cristo crucificado ofreciendo al Padre la compensación sobreabundante de sus dolores. De aquí que Santo Tomás diga que *misericordia maxime attribuenta est Deo*, la misericordia

²⁴ Cf. Royo Marín, Antonio, *Teología de la salvación*, BAC, Madrid 1965, nn. 104-121.

corresponde a Dios en grado sumo. Incluso llega a decir que Dios la ejerce con los mismos condenados, a quienes siempre castiga un poco menos de cuanto se merecen²⁵. En segundo lugar, debemos añadir la misma justicia de Dios, pues como explica Santa Teresita, gran doctora de la misericordia de Dios: “Si es necesario ser muy puro para presentarse ante el Dios de toda santidad, ya sé yo que es también infinitamente justo; y esta justicia, que aterra a tantas almas, es el motivo de mi alegría y de mi confianza. Ser justo no es tan sólo demostrar severidad con los culpables; es asimismo reconocer las intenciones buenas y premiar la virtud. «Yo espero tanto de la justicia de Dios como de su misericordia; porque es justo, es compasivo y lleno de dulzura, tardo en castigar y pródigo en misericordias. Porque conoce nuestra flaqueza, se acuerda de que no somos más que polvo. Como un padre manifiesta ternura con sus hijos, así también tiene compasión de nosotros» (Sal 102)”²⁶. Dicho de otro modo: Dios es justo, y su justicia le hace tener en cuenta aquellas circunstancias atenuantes de nuestros actos; Él sabe que somos de barro, que cargamos con la herencia del pecado original, que sobrellevamos duras luchas por la virtud, que en el fondo de muchas faltas hay más bien atolondramiento, descuido, fragilidad y no tanta mala voluntad. Por eso dice el Salmo: “No nos castiga a la medida de nuestros pecados, no nos paga conforme a nuestras iniquidades” (Sal 102). En tercer lugar, por la responsabilidad subjetiva del pecado, porque para que un pecado sea mortal hace falta pleno consentimiento y perfecta advertencia. Y en muchos que consideramos por las apariencias grandísimos pecadores no hay sino una extraordinaria ignorancia de Dios, del pecado y de la virtud. ¡Cuántas sorpresas nos llevaremos el día del Juicio! En cuarto lugar, por la voluntad salvífica universal, puesto que está expresamente revelado que Dios quiere que todos los hombres se salven (cf. 1Tm 2,3-4), y que “Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva” (Ez 33,11). Aunque esto no significa que Dios salve al que no quiere convertirse, nos anima a pensar que Él no nos fallará en generosidad para abrirnos camino para salir de nuestros

²⁵ Santo Tomás, *Suma Teológica* I, 23, 3; *Suplemento* de la Suma Teológica, 99,2 ad 1

²⁶ Santa Teresa del Niño Jesús, *Carta* 8, a dos misioneros.

pecados y miserias. El problema de la condenación es exclusivamente nuestro; nos condenamos “a pesar de Dios”. En quinto lugar, la sobreabundante redención de Jesucristo. San Pablo dice expresamente que la gracia *sobreabundó* y opone esta expresión a la que asigna al pecado del que dice solamente que *abundó*: “donde abundó el pecado sobreabundó la gracia” (Rm 5,20). Hermosamente escribió Santo Tomás en el *Adorate devote*: “cuius una stilla totum mundum salvum potest facere”. Una sola gota de su sangre puede salvar todo el universo; pero derramó, sin embargo, toda su sangre. Y finalmente, la intercesión de María: tener una madre, abogada e intercesora, que comparte nuestra naturaleza es una de las verdades más consoladoras. La Virgen supera el orden de la gracia y de la gloria y ha entrado de lleno en el orden hipostático, como dice Santo Tomás, pero no deja de tener una naturaleza como la nuestra. Por eso dice el poeta que Ella subió al cielo para que desde el cielo nos miren unos ojos de tierra. Y Ella sabe lo que es ser barro; y más aún lo sabe con corazón maternal, porque ese barro es hijo suyo. Por eso ruega e intercede, y a nosotros nos da confianza infinita, porque sabemos que Ella es Omnipotencia Suplicante ante Dios.

(v) Pero Jesús dice claramente que “muchos pretenderán entrar y no podrán”. El adjetivo *πολύς* (*polýs*), “muchos”, suena aquí un tanto descorazonador. Sin embargo, tengamos en cuenta dos cosas muy importantes. “Muchos” no equivale a “la mayoría”. Cien millones de personas es un número apabullante, pero en comparación con los miles de millones que han pasado ya por nuestro mundo, son una gota en el océano. Segundo, la expresión de Jesús puede llegar a entenderse como “no podrán entrar *del modo que ellos quieren*”, lo que no quita que si se acomodan “al modo en que quiere Dios” – mediando la conversión de sus corazones– puedan todavía lograrlo, al menos una buena cantidad de esos muchos. En efecto, la puerta de entrada tiene sus exigencias: no se entra por ella como cada cual elige, ni cuando se le antoja. Como en la parábola de las vírgenes necias, hay que entrar con lámparas encendidas y en el momento en que el Señor llegue, lo que sucede repentinamente. No podrán entrar los que tengan sus lámparas apagadas ni cuando ya haya comenzado la fiesta de Bodas. Muchos, sin embargo, a pesar de estos avisos, pretenden y pretenderán entrar *a su modo*, es decir, *siendo cristianos*

a su modo... y no podrán; o esperando hasta el final, para cuando se cansen de jugar en el mundo,... y ya no podrán. Dios no niega la entrada, en cambio, a quien busca ingresar *del modo que lo ha dispuesto el dueño del banquete*.

(vi) La “entrada” es descrita aquí como una “puerta estrecha” (τῆς στενῆς πύλης, *tes stenes pyles*), con el calificativo στενός (*stenós*), de la raíz στεν (*sten*) que aparece en palabras como *stenazo* (gemir), *stenagmoo* (gemido), *stenocoreo* (angustiado, estrecho), *stenocoria* (angustia)... Tal retrato de la puerta alude, ciertamente, a las condiciones morales y espirituales estrictas para ingresar en la eternidad gozosa. Las puertas que conducen a la Vida (Eterna) o a la Muerte (Segunda) no son aberturas materiales sino disposiciones espirituales. El marco del ingreso por el que se accede a la vida es el conjunto de las normas divinas. Un complejo de mandamientos que estrecha bastante el posible abanico de nuestros actos. Si queremos amoldarnos a la silueta de esta puerta, no podemos hacer todo cuanto nos viene en gana. Esta puerta gira sobre tres goznes: la misericordia, la sabiduría y la justicia divinas. La misericordia infinita se pone de manifiesto en la existencia de una puerta *absolutamente inmerecida*; su justicia en que la entrada *tiene condiciones*; su sabiduría en que esas condiciones *perfeccionan* a quien las cumple y ponen de manifiesto la maravilla de los planes divinos. La misericordia brilla nuevamente en que esas condiciones se hacen fáciles para quien acepta la gracia que el mismo Dios ofrece; la sabiduría y justicia en que no entran los improvisadores y juerguistas sino a condición de cambiar de vida y aceptar las condiciones del dueño de casa.

(vi) Quedarse sin entrar equivale a la condenación eterna, como queda más que claro en las palabras que el Señor pone en boca del “dueño de casa”: “Cuando el dueño de la casa se levante y cierre la puerta, os pondréis los que estéis fuera a llamar a la puerta, diciendo: «¡Señor, ábrenos!» Y os responderá: «No sé de dónde sois». Entonces empezareis a decir: «Hemos comido y bebido contigo, y has enseñado en nuestras plazas»; y os volverá a decir: «No sé de dónde sois. ¡Retiraos de mí, todos los obradores de injusticia!» Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abraham, Isaac y Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, mientras a vosotros os echan fuera”. No valdrán, pues, en tales

momentos, los tratos antecedentes, sino el estado presente del alma. Todo aquel que se labre con sus obras el triste título de *obrador de iniquidad*, elige como futuro el llanto y el rechinar de dientes. Οἱ ἐργάται τῆς ἀδικίας (*hoi erjátai tes adikías*) son los que ejecutan la injusticia. Ἀδικία es la negación de la δίκη (*díke*), el derecho o rectitud, o simplemente la justicia; por tanto, es la injusticia y más ampliamente la maldad de vida o acción. El que obra la injusticia es todo aquel que no se ajusta a la antedicha estrechez de la puerta moral que conduce a la vida eterna.

(vii) De ahí que Jesús enfoque la mira de su interlocutor con una expresión muy vivaz: ἀγωνίζεσθε εἰσελθεῖν (*agonízesthe eiselthein*), “luchen por entrar”. El verbo ἀγωνίζομαι (*agonízomai*) quiere decir literalmente luchar, esforzarse, pelear. Esto indica claramente que no se entra a la vida eterna con los brazos cruzados, ni se recibe de balde. La gratuidad de la salvación no es una gratuidad inoperante o ajena a las obras que la misma gracia suscita en el alma. Exige esfuerzo y lucha contra uno mismo. La única guerra santa que predica Jesucristo es la que uno debe librar en su propio interior, donde se encuentra el verdadero enemigo de Dios y del hombre: el hombre mismo que da las espaldas a Dios.

(viii) Las palabras de Cristo tienen además una nota amenazadora contra algunos de su pueblo, probablemente los fariseos, que, como mencionamos más arriba, pensaban que la salvación era automática para quienes pertenecían al Israel carnal. Ese “mientras a vosotros os echan fuera”, sus interlocutores lo entendían referido a ellos, que eran judíos de pura cepa. Y sabían muy bien que cuando el Señor decía que “vendrían de oriente y occidente, del norte y del sur” para ocupar lugares en el banquete de Dios, se refería a los paganos, y que los puestos libres del banquete los proporcionaban los que confiados en su sangre y linaje no habían librado el buen combate del esfuerzo agónico de ganar la entrada al Reino. Y que aquello de “los primeros serán los últimos” era por ellos, los primeros en ser llamados, que habían siempre interpretado como “los primeros serán los únicos”... Con estas ideas en la lengua, un predicador como Jesús no podía augurarse muchos amigos.

LA PERSECUCIÓN DE LOS PROFETAS (Lc 13,31-35)

³¹ *En aquel mismo momento se acercaron algunos fariseos, y le dijeron: “Sal y vete de aquí, porque Herodes quiere matarte”.³² Y él les dijo: “Id a decir a esa zorra: Yo expulso demonios y llevo a cabo curaciones hoy y mañana, y al tercer día consumaré mi obra.³³ Pero es necesario que hoy y mañana y pasado siga adelante, porque no puede ser que un profeta perezca fuera de Jerusalén.³⁴ ¡Jerusalén, Jerusalén!, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados. ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina su nidada bajo las alas, y no habéis querido!³⁵ Pues bien, vuestra casa va a quedar desierta. Os digo que no me volveréis a ver hasta que llegue el día en que digáis: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!”*

(i) San Lucas encadena este episodio con el anterior, lo que nos indica que una buena parte de lo que hemos comentado en este capítulo se desarrolló en territorio de Herodes Antipas, que comprendía la Galilea y la Perea, al este del río Jordán. La actitud de los fariseos es aquí enigmática, y no resulta claro su objetivo. Algunos sostienen que actúan de parte del mismo Herodes, transmitiendo una amenaza del soberano, quien se sentía muy inquieto con la actividad de Jesús, en parte por los movimientos tan grandes de personas que acudían a oír al Maestro, y también porque siendo supersticioso, tenía el palpito de que Jesús era Juan el Bautista resucitado. Los que se han manchado de sangre tienen mucho miedo a los fantasmas. Esta versión de los fariseos como emisarios del rey es muy plausible, porque Jesús les responde como a quienes se dedican a traer y llevar mensajes: “id a decir a ese viejo zorro”²⁷.

²⁷ No comparto en este punto la interpretación de Barclay que entiende esta intervención como un intento de proteger a Jesús por parte de algunos fariseos que no le eran hostiles. Es cierto que no todos los fariseos eran hostiles al Maestro, pero no parece ser esta la cuestión aquí planteada. De todos modos, creo que vale la pena señalar que Barclay afirma que los judíos contemporáneos de Cristo dividían a los fariseos en siete categorías, aunque ignoro de qué fuente las toma: (a) Los fariseos del hombro (*the Shoulder Pharisees*): los que llevaban sus buenas obras al hombro y las hacían para que los vieran; (b) Los fariseos de espera-un-poco (*the Wait-a-little Pharisees*): los que siempre encontraban alguna razón para dejar las buenas acciones

Además, si los fariseos habían tenido tiempo de enterarse de las intenciones de Herodes, también este lo tuvo sobrado apoderarse de Jesús antes de que aquellos se enteraran de sus planes. De ahí que lo más probable es que solo quisiera alejar al Maestro de sus territorios, porque molestaba su gobierno y su conciencia. El aviso era, como dice un autor, una “falsa alarma”, un “tiro al aire” con el fin de asustar y echar del país al hombre inquietante. Incluso algún exégeta avanza la posibilidad de que podría tratarse también de una movida estratégica de los mismos fariseos, sacarlo de los dominios herodianos y atraerlo a Judea, donde el Sanedrín ejercía mayores poderes que en el territorio de Antipas.

(ii) Jesús llama a Herodes “zorra” (ἄλωπηξ, *alópex*), que figurativamente designa a la persona taimada, astuta y dañina, haciéndole ver que sabe bien cuáles son sus intenciones y que no se plegará a ellas. Pero como es de suponer que los fariseos estaban al corriente de las intenciones del tetrarca y las compartían, el sayo de taimados les calzaba también a ellos, lo que no dejaba de ser peligroso teniendo en cuenta los pocos frenos morales que estas gentes sentían a la hora de derramar sangre.

(iii) En el mensaje de Jesús a Herodes (y a sus mismos emisarios) Jesús les dice que nadie podrá poner mano sobre Él mientras no termine su obra: “Yo expulso demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día terminaré. Pero es necesario que hoy y mañana y pasado siga adelante, porque no cabe que un profeta perezca fuera de Jerusalén”. La expresión lucana que traducimos como “es necesario” es δεῖ (*dei*), tercera persona singular

para el día siguiente; (c) Los fariseos con moretones (*the Bruised or Bleeding Pharisees*): eran los que iban más allá de la obligación de todo rabino de no dejarse ver hablando con una mujer en la calle, aunque fuera su mujer, o su madre, o su hermana; estos ni siquiera miraban a una mujer en la calle, y hasta caminaban con los ojos cerrados para no verlas, razón por la cual se daban trompazos con las esquinas, y luego exhibían los moretones como señales de piedad extraordinaria; (d) Los fariseos machacadores y jorobados (*the Pestle-and-Mortar or Hump-backed Pharisees*): los que andaban doblados con una falsa y rastrera humildad; (e) Los fariseos de la contabilidad (*the Ever-reckoning Pharisees*): que siempre estaban apuntando sus buenas obras, como llevando la cuenta de Debe y Haber con Dios; (f) Los fariseos tímidos y temerosos (*the Timid or Fearing Pharisees*): siempre obsesionados con la ira de Dios; y (g) Los fariseos amantes de Dios (*the God-loving Pharisees*): quienes seguían el ejemplo de Abraham y vivían la fe y el amor.

en presente activo de δέω (*déo*), que significa atar, encadenar, ligar, prender, sujetar; o también de δεόν (*deón*), neutro participio activo de lo mismo; ambas usadas en impersonal: es necesario (obligatorio), es preciso, se debe... Se refiere a los planes de Dios sobre la obra de Cristo. Estos planes, según Jesús, tienen que cumplirse, y ninguna maquinación humana podrá impedirlo. Herodes presume que intimidando a Jesús lo alejará de su jurisdicción; pero no son los reyes y los poderosos los que manejan los hilos de la historia sino Dios y *exclusivamente*. Jesús seguirá adelante hasta que termine su obra. Y su obra termina en Jerusalén con su propia muerte.

(iv) Con misteriosas palabras dice Jesús: hoy, mañana y al tercer día. En el profeta Oseas se hallan estas palabras: “él nos dará vida a los dos días, y al tercero nos levantará y viviremos ante él” (Os 6,2). Proviene de un cántico de penitencia, que el profeta pone en boca de los dos pueblos hermanos, Efraím y Judá. En el infortunio nacional que ha pesado sobre ellos el profeta ve la mano de Dios que castiga, pero tiene también la firme seguridad de que Dios volverá a reanimar a los dos pueblos. Con sus misteriosas palabras parece Jesús aludir a este dicho del profeta y anunciar su resurrección. Su muerte, a la que saldrá al encuentro en Jerusalén, no es su fin; a ella seguirá su revivificación y su glorificación. La palabra del profeta y la historia del pueblo de Dios aguardan este “tercer día” como día de la salvación. La marcha de Jesús hacia Jerusalén, donde le aguardan muerte y resurrección, cumple todas las promesas de la historia de nuestra salvación.

(v) Y añade Jesús: “porque no puede ser que un profeta perezca fuera de Jerusalén”. Ante todo Jesús se reconoce y proclama profeta. Pero ¿por qué dice que un profeta no puede morir fuera de Jerusalén? Ante todo, porque así refuerza la idea anterior: no morirá en territorio de Herodes, por más que éste lo amenace de muerte. Jerusalén no era su jurisdicción. Pero además está la acusación misma contra Jerusalén. Ella será calificada inmediatamente como la asesina de los profetas: “¡Jerusalén, Jerusalén!, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados”. El clamor contra Jerusalén va contra las autoridades político-religiosas de Israel, no contra los ciudadanos individualmente considerados, que no serían ni más ni menos malos o buenos que los demás israelitas, salvo si

consideramos las corruptelas propias de toda metrópolis. La “Jerusalén” que mata a los profetas, es la Jerusalén de las autoridades religiosas y políticas, de los reyes y los sacerdotes, de la dirigencia política y religiosa, que ha perseguido a todos los que han predicado las verdades divinas, amargas para las malas conciencias. Es, en definitiva, lo que en nuestro tiempo llamamos *fariseísmo*, del que ya hemos escrito más arriba, y que no se identifica exclusivamente con la secta de los fariseos de tiempos de Cristo, sino también con la de los saduceos y con todos aquellos que, ni adscriptos a unos ni a otros, seguían, sin embargo, interpretaciones carnales de la ley, o habían hecho de la religión un instrumento de dominio y de medra. A los judíos que los oían el día de Pentecostés, en su mayoría gente común, Pedro les dirá: “vosotros sois los hijos de los profetas” (Hch 3,25). Pero a la elite sacerdotal, reunida taimadamente para juzgarlo, Esteban diría poco tiempo más tarde: “¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Mataron a los que predijeron la venida del Justo, del cual vosotros ahora sois los traidores y asesinos” (Hch 7,52). Y dará la razón al añadir: “vosotros, que habéis recibido la ley por ministerio de los ángeles, y no la habéis guardado” (Hch 7,53). Sí, es la infidelidad a la ley mosaica –interpretándola carnalmente– la que llevó a matar a los profetas que, en nombre de Dios, predicaban el verdadero sentido de la ley... porque esta los hubiera llevado a Jesucristo, como Él mismo se los advirtió (cf. Jn 5,39). Por eso, Jerusalén es asesina de profetas, como reclamaba Jeremías: “La espada ha devorado a vuestros profetas como devora el león” (Jr 2,30). Y Nehemías se lamenta ante Dios: “Mataron a tus profetas, que los reprendían para convertirlos a ti” (Neh 9,26).

(vi) Jesús, sin poder contenerse, abre su corazón en un arranque de dolor y tristeza para mostrar su amor herido: “¡Jerusalén, Jerusalén!, la que mata a los profetas y apedrea a los que le son enviados. ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como una gallina sus polluelos bajo las alas, y no habéis querido!” En esta conmovedora exclamación se oye el eco de una idea varias veces repetida por los antiguos, desde tiempos de Moisés, a quien se atribuye aquello que leemos en el Deuteronomio: “(Dios) halló a su pueblo en tierra desierta, en región inculta, entre aullidos de soledad; lo rodeó y le enseñó, lo guardó como a la niña de sus ojos. Como el

águila que incita a su nidada, revolotea sobre sus polluelos, así él extendió sus alas y los tomó, y los llevó sobre sus plumas” (Dt 32,10-11). E Isaías: “Como las aves que revolotean, así protegerá Yahveh Sebaot a Jerusalén, protegiendo, librando, preservando, salvando” (Is 31,5). O el Salmista: “¡Cuán magnífica es, oh Yahveh, tu misericordia; los hombres se amparan a la sombra de tus alas!” (Sl 3,8). “¡Pero no habéis querido!” Los hombres se quejan de Dios, pero son ellos los que rechazan la misericordia de Dios.

(vii) “Vuestra casa quedará desierta”. El rechazo de la misericordia divina tuvo por causa el repudio de *ese modo de misericordia* que Dios les ofrecía, el cual implicaba la anulación de todas sus deudas morales, pero apremiaba de parte de los perdonados la conversión del corazón. Ellos querían una misericordia *forjada según la medida de sus deseos carnales*. Una misericordia sin conversión. Es el problema no solo del pueblo elegido, sino de todo hombre que quiere que Dios se amolde a sus propios planes y no ajustarse él a los planes divinos. Pero el rechazo de la misericordia equivale a la desolación: vuestra casa quedará asolada. Ya había sido profetizado tristemente por Jeremías: “He desamparado mi casa, he abandonado mi heredad, he entregado lo que más amaba en manos de enemigos” (Jr 12,7). Y mucho antes otro ya había escrito: “Yo exterminaré a Israel de la tierra que le he dado y echaré lejos de mí esta casa, que he consagrado a mi nombre, e Israel será el sarcasmo y la burla de todos los pueblos. Y esta casa será una ruina, y cuantos pasen cerca de ella se quedarán pasmados y silbarán” (1Re 9,7s). Como ha escrito un comentarista: “El fin de Jesús en Jerusalén es también el fin de Jerusalén”.

(viii) “Os digo que no me volveréis a ver hasta que llegue el día en que digáis: ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!” No se refiere Jesús a su entrada triunfal en Jerusalén, cuando niños y adultos repetirían alborozados esta exclamación con ramas de palmas y olivos en sus manos, sino a su Muerte (*no me volveréis a ver*) y a su segunda Venida y al reconocimiento de su mesianismo y de su divinidad por parte de su pueblo. Por tanto: hasta que su Pueblo se convierta al final de los tiempos. Lo repetirá con otras palabras ante el Sanedrín (cf. Lc 22,69).

A PROPÓSITO DE UN BANQUETE

San Lucas coloca en el contexto de un banquete al que Jesús fue invitado diversas enseñanzas que tienen como blanco, de una u otra forma, ciertas actitudes y prejuicios farisaicos.

Sobre las curaciones sabáticas

Lc 14,1-6

¹ Habiendo entrado en casa de uno de los principales fariseos para comer en día de sábado, le estaban observando. ² Había delante de él un hidrópico. ³ Y tomando Jesús la palabra, habló a los doctores de la Ley y a los fariseos, diciendo: “¿Es lícito curar en sábado o no?” ⁴ Ellos guardaron silencio. Y, asiéndole, le curó y le despidió, ⁵ y les dijo: “¿Quién de vosotros, si su hijo o su asno cayere en un pozo, no le saca al instante en día de sábado?” ⁶ Y no podían replicar a esto.

(i) Es difícil que este episodio haya tenido lugar en medio de los enfrentamientos de Nuestro Señor con los fariseos que san Lucas viene relatando, porque lo último en que pensarían los fariseos después de las vapuleadas que habían recibido de Jesús sería en invitarlo a comer. Por tanto, debe haber ocurrido en algún momento de mayor bonanza. El sábado los judíos comían festivamente. De hecho, mientras los días de la semana se comía dos veces, los sábados se añadía una tercera comida. Y a la comida principal –la del mediodía– seguía al culto de la sinagoga. Decían sus maestros: “Los días de fiesta se debe comer o beber o retirarse a estudiar”. Y para celebrar la fiesta con alegría se tenían invitados, a los que se obsequiaba abundantemente. También a pobres, huérfanos y forasteros se les debía hacer bien y saciar su hambre.

(ii) No sabemos el nombre del anfitrión, ni se nos aporta ningún otro dato aparte de que era alguien muy notorio en la secta. “Uno de los principales” no debe entenderse en sentido de jefe o caudillo, pues estos no tenían ni jefes ni súbditos; es, pues, una referencia a que sería un personaje influyente en la sociedad o, al menos, entre los observantes de la Ley. Además de él, se

encontraban presentes, a título de invitados o de curiosos, otros fariseos y doctores de la ley.

(iii) El hecho de que la invitación haya sido hecha un sábado puede responder a que para estos judíos atormentados por la literalidad de la Ley, las actuaciones de Jesús durante los descansos sabáticos era verdaderamente un *punctum dolens* que los traía de arriba abajo como un inoportuno cálculo renal. Y nada mejor para espiar la actitud del Maestro que tenerlo a mano mantel de por medio. Realmente Jesús los traía de los pelos con este tema. De hecho los evangelios nos relatan siete curaciones realizadas por Jesús en sábado: cuatro san Lucas (la de la suegra de Pedro en 4,38; la del hombre del brazo seco en 6,6; la de la pobre encorvada pluriañal en 13,13; y la que ahora comentamos); san Juan añade dos (la del paralítico de Betesda en Jn 5,9; y la del ciego de nacimiento en Jn 9,14), por fin san Marcos nos recuerda la del poseso de la sinagoga de Cafarnaún en Mc 1,21). ¡Vaya uno a saber cuántas más realizó el Señor!

(iv) Había, pues, allí un hombre hidrópico. La hidropesía es una retención o acumulación anormal de líquido. No es propiamente una enfermedad independiente, sino un síntoma que acompaña a ciertas enfermedades (del corazón, de los riñones y del aparato digestivo). La acumulación de líquido suele darse en el peritoneo, o sea en el vientre, aunque también en los tobillos y muñecas, en los brazos y en el cuello y pone en evidencia una mala actividad de las funciones digestivas y eliminadoras de los riñones y piel de la persona que la padece. Cuando el líquido retenido es mucho, presionado sobre los órganos internos, puede trastornar el funcionamiento del corazón y de los pulmones. Ignoramos por qué este enfermo estaba en el convite ofrecido a Jesús. Es probable que hubiera entrado junto a otros curiosos, ya que en Oriente, en los banquetes de importancia, se permite ingresar a otras personas a título de curiosidad, aunque no de invitados. San Lucas no nos dice que el enfermo pidiera nada a Jesús; tampoco dice que Éste se compadeciera de él, pero no podemos conjeturar otra razón para su actuación, puesto que no era propio de Jesús exacerbar innecesariamente los ánimos de sus enemigos, y menos cuando estos estaban atendiéndolo con una comida.

(v) Jesús aprovechó, pues, la oportunidad para volver a ese *punctum dolens* de sus curaciones sabáticas. Lo hizo interrogando directamente a los doctores de la ley y a los fariseos: “¿Es lícito curar en sábado o no?” Sus interlocutores permanecieron en silencio, lo que deja en evidencia que estos criticaban la actividad taumatúrgica que el Señor hacía en sábado, pero no delante de Él, sino a sus espaldas. Al menos los que aquí estaban reunidos. Estos no estaban dispuestos a discutir teológicamente el tema con el Maestro. No les interesaban tanto las razones y motivos cuanto tener algo de qué aferrarse para criticarlo ante el pueblo.

(vi) Ante su silencio Jesús, antes de responder Él mismo a su pregunta, sencillamente curó al enfermo tocándolo y luego lo mandó a su casa, gesto claro de que no formaba parte de los comensales. Y a su propia cuestión responde con otra pregunta de la que ninguno de los presentes podía escaparse aduciendo tener que pensarla largamente: “¿Quién de vosotros, si su hijo o su asno cayere en un pozo, no le saca al instante en día de sábado?” Se refiere Jesús a una eventualidad que se presentaba cada tanto entre aquellas gentes, pues abundaban las cisternas cavadas en tierra, a veces medio tapadas por tierra y follaje, para mantenerla ocultas de enemigos. La conducta ordinaria era aquella a la que alude el Señor; solamente alguna facción judía, muy rara, prohibía esto, y es improbable que se encontrara allí alguno de sus defensores, puesto que hubiera reaccionado respondiendo a Cristo. El que ninguno replique la pregunta del Señor, muestra que ninguno de ellos, por más observante de la ley que se considerase, hubiera dejado de obrar así, si es que no le había sucedido ya alguna vez.

(vii) Pero esto dejaba en evidencia que la ley del descanso sabático exigía una interpretación, la cual ellos de hecho la hacían correctamente cuando se trataba de sus propios intereses. La mezquindad de sus corazones –y es algo de lo que Jesús los acusa en otras oportunidades– es que se medían a sí mismos con una medida inmensamente más generosa que la aplicaban a los demás.

(viii) Con esta pregunta, por otra parte, Jesús muestra cuál es la relación que Él entiende tener con las gentes que cura: los trata como cualquiera de sus anfitriones trataría a uno de sus hijos o a uno de sus bienes más preciados.

(ix) A propósito de este episodio, Barclay hace la siguiente reflexión: “Lo que más nos sorprende de los escribas y fariseos es la falta de sentido de proporción. Estaban dispuestos a todo para cumplir sus reglillas y preceptillos, pero consideraban un pecado aliviar el dolor de una persona en sábado. Si se nos diera la posibilidad de pedir nada más que una cosa, valdría la pena pedir el sentido de la proporción”. Esa “falta de sentido de la proporción” que dice Barclay, es la doble medida a la que hemos aludido más arriba: una para ellos y otra para los demás. Es propiamente una deformación de la conciencia –una de las peores quizá– que ha sido denominada, “en honor” de sus mejores exponentes, “conciencia farisaica”: escrupulosa cuando está en juego el bien ajeno, y laxa en caso de los propios intereses. Mezquindad de alma, pues, y doblez de corazón.

Parábola de la humildad

Lc 14,7-11

⁷ Decía a los invitados una parábola, observando cómo escogían para sí los primeros puestos: ⁸ “Cuando seas invitado a una boda, no te sientes en el primer puesto, no sea que venga otro más honrado que tú, invitado por el mismo, ⁹ y, llegando el que al uno y al otro os invitó, te diga: «Cede a éste tu puesto», y entonces, con vergüenza, vayas a ocupar el último lugar. ¹⁰ Cuando seas invitado, ve y siéntate en el postrer lugar, para que, cuando venga el que te invitó, te diga: «Amigo, sube más arriba». Entonces tendrás gran honor en presencia de todos los comensales, ¹¹ porque el que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado”.

(i) Este texto se encuentra solo en san Lucas quien lo llama “parábola” porque es ilustrado con una situación imaginaria que Jesús sugiere que podría ocurrirle a cualquiera de sus oyentes.

(ii) Toma pie para ella del hecho de observar que los invitados se esforzaban por sentarse en los puestos de mayor honor. Es probable que la comida de la que venimos hablando no hubiera sido organizada en honor de Jesús, sino que éste haya sido invitado a un banquete que un fariseo ofrecía a sus amigos correligionarios. Al

parecer, esta de tratar de obtener lugares preferenciales, era una costumbre extendida, porque los rabinos habían reglamentado el orden de importancia de los lugares, lo que se explica porque los figurones impertinentes, que jamás faltan en ninguna sociedad, estaban siempre a la caza de los puestos de honor.

(iii) Hay que destacar que aunque Jesús predica a propósito de la actitud que ve en los invitados al banquete al que él asiste, ambienta sin embargo su parábola en un hipotético banquete de bodas, evitando que sus oyentes piensen que lo dice por ellos. Si luego alguno ve que el sayo le sienta bien, queda dueño de ponérselo y aprovecharse para su propio bien. Y esto vale también para nosotros.

(iv) Pero mal entenderíamos la enseñanza si la tomásemos como una norma de buena educación o cortesía. Jesús se refiere a la invitación al banquete mesiánico, a menudo figurado en una cena de bodas, y apunta a mostrar que es actitud esencial para poder participar del mismo, el revestirse de humildad. Al Reino de Dios siempre somos invitados por pura gracia, sin mérito alguno de nuestra parte. Debemos asistir agradecidísimos de que nos hayan permitido entrar a pesar de haber hecho más que suficiente para quedarnos de puertas afuera. Por tanto, nuestra actitud ha de ser como la del que, sin colarse propiamente, se siente un poco intruso y por eso ocupa el último lugar. ¡Pobre del que crea que la fiesta es por él y vaya derecho a sentarse en el lugar de honor... para ser luego desplazado cuando llegue el verdadero agasajado!

(v) “Cuando seas invitado, ve y siéntate en el postrer lugar, para que, cuando venga el que te invitó, te diga: «Amigo, sube más arriba»”. No desplazemos el sentido de las palabras del Señor si no queremos terminar por entenderlas de un modo que Jesús jamás admitiría. Los dos hemistiquios de esta frase están separados por la conjunción *iva* (*hína*), que traducimos como “para que” o “a fin de que”, la cual no tiene aquí un sentido de *intención* o *finalidad*. El sentarse en el último lugar responde, para el verdadero humilde, a su convicción de que ese es su lugar. El humilde, tomando el último asiento, no se siente desplazado. Para él ese no es el *último* lugar, o *el más bajo*, sino el suyo, aquel en el que él se siente cómodo. Solo puede ser considerado como “el último”, con un sentido ofensivo,

por aquel que pretende estar más alto. Por tanto, la frase debe ser entendida como: *de modo que al llegar el anfitrión y te vea, si algo te tiene que decir, sea: “amigo, siéntate más cerca de mí”, y no “¿tú que haces aquí?, deja ese lugar a otro”*. “Si algo te tiene que decir, que sea...”; ¡pero quizá no tenga nada que decirte, y estés sentado donde te corresponde! Si, en cambio, entendiéramos la expresión como una intención de ser promovido, Jesús estaría enseñando la falsa humildad, que es la del que habla mal de sí mismo con la intención de que los demás lo corrijan resaltando sus cualidades y virtudes. Nada más contrapuesto a la enseñanza evangélica.

(vi) La humildad nos ahorra muchos tragos amargos, pero no solo eso. Es verdaderamente positiva: si “el que se ensalza será humillado”, no es menos cierto que “el que se humilla será ensalzado”. Aunque al verdadero humilde este *ensalzamiento* solo le interesa en el sentido de que equivale a *alcanzar a Dios*.

La generosidad desinteresada

Lc 14,12-14

¹² *Dijo también al que le había invitado: “Cuando hagas una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos, no sea que ellos, a su vez, te inviten y tengas ya tu recompensa.* ¹³ *Cuando hagas una comida, llama a los pobres, a los tullidos, a los rengos y a los ciegos,* ¹⁴ *y tendrás la dicha de que no podrán pagarte, porque obtendrás la recompensa en la resurrección de los muertos”.*

(i) Jesús prosigue enseñando durante su banquete. Esta vez con algunos consejos dirigidos a su anfitrión pero que gozan de un valor universal.

(ii) “Cuando hagas una comida o una cena, no llames a tus amigos, ni a tus hermanos, ni a tus parientes, ni a los vecinos ricos, no sea que ellos, a su vez, te inviten y tengas ya tu recompensa”. ¿Cómo se habrá sentido el dueño de casa al oír estas palabras? Todo depende de quienes fueran ese día los invitados que se sentaban en torno a su mesa. Podemos suponer, con mucha probabilidad, que,

además de Jesús, estaría allí precisamente amigos y parientes; en tal caso, habrá sentido cierto ahogo al escuchar al Maestro.

(iii) Y continúa: “tú, cuando hagas una comida, llama a los pobres, a los tullidos, a los rengos y a los ciegos”. Muchos judíos piadosos practicaban desde antiguo esta actitud maravillosa, como vemos en el caso del compasivo Tobit: “Cuando me presentaron la mesa, con numerosos manjares, dije a mi hijo Tobías: Hijo, ve a buscar entre nuestros hermanos deportados en Nínive a algún indigente que se acuerde del Señor y tráelo para que coma con nosotros. Te esperaré hasta que vuelvas, hijo mío” (Tob 2,2). Sin embargo, no ocurría otro tanto en los banquetes de los ricos ostentosos, a los que solían asistir gentes necesitadas pero a título de curiosos que esperaban algún favor de los convidados (como el hidrópico de este episodio o la prostituta arrepentida que se allega a los pies del Maestro en casa del fariseo Simón), y tal parece haber sido este banquete relatado por san Lucas, como también el que describe Nuestro Señor en la parábola de Lázaro y el rico, en la que el pobre mendigo no pasaba del portal del opulento señor (Lc 16,19-31). Y “hay suficiente evidencia, dice un comentarista, de que, en el tiempo de Jesús y de Lucas, tanto la sociedad judía como la grecorromana rechazaban a esta gente desgraciada”²⁸. En el escrito de Qumrán conocido como *Regla de la congregación* se lee que del banquete escatológico queda excluido “todo el que está contaminado en su carne, paralizado en sus pies o en sus manos, cojo, ciego, sordo, mudo, o contaminado en su carne con una mancha visible a los ojos, o el anciano tambaleante que no puede mantenerse firme en medio de la asamblea”²⁹.

(iv) El motivo que Jesús aduce en esta ocasión, tiene, sin embargo, muy poco que ver con cualquier modo de asistencia social del necesitado. No plantea la obligación de dar de comer a quien no tiene qué llevarse a la boca (lo cual hace en muchas otras oportunidades), sino a quien no tiene con qué retribuirnos. La intención está dirigida, pues, a la *renuncia* a la retribución terrena y temporal en pro de una paga escatológica. ¿Contrapone, entonces,

²⁸ Cf. Karris, Robert, *Evangelio según Lucas*, en: *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, 180.

²⁹ Escritos de Qumrán, IQSa 2,5-22.

Nuestro Señor, ambas remuneraciones, temporal y escatológica? ¿Significa esto que quien recibe su paga en esta vida no la recibirá en la otra? No es así debe entenderse el relato. Lo que contrapone es la retribución escatológica a *la intención* de obtener la gratificación en este mundo. De hecho, con frecuencia recompensa Dios a algunos, y con creces, en esta vida por los actos de generosidad que han tenido con los más desamparados: “Yo os aseguro que nadie que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por el Reino de Dios, quedará sin recibir mucho más al presente y, en el mundo venidero, vida eterna” (Lc 18,29-30). No siempre, sin embargo, en la misma especie, pero sí con consuelos, con cariño de parte de sus beneficiados y con una vida plena de sentido. Para otros, sin embargo, los planes divinos reservan toda recompensa sensible para la vida eterna mientras que en esta parecen ser perpetuos compañeros de Jesús en el Calvario. El divino Maestro enseña, por tanto, a *no buscar* la retribución temporal, a no hacer el bien a cambio del beneficio terreno, a obrar con la esperanza de un contracambio de favores, de honores propios del benefactor, o simplemente, aguardando el agradecimiento por nuestros esfuerzos. No es la primera vez que Jesús enseña la más acendrada pureza de intención.

(v) Parece, incluso, que el Señor va más allá del mero desinterés por la paga, poniendo el acento, por el contrario, en cierto *interés en no ser retribuido temporalmente*. De ahí que afirme: “tendrás la dicha de que no podrán pagarte”. Μακάριος ἔσῃ (*makários ése*): bienaventurado serás porque no te darán recompensa alguna. O sea: *porque no quieres recibir recompensa alguna*. Recibir gratitud o beneficios, a pesar de que uno haya renunciado positivamente a la recompensa, no opaca la *bienaventuranza* proclamada por el Señor. El que nos dice “gracias” cuando le hacemos un favor, no nos quita este mérito si al hacerlo le hemos pedido interiormente a Dios: “Señor, que este no me dé ni las gracias”. Perdemos esta bienaventuranza, en cambio, si le hacemos el favor esperando que, al menos, tenga la urbanidad de decirnos gracias; y si no lo hace lo consideramos descortés y ordinario. Precisamente, para poner en práctica este consejo de Cristo y evitar todo pago terreno, es que muchos de sus discípulos hacen el bien de manera anónima.

(vi) Esta actitud no es fácil de obtener. Exige un cierto grado de virtud, porque el deseo de ser remunerado, aunque sea con la gratitud y el reconocimiento de nuestras obras, es algo natural, que pertenece a nuestro sentido instintivo de justicia para con nosotros mismos. Y muchas buenas personas no llegan a tal renuncia, lo que se pone de manifiesto en el dolor que experimentan cuando no se les agradece el bien que hacen, o cuando no se reconocen sus sacrificios. Incluso no vuelven a ayudar al necesitado cuando se consideran mal pagados por la ingratitud o la falta de reconocimiento de parte de sus beneficiados. Muchas obras buenas quedan, así, parcialmente empañadas por este deseo de retribución, al menos afectiva. ¡Pero, al mismo tiempo, qué alto brillan —o mejor aún, brillarán— los corazones de los millares de héroes ignotos y benefactores secretos de la humanidad, en particular las almas que se ofrecen como víctimas a Dios por la salvación de sus hermanos!

Parábola de la oportunidad perdida

Lc 14,15-24

¹⁵ Oyendo esto, uno de los invitados dijo: “Dichoso el que coma pan en el Reino de Dios”. ¹⁶ Él le contestó: “Un hombre hizo un gran banquete e invitó a muchos. ¹⁷ A la hora del banquete envió a su siervo a decir a los invitados: «Venid, que ya está preparado todo». ¹⁸ Pero todos, unánimemente, comenzaron a excusarse. El primero dijo: «He comprado un campo y tengo que salir a verlo; te ruego que me excuses». ¹⁹ Otro dijo: «He comprado cinco yuntas de bueyes y tengo que ir a probarlas; ruego te que me excuses». ²⁰ Otro dijo: «He tomado mujer y no puedo ir». ²¹ Vuelto el siervo, comunicó a su amo estas cosas. Entonces el amo de la casa, irritado, dijo a su siervo: «Sal aprisa a las plazas y calles de la ciudad, y a los pobres tullidos, ciegos y cojos, tráelos aquí». ²² El siervo le dijo: «Está hecho lo que mandaste, y aún queda lugar». ²³ Y dijo el amo al siervo: «Sal a los caminos y a los cercados y obliga a entrar para que se llene mi casa, ²⁴ porque os digo que ninguno de aquellos que habían sido invitados gustará mi cena”.

(i) La alusión a la resurrección de los muertos, con la que termina el párrafo anterior, equivalía a mentar el Reino de Dios, pues

aquella constituía el inicio de este último. Siendo un banquete organizado por un fariseo, los demás invitados también pertenecerían a esta tendencia, la cual, a diferencia de los saduceos, creía con fuerza en estas verdades. De haber estado entre saduceos, se habrían reído de Jesús, o habrían intentado lincharlo.

(ii) La exclamación del convidado (“¡Dichoso el que coma el pan en el Reino de Dios!”) manifestaba, en la forma semita de expresarse, el deseo de tener parte en el mismo. Jesús toma pie de esto para hacer una catequesis sobre las condiciones para ser admitido a tal convite.

(iii) Y Jesús lo hace con una parábola de un hombre que organizó un “gran banquete” al que invitó a muchos. Era costumbre oriental organizar estas fiestas con mucha antelación y mandar con tiempo las invitaciones para que los convidados dijeran si aceptaban. Lo que no se indicaba era la hora, puesto que esta dependía de la preparación de los manjares. Cuando estos estaban listos, se mandaba avisar a los que habían dado su sí para que se acercaran a participar de la comida. Se entiende que fuera un insulto haber dado el sí por anticipado y excusarse a último momento. Esto es precisamente lo que hacen los convidados de la parábola, poniendo, además, excusas fútiles o inverosímiles (ver el campo recién comprado, probar los bueyes nuevos, acompañar a la novel esposa...); con estos ejemplos Nuestro Señor deja bien claro que los comensales pueden pero, por las razones que sean, no quieren asistir al banquete que habían aceptado de antemano.

(iv) En cuanto a las excusas, es bien claro que son solo ejemplos. No debemos buscar en ellas alusiones teológicas precisas. Pero sí es claro que Jesús pone en boca de sus personajes razones baladíes y temporales, significando con ellas la posposición de los dones divinos por preferencia de las ocupaciones y placeres temporales.

(v) La reacción del dueño de casa es mandar a llamar a los que sus primeros invitados hubieran juzgado indignos de un banquete: los pobres tullidos, los ciegos y los cojos. Y como todavía quedara lugar manda una segunda vez a buscar a todo viandante que encuentren por los caminos. Solo a los que fueron invitados en primera instancia no se les dará lugar. Esta última expresión indica

que, probablemente, los que rechazaron la entrada se arrepentirán a último momento y querrán asistir para recibir algo del banquete; pero el dueño manda que ya no se les permita el ingreso.

(vi) No debemos malinterpretar la expresión muy semítica que pone Jesús en boca del amo: “Sal a los caminos y a los cercados y obliga a entrar para que se llene mi casa”. Al Reino de Dios no se entra contra la propia voluntad. Se alude aquí, como explica Joaquín Jeremías, a un procedimiento muy propio de la hospitalidad oriental según la cual: “los más pobres guardan la cortesía oriental de rehusar por modestia el agasajo hasta que se los toma de la mano y con suave violencia se los introduce en la casa”³⁰.

(vii) Es evidente que la parábola tiene una doble aplicación. La primera respecto del pueblo elegido y de quienes los hebreos consideraban *goyim*, “no judíos” en sentido despectivo. Los primeros, excluido τὸ μικρὸν ποιμνιον (*tò mikròn poímnion*), el *pequeño rebaño* (Lc 12,32) siempre fiel, se opusieron a entrar en el banquete del Reino ofrecido por Cristo, lo que sería ocasión de que el Evangelio se abriera a los gentiles, como dirá más tarde Pablo a los maldicientes judíos de Macedonia: “Vuestra sangre recaiga sobre vuestra cabeza; yo soy inocente y desde ahora me dirigiré a los gentiles” (Hch 18,6).

(viii) Pero, además de este sentido que entraña una lectura teológica de la historia, la parábola tiene otra aplicación individual: es una advertencia sobre las oportunidades perdidas respecto de la gracia. Dios tiene un momento para llamar, y ese momento debe coincidir de parte del hombre, con el momento de aceptar el llamado y entrar. Las dilaciones con Dios tienen siempre traza de desprecio de la gracia. Siendo la gracia absolutamente inmerecida por el hombre, no puede, este, determinar por su propio capricho el momento en que quiere recibirla y el momento en que pospondrá su aceptación. Esta es la locura más grande que podemos hacer en el orden de nuestra santificación y de nuestra salvación. Ahora comprendemos el motivo inicial de la parábola: Jesús la dice a propósito del fariseo que había expresado su deseo de participar del banquete del Reino. Jesús le responde, con esta parábola, que si no

³⁰ Jeremías, J., *Las parábolas de Jesús*, 216.

acepta el llamamiento divino que está recibiendo del mismo Cristo en ese preciso momento, puede quedar excluido definitivamente de ese banquete tan deseado. San Pablo lo expresará con palabras calibradas: “Ahora es el tiempo favorable; ahora es el día de salvación” (2Co 6,2).

EL DISCÍPULO DE CRISTO

Lc 14,25-35

²⁵ Caminaba con él mucha gente, y, él les decía: ²⁶ “Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y aun su propia vida, no puede ser mi discípulo. ²⁷ El que no toma su cruz y viene en pos de mí no puede ser mi discípulo. ²⁸ ¿Quién de vosotros, si quiere edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos a ver si tiene para terminarla? ²⁹ No sea que, echados los cimientos y no pudiendo acabarla, todos cuantos lo vean comiencen a burlarse de él diciendo: ³⁰ Este hombre comenzó a edificar y no pudo acabar. ³¹ ¿O qué rey, saliendo a su campaña para guerrear con otro rey, no considera primero y delibera si puede hacer frente con diez mil al que viene contra él con veinte mil? ³² Si no, hallándose aún lejos de aquél, le envía una embajada haciéndole proposiciones de paz. ³³ Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncie a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo. ³⁴ Buena es la sal; pero, si la sal se vuelve insípida, ¿con qué se sazonará? ³⁵ Ni para la tierra es útil, ni aun para el estercolero; la tiran fuera. El que tenga oídos para oír, que oiga”.

(i) San Lucas cambia los temas relacionados con el banquete, para reseñar algunas enseñanzas de Jesús sobre el discipulado o seguimiento de Cristo. Sobre este argumento Jesús siempre puso las cosas “negro sobre blanco”, por lo que nadie podrá jamás apostrofarle que ha sido engañado por promesas halagüeñas que no se le han cumplido.

(ii) Es importante tener en cuenta dónde y cuándo sitúa san Lucas este pasaje. Tiene lugar mientras Jesús caminaba: συμπορεύομαι (*symporeyomai*) es un verbo que se traduce como “iban junto con”, o sea: caminaban con él. San Lucas redacta la vida

pública del Señor como un largo y único camino hacia Jerusalén, que termina con su muerte en la Cruz. Pero los seguidores de Cristo, entusiasmados con sus predicaciones y milagros, veían esta marcha sobre Jerusalén, como una procesión de victoria. Por tal razón, el Maestro aclarará en qué consiste el verdadero *acompañamiento* del Redentor divino.

(iii) Ante todo, ser discípulo de Cristo exige *posponer* todos los afectos legítimos al amor de Jesús. Es necesario, según el Maestro, *aborrecer* “padre, madre, mujer, hijos, hermanos, hermanas e incluso la propia vida”. Aquí tenemos una palabra que nos pone los pelos de punta; y eso que la hemos vertido como “aborrecer”, pues otras traducciones, incluida la Vulgata, ponen “odiar”. El verbo empleado por san Lucas es *μισέω* (*miséo*), que significa, efectivamente, odiar, aborrecer, detestar, pero también, por extensión, “amar menos”. Se trata de un semitismo que expresa, con un recurso hiperbólico, un determinado orden en la elección o en los amores. Lo usa san Pablo en Rm 9,13 para verter la expresión de Malaquías donde Dios habla de su predilección de Jacob por encima de Esaú: “amé a Jacob y *odié* a Esaú” (Mal 1,2-3). Algunas versiones del texto paulino dicen, evitando el giro oriental para que no sea malentendido por los lectores occidentales: “amé a Jacob más que a Esaú”. Este sentido queda claro en el texto de san Mateo paralelo a que ahora comentamos, donde se usa la fórmula con el verbo *φιλέω* (*filéo*), “tener afecto”, “amar con ternura”, “amar más”: “el que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí”; es más que evidente que Jesús no se queja aquí de “ser odiado” sino de “ser postergado” en el *ordo amoris*.

(iv) Ahora bien, exigiendo, Jesús, un amor incondicional y superior al de los lazos de sangre, revela pedagógicamente su trascendencia (o sea, su dignidad divina) por encima de todo cuanto hay de bueno y de muy bueno en este mundo. Sabemos muy bien por muchos otros textos de los Evangelios que Jesús posee un equilibrio afectivo fuera de serie y un conocimiento y respeto por el corazón humano que no puede calificarse menos que admirable (por ejemplo, en el modo en que respeta la libertad del joven rico, o al rehusar el seguimiento de poseso geraseno liberado por él). Sería incomprensible, pues, entender estas expresiones como propias de un

líder fanático que exige la total despersonalización de sus seguidores. Por el contrario, nadie se acerca a Jesucristo sin lograr, con su contacto y amistad, hacerse más hombre, conocerse mejor, llevar a perfecta sazón sus propios dones y talentos.

(v) Un detalle de san Lucas que no aparece en san Mateo es la mención de la esposa: “quien no odia (ama menos)... a su mujer”. Es, ésta, una referencia valiosa, pues corrobora que Jesús era célibe, en cuanto hubiera sido una incongruencia escandalosa que exigiera a sus discípulos una renuncia ajena a su propio modo de vida. Le hubieran espetado en la cara: “¿cómo nos pides eso si ni siquiera tú te animas a hacerlo?” La idea vuelve a aparecer en Lc 18,29-30: “Yo os aseguro que nadie que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por el Reino de Dios, quedará sin recibir mucho más al presente y, en el mundo venidero, vida eterna”.

(vi) “El que no toma su cruz y viene en pos de mí no puede ser mi discípulo”. San Lucas pone en boca de Jesús la palabra σταυρός (*staurós*), palabra formada de la misma base de ἵστημι (*hístemi*), de un primario στάω (*stáo*), que indica algo que está firme, que se mantiene en pie, que persevera, que está presente, etc. El σταυρός indicaba originalmente una estaca o poste erecto, pero ya en aquellos tiempos aludía principalmente al madero (a menudo en forma de cruz) usado como instrumento de pena capital. A propósito de esto, destaco una curiosidad en la frase griega de san Juan (19,25): εἰστήκεισαν δὲ παρὰ τῷ σταυρῷ τοῦ Ἰησοῦ ἡ μήτηρ αὐτοῦ (*heistékeisan dè parà to stauro tou Iesou he méter autou*), “estaba en pie junto a la cruz de Jesús su madre”; *heistékeisan* es el pluscuamperfecto de *hístemi*, verbo que, como acabamos de indicar, está emparentado con el sustantivo *staurós*; por tanto, si no me equivoco, tenemos aquí un juego de palabras que indica algo así como: “junto al madero firmemente clavado en tierra del que pendía Jesús, estaba firmemente fijada en la tierra su madre”. Es decir, ella estaba clavada por su voluntad junto al hijo clavado físicamente.

Volviendo a nuestro texto, “cargar con la propia cruz”, significa, pues, figurativamente, llevar voluntariamente todo aquello que configura el peso mortal de cada uno: los propios dolores y miserias, los límites, los sufrimientos que provienen del propio estado o de las circunstancias que nos rodean. La expresión también

va a significar la negación de sí mismo con un sentido expiativo por los propios pecados o los del prójimo. Cargar con algo significa *aceptarlo* con paciencia; llevarlo con resignación. De esta manera Jesús pone como condición de su discipulado, es decir, de su seguimiento, el caminar con la carga de dolor, miseria y límite que Dios ha puesto sobre la espalda de cada hombre. De este modo, a quienes quieren ser sus discípulos, el Señor no les ofrece quitarles ese peso sino robustecer las fuerzas para que lo lleven en pos de Él. No dice, sin embargo, que Él no aliviará a los que se lo pidan (más aún, dirá en otra oportunidad: “venid a mí los que estáis agobiados y yo os aliviaré”), sino que eso no es lo que buscan quienes pretenden ser sus discípulos. Porque a Cristo se puede ir para pertenecer a su escuela, o solamente para oírle o pedirle favores. Para lo primero hay que tener disposiciones muy particulares. Para lo segundo, no.

(vii) Siguen dos parábolas que iluminan esta decisión de la voluntad: la del constructor de la torre y la del rey que sale en campaña. En ambos casos el hombre prudente (sea guerrero o edificador) hace primero un cálculo de sus fuerzas para ver si con lo que tiene le alcanza para la obra que aspira a emprender, de lo contrario no comienza una empresa que quedará truncada por la mitad. ¿Cuál es la aplicación correcta a nuestro tema? ¿Pretende Jesús decirnos que si uno ve que no le da el cuero para cargar su propia cruz no debería ir en su seguimiento? ¿Quiere, acaso, alejar a los flojos de su discipulado? No puede ser su intención el disuadir de su seguimiento, sino advertir que no se debe comenzar el camino sin pertrecharse de lo necesario para cargar la propia cruz. Significa que no se debe ir tras Cristo como quien sale a un día de picnic, sino como quien va a la muerte. Jesús quiere seguidores conscientes de su misión y de las renunciaciones que esta conlleva. Es necesario calcular los costos, es decir, saber lo que se está pidiendo al pedir ser discípulo de Jesús. Después no valen los reclamos. ¡Pero qué pocos entienden estas palabras del Señor! Ni siquiera sus apóstoles las cumplieron siempre, porque a Juan y a Santiago que le piden al Maestro estar uno a su izquierda y otro a su derecha, Él les replica: “no sabéis lo que pedís”. En efecto, a la derecha y a la izquierda de un crucificado hay otras cruces, como las dos que rodearon la de Jesús en el Calvario. Muchos quieren detrás de Cristo porque no saben dónde va

Cristo, o no lo han entendido a pesar de sus afirmaciones claras y sinceras. Ninguno de los que se decepcionan del seguimiento de Nuestro Señor puede echarle en cara que Él los haya estafado. Al contrario, a todos los exhorta a que saquen cuentas antes de ponerse en camino. Al que a media jornada de la vida dice “no me imaginaba que sería así”, debemos decirle: “en realidad, tú quisiste convencerte de que sería de otro modo, pero las cosas han sido tal cual Jesús lo dijo siempre en el Evangelio”.

(viii) Pero quedarse a la mitad de este camino es un gran mal; por eso el Señor advierte que sería mejor no emprenderlo. No es simplemente cuestión de decir: “si me arrepiento, me vuelvo y basta”. Una vez emprendido el discipulado, detenerse en el camino y volverse atrás equivale a quedar herido para siempre. Ninguno de los que ha abandonado el acompañamiento de Cristo, lo ha hecho con indiferencia, y menos con alegría. Jesús, por eso lo compara a la sal que se vuelve insípida. Un hombre bueno que se pone en camino con Cristo (¡y cuánto más vale esto para el que le consagra la vida!), si continúa hasta el final, se vuelve muy bueno porque el camino lo va asemejando a su maestro; pero si se detiene y no quiere avanzar, o si se vuelve atrás, puede dejar de ser el bueno que era, o por lo menos perder parte de su frescura y alegría. Hay, en todo echarse atrás, un dejo de cobardía y de frustración, es decir, de fracaso, que se paga muy caro en el ánimo. Esto explica la cuota de resentimiento que socava el corazón de muchos que se echan atrás (¡no todos, por favor!): a veces es solo acritud consigo mismos, por haberse metido en un camino del que se fastidiaron demasiado pronto; otras veces, la acidez se vuelca hacia quienes los alentaron o no los disuadieron... Pero la mayoría de las veces, si es un verdadero volverse atrás (porque a quienes se han metido equivocadamente, pero de buena fe, en un camino que no era el suyo, no suele afectarles así), ya no volveremos a encontrar la frescura de los comienzos. Al contrario, topamos lo que Jesús con delicadeza designó como *volverse insípido* con un verbo *μωραίνω* (*moraíno*) que significa volverse *μωρός* (*morós*), obtuso, lento, de una raíz *mu*, ser tonto, de donde significa estúpido, ignorante, insensato.

LAS PARÁBOLAS DE LA MISERICORDIA

Lc 15,1-32

El que acoge a los pecadores

Lc 15,1-3

¹ *Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle,* ² *y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: “Este acoge a los pecadores y come con ellos”.* ³ *Entonces les dijo esta parábola.*

(i) San Lucas reúne en un solo relato varias de las parábolas de Nuestro Señor que tienen por tema común la misericordia de Dios con los pecadores. No fueron pronunciadas de corrido ni quizá ante el mismo auditorio, pero el argumento permite al evangelista agruparlas de esta manera.

(ii) La circunstancia que motivó a Jesús a predicar sobre este tema la señala nuestro autor diciendo que, como se acercaban para oír al Señor “todos” los publicanos y los pecadores, los escribas y fariseos murmuraban de esta preferencia del Maestro por tales clases de personas. El adjetivo “todos” (πάντες, *pantes*) debe entenderse en el sentido hiperbólico oriental; es decir, referido a muchos o a la mayoría. Habría siempre algunos reticentes a la gracia, que dejarían pasar esta singularísima oportunidad de allegarse a Cristo, como habrían ya desaprovechado tantas otras amorosas llamadas de Dios.

(iii) San Lucas menciona dos clases de personas. Los primeros son los τελῶναι (*telónai*), es decir, los que tenían la concesión de la recaudación de los tributos (*telos* es precisamente tasa, impuesto) que cobraban sentados en el *telonio*, o mesa de recaudación. Eran aborrecidos por el pueblo no solo por el odioso oficio de exigir las contribuciones monetarias obligatorias, sino porque ejercían esto en beneficio de una nación extranjera y sacando también su tajada personal. Eran vistos, pues, de modo no muy diferente al de los traidores. Por eso se los clasifica a menudo entre los “pecadores” (cf. Lc 5,30; 7,34), o a la par de las “rameras” (Mt 21,31-32), o con los gentiles (*ethnikoi*) o no judíos (cf. Lc 5,29; 7,29; 18,10-11).

(iv) Por su parte, el término ἁμαρτωλοὶ (*hamartoloi*) indica de modo literal y amplio a los “pecadores”. ἁμαρτωλός (*hamartolos*) es el que yerra el blanco, probablemente porque el verbo ἁμαρτάνω (*hamartáno*) implica la idea de *privarse* (ἀ-) de *tomar parte* (μέρος, *méros*, es porción, parte), en el sentido de que quien yerra no puede participar del premio; de ahí que viene a significar “errar el blanco”, o “fracasar”. En sentido moral indica el *error existencial* que es la médula de todo pecado. San Pablo lo aplica a todos los hombres (Rm 5,8.19), puesto que todos somos pecadores; pero en los evangelios sinópticos los fariseos lo usan con frecuencia para referirse a los marginados sociales como los publicanos (Lc 19,7) y las ramera o mujeres de vida disoluta (Lc 7,37).

(v) Tanto unos como otras entraban, para los fariseos, en la misma categoría: la que ellos llamaban “gente de la tierra”. Había entre esta clase de gente y los rectos y puros (a los que creían pertenecer los fariseos) una barrera moralmente infranqueable. Las reglas fariseas establecían: “A nadie de la *gente de la tierra* le confíes dinero, ni aceptes su testimonio, ni le reveles ningún secreto, ni le nombres tutor de ningún huérfano, ni le pongas a cargo de un fondo de caridad, ni le acompañes en un viaje”. Un fariseo tenía prohibido hospedarse en casa de un hombre de la tierra e invitarle a la suya. Tenía prohibido, hasta donde fuera posible, tener cualquier trato con él. Los fariseos tenían el propósito deliberado de evitar todo contacto con los que no cumplían todos los detalles de la ley tradicional. A Jesús, pues, lo acusaban de “acogerlos” y “comer con ellos”. Esto constituía un verdadero motivo de escándalo.

(vi) Los fariseos, por tanto, marcaban su diferencia poniendo distancia física, como si las cosas se hiciesen distintas por el hecho de no tocarse. Pero la verdad es que los hombres se distinguen fundamentalmente unos de otros por su relación con Dios, y bajo este aspecto, todos están encerrados bajo el signo del pecado, como tendrá que recordarles el Apóstol a sus hermanos de sangre. ¿Y qué pecado aleja más de Dios? ¿Es tan evidente que la impureza sexual constituya el mayor grado de deshumanización? La distancia respecto de Dios, ¿la pone la carne o el espíritu? ¿Quién está más alejado de Dios: un cerdo o un demonio? Metafísicamente el primero, pero moralmente el segundo. Aquel es *no-dios*, éste es *anti-*

dios. Jesús sentía mucha compasión por todos los hombres, incluidos los fariseos. Pero lo conmovían aquellas infelices que buscaban un trozo de pan alquilando (“arruinando” sería mejor decir) su dignidad a los brutos; o aquellos que en su afán de lucro estrujaban su patria y su sangre para beneficio de extranjeros. Los veía inmensamente lejos de Dios, pero con cierta hambre de Dios. También a los escribas y fariseos buscaba atraerlos, pero... ellos no necesitaban a Dios; creían estar sobrados de Dios.

(vii) Este es el contexto de las siguientes parábolas.

La oveja perdida

Lc 15,4-7

⁴ “¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto, y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra? ⁵ Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros; ⁶ y llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos, y les dice: «Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido». ⁷ Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión”.

(i) La primera de las tres parábolas es la de la oveja perdida. Relata la historia de un pastor a cargo de un rebaño de cien ovejas, a quien, mientras apacienta su rebaño en el desierto, se le pierde una. Jesús comienza su parábola con una pregunta dirigida a sus oyentes: ¿quién de vosotros no obra así? Porque toma su ejemplo de lo que muchos de los que lo escuchaban hacían con sus rebaños o harían si se encontraran en situaciones semejantes. Los pastores de Israel, especialmente del sur, vagaban por las zonas desérticas buscando los escasos pastos para hacer pastar a sus ovejas y cabras. Muchos de ellos no eran los propietarios de esos animales sino contratados para el apacentamiento. Eran, pues, responsables de los animales ante sus dueños. Si se le moría alguno debían presentar el cuero a sus dueños para justificar su pérdida. Y si podían encontrarlo con vida, tanto mejor.

(ii) Para un animal manso como la oveja, separarse en el desierto del resto del rebaño equivale a la muerte. En el desierto no solo escasea el agua y el pasto, sino que acechan los animales salvajes. Para una oveja desamparada es la muerte segura.

(iii) El pecado es descrito en las tres parábolas como *perdición mortal*: oveja perdida, moneda perdida (v. 9), hijo perdido (v. 24), hermano perdido (v. 32). El pecador a causa de su pecado se pierde en una zona de muerte.

*Nel mezzo del cammin di nostra vita
mi ritrovai per una selva oscura
chè la diritta via era smarrita*³¹.

La *selva oscura*, tenebrosa, de Dante, es el desierto que pinta el Señor. No es casualidad que Jesús elija un animal tan vulnerable para describir al alma caída en el desamparo del pecado. El alejamiento de Dios es muerte. Es un camino hacia la soledad sin retorno... a menos que el pastor salga en su búsqueda.

(iv) El buen pastor, dice Jesús, no duda en dejar en el desierto a las noventa y nueve para salir en busca de la única perdida. No quiere decir dejar solo o abandonado el grueso del rebaño; los pastores nunca pastoreaban en solitario sino en grupos; entre otras cosas, por si sucedía una eventualidad como esta que relata aquí el Señor. Lo que se subraya es que para el pastor bueno tanto pesa una como noventa y nueve juntas. Para Dios, que es el verdadero pastor de la parábola, no hay, pues, pecadores que le sean indiferentes, y un alma sola vale para Él tanto como la suma de todas las demás. Hay un milagro eucarístico del todo singular, el de Lanciano, Italia, en el que una hostia se transformó, en el mismo instante de la consagración eucarística, en músculo de corazón, al tiempo que la sangre del cáliz, se convirtió en cinco grumos de sangre de tamaño desigual. De este portento, harto estudiado por la ciencia, que no sale de su perplejidad, destaco un detalle muy curioso: cada uno de los grumos sanguíneos tiene exactamente el mismo peso que los cinco juntos, y cualquier combinación pesa en total lo mismo, es decir, una

³¹ “En medio del camino de mi vida / encontréme [perdido] en una selva oscura / pues la recta vía tenía perdida”. Así comienza Dante la *Divina Comedia*.

partícula pesa lo mismo que dos o cinco, dos pesan lo mismo que tres o cuatro, etc. El dato es experimental y lo han constatado cuantos científicos se han dedicado al portento. Menciono el hecho porque en parte ilustra el misterio del amor divino por el que Dios parece cotizar de modo idéntico la salvación de cualquier alma, y estima el valor de una sola alma del mismo modo que la suma de todas ellas. Por eso el pastor de la parábola, es decir, Jesús Buen Pastor, no duda en correr tras la descarriada como si se le hubiese perdido el rebaño entero, y hace por una lo mismo que haría por todas. De ahí el acertado pensamiento que a menudo encontramos en boca de los viejos: aunque hubiese pecado solamente una persona —tú, por ejemplo— el Verbo eterno se habría encarnado para dar la vida por ella. Es lo que enseña Jesús en esta parábola.

(v) Jesús nada dice aquí de la reacción de las noventa y nueve fieles, pero debemos entenderla entre líneas, porque entre ellas se enumeran *también* (no exclusivamente) sus oyentes murmuradores (a cuento de su comadreo viene precisamente la parábola). Esto nos recuerda que no siempre las ovejas *fieles* ven con buenos ojos que el Pastor se tome tan a pecho la suerte de las casquivanas, dando la impresión de que quiere más a las desbandadas que a las fieles. Esta actitud la marcará más a fondo en la última parábola, pero debemos suponerla también aquí. El error de las que así sienten, es creer que su *fidelidad* al rebaño, o su sujeción a los límites del aprisco, es mérito suyo y no una gracia del Pastor. Con las que no se escapan, el pastor divino muestra su amor dándoles la gracia de permanecer en el rebaño; con las otras lo muestra yéndose por los cerros a buscarlas. Pero tanto unas como otras le deben su salvación a la pura gracia del pastor.

(vi) La actitud del pastor es aleccionadora para todos los pastores de estos pastos terrenales, no solo los sacerdotes, sino también los padres de familia y los educadores; incluso los gobernantes. El buen pastor al encontrar la desertora, la carga *alegrándose*. San Lucas usa la expresión χαίρων (*jaíron*), participio activo presente del verbo χαίρω (*jaíro*), que traducimos como “gozoso”, “lleno de alegría”, “alegre”. Indica el sentimiento del pastor al poner sobre sus hombros a la que buscaba. Indudablemente que tiene muchos motivos para reprender a la que tantos sobresaltos

y sacrificios hace pasar a su pastor y al resto del rebaño, pero la alegría de tenerla nuevamente consigo hace relegar a un segundo plano los sentimientos de reproche. Cuando estos priman por sobre la alegría del rescate, deberíamos dudar de la magnitud del amor pastoral.

(vii) La parábola termina con dos alusiones más a la alegría (además de la que acabo de referir). El pastor comunica a sus amigos y vecinos su contento pidiendo que se hagan eco del mismo: “Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido”. El pastor quiere que los demás compartan su gozo y de este modo lo acrecienten. Y concluye el Señor con una sentencia: “Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión”. Nuevamente nos encontramos con las expresiones paradójicas de Jesucristo; es enfrentando imágenes que desarrolla toda su fuerza expresiva. Los justos a los que alude en el apotegma no son los santos sino los que se consideran tales, es decir, los que creen ser ovejas fieles del rebaño divino, o, dicho en los términos precisos que plantea el mismo Jesús: los que se sienten *no necesitados de conversión*. Fuera de los pagados de sí mismos nadie más entra en esta categoría. Los auténticos santos jamás pensarían de sí mismos que son gente que no necesita convertirse; por el contrario, todo santo, mientras vive, pide incesantemente la gracia de convertirse debidamente a Dios. La lección se dirige, pues, a los fariseos que se sentían cómodos con su religiosidad y considerarían a Dios más que satisfecho con su piedad prolija y esmerada. Pero Dios no puede estar satisfecho de los satisfechos, porque Él, como dice la Escritura, “encuentra pelos en los mismos ángeles” (Job 4,18); en cambio, ama a los que esperan en la misericordia purificadora de Dios.

La dracma reencontrada

Lc 15,8-10

⁸ “O, ¿qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca cuidadosamente hasta que la encuentra?” ⁹ Y cuando la encuentra, convoca a las

amigas y vecinas, y dice: «Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido». ¹⁰ Del mismo modo, os digo, se produce alegría ante los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta».

(i) La segunda parábola no necesariamente fue pronunciada a continuación de la anterior. Quizá San Lucas las agrupa por el tema común. Aunque nada quita tampoco que fueran recitadas juntas, quizá para que la idea recién expuesta fuera comprendida con toda precisión por las amas de casa que no tenían oficio de pastoras. A algunas de estas probablemente las angustias y las alegrías de los pastores no serían tan vivas como las que se relacionaban con su cotidiana vida doméstica. Por eso la pérdida de una de diez dracmas caería más entre sus experiencias familiares.

(ii) La dracma era una medida monetaria griega que llevaba en una cara la efigie de la diosa Atenea y en el reverso, un mochuelo. Parece que en el tiempo de Cristo se había depreciado hasta pesar únicamente 3,4 g. En el siglo I, los griegos igualaron su valor al del denario, pero el gobierno romano fijó oficialmente su valor en tres cuartas partes de un denario. Era, por tanto, el jornal diario de un obrero común. El impuesto anual que los judíos pagaban para el templo era de dos dracmas (un didracma) según san Mateo (Mt 17,24). Diez dracmas no eran, pues, un gran capital; pero eran el tesoro de una mujer pobre que con ellas contaba con lo necesario para mantenerse diez días. Para una mujer pobre, una sola de estas monedas era personalmente muy valiosa.

(iii) Jesús pinta magníficamente la ansiedad de aquella que ha perdido una de estas monedas. Si una pequeña dracma caía dentro de una casa su búsqueda podía resultar una empresa difícil, porque las habitaciones eran muy oscuras y los pavimentos de tierra apisonada. Bastaba que descuidadamente se la pisase para que quedara hundida y tapada por el polvo. Jesús describe a la mujer de la parábola como ansiosa y meticulosa en su búsqueda: enciende una lámpara y barre cuidadosamente la casa. El adverbio ἐπιμελῶς (*epimelós*) implica diligencia, cuidado o meticulosidad. Es la descripción que Jesús hace del empeño que pone Dios en buscar al pecador que se pierde mimetizándose con el barro del mundo en el que ha caído.

(iv) Teniendo, la moneda, una finalidad instrumental, como bien artificial destinado a adquirir otros bienes más necesarios, la comparación del pecado con la moneda perdida, destaca la inutilidad que el pecado le pega alma. El hombre que ha caído en pecado es *inservible* e *infecundo*. El pecado esteriliza a la persona para toda obra buena sobrenatural. Que todavía pueda hacer mucho en el plano natural nadie lo niega, pero ¿qué puede contar esto para quien tiene alma inmortal y está destinado a seguir viviendo, *feliz o infelizmente*, después de una existencia menos que efímera? ¿Qué sentido tiene el realizar actos valiosos solo en un orden temporal huidizo que se llevará, con su desaparición, todo ese bien transitorio y perecedero? “¿De qué le vale al hombre ganar el mundo entero si a su remate pierde el alma?” (Mt 16,26).

(v) “Hasta que la encuentra”. Solo pone punto final a la búsqueda divina la recuperación del pecador. El verbo εὐρίσκω (*heurísko*), significa hallar, obtener, encontrar. De él viene nuestra interjección *jeureka!*, que usamos cuando se halla o descubre algo que se busca con afán. El afán divino ha sido comparado por Francis Thompson en un poema inmortal al del galgo cazador, el “lebrél divino”, que no se detiene hasta que caza a su presa... para la salvación de la presa.

(vi) El desenlace de esta parábola es casi idéntico a la anterior: la convocatoria de los vecinos para que compartan la alegría de la que ha recuperado lo perdido, y el mismo proverbio pero reseñado ahora en su forma más resumida, sin alusión a los *justos* que creen no necesitar ser encontrados por Dios: “se produce alegría ante los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta”. “Ningún fariseo, dice con tino Barclay, habría soñado que Dios fuera así. Un gran pensador judío ha admitido que esto que Jesús enseñó acerca de Dios es algo completamente nuevo: que Dios busca a los hombres y se alegra cuando vuelven a estar con Él. Los judíos podrían haber llegado a creer que, si uno se humillaba hasta lo último y se postraba ante Dios suplicando misericordia, tal vez se le concediera; pero nunca se les habría ocurrido pensar que Dios buscara amorosa e insistentemente a los pecadores”.

El padre misericordioso

Lc 15,11-32

¹¹ Dijo: “Un hombre tenía dos hijos; ¹² y el menor de ellos dijo al padre: «Padre, dame la parte de la hacienda que me corresponde». Y él les repartió la hacienda. ¹³ Pocos días después el hijo menor lo reunió todo y se marchó a un país lejano donde malgastó su hacienda viviendo como un libertino. ¹⁴ Cuando hubo gastado todo, sobrevino un hambre extrema en aquel país, y comenzó a pasar necesidad. ¹⁵ Entonces, fue y se ajustó con uno de los ciudadanos de aquel país, que le envió a sus fincas a apacentar puercos. ¹⁶ Y deseaba llenar su vientre con las algarrobas que comían los puercos, pero nadie se las daba. ¹⁷ Y entrando en sí mismo, dijo: «¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, mientras que yo aquí me muero de hambre! ¹⁸ Me levantaré, iré a mi padre y le diré: Padre, pequé contra el cielo y ante ti. ¹⁹ Ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros». ²⁰ Y, levantándose, partió hacia su padre. Estando él todavía lejos, le vio su padre y, conmovido, corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente. ²¹ El hijo le dijo: «Padre, pequé contra el cielo y ante ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo». ²² Pero el padre dijo a sus siervos: «Traed aprisa el mejor vestido y vestidle, ponédle un anillo en su mano y unas sandalias en los pies. ²³ Traed el novillo cebado, matadlo, y comamos y celebremos una fiesta, ²⁴ porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida; estaba perdido y ha sido hallado». Y comenzaron la fiesta. ²⁵ Su hijo mayor estaba en el campo y, al volver, cuando se acercó a la casa, oyó la música y las danzas; ²⁶ y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. ²⁷ Él le dijo: «Ha vuelto tu hermano y tu padre ha matado el novillo cebado, porque le ha recobrado sano». ²⁸ Él se irritó y no quería entrar. Salió su padre, y le suplicaba. ²⁹ Pero él replicó a su padre: «Hace tantos años que te sirvo, y jamás dejé de cumplir una orden tuya, pero nunca me has dado un cabrito para tener una fiesta con mis amigos; ³⁰ y ¡ahora que ha venido ese hijo tuyo, que ha devorado tu hacienda con prostitutas, has matado para él el novillo cebado!» ³¹ Pero él le dijo: «Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; ³² pero convenía celebrar una fiesta y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto, y ha vuelto a la vida; estaba perdido, y ha sido hallado»”.

(i) La parábola del padre misericordioso es la más conocida de todas las parábolas de Cristo, aunque se la denomina por el personaje *secundario*: el hijo dilapidador. Efectivamente, el hijo que se va de la casa paterna ocupa buena parte del relato, pero no es el centro del mismo. Todo gira en torno al padre; en particular en torno a la misericordia que muestra hacia sus *dos hijos*, como veremos a continuación. Destaquemos solo los elementos más relevantes de esta perla de la literatura religiosa que describe las relaciones de Dios con las almas.

(ii) El padre de la parábola es indudablemente Dios. Y Dios viene deliberadamente descrito por Jesús como *Padre*. Tal es la relación que Dios establece gratuitamente con los hombres. Es *padre* a doble título: natural y sobrenatural. Dios es Padre en cuanto creador y principio de todos los seres pero en particular de los hombres. Esta paternidad divina ha sido intelectualmente entrevista por muchas religiones que han considerado a la divinidad como “padre de los dioses y de los hombres”; pero, sin embargo, no designa otra cosa que la causalidad primera que Dios tiene respecto de todo cuanto existe y, por tanto, el ser dador de todos los bienes, comenzando por el mismo ser (de todos modos, fuera de la religión judía no se ha entendido tal causalidad como una verdadera y propia creación *a partir de la nada*). En Israel mismo, Dios es llamado Padre en cuanto creador del mundo (cf. Dt 32,6; Ml 2,10), así como en cuanto a la elección especial de su pueblo a quien establece como su “primogénito” (Ex 4,22), lo que debe entenderse como la creación de lazos de protección de parte de Dios y de lealtad respecto de su pueblo. Por eso el apelativo de “padre” para Israel equivale a menudo a “rey de Israel” (cf. 2Sam 7,14). Los espíritus más notables han llegado incluso a la idea de su providencia amorosa –“Padre de los pobres”, del huérfano y de la viuda (cf. Sl 68,6)–, que es la más perfecta expresión de su paternidad en este nivel natural y universal.

(iii) Pero infinitamente por encima de esta paternidad natural, Dios establece en Jesucristo y por Jesucristo, otra paternidad, del todo especial, de orden sobrenatural, que llamamos *paternidad adoptiva*, y que llega al hombre por medio de la gracia. Esta paternidad prolonga en los engendrados a la vida sobrenatural, la paternidad que la Primera persona de la Santísima Trinidad tiene

respecto del Verbo divino hecho hombre. Nos *adopta* en Cristo. Nos da a título adoptivo, lo que Éste tiene a título natural. Por tanto, no todos los hombres son hijos de Dios del mismo modo, ni Dios es Padre de todos con el mismo título, ni toda filiación divina o paternidad divina es equivalente. Para gozar de esta paternidad especial hace falta algo especial: la gracia divina infundida en el alma.

(iv) La parábola se aplica a los dos modos de paternidad divina, y debe leerse en los dos niveles; con más propiedad y dramatismo, indudablemente, en el segundo. Jesús la plantea como la relación de un padre con *dos hijos*, porque en ella mostrará las heridas del corazón paterno que ambos hijos, por motivos bien diversos, causan al padre, y los diversos modos en que la bondad paterna se ejerce sea con uno que con otro.

(v) El pecado viene descrito como una injusta y ficticia emancipación del hombre respecto de Dios. “Dame mi herencia” significa el levantar campamento del hombre respecto de Dios. La herencia es la libertad, el don que Dios ha dado al hombre. El repartir esa herencia no indica sino el respeto de Dios por el uso de la libertad humana, incluso cuando el hombre la emplea contra Dios.

(vi) También se describe el pecado como un desperdicio o ruina de los dones divinos, y, en consecuencia, como una caída moral y, hasta cierto punto ontológica, del hombre, como dice audazmente Santo Tomás su Comentario al *De Trinitate* de Boecio: “Es constitutivo de la creatura que el separarse de Dios sea un decaer de lo que ella es”³². Es lo que expresa la situación de desamparo, hambre, degradación a una situación animal y servidumbre envilecedora del hijo menor tras la pérdida de sus bienes.

(vii) El pecado también viene caracterizado como una fascinación por los disfrutes terrenos, aludidos en el libertinaje del hijo pecador. La expresión ζάω ἀσώτως (*záō asótos*), vivir disolutamente, expresa ese modo desenfrenado, al que aludirán los reproches del hermano mayor: “ha devorado tu hacienda entre prostitutas (μετὰ πορνῶν)”.

³² Santo Tomás de Aquino, *In Boethio De Trinitate*, 2, 5, ad 7.

(viii) El pecado es también equiparado a la muerte: “este hermano tuyo estaba muerto”. Se trata de una muerte espiritual, en la que lo que fenece es el derecho de la filiación que había sido recibida como don: “ya no merezco ser llamado hijo tuyo”.

(ix) Es, sobre todo, ultraje a la paternidad divina. Y no digo solo “contra Dios” sino “contra la paternidad divina”, pues este es el rasgo divino que Jesús subraya aquí. Es del Padre de quien el hijo sustrae los bienes, no como robo propiamente, porque Dios los da al hombre cuales propios, pero sí como autonomía destructiva, al modo del barco que decide desprenderse de su quilla porque esta lo sujeta a un rumbo determinado. Por eso al recapacitar el muchacho pecador confiesa: “Padre, pequé contra el cielo y ante ti”.

(x) La actitud de Dios es presentada de modo admirable. Ante todo, respeta la decisión injusta del hijo no impidiendo el agravio. En segundo lugar, vive con la mirada puesta en el horizonte para otear el posible retorno del prófugo, por eso lo ve “cuando este aún estaba lejos”. En tercer lugar, le importa la vuelta y la presencia del hijo más que las penas que éste quiere imponerse por el agravio cometido. En cuarto lugar, no espera la llegada del hijo sino que al advertir su venida, le sale al encuentro y tiene para con él todas las expresiones que son propias para aquel que es esperado con ansias: “corrió, se echó a su cuello y le besó efusivamente”. En quinto lugar, le retorna inmediatamente la dignidad de su estado perdido (el “mejor vestido”, las “sandalias”, el “anillo” y la “gran fiesta”, indican la devolución de su situación de nobleza y libertad).

(xi) La conversión del hombre es presentada por Jesús como un proceso que comienza con la recapacitación a la luz de la abismal diferencia entre las dos situaciones: la que se tenía en la casa paterna (libertad, señorío, satisfacción), y la de la lejanía de la patria (ruina, soledad, miseria, opresión). Sigue la decisión del retorno, pero este implica: el reconocimiento de la ofensa, el pedido de perdón, la disposición a recibir un castigo, la reparación del mal (simbolizada aquí en el pedido de ser admitido como un simple peón y no ya con los privilegios del hijo). Y finaliza con la ejecución de lo decidido.

(xii) Un rasgo original de esta parábola es la caracterización que Jesús hace del hermano mayor, personaje que tiene mucha importancia, aunque por lo general no goce de la atención ni de

lectores ni de predicadores, todos los cuales suelen limitarse a la consideración del hijo menor. Salta a la vista que Jesucristo cifra en el primogénito a la *crema* del pueblo judío, por lo menos a los maestros de la Ley, quienes, creídos de su escrupulosa fidelidad a Dios, veían con malos ojos la “excesiva” benevolencia que Jesús demostraba por los que se habían pasado la vida fumándose con indiferencia docena y media de mandamientos divinos. Si Jesús no podía ser el Mesías divino, en parte se debía a que no manifestaba la alta consideración que Dios les debía. Quienes consideran que su honestidad es un logro de sus propios esfuerzos, piensan que Dios, en justicia, debe comenzar por agradecerles la fidelidad con la que ha sido tratado por ellos, dejando bien en claro que “no le han injuriado como los fallutos que han escapado de la casa paterna dando un portazo”. Pero el hermano mayor no es menos pecador que el libertino; cosa que no parece reconocer en la parábola, como tampoco confesaban las élites de Israel. De hecho, desconoce la mente de su padre tanto como su hermano; ignora al igual que este la gratuidad de los dones recibidos. Y si no los dilapida, sin embargo, los considera, como aquel: un derecho. Sus pecados no son carnales y por eso no huelen a cerdo, ni dejan resaca como las noches pasadas en vela en un burdel; pero empujan al orgullo de la propia austeridad, al enfriamiento de la relación con su padre, visto no como tal sino como empleador, y al resentimiento hacia los que no se mantienen íntegros como ellos. La alusión irritada y amarga a la dilapidación de los bienes “con prostitutas” puede tener, incluso, cierto sabor a envidia rencorosa. No es la aflicción que siente la feliz casada hacia la hermana libertina, sino la de la solterona que critica con horror, mezclado con un poco de dentera, la audacia de la impúdica.

(xiii) También con el mayor muestra el padre su misericordia. No es ya la compasión que se usa con el humillado y abatido, sino la que requiere el trato del soberbio y duro de corazón. Es una misericordia revestida toda de paciencia, medida pero también enseñanza. Más aún, lo trata con una dulzura del todo particular llamándolo τέκνον (*teknon*) (“hijito mío”). El diccionario *Vine* del Nuevo Testamento destaca que este término, relacionado con *tikto*, (engendrar, dar a luz), da prominencia al hecho del nacimiento, contrastando con υἱός (*hyiós*), también “hijo”, que

destaca la dignidad y el carácter de la relación filial. Por tal razón *teknon* se usa de los hijos (niños) de Dios (Jn 1,12), de la luz (Ef 5,8), de la obediencia (1Pe 1,14), de la promesa (Rm 9,8); aunque también de los “cachorros” del diablo (1Jn 3,10), de la ira (Ef 2,3), de la maldición (2Pe 2,14), etc. El mismo diccionario enfatiza que en castellano se traduce siempre como “hijo”, perdiéndose la distinción entre *hyiós*, hijo, y *teknon*, niño. En cambio las versiones inglesas y francesas mantienen la distinción con los vocablos “child / enfant” para *teknon*, y “son / fils”, para *hyiós*. Apelando, pues, a esta carga emotiva, el padre invita con dulzura al *hijito* mayor, a que se alegre del retorno de su hermano. No lo increpa de tener una mirada aviesa, ni de inclemencia o insensibilidad. Tampoco menciona aquí el gran pecado de resentimiento que con toda evidencia atenaza su corazón. El pecado del hijo mayor es la falta de perdón, propia del que exige *justicia sin atenuación* para el pecador, es decir, pura y llanamente *venganza*. No se alegra de la conversión del malo sino que lo indigna que sus males queden sin un castigo ejemplar. Nada de esto se oye de boca del padre, y bien podía decirlo. El que también se mezcla cierta *envidia* del descaro de su hermano, que disfraza completamente tras su porte de incorruptible y trabajador desinteresado, queda patente en el modo amargo con que posee y goza los bienes que el padre pone a su disposición: le echa en cara que nunca le haya ofrecido un cabrito para hacer un festejo con sus amigos, a lo que el padre replica que “*todo* lo suyo es también de él”, lo que significa que podía usar de esos bienes con toda libertad, con la misma autoridad que su mismo padre. Pero no es angurria paterna lo que recrimina el mayor, sino falta de *libertad para pecar*. Claro que el mayor sabe que todo lo que es de su padre también le pertenece a él, pero también es cierto que debe usarlo *como lo usaría su padre*, y lo que en el fondo le come el alma es no haberlo podido usar, aunque sea una vez, al modo de su hermano. “A este le perdonas todos sus pecados, y a mí nunca me has ofrecido la posibilidad de descarriarme ni una sola vez. No es justo. Ya que yo no he podido divertirme como él, al menos ahora hazlo sufrir como yo”. El hermano mayor representa la rectitud moral vivida con fastidio o, por lo menos, sin amor; pero la virtud no amada se practica con estreñimiento, y deja de tener la lozanía propia de la virtud, que es precisamente *amor de un bien obrar particular*

libremente elegido, quedando solo su cáscara, como una abstinencia guardada a la fuerza solo por razones de salud.

(xiv) El hijo mayor, con su postura, plantea, sin embargo, un problema real en torno a la justicia y a la misericordia con el pecador. Jesús termina la parábola en este punto, sin desarrollar más el tema. El padre parece perdonar demasiado fácil todos los pecados del fugitivo. ¿No pondrá esto en riesgo el orden moral entero? Si el perdón del pecador se ofrece con tantas ventajas (devolución de los bienes y de la dignidad perdida, reinserción en la casa paterna a todo título...), ¿no podría esto tentar a los díscolos a aprovecharse de la oferta para darse alguna escapada al mundo? ¿No habría, pues, que aceptar al pecador pero imponiéndole algunas penas que le hagan notar que se lo recibe, pero que le hubiera sido mejor y más benéfico no alejarse nunca? Esta parece ser parte de la postura de muchos que consideran justa indignación el enojo del hijo mayor. Lo que sucede es que el mayor no tiene en cuenta que en la realidad histórica no existen caracterizaciones tan puras como en la parábola, y Jesús, bajo el velo simbólico, habla del hombre real. En la realidad, todos los hombres han obrado como el hijo menor, incluso los que parecen identificarse con el mayor. Nadie ha permanecido siempre en la casa paterna. El hijo *mayor* es solo un prófugo que volvió antes, atraído por la gracia paterna igual que el menor. Y el tiempo con que se anticipó al retorno de su hermano no es mérito suyo, porque fue el padre quien lo trajo antes, al igual que fue el padre quien trajo después a su hermano. Ese “hijito mío, tú *siempre estás conmigo*” debe leerse en realidad como un “tú estás conmigo porque yo te he concedido esta gracia”, es decir, un “*casi desde el principio has estado conmigo*”. No hay justos puros; todos los hombres son redimidos. Incluso la que es *toda pura*, la Inmaculada concebida, es también una *redimida por anticipación*. Ella no es una excepción *por derecho (de iure)* a la necesidad del rescate divino, sino tan solo *de hecho (de facto)*, como enseña la teología. El problema de conjugar la misericordia y la justicia de Dios es un escollo en el que se hunden muchas embarcaciones aparentemente sólidas. Quizá porque olvidamos fácilmente que la justicia de Dios es verdadera justicia, es decir, verdadero ajustamiento a la verdad más profunda del hombre. Santa Teresa del Niño Jesús lo expresaba con estas admirables

palabras preñadas de alta reflexión teológica: “¡Qué alegría más dulce de pensar que Dios es justo, es decir, que tiene en cuenta nuestras debilidades, que conoce perfectamente la fragilidad de nuestra naturaleza! ¿De qué, pues, tendría yo miedo? ¡Ah! El Dios infinitamente justo que se dignó perdonar con tanta bondad todos los pecados del hijo pródigo, ¿no se mostrará también justo para conmigo que estoy siempre a su lado?”³³

(xv) Barclay hace a este punto una sugestiva reflexión: “Otra vez nos encontramos con la verdad sorprendente y admirable de que es más fácil confesarnos con Dios que con muchos hombres; que Dios es más misericordioso en sus juicios que muchos supuestos piadosos; que el amor de Dios es más amplio que el de los hombres, y que Dios está dispuesto a perdonar cuando los hombres no. Ante un amor así, no podemos más que perdernos en admiración, amor y alabanza”. Totalmente de acuerdo. Para nuestras pasiones heridas por el pecado o por el orgullo es más fácil imitar al hermano mayor que al Padre divino.

JESUCRISTO Y LAS RIQUEZAS

Toda la enseñanza que se contiene en el capítulo 16 de san Lucas, con excepción de algunas frases que quizá provengan de otras situaciones, está dedicada al tema de las riquezas, sea a modo de parábola (el administrador astuto y Lázaro y el rico), como de apotegmas y de discusiones con los fariseos.

Parábola del administrador astuto

Lc 16,1-9

¹ Decía también a sus discípulos: “Era un hombre rico que tenía un administrador a quien acusaron ante él de malbaratar su hacienda; ² le llamó y le dijo: «¿Qué oigo decir de ti? Dame cuenta de tu administración, porque ya no podrás seguir administrando». ³ Se dijo a sí mismo el administrador: «¿Qué haré, pues mi señor me quita la administración? Cavar, no puedo;

³³ Santa Teresa de Lisieux, *Manuscritos autobiográficos*, 8.

mendigar, me da vergüenza. ⁴ *Ya sé lo que voy a hacer, para que cuando sea removido de la administración me reciban en sus casas».* ⁵ *Y convocando uno por uno a los deudores de su señor, dijo al primero: «¿Cuánto debes a mi señor?»* ⁶ *Respondió: «Cien medidas [batos] de aceite». Él le dijo: «Toma tu recibo, siéntate en seguida y escribe cincuenta».* ⁷ *Después dijo a otro: «Tú, ¿cuánto debes?» Contestó: «Cien cargas [coros] de trigo». Dícele: «Toma tu recibo y escribe ochenta».* ⁸ *El señor alabó al administrador injusto porque había obrado astutamente, pues los hijos de este mundo son más astutos con los de su generación que los hijos de la luz.* ⁹ *Yo os digo: Haced amigos con el Dinero injusto, para que, cuando llegue a faltar, os reciban en las eternas moradas”.*

(i) El argumento de la parábola es muy sencillo: un empleador decide despedir a un administrador infiel. Este comienza, pues, a cavilar sobre su futuro y ve que las cosas se le pondrán difíciles puesto que no puede hacer trabajos de fuerza (cavar) ni está dispuesto a mendigar. Entonces decide, como última medida antes de dejar su puesto, hacer un par de favores fraudulentos con algunos deudores de su patrón, rebajándoles los pagarés de sus deudas, confiando ganarse el favor de estos, con la esperanza que luego lo empleen ellos mismos, o al menos le ayuden en sus futuras necesidades.

(ii) El primero debía cien *batos* de aceite. Cada bato equivalía a unos 38 litros. En total era el producto de unos 150 olivos. El segundo debía cien *coros* de trigo. Un *coro* valía por 388 litros; la deuda de este ascendía, pues, a la producción de unas cuarenta hectáreas de terreno. En realidad el préstamo podía haber sido en dinero, pero como la ley judía prohibía la usura, para esquivar los perjuicios económicos que significa el no cobrar intereses, la deuda se ponía en estas especies (trigo y aceite) que se suponía que todo deudor tendría para su propia subsistencia o bien se las podría arreglar para conseguirlas.

(iii) El administrador, pues, llama a ambos deudores y les hace a cada uno una rebaja de su deuda a título totalmente personal. Era, pues, una acción injusta y deshonesto, pero mostraba la astucia con que este “hijo de este mundo” se manejaba.

(iv) Jesús toma pie de su narración para indicar que los hombres del mundo, en el trato que tienen con los de su laya, son más sagaces que los hijos de la luz. ¿Que los hijos de la luz respecto de qué? Respecto de la misma realidad que los otros: con las riquezas. No compara Jesús el uso que hacen los mundanos de las riquezas con el uso que hacen los buenos de los bienes espirituales sino el uso que unos y otros hacen de las riquezas materiales. Está enseñando, pues, cómo debe ser nuestra actitud hacia los bienes temporales en general. Por eso dice que hay que obrar de tal modo que cuando “el dinero injusto... llegue a faltar [nos] reciban en las eternas moradas”. Por tanto, *dinero injusto* suple aquí por vida temporal, porque uno no enfrenta el juicio eterno al caer en la pobreza sino al morir, es decir, al ser despojado de la vida y, con ella, de todo lo efímero.

(v) Enseña, en definitiva, que los bienes temporales hay que ponerlos al servicio de los eternos. No justifica la actitud del mal administrador, que roba y defrauda a su patrón, sino la astucia como usa de las cosas de este mundo para asegurarse el futuro. En su caso es un futuro todavía temporal, pero el horizonte del bueno deben ser las “moradas eternas”.

(vi) Jesús llama al administrador “hijo del siglo”: υἱὸς τοῦ αἰῶνος (*hyiós tou aionos*). La expresión αἰών (*aión*), al igual que αἰεῖ (*aeí*), indica propiamente duración de la vida, edad, generación, siglo. Por extensión designa el universo, el mundo. Los *hijos del siglo* son los que llevan la impronta del mundo y del tiempo, y por eso son como sus hijos, hechura de su imagen, como el hijo respecto del padre. Son los hombres *temporales*, es decir, los que se *conforman* (en el sentido de “*formarse al modo de*”) los principios reinantes en el mundo y en el tiempo en el que viven, desentendiéndose de su ordenación a la eternidad.

(vii) En contraposición a los hijos del tiempo, Jesús menciona a οἱ υἱοὶ τοῦ φωτός (*hoi hyioi tou fotós*): los hijos de la luz. Jesús habló mucho de la luz, de modo particular en los textos recogidos por el evangelio de san Juan. Así manda: “mientras tenéis luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz” (Jn 12,36). Ser hijos de la luz es ser hijos de Dios, que es Luz (1Jn 1,5); también Jesús se autodenomina Luz (Jn 8,12). Sus discípulos se harían eco de

esta bellísima imagen, por lo que san Pablo escribía a los Tesalonicenses: “Todos vosotros sois hijos de la luz e hijos del día. No somos de la noche ni de las tinieblas” (1Ts 5,5). Y a los Efesios: “En otro tiempo erais tinieblas; mas ahora, luz en el Señor” (Ef 5,8). “Hijo de la luz” significa, pues, *hijo de Dios* en cuanto es *Luz*. Por tanto el hijo de la luz, al modo de Dios, debe iluminar y ser luminoso. La luz expresa la verdad, la sinceridad, la transparencia, la irradiación del calor y de la bondad. En cambio no indica “ingenuidad”, o “bobería”, como hace notar Jesús quejándose de que los hijos del siglo tenebroso sean más sagaces que los hijos de la luz. Los ángeles son luminosos pero no tienen nada de estúpidos. Los hijos de la luz deben, del mismo modo, ser lúcidos, sinceros pero también avisados e inteligentes para servirse de los bienes temporales en orden a la vida eterna.

(viii) Esta doble caracterización de hijos del siglo e hijos de la luz parece haber tenido cierta difusión en los ambientes religiosos de los tiempos de Cristo, porque se encuentran expresiones equivalentes en los textos hallados en Qumrán designando a los buenos y a los malos³⁴.

Apotegmas sobre las riquezas

Lc 16,10-13

¹⁰ “El que es fiel en lo mínimo, lo es también en lo mucho; y el que es injusto en lo mínimo, también lo es en lo mucho. ¹¹ Si, pues, no fuisteis fieles en el Dinero injusto, ¿quién os confiará lo verdadero? ¹² Y si no fuisteis fieles con lo ajeno, ¿quién os dará lo vuestro? ¹³ Ningún criado puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y Mamonas”.

(i) San Lucas coloca a continuación dos *apotegmas* que bien puede haber pronunciado Jesús a propósito de las conclusiones sacadas de la parábola del administrador astuto. Quizá los añadió para que no confundiesen el “ingenio” o la “agudeza” que acaba de

³⁴ Cf. 1QS 1:9; 2:16; 3:13.24; 1QM 1:1.3.9.

recomendar con el mal uso de los bienes materiales que había descrito en el fraudulento personaje de su parábola.

(ii) Ante todo señala algo que va directamente en contra de la actitud del personaje descrito: “El que es fiel en lo mínimo, lo es también en lo mucho; y el que es injusto en lo mínimo, también lo es en lo mucho. Si, pues, no fuisteis fieles en el Dinero injusto, ¿quién os confiará lo verdadero? Y si no fuisteis fieles con lo ajeno, ¿quién os dará lo vuestro?” El administrador ladino había actuado con una descarada infidelidad respecto de los bienes de su empleador. Fue la razón por la que lo echaron (“lo acusaron de malbaratar su hacienda”) y una vez despedido, antes de dejar efectivamente su puesto, continúa defraudando. Jesús en la parábola alaba su *lúcida previsión*, pero inmediatamente después condena su *infidelidad*. Jesús hace un paralelismo entre “lo mínimo y lo mucho”, “el dinero injusto y *lo verdadero*”, “lo ajeno y lo vuestro”. Su pensamiento es que las riquezas de este mundo (todos los bienes temporales) son *lo mínimo*, lo que menos importa; es también *lo ajeno*, porque se nos da prestado, como administradores, con un señorío ministerial, no como dueños absolutos. Debemos usarlo como si fueran de otro, es decir, de Dios, y como quien deberá rendir cuenta de su uso al Amo. Nos toca usarlos solo en la medida en que sean necesarios y solamente para el bien. El modo en que los usemos señalará si somos dignos y maduros de recibir *los bienes verdaderos*, los que nos pertenecen porque han sido destinados por Dios para nosotros *si somos encontrados dignos*.

(iii) La afirmación también se entiende en el sentido de que quien defrauda en las cosas de poca monta lo hace también en las grandes. No debemos engañarnos pensando que podemos descuidar lo que vale poco sin que esto marque nuestro trato con las cosas importantes. Un barco puede terminar hundiéndose por un pequeño agujero. Quien pretenda ser fiel a los principios fundamentales de su vida espiritual debe comenzar por respetar escrupulosamente los detalles espirituales de su vida. Si rezamos apresuradamente nuestras tres Avemarías de la noche, o decimos distraídamente nuestras jaculatorias... difícilmente mantengamos una oración prolongada de modo intenso. Si no perseveramos en nuestro examen particular de cada día, no seremos constantes tampoco en el camino hacia la

santidad. Muchos que cayeron en el pecado mortal comenzaron omitiendo lo que consideraron no esencial para la vida de la gracia.

(iv) El segundo aforisma es muy conocido: “Ningún criado puede servir a dos señores, porque aborrecerá a uno y amará al otro; o bien se entregará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y al Dinero”. Digo que es “conocido”; lo cual no significa “respetado”. La clave de la sentencia radica en el verbo δουλεύω (*duleýo*) que significa servir al modo de un esclavo. En el Nuevo Testamento se usa con frecuencia en el sentido de servir sin relación alguna con la esclavitud (cf. Hch 20,19; Rm 6,6; 7,6; 12,11; Gál 5.13). Pero aquí está tomado en el sentido de un servicio total, propio de quien se ve obligado a buscar no sus propios intereses sino los de su amo. Entendido como *servicio total* no es necesario que lo interpretemos como: “no es posible servir de modo total, con plena dedicación, a dos señores” –lo que es bastante lógico–; sin que también vale en el sentido de que “no es posible servir con plena y absoluta entrega a un señor si además se pretende ocuparse de los intereses de otro, incluso si a este segundo lo atendemos a tiempo parcial”. En efecto, a una *entrega total* se opone no solo otra *entrega total* sino cualquier *dedicación parcial*. Si algo está *completamente y exclusivamente* dedicado a una tarea, cualquier sustracción –incluso mínima– arruina la plena dedicación. Solo se puede servir a dos señores si a ambos se los sirve a medias, lo cual no es *servir* en sentido pleno. De ahí que cuando uno se presta a este doble juego se ve obligado a la postre a decidirse por uno de los dos: “se entregará a uno y despreciará al otro”. Dos lealtades divididas psicológicamente, ha escrito un autor, constituyen una especie de neurosis.

(v) La aplicación del caso que hace Jesús se refiere al servir, es decir, trabajar para Dios y Mamonas. Μαμμωνᾶς (*mammonás*), que simplemente translitero como Mamonas aunque en español se dice comúnmente Mamón, es una palabra aramea de origen caldeo, que significa “riqueza”, “dinero”. Se relaciona con la palabra hebrea *amén* que significa firme, constante. Por tanto, es el Dinero como fuente de confianza. A menudo los Evangelios lo personifican, como en este pasaje (cf. Mt 6,24; Lc 11,13).

(vi) Observemos un detalle más que importante. Jesús no dice que el que busca afanosamente la riqueza se sirva *del* dinero

para sí mismo, sino que él sirve *al* Dinero. El codicioso, el avaro, el usurero y, en definitiva, el “adinerado injusto”, como lo llama este evangelio no se sirve del, sino que sirve al, Dinero. Y al servir *al* Dinero, lo personifica y endiosa o demoniza, porque al servir a alguien se lo reconoce como superior a uno. Y si el servicio es total, se lo reconoce como *señor* de uno. Lo cual equivale a hacerlo dios (o demonio). No existe, sin embargo, una “causa del Dinero”. Podremos personificar y endiosar al Dinero, pero este siempre será una realidad irracional, lo entendamos como riqueza natural (alimento, vestido, bienes útiles) o artificial (oro, plata, billetes). Por tanto, al servir al Dinero se sirve a quien usa el Dinero para servirse de los que sirven al Dinero. Siempre hay un “alguien” detrás. Y el último “alguien” es un dios, el *dios de este mundo*, el diablo.

(vii) No se malinterprete cuanto he dicho. No he demonizado las riquezas, ni siquiera las artificiales. No hay que llegar a los extremos de la necesidad de los fraticelli, ni al cinismo de Marx. Del dinero uno puede servirse, y puede usarlo muy bien, como han hecho los ricos santos, que pusieron su dinero al servicio del bien común, y el bien común por encima del interés personal. Los ricos pueden ser magníficos, es decir, magnificentes, hacedores de cosas grandes. Repartir entre los pobres todo el dinero que un rico tiene no siempre es la solución de los pobres, los cuales quizá no hagan otra cosa que malgastarlo y volver a la pobreza. Habrá que ayudarlos cuanto sea necesario; pero además de eso, el rico debe ayudar creando trabajo honrado y siendo justo. No dignifica el recibir riqueza llovida del cielo, sino ganársela honestamente. Si alguno en estas palabras de Jesucristo cree ver la punta del ovillo para una predicación marxistoide, como han hecho tantos liberacionistas, se equivocó de tejido.

Los fariseos y las riquezas

Lc 16,14-18

¹⁴ *Estaban oyendo todas estas cosas los fariseos, que eran amigos del dinero, y se burlaban de él.* ¹⁵ *Y les dijo: “Vosotros sois los que os la dais de justos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones; porque lo que es estimable para los hombres,*

es abominable ante Dios. ¹⁶ *La Ley y los profetas llegan hasta Juan; desde ahí comienza a anunciarse la Buena Nueva del Reino de Dios, y todos se esfuerzan con violencia por entrar en él.* ¹⁷ *Más fácil es que el cielo y la tierra pasen, que no que caiga un ápice de la Ley.* ¹⁸ *Todo el que repudia a su mujer y se casa con otra, comete adulterio; y el que se casa con una repudiada por su marido, comete adulterio”.*

(i) San Lucas califica a los fariseos de la manera más gráfica posible: φιλάργυροι (*filárguroi*). Φιλάργυρος (*filárgyros*) significa el que es amigo (φίλος, *filos*) de la plata (ἄργυρος, *árgyros*; de ἀργός, *argós*, reluciente, plata). Eran, pues, *amadores del dinero*, expresión que vale para los tacaños, los codiciosos y los avaros.

(ii) Estos se burlaban de Cristo, porque les resultaba sencillamente ridículo pensar de ese modo. Jesús les parecería un necio o, cuanto menos, un utopista. Y para algunos también un subversivo de la palabra divina. Para ellos la cuestión de las riquezas estaba fuera de duda. Por un lado, como para todo avaro y codicioso, la necesidad de las riquezas era una evidencia fuera de discusión. Pero el problema de su hermenéutica superaba el plano moral de la codicia yendo mucho más lejos. Ellos no podían ver ninguna oposición entre afán de riqueza y poder, por una parte, y respetabilidad, santidad o predilección divina, de la otra. Pensaban, como más tarde los calvinistas, que la bendición económica era, incluso, signo de predilección y de predestinación. Habían llevado al colmo la carnalización de las promesas divinas. En estas, es cierto, se simbolizaban con los bienes materiales las realidades eternas. Pero los antiguos patriarcas, a quienes Yahvé bendecía con rebaños, hijos, oro y plata, y a quienes prometía una tierra para su descendencia, trascendían estas imágenes llegando a entender los votos divinos como promesas de realidades sobrenaturales; por eso dice de ellos la Escritura que “iban en busca de una patria... celestial” (Hb 11,14.16) y que explícitamente la “ciudad” (o tierra) a la que aspiraban, no era la terrena sino aquella “cuyo arquitecto y constructor es Dios” (Hb 11,10). Pero sus descendientes inmanentizaron las promesas divinas, dándoles exclusivamente un sentido temporal y terreno. Por eso las palabras de Cristo, sonarían a sus oídos ridículas y antijudías, porque parecían desdecir la promisión divina entendida *a modo suo*.

(iii) A ellos, pues, les dice Nuestro Señor, que Dios conoce sus corazones, y que cuanto ellos aman (los bienes del mundo, sin duda) es abominable ante Dios.

(iv) También les señala una verdad teológica de máxima importancia: la clausura de la Antigua Alianza y la instauración de la Nueva. Esto, en boca de Jesús, tiene un valor teológico excepcional. “La Ley y los profetas llegan hasta Juan; desde ahí comienza a anunciarse la Buena Nueva del Reino de Dios”. Con Juan, su precursor, se cierra el ciclo de la economía antigua. Jesús, pues, no habla como un profeta antiguo. Las promesas divinas ya no están ligadas a imágenes temporales para que sean comprendidas por un pueblo temporalista y carnal, sino que Jesús predica la verdad en toda su pureza y llama a las cosas por su nombre. Ahora, en la predicación de la Buena Nueva, Dios promete la vida eterna bajo su nombre de vida eterna, no ya como reino temporal. No habrá reinados mesiánicos ni paraísos temporales. Las riquezas que Dios se compromete a dar al hombre fiel es su intimidad y su gozo sobrenatural y eterno, no oro ni plata, ni poder terreno, ni influencias. Más aún, aquellos bienes verdaderos se conquistan con independencia de las realizaciones mundanas e incluso con el fracaso de estas, es decir, desde la pobreza y la miseria y la insignificancia social y política. Por eso para entrar en este reino hay que esforzarse con violencia, es decir, no hay que hacer violencia a nadie, sino hacerse violencia uno mismo, porque implica renuncia. No hay que hacer ninguna revolución sino autorrevolucionarse, darse vuelta uno mismo como damos vuelta una media para poner hacia afuera lo que está dentro. En griego eso se dice con una palabra que Jesús no usa aquí pero sí en otras partes: *metanoia*.

(v) Y añade una frase que parece descolgada pero no es: “Más fácil es que el cielo y la tierra pasen, que no que caiga un ápice de la Ley”. Con esta frase Nuestro Señor deja bien en claro que su *revolución* no es tal. No está cambiando la Ley de Dios ni las promesas divinas. Estas no pueden mudar ni un ápice. Tienen una fuerza que siempre se renueva. Por tanto, todo cuanto Jesús está diciendo está en la Ley, pero en el *verdadero* sentido de la Ley, aquel que a los carnales se les escapa. Jesús, en cuanto Dios, es legislador, pero también es Intérprete de su propia Palabra, y aquí no hace más

que revelar el sentido profundo y exacto de las antiguas leyes divinas.

(vi) Quizá con la misma intención se trae a colación la doctrina del adulterio y del repudio. Para mostrar que la Ley que prescribía la indisolubilidad y la fidelidad matrimonial (dictada, como dice Jesús en otro lugar, por el mismo Dios en la creación del hombre y de la mujer) no cambió jamás, porque ni aún esa menudencia de la Ley puede cambiar; Dios se limitó a tolerar el repudio que Moisés legisló a causa de la dureza del corazón judío. Más aún, incluso mientras Dios lo aguantaba, decía por su profeta Malaquías: “yo odio el repudio” (2,16).

Parábola de Lázaro y el Parrandero

Lc 16,19-31

¹⁹ *“Había un hombre rico que vestía de púrpura y lino, y celebraba todos los días espléndidas fiestas. ²⁰ Y uno pobre, llamado Lázaro, que, echado junto a su portal, cubierto de llagas, ²¹ deseaba hartarse de lo que caía de la mesa del rico... pero los perros venían y le lamían las llagas. ²² Sucedió, pues, que murió el pobre y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham. Murió también el rico y fue sepultado. ²³ Estando en el hades entre tormentos, levantó los ojos y vio a lo lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno. ²⁴ Y, gritando, dijo: «Padre Abraham, ten compasión de mí y envía a Lázaro a que moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua, porque estoy atormentado en esta llama». ²⁵ Pero Abraham le dijo: «Hijo, recuerda que recibiste tus bienes durante tu vida y Lázaro, al contrario, sus males; ahora, pues, él es aquí consolado y tú atormentado. ²⁶ Y además, entre nosotros y vosotros se interpone un gran abismo, de modo que los que quieran pasar de aquí a vosotros, no puedan; ni de ahí puedan pasar donde nosotros». ²⁷ Replicó: «Con todo, te ruego, padre, que le envíes a la casa de mi padre, ²⁸ porque tengo cinco hermanos, para que les dé testimonio, y no vengan también ellos a este lugar de tormento». ²⁹ Le dijo Abraham: «Tienen a Moisés y a los profetas; que les oigan». ³⁰ Él dijo: «No, padre Abraham; sino que si alguno de entre los muertos va donde ellos, se convertirán». ³¹ Le contestó: «Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán, aunque un muerto resucite»”.*

(i) El capítulo se cierra con otra parábola que también tiene por tema el mal uso de las riquezas, aunque en la mente del vulgo se la relaciona más con el destino de ultratumba. Es la parábola del rico y el pobre, o mejor dicho de Lázaro y el mal rico. Lázaro es abreviatura de Eleazar, que significa “Dios ayuda”. El nombre no está elegido de modo accidental sino deliberadamente y nos permite comprender en qué sentido entendía Jesús la ayuda y la protección divina: más de la providencia respecto de la vida eterna (que el pobre conquistó a la postre con sus penurias), que en cuanto a lo material (en lo que no anduvo muy sobrado que digamos). En cuanto al rico, en algunos manuscritos y versiones tardíos, aparece indicado con los nombres de Nínive o también Fincas. La gente lo llama Epulón, nombre que se ha hecho popular, pero que no aparece en la parábola sino que está tomado del verbo latino *epulare*, banquetear, usado por la Vulgata para traducir la principal actividad del rico: “*epulabatur cotidie splendide*”, diariamente jaraneaba suntuosamente. Epulón, por tanto, quiere decir, Parrandero o Calavera. Un hombre *divertido*. Si quisiera dársele un nombre tomado del mismo texto, correspondería nominarlo Pluto o Plutón, que es como lo designa el texto griego: Ἄνθρωπος δὲ τις ἦν πλούσιος (*ánthropos dé tis en plúsios*), había un hombre rico. *Plúsios*, rico, viene de πλοῦτος (*plóutos*), dinero, riquezas.

(ii) La parábola, pues, comienza por describirnos al rico: “había un hombre rico que vestía de púrpura y lino, y celebraba todos los días espléndidas fiestas”. No sé si puede decirse, como se lee en algún comentario, que el rico no hacía nada malo, cayendo solamente en pecados de omisión respecto de Lázaro. Es más que evidente que ni vestir lujosamente ni ofrecer un banquete es por sí mismo un pecado. A menudo Jesús describe la Vida eterna con algunos de estos simbolismos. Pero la expresión “cada día”, referida a la frecuencia con la que organizaba sus fiestas, denota que todo esto, *llenaba* su vida. Hasta tal punto que no le quedaban ganas ni tiempo para enterarse de cómo andaban los que dormían bajo los pórticos de su casa, o bien prefería desentenderse de ello. Y por otra parte, también los pecados de omisión, en ciertas circunstancias, pueden ser faltas muy graves.

(iii) En efecto, Lázaro (esta es la única vez que un personaje parabólico recibe un nombre en los evangelios) era un pobre de solemnidad del que se nos dice que ni tenía techo propio, puesto que vivía bajo el portal del rico; también se refiere que era un hombre enfermo, cubierto de llagas, y que padecía hambre, tanta que ἐπιθυμῶν (*epithymon*) “ponía el corazón”, es decir, fundaba sus ilusiones y sueños, en χορτασθῆναι (*jortasthénai*) –llenarse la panza– con las migajas que caían de la mesa de los comensales. Una de dos, o tanto se derrochaba en casa del rico que las sobras bastaban para empachar un pobre, o este tenía tan menguado el estómago que pocos rejuntes le alcanzaban para un atracón.

(iv) Entre el rico y Lázaro hay, sin embargo, un abismo ya en esta vida. El evangelio dice que el rico no se preocupaba de Lázaro. ¿Dónde lo dice? En la alusión a los perros: “pero los perros venían y le lamían las llagas”. La idea de Nuestro Señor no es añadir a la lista de calamidades de Lázaro el ser acosado por los animales, sino el señalar que no era el rico sino los perros –o Dios por medio de ellos– los únicos que aliviaban el sufrimiento del pobre, porque el lengüetazo del perro cura las heridas (como a san Roque a quien un fiel can le hacía el mismo favor). Creo que habría que traducir la frase “pero solo los perros venían a curar sus úlceras”. Esto mismo entendió Juan Crisóstomo al escribir: “las llagas, que ningún hombre se dignaba lavar ni tocar, eran lamidas por un animal compasivo”.

(v) Insisto en este punto: el rico establece con su despreocupación de los males del pobre un *abismo* sin puentes. Es un abismo *afectivo* y *efectivo*. Un abismo no definitivo todavía, porque *con buena voluntad* y gracia divina puede cruzarse por el doble puente de la misericordia y de la justicia. De la misericordia o compasión, como en el corazón de los buenos ricos, que no pueden descansar tranquilos mientras otros sufren estrecheces extremas; así el buen Tobit comía en Nínive sus manjares con lágrimas al ver las miserias de sus hermanos. Pero también de la justicia, porque no solo las migajas de la mesa del rico pertenecen por derecho a los lázaros del siglo sino todo cuanto no sea necesario en esa exuberante mesa. Esta fue la gran lección que el cristianismo primitivo recogió de Jesucristo y transmitió a su civilización inmisericorde: hacia los pobres, los ricos tienen obligaciones de justicia; para eso recibieron

ellos la administración de muchos bienes, para hacer el bien a los que nada poseen. Jesús no condena la riqueza generosa, sino la que ahoga el corazón en la cuba del egoísmo.

(vi) Pues bien, la muerte visitó los lujosos aposentos del rico y también sus desnudos pórticos. En los primeros reclutó a nuestro satisfecho Plutón; en los últimos al ulceroso Eleazar. Y el abismo que el rico estableció en vida entre ambos, *fue respetado por la justicia divina*, volviéndose, sin embargo, ya infranqueable para uno y para otro.

(vii) Del pobre dice Jesús que “murió y fue llevado por los ángeles al seno de Abraham (τὸν κόλπον Ἀβραάμ, τὸν κόλπον Αβραάμ)”. El κόλπος (*kólpos*) –regazo, seno– es la parte frontal del cuerpo entre los brazos; de ahí que reclinarse en el seno se decía de aquel que se reclinaba de tal manera a la mesa que su cabeza venía a cubrir el seno del que tenía delante (como hizo el joven Juan con Jesús en la Última Cena: Jn 13,23). Indica un lugar de honor y de bendición con otro (Jn 1,18; 13,23). Ser llevado al “regazo de Abraham” equivale a decir que fue transportado a la morada de Abraham, a su banquete, y a un lugar de honor junto con los justos. No es el cielo como visión beatífica, puesto que solo con la resurrección de Cristo se abre este para los justos. Por tanto, es el estado en el que se encontraban los santos antes de que Jesucristo abriera a las almas santas las puertas de las moradas eternas. La naturalidad con la que Nuestro Señor alude a este estado, no definitivamente beatífico pero sí bucólicamente apacible, deja claro que sus coetáneos creían que los justos, después de la muerte, descendían a una región que no tenía nada de tenebrosa ni despersonalizante.

(viii) En cambio, del rico solamente dice: “murió y fue sepultado”; pero añade inmediatamente: “estando en el hades entre tormentos”. La palabra ᾗδης (*hades*) es griega y no fue, por tanto, la que usó Jesús para sus oyentes; pero es la que Lucas encontró equivalente para traducir la usada por Nuestro Señor, que debe haber sido *seol* o *sheol*. Se ha propuesto que el vocablo ᾗδης (*hades*) viene de “a” (negación) y “eido” (ver), significando *lo invisible*; pero resulta muy dudoso. Con más probabilidad debe ser una contracción de Ἄϊδης (*Haides*), dios de los infiernos; y designa, por tanto, la

sepultura, la muerte, la región de los muertos y los infiernos, según los casos. Decíamos que Jesús debió emplear la expresión *sheol* (o *seol*), que aparece reiteradamente en el Antiguo Testamento. En boca de Jesús *sheol* aparece cuatro veces: dos en san Mateo (11,23 y 16,18) y dos en san Lucas (10,15 y 16,23); siempre, sin embargo, vertido al griego por *hades*.

(ix) Jesús describe el *sheol* donde está el rico, y el seno de Abraham donde está el pobre como lugares distintos pero próximos, tanto que pueden verse unos a otros, lo que aumenta el sufrimiento de los condenados. Encontramos la misma idea en algunos textos de la literatura extrabíblica (4Esd 7,85-93; Henoc 9,13). Pero estos diversos *lugares* o *estados* son infranqueables para unos y para otros: “entre nosotros y vosotros se interpone un gran abismo, de modo que los que quieran pasar de aquí a vosotros, no puedan; ni de ahí puedan pasar donde nosotros”, le hace decir Jesús al maestro Abraham, como para que tomen nota los teólogos que en los siglos muy todavía por venir iban a caer en la tentación de decir solemnes gansadas que ni a un viejo del Antiguo Testamento se le ocurrirían. El lugar donde está el rico es, según lo describe Jesús, un lugar de suplicio, pues en él nuestro personaje está “entre tormentos”, y entre “llamas”, y pide aunque más no sea un alivio insignificante: que “Lázaro... moje en agua la punta de su dedo y refresque mi lengua”. Pero que el rico primero pida *compasión para sí*, y luego *busque la conversión* de sus parientes no cuadra con una condenación definitiva. Algunos creen, por esto, que no es el infierno como lugar de los condenados definitivos. Incluso hay quienes piensan, como Scott Hahn, de que se trata del purgatorio, basándose en que el rico tiene buenos sentimientos respecto de su familia y además porque el principal pecado cometido por él parece haber sido de *omisión* respecto de Lázaro. Puede ser. Pero ya hemos dicho lo que pensamos de estas omisiones. Lo más probable es que aquí se hable de la condenación pero dentro del género propio de una parábola en el que no debemos buscar la precisión de una tesis teológica. Además, téngase en cuenta que en esta parábola, toda enseñanza sobre la *ultratumba* es, en todo caso, *indirecta*. Jesús apunta, no exclusiva pero sí principalmente, a enseñar que las riquezas, para que no nos pudran las manos, deben ser bien usadas, y que el buen uso de las mismas implica ponerlas al

servicio de los necesitados, los *lázaros* de los que este mundo está lleno. Si el rico se limita, en esta vida, a “recibir bienes”, dejando que el pobre “solo reciba males” sin tratar de aliviarlo con lo que a él le sobra, o le sobraría en caso de vivir un poco más sobriamente y con menos derroche, entonces oirá lo que Jesús pone en boca de Abraham: “Hijo, recuerda que recibiste tus bienes durante tu vida y Lázaro, al contrario, sus males; ahora, pues, él es aquí consolado y tú atormentado”. Probablemente solo haya que cambiar aquello de *hijo* por alguna expresión un poco más glacial.

(x) De todos modos, aunque *indirecta*, una enseñanza que viene de boca de Jesús, es siempre una enseñanza. Y uno de los temas de ultratumba que sí podemos tomar literalmente de esta parábola es la condición definitiva de la voluntad de los muertos. Lo hacía notar el sirio Afraates a comienzos del siglo IV, quien pensaba como yo que se habla de un rico condenado y no solo purgante: “Cuando dijo Abrahán al rico: *Entre vosotros y nosotros se abre un abismo* (...), manifestó que después de la muerte y resurrección no habrá lugar a penitencia alguna. Ni los impíos se arrepentirán y entrarán en el Reino, ni los justos pecarán y bajarán al infierno. Éste es un abismo infranqueable”³⁵. Claro que si el infierno está vacío, como ha dicho el teólogo más culto del siglo XX, todo esto carece de sentido. A menos que la mucha cultura no haya preservado a nuestro erudito teólogo de decir una tontada. A veces en terreno mojado –y este lo es– los cultos patinan y los brutos no.

(xi) Y como broche de oro Jesús nos ofrece una inestimable lección sobre el modo en que debemos procurar salvarnos y evitar la condenación: no esperando revelaciones particulares ni apariciones de ultratumba que vengan a decirnos que se equivoca el suizo y el infierno no está vacío y hasta es muy mucho más feo de lo que cuentan los predicadores más exaltados, sino con la humilde meditación de la Palabra de Dios (“que oigan a Moisés y a los profetas”). Porque si no se hace caso de la Palabra divina, “no se convencerán ni aunque resucite un muerto”. Exactamente como el idiota de *Don Giovanni* que teniendo el infierno abierto bajo sus pies y a Dios reclamándole la conversión por boca del difunto

³⁵ Afraates, *Demonstrationes* 20,12.

Commendatore, se hundió cantando neciamente con su solemne voz de barítono: ¡No, no y no! Es decir, “no me convierto y punto”.

ALGUNAS ENSEÑANZAS MORALES

Lc 17,1-10

San Lucas coloca, a continuación de la parábola de Lázaro y del mal rico una serie de enseñanzas que no parecen tener conexión lógica entre sí, por lo que es probable que hayan sido dichas en diferentes ocasiones.

El escándalo

Lc 17,1-3a

¹ Dijo a sus discípulos: “Es imposible que no vengan escándalos; pero, ¡ay de aquel por quien vienen!” ² Más le vale que le pongan al cuello una piedra de molino y sea arrojado al mar, que escandalizar a uno de estos pequeños. ³ Cuidaos a vosotros mismos”.

(i) En el evangelio de san Mateo el tema del escándalo surge a raíz de la mención que el mismo Jesús hace de los pequeños (“el que no se haga como un niño, no entrará en el reino de los cielos” (Mt 18,1-11); del texto de san Marcos podemos decir otro tanto puesto que se plantea después de que Jesús afirma que quien recibe a un niño en su nombre lo recibe a Él mismo y a Aquel que lo ha enviado (Mc 9,33-49). En ambos casos el tema no se relaciona con la infancia material sino con la espiritual: habla de los humildes, de los pequeños –y consiguientemente débiles– en la fe, o sea de aquellos que creen con sencillez y sin complicaciones. El peligro más grande que corre la fe de tales personas proviene del escándalo.

(ii) Σκάνδαλον (*skándalon*) es una palabra que ha tenido mucha fortuna en el griego bíblico. No es, de hecho, propia de la lengua clásica sino posterior a tal período, por lo que los dos lugares donde más veces aparece son la traducción griega de los LXX y el Nuevo Testamento. En el griego clásico tenemos como equivalente *skandalethron*, que significa “gancho de una trampa”, es decir, el

arma donde se fija el cebo que atrae al animal con el fin de que éste toque o pise el trinquete haciendo saltar el muelle de la trampa. Aristófanes usa la palabra respecto de las “trampas verbales” que, con un argumento como cebo, se ponen para atraer a una persona y cazarlo en una contradicción o descubriendo algo que quiere ocultar. Por tanto, es claro que el matiz original de la palabra no era tanto un “tropiezo” para hacer caer a alguien como un “cebo” para seducir y atraer a alguien hacia su destrucción, aunque luego se aplique a ambas realidades. La versión de los LXX tradujeron con este término dos palabras hebreas: *michsol*, que significa “tropiezo” (Lv 19,14: “no pondrás un tropiezo al ciego”) y *mokesh*, que indica “trampa” o “lazo” (Sl 141,9: “Guárdame de los lazos que me han tendido, y de las trampas de los que hacen iniquidad”).

(iii) El escándalo es, pues, una palabra o un hecho, intencional o no, que se convierte en piedra en la que otro tropieza o lazo en el que algún prójimo queda atrapado para su ruina moral. Y actúa generalmente por atracción: seduce llevando a la imitación o a la complicidad, o convence o pone dudas... según el caso. Es, pues, lo que desvía del recto camino, de la fe sencillamente aceptada, de la virtud practicada sin complicaciones. En definitiva es todo lo que despista, o hace perder el verdadero sendero al inocente, o al iluso, o al frágil. Teológicamente podemos distinguir entre el escándalo de los *pequeños*, que es todo aquello que desvía de la fe o de la virtud al inocente (lo que despierta una malicia que no existía, o quita la candidez pacíficamente poseída hasta el momento, o arruina la fe o la confianza que se poseía en algo o en alguien); el escándalo de los *frágiles*, que es aquello que empuja al pecado al quien es, de por sí, flojo y proclive a caer pero que, de hecho, cae por recibir un último empujón de parte de otro, del que decimos, con propiedad, que lo escandaliza (el mal consejo, la invitación a pecar, todo cuanto excita las pasiones); el escándalo *teológico* (que es todo cuanto confunde la fe del prójimo y lo lleva al error en cuestiones de fe o de moral); y el *falso* escándalo o escándalo *farisaico* (que no es otra cosa que el aparentar escandalizarse de lo que no es verdaderamente motivo de escándalo). El primero y el tercero son los más graves: aquel por el daño contra la inocencia, éste por la ruina de la fe. Sigue el escándalo que es ocasión de un nuevo pecado al que ya es pecador. El último,

no supone ningún pecado en quien es acusado de escandalizar sino en el que simula escandalizarse; es lo que hacían los fariseos cuando ponían el grito en el cielo porque Jesús ¡curaba en sábado!

(iv) Nuestro Señor dice que “es imposible que no haya escándalos”. Ανένδεκτος (*anéndektos*) es un adjetivo que se traduce como “no se puede esperar”, “es inadmisibile”, “no puede ser de otro modo”. La inevitabilidad del escándalo procede de la naturaleza misma del pecado como fuerza corruptora. El pecado es una realidad activa siniestra, como un virus maligno que tiende a contagiar a otros para perpetuar su efímera existencia. *Acto humano malo*, lo definió Santo Tomás³⁶. Lo hemos llamado *realidad activa* en cuanto que es acto humano o voluntario, y como tal tiene entidad y actúa. Por *siniestro* entendemos su *malicia*, la cual no es sino una privación: es un acto humano que carece del bien que le corresponde, a saber, la conformidad con la regla moral. No es una privación absoluta, sino un acto privado de bien. Es como un agujero en un vestido. El agujero no existe separado del vestido. El mal debe estar enquistado en una realidad, en un bien que le haga de soporte; precisamente limita ese bien, lo hace menos bueno, como el agujero limita el vestido, el cual, por razón del agujero cubre menos. Pero ese agujero que es el pecado, tiende a expandirse, agrandando el boquete que ya ha conseguido forjar. Y lo hace produciendo más pecado. Eso queremos decir al referirnos a *realidad activa siniestra*.

(v) El pecado empuja al pecado de muchas maneras. Lo hace como causa final, espoleando a cometer otros pecados que sirvan de medio para lograr los objetivos del pecado *madre*; así, por ejemplo, la avaricia engendra en el avaro una propensión a la rapacidad, a la tacañería, a la mentira y a la usura, medios todos para aumentar indefinidamente su riqueza. A este tipo de pecados *generadores de pecados* los llamamos pecados *capitales*. Otros pecados predisponen también preparando el terreno, como la cobardía apresta el ánimo para el abandono y la fuga, para la mentira y para la apostasía; o la gula y la borrachera abren camino a la sensualidad y a la lujuria (estos son los pecados que *debilitan* la personalidad abriendo paso a otros). Lo hace también convirtiéndose en hábito que luego impulsa

³⁶ Santo Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, 71, 6.

al pecador a repetir sin cesar su pecado (estos son los pecados de *hábito* o propiamente *vicios*). En todos estos casos el pecado es causa de otro pecado, pero no se habla aun de escándalo.

(vi) En cambio, el pecado se vuelve escándalo en razón de la tendencia que pone en la psicología del pecador a socializar su pecado, es decir, de asociar a otros en la propia ruina. La serpiente despeñada trata de seducir a Eva; ésta come del fruto prohibido y lo ofrece a Adán. La *asociación* del prójimo a la propia bancarrota ocurre de distintos modos. En algunos casos porque el prójimo es *el objeto del pecado*, como ocurre al fornicario y al adúltero que para satisfacer sus deseos necesitan un cómplice, al que, consecuentemente, *introducen en su pecado*; en ocasiones *corrompiendo su inocencia*, porque aunque hayan otros pecadores dispuestos a acompañarlos en el pecado, para muchos pecadores es más agradable la fruta fresca que la que ya está podrida: la serpiente-diablo prefiere mil veces apolillar el corazón todavía sano de Eva antes que continuar royendo la voluntad de sus demonios subalternos.

(vii) Otra manera en que el pecado empuja al pecado, calificándose también como escándalo, es el pecado que *produce un atractivo sobre el débil*. De este leemos en el Salmo 73: “Estaban ya deslizándose mis pies, casi me había resbalado. Porque miré con envidia a los impíos, viendo la prosperidad de los malos. Pues no hay para ellos dolores; su vientre está sano y pingüe... En vano, pues, he conservado limpio mi corazón y he lavado mis manos en la inocencia”.

(viii) Y hay otro modo más grave aún, que hace del pecado algo diabólico: es el empujar a otros al pecado por el *explícito afán de arruinarlos moralmente*. Es lo que hace la serpiente con los primeros padres, porque *envidiaba* que ellos gozaran de una amistad con Dios que ella había perdido irremisiblemente: “por envidia del diablo entró el pecado en el mundo” (Sb 2,24). De modo análogo actúa el que busca corromper la inocencia por solo afán de emponzoñar las almas del prójimo, o el que busca sembrar dudas de fe para empujar a la apostasía, o a la desconfianza en Dios, o a la desesperación...

(ix) Cuando Nuestro Señor dice, pues, que “es inevitable que vengan escándalos”, solo constata la tendencia activa y expansiva del pecado; y mientras haya pecadores, el pecado tenderá a difundirse. Pero añade inmediatamente una terrible sentencia: “Pero ¡ay de aquel por quien vienen! Más le vale que le pongan al cuello una piedra de molino y sea arrojado al mar, que escandalizar a uno de estos pequeños”. Alude Jesús a la muela del molino, o piedra circular volandera (algunas de molinos caseros contemporáneos a Cristo superaban el metro de diámetro y pesaban hasta más de una tonelada) que se colocaba sobre otra que permanecía fija en tierra (la solera), haciéndola girar sobre esta, generalmente por medio de tracción animal. Jesucristo quiere subrayar que es un mal infinitamente menor el sufrir la propia muerte siendo arrojado al mar con una rueda de molino atada al cuello, antes que hacerse reo de haber empujado a otro al pecado. No afirma que el escándalo no tenga perdón. Pero sí deja en claro que la penitencia que deberá hacer el escandaloso que haya robado la inocencia (la fe pacíficamente profesada, o la pureza todavía sosegada) puede ser muy semejante a un morir en vida. El empujar a otros por el camino del mal no se perdona con un simple arrepentimiento y un golpe de pecho. Es necesario *reparar* el mal, en la medida de lo posible (¡y qué tremendo cuando ya no hay posibilidad!). Pero si reparar un robo no es difícil (“si a alguno le he robado, le devolveré cuatro veces más”, dirá más adelante Zaqueo tocado por la gracia de Dios), no ocurre otro tanto con otros pecados. ¿Cómo se devuelve la inocencia o la fe? La inocencia del alma no es una billetera que se quita y se restituye, sino una *salud* que se pudre. Y lo que se pudre ¿cómo se *despudre*? ¿Cómo se reintegra lo que se ha matado? El pecador que se arrepiente no puede resucitar muertos para reparar sus homicidios, ni devolver la inocencia que ha ultimado quizá para siempre. Su penitencia deberá, pues, ser muy grande.

(x) Y la última advertencia tiene un valor incalculable: “Cuidaos a vosotros mismos”. Προσέχετε ἑαυτοῖς (*proséjete heautois*); del verbo προσέχω (*proséjo*) que significa prestar atención a algo, tener cautela por algo en particular, guardarse, estar atento. No he encontrado muchos autores que se detengan a explicar este aviso. De su parte ἑαυτοῖς (*heautois*) es un dativo plural: a vosotros

mismos. Creo que es la conclusión de las enseñanzas sobre el escándalo y amonestan a mirar por uno mismo... ¿en orden a qué? ¿A no tropezar con las palabras y hechos escandalosos de los demás o a no ser uno mismo piedra de tropiezo del prójimo? San Lucas ha dejado la frase de tal modo que podemos interpretarla en ambos sentidos. Todo depende de quienes hayan sido los oyentes de la predicación del Señor. Muy probablemente deba entenderse en el sentido de prestar atención a no dejarse desviar por los hechos o dichos escandalosos de aquellos que están puestos en prominencia... Pero no haríamos mal en considerarlas también dirigidas a nosotros como posibles motivos de escándalo de nuestros hermanos. Por tanto, debemos mirar nuestras propias palabras y acciones, no vaya a suceder que también nosotros seamos trampa de perdición para otros, y esté pesando sobre nuestras conciencias el peso de una rueda de molino.

Actitudes ante el pecador

Lc 17,3b-4

^{3b} *“Si tu hermano peca, repréndele; y si se arrepiente, perdónale. 4 Y si peca contra ti siete veces al día, y siete veces se vuelve a ti, diciendo: «Me arrepiento», le perdonarás”.*

(i) A continuación san Lucas nos recuerda la correcta actitud ante el pecador. Se refiere, tengamos esto en consideración, al pecado del “hermano”, expresión que, para un judío se refería a los compatriotas y correligionarios, pero el cristianismo lo ha entendido siempre de todo prójimo con el que convivimos.

(ii) Ante todo alude al pecado del prójimo *en general*: “si tu hermano peca”. Lo primero que nos debe llamar la atención es que, para Nuestro Señor, el pecado del prójimo no debe sernos indiferente. Incluso el pecado con el que ese prójimo quizá solo se perjudica a sí mismo. Su pecado, sea cual fuere, nos interpela. Jesús responde directamente a Caín que interroga a Dios desentendiéndose del mal del prójimo: “¿Acaso soy el guardián de mi hermano?” El Señor responde: “Lo eres”. Debemos positivamente interesarnos en

el bien del prójimo, singularmente su bien espiritual y eterno, es decir, su salvación. Por eso, su pecado debe preocuparme.

(iii) La primera exigencia que ese pecado nos impone es la *reprensión*, es decir, la *advertencia en orden a la enmienda*. “No odies en tu corazón a tu hermano, pero repréndelo para no cargarte tú por él con un pecado” (Lev 19,17). Reprender no significa echar en cara, censurar o acusar al prójimo por lo que ha hecho, sino advertirlo del mal para que tome conciencia de él y se corrija. Apunta, pues, a que cambie de vida, no a un sentido de culpabilidad estéril. Pero el verbo ἐπιτιμάω (*epitimáo*) puede indicar una reprensión a veces severa, como un reto. De hecho en los Evangelios Sinópticos se lo usa para indicar un *mandato enérgico*, una *intimidación*, de Cristo. Así, por ejemplo, se dice que Jesús reprende a los *espíritus inmundos* (Lc 4,35; 4,41; 9,42), al *viento* (Lc 8,24), a la *fiebre* (Lc 4,39), a los *discípulos que piden castigos y venganzas* (Lc 9,55)... O sea, expresa también una intensa desaprobación como la que escucha Pedro de labios de Jesús cuando juzga el sufrimiento con criterios mundanos (Mt 16,22). Es una advertencia que puede llegar a recurrir a la amenaza (Lc 8,24). Esto quiere decir que, llegado el caso, la amonestación puede implicar *reñir* al culpable, como un padre debe, en ocasiones, retar con fuerza al hijo transgresor.

(iv) Pero su finalidad no es descargar la indignación por el pecado del hermano sino la enmienda de este; por eso se añade que “si se arrepiente, hay que perdonarlo”. El arrepentimiento, entendido como detención del pecado y cambio de actitud por parte del pecador, es lo que pone punto final a la reprensión. En esto queda bien claro que la reprensión no tiene nada que ver con bronca con el pecador, ni con rencor, ni con odio, ni con venganza. Más aún, si quien tiene que amonestar al pecador ve mezclados en su corazón algunos de estos sentimientos, sería mejor que dilate el momento de la corrección para cuando se sienta más apaciguado, de lo contrario pondría en riesgo el *fin de su corrección* que es la rectificación del pecador y no su castigo (que bien puede merecerlo objetivamente, pero no es de lo que aquí se trata, puesto que el castigo y la reparación de la justicia transgredida no es el objeto de la corrección

fraterna de la que habla aquí el evangelio, sino de la judicial, que no entra en mérito en esta perícopa).

(v) Luego habla, Nuestro Señor, no ya del pecado en general, sino de la ofensa de la que uno mismo es víctima de parte de un pecador que peca y pide perdón: “y si peca contra ti... y te pide perdón”. Jesús enseña que en estos casos la actitud es perdonar sin límites. Los rabinos afirmaban, según Barclay, que quien perdona tres veces es un hombre perfecto. Quizá con ese trasfondo el Señor se expresa con un semitismo: “si peca contra ti siete veces al día y otras tantas te pide perdón, lo perdonarás”. Convengamos que si alguien nos fastidia siete veces al día, a la corta o a la larga, la convivencia con ese tal se torna hartó enfadosa, por no decir insoportable. Cuánto más si traducimos el semitismo por su equivalente occidental: “innumerables veces al día”; porque todos estos múltiplos de siete, en la Escritura significan precisamente algo que no tiene límites: “no solo siete sino setenta veces siete” (Mt 18,22), “quienquiera que matare a Caín, lo pagará siete veces” (Gn 4,15), “Caín será vengado siete veces, mas Lámek lo será setenta y siete” (Gn 4,24). Y sin embargo, es esta una exigencia de la más alta justicia, porque también el “justo peca siete veces al día” (Prov 24,16), lo que significa que también los buenos “fastidian” a Dios y Dios los perdona cada vez que le piden perdón. Siete veces al día o setenta veces quiere decir, no que hay un límite, sino que no lo hay: que se debe perdonar sin llevar la cuenta. Pero el perdón que pedimos a Dios debemos calcarlo sobre el que estemos dispuestos a ofrecer a nuestros propios ofensores, como enseñó Jesús en el Padrenuestro.

La fe poderosa

Lc 17,5-6

⁵ Dijeron los apóstoles al Señor; “Auméntanos la fe”. ⁶ El Señor dijo: “Si tuvierais fe como un grano de mostaza, habríais dicho a este sicómoro: «Arráncate y plántate en el mar», y os habría obedecido”.

(i) Pienso que este pedido de los apóstoles tuvo lugar como conclusión del diálogo sobre el perdón de las ofensas que, teniendo que superar la ley del talión y los límites con que lo predicaban los rabinos judíos, debe haber parecido a los apóstoles muy difícil de cumplir con una fe común y ordinaria. Pero bien podría ser también la conclusión de algún discurso sobre la fe o el epílogo de un episodio en el que quedara patente la necesidad de esta virtud.

(ii) Jesús había reprochado varias veces la poca fe de sus discípulos, llamándolos, precisamente, ὀλιγόπιστοι (*oligópistoî*), hombres de poca fe. El término ὀλιγόπιστος (*oligópistos*) proviene de la unión del adjetivo ὀλίγος (*olígos*; breve, diminuta, escasa), y el sustantivo πίστις (*pístis*; convicción, fe); se traduce, pues, como *pequeño de fe*, o *falto de confianza*, o *persona de fe vacilante*. Es un término usado solamente por Jesús y como afectiva reprensión a sus discípulos. La usa para reprocharles su ansiedad por el porvenir (Mt 6,30; Lc 12,28), su miedo en la tempestad (Mt 8,26; 14,31) y sus angustias ante la penuria de alimento (Mt 16,8). Lo cierto es que, sea cual fuere la circunstancia concreta que lo suscitó, los apóstoles elevaron a Jesús un pedido magnífico: “Señor, aumentanos la fe”. Ellos se sienten débiles en la fe, o, al menos, sobrepasados por las exigencias de este mundo, que reclama respuestas desde una fe muy purificada para evitarnos caer en la tristeza o en la angustia.

(iii) ¿De qué fe habla aquí el Señor? San Cirilo de Jerusalén, en una de sus *Catequesis* (la quinta, *Sobre la Fe y el Símbolo*) afirma que no se trata de la fe *dogmática*, por la que creemos las verdades reveladas por Dios, sino de aquella que menciona san Pablo entre los gracias o dones gratuitos, o, simplemente, *carismas* (1Co 12,9), es decir, la fe *carismática*, la que “es capaz de realizar obras que superan toda posibilidad humana”. Esta fe, para el santo obispo de Jerusalén, no solo hace milagros físicos sino que eleva al que la posee en grado extraordinario a la contemplación de Dios, cuanto es dado en esta vida, y a visiones proféticas.

(iv) Jesús corrige la idea de la fe que sus discípulos parecen tener en la fantasía. Daría la impresión de que estos imaginan el don sobrenatural de la fe al modo de la fe humana, la cual no es virtud, puesto que, de hecho, podemos prestar fe, es decir, creer a pie juntillas, a cosas que merecerían nuestro desdén, como habladurías,

supersticiones o las tonterías que dicen los falsos predicadores. La fe humana no es más que una firme persuasión de que es verdadera alguna cosa sobre la que no tenemos más apoyo que lo que un quídam nos dice. Tal es la que exigen los falsos predicadores: una mera confianza que, si es muy intensa, puede poner en funcionamiento los procesos psíquicos de la sugestión, capaces en algunos casos de inyectar un golpe de energía a un organismo debilitado, o hasta causar auténticos delirios e incluso alucinaciones. Como esta fe no es sino un *querer creer* que tal o cual cosa es posible, termina por remitirse a un esfuerzo de la voluntad que impera no tanto actos intelectuales sino la emotividad, es decir, *sentir* que algo que se desea ardientemente se hace posible (una curación o la realización de un sueño). Es, pues, cuestión de músculos, como se pone en evidencia en el aparato escenográfico que suelen montar los *falsos predicadores*, para componer ambientes propicios a la sugestión de masas (música estruendosa, constantes movimientos rítmicos, cantos, ningún margen para el pensamiento claro y el discernimiento, reducción de todas las actividades al plano sentimental y elevación de la cota emotiva hasta niveles de exasperación que rozan los propios de las crisis histéricas...). Ese tipo de fe sí que tiene que ser excepcionalmente *grande*, es decir, intensa... y sentirse para poder convertir en *realidad* lo que se desea.

(v) Para Jesús la fe es otra cosa. Es un don de Dios. Y los dones divinos mueven nuestra naturaleza con suavidad, *respetando el modo humano*. Para el que tiene verdadera fe, aquello en lo que cree es tan “natural” como lo que ve. A los santos verdaderos, los milagros les brotaban casi sin darse cuenta, y muchas veces sin que ellos lo quisieran. Por eso la hemorroísa puede, de algún modo, *robarle* a Cristo su curación... El hombre de fe hace obras sobrehumanas sin subidas de presión, ni ojos en blanco, ni acrobacias circenses. Por eso Jesús afirma que si la fe de uno fuere del tamaño de un grano de mostaza (metáfora rabínica que indicaba lo más pequeño que podía pensarse en aquel tiempo, porque ese grano no supera el tamaño de una cabeza de alfiler), puede mandar (¡sin concentrarse a lo prestidigitador, ni vocear, ni apoyarse en un coro de aplausos!) a un sicómoro que se arranque de donde está y se plante en el mar y este obedecería pie juntillas. Un sicómoro negro tiene

unas raíces tan grandes y profundas que llega a estar en pie más de cinco siglos, desafiando todas las inclemencias del tiempo. Y aún es posible que Jesús haya aludido originalmente a un *monte* y no a un *sicómoro*, pues así aparece en los evangelios de Mateo y Lucas, y tal era el término que se usaba en aquel tiempo para afirmar que algo es prácticamente imposible. Es probable que san Lucas lo haya modificado para que sus lectores, no habituados a giros judíos, entendieran mejor la idea.

(vi) Por tanto, Jesús, ante el pedido de sus apóstoles, les subraya que más que cuestión de *tamaño* o *cantidad* de fe, lo que hace falta es que sea *verdadera fe sobrenatural* y no *fe en el sentido de humana persuasión*. No quiere decir esto que no necesite crecer, sino que san Lucas no nos reporta aquí si el Señor habló de este punto en esta oportunidad. De hecho habla admirativamente de la fe de la mujer cananea (Mt 15,28), dando a entender que es muy grande, y dice explícitamente que la del centurión que pide la curación de su criado es superior a la de todos los judíos con que Él se había topado (Mt 8,10). La fe *dogmática*, siendo un don infuso crece por mayor infusión, es decir, la causa directa de su aumento es Dios. Si Dios no hace crecer la fe, el hombre no tiene modo de hacerla aumentar. Si se trata, como dice el ya citado san Cirilo, de la fe que es *carisma*, con mayor razón solo puede venir de, y aumentar por, Dios. Pero aunque la causa sea el mismo Dios, Éste no lo hace si el hombre no hace, bajo la acción de las gracias actuales, lo que está de su parte para disponerse.

(vii) ¿Y de qué modo puede disponerse el hombre para esta fe tan singular y gratuita? “Procura, dice nuestro santo, llegar a aquella fe que de ti depende y que conduce al Señor a quien la posee, y así el Señor te dará también aquella otra que actúa por encima de las fuerzas humanas”. Llama Cirilo a la virtud teologal de la fe, “fe que de nosotros depende”, no en el sentido de que dependa de nuestras fuerzas tener fe en Dios, sino que podemos *usar* de ella, como nos enseña la teología. Depende de nosotros aplicarla, hacer actos de fe, usarla. Debemos, pues, intentar crecer extensivamente en nuestra fe, según la capacidad de cada cual, tratando de conocerla mejor y más profundamente, procurando alcanzar una fe “ilustrada”. De hecho, la fe no deja de crecer por la cortedad o sencillez del fiel;

pero sí por su apatía y su ignorancia culpable. El poco interés por entender mejor la fe pone de manifiesto la carencia de amor por la fe, y sin amor no hay crecimiento. Pero, sobre todo, la fe aumenta al ser actuada con frecuencia, es decir, cuando se convierte en criterio habitual y connatural de nuestro obrar y pensar. Esto tiene lugar, incluso en la vida de la persona llana, al hacer constantes actos de fe, lo que sucede cada vez que reza, al vivir intensamente la vida litúrgica y sacramental, cuando juzga según los criterios de la fe aprendidos en el Evangelio, cuando rechaza las tentaciones contra la fe, etc.

(viii) Debemos confiar, pues, en que si procuramos vivir profundamente de esa fe *dogmática* que hemos recibido en nuestro bautismo, Dios nos concederá aquella otra que es carisma del Espíritu, por la cual los santos han obrado con intrepidez en los momentos difíciles de la vida... y han arrancado de Dios milagros.

Recordar que somos siervos

Lc 17,7-10

⁷ “¿Quién de vosotros tiene un siervo arando o pastoreando y, cuando regresa del campo, le dice: «Pasa al momento y ponte a la mesa?» ⁸ ¿No le dirá más bien: «Prepárame algo para cenar, y cíñete para servirme hasta que haya comido y bebido, y después comerás y beberás tú?» ⁹ ¿Acaso tiene que agradecer al siervo porque hizo lo que le fue mandado? ¹⁰ De igual modo vosotros, cuando hayáis hecho todo lo que os fue mandado, decid: Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer”.

(i) Esta parábola, exclusiva de san Lucas, refleja una situación social entre amos y siervos bastante extendida en los tiempos de Jesús. Nuestro Señor no se pronuncia sobre la misma sino que se sirve del hecho de que sus apóstoles la acepten pacífica y naturalmente para aplicarla a la actitud que deben observar con Dios.

(ii) Puede expresar tanto la relación del amo con su esclavo (como parece entenderla Tuya) como la del patrón con el siervo contratado temporalmente (así Stöger). En este último caso, se trataría de contratos anuales que daban al labrador contratista

derecho a toda la capacidad de trabajo del criado. El siervo o criado es tal, pues, todo el tiempo que dura su contrato; razón por la cual, después de las labores del campo, continúa con las del servicio doméstico, y no atiende a sus propias necesidades sino una vez que su patrón ha terminado de ser atendido. Y este, de su parte, no tiene por qué agradecer al siervo por cumplir con lo que se le manda, puesto que no hace sino lo que le corresponde y aquello por lo que le paga.

(iii) La clave para entender esta imagen, que a algunos puede resultar un tanto chocante, es la distinción entre aquello a lo que uno está obligado por justicia y lo que se hace generosamente. A las obligaciones estrictas las regula la virtud de la justicia exacta; cuando se trata, en cambio, de actos de generosidad y beneficencia, entra en juego la virtud de la gratitud. La “acción de gracias” es el reconocimiento de una “gracia”, es decir, de un don gratuito recibido de alguien a quien llamamos benefactor. No caben dudas de que las reglas de la cortesía social han extendido este uso fuera de su natural marco, imponiendo a quien se precie de educado, dar gracias ante cualquier servicio, lo que suaviza las relaciones entre las personas – razón por la cual abogamos para que se mantenga y acreciente– pero debemos reconocer que saca las cosas de foco. Pedimos “por favor” un kilo de pan a nuestro panadero, cuando en todo caso, el favor podemos estar haciéndolo nosotros al contribuir con la compra a su sostén diario y a su lícito enriquecimiento; y él me “da las gracias” al recibir mi pago cuando, en realidad, yo no le estoy obsequiando nada sino dándole estrictamente el importe de lo que vale su pan. De igual modo el obrero dice “gracias” al patrón al momento de recibir su salario, cuando no hay nada gratis en tal gesto, salvo que se le está evitando la posibilidad de que, llegado el final del mes, le retengan el sueldo o le paguen de menos sin derecho de pataleo, pero ahí estaríamos en el ancho campo de la injusticia nuestra de cada día.

(iv) Estos modos corteses son hermosas cualidades, pero tienen el riesgo de poner en un mismo plano los favores y los deberes. No digo que no hay que dar gracias tanto al taxista que me lleva gratis como al que me cobra lo convenido, sino que lo ideal sería contar con un modo de expresar la cortesía ante lo que es justo y otro ante lo que viene de yapa. Por ahora nos limitamos a decir

“gracias” de manera inexpresiva para el primer caso, y a pronunciar nuestras “gracias”, en el segundo, con mucho énfasis, o añadiendo un justificado “Dios se lo pague”.

(v) Esto es lo que late detrás de las palabras de Jesús que señalan que el patrón no tiene por qué agradecer a su criado el haber trabajado todo el día para él y luego haberle servido la mesa antes que ponerse a satisfacer sus propias necesidades. Suponiendo que lo haya contratado para eso, lo que tendría que darle no son las gracias sino el salario convenido, o simplemente el techo y la comida, si así se habían ajustado.

(vi) El interés de Jesús al describir esta situación es aplicarla a nuestra relación con Dios. No perdamos de vista que el Maestro enfrenta el legalismo y la falsa justicia de los doctores de la ley y de los fariseos que veían las relaciones entre Dios y los hombres al modo de contratos de justicia, considerando que el cumplimiento exacto de las prescripciones legales obligaban a Dios a recompensarlos, al menos con el reconocimiento público de su “justicia” o “santidad”. Frente a esta visión, Jesús enseña que una vez cumplido todo cuanto nos ha mandado Dios, no deberíamos ansiar alabanzas ni premios *temporales* puesto que no hemos hecho otra cosa que lo que nos correspondía por deber. De este modo reconocemos que todo lo bueno viene, en última instancia, de Dios mismo, “quien obra en nosotros el querer y el obrar, como bien le parece” (Flp 2,13). Dicho de otro modo, “¿qué tienes que no lo hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿a qué gloriarte cual si no lo hubieras recibido?” (1Co 4,7). Y esto incluye también el buen cumplimiento de nuestros deberes.

(vii) Pero he subrayado deliberadamente la expresión “premios *temporales*”, porque Dios dispone, en su inmensa generosidad, que algunas de nuestras obras tengan un *premio eterno*; es decir, sean *meritorias* para la vida eterna (e incluso, dependiendo de los planes divinos, pueden *merecer* también bienes temporales en la medida en que sean útiles para nuestra salvación). Este mérito, las obras buenas no lo tienen en función del valor intrínseco del esfuerzo humano, porque Dios no es deudor de nadie y todo premio sobrenatural es infinitamente superior a la obra creada; procede, por el contrario, de la elevación que la gracia otorga a la libertad humana

(por eso solo quien está en gracia puede merecer) y por haber sido explícitamente destinadas por Dios a una recompensa (con lo que Dios se obliga consigo mismo y no con nosotros). No es, sin dudas, a esta recompensa eterna a la que se referían los legalistas judíos, sino a la temporal.

(viii) Sin quitar, pues, un ápice de esta consoladora verdad del *mérito sobrenatural*, Nuestro Señor nos recuerda aquí que a pesar de que nuestras obras buenas, realizadas libremente y en gracia de Dios, nos conceden, por decisión divina, un derecho a la recompensa, sin embargo, esas obras, en sí mismas, no son, respecto de nosotros, sino *obligaciones* de justicia que tenemos con Aquel de quien hemos recibido todo don. En efecto, al cumplir los mandamientos divinos no hacemos ningún acto de superabundante generosidad; simplemente usamos de nuestra naturaleza respetando sus fines, lo que, si lo dejáramos de hacer, nos perjudicaríamos a nosotros mismos; del mismo modo que quien usa un lavarropas respetando escrupulosamente las indicaciones del fabricante se beneficia a sí mismo porque conservará el lavarropas en buen estado, mientras que el que lo usa a su antojo terminará por fundirlo. Y al hacer las obras de la perfección (tendiendo a una vida de heroísmo y santidad magnánima) no hacemos otra cosa que devolver solo una parte del sacrificio heroico con que Jesucristo nos ha salvado de la muerte eterna. “No habéis sido comprados con oro o plata sino al precio de la sangre del Cordero” (1Pe 1,18-19).

LOS DIEZ LEPROSOS

Lc 17,11-19

¹¹ Y sucedió que, de camino a Jerusalén, pasaba por los confines entre Samaria y Galilea, ¹² y, al entrar en un pueblo, salieron a su encuentro diez hombres leprosos, que se pararon a distancia ¹³ y, levantando la voz, dijeron: “¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!” ¹⁴ Al verlos, les dijo: “Id y presentaos a los sacerdotes”. Y sucedió que, mientras iban, quedaron limpios. ¹⁵ Uno de ellos, viéndose curado, se volvió glorificando a Dios en alta voz; ¹⁶ y postrándose rostro en tierra a los pies de Jesús, le

daba gracias; y éste era un samaritano. ¹⁷ Tomó la palabra Jesús y dijo: “¿No quedaron limpios los diez? Los otros nueve, ¿dónde están? ¹⁸ ¿No ha habido quien volviera a dar gloria a Dios sino este extranjero?” ¹⁹ Y le dijo: “Levántate y vete; tu fe te ha salvado”.

(i) Nuevamente san Lucas nos presenta a Jesús camino a Jerusalén; esta vez en los confines entre Samaría y Galilea. El evangelista no da el nombre del poblado en el que tuvo lugar este episodio, pero una tradición tardía ha señalado Djenin, que Albert de Burton, en su *Ten months' tour in the East*, describe en 1870 como uno de los más hermosos al sur de la planicie de Esdrelón. Se encuentra a pocos kilómetros al sur de Nazaret, trazando una línea recta entre ésta y Jerusalén. Su nombre proviene de En-Gannim, *fuelle de los jardines*, a causa del pródigo manantial que provee de agua la aldea.

(ii) Ya dijimos, a propósito de la curación de otro leproso, que los judíos tenían extremo horror a la lepra, temible no solo por el perjuicio físico sino por su simbolismo pecaminoso. De ahí que la ley mosaica excluyera a los infectados de todo trato humano, hasta el punto de que el libro de las *Lamentaciones* nos recuerda el grito que debían dar los apestados cada vez que oían acercarse a viandantes sanos: “¡Apartaos! Hay un impuro” (Lam 4,15). Y el Levítico: “El leproso, manchado de lepra, llevará rasgadas sus vestiduras, desnuda la cabeza, y cubrirá su barba, e irá clamando: ¡Inmundo, inmundo! Todo el tiempo que le dure la lepra será inmundo. Es inmundo y habitará solo; fuera del campamento tendrá su morada” (Lev 13,45-46). Como agradecimiento de esta precaución por no contagiar a sus prójimos, estos le dejaban un poco de alimento. Los pobres enfermos terminaban por ser “desechos de la humanidad, personificaciones de la impureza misma, víctimas de la máxima cólera del Dios Yahvé”, como dice Ricciotti. Por eso trataban de vivir en grupos, para ayudarse en sus extremas necesidades. Pero de vez en cuando algunos leprosos violaban el obligatorio aislamiento, acercándose a los moradores para mendigar según sus necesidades.

(iii) En esta oportunidad Jesús y sus discípulos se encuentran con un grupo de diez leprosos, los cuales de algún modo saben de los poderes taumatúrgicos del Maestro, y por eso, parándose a distancia

prudencial para no transgredir demasiado las leyes, le gritan a alta voz para ser bien oídos: “¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!”

(iv) ¿Qué pretendían estos leprosos? San Lucas, que es el único que nos transmite este relato, no pone en sus labios ninguna petición específica. Pedían “piedad”, “compasión”. Pero ¿cómo entendían que debía manifestarla el Señor? Por otra parte, estos hombres que vagaban por el confín entre la Galilea judía y la heterodoxa Samaría quizá no tuvieran una fe muy ilustrada. De los que no eran judíos sino samaritanos no se podía esperar que compartieran las expectativas mesiánicas con la misma pureza que los judíos; pero aun de estos, tratándose de gente relegada y aislada de todo trato humano, no podía esperarse mucho. Esta enfermedad, con su estigma de horror y su simbolismo pecaminoso, no era extraño que volviera a los infectados hombres resentidos y enojados con quienes los rechazaban y contra Dios que permitía –o les mandaba, según la mentalidad antigua que remitía toda acción de las causas segundas a la Causa Primera– lo que tanto sufrimiento les producía. De hecho a Jesús, aun queriendo conmoverlo, no lo llaman “Señor”, ni “hijo de David”, sino tan solo “Maestro”. Era, pues, para ellos, un rabí, un predicador. ¿Habían oído de sus milagros? Y en caso de saber algo de ellos, ¿creían en su veracidad? Por la celeridad con que siguen sus órdenes podemos conjeturar que sí, pero en realidad es solo una suposición porque ellos no lo dan a entender expresamente. Solo piden compasión a un rabí que marcha con un grupo de discípulos. Quizá solo esperaran pan o dinero, lo que pedían a todos los viandantes.

(v) Pero Jesús les responde de un modo que los debe haber inicialmente desconcertado, limitándose a mandarles que vayan a presentarse a los sacerdotes: “Id y presentaos a los sacerdotes”. La Ley mandaba, en el libro del Levítico (capítulo 13) que un leproso se presentase al sacerdote si encontraba manchas o tiña sospechosa en su piel; éste era el encargado de determinar si era verdadera lepra o no, lo que significaba que él determinaba su aislamiento o su permiso para vivir en la sociedad de los demás hombres sanos. Por tanto, también eran los que debían juzgar la curación de la enfermedad y darles el permiso de reintegrarse en la vida civil. Pero Jesús les da

esta orden sin haberlos curado; solo les manda cumplir el precepto como si estuviesen curados. Es decir, les da a entender que la compasión que le han pedido la ejercerá curándolos de su enfermedad pero también que deben creer que los *curará* durante el camino, antes que lleguen a los sacerdotes. Les pide, pues, un acto de fe. Era un pedido que habría desorientado a la mayoría y a muchos, incluso, desilusionado. Pero lo cierto es que los diez se ponen en camino.

(vi) El relato dice que se sintieron curados mientras iban de camino. La mayoría, sin embargo, continúa su camino para cumplir el precepto de la Ley, que era, además, lo que Jesús les había mandado. Todos menos uno, que era precisamente un samaritano, el cual suspende su viaje y vuelve inmediatamente para agradecer a Jesús. La curación tiene que haber sido casi inmediata, o muy poco después de iniciado el viaje, puesto que el samaritano vuelve muy pronto y encuentra a Jesús, quien no se habría alejado tanto del lugar.

(vii) Jesús elogia a este leproso sanado y se queja de los otros nueve, por no haber obrado como él. La reacción del Señor nos resulta inicialmente rara, puesto que Él los había mandado ir a los sacerdotes. Pero de este modo, el divino Maestro resalta la primacía de la virtud de la gratitud hacia Dios por encima de las demás prescripciones. Hay una *primacía* de la gratitud por sobre las demás obras de justicia, especialmente si estas son sólo legales, como la que estaban cumpliendo los recién sanados de su lepra. Y consecuentemente, la ingratitud es uno de los pecados más graves con que ofendemos a Dios. Shakespeare pone en boca de Lear: “¡Cuánto más aguda que los dientes de una serpiente es la ingratitud de un hijo!”

(viii) Pero no solo elogia al curado que volvió; Jesús también manifiesta su dolor por los que no volvieron. “¿No sanaron los diez? ¿Dónde están los otros nueve?” Jesús nos conoce a todos y sabe todo el bien que hace a cada hombre y a cada mujer. Y espera su gratitud. Y se duele de la ingratitud. Porque el pecado es un abismo de maldad e ingratitud. Y por eso, toda ingratitud tiene un gustillo a pecado, aunque solo sea un resabio en los no tan graves. “Invité a todo el cielo a que se uniera a mí para compensar al Señor la ingratitud de ciertas almas”, escribe santa Faustina en su *Diario*. Y llama a

menudo *negra* a esa ingratitud que parece ser el pasto cotidiano de tantas almas: “Al acercarme al altar y empezar a meditar la Pasión del Señor Jesús, un terrible dolor inundó mi alma a causa de la ingratitud de tan grande número de almas que viven en el mundo, pero me dolía especialmente la ingratitud de las almas elegidas particularmente por Dios. No hay modo de expresarla ni de compararla. Al ver esta más negra ingratitud sentí como si el corazón se me desgarrara, me abandonaron completamente las fuerzas físicas y caí con la cara al suelo sin reprimir un llanto irrefrenable. Cada vez que recordaba la gran misericordia de Dios y la ingratitud de las almas, el dolor traspasaba mi corazón y entendí cuanto eso hería el Corazón dulcísimo de Jesús”. Y el mismo Jesús parece haberle dicho en una oportunidad: “A cambio de los beneficios recibo la ingratitud; a cambio del amor obtengo el olvido y la indiferencia. Mi Corazón no puede soportarlo”. Quizá por todo esto repita a menudo desde su Sagrario: “¿Y los otros nueve, dónde están?” ¿No seré, tal vez, uno de los nueve ingratos?

(ix) Al que volvió es el mismo Jesús quien lo declara sanado, pero de una enfermedad peor: la de la incredulidad. “Tu fe te ha salvado”. ¿De la lepra? También, pero no principalmente. El mal más grande que lo afectaba era el pecado, como a todos aquellos que visita Dios con su misericordia, por eso, tras muchas de sus curaciones decía a los favorecidos que “no volvieran a pecar”, como a la adúltera (Jn 8,11) y al lisiado de la piscina (Jn 5,14). Este leproso volvió para agradecer y se topó con que el médico, al que había llamado “maestro”, era más que un maestro humano y que un galeno talentoso: “y postrándose rostro en tierra a los pies de Jesús, le daba gracias”. Literalmente san Lucas describe su gesto como un “derrumbarse sobre su rostro”, pues *πίπτω* (*pípto*) se traduce como perecer, postrarse, derrumbarse, incluso caer en ruinas y hasta morir. Por tanto, el “ya-no-leproso” había quedado tan perturbado por su propia curación que al llegar ante su salvador se dejó caer como una bolsa de papas. Y aunque el evangelista añade que “le expresaba gratitud” (*εὐχαριστέω*, *eujaristéō*), el gesto corporal es un acto de adoración, y esta solo se debe a Dios. La acción de gracias y la adoración se confundían, en este samaritano, en un solo acto. Había llegado a la fe.

(x) Bultman, niega la historicidad de este relato, diciendo que no es más que una reelaboración de la curación de Naamán, el sirio, obrada por Eliseo (cf. 2Re 5). Probablemente, como la mayoría de los racionalistas, ha tenido una revelación privada... de algún diablejo embrollón, lo que ligado a la constipada fantasía germánica suele resultar en delirios febriles de este tipo. Alcanza con el sentido común para darse cuenta que la relación entre ambos relatos no va más allá del hecho de que en ambos hay curaciones de leprosos, uno en el caso de Naamán, diez, en el segundo; y en que tanto el sirio como el samaritano, además de extranjeros, son agradecidos. Pero aunque topásemos quince coincidencias más, del parecido de dos hechos no puede aducirse que uno de ellos sea una reelaboración del otro; como dos huevos se parecen y ambos son reales y distintos. Suponemos que ninguna inoportuna vieja le apuntó a Bultman que lo encontraba parecido a su padre, de lo contrario, con lógica consecuencia, este tendría que haber dudado de su propia existencia, suponiéndose una reelaboración de la memoria de su antecesor; porque si “nobleza obliga”, los prejuicios científicos obligan con mayor razón, pero ningún idealista se los aplica a sí mismo. Esta crisis aguda de racionalismo castrante demuestra que la lepra es una enfermedad realmente terrible, pero no la peor de todas.

LAS DOS VENIDAS DEL MESÍAS

Lc 17,20-37

San Lucas pone a continuación dos diálogos de Nuestro Señor que se refieren a las venidas de Cristo: a la primera en la respuesta a los fariseos, y a la segunda en la exhortación que dirige a sus discípulos.

La primera venida

Lc 17,20-21

²⁰ *Habiéndole preguntado los fariseos cuándo llegaría el Reino de Dios, les respondió: “El Reino de Dios viene sin dejarse sentir.”*²¹

Y no dirán: «Vedlo aquí o allá», porque el Reino de Dios ya está entre vosotros”.

(i) Los fariseos interrogan a Jesús acerca de uno de los temas centrales de su predicación: la venida del Reino de Dios. Aquellos entendían este reino mesiánico como un evento indudablemente manifiesto, precedido, incluso, por un juicio punitivo. Por tanto, un hecho con asomos apocalípticos. También se decía que sería inaugurado por algún prodigio extraordinario, como señala Bonsirven, en su estudio sobre el judaísmo palestino. Reducían, entonces, toda posible venida mesiánica a la última y definitiva.

(ii) La expresión “Reino de Dios”, en boca de los fariseos indica todo aquello que esperaba Israel. Aunque ellos, al preguntar, toman pié de las reiteradas veces que Jesús mencionaba el Reino en sus predicaciones, entendían el concepto según lo entendían ellos mismos. De ahí que Jesús les corrija la idea. El reinado divino era entendido por los judíos, incluidos los mismos apóstoles, como un hecho político-religioso, y por tanto, principalmente social y visible. Era una restauración del reinado político de Israel, pero regida, esta vez, por el mismo Ungido del Señor. Una realidad, por tanto, de orden temporal, pero con leyes fundamentalmente religiosas de alcance político y social; lo que se llama una teocracia. De ahí que el rey mesiánico no fuera más que un líder temporal, liberador y restaurador, revestido del poder de Dios. Para los judíos era el acontecimiento central de la historia; y por esa razón desde siglos atrás escudriñaban todos los signos y las profecías para poder determinar el momento de su llegada. Entendían en este sentido la predicción de Daniel sobre las setenta semanas de años (Dn 9), y consideraban que sería precedido de guerras, pestes, hambres, carestías, trastornos del orden moral, catástrofes de la naturaleza y grandes tribulaciones (Dn 12,1). O sea, que nacería con “dolores de parto” y “chillando”.

(iii) Este concepto sale muy magullado de la puesta a punto que le realiza Nuestro Señor. Dice de Él dos cosas muy relacionadas: “viene sin dejarse sentir” y “no dirán: «Vedlo aquí o allá””. Por tanto, ni es algo que comience con una estruendosa inauguración, ni podrá ser señalado como una realidad visible claramente destacada.

Más tierra en los ojos no podía tirarles de un solo golpe. Esto era hablar chino a gentes que solo entendían arameo. Si no se lo siente llegar, entonces nada tiene que ver con radicales cambios políticos y sociales, con liberaciones de yugos extranjeros, ni con restauraciones de esplendores temporales en ruinas. Con estos brochazos de cal no solo se descartaban ángeles trompeteros y carros celestiales, sino incluso espadas, ejércitos y palacios de piedra y argamasa. Un reino que ni se ve ni hace ruido, despierta poco interés en sujetos ambiciosos, y quien predica un régimen tan peculiar es visto como un tipo peligroso. Jesús arriesgaba mucho diciendo estas cosas a religiosos tan politizados.

(iv) Pero si alguna cosa podía terminar por desorientarlos definitivamente era que el Maestro añadiese que ese reino “ya estaba entre ellos”. ¡Vaya que resultaba sigiloso y manso el dichoso reino, que lo tenían en medio de ellos y ni se habían enterado! ¿Y qué quería indicar con estas palabras? Solo podemos conjeturar dos opciones. La primera es que Él mismo se considera el *Reino de Dios*. Así lo entendió entre los antiguos, por ejemplo, san Beda: “el reino de Dios es Él mismo, colocado en medio de ellos, esto es, reinando en sus corazones por la fe”. Entre los modernos se afilia a esta interpretación, entre otros, Barclay: “Querría decir Él, Jesús mismo. Él era la personificación del Reino, aunque no le reconocían”.

(v) Cabe una segunda perspectiva: que se refiriera a un modo divino de reinar interior, invisible y personal; lo que solo es posible por la gracia. El *Reino de Dios* significaría, en tal caso, la gracia divina que transforma los corazones. Y como la causa fontal de la gracia es Cristo, desde que Él ha puesto su morada entre nosotros, la gracia se deriva de esta fuente a todos los que buscan calmar en ella su sed de Dios. En este caso, ese “vosotros” al que alude la frase de Nuestro Señor, no se refiere a los fariseos que lo interrogan, sino a quienes le han abierto sus corazones. Tal reino produce de modo directo *personas nuevas* y no *estructuras nuevas*; personas que se rigen por una *Ley nueva*. De todos modos, las personas no pueden desentenderse de las estructuras, puesto que estas no son otra cosa que el ámbito en el que ellas viven. Por eso de los *corazones nuevos* han de brotar *relaciones sociales nuevas*, basadas en la justicia y en la caridad. Este es el reinado social de Cristo que de los corazones se

proyecta en la sociedad de los hombres, transformando como la levadura, desde dentro... y no como la dinamita revolucionaria, desde fuera.

La segunda venida

Lc 17,22-37

²² Dijo a sus discípulos: “Días vendrán en que desearéis ver uno solo de los días del Hijo del hombre, y no lo veréis. ²³ Y os dirán: «Vedlo aquí, vedlo allá». No vayáis, ni corráis detrás. ²⁴ Porque, como relámpago fulgurante que brilla de un extremo a otro del cielo, así será el Hijo del hombre en su Día. ²⁵ Pero, antes, le es preciso padecer mucho y ser reprobado por esta generación. ²⁶ Como sucedió en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del hombre. ²⁷ Comían, bebían, tomaban mujer o marido, hasta el día en que entró Noé en el arca; vino el diluvio y los hizo perecer a todos. ²⁸ Lo mismo, como sucedió en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, construían; ²⁹ pero el día que salió Lot de Sodoma, Dios hizo llover fuego y azufre del cielo y los hizo perecer a todos. ³⁰ Lo mismo sucederá el Día en que el Hijo del hombre se manifieste. ³¹ Aquel Día, el que esté en el terrado y tenga sus enseres en casa, no baje a recogerlos; y de igual modo, el que esté en el campo, no se vuelva atrás. ³² Acordaos de la mujer de Lot. ³³ Quien intente guardar su vida, la perderá; y quien la pierda, la conservará. ³⁴ Yo os lo digo: aquella noche estarán dos en un mismo lecho: uno será tomado y el otro dejado; ³⁵ habrá dos mujeres moliendo juntas: una será tomada y la otra dejada”. ³⁶ Y le dijeron: ¿Dónde, Señor?” Él les respondió: “Donde esté el cuerpo, allí también se reunirán las águilas”.

(i) No sabemos si la conversación anterior sobre el *Reino de Dios* ocasionó que a continuación, y ya hablando con sus discípulos (por tanto, en un ambiente de mayor confianza), Jesús cambiara el plano para referirse a una realidad futura y trágica. La atención, ante todo, se dirige al porvenir: “Días vendrán”. Y no se trata de algo agradable sino dramático, razón por la cual en tales momentos los suyos querrán tener a su lado una vez más al Maestro, pero no

contarán ya con su presencia física, defensora y consoladora: “Días vendrán en que desearéis ver uno solo de los días del Hijo del hombre, y no lo veréis”. Con estas palabras nada halagüeñas introduce Jesús un relato apocalíptico. Pero ¿a qué acontecimientos se refiere? Algunos autores afirman que la descripción cuadra con la destrucción de Jerusalén a manos de las tropas de Tito, en el año 70. Si así fuera, de todos modos, esos tiempos, de los que en aquellos momentos los separaban solo una generación, no serían sino la figura (el *tipo*, como lo llama la teología) de otros más terribles (el *antitipo*), los últimos antes del retorno final de Jesucristo.

(ii) Una característica de esas horas de tribulación será la aparición de falsos mesías. “Y os dirán: “Vedlo aquí, vedlo allá”. No vayáis, ni corráis detrás”. Con los momentos difíciles crecen paralelos los deseos mesiánicos y la propensión a ver un enviado divino en el primero que reivindique el título. Jesús les advierte – también a nosotros que pertenecemos a ese tiempo de espera intermedia antes de su Segunda Venida– que no corran detrás de los que “parecen”, puesto que este solo signo (su *visibilidad*) ya descarta su veracidad. El retorno de Cristo no será como su primera venida, en la que convivió con los hombres, se anunció suavemente y se reveló a los suyos. En su primera venida sí llamó a unos directamente, como a Juan, a Andrés y a Mateo; y a otros por medio de los que ya lo seguían, como a Pedro por medio de Andrés y a Natanael por Felipe. En su Retorno, en cambio, las cosas cambiarán de plano.

(iii) En efecto, la venida definitiva de Cristo será repentina: “como relámpago fulgurante que brilla de un extremo a otro del cielo, así será el Hijo del hombre en su Día”. Jesús ha insistido mucho, y continuará haciéndolo hasta el final de su vida, en este carácter repentino de su Retorno. De ahí la necesidad de estar *siempre* preparados para recibirlo. No habrá tiempo para acomodar los asuntos personales después de haber recibido el anuncio de la inminente llegada del Señor; por el contrario, el anuncio y la llegada serán todo uno.

(iv) La condición para esta Segunda y Definitiva Venida de Cristo es su Pasión y Resurrección. Vendrá para juzgar a los hombres por los que ha ofrecido el precio de su rescate; pero para esto debe,

primero, comprarlos al precio de su sufrimiento. Por eso “antes le es preciso padecer mucho y ser reprobado por esta generación”.

(v) Volviendo a las circunstancias del Retorno de Cristo, o del Fin de este mundo, que son realidades coincidentes, Jesús destaca más que el cuño sorpresivo de este evento, su particularidad de “no esperado”. “Inesperado”, pues, más en el sentido de “no tenido en cuenta” que de “repentino”. Esto significa que *existirán signos* para sospechar de su arribo, pero los hombres no les prestarán atención. Jesús lo parangona, por eso, a dos acontecimientos del pasado, que son el cataclismo de tiempos de Noé y la ruina de las ciudades del valle de Sidim en época de Lot: “Como sucedió en los días de Noé, así será también en los días del Hijo del hombre. Comían, bebían, tomaban mujer o marido, hasta el día en que entró Noé en el arca; vino el diluvio y los hizo perecer a todos. Lo mismo, como sucedió en los días de Lot: comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, construían; pero el día que salió Lot de Sodoma, Dios hizo llover fuego y azufre del cielo y los hizo perecer a todos. Lo mismo sucederá el Día en que el Hijo del hombre se manifieste”. Guillermo Federico Faber, en su obra *El Creador y la creatura*, ha llamado la atención sobre este texto para referirlo al *espíritu mundano*. Hacía notar cómo ninguna de las actividades que se indican de ambas situaciones describen propiamente pecados: “comían, bebían, se casaban (...) compraban, vendían, plantaban, construían”. ¿Cuál es el pecado? Ninguno de los actos mencionados sino lo que no se menciona: no dejaban tiempo para Dios. Entre todas esas obras humanas ni una sola es propiamente religiosa. Aquellos hombres ni adoraban, ni rezaban, ni pensaban en Dios, ni meditaban en que, un día u otro, deberían comparecer ante Él. Eran, los de Noé y los de Lot, mundos mundanos, es decir, cerrados en sí mismos, sumergidos en la inmanencia del tiempo, no abiertos a la trascendencia y a la eternidad. Así era, al menos en la *generalidad de los hombres*, porque en medio de ellos vivieron Noé y Lot, hombres de Dios, considerados locos por sus contemporáneos. Pero solo esos locos y los que confiaron en ellos se salvaron de las aguas torrenciales, primero, y de la lluvia de azufre y fuego, más tarde. El espíritu del mundo lleva a los hombres a la indiferencia de Dios y a la pérdida del olfato ante la contaminación de las cosas. “Algo huele a podrido

en Dinamarca”, observó el joven Hamlet, y no le hicieron caso porque fuera de él no había muchos daneses capaces de percibir el olor del pecado y de la muerte; y esto no ocurre solo en Dinamarca, sino en el Mundo entero, incluida la Iglesia en su aspecto humano.

(vi) Cuando comiencen a vislumbrarse los signos de la proximidad del Fin, señala, Jesús, habrá que preocuparse solo de lo esencial. En el orden humano, lo primario es la vida, accidental todo lo demás. De ahí lo perentorio de los avisos del Señor: “Aquel Día, el que esté en el terrado y tenga sus enseres en casa, no baje a recogerlos; y de igual modo, el que esté en el campo, no se vuelva atrás”. Algunos de los cadáveres petrificados que se encontraron entre las ruinas de Pompeya y Herculano aferraban en sus manos bolsitas de dinero. Estos, cuando el Vesubio comenzó a vomitar ceniza y piedras, en vez de huir inmediatamente, volvieron a sus casas para buscar sus joyas y sus ahorros... y allí quedaron. Eusebio de Cesarea, en su *Historia Eclesiástica*, afirma que los cristianos, tomando en consideración estas profecías de Cristo, huyeron de Jerusalén cuando les llegaron los primeros rumores de la invasión de Vespaciano y Tito, yéndose a la Perea, en particular a Pella, salvándose así de la gran calamidad que afectó a la ciudad bajo el asedio romano³⁷. Puede ser, pues, que estas palabras de Nuestro Señor tomen en consideración, como primera estación profética (el *tipo*), la ruina de Jerusalén, y solo se refieran al Fin del Mundo (el *antitipo*), como una profecía contenida dentro de la profecía inmediata.

(vii) Pero esta lectura material no es suficiente. Si Jesús se refiere a la caída histórica de Jerusalén, vale lo de huir dejándolo todo. Pero si se refiere al fin del mundo no tiene sentido. En efecto, ante la Segunda Venida, ¿adónde huir? El juez juzgará a todos y su juicio caerá sobre todas las naciones. Debemos entonces interpretar la huida en sentido espiritual, no de los campos y de los tejados, sino de las obras del mundo. Es el llamado a una conversión interior que tiene sabor a abandono y huida de aquello a lo que todo hombre y mujer se apegan en este mundo. En este sentido se comprende mejor la alusión a la mujer de Lot: “Acordaos de la mujer de Lot”. Su

³⁷ Eusebio de Cesarea, *Historia Eclesiástica*, III, 5, 3.

ejemplo es aleccionador, porque ella “salió” de Sodoma, y en esto es símbolo de los que abandonan el mundo, sea por el camino general de la santificación, sea por el particular de la consagración a Dios en la vida religiosa o en el sacerdocio. Pero en un momento dado, y contra la orden divina de que huyeran sin mirar atrás, ella se volteó y al instante quedó convertida en efígie de sal. El libro de la Sabiduría llama a su estatua, “monumento de un alma incrédula” (Sb 10,7). Flavio Josefo, en sus *Antigüedades de los judíos*, dice haber visitado su estatua, y San Clemente Romano afirmaba su existencia en *Epístola a los Corintios*, probablemente refiriéndose a las agujas que se yerguen aisladas, aún hoy, sobre la salitrosa montaña de Djebel-el-Meleh. La *incredulidad* que le achaca el libro sagrado es la vacilación de su fe, que en su caso se tradujo en *desobediencia* al mandato del ángel (y no, como se piensa habitualmente, en *curiosidad* del castigo que estaba azotando las ciudades). En su giro hacia atrás, esta mujer que pasó a la historia sin nombre (aunque algunos escritos rabínicos la llaman Yrit, o Adit, es decir, Edith), simboliza la añoranza de lo que se deja atrás, lo que implica siempre una mengua en el aprecio de aquello que estamos persiguiendo como futuro. Es la actitud contraria a la que la *Carta a los Hebreos* elogia en los patriarcas diciendo que estos “buscaban una patria” que no era la que dejaban atrás, puesto que si fuera la que abandonaban “oportunidad habrían tenido de retornar a ella”; perseguían, en cambio, “una mejor, la celestial” (Hb 11,14-16). El autor de esta epístola atribuye su actitud precisamente a la fe. De ahí que el voltearse hacia Sodoma, la patria que estaban dejando, manifieste anemia en la fe. En boca de Jesús es una condenación de la dilación en cortar las amarras del pecado (todo lo que es *contra-Dios*) y del mundo (todo lo que es *sin-Dios*, y *al-margen-de-Dios*). Siendo esto último umbral y puerta de lo primero.

(viii) Así se entiende mejor la sentencia que Cristo pronuncia a continuación: “quien intente guardar su vida, la perderá; y quien la pierda, la conservará”; expresión que, además de la contradicción aparente, no cuadraría con lo que se viene diciendo, puesto que el Maestro nos instruye para que salvemos la vida, pero ahora parece que lo que hay que hacer para ponerla a salvo es perderla. Evidentemente hay que entender las cosas saltando de un concepto

de vida a otro distinto, y así las cosas quedan en su lugar correcto. ¿Cuál es la Sodoma de la que hay que huir sin mirar atrás en orden a la salvación? La misma vida temporal. ¿Qué es lo que no hay que bajar a buscar si el apremio nos halla en la azotea, o lo que no hay que regresar a tomar si es que nos encuentra en los campos? La misma vida corporal. El huir del que habla Nuestro Señor no es correr hacia las montañas, como quien espera un inminente Tsunami. Aquí no hay montañas seguras. La seguridad es el tener una vida interior segura, dejando la temporal, si Dios la requiriese. Por eso (y esto valdrá para *todos* en el momento final de la historia humana, pero vale relativamente *para cada uno* según nos llega el momento de la muerte), el que en los momentos cruciales de la vida se aferre a la vida temporal y la ponga como lo más importante que debe salvar, perderá la verdadera vida (es la experiencia de los que claudicaron en la fe ante el miedo a la muerte); y el que esté dispuesto a dejar el pellejo pero no el alma, salvará su alma, y recuperará su pellejo en la resurrección de los muertos (es la realidad de los mártires).

(ix) Y Jesús habla del juicio como de una noche (“aquella noche”); y más adelante comparará su retorno como la llegada del ladrón en lo más inesperado de la noche. Porque en la noche se ve poco, y las cosas se confunden; en la noche las tinieblas meten miedo; en la noche los sucesos parecen caer de sopetón. La noche es, pues, el momento de la prueba y la Prueba final será *La Noche* por excelencia. “Aquella noche”, pues, “estarán dos en un mismo lecho: uno será tomado y el otro dejado; habrá dos mujeres moliendo juntas: una será tomada y la otra dejada”, es decir, uno estará preparado y el otro no. Uno salvará el alma, y el otro, solo preocupado en salvar lo terreno, perderá lo temporal y lo espiritual. “La máxima intimidad en esta vida no es garantía de igualdad de condiciones ante la venida del Hijo del hombre”, dice con razón Plummer. Jesús ha dejado claro, con esta afirmación, que la salvación es algo que, en última instancia, se juega en lo más personal de cada uno. Nadie se salva por amistad, ni por lazos de sangre. De dos que yacen en el mismo lecho, aunque sean cónyuges, uno puede ser tomado para estar con Dios y el otro dejado, no vivo, sino *sin Dios*. Cada uno debe labrar de modo personal su intimidad con Dios y, así, su salvación.

(x) El diálogo termina con una pregunta un tanto misteriosa de los oyentes: “¿Dónde, Señor?” Y una respuesta de Cristo, más misteriosa todavía: “Donde esté el cuerpo, allí también se reunirán las águilas”. Los discípulos preguntan por el lugar. La expresión que pone san Lucas en sus bocas es *ποῦ* (*pouí*), que implica la pregunta por una localidad: *dónde*. ¿Por qué preguntan los discípulos por el “lugar” en que esto sucederá? ¿Es solo una pregunta ociosa, de curiosidad, como piensan algunos exégetas? ¿Laten detrás las creencias populares de que el Juicio se desenvolverá en un lugar preciso de la tierra, como el Valle de Josafat, por ejemplo? Según San Cirilo y San Beda (y, entre otros, también el protestante John Gill), los apóstoles no inquieran por el lugar donde esta discriminación judicial sucederá sino por el lugar donde serán llevados los que sean arrebatados y dónde serán dejados los rechazados. Lo cual tiene más sentido. Incluso cuadra más con la respuesta de Cristo, que apela, aparentemente, a un proverbio: “donde esté el cadáver, allí estarán también las águilas (o los buitres)”. La expresión *σῶμα* (*sóma*) es muy amplia, y se aplica al cuerpo en general, incluyendo el cuerpo sin vida, el cadáver; pero el texto paralelo de san Mateo (24,28) en lugar de *σῶμα* trae *πτῶμα* (*ptóma*) que es propiamente el cuerpo sin vida o cadáver. Por su parte *ἀετός* (*aetós*) es el águila, pero también se aplica a las aves rapaces en general, por eso algunos traducen por buitre. El dicho parece decir literalmente que donde hay un cadáver, allí revolotean las aves rapaces. Las interpretaciones que he encontrado han sido, en general, decepcionantes. Barclay, dice, por ejemplo: “[Jesús] quería decir que una cosa sucedía cuando se cumplían las condiciones necesarias”. Esto y nada, es lo mismo. No lo explica mejor Tuya: “Es un proverbio que les hace ver que esta venida será allí donde esté determinado por el plan de Dios”. Stöger lo aplica a la inevitabilidad del juicio para los pecadores: “Como los buitres son atraídos por los cadáveres, así será atraído por los hombres pecadores el juicio que condena”³⁸. Karris entiende que se afirma la certeza de la Segunda Venida: “La venida del Hijo del hombre es tan segura como cierto es el hecho de que hay cadáver cuando vemos sobrevolar aves de

³⁸ Stöger, *El Evangelio según san Lucas*, II, 116.

presa”³⁹. Ninguna de estas convence, dando la impresión de que no entendieron la respuesta de Cristo.

(xi) La correcta interpretación depende del sentido que se dé a la pregunta de los apóstoles. Si esta se refiere *al lugar en que sucederá esta Venida y Aparición Judicial del Señor*, es probable que la respuesta indique que el momento y el lugar será cuando el Cuerpo Místico de Cristo, la Iglesia, parezca casi muerto (¿no podemos entender que algo así habrá en aquello del Señor: “Cuando el Hijo del hombre vuelva, ¿encontrará fe sobre la tierra?”), rondándole los buitres de este mundo para su última orgía; es entonces que intervendrá el Señor poniendo fin a la historia de los hombres. Me parece que en este sentido lo entendió San Eusebio, según una cita que nos alcanza Santo Tomás en su *Catena aurea*: “por las águilas, que se alimentan de cuerpos muertos, designa a los príncipes de este mundo y a los que en todo tiempo persiguen a los santos de Dios”. No en vano dice San Mateo que “esos días se acortarán por causa de los elegidos” (Mt 24,22).

(xii) Si la pregunta es *dónde serán llevados* los que sean tomados por Dios (“de dos, uno será tomado y el otro dejado”), entonces por las *αἵτοι* (*aetoi*), las águilas, se entienden los santos, que vuelan hacia el Cuerpo de Cristo, al que pretenden alcanzar con su migración salvífica. Así lo propuso San Cirilo: “cuando venga el Hijo del hombre todas las águilas, esto es, los santos, le rodearán”. Y de modo similar San Ambrosio para quien aquí “se comparan las almas de los justos con las águilas”. El cadáver mencionado no sería otro que el *Christus passus*, el Cristo crucificado y muerto por nuestra salvación. “¿No te parecen también águilas alrededor del cuerpo, continuaba Ambrosio, aquellas mujeres y aquel colegio de apóstoles que rodeaban la sepultura del Señor? ¿No te parecen también águilas alrededor del cuerpo, cuando venga en las nubes y todo ojo le vea? (Ap 1,7). Este es el cuerpo del cual está dicho (Jn 6,56): «Mi carne es verdadera comida». Son también águilas las que vuelan alrededor del cuerpo con alas espirituales. Son también águilas alrededor del cuerpo, aquellos que creen que Jesucristo vino

³⁹ Karris, *Evangelio de Lucas*, en: *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, 185.

en carne mortal. Y lo es también la Iglesia, en la que somos renovados espiritualmente por la gracia del bautismo”.

(xiii) Y una última cosa: si además de lo anterior, Cristo también está viendo proféticamente –como *tipo* del Juicio Final (*antitipo*)– la caída de Jerusalén, como postulan algunos comentaristas, entonces valdría asimismo la interpretación de algunos, John Gill por ejemplo, según la cual, el momento y lugar de este juicio histórico (punitivo) de Dios se cumpliría al rodear y devorar las águilas del ejército romano la moribunda Jerusalén. Vaticinar esta catástrofe no tan lejana, arrancaría a Jesús, no mucho después, lágrimas amargas (Lc 19,41).

ENSEÑANZAS SOBRE LA VIDA ESPIRITUAL

San Lucas coloca a continuación varias enseñanzas y episodios que contienen diversas enseñanzas de Nuestro Señor respecto de la vida espiritual del cristiano.

Parábola del juez inicuo: la oración de la Iglesia

Lc 18,1-8

¹ Les decía una parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer. ² “Había un juez en una ciudad, que ni temía a Dios ni respetaba a los hombres. ³ Había en aquella ciudad una viuda que, acudiendo a él, le dijo: «¡Hazme justicia contra mi adversario!» ⁴ Durante mucho tiempo no quiso, pero después se dijo a sí mismo: «Aunque no temo a Dios ni respeto a los hombres, ⁵ como esta viuda me causa molestias, le voy a hacer justicia para que no venga continuamente a importunarme»” ⁶ Dijo, pues, el Señor: “Oíd lo que dice el juez injusto; ⁷ y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos, que están clamando a él día y noche, y les hace esperar? ⁸ Os digo que les hará justicia pronto. Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará fe sobre la tierra?”

(i) Sobre la finalidad inmediata de esta parábola no caben dudas, pues la expresa abiertamente el evangelista: “Les decía una

parábola para inculcarles que era preciso orar siempre sin desfallecer”. Algunos Padres de la Iglesia, y también exégetas posteriores, consideran que hay otro sentido más profundo referido a la Iglesia en el tiempo de su *viudez*, es decir, el tiempo del alejamiento de Cristo hasta su Retorno, tiempo caracterizado por las persecuciones y la injusticia del mundo. La parábola tendría el fin de alentar a la Iglesia a que ore a Dios con esperanza invicta. Esto relacionaría este texto con los temas anteriores, y daría sentido a la frase conclusiva de Jesús, la cual, de otro modo, parecería descolgada.

(ii) Pero comencemos por el sentido más obvio, que es el de la oración. Erróneamente piensan algunos que la oración –elevación de la mente a Dios– se desenvuelve en pequeños islotes temporales de nuestra vida. Contra esto el Señor enseña que la oración debe ser “continua” y “perseverante”. Ante todo usa el adverbio de tiempo πάντοτε (*pántote*), que se traduce “siempre”, “en todo tiempo” (así, por ejemplo, en Mt 26,11; Mc 14,7; Lc 15,31; 18,1; Jn 6,34). Hace referencia a los momentos en que se debe rezar: todos; es decir, no hay tiempo en que no se deba rezar.

(iii) Luego añade, precedido por una negación (la partícula negativa μή –*mè*–, “sin”), un verbo en infinitivo ἐκκακέω (*ekkakéo*), que significa desmayar, debilitar, descorazonarse, cansarse, perder ánimo (un término muy paulino, como puede verse en los muchos usos que le daba el Apóstol, por ejemplo, en 2Co 4,1; 4,16; Gál 6,9; Ef 3,13; 2Ts 3,13): “sin desmayar”. Se refiere a la actitud que debe tenerse durante la oración: no bajar los brazos. Se entiende que este carácter se hace necesario cuando se tiene la impresión de no ser escuchados por Dios.

(iv) Para alentar a este modo de oración, Jesús compone una curiosa parábola en la que la continua y perseverante petición de una viuda desarmada es capaz de determinar a un juez inicuo a realizar justicia. La idea de Nuestro Señor es más que clara: si la constancia y la perseverancia de un reclamo es capaz de presionar a un perverso para que haga justicia, cuánto más no arrancará de Dios, infinitamente bueno, aquello que le pedimos.

(v) La parábola es testimonio, aunque sea indirecto, del concepto que los judíos, incluido Nuestro Señor, tenían de muchos

jueces de su tiempo. El de la parábola era realmente un inescrupuloso: “Deum non timeo, nec hominem revereor”, vierte la Vulgata de san Jerónimo; “ni temo a Dios, ni respeto al hombre”. Había estudiado, pues, en la misma facultad que la mayoría de nuestros ilustres magistrados. Por otra parte, este representa al hombre cuyo corazón ha tocado fondo en el lecho rocoso de la maldad, porque su autorretrato (es él quien se pinta como irreverente e impío) suena a una conciencia satisfecha de sí misma, o al menos ya estacionada en su perversidad. Observemos la relación de los dos pecados: la falta de temor de Dios y el desprecio del hombre. Cuando Dios es dejado de lado, el que paga es el prójimo. Todos los infiernos terrenos –gulags y campos de exterminio– los construyeron hombres que no temían a Dios. Todavía hay idiotas, muy idiotas, que creen que el ateísmo es liberador; y otros que no son menos idiotas que piensan que el liberalismo es menos malo y más liberador. Pero este juez no era, como muchos que conocemos, ni ateo ni agnóstico. No dice descreer de Dios ni ignorarlo. Sencillamente, le tiene sin cuidado; era un señor liberal, pero su liberalismo no liberaba a la viuda de su injusticia sino que la perpetuaba en ella.

(vi) El otro personaje es una viuda que tenía un pleito con un adversario. Por la razón que fuere el juez no quería hacerle justicia. Quizá no fuera malevolencia hacia la viuda sino debilidad con las coimas del adversario. Tres son las clases más corrientes de jueces injustos: los que aceptan soborno y coima, los que son socios anónimos de los delincuentes, y los que son injustos porque les gusta embromar al prójimo. A la viuda la tenía sin cuidado la razón de la arbitrariedad del juez; ella pedía lo que le correspondía. Y tenía un arma que Jesús recomienda con esta parábola: la insistencia incansable. Era una mujer *santamente inoportuna*. San Lucas traduce la palabra usada por Jesús por el verbo ὑποπιάζω (*hypopiázo*), que es un compuesto de ὑπό (*hypó*), “debajo de”; y ὀπτάνομαι (*optánomai*) u ὀπτομαι (*óptomai*), “mirar, ser visto, observar”: por tanto, indica “golpear bajo los ojos”, “castigar”, “hostigar”. La viuda, pues, lo fastidiaba a más no poder, poniéndose a tiro de su mirada todas las veces que tenía oportunidad.

(vii) Y será esta causa puramente humana y nada meritoria la que determinará a este juez a hacer justicia, con lo que Jesús nos

recomienda esta estrategia contra los inicuos: jamás dejarlos tranquilos. Si quieren atropellar, al menos que no se lo lleven de arriba. Fastidiarle la vida a un malo es algo que se puede hacer pacíficamente, sin violencia. La violencia puede engendrar más violencia. Pero el incomodar sin ser violentos, accidentalmente puede arrancar justicia. Lo que no hay que hacer, cuando hay asuntos muy importantes en juego, es quedarse con los brazos cruzados, dándose por vencidos y dejando que los abusadores atropellen la justicia sin resistencia de los buenos.

(viii) Pero a Jesús no le interesaba dar una clase de ética social, sino enseñar a rezar, y por eso encaminaba su metáfora a mostrar cómo debemos proceder con Dios. Y esto en un paralelismo de contraposición: si el juez injusto, siendo injusto, termina por hacer justicia a quien no lo deja en paz, Dios, que es padre, respecto de sus elegidos que le claman día y noche, ¿va dejarlos sin concederles lo que piden? Por tanto: si la insistencia obtiene milagros del malo, ¡cuánto más obtendrá del Todo Bueno!

(ix) Jesús, con todo, evita tocar un tema espinoso que molesta mucho el corazón del que clama noche y día por sus fueros o por sus necesidades: si Dios es tan Bueno y tan Justo y tan Padre, ¿por qué no concede las cosas ni bien las pedimos, o incluso antes que las pidamos? ¿Por qué hay que insistir tanto? Y si lo que le pedimos es que solucione un mal, ¿por qué permite que suceda ese mal o lo deja tan largo tiempo? Es llamativo que Nuestro Señor, con este tema – uno de los misterios más trabajosos que soporta el hombre– no se haya metido. Para Jesús, si Dios se hace rogar, es porque el mucho rogar es un bien grande para el rogador; y si la respuesta divina se demora es porque la demora es un bien para el que pide; y si lo que manda Dios a cambio de los muchos pedidos es algo distinto de lo que hemos pedido (como a quien pide trabajo a veces le envía paciencia para continuar desocupado) es porque lo que pedía no hubiera sido para él un bien tan grande como lo que le envía. A veces, incluso, ocurre algo extraño que nos pone en una situación injusta para con Dios: solemos pedirle a Dios que nos quite de encima un problema... que resulta ser la respuesta divina a una anterior petición para que solucionara otro problema... (Dios debe tenernos mucha paciencia y debe decir en su interior: “este nunca

entenderá nada”). Así hay quien le pide a Dios que le cure un dolor de muelas que lo tiene de cabeza, siendo que ese dolor de muelas lo envió Dios como respuesta a un anterior pedido de ser librado de una tentación de adulterio casi irresistible. Y así el fulano piensa: “además de las tentaciones de infidelidad ahora debo soportar esta muela inflamada”, cuando en realidad, la molesta muela es lo único que ha logrado que deje de pensar en la mujer de su vecino. Por eso cada vez que pedimos en el *Padrenuestro* que “no nos deje caer en la tentación” nos exponemos a que nos llueva una maceta sobre la cabeza; pero si el macetazo nos libra de un pecado, y con este, del infierno, no nos quejemos.

(x) Nuestra insistencia con Dios debe ser tal que lleguemos a parecer molestos a Dios. Pregúntate: “si Dios fuera un ser humano de discreta paciencia, ¿estaría ya harto de oírme pedir siempre esta misma gracia?” Si respondes “No”, entonces rezas mal. Si tu respuesta es “Sí”, estás rezando como Dios –Jesús– manda.

(xi) “Os digo que les hará justicia pronto”. El “pronto” de Dios no es como el “ya” del hombre; el divino está sujeto a que se cumplan las condiciones de nuestra verdadera conveniencia; nosotros querríamos respuestas inmediatas, al margen de que la premura nos beneficie o no.

(xii) La parábola se concluye con una afirmación que ha dado mucho que hablar: “Pero, cuando el Hijo del hombre venga, ¿encontrará fe sobre la tierra?” Esta expresión, que algunos piensan fuera de contexto o añadida (por ejemplo, Tuya en el *Comentario de los Padres Dominicos*) indica, sin embargo, que, al margen de las aplicaciones que cada uno puede hacer a su propia vida de oración, esta parábola se refiere ante todo a “la Iglesia en su condición de viuda desolada, oprimida e indefensa durante la ausencia de su Señor en el cielo” (Jamieson-Fausset-Brown). Jesús afirma, pues, que la Iglesia debe orar sin desfallecer con la esperanza de ser oída, a pesar de que la Venida del Señor, que es la *única solución definitiva* de los males que la afligen en este mundo, parezca una petición sin respuesta. “Cuando el Hijo del hombre venga”: es decir, a responder a los pedidos de justicia y auxilio, porque solo su Presencia Liberadora será respuesta adecuada al Mal del mundo. “¿Encontrará fe sobre la tierra?” Cuando venga ya casi nadie estará esperando esa

respuesta divina. Pero si la fe sobre la tierra estará tan enflaquecida, ¿en respuesta de qué oración vendrá el Señor, puesto que la oración nace de la fe? Buena pregunta. Ante todo, la Iglesia orante, la que clama el Retorno del Señor, no es solo la que peregrina en la tierra. Lo pide la Iglesia triunfante y la purgante, como dice explícitamente san Juan en el Apocalipsis: “Vi debajo del altar las almas de los degollados a causa de la Palabra de Dios y del testimonio que mantuvieron; y se pusieron a gritar con fuerte voz: «¿Hasta cuándo, Dueño santo y veraz, vas a estar sin hacer justicia y sin tomar venganza por nuestra sangre de los habitantes de la tierra?» Entonces se le dio a cada uno un vestido blanco y se les dijo que esperasen todavía un poco, hasta que se completara el número de sus consiervos y hermanos que iban a ser muertos como ellos” (Ap 6,9-11). Claman desde el cielo sus almas y desde la tierra su sangre. Por eso Jesús pregunta si hallará fe *en la tierra*, es decir, entre los fieles vivos. Se refiere sobre todo a la fe en su Segunda Venida. La respuesta no es: “No”; sino: “Apenas”. Es decir, esa fe estará ceñida a los pocos que en cada época Dios se reserva sin que doblen sus rodillas ante el mundo (1Re 19,18). Y esta es la aplicación más importante de nuestra parábola, aunque la interpretación de la oración en general es tan llamativa que a muchos se les termina por esfumar su carácter escatológico, el de la Iglesia que padece la soledad –viudez– de su Esposo.

Parábola del fariseo y el publicano: las disposiciones para la justificación

Lc 18,9-14

⁹ Dijo también a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás, esta parábola: ¹⁰ “Dos hombres subieron al templo a orar; uno fariseo, otro publicano. ¹¹ El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: «¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. ¹² Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias». ¹³ En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: «¡Oh Dios! ¡Ten

compasión de mí, el pecador!»¹⁴ Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no. Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado”.

(i) San Lucas afirma que esta parábola fue dicha “a algunos que se tenían por justos y despreciaban a los demás”. No significa que su auditorio estaba compuesto exclusivamente de campeones del orgullo, sino que “lo dijo *por ellos*”, con intención de que les llegara... y les ayudara a cambiar los corazones. De todos modos es claro que es un auditorio distinto del de la parábola anterior y por tanto, la pronunció en otro momento diverso. El tema de esta parábola no es principalmente la oración, aunque trate de las oraciones del fariseo y del publicano, sino la actitud fundamental para alcanzar la justificación: la profunda *humildad* para reconocer que es obra exclusiva de Dios. Y como esta actitud se pone de manifiesto principalmente en la oración, describe precisamente dos modos contrapuestos de orar.

(ii) Los judíos rezaban generalmente tres veces al día: a media mañana, a medio día y a media tarde; y como se afirmaba que era más eficaz la oración hecha en el templo, a tales horas este estaba muy concurrido; pero se trataba de oraciones privadas, no de actos públicos de culto, como queda en claro por lo que dice el evangelista: “oraba en su interior”. Se rezaba ordinariamente de pie, como hace el fariseo.

(iii) El fariseo *parece hacer* una oración de *acción de gracias*. Agradece sustancialmente tres cosas. La primera, no haber caído en tres pecados. El primero de ellos es ἀρπαγή (*harpagē*), pillaje, rapacidad, voracidad, latrocinio. Según él, pues, no era un ladrón. El segundo es ἀδικία (*adikía*), término que traducimos por “injusticia”, pero que tiene más sentidos que el de pecado contra la virtud de la justicia, indicando también la malicia moral, falta de rectitud; el fariseo se considera, pues, como un hombre que no hacía mal al prójimo. El tercer pecado que menciona es μοιχεία (*moijeía*), adulterio. No queda claro si estos eran los únicos pecados que realmente no cometía o bien para él compendiaban el resto. De todos modos, en ese resto no incluía la jactancia, el orgullo ni el desprecio del prójimo, pecados en que estaba incurriendo durante su misma oración. Luego agradece ser un hombre penitente. Su penitencia

consistía en ayunar dos veces cada semana. La ley judía solo prescribía un ayuno anual, el día de Kippur, o de la Expiación. Pero los fariseos ayunaban por su cuenta el segundo y el quinto día de la semana. Barclay nota que esos eran los días de mercado, cuando Jerusalén se llenaba de campesinos, y que por eso eran los elegidos porque así podían ser vistos y elogiados como hombres penitentes: los que ayunaban se ponían polvos para parecer más pálidos, y se vestían con cuidadoso descuido y salían a la calle para que los viera el público. El ayuno tenía, pues, también una función de propaganda de la propia santidad. La tercera razón por la que agradece es por ser cumplidor con las leyes de los diezmos; según sus palabras lo diezmaba todo, hasta lo que no era de precepto.

(iv) Jesús no hace una caricatura exagerada de un fariseo fanfarrón. Strack-Billerbeck, en su *Comentario sobre el Nuevo Testamento desde el Talmud y el Midrash*, anotan que “expresa perfectamente la realidad” de algunas oraciones fariseas típicas. Y dan como ejemplo la siguiente, recogida por ellos: “Te doy gracias Yahvé, Dios mío, porque Tú me has dado parte con los que se sientan en la casa de la ciencia, y no con los que se sientan en las esquinas de las calles. Porque yo me levanto temprano, y ellos se levantan temprano, yo me levanto temprano para estudiar la Torá, y ellos se levantan temprano para atender a cosas sin importancia. Yo me fatigo y aprovecho con ello, mientras que ellos se fatigan sin ningún provecho. Yo corro hacia la vida del tiempo futuro, y ellos corren hacia la hora de la desesperación”. Como puede verse, la que describe Jesús era una típica oración farisea.

(v) ¿Qué tipo de oración hace el fariseo? Su oración, como anotamos más arriba, *parece* de agradecimiento. Es decir, puesto que da gracias a Dios por las buenas cualidades que descubre en sí mismo, debemos suponer que agradece a Dios el haberlo hecho así... Pero examinada atentamente su descripción vemos que el fariseo considera su justicia como mérito propio, por tanto un logro personal. Dios parece ser invocado aquí más como testigo de la justicia del fariseo que como autor de ella. Jamás dice éste que ha recibido alguno de los dones mencionados. Ese “yo no soy” como los demás, significa claramente “yo he querido ser distinto”: yo soy justo, yo ayuno, yo contribuyo. El fariseo es un campeón del

pelagianismo *ante literam*. Lamentablemente, muchas personas, entre las que nos contamos a menudo nosotros mismos, usamos la fórmula “agradezco a Dios” no para agradecer a Dios sino para destacar nuestras victorias personales: “agradezco a Dios que fui lo suficientemente inteligente como para...” Coincido con Barclay: “El fariseo realmente no iba a orar; iba a informar a Dios de lo bueno que era”.

(vi) A este figurón religioso Jesús opone una lacra de la sociedad: un publicano. Realmente los que pertenecían a su categoría no tenían mucho de qué vanagloriarse; al contrario. Este tiene, sin embargo, el valor de reconocer su miseria, lo que hace con gestos y palabras: se queda a distancia, como quien reza desde las sombras, donde nadie lo ve (“estando lejos, como indigno de acercarse –dice el comentario de Brown–; pero aquélla fue la manera de acercarse”); se golpea el pecho realmente compungido, y su oración es muy concisa: “¡Dios, sé propicio conmigo, el pecador!” Hemos traducido literalmente la frase griega. Pide compasión. El verbo ἱλάσκομαι (*hiláskomai*) que emplea el publicano, significa ser propicio o misericordioso hacia alguien. Es un término usado muy raramente con el sentido que le da aquí Jesús; sólo se usa una vez más en el Nuevo Testamento, en el sentido de “hacer reconciliación” por sacrificio, en Hb 2,17. En cuanto a la propia caracterización que hace el publicano, Barclay, lo mismo de Brown, sostiene que no está bien traducir sus palabras como “soy *un* pecador”, sino “ten misericordia de mí, *el* pecador”, “como si se considerara no meramente un pecador, sino el pecador por antonomasia”. Así ocurre con los que realmente se duelen de sus pecados, los cuales al considerar realmente *sus* propios pecados, y teniéndolos tan cerca (en su propio corazón), no pueden hacer otra cosa que *ver sus pecados*, sin tener tiempo ni ganas de compararlos con los de los demás. Quien está ante una montaña inmensa, cuyas cumbres su mirada ni siquiera llega a abarcar, no gasta mucho tiempo en compararla con las otras del entorno. Y si lo hiciera, vistas a la distancia, todas les parecerán más pequeñas que la que tiene delante. De ahí que no haya que confiar mucho en los que están apesadumbrados porque *son más pecadores que los demás*, puesto que tal cosa solo puede significar una de dos: o que les duele no tanto el ser pecadores sino el ser *más*

pecadores que los demás, o que han perdido tontamente el tiempo en comparar sus pecados con los de los demás, lo que implica haber estado sopesando y juzgando los pecados ajenos. El que descubre que tiene el corazón podrido solo le preocupa el hecho de tener el corazón podrido; el suyo, y punto.

(vii) Jesús no dice que Dios escuchó la oración del publicano y no la del fariseo. Dice simplemente que el primero “bajo justificado”, lo que implica que fue oído por Dios, pues este le pedía algo concreto: misericordia; y que el segundo “no bajó justificado”, lo que no implica que no oyó su oración, sino que este ni siquiera le rezó.

(viii) Concluye Nuestro Señor con una sentencia que responde al objetivo de esta parábola, que no es otro, como dijimos arriba, sino manifestar la disposición fundamental para alcanzar la justificación: “Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado”. El verbo para decir ensalzar es ὑψόω (*hypsóo*) que significa elevarse, enaltecerse, levantarse; significa encumbrarse, ponerse uno mismo arriba de un pedestal. Para “humillar” usa san Lucas ταπεινῶω (*tapeinóo*) que significa deprimir y figurativamente humillar, allanar, bajar, empobrecerse. Todo el que se encumbra buscando brillo, ser aplaudido, reconocido, será derrumbado (incluso cuando solo lo hace para ser alabado por su propia conciencia); pero el que se esconda, el que se “vacíe de sí mismo” (tal es el sentido del verbo usado), el que se haga “pobre de espíritu”, recibirá la gracia de la justificación, que es la que verdaderamente enaltece. Por tanto, Jesús está mostrando que “aquellos que se tenían por justos”, para quienes dice esta parábola, no lo eran realmente porque carecían de la disposición fundamental que Dios infunde en un corazón para justificarlo. El que está lleno de orgullo y satisfacción de sí mismo y atribuye a sus propios méritos la justicia de sus actos manifiesta con esto mismo que tal justicia –que no podemos negar– es meramente humana. El fariseo que sube al templo indudablemente era una persona *recta* que cumplía las prescripciones de la ley y se atenía a los mandatos divinos más generales (no robaba, no adulteraba, no perjudicaba al prójimo en sus negocios); cumplía también otras prescripciones y costumbres siempre externas (diezmos, ayunos). Pero para eso basta la virtud

humana de la justicia legal y conmutativa. En cambio, la justificación es una mudanza que llega a lo más profundo del corazón y consiste en la rectificación de nuestra voluntad ante Dios; y esto entraña reconocer la *verdad* de nuestra condición humana pecadora y de nuestra impotencia para realizar cualquier acto de verdadero valor meritorio para la vida eterna si no lo recibimos de Dios. El fariseo carecía completamente de esto, y lo deja patente porque su justicia no pasaba de lo exterior, permaneciendo *injustísimo* en lo más interior: no hace justicia de la naturaleza divina de sus dones, y *desprecia* a los que, en el fondo, son de la misma pasta que él, porque ante Dios ni cumplidores ni incumplidores pueden salvarse por sí mismos. Esta será la gran tesis de san Pablo: “tanto judíos como griegos están bajo el pecado” (Rm 3,10) y todos necesitan de la salvación de Cristo.

La infancia espiritual

Lc 18, 15-17

¹⁵ *Le presentaban también los niños pequeños para que los tocara, y al verlo los discípulos, les reñían.* ¹⁶ *Mas Jesús llamó a los niños, diciendo: “Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis; porque de los que son como éstos es el Reino de Dios.* ¹⁷ *Yo os aseguro: el que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él”.*

(i) San Lucas no dice cuándo tuvo lugar este suceso, pero parece que fue durante el camino hacia Jerusalén. Casi seguramente debemos entender que eran las madres de los pequeños las que traían a sus hijos a Jesús. El evangelista dice que querían que Jesús los tocara; san Mateo aclara que le pedían que les impusiese sus manos y orase sobre ellos. Las manos de Jesús bendicen y protegen cuanto tocan. Hacían muy bien estas madres que veían en el Señor una virtud, un poder sagrado, y querían que sus hijos recibieran ese influjo benéfico de Dios. Las malas madres alejan a sus hijos de Dios. Y lo mismo hacen todos los que son enemigos de los hombres y buscan pudrir el corazón de los niños ya desde la más tierna infancia.

(ii) Los discípulos, con buena intención sin duda, no veían con agrado esta presión sobre el Maestro, y por eso “reñían” a los niños, naturalmente bulliciosos e inquietos, para que no molestasen al Señor. Jesús, en cambio, corrigiendo a sus celosos discípulos, llama a los niños nuevamente a su lado y aprovecha para darles a aquellos una valiosa lección.

(iii) “Dejad que los niños vengan a mí y no se lo impidáis; porque de los que son como éstos es el Reino de Dios. Yo os aseguro: el que no reciba el Reino de Dios como niño, no entrará en él”. En estas palabras se resume la doctrina que podemos denominar “infancia espiritual según Cristo”. Dejemos claro que Jesús no pone a los niños como modelo de santidad sino la actitud del niño frente al “Reino de Dios”. ¿Qué significa esto? Ante todo, que no se dice aquí que la santidad consista en una infantilización de la vida espiritual. En este sentido hay que decir que la santidad es lo contrario: el mayor punto de madurez de la persona humana. Nadie más santo que Cristo, pero Jesús ha querido ser Niño-Modelo de los hombres (grandes y pequeños) en la actitud que relata San Lucas a propósito de su pérdida en Jerusalén: su entrega total a Dios Padre y su posterior obediencia y devoción hacia María y José en Nazaret (cf. Lc 2).

(iv) Los niños tienen cualidades positivas y también defectos. Los defectos están ligados a la falta madurez propia de su edad, y se resumen en: imprudencia, irreflexión, irresponsabilidad, inexperiencia. Todas las virtudes contrarias a estos defectos solo llegarán con el tiempo, el ejercicio, la docilidad y el empeño en crecer espiritualmente. No se les pueden pedir a los pequeños cuanto todavía están en capullo. Pero si un adulto es niño *en este sentido* resulta, por el contrario, un *inmaduro* en sentido peyorativo, porque carece de algo que él *ya tiene que tener*. Una cosa es *inocencia infantil* y otra es *infantilismo*.

(v) ¿Cuáles son las cualidades positivas que encontramos en el niño? Ante todo, el *sentido de lo maravilloso*: el niño vive en un mundo que es siempre nuevo, que siempre presenta sorpresas. El niño no se aburre porque la mayoría de las cosas se le muestran como en una primera vez. Se deja de ser niño no al cumplir una determinada edad, sino cuando el mundo se torna gris y repetitivo.

Algunos jamás pierden la niñez; otros nacen viejos. Este sentido de lo maravilloso, en el niño se extiende al orden divino como *sentido de lo sobrenatural*. Por eso al niño le resulta tan natural el mundo de los ángeles y de Dios. Cuando el ángel Gabriel se presenta a María santísima, alma candisísima, ella se turba por “sus palabras” (Lc 1,29), pero no por su presencia.

(vi) La cualidad fundamental del niño es la confianza, o mejor, aun, el descargar las preocupaciones de su futuro en quien lo cuida. El niño no se preocupa por sus comidas, por sus vestidos, ni por las demás necesidades que apremian a los grandes. Supone que en eso piensan sus padres.

(vii) El niño, finalmente, simplifica las cosas, no se complica. Para él un palo sirve de caballo y un sombrero es disfraz suficiente para poner en escena sus fantasías. Los adultos complicamos la existencia, las ideas y los afectos. Y complicamos las complicaciones reduplicando su complicación. Cuando a un niño se le dice que esté quieto, suele entender que debe estar quieto, aunque luego solo se sosiegue a medias. Un adulto a quien se le pide calma, revuelve su interior intentando encontrar lo que hay debajo de ese pedido, y si detrás de esa calma no hay segundas intenciones ocultas, o si no debería entenderla de otra manera, incluso quizá opuesta, o si... Los adultos complican su manera de pensar, de hablar, de jugar, de sentir, de relacionarse, de rezar, de reír y de atormentarse.

(viii) Jesús, pues, dice que para entrar en el Reino de Dios, hay que recibirlo como un niño; de lo contrario, permanecerá cerrado. Primera cosa, para un niño “el Reino de Dios” significa “el Reino de Dios”; para un adulto, y más si es exégeta, nunca se está seguro de qué es lo que quiso decir el Señor por esta bendita muletilla del “Reino de Dios”. Para el niño un reino es un lugar donde hay un rey, y los reyes mandan y los demás obedecen y están en torno al rey. Reino de Dios, significa para él, pues, que Dios es el rey, el que manda y el que debe ser obedecido. Para un niño “el Reino de Dios” es algo maravilloso, sencillamente porque todo reino es maravilloso, y quiere ir allí lo más pronto posible. Un adulto no tendría tanto apuro, porque se siente muy cómodo en este mundo y no le gusta cambiar las reglas de juego en las que vive como esclavo

pero a las que se ha acostumbrado: “más vale malo conocido que bueno por conocer”. Para el niño, si el “Reino” es “de Dios”, debe ser muy bueno, y lo acepta con los ojos cerrados; de Dios todo es bueno, aunque ese Reino se introduzca en nuestra vida con espinas. El adulto desconfiaría sistemáticamente, porque el adulto desconfía hasta de Dios. Para el niño si el “Reino es de Dios”, entonces es el “Reino de su Padre”, porque Dios es nuestro Padre. Para muchos adultos, Dios es una palabra gris, y no entienden mucho la paternidad porque ya no recuerdan qué es ser hijos; a muchos adultos los ha invadido el morbo de la orfandad espiritual.

(ix) Recibir el Reino de Dios como un niño significa, por tanto: recibirlo como un don de Dios, entregarse a él sin reservas, de todo corazón, con plena confianza; acogerlo con alegría y dejarlo que se transparente en los pensamientos, en los afectos y en las obras.

Quemar las naves por Cristo: el rico pusilánime

Lc 18,18-30

¹⁸ Uno de los principales le preguntó: “Maestro bueno, ¿qué he de hacer para tener en herencia vida eterna?” ¹⁹ Le dijo Jesús: “¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios. ²⁰ Ya sabes los mandamientos: No cometas adulterio, no mates, no robes, no levantes falso testimonio, honra a tu padre y a tu madre”. ²¹ Él dijo: “Todo eso lo he guardado desde mi juventud”. ²² Oyendo esto Jesús, le dijo: “Aún te falta una cosa. Todo cuanto tienes véndelo y repártelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego, ven y sígueme”. ²³ Al oír esto, se puso muy triste, porque era muy rico. ²⁴ Viéndole Jesús, dijo: “¿Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios! ²⁵ Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de Dios”. ²⁶ Los que lo oyeron, dijeron: “¿Y quién se podrá salvar?” ²⁷ Respondió: “Lo imposible para los hombres, es posible para Dios”.

²⁸ Dijo entonces Pedro: “Ya lo ves, nosotros hemos dejado nuestras cosas y te hemos seguido”.

²⁹ Él les dijo: “Yo os aseguro que nadie que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por el Reino de Dios, ³⁰ quedará

sin recibir mucho más al presente y, en el mundo venidero, vida eterna”.

(i) San Lucas caracteriza al protagonista de este episodio como un ἄρχων (*árjon*), es decir, un hombre principal, magistrado o autoridad. Sólo san Mateo dice que era todavía joven, de donde este personaje ha quedado denominado como “el joven rico”, aunque en el texto lucano no se alude a su edad sino a su jerarquía.

(ii) Se dirige a Jesús con mucho respeto, llamándolo “Maestro bueno”. Nuestro Señor no pone ninguna objeción al título de Maestro, pero sí inquires por las intenciones que lo animan a usar con Él el calificativo de “bueno”: “¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino sólo Dios”. Se ha discutido mucho sobre esta pregunta de Cristo, especialmente en la crítica racionalista, la que ha llegado a afirmar que Jesús rechaza para sí un título que solo corresponde a Dios, mostrando así que no tenía conciencia de su divinidad. Efectivamente, en la literatura rabínica, en el Talmud, Dios es denominado, sin más, “el Bueno”. Pero Jesús no dice que Él no deba ser llamado “el Bueno”, sino que simplemente inquires por *los motivos* por lo que su interrogador lo llama así. Algunos han propuesto que el Señor reprende las excesivas alabanzas y adulaciones que gustaban usar los rabinos (cf. Mt 23,7), o simplemente coloca las cosas en su lugar recordando que ese título se da exclusivamente a Dios en cuanto fuente de toda bondad... Me parece que, sencillamente, tantea el corazón de este magistrado para ver por qué usa con Él un título divino.

(iii) El objeto de la pregunta del magistrado es “la vida eterna”: “¿qué he de hacer para heredar la vida eterna?” Le pregunta, pues, por los actos que debe hacer para ser hallado, al final de su vida terrena, digno de la vida eterna. Es un hombre —o muchacho— que sabe qué es lo más importante para el hombre: salvar el alma.

(iv) Jesús le responde recitándole los mandamientos, aunque, como nota alguno, le menciona los que llamamos “mandamientos de la segunda tabla”, es decir, aquellos que hacen referencia al prójimo. Los mandamientos referidos directamente a Dios parecen sobreentenderse en la misma pregunta sincera del magistrado: solo un verdadero respeto y amor de Dios puede mover a alguien a buscar

con tanta piedad la vida eterna junto a Dios. El interesado, al oír las exigencias de Cristo replica que los mandamientos de la ley los respeta desde su juventud, refiriéndose probablemente al momento del Bar Mitzvah, ritual judío por el que el niño pasa a ser considerado hombre “adulto”, es decir, responsable ante Dios de sus propios actos.

(v) San Lucas no menciona, como san Mateo, el hecho de que Jesús, al oír esta respuesta, “lo amó”, anotación que alude a que la condición fundamental para agradar a Dios es el cumplimiento perfecto de su ley. Nuestro evangelista, en cambio, pasa directamente a referir las otras palabras de Cristo: “una cosa todavía” (en la mayoría de las versiones este giro se traduce generalmente como “aún te falta una cosa”; pero literalmente el texto griego dice “aún una cosa”). Significa, pues: hay *todavía* un *alguieto* que puedes hacer si es que apetece más. Y menciona el desprendimiento total de todo cuanto puede ser considerado una ocupación mundana (no en sentido peyorativo sino solo *temporal*) y el posterior seguimiento de Cristo: “Todo cuanto tienes véndelo y repártelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego, ven y sígueme”. Para muchos no es fácil comprender la articulación que toma este diálogo. Jesús ha hablado antes de “lo necesario”; ¿por qué añade ahora que hay “algo más”? Es claro que esta expresión de Cristo es *personalísima* y no se aplica al resto de sus oyentes, para los cuales vale, en cambio, lo que ha sido indicado como “necesario”. Motiva este añadido la *insatisfacción* que experimenta el corazón del muchacho en su vivencia de la “vía de los mandamientos”. No olvidemos el punto de partida: la pregunta la hace un *principal*, alguien que conoce la ley divina y que, por tanto, sabe qué es lo que manda Dios. Por tanto el joven, antes de preguntar, sabe que está en el camino trazado por Dios. Su pregunta no debe ser entendida, entonces, como una pregunta meramente moral (“¿qué debe hacer un hombre para salvarse?”) que es como la toma Jesús inicialmente para dar pie a que el joven deje al descubierto que no es la mera cuestión moral la que lo mueve. Es, pues, una cuestión muy personal: “¿qué tengo que hacer *yo*, quien a pesar de cumplir los mandamientos de Dios, no tengo la impresión de estar haciendo todo lo que tengo que hacer?”

(vi) Así se entiende la respuesta de Cristo: si sientes gusto a poco, entonces, hay *algo más* que puedes hacer. Ese “algo más” tiene dos aspectos, uno negativo y otro positivo. El privativo es *relinquere*, dejar, abandonar, cortar todos los lazos que ocupan al hombre en el mundo: “deja todo lo que tienes”. Jesús le habla de una renuncia total y definitiva; por eso indica el vender y dar a los pobres. De este modo ya no lo tendrá nunca más; se verá en la imposibilidad de volverse atrás. No le dice, solamente “deja lo que tienes”, porque esto podría significar dejarlo en depósito, bajo la custodia de alguien. El venderlo y repartir las ganancias implica perderlo para siempre, quemarlo; como al quemar las naves Cortés manifestó la voluntad de conquistar el mundo que se abría ante él... o morir en el intento.

(vii) Y solo luego viene la parte positiva: “luego sígueme”. Cuando no tengas nada; cuando solo dependas de Mí, cuando no tengas otro amparo más que a Mí. Quizá algo así atraía el corazón del muchacho, y por eso comenzó con aquella alabanza *desmedida* para un rabí, pero ajustada a Dios encarnado: διδάσκαλε ἀγαθέ (*didaskale agathé*), *magister bone*, maestro bueno...

(viii) Muchos quieren el seguimiento de Cristo mientras no implique un desasimiento absoluto del mundo. Pero Jesús le plantea a este hombre bueno (porque era bueno y Jesús lo amó) la inseparabilidad de ambos aspectos en el seguimiento total de Cristo. Hay un seguimiento meramente espiritual y un seguimiento total. Para el seguimiento espiritual de Cristo no es necesario dejar las ocupaciones del mundo. Muchos han ido detrás de Cristo de este modo y se han santificado, llegando incluso a grados muy grandes de santidad. Los ricos que han usado bien de sus riquezas, los políticos santos, los esposos santos, los empresarios santos. Pero a algunos Dios les siembra una simiente insaciable en el corazón, por la cual este seguimiento meramente espiritual no los deja satisfechos; les sabe a poco. Pero tal apetito no excluye de ningún modo los apegos a aquellas cosas del mundo que pueden usarse bien, sin pecado. La lucha se establece entre ese bramido de totalidad en cuanto al estar con Cristo y los tirones que pegan las cosas del mundo. “Si se pudiera una cosa sin tener que dejar la otra...” Jesús le dice a este muchacho que no es posible. Si quieres ser del número de los íntimos, de los totales, como los apóstoles, debes dejarlo todo... y de

tal modo que no puedas volver a recuperarlo si te arrepintieras; precisamente para que no te tiente el arrepentimiento. Este modo de seguimiento es, *en sí mismo*, mejor que el otro; pero a la postre Dios no juzga realidades abstractas sino *realizaciones concretas*, por eso, hay quienes se embarcan en este camino más perfecto pero concretándolo a medias, y hay quienes solo se sienten llamados a seguir a Cristo por la vía más general de los mandamientos, pero caminan por ella con todas sus fuerzas. Y esto es lo que vale: lo que ha dado cada uno. De ahí que haya casados más santos que algunos célibes y vírgenes, y otros célibes más santos que algunos casados. Una cosa es la perfección de los estados –y pertenece a la fe que el seguimiento virginal es más perfecto que el conyugal, como aclaró el Concilio de Trento– y otra la perfección de las personas.

(ix) El magistrado (muchacho para san Mateo) se entristeció ante la condición que le ponía el Maestro *bueno*, “porque era muy rico”, es decir, porque tenía mucho que dejar y quemar. Quizá sondeó con Jesucristo la posibilidad de una vía a medias, como hacen muchos: estar totalmente con Cristo, pero sin cortar totalmente con el *saeculum*. Y Jesús le mostró que es algo inviable. San Lucas anota, por eso, que *περίλυπος ἐγένετο* (*perilypos egéneto*), se tornó muy triste. El adjetivo *περίλυπος* viene de *λύπη* (*lýpe*), tristeza, molestia, dolor; pero el término está reforzado por el *περί* (*peri*) que es aquí un intensivo. Quiere decir, pues, que se volvió “todo sombrío” o “intensamente triste”. El diccionario *Vine* traduce la expresión como “profundamente dolido”. Notemos el detalle más que importante, de que este es el mismo vocablo que usa Jesús para describir su angustia mortal en el huerto de Getsemaní (Mt 26,38), y el que también emplea san Marcos para describir el sentimiento de Herodes al darse cuenta de que, por su insensato juramento a Salomé, se había obligado a cometer el nefando asesinato de Juan Bautista (Mc 6,26). La palabra designa, por tanto, una pena capaz de rozar la angustia mortal, la *agonía del alma*. El joven rico literalmente se marchitó por dentro. ¡No se puede expresar mejor el abatimiento de los que ven el atractivo del seguimiento de Cristo... pero se acobardan ante sus exigencias!

(x) Viéndolo alejarse Jesús exclama: “¡Qué difícil es que los que tienen riquezas entren en el Reino de Dios! Es más fácil que un

camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de Dios”. Algunos aplican esta frase al joven magistrado, pensando que Jesús afirma aquí que quien no sigue el llamado de Cristo, cuando este es claro para él, no puede salvarse. San Alfonso de Ligorio sostiene que el no seguir la vocación no es, en sí, pecado grave, porque la vocación de parte de Dios es un consejo, no una orden terminante... pero el rechazarla pone en peligro la salvación, y cuenta algunos casos que terminaron mal por esta razón. De hecho el santo decía, siguiendo el parecer de algunos teólogos y santos: “aunque absolutamente hablando se pueda salvar esta alma, con dificultad, sin embargo, entrará en la senda de la salvación y escogerá los medios que a ella le conduzcan”⁴⁰. Se trata de una cuestión difícil. Y hay que destacar que distinto es el acobardarse frente al llamado que despreciar la vocación. La cobardía no es desprecio sino apocamiento. El magistrado del episodio se alejó triste... y la tristeza es mal caldo para la virtud y, por el contrario, buena salsa para los vicios. En tal sentido, la tristeza de muerte de este indeciso muchacho no es buen presagio. Pero no se puede ir más allá, porque Dios no abandona al flaco, aunque este se prive de muchas gracias.

(xi) Lo que es claro es que, al margen del juicio sobre este personaje concreto, su actitud es ocasión para la reflexión del Señor que supera los confines del problema vocacional. Jesús está diciendo: “si las riquezas (o sea, la comodidad, el lujo, los bienes del mundo...) genera apegos tan grandes que un muchacho bueno, que cumple todos los mandamientos divinos, aun sintiendo interiormente el llamado divino, no puede prescindir de forma total y definitiva de ellas para ir en pos de Cristo... ¡cuánto más no esclavizarán el corazón del que las ama pecaminosamente (del avaro, del codicioso, del egoísta, del interesado, del materialista, del ansioso)!” Y Jesús hace una comparación que es una parábola en miniatura: “Es más fácil que un camello entre por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el Reino de Dios”. La *τρυμαλιά ραφίδος* (*trymaliá rafídos*) se traduce literalmente como “agujero” u “ojo de aguja”. Es esta, simple y llanamente, una hipérbole oriental. A algunos, por ejemplo

⁴⁰ San Alfonso M^a de Ligorio, *La vocación religiosa*, 1.

Barclay, les parece tan desproporcionada, incluso dentro del estilo hiperbólico, que han buscado matizarla, ya sea pensando que se trata de un error de lectura, por leer *kámelos* (camello) en lugar de *kámilos* (soga gruesa, maroma), lo que daría como resultado una imagen exagerada pero no tanto (“es más difícil enhebrar una aguja con un cordel grueso...”); o bien suponiendo que quizá junto a alguna de las puertas principales de Jerusalén existiese en tiempos de Cristo una puertecita pequeña con ese nombre (“Ojo de aguja”), de las que se usaban por la noche cuando las entradas principales se cerraban por seguridad, permitiendo el paso de hombres pero no de animales. Pero no es necesario matizar nada, como señalan otros (por ejemplo, Tuya). Jesús apela, para llamar bien la atención, a una hipérbole que encontramos también en el ambiente de su tiempo. Tuya transcribe algunos ejemplos tomados de la literatura rabínica: “Practicad por mí, por la penitencia, una abertura como el agujero de una aguja, y yo os abriré una puerta por donde los carros y vehículos podrán pasar”. O bien poniendo elefantes en lugar de camellos: “Nadie piensa, ni en sueños, un elefante pasando por el agujero de una aguja”. Un rabino decía con gran intención: “Tú eres de Pumbeditha, donde se hace pasar un elefante por el agujero de una aguja”. Jesús mismo tiene en san Mateo una comparación no menos exagerada, cuando dice a los fariseos: que “coláis un mosquito y os tragáis un camello” (Mt 23,24).

(xii) Si Jesús quería inquietar a sus oyentes, lo logró, puesto que estos le replican muy preocupados: “Si esto es así, ¿quién podrá salvarse?” La respuesta la da el mismo Señor al añadir a continuación: “Lo imposible para los hombres, es posible para Dios”. La salvación no es algo humano sino obra divina, aunque Dios respete la libertad del hombre. Las dos afirmaciones que hace el Señor aquí son teológicamente importantísimas. Cualquiera de ellas que se minimice conduce a graves errores; por eso llamo la atención por separado. Ante todo, reconoce el fundamento de la preocupación de sus discípulos: la salvación (es decir, el llegar a la posesión de Dios después de esta vida en lugar de terminar perdiéndolo eternamente) es algo *humanamente* imposible. El adjetivo ἀδύνατος (*adýnatos*), imposible, es poco tenido en cuenta por muchos hombres. Es una tentación constante de la humanidad el marearse

con ideas gnósticas y pelagianas, pensando que uno puede salvarse por sus solas fuerzas o por sus solos méritos; es la tentación de la autosotería –autosalvación–, ya se entienda “salvación” del alcanzar a Dios, o del lograr algún modo de felicidad ultraterrena, o del alcanzar el perdón de los pecados... Para poder salvarse (en el sentido teológico del concepto) el hombre debe comenzar por tomar conciencia de que *de ningún modo* está a su alcance el lograrlo. Por tanto, mientras el hombre no *desespere* de lograr por sí mismo la salvación, vivirá en un engaño. No significa esto que no deba hacer nada por su propia salvación: “Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti”, escribió san Agustín. “No lo hará sin ti”, pero no “por tus obras”. Una cosa es decir “no sin tus obras” y otra muy distinta “por el valor de tus obras”. Solo Dios puede salvarte, pero no te salvará si no quieres salvarte. Sólo después de reconocer su *radical impotencia* y su *absoluta miseria y pobreza*, puede el hombre pronunciar lo segundo: “para Dios es posible”. Todo es posible para Dios, y, en el orden de la salvación del hombre, Dios no solo puede sino que quiere. Pero no salva a quien no confiesa que solo Dios salva. No puede salvar a quien piensa, cree o proclama que él puede salvarse a sí mismo. Solo salva al que pone toda su *esperanza* en Dios. De ahí que todo esto apunte a que debemos pedir a Dios la gracia de la conversión y de desapegarnos de aquellas cosas que nos ralentizan, como rémoras, en nuestro camino hacia Dios.

(xiii) Ante las palabras de Cristo sobre las dificultades espirituales que pueden generar las riquezas, Pedro interviene presentando su propio ejemplo y el de los demás apóstoles: “Ya lo ves, nosotros hemos dejado nuestras cosas y te hemos seguido”. Ellos han hecho lo que no se animó el rico magistrado. Ciertamente que aquél poseía “mucho” y estos eran, en general, unos pobretones, por lo que el “todo” de estos, no es lo mismo que el “todo” que debía abandonar aquél; pero para el pobre sus pocas cosas son también su tesoro. Y puede un pobre apegarse a su manto remendado con la misma tenacidad que un rico a su cofre de alhajas; los apegos, pues, no son exclusivos de los que nadan en la abundancia. La intención de Pedro, que no es transmitida por san Lucas pero sí por san Mateo, tiene mucho de carnal, propia de hombres aun no purificados por el dolor de la cruz. Pretende que le diga el Señor qué recibirán a cambio

de haber dejado todo por seguirlo. No mucho más adelante discutirán por la herencia política, o por los lugares que ocuparán en el reino – temporal todavía en sus mentes– que instauraría Jesús. Nuestro Señor, con toda paciencia, se limita a asegurarles la recompensa sobrenatural y temporal: “Yo os aseguro que nadie que haya dejado casa, mujer, hermanos, padres o hijos por el Reino de Dios, quedará sin recibir mucho más al presente y, en el mundo venidero, la vida eterna”. El premio esencial es la vida eterna, sin duda. Pero Jesús también habla de un “mucho más” presente. Dice ἐν τῷ καιρῷ (*en to kairo*), que traducimos generalmente como “en el tiempo presente”. Pero el καιρός (*kairós*) es mucho más que el presente, es “el momento divinamente oportuno”. En griego hay dos palabras para indicar el tiempo, pero con connotaciones muy diversas en el uso bíblico y teológico: una es χρόνος (*jrónos*), que indica el tiempo en sentido de pura sucesión o medida (de ahí *cronómetro*, medidor del tiempo o duración de algo); la otra es καιρός (*kairós*), que alude al tiempo “de gracia”, es decir, los momentos de las intervenciones divinas en la historia. Dios tiene sus “tiempos”: el tiempo de la conversión (cf. 2Pe 3,9), el *tiempo oportuno* (1Tm 2,6), la *hora* de Jesús (Jn 2,4), el tiempo de los gentiles (cf. Lc 21,24), el tiempo del castigo (cf. Jer 46,21), el *tiempo de los frutos* que espera el Viñador Divino (cf. Mt 21,34), el *tiempo de la visitación* de Dios (cf. Lc 19,44), el *tiempo de la consolación* (Hch 3,20), el *tiempo de la restauración universal* (Hch 3,21), el *tiempo de cumplir la promesa hecha a Abraham* (Hch 7,17), el *tiempo de la paciencia de Dios* (Rm 3,26), el *tiempo de nuestro destierro* (1Pe 1,17), el *tiempo de juzgar a los muertos* y el *tiempo de recompensar a los que han sido fieles* (Ap 11,18). El hecho de que Jesús hable de *kairós*, “tiempo oportuno”, indica que aun cuando estos premios se den en el *tiempo histórico* del hombre (*jrónos*) son premios principalmente espirituales, de gracia. Los santos, que son quienes han dejado realmente todo por Cristo, incluso en medio de las penurias y persecuciones temporales, se han sentido infinitamente recompensados por Dios aun en esta vida. En tal sentido han de ser leídas estas palabras.

La soledad de Cristo: sus amigos no entienden su misión

Lc 18,31-34

³¹ Tomando consigo a los Doce, les dijo: “Mirad que subimos a Jerusalén, y se cumplirá todo lo que los profetas escribieron para el Hijo del hombre; ³² pues será entregado a los gentiles, y será objeto de burlas, insultado y escupido; ³³ y después de azotarle le matarán, y al tercer día resucitará”. ³⁴ Ellos nada de esto comprendieron; estas palabras les quedaban ocultas y no entendían lo que decía.

(i) Este es el tercer anuncio de la Pasión que hace Nuestro Señor (el primero está relatado en Lc 9,22, después de la confesión de Pedro, y el segundo en 9,44). Lo hace solamente a los Doce (“tomando consigo a los Doce”). El misterio de la Pasión, como en general el misterio del dolor, se desvela solo a los más íntimos de Dios. En general, la mayoría de las personas no entienden, o entienden muy poco, lo que se relaciona con el sentido del padecer. Los que quieren padecer con Cristo son vistos por el mundo como locos de remate, porque el mundo huye del dolor y jamás podría comprender que alguien hable de su dolor con gozo, con aceptación, con amor.

(ii) Estamos ante el más completo y detallado de los tres anuncios, porque menciona pormenores como la entrega a los paganos, las burlas, los insultos y los desprecios (escupitajos), la flagelación, la muerte y la resurrección al tercer día.

(iii) Un detalle importante de san Lucas es que en este anuncio señala que de este modo se cumplirán las profecías sobre el Hijo del hombre. No había aludido a esto ninguna de las dos veces anteriores, y tampoco se refieren a este aspecto ni Mateo ni Marcos en ninguno de los lugares paralelos (los tres Sinópticos refieren los tres anuncios de la Pasión). La expresión “las profecías sobre el Hijo del hombre” puede referirse tanto a las profecías en general sobre la pasión y muerte del Mesías, cuanto en particular las profecías de Daniel, que es quien usa preferentemente esta expresión. La expresión hebrea y aramea “hijo de hombre” (ben-'adam, bar-'eral) a menudo es sencillamente sinónimo de “hombre” (cf. Sal 80,18), referido al miembro de la raza humana; equivale a nuestro “hijo de

Adán” (como decimos a veces: “este hijo de Adán” o “aquella pobre hija de Eva”). Se subraya así la precariedad del hombre (Is 51,12; Job 25,6), su pequeñez delante de Dios (Sal 11,4), a veces su condición pecadora (Sal 14,2s; 31,20), abocada a la muerte (Sal 89,48; 90,3). Dios mismo llama a Ezequiel, en este sentido, “hijo de hombre” (Ez 2,1.3).

(iv) Pero en el libro de Daniel se usa con otro sentido. El profeta ve venir sobre las nubes del cielo “un como Hijo de hombre” que avanza hasta el tribunal de Dios y recibe la realeza universal (Dn 7,13). Parece representar aquí al Jefe del pueblo santo, al que será entregado el imperio, como participación en el reino de Dios. Las atribuciones del Hijo de hombre rebasan las del Mesías, hijo de David; más bien es alguien relacionado con el mundo divino, trascendente. La tradición judía posterior a Daniel (por ejemplo el libro de Henoc) ve al Hijo de hombre como un ser misterioso, tenido en reserva para el fin de los tiempos, juez universal, salvador y vengador de los justos. Se le atribuyen algunos de los rasgos del Mesías real y del siervo de Yahveh (él es el elegido de justicia, cf. Is 42,1). Jesús usa muy a menudo esta expresión aplicándosela a Sí mismo; pero no solo en referencia al sentido de Daniel y de los escritos apocalípticos judíos que ven en el Hijo del hombre los rasgos gloriosos y judiciales (Lc 12,8.40; 17,24; 21,27; 22,69), sino también cargándolo con el contenido de las profecías dolorosas del Siervo de Yahvé, de Isaías (Lc 9,22; 9,44; 24,7)

(v) “No entendían lo que les decía”. La incompreensión no es propiamente de lo que está materialmente diciendo, lo cual es más que claro; se refiere también a que el *sufriamiento* de quien consideraban el Mesías no cuadraba con la idea que tenían de un salvador político, triunfante y glorioso. Pensaban, por tanto, que Jesús hablaba simbólicamente, y, por supuesto, no se atrevían a pedir aclaraciones. En el fondo, como nota un comentarista, los apóstoles, como todos los hombres, entendían lo que querían entender. Tomar materialmente las palabras de Cristo los hubiera llevado, en este caso, a la verdad sobre el desenlace de su vida, pero ellos *no querían* que las cosas terminasen de ese modo, por lo cual, tenían sus mentes cerradas a una interpretación de corte trágico. Miraban a Jesús con cariño, pero con una visión sesgada; en su caso, el sesgo era

triumfalista. Y por el aro del triunfo hacían pasar todo cuanto Jesús decía acerca de su fin. Esto es “no querer ver” la realidad, por no tener una disposición absoluta a dejarse sorprender por Dios... o *desilusionarse* de los castillos en el aire que uno se ha formado. ¡Cuántas veces un amor demasiado humano ciega nuestra percepción de la realidad y solo nos permite ver lo que estamos dispuestos a ver para que no se desmoronen nuestras ilusiones! Pienso en las esposas que *no quieren ver* que sus esposos andan en cosas raras, las madres que *no quieren ver* que sus hijos tienen un problema serio, los cónyuges que *no quieren ver* que sus esposas tienen comportamientos muy extraños... porque eso exigiría hacerse cargo probablemente de un drama muy grande en curso. Y cuando ya no pueden tapar el sol con la mano, sus rayos abrasadores los achicharan. “-Tu esposo bebe de más”: “-No puede ser; él no es así”. “-Tu esposa se nota demasiado coqueta con fulano”: “-La conozco bien, y no puedo pensar eso de ella”. “-Tu hija tiene una mirada muy triste, como la de quien oculta algo serio”; “-Yo la conozco mejor que nadie; si tuviese un problema me lo habría dicho...” Y cuando los ojos se abren a la fuerza, ya no hay remedio. De modo semejante, los apóstoles tenían la impresión de oír claramente sobre azotes, humillaciones, muerte, dolor... pero eso no cuadraba con la idea que ellos se habían hecho del “reino de Cristo”, y por tanto, pensarían que el Maestro estaría hablando en “clave”. Sí: en clave de redención.

LOS EPISODIOS DE JERICÓ

La curación del ciegoito

Lc 18,35-43

³⁵ *Sucedió que, al acercarse él a Jericó, estaba un ciego sentado junto al camino pidiendo limosna;* ³⁶ *al oír que pasaba gente, preguntó qué era aquello.* ³⁷ *Le informaron que pasaba Jesús el Nazoreo* ³⁸ *y empezó a gritar, diciendo: “¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!”* ³⁹ *Los que iban delante le increpaban para que se callara, pero él gritaba mucho más: “¡Hijo de David, ten compasión de mí!”* ⁴⁰ *Jesús se detuvo, y mandó que se lo trajeran*

y, cuando se hubo acercado, le preguntó: ⁴¹ “¿Qué quieres que te haga?” Él dijo: “¡Señor, que vea!” ⁴² Jesús le dijo: “Ve. Tu fe te ha salvado”. ⁴³ Y al instante recobró la vista, y le seguía glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al verlo, alabó a Dios.

(i) Esta escena tiene lugar en la región del Jordán en Jericó, ciudad que Herodes el Grande y Arquelao adornaron con lujosos edificios de estilo romano helenístico. Jesús se dirigía a Jerusalén, y en Jericó comienza la subida a la ciudad santa, la meta de su viaje. Precisamente en ese trayecto que ahora Jesús hace desde la depresión jordana hasta las montañas de Judea, había él ambientado una de sus parábolas más conocidas, la del buen samaritano.

(ii) Según san Mateo y san Marcos el hecho que comentamos ocurre a la salida de Jericó, pero San Lucas lo sitúa a la entrada en la ciudad. Por otra parte, san Mateo dice que eran dos ciegos, san Lucas y san Marcos solo uno, al que este último llama Bartimeo. Esto muestra que algunos episodios están ligeramente acomodados a un procedimiento redaccional elegido por el evangelista. Se discute todavía hoy cuál es la perspectiva de san Lucas, aunque se proponen varias hipótesis interesantes como, por ejemplo, que coloca este episodio al acercarse a la ciudad, porque luego pondrá dentro de ella el encuentro con Zaqueo y ya ciertamente fuera de ella, “acercándose a Jerusalén”, la parábola de las minas. Sería un cuadro en tres actos. Puede ser que sea así. En realidad, no cambia sustancialmente las cosas. El P. Bóver suponía que el encuentro se dio al aproximarse a Jericó, pero que duró mientras la atravesaba y continuó mientras se iba, porque el ciego siguió un buen trecho importunando a los que iban con Cristo con los gritos; quizá en el entretiem po pudo haberse dado el encuentro con Zaqueo y algunas cosas más; el milagro no tiene lugar sino cuando ya han salido del poblado en dirección a Jerusalén; de ahí que san Lucas, que suele simplificar los sucesos para que quede solo lo esencial lo relaciona exclusivamente con el primer momento, además de no mencionar al segundo ciego que no tiene una actuación tan importante.

(iii) El cieguito estaría sentado junto a alguna pared, pidiendo limosna cuando he aquí que pasa gente bulliciosa, como son todos los que rodean a un taumaturgo del que esperan milagros. Habiendo preguntado de qué se trataba, le dicen que Ἰησοῦς ὁ

Ναζωραῖος παρέρχεται (*Iesoús ho Nazoraíos parérjetai*). Es esta una frase que vale mil meditaciones: “Es Jesús el nazareno que está pasando”, tal cual ocurre a menudo en nuestras vidas. A veces no oímos tumulto de gente alborozada, pero escuchamos otros voceríos: el dolor, la desgracia, la enfermedad, el fracaso, la insatisfacción con la vida que llevamos, la amargura de nuestro vacío, la deformidad de nuestros pecados... ¿Qué es sino *Iesoús ho Nazoraíos parérjetai*, Jesús el nazareno, que está pasando” a nuestro lado para que le pidamos que se apiade de nosotros? ¿Cuántos habrán oído ese mismo tumulto con alguna inquietud pero sin abandonar la tapia en que se cobijaban y sin animarse a correr detrás de Cristo gritando sin vergüenza que tuviera misericordia de ellos? Muchos, muchos, muchos. Pero quedaron amalgamados con el gris de los muros que no se animaron a abandonar. Para recibir el milagro de la curación hay que humillarse como Bartimeo antes que Cristo se aleje de Jericó... para siempre. No perdamos de vista que esto ocurrió la última vez que Jesús pasó por ese pueblo.

(iv) Barclay hace notar que san Lucas usa dos verbos distintos para decir “gritar”. En el versículo 38 usa el verbo βοάω (*boáo*); en el 39 κράζω (*krázo*). El primero, βοάω (*boáo*) se traduce como clamar, dar voces, gritar, bramar. En el Nuevo Testamento se usa para decir que una persona clama a causa de su angustia o pidiendo socorro (Mc 15,34; Lc 9,38; Hch 8,7), o en una proclamación solemne (Mt 3,3; Mc 1,3; Lc 3,4), o al rezar (Lc 18,7). Este verbo se relaciona con *boe*, que significa especialmente grito de socorro, y es un término onomatopéyico parecido al sonido que hacemos cuando clamamos, tanto de gozo como de dolor. Es, pues, un hablar con voz fuerte, gritando. Así comenzó a hablar el ciego pidiéndole a Jesús que tuviera piedad de él.

(v) Antes de abordar el segundo verbo, prestemos atención a lo que decía: “¡Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí!” Este título tiene mucha importancia en el contexto en que está ubicado, porque Jesús está subiendo a Jerusalén para morir como Mesías, y el cieguito lo aclama precisamente con el título de “Hijo de David”, el título mesiánico más usual. Era el título mesiánico más cargado de esperanzas políticas nacionales, y por esa razón Jesús lo había prohibido antes en la curación de otros dos ciegos mencionada por

san Mateo (Mt 9,30). Ahora lo permite porque al acercarse a Jerusalén para morir, disuelve lo erróneo de las esperanzas temporales mesiánicas y pone en evidencia otra imagen del Mesías, del hijo de David que es Dios que toma la carne de David para que esta muera por todos los hombres.

(vi) Los que rodeaban a Cristo “le increpaban para que se callara”, como suele ocurrir a menudo. Porque lamentablemente parece que muchas veces los que están más cerca de Cristo son los que se preocupan más por las formas externas que por la acción salvífica de Cristo, y a los que vienen chillando para pedirle ayuda a Cristo los ahuyentan por molestos.

(vii) El ciego, con muy buen tino, en lugar de hacerles caso, no solo continúa sino que pasa a una acción que san Lucas describe con el verbo κράζω (*krázo*). Éste literalmente significa graznar como cuervo, como leemos en el diccionario Strong, o bien llamar a gritos, chillar. El diccionario Vine lo relaciona con *kraugee*, que es también palabra onomatopéyica que significa grito, clamor; usada en particular del chillido del cuervo, y de ahí se aplica a cualquier grito inarticulado de temor, dolor, etc. En los Evangelios se usa para describir el clamor de la mujer cananea (Mt 15,22), el clamor de los niños en el templo (Mt 21,15), el del populacho que gritaba para que Cristo fuera crucificado (Mt 27,23; Mc 15,13-14), el clamor de Cristo en la cruz al final de sus sufrimientos (Mt 27,50; Mc 15,39). San Juan lo usa tres veces de los clamores de Cristo (Jn 7,28; 7,37; 12,44). Barclay afirma que es “el grito instintivo que surge de una emoción incontrolable, casi un aullido animal. La palabra indica la total desesperación del ciego”.

(viii) Es solo cuando el ciego llega a este punto, que Jesús se detiene y manda que se lo acerquen. Nosotros pretendemos que Dios nos preste atención a los primeros tímidos quejidos que pronunciamos más con los labios que con el corazón. ¡Qué poco hemos meditado estos hechos notables!

(ix) “Tu fe te ha salvado”. El ciego es, por tanto, ciego de cuerpo, pero no de alma, porque ve lo que quizá muchos de los que rodeaban a Jesús no veían: su mesianismo. Jesús premiará la fe con el milagro de los ojos. Esta curación tiene un valor apologético notable, porque al realizarla, Jesús *confirma la confesión mesiánica*

del ciego. En efecto, Jesús le devuelve la vista *aceptando* el acto de fe del ciego. No lo corrige, sino que deja que lo proclame Mesías.

(x) El ciego es también un signo de la redención. El camino hacia Jerusalén, Jesús lo debe recorrer a causa de la ceguera de su pueblo. Isaías pone en boca de su pueblo aquellas hermosas aunque dramáticas palabras: “Vamos palpando como el ciego a lo largo del muro, y andamos a tientas, como quien no tiene ojos. Tropezamos en pleno día como si fuera de noche; estamos a oscuras, como muertos” (Is 59,10). Isaías lo reconoce, y Bartimeo también. Pero la mayoría de Israel no reconoció su ceguera, y por eso permanecieron ciegos. Ellos no pidieron ser curados, porque no se consideraban enfermos. Y para ellos Jesús pasó camino a Jerusalén sin que lo vieran.

Jesús y Zaqueo

Lc 19,1-10

¹ Habiendo entrado en Jericó, atravesaba la ciudad. ² Había un hombre llamado Zaqueo, que era jefe de publicanos, y rico. ³ Tratava de ver quién era Jesús, pero no podía a causa de la gente, porque era de pequeña estatura. ⁴ Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verle, pues iba a pasar por allí. ⁵ Y cuando Jesús llegó a aquel sitio, alzando la vista, le dijo: “Zaqueo, baja pronto; porque es preciso que hoy me quede yo en tu casa”. ⁶ Se apresuró a bajar y le recibió con alegría. ⁷ Al verlo, todos murmuraban diciendo: “Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador”. ⁸ Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: “Daré, Señor, la mitad de mis bienes a los pobres; y si en algo defraudé a alguien, le devolveré el cuádruplo”. ⁹ Jesús le dijo: “Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abraham, ¹⁰ pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido”.

(i) San Lucas coloca esta escena dentro de Jericó, en continuación cronológica con la curación del ciego, que situó a la entrada de la ciudad (aunque, como hemos señalado, probablemente comenzara allí pero el milagro concluyera ya saliendo del pueblo). La Jericó de Zaqueo es la herodiana, a tres kilómetros al sur de la vieja, la única habitada en ese entonces. Comenta Barclay que era

una ciudad muy importante y rica, ubicada en el valle del Jordán, que controlaba el acceso a Jerusalén y el paso al Este del bíblico río. Sus bosques de balsameras eran mundialmente famosos y perfumaban el aire varios kilómetros a la redonda. Los jardines de rosas que la embellecían eran tan célebres que la misma Sabiduría divina se compara a ellas (cf. Sir 24,14). Tenía un gran palmeral y por eso se conocía como “La Ciudad de las Palmeras”. Flavio Josefo la describe como “región divina, la más fértil de Palestina”. Los romanos comercializaron e hicieron famosos sus dátiles y su bálsamo.

(ii) La entrada de Jesús en Jericó fue un verdadero acontecimiento porque la fama de taumaturgo lo precedía; iba, pues, escoltado por una abigarrada multitud. Entre los curiosos se mezcló un publicano notable y rico, jefe de publicanos, llamado Zaqueo. Porque precisamente por la riqueza y el emplazamiento de la ciudad vivían en ella muchos cobradores de impuestos (publicanos) organizados bajo algunos jefes, como el personaje del episodio. Zaqueo es abreviatura de Zacarías, y podemos suponer sin temor a equivocarnos que sería uno los hombres más odiados de la zona, ya que era caudillo de los individuos más despreciados en toda sociedad. Este, además, se había hecho rico, en parte al menos, con la injusticia, como él mismo lo reconocerá más tarde.

(iii) De Zaqueo, además de su profesión, se nos dice que era un hombre bajo de estatura, dato que San Lucas considera necesario para que se entiendan los acontecimientos. Y añade también que “trataba de ver a Jesús”. El verbo ζητέω (*zetéo*) se puede traducir, según las circunstancias, como buscar, querer, requerir, e incluso ir detrás. El deseo de Zaqueo no era una mera veleidad, porque las voluntades veleidosas no hacen correr a los ricos ni treparse a los árboles para ver pasar a un personaje. Su voluntad tenaz solo puede responder o a una gran curiosidad o a una gran desazón de la vida. Barclay apuesta por lo segundo, diciendo que nuestro Zaqueo “era rico, pero no era feliz. No podía por menos de sentirse solo, porque había escogido una profesión que le convertía en un descastado”. Y añade: “Había oído hablar de Jesús, que recibía a los publicanos y a los pecadores, y quería saber si tendría algo para él. Despreciado y odiado por los hombres, Zaqueo buscaba el amor de Dios”. El hecho de que, siendo un hombre influyente en su sociedad, no le abrieran

paso para dejarlo ponerse delante de la multitud, muestra que esta no lo quería. Y el que Zaqueo no gaste saliva en pedir paso sino que prefiera adelantarse y subirse a las ramas de un árbol, muestra que él se daba perfecta cuenta de que perdería el tiempo pidiendo favores a quienes lo aborrecían.

(iv) Este Zaqueo era un hombre que no se cuidaba de la justicia, pero no carecía de voluntad enérgica. Por eso al proponerse ver a Jesús, no permitió que ningún obstáculo lo frenara. Esta psicología explica su también fulminante conversión y sus recias determinaciones en lo que hace a su futuro inmediato. Vencer obstáculos no se limitaba a encontrar una solución para su baja estatura, sino también exponerse a que en el anonimato de la multitud algunos se cobrasen las injusticias recibidas con algunas patadas y pellizcos bien puestos. Pero san Lucas deja entrever que no se puso a cavilar en estas cosas sino que ejecutó sus propósitos con resolución.

(v) Y allí lo encontró Jesús, subido a un sicómoro, o higuera gigante y frondosa. El Maestro no llamó a ninguno de los que prefirieron curiosear en el anonimato de la multitud, sino a uno de los que *hicieron fuerza* por verlo. Así sigue actuando en la historia en la generalidad de los casos, aunque no podamos establecer parámetros fijos para la libérrima voluntad divina, porque Dios constantemente se sale de los libretos que creemos descubrir en Él. De todos modos, es indudable que así suele actuar casi siempre: se encara con el que le pone ganas a encontrarse con Él, con quien lo busca, incluso si lo busca con grandísima confusión y a veces por caminos un tanto extraviados. En cambio, el que se contenta con mirarlo pasar, sin atreverse a quedar expuesto a las burlas del populacho, ni a pasar por ridículo trepándose a un árbol, ni correr el riesgo de darse un porrazo... solo alcanza eso: un conocimiento lejano de una figura que pasa sin meterse en su vida.

(vi) Con Zaqueo no fue así. Jesús se paró ante él y alzando la vida le dijo: “Zaqueo, baja pronto; porque es preciso que hoy me quede yo en tu casa”. Lucas usa la expresión *δεῖ* (*dei*), que es verbo impersonal de *δέω* (*déo*), y se traduce como “es necesario, se debe, es menester, se necesita, se tiene la obligación de, es preciso...” ¡Qué misterio ese “es necesario”! ¿Para quién es necesario? Para Zaqueo

ciertamente; para nosotros ciertamente. Pero quizá Jesús hablaba también de su propia necesidad. Jesús se siente presionado por su caridad. “Siento necesidad de salvarte, de quererte”... “quizá porque si no te quiero yo, que soy tu Creador, nadie podrá quererte habiendo caído tan bajo como has caído”.

(vii) Y habla de quedarse “en tu casa”; οἶκος (*oikos*) significa casa pero por implicación indica la familia, la nación, el pueblo (incluso el templo y el palacio), es decir, todo lo relacionado con οἰκέω (*oikeo*), morar. Jesús no habla solo de hospedarse en la morada material de Zaqueo, en el *edificio*, sino que le pide a este que le haga lugar en su hogar, es decir, en su familia. Porque Jesús quiere salvar a Zaqueo, pero no solo a él sino a todos los que son parte de Zaqueo. Deberíamos traducir la expresión: “es necesario que hoy me introduzca en tu familia”.

(viii) San Lucas nota que Zaqueo bajó inmediatamente (el texto dice “se *aceleró* –dio prisa– en bajar”). Las llamadas de Dios hay que responderlas de modo inmediato y sin pérdida de tiempo. San Ambrosio dice con mucha justeza que Zaqueo es un fruto maduro que cae del árbol a la primera sacudida que le hace Cristo.

(ix) También nota el evangelista que “todos” murmuraban de Cristo por haberse hospedado en casa de un pecador. *Todos*, es decir, los fariseos, el populacho... y quizá los discípulos de Cristo que se sentirían incómodos de acompañar al Maestro a la casa de un hombre aborrecido, quedando ligados también ellos a esta embarazosa situación. Porque en aquel entonces, como ocurre hoy, para muchos “cercaños” a Cristo pesa mucho el guardar las buenas apariencias y que no los relacionen con quienes tienen mala fama. La buena fama –el amarla más de lo necesario (porque la buena fama no se debe exponer innecesariamente)– a veces se convierte en una cadena que impide hacer mucho bien.

(x) Zaqueo de convirtió de corazón. Por eso luego, “puesto en pie” (san Lucas destaca esta actitud solemne de Zaqueo para declarar sus compromisos porque probablemente esto debe haber tenido lugar mientras comían), anuncia dos resoluciones. La primera: dar la mitad de sus bienes a los pobres. Estos son sus bienes legítimos, de los que dispone en favor de los necesitados. La segunda: reparar con generosidad a los que ha defraudado. En este

caso no se trata de hacer caridad sino justicia, y la justicia transgredida no se restaura con la simple devolución de lo robado, o de lo injustamente exigido, sino que reclama la reparación de los daños que puedan haberse causado, los cuales no se reducen necesariamente a perjuicios económicos sino que pueden traducirse como daños afectivos (humillación, desesperación, rencores, odios... y todos los sentimientos envenenados que una injusticia pone en marcha en los corazones abusivamente probados). ¡Y ofrece dar cuatro veces más! Disposición que debería ser tenida en cuenta por los que tienen deudas de justicia... ¡Y el Señor no le dijo que no era necesario llegar a tales extremos! ¡Al contrario, oyendo eso, dijo que la salvación había llegado a esa casa!

(xi) “Hoy ha llegado la salvación a esta casa, porque también éste es hijo de Abraham, pues el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido”. Teológicamente es muy importante esta sentencia de nuestro Señor. “Hoy ha llegado la salvación a esta casa” pone en relieve el *momento sagrado, kairós*, que toca a la familia de Zaqueo, porque este junto a los suyos se abren a Dios. Jesús ha entrado en muchas casas durante su vida pública y lo hemos encontrado en distintos banquetes, pero en ninguno de ellos ha pronunciado este “hoy ha llegado la salvación”. Porque en ninguna de esas casas ha encontrado la reacción de Zaqueo. La “Salvación” que entra en ese hogar es el mismo Jesús. Él es el Salvador. Y Jesús declara que la fe de Zaqueo, esa fe que comienza a estar encendida en su corazón, lo hace “hijo de Abraham”: “también éste es hijo de Abraham”. Zaqueo era judío, pero por su profesión, considerada una traición al pueblo, no se lo consideraba ya como tal. Para Jesús es la fe la que introduce a alguien en la descendencia de Abraham. Esta la establece la *circuncisión del corazón* de la que hablará san Pablo en la carta a los Romanos, y no ya la *circuncisión meramente carnal* que el mismo Apóstol critica. Sienta también Jesús el gran principio salvífico: “el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido”.

La parábola de las minas

Lc 19,11-27

¹¹ Estando la gente escuchando estas cosas, añadió una parábola, pues estaba él cerca de Jerusalén, y creían ellos que el Reino de Dios aparecería de un momento a otro. ¹² Dijo pues: “Un hombre noble marchó a un país lejano, para recibir la investidura real y volverse. ¹³ Habiendo llamado a diez siervos suyos, les dio diez minas y les dijo: «Negociad hasta que vuelva». ¹⁴ Pero sus ciudadanos le odiaban y enviaron detrás de él una embajada que dijese: «No queremos que ése reine sobre nosotros». ¹⁵ Y sucedió que, cuando regresó, después de recibir la investidura real, mandó llamar a aquellos siervos suyos, a los que había dado el dinero, para saber lo que había ganado cada uno. ¹⁶ Se presentó el primero y dijo: «Señor, tu mina ha producido diez minas». ¹⁷ Le respondió: «¡Muy bien, siervo bueno!; ya que has sido fiel en lo mínimo, toma el gobierno de diez ciudades». ¹⁸ Vino el segundo y dijo: «Tu mina, Señor, ha producido cinco minas». ¹⁹ Dijo a éste: «Ponte tú también al mando de cinco ciudades». ²⁰ Vino el otro y dijo: «Señor, aquí tienes tu mina, que he tenido guardada en un lienzo; ²¹ pues tenía miedo de ti, que eres un hombre severo; que tomas lo que no pusiste, y cosechas lo que no sembraste». ²² Le dice: «Por tu propia boca te juzgo, siervo malo; sabías que yo soy un hombre severo, que tomo lo que no puse y cosecho lo que no sembré; ²³ pues ¿por qué no colocaste mi dinero en el banco? Y así, al volver yo, lo habría cobrado con los intereses». ²⁴ Y dijo a los presentes: «Quitadle la mina y dádsela al que tiene las diez minas». ²⁵ Le dijeron: «Señor, tiene ya diez minas». ²⁶ «Os digo que a todo el que tiene, se le dará; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. ²⁷ Pero a aquellos enemigos míos, los que no quisieron que yo reinara sobre ellos, traedlos aquí y matadlos delante de mí»”.

(i) Al salir de Jericó el grupo compuesto por Nuestro Señor y los que lo acompañaban comenzó la subida hacia Jerusalén, lo que aumentó las expectativas de sus discípulos, quienes estaban creídos que la llegada del Reino de Dios era algo inminente, es decir, que Jesús –de cuyo mesianismo iban persuadiéndose por los milagros presenciados– iba a instaurar el Reino mesiánico de un momento a otro, y quizá en esa misma subida a Jerusalén. Esta parábola, muy parecida a la de san Mateo que conocemos como “de los talentos” (Mt 25,14-30), tiene, sin embargo, una perspectiva diversa

precisamente porque apunta a dejar las cosas en claro sobre la instauración del Reino. Fueron pronunciadas en oportunidades diversas, ésta durante la subida a Jerusalén y la que refiere san Mateo unos días después, ya en la ciudad. Esto no debe extrañarnos, pues debemos suponer que Jesús usaría varias veces las imágenes compuestas por su ingenio, adaptándolas según los auditorios y las finalidades pedagógicas del momento. Extremar, pues, el principio de que todas las parábolas que se parecen no son sino duplicaciones de un mismo relato acomodado diversamente según los evangelistas es un abuso que desconoce los recursos de cualquier predicador... o demuestra que quien lo afirma no ha predicado en su vida más de media docena de sermones. De hecho, la parábola de los talentos apunta a destacar que Dios quiere que los hombres hagan rendir los dones recibidos, y que cada uno será juzgado, al final de su vida, según los frutos dados en la vida. En cambio, la parábola lucana es más compleja y enseña que, antes de ese momento judicial y de la instauración del reinado, el que ha de ser juez habrá de ausentarse un tiempo para recibir la confirmación de su reinado, y cómo deben comportarse los súbitos durante su ausencia. Responde, así, directamente, a las expectativas ansiosas de sus acompañantes: no será tan pronto la inauguración del Reino, y han de suceder algunas cosas en el entretiem po.

(ii) Según Barclay, para esta parábola Jesús toma pie de un acontecimiento histórico conocido por sus oyentes. Se trata de lo ocurrido a la muerte de Herodes el Grande, el año 4 antes de C., quien dejó su reino dividido entre Herodes Antipas, Herodes Felipe y Arquelao. Aquel reparto, antes de ser efectivo, tenía que ser ratificado por los Romanos. Arquelao, al que le había correspondido Judea, fue a Roma a tratar de convencer a Augusto para que le reconociera su derecho; pero los judíos mandaron detrás de él una embajada de cincuenta hombres para decir al emperador que no querían a Arquelao. Augusto finalmente le confirmó su herencia, aunque sin el título regio.

(iii) La parábola, pues, como hemos dicho, es compleja y tiene como dos momentos. El primero es el trasfondo del Reino Mesianico, del que Jesús enseña que, una vez obtenido el derecho de reinar, quien ha de ser rey debe marchar a recibir la investidura real y

luego volver. Es una clara alusión –al menos para quienes conocemos el misterioso plan divino– de que Jesús, una vez ganado su reino en la Pasión, no comenzará a ejercerlo en pleno inmediatamente, sino que ha de ausentarse junto al Padre para venir en el tiempo dispuesto por Este para juzgar y reinar. Jesús está enseñando su ascensión a los cielos y su retorno o parusía. Así lo han entendido algunos Padres, como, por ejemplo, san Eusebio quien decía: “significa su ascensión desde la tierra al cielo (...) y da a conocer su segunda venida gloriosa y regia”. Sus oyentes no podían entender la idea, pero la verdad estaba dicha y el error sobre la inminencia del reino despejado.

(iv) El segundo momento pone de manifiesto que los súbditos ya conquistados por Cristo quedan en este mundo con la responsabilidad de manejar los asuntos de ese reino conquistado o heredado aunque aún no ejercido plenamente. Ese señor, por tanto, distribuye sus riquezas entre diez de su confianza con el mandato de negociarlas hasta su vuelta. ¿Qué riquezas son estas y a quiénes las consigna? Los siervos o criados son los discípulos que el señor deja a cargo de su casa; se trata, pues, de algunos selectos: los apóstoles y los que ellos se asocien o los sucedan con el tiempo. En cuanto a lo repartido, san Lucas habla de “mina”, que era la moneda griega; una mina equivalía a cien dracmas, o sea, cien denarios. Aquí, a diferencia de la parábola de los talentos, reparte a todos la misma cantidad; diez minas, o sea, mil denarios o dracmas a cada uno. No era una cantidad demasiado grande; porque la idea que quiere dejar aquí el Señor es que los criados de confianza deben demostrar su fidelidad en lo poco haciendo fructificar esos dones. En esto diverge de la parábola de los talentos, pues un talento era una medida exorbitante (un talento de oro equivalía a unos 50 kilos de oro, o sea el salario de 6000 días de trabajo).

(v) “Pero sus ciudadanos lo odiaban y enviaron detrás una embajada que dijese: No queremos que ése reine sobre nosotros”. Los ciudadanos son los enemigos del reinado de su señor; no lo quieren por rey. Son los súbditos forzados. Representan, ante todo, a los malos cristianos; los que no están de acuerdo con el yugo de Cristo, por eso rechazan su reyecía. Son también todos los demás que Cristo ha ganado con su Pasión, pero que no se someten

voluntariamente a Él. Porque en la Pasión Cristo ha conquistado a todos los hombres, aunque la mayoría no lo acepten como rey. Y si no quieren que reine, menos desean que vuelva a instaurar un reino.

(vi) Pero el señor de la parábola volvió y con vestidura real, y con esto Jesús advierte que Él, el verdadero rey a quien se aplica la parábola ha de volver. Y ejerce dos acciones. La primera, exigir a sus criados de que den cuenta de sus negocios; la segunda hacer justicia con quienes se opusieron a su dominación. Las cuentas que hace con sus criados nos ayudan a entender por qué en esta parábola, a diferencia de la de los talentos, Jesús habla de cantidades relativamente modestas. Aquí, en efecto, se resalta la desproporción del premio: al que con diez minas ganó otras diez, le da el gobierno de diez ciudades; al que ganó cinco, el gobierno de cinco ciudades. Y se deja claro el motivo: “porque has sido fiel *en lo mínimo*”. Notemos dos cosas en el premio: ante todo, sobrepasa notablemente lo administrado (de hacer fructificar unas modestas cantidades, a ser gobernador de ciudades); lo segundo, que se trata de un *nuevo encargo*, el de gobernar ciudades de su señor (no se las regala como suyas, sino que los nombra gobernadores para que ejerzan en ellas el dominio en su nombre); es, por tanto, una muestra de mayor confianza y una participación más íntima en el reinado de su señor.

(vii) Pero al que escondió las minas, no perdiéndolas por cierto, sino dejándolas infructuosas, sin sacarles ni siquiera el interés que hubiera dado un banco, es castigado dejándolo sin nada. “Se le quitará incluso lo que tiene”; la frase pone de manifiesto que se trata de una “degradación”, de un perder el honor de criado y siervo de confianza. Si la aplicamos a los que velan por el pueblo de Dios, nos animaríamos a decir que el castigo es la pérdida del estado clerical y de la confianza íntima con el Señor.

(viii) Luego de esto Jesús menciona, aunque sin detenerse mucho en ello, el castigo de los que se opusieron a su reinado. Y los llama “enemigos míos”, “los que no quisieron que yo reinara sobre ellos”. A estos los castiga con la muerte, es decir, con la exclusión definitiva de su reino. Y ya sabemos lo que eso significa si entendemos la parábola como referida al Juicio definitivo de todos los hombres.

ENTRADA TRIUNFAL EN JERUSALÉN

Lc 19,28-48

²⁸ *Y habiendo dicho esto, marchaba por delante subiendo a Jerusalén.*

(i) San Lucas cierra la parábola de las minas, proferida en el trayecto de los casi treinta kilómetros que separan Jericó de Jerusalén, aludiendo nuevamente a la subida del Señor hacia la Ciudad Santa. Es decir, hacia la *meta* de su peregrinación terrena. Toda la vida pública de Cristo es presentada por este evangelista como un solo viaje (propiamente un *ascenso*) hacia Jerusalén, hacia su Muerte y Resurrección.

(ii) Pero aquí añade, como detalle nada menor, que Jesús “iba delante” de todos los demás. Jesús, que ya ha predicho al menos tres veces su futura pasión, deja en claro su voluntad de padecer encabezando el cortejo, mostrando su deseo de llegar donde tendrán lugar los acontecimientos centrales de su ministerio. Él marca el ritmo de la caminata y sus discípulos lo siguen teniendo que acomodar su paso al del Maestro que ahora se hace Conductor de su rebaño.

La entrada triunfal

Lc 19,29-40

²⁹ *Y sucedió que, al aproximarse a Betfagé y Betania, al pie del monte llamado de los Olivos, envió a dos de sus discípulos, ³⁰ diciendo: “Id al pueblo que está enfrente y, entrando en él, encontraréis un pollino atado, sobre el que no ha montado todavía ningún hombre; desatadlo y traedlo. ³¹ Y si alguien os pregunta: «¿Por qué lo desatáis?», diréis esto: «Porque el Señor lo necesita»”. ³² Fueron, pues, los enviados y lo encontraron como les había dicho. ³³ Cuando desataban el pollino, les dijeron los dueños: “¿Por qué desatáis el pollino?” ³⁴ Ellos les contestaron: “Porque el Señor lo necesita”. ³⁵ Y lo trajeron donde Jesús; y*

*echando sus mantos sobre el pollino, hicieron montar a Jesús.*³⁶
*Mientras él avanzaba, extendían sus mantos por el camino.*³⁷
*Cerca ya de la bajada del monte de los Olivos, toda la multitud de los discípulos, llenos de alegría, se pusieron a alabar a Dios a grandes voces, por todos los milagros que habían visto.*³⁸ *Decían: “Bendito el Rey que viene en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en las alturas”.*³⁹ *Algunos de los fariseos, que estaban entre la gente, le dijeron: “Maestro, reprende a tus discípulos”.*⁴⁰
Respondió: “Os digo que si éstos callan gritarán las piedras”.

(i) Llegando desde la depresión desértica en la que se alza el oasis de Jericó lo primero que se encuentra es el monte de los Olivos, que oculta al viajero la vista de Jerusalén. La ciudad no se divisa sino al llegar a la cima de aquel cerro. Betfagé, que significa “casa de higos no maduros”, junto a Betania, eran las aldeas más distantes de Jerusalén que surgían sobre la falda este del monte de los Olivos. Casi con certeza esa jornada de Jesús terminó en Betania, desde donde, a la mañana siguiente, mandará el Señor a sus discípulos a cumplir el encargo de buscarle el pollino, que comentaremos a continuación. No debemos olvidar que san Lucas, queriendo ordenar los episodios de modo tal que todo el itinerario de Jesús esté dominado por el afán de llegar a Jerusalén, no relata, como sí lo hacen los demás evangelistas, el banquete en casa de Lázaro y sus hermanas, en el que María lo *ungió* con el perfume de nardo, “anticipándose a embalsamar su cuerpo para la sepultura”, como dicen Mateo, Marcos y Juan (cf. Mt 26; Mc 14 y Jn 12). Pero en realidad los hechos sucedieron mediando el reposo nocturno en Betania.

(ii) El alto en la casa de los amigos de Betania, en donde pocos días antes Jesús había resucitado a Lázaro, tiene que haber disparado la noticia de la llegada del Señor, el resucitador, hasta la misma Jerusalén, lo que explica que tanta gente le saliera al encuentro al día siguiente, tan temprano, o que incluso se juntaran allí desde la noche de su llegada y salieran acompañándolo desde la misma aldea. Muy de madrugada, pues, Jesús prepara la continuación de su viaje, enviando a dos de sus discípulos a que vayan a la aldea que está frente a Betania, aproximadamente un kilómetro más adelante siguiendo el serpenteante derrotero faldero,

que era Betfagé, considerada ya por el Talmud como arrabal de Jerusalén, a que cumplan un extraño gesto: “Id al pueblo que está enfrente y, entrando en él, encontraréis un pollino atado, sobre el que no ha montado todavía ningún hombre; desatadlo y traedlo. Y si alguien os pregunta: «¿Por qué lo desatáis?», diréis esto: «Porque el Señor lo necesita». Fueron, pues, los enviados y lo encontraron como les había dicho”. Las cosas sucedieron tal cual lo había predicho Jesús: “Cuando desataban el pollino, les dijeron los dueños: «¿Por qué desatáis el pollino?» Ellos les contestaron: «Porque el Señor lo necesita»”. Al saber que obedecían a Jesús no objetaron nada. Probablemente eran amigos de la familia de Lázaro y por lo tanto estaban bien dispuestos hacia Jesús, y ya sabrían de su presencia en Betania porque, como hemos dicho, aunque el Señor se detuviese allí la tarde anterior, la noticia de su llegada había continuado camino hasta la capital. No me parece buena la suposición de Barclay, para quien, en realidad, Jesús había planeado las cosas cuidadosamente, al punto de concertar con esta familia esta clave (“el Señor lo necesita”) para que le prestaran los burros. Creo que no es esa la idea que pretenden referir los evangelistas.

(iii) Al respecto de esto, explica Ricciotti: “El asno era en Palestina la cabalgadura de las personas notables, ya desde los tiempos de Balaam (Núm, 22,2). Jesús, al buscar en esta ocasión aquella montura, mostró querer secundar los festivos deseos de la comitiva. Pero la mira de Jesús era a la par mucho más amplia. Mateo, en su especial cuidado de señalar el cumplimiento de las profecías mesiánicas, hace notar que entonces se cumplió la predicción del antiguo profeta Zacarías (9,9), según la cual el rey de Sión acercaría a ésta, manso, cabalgando una asna y un pollino. También por ello es Mateo el único en recordar que allí, en Betfagé, estaban atados juntos el pollino y su madre, y que ambos fueron llevados a Jesús, mientras los demás evangelistas mencionan únicamente el asnillo sobre el que Jesús cabalgó efectivamente”.

(iv) Jesús montó, pues, sobre el pollino o asnillo, “sobre el que todavía no había montado ningún hombre”. El pequeño borriquito que se elige Jesús tiene un rasgo virginal, de pureza: ningún hombre todavía lo ha usado como cabalgadura. Destacadamente Jesús, que asume nuestra pobreza y comparte

durante su vida las necesidades de los pobres pescadores galileos, no quiere que se le traiga, ahora que hará su entrada solemne hacia la ciudad-altar sacrificial, nada que sea de segunda mano. No quiere de nosotros las *sobras*, como no quiere el veterano rucio de escaso futuro, sino *nuestra plenitud*, nuestro asnillo, el que podríamos dedicar a tantos paseos y proyectos, pero que Dios nos pide que le separemos para Él. ¡Cuán difícil de comprender es este deseo divino para muchos hombres! Pretenden –*¡pretendemos*, que aquí no hay quien escape!– contentar a Dios con lo que ya no nos reporta utilidad. Por eso dejamos para la oración los momentos en que, de todos modos, no seríamos capaces de hacer bien ninguna otra tarea; damos en limosna al pobre –al rostro de Cristo en la tierra– aquello que no serviríamos a nuestros propios hijos ni nos animaríamos a comer o vestir nosotros mismos. Esperamos para volvernos piadosos y virtuosos a que llegue el crepúsculo de nuestras vidas, cuando ya no hace falta sacrificar por un ideal el vigor juvenil que hemos gastado, entre tanto, correteando a nuestro gusto tras las mariposas de la vida. Así somos con Dios; con ese Dios que nos mandó a su propio hijo, hecho niño, y le pidió que inmolarse por nosotros su vida cuando estaba en la plenitud de su vigor. Nosotros traemos a Jesús nuestros burros viejos, lentos y traspirados, para que entre en Jerusalén a morir en lugar nuestro, mientras nosotros nos vamos por esos campos lozanos montados en nuestros prometedores asnillos brincando como si nuestra salvación no costara la Sangre de nadie.

(v) Echando sus mantos sobre el burrito, ayudaron a montar a Jesús y comenzaron a transitar el último tramo. El entusiasmo mesiánico, al ver a Jesús montado en el pollino, subió de tono y comenzaron a extender sus mantos por el camino, para que pasara sobre ellos como sobre una alfombra triunfal. San Lucas no menciona, en cambio, que cubrieran el paso del Señor con ramos de palmas o de olivos, como dicen los otros evangelistas. Pero destaca que las gentes ponían sus propias vestiduras, sus pertenencias, a los pies de Cristo, para que sirvieran a este rey que llegaba. Esto era parte, en las costumbres antiguas de Israel, del ceremonial de coronación de los reyes: cuando Jehú fue aclamado rey “tomaron todos sus mantos y los pusieron debajo de él en las gradas, y, haciendo sonar las trompetas, gritaron: ¡Jehú, rey!” (2Re 9,13). El

entusiasmo continuó creciendo al acercarse a la bajada del monte, desde donde se divisa la ciudad. Aquí la gente llegó al colmo de su apasionamiento, movida especialmente por “todos los milagros que habían visto”. No se trata solo de los últimos, como la curación del ciego en Jericó, sino a todos los que, de modo directo o indirecto, se contaban de Jesús, en particular la resurrección de Lázaro. Esta frase resume, pues, el ministerio público de Jesús.

(vi) “Decían: «Bendito el Rey que viene en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en las alturas»”. Las aclamaciones, como suele ocurrir en estos arrebatos colectivos, serían muchas y diversas. Los tres evangelistas ponen algunas comunes y otras distintas. Los tres señalan la expresión “Bendito el que viene en nombre del Señor”, y el grito “Hosanna en las alturas”, que san Lucas vierte con un “Paz y Gloria” en las alturas, que es, en definitiva, lo que significa el ὡσαννά (*hosanná*) de Mateo y Marcos, exclamación aramea de alabanza, que significa literalmente: “Sálvanos, te rogamos”; pero que, al parecer, pasó de expresión de ruego a aclamación de alabanza y reconocimiento de soberanía. Está tomada del Salmo 118 (117), que se recitaba en la Fiesta de los Tabernáculos en el gran Hallel (Salmos 113 al 118), con el acompañamiento del blandir de ramas de palmas y sauces. Precisamente “el último día de la fiesta” recibía el nombre de “el gran Hosanna”, y las mismas ramas recibían también el nombre de *hosannas*. San Lucas, escribiendo para un público griego cambia la expresión aramea por el giro jubiloso de “Paz y Gloria”, más comprensible para sus lectores y que tiene relación con lo que dirá poco más adelante el mismo Jesús, al llorar sobre Jerusalén. Santo Tomás cita las hermosas palabras de Teofilacto: “la guerra antigua que hacíamos al Señor ha concluido (...) porque en el mero hecho de andar Dios visiblemente por territorio de sus enemigos, se da a conocer que ha establecido la paz con nosotros”. San Lucas, junto a san Juan, da a Jesús el explícito título de “Rey”: “Bendito el Rey que viene” (san Juan añade “Rey de Israel”). San Mateo lo llama “el hijo de David”, y san Marcos habla del “reino de nuestro padre David”. El Rey Mesías llega a su ciudad.

(vii) “Algunos de los fariseos, que estaban entre la gente, le dijeron: «Maestro, reprende a tus discípulos»”. Estos fariseos estaban

allí observando el comportamiento de Cristo, y vuelven a presentarse como hipócritamente cuidadosos del bien del Maestro. Ya lo habían hecho anteriormente, al ponerlo en guardia contra las asechanzas de Herodes (13,31) probablemente buscando, más que cuidarlo de Herodes, alejarlo de la capital y del templo, es decir, de ellos mismos. Ahora pretenden dar una nota de prudencia respecto del poder romano: “reprende a tus discípulos –parecen decirle– porque van a poner nerviosos a los romanos con tanto hablar de reyes y de reinos”. En realidad, no es una preocupación en favor de Cristo, sino en favor de sí mismos; sea que no querían revuelo con la guarnición romana, demasiado quisquillosa en esos días festivos, o, más probablemente, porque ellos no querían saber nada con un reinado mesiánico apolítico y espiritual como el que predicaba Jesús. La “prudencia” que manifiestan los fariseos en esta oportunidad es la misma que caracteriza a los católicos liberales de todos los tiempos, muy timoratos con exacerbar la melindrosa sensibilidad mundana; es la que recomienda cantar despacito y hacer las procesiones en el jardín de la parroquia, para que no se molesten, ni se enteren siquiera, los que no están de acuerdo con Dios.

(viii) Para todos estos vale la respuesta de Cristo: “Os digo que si éstos callan gritarán las piedras”. Jesús, que había huido en todas las oportunidades en que el populacho pretendió hacerlo rey, ahora no solo no se opone a sus manifestaciones, sino que se niega a reprimirlas o temprarlas. Más aún, hace lo contrario de cuanto le aconseja el temeroso y acomplexado fariseo. Y no solo eso, sino que pronuncia una frase que suele ser comprendida exclusivamente en un sentido metafórico pero que tiene, sin embargo, un sentido también profético. Metafóricamente Jesús quiere señalar la imposibilidad de silenciar ya la verdad de su mesianismo: si callaran sus discípulos, gritaría la misma naturaleza. Pero en sentido profético, en cambio, sus palabras se cumplirían con exactitud pocos años más tarde. Ese pueblo que hoy aclamaba a Cristo, de hecho callaría sus gritos de júbilo mesiánico menos de una semana después. Cuando las cosas se volvieron contra Jesús nadie volvió a proclamar su realeza. Su pueblo, aquel pueblo de quien Él era y es rey, o lo repudió o al menos se acobardó de defenderlo como tal. Y entonces gritaron las piedras, pero gritaron de angustia cuando cayeron postradas ante las

mazas y los arietes romanos que no dejaron piedra sobre piedra de esa ciudad que no tenía Rey que la salvara, porque habían dejado de aclamar a su rey.

El llanto sobre Jerusalén

Lc 19,41-44

⁴¹ Al acercarse y ver la ciudad, lloró por ella, ⁴² diciendo: “¿Si también tú conocieras en este día lo que hace a tu paz! Pero ahora ha quedado oculto a tus ojos. ⁴³ Porque vendrán días sobre ti, en que tus enemigos te rodearán de empalizadas, te cercarán y te apretarán por todas partes, ⁴⁴ y te estrellarán contra el suelo a ti y a tus hijos que estén dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, porque no has conocido el tiempo de tu visita”.

(i) Aun hoy, al llegar a la cumbre del monte de los Olivos la visión de Jerusalén se presenta sobrecogedora; ese privilegiado balcón despliega ante nuestros ojos la panorámica de esa ciudad santa y atormentada, colmada de ángeles y de demonios.

(ii) La tradición ha situado este episodio no en la cumbre, sino ya descendiendo un poco, a medio camino, en una terrazita que hoy se conoce como el “Dominus flevit”, *El Señor lloró*. Porque allí, en medio del entusiasmo del pueblo y la algarabía apostólica, para asombro de todos los circunstantes (imagino que haciéndose poco a poco un embarazoso silencio en torno a Jesús) el evangelista dice que el Señor “lloró”, recordándonos que poseía el sentimiento tan profundamente humano de la congoja. Había llorado unos días antes ante la desconsolada María enlutada por la muerte de Lázaro (cf. Jn 11,35). En aquella oportunidad se trataba del dolor por el amigo muerto, o de la compasión por la mujercita que quedaba desamparada. Ahora, rodeado de los sepulcros de ilustres hebreos – allí descansaban, entre otros, los huesos de Isaías y Absalón– lloró por la inmensa tumba de muertos vivientes, de los que parecen vivos pero llevan en sus corazones el germen de la muerte.

(iii) Porque san Lucas dice que “lloró por ella”, es decir por Jerusalén. Y concretamente podemos conjeturar que lloraba por dos males que la atormentaban y la atormentarían; uno presente y otro

futuro; el primero causa del segundo, y este último efecto del primero.

(iv) El primer mal, el esencial y causa de todos los demás que afligirían a Jerusalén y a sus hijos, dentro y fuera de ella, a través de la historia, en suelo judío y en la Diáspora, era el desconocimiento “del mensaje de paz”. “¿Si también tú conocieras en este día lo que hace a tu paz!” He traducido literalmente la expresión lucana, el único que relata este hecho: τὰ πρὸς εἰρήνην σου (*tà pròs eirénen sou*), “las cosas a favor de tu paz”. Y añade con un dolor no contenido: “Pero ahora ha quedado oculto a tus ojos”. Lo que hace a la paz de Jerusalén (y del mundo y del hombre todo) es Cristo mismo.

(v) Pero de pronto su mirada se dirige hacia el futuro, hacia los pasmosos males que se precipitarían sobre ella cuando todavía estaría viva parte de esa generación de ojos vendados que fue incapaz de ver lo que hacía a su paz. Y precisa muy bien Jesús a qué males se refiere: “tus enemigos te rodearán de empalizadas, te cercarán y te apretarán por todas partes, y te estrellarán contra el suelo a ti y a tus hijos que estén dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra”.

(vi) “Los enemigos te rodearán con empalizadas y te cercarán y te oprimirán por todas partes”. Jesús habla de una χάραξ (*járax*), estaca aguzada, es decir, por implicación, la empalizada o terraplén militar que se usaba a modo de circunvalación en un asedio; en otras palabras un vallado (y también puede significar una trinchera). En el 70 d.C. el general romano Tito rodeó Jerusalén con un montículo protegido con una empalizada. En una de sus salidas, los judíos destruyeron este *járax*, después de lo cual Tito rodeó la ciudad con un muro de mampostería. Flavio Josefo cuenta que este tenía casi 8 kilómetros, con tres reductos, y que los soldados romanos lo levantaron en solo tres días, trabajando “como movidos por un impulso divino”⁴¹.

(vii) “Te estrellarán contra el suelo a ti y a tus hijos que estén dentro de ti”. Las tribulaciones de los judíos durante este asedio han pasado a ser proverbiales. El mismo Josefo afirma en el proemio a su

⁴¹ Flavio Josefo, *De Bello Iudaico* 5, 31.

crónica: “creo que, si se recuerdan las calamidades todas que han sucedido desde el comienzo de los siglos y se comparan con las que sufrieron entonces los judíos, quedan aquellas muy pequeñas en comparación de éstas”⁴². Quedarían, en efecto, encerradas en Jerusalén –si hemos de creer al escritor judío convertido en cronista del conquistador romano– 2.700.000 personas, prontamente víctimas de la peste y del hambre: “A los judíos, junto con las vías de salida de la ciudad, les fue cerrada toda esperanza de salvación, y el hambre cada vez más amenazadora, exterminaba el pueblo por familias enteras. Las casas estaban llenas de mujeres y niños consumidos, las callejuelas plagadas de ancianos resecaos, mientras los jóvenes con el cuerpo tumefacto giraban como fantasmas por las plazuelas y caían al suelo allí donde el mal los alcanzaba. Eran tan débiles que no podían enterrar a sus propios parientes, y quien estaba un poco mejor dudaba hacerlo, sea por el número de cadáveres, sea por la incertidumbre de la propia suerte, ya que muchos caían muertos sobre aquellos que estaban sepultando, y llegaban a su tumba antes de haber sido alcanzados por la muerte. Entre tanto luto no se alzaba ningún lamento ni gemido: el hambre cancelaba los sentimientos, y aquellos que esperaban su turno para morir miraban con ojos secos y bocas contorsionadas a aquellos que los habían precedido en el último reposo. La ciudad era presa de un profundo silencio y de una noche mortal, así como también de los bandidos. Destrozando las casas, convertidas ahora en sepulcros, despojaban a los muertos, y destrozadas las vestiduras de los cuerpos, huían riendo a carcajadas; probaban la punta de las espadas en los cadáveres, y a veces también atravesando a los moribundos; pero no tenían piedad de los que les pedían que les dieran el golpe de gracia, y los dejaban morir de hambre... Primero se dispuso que los cadáveres fuesen sepultados a expensas públicas, no soportando el hedor; pero cuando se hicieron demasiado numerosos, los comenzaron a arrojar desde los muros, en los fosos. Cuando Tito, en sus giros de inspección, vio los fosos colmados de cadáveres, y un denso líquido fluir bajo los cuerpos putrefactos, tuvo palabras de conmiseración, y elevando las manos al

⁴² *Ibíd.*, Proemio, 4.

cielo, llamó a Dios como testigo de que todo aquello no era obra suya. Tal era la situación de la ciudad...”⁴³

(viii) “Y no dejarán en ti piedra sobre piedra”. Sigue diciendo Josefo: “Cuando el ejército no tuvo a nadie a quien matar o qué saquear, no habiendo nada sobre qué desahogar el furor, César dio orden de arrasar hasta el suelo toda la ciudad y el templo dejando sólo las torres que superaban a las demás en altura, Fasael, Hípico y Mariamme, y el sector de los muros que rodeaba la ciudad por occidente: esto para proteger el campamento de los soldados que quedarían como guarnición, y las torres para hacer comprender a los que vinieran en generaciones posteriores cuán grande y fortificada era la ciudad que no había resistido al valor de los soldados romanos. Todo el resto de la cinta muraria fue abatida y destruida radicalmente, hasta el punto que quien hubiese llegado allí jamás creería que en aquel lugar se hubiese alzado una ciudad”⁴⁴. La destrucción del templo, insinuada en este párrafo es, en realidad, un paso posterior a su incendio y destrucción parcial. La intención inicial de Tito contemplaba respetar el templo, pero, como atestigua Flavio Josefo, su orden no fue obedecida a raíz de la iniciativa de un soldado que, siempre según el historiador judío, actuó como movido por un impulso divino: “Tito se retiró en la Torre Antonia decidido a desencadenar al alba un asalto con todas las fuerzas para embestir el Templo por todas partes. Este ya desde mucho tiempo atrás había sido destinado por Dios a las llamas, y con el correr del tiempo llegó el día fatal, el 10 del mes de Loos, aquel en el cual ya una vez había sido incendiado por el rey de los babilonios. Las llamas fueron causadas por obra de los mismos judíos. En efecto, habiéndose retirado Tito, los rebeldes se desataron nuevamente contra los romanos y explotó un encuentro entre los defensores del santuario y los soldados dispuestos a apagar el fuego en la plazoleta interna. Estos, puestos en fuga los judíos, los persiguieron hasta el templo, y fue entonces cuando un soldado sin esperar ninguna orden y sin probar ningún temor en hacer un acto tan terrible, movido por una fuerza sobrenatural, aferró un tizón ardiente y haciéndose subir por un compañero, lo arrojó dentro del templo por una ventana dorada

⁴³ *Ibidem.*, V, 12, 3; cf. VI, 3, 3-4.

⁴⁴ *Ibidem.*, VII, 1, 1.

que daba sobre las habitaciones adyacentes al templo sobre el lado septentrional... Ya con la mano, o con gritos, César dio orden a los combatientes de apagar el fuego, pero estos no lo escucharon, ensordecidos por los clamores más fuertes...”⁴⁵ Tres siglos más tarde, Juliano el Apóstata pretendiendo desacreditar la profecía de Jesucristo intentaría reconstruir el Templo, pero según refiere su amigo y cronista Amiano Marcelino⁴⁶ y confirman autores del siglo IV como Gregorio Nacianceno (en su *Oratio contra Iulianum* V, 3-4) y San Juan Crisóstomo (en el *Discurso V* de su *Contra los Judíos*), “debió desistir de su empresa a causa de hacerse, aquel lugar, inaccesible por efecto de unas llamaradas de fuego que salían en frecuentes explosiones de los fundamentos mismos de la obra y que en varias ocasiones quemaron a los trabajadores”.

(ix) La razón de este tremendo castigo la ofrece el mismo Señor al cerrar su profecía diciendo: “porque no has conocido el tiempo de tu visitación”: τὸν καιρὸν τῆς ἐπισκοπῆς σου (τὸν καιρὸν ἐπισκοπῆς σου), el “tiempo de la visitación”. Esta expresión es semejante al καιρὸς ἐκδίκησεως (kairós ekdikéseos), “tiempo de retribución”, del que habla varias veces Jeremías (46,21; 49,8; 50,27). La Sagrada Escritura, presenta la historia de la salvación como una sucesión de “visitas” de Dios a su pueblo. Visitaciones diversas, por cierto. Santo Tomás hablaba en su comentario a Isaías (sobre el texto de Is 24,24: “Et erit in die illa: visitabit Dominus”) de tres tipos de visitaciones divinas: una de condenación, otra de corrección y una tercera de consolación. Ante todo, hay una *visita de condenación*, o de castigo definitivo, que tendrá lugar en el juicio divino a quienes hayan practicado la iniquidad sin convertirse. Dios los visitará judicialmente para darles la dolorosa sentencia.

(x) Existe, además, una *visita de corrección*, que, si bien implica igualmente un castigo, éste no es definitivo, sino ordenado a la conversión del visitado. De esta dice el Salmo: “los visitaré con una vara” (Sal 88,33). Es siempre temporal, porque presupone un tiempo posterior de enmienda: “Arrepiéntete y haz las obras que practicabas antiguamente; que si no, vengo a ti presto y removeré tu candelabro de lugar” (Ap 2,5). Leemos en los profetas: “os visitaré

⁴⁵ *Ibidem.*, VI, 4, 5.

⁴⁶ Cf. Amiano Marcelino, *Rerum Gestarum* 23, 1.

en todas vuestras iniquidades” (Amos 3,2); “lo visitaré para examinar sus caminos” (Os 4,9).

(xi) Hay, finalmente, una *visita de consolación*, como la que pide el Salmista: “¡Visítame con tu socorro!” (Sal 106,4). En realidad, la mayoría de las visitas del Señor son motivadas por su amor y misericordia; son, pues, para nuestro consuelo. Esta visita consoladora tiene tres modos distintos. La suprema es la *visitación escatológica*, que ocurrirá en la Segunda Venida de Jesucristo, la cual será para los elegidos un día de Júbilo y de definitivo Consuelo. Junto a esta, hay, además, una *intermedia*: la que Dios hace a cada alma cuando viene a ella por medio de la gracia. De esta dice el Salmo: “¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, y el hijo del hombre ya que lo visitas?” (Sal 8,5). Finalmente, tenemos una *visitación consoladora histórica*, que se da en momentos puntuales en que Dios socorre haciendo misericordia o consolando. De este modo visitaba Dios a Adán paseándose con Él en el Paraíso; visitó a su pueblo para liberarlo de la esclavitud (Gn 50,24: “Dios os visitará y hará que volváis a subir de este país al país que prometió con juramento a Isaac y Jacob”); visitó a Sara para hacerla fecunda (cf. Gn 21,1); nos visita a nosotros cada vez que nos protege de nuestros males (Sof 2,7: “los visitará su Señor y alejará de ellos la cautividad”). Y la *visitación histórica consoladora* por excelencia es la que se cumple en Jesucristo y de la cual habla Él mismo en este pasaje de san Lucas, en el que se cumple lo profetizado por Zacarías: “el Señor Dios de Israel... visitará y hará redención a su pueblo” (Lc 1,68). Dios nos visita con su presencia encarnada para salvarnos.

(xii) Pero precisamente en esto resplandece el aspecto dramático de la visita divina: puede ser rechazada. Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron (cf. Jn 1,11). Vino a traer el consuelo y no lo quisieron. Vino a perdonar y lo clavaron en un Madero. Vino a comunicar los misterios celestiales y cerraron sus oídos. Vino el Visitador de Consuelo, pero Jerusalén lo crucificó fuera de sus muros. No hay nada más trágico que el rechazo del consuelo divino. Por eso “*Dominus flevit*”, el Señor lloró sobre Jerusalén, porque ella tenía la Paz a mano y la posponía una vez más, como había hecho ya con los profetas que precedieron al Verbo. Jerusalén, echando un velo sobre sus ojos, entristeció el Corazón de Dios.

(xiii) En 1930, el arquitecto Antonio Barluzzi, laico terciario franciscano, construyó allí, sobre el terreno humedecido por las lágrimas de Cristo, una diminuta pero hermosa iglesia en reemplazo de una anterior bizantina, para entonces destruida. Y tuvo el tino de hacer el altar mirando a Jerusalén, teniendo delante una gran ventana enrejada en la que se recortan en hierro forjado las siluetas de una cruz y un cáliz coronado por una hostia, uniendo así, ante los ojos del celebrante, dos visiones: la real de la antigua ciudad, de la que el sol del desierto arranca fulgores ocres, y la mística de los oscuros hierros negros que recuerdan el precio que Jesús pagó por ella en la Eucaristía y en la Cruz.

La expulsión de los mercaderes

Lc 19,45-48

⁴⁵ Entrando en el Templo, comenzó a echar fuera a los que vendían, ⁴⁶ diciéndoles: “Está escrito: Mi Casa será Casa de oración. ¡Pero vosotros la habéis hecho una cueva de bandidos!” ⁴⁷ Enseñaba todos los días en el Templo. Por su parte, los sumos sacerdotes, los escribas y también los notables del pueblo buscaban matarle, ⁴⁸ pero no encontraban qué podrían hacer, porque todo el pueblo le oía pendiente de sus labios.

(i) La entrada triunfal en Jerusalén culminó con la llegada al Templo y el tremendo episodio de la expulsión de los mercaderes. El relato de san Lucas es demasiado sintético; san Mateo se explaya un poco más (Mt 21,12-23). San Juan coloca este episodio en la Primera Pascua del ministerio público de Jesús en Jerusalén (Jn 2,14-22); pero los tres sinópticos la ubican como culmen de la entrada mesiánica (Mt 21; Mc 11 y Lc 19), el domingo de los ramos. Lagrange, Lavergne y Leal entienden que ocurrió cuando dice san Juan, pero como los tres sinópticos han omitido sistemáticamente todo ministerio en Jerusalén hasta la entrada solemne, no han tenido mejor lugar que este para referir el episodio. Además, el hecho mismo de que san Juan relate este pasaje en su evangelio, habiendo sido ya referido en los tres sinópticos que circulaban entre los fieles de su tiempo, parece indicar que quiso más bien precisar el momento

exacto en que sucedió el hecho y no tanto darlo a conocer como algo nuevo.

(ii) San Lucas solo menciona que Jesús “comenzó a echar fuera” a “los que vendían”. La expresión usada (ἐκβάλλω, *ekbálo*) se traduce como expulsar, echar, sacar. Indicando a menudo disgusto, ira, enojo, y con cierto uso de fuerza. San Lucas lo usa, por ejemplo, para hablar de la expulsión airada de Jesús por parte de sus paisanos (Lc 4,29); o cuando refiere la profecía de las futuras persecuciones y expulsiones de los discípulos de Cristo (Lc 6,22); o la exclusión del paraíso de los condenados (Lc 13,28), etc. Y se usa especialmente para referir la acción de echar fuera a los demonios (cf. Lc 9,40; 9,49; 11,14-15; etc.). Pero también puede ser empleada sin indicar disgusto o enojo (Lc 10,2).

(iii) La acción se refiere a los πολλοῦντας (*poloúntas*), es decir los comerciantes, trocadores o cambistas (el verbo πωλέω – *poléo*– indica estar ocupado, comerciar, canjear; vender). Jesús no condena la profesión sino el lugar en que lo hacían y el modo en que la desempeñaban. Bajo el apelativo de *poloúntas* san Lucas engloba tanto a los cambistas como a los vendedores de animales, que san Mateo y san Juan distinguen. Los varones judíos, de hecho, debían pagar al templo un tributo anual de medio siclo, que equivalía el salario de dos días de un obrero. La mayor parte cumplía la obligación cuando acudían a Jerusalén para las fiestas religiosas. Como en Palestina circulaban varios tipos de monedas (griegas, romanas, tirias, sirias, egipcias...) que valían para las transacciones corrientes pero no para el tributo del templo que debían pagarse o en los medios siclos del santuario o en los siclos galileos ordinarios, se hacía necesario acudir a los cambistas. Estos cumplían su negocio cobrando una cantidad (una *ma'á*) cuando cambiaban monedas del mismo valor y una *ma'á* extra cuando debían dar cambio más chico. Los fieles y peregrinos siempre salían perdiendo con estos cambios perjudiciales.

(iv) Además de estos estaban, como hemos dicho, los que vendían animales, porque casi todas las visitas al templo tenían la finalidad de ofrecer sacrificios. Aunque los animales se pudieran comprar fuera, podía suceder que tuvieran manchas o defectos y, por tanto, que no sirvieran para los sacrificios. Como las autoridades

habían puesto inspectores para verificar que los que se vendían en los atrios del templo eran adecuados, muchos preferían comprarlos directamente allí, aunque a veces llegaban a cobrarles diez o quince veces más que en la calle. Todo un abuso.

(v) Y todos estos estaban allí con la connivencia e incluso el interés de los sacerdotes. Algunos de estos puestos, de hecho, eran conocidos como “las tiendas de Anás”, porque eran propiedad del ex sumo sacerdote, suegro de Caifás y verdadero *capomaffia* del momento, a quien tarde llevarían *per primo* al prisionero Jesús (Jn 18,13), visto como revoltoso, entre otras cosas, porque había puesto en riesgo uno de los negocios familiares en que basaba su riqueza y su influencia política, aquel fósil más ajado por sus pecados que por sus años. No nos debe, pues, sorprender la inquina con la que sería examinado en su casa, y el hecho de que fuera en ella donde recibiría la primera bofetada de uno de sus sirvientes (Jn 18,22), lo que, en el fondo, equivalía a recibirla del mismo sacerdote. A todos estos, pues, negociantes y protectores (o socios), Jesús los llama λησται (*lestai*), es decir, ladrones, bandidos, salteadores. Pero ληστής (*lestés*) es el que asalta abiertamente y con violencia; en contraste con κλέπτης (*kleptes*), que es el roba a escondidas. El templo había sido convertido en una cueva de violentos sinvergüenzas; y este siniestro calificativo incluía a buena parte de la clerecía.

(vi) Si este episodio tuvo lugar, como parece indicarlo san Juan, en el primer viaje de Jesús a Jerusalén y no en este tercero, como lo colocan los tres sinópticos, la memoria del mismo volvería a hacerse muy viva en estos días. Y no sería de extrañar que Aquel a quien ahora aclamaban las gentes como Rey predicara nuevamente contra estos abusos en las “enseñanzas diarias” en el Templo a las que alude san Lucas a continuación, las cuales sí tuvieron lugar los días posteriores al ingreso triunfal en la Ciudad Santa. Por eso añade también que “de su parte, los sumos sacerdotes, los escribas y también los notables del pueblo buscaban matarle”. No tenían, pues, intención de tomarlo prisionero para interrogarlo sobre sus atribuciones y palabras. Ya había sido condenado. Porque Jesús no se enfrenta con el sacerdocio instituido por el Padre para recibir al Mesías, sino con aquella parte del mismo que debemos llamar mejor *mafia* eclesiástica; es decir, el clero que se vuelve mafioso, lo que es

un problema inevitable allí donde haya religión, y que afecta a una parte de toda jerarquía religiosa, porque esa corrupción es la podredumbre propia de esta fruta; ahora llamamos a esta gangrena “fariseísmo”, en (des)honor de quienes la encarnaron en contra de Cristo. Junto a ellos habría también sacerdotes santos. Siendo *mafia*, pues, saldaría sus problemas con sangre inocente. La cuestión no era qué querían hacer con Jesús, sino cómo y cuándo hacerlo sin perjudicarse a sí mismos.

(vii) El obstáculo que tenían delante era “todo el pueblo” que “lo oía colgado de sus labios”. Era necesario, por tanto, desacreditarlo ante la masa popular, para que esta no se amotinara contra la *mafia* cuando las cosas se precipitaran. Lo conseguirán pocos días más tarde.

LAS ÚLTIMAS DISCUSIONES DE JESÚS

(i) Antes de introducirnos directamente en la Pasión del Señor, san Lucas refiere sus últimas discusiones que tienen como antagonistas no solo a los fariseos sino al pleno de los sacerdotes, escribas y ancianos.

(ii) Como hemos visto, la tensión ha ido subiendo de tono en esos últimos tiempos, hasta llegar a explicar en parte la decisión de asesinar a Jesús, de la que ya hemos hablado. La oposición del judaísmo carnalizado a la doctrina de Jesucristo ha llegado a su punto culminante y ambas son irreconciliables.

(iii) Los temas que he agrupado bajo el título “Últimas discusiones” comprenden no solo discusiones propiamente dichas, sino también parábolas que aluden a la reprobación del Israel rebelde, y vaticinios de las futuras persecuciones de la Iglesia, en las que esta parte rebelde de Israel tendrá parte activa, como relata el libro, también lucano, de los *Hechos de los Apóstoles*.

Discusión sobre la autoridad de Jesús

Lc 20, 1-8

¹ Y sucedió que un día enseñaba al pueblo en el Templo y anunciaba la Buena Nueva; se acercaron los sumos sacerdotes y los escribas junto con los ancianos, ² y le preguntaron: “Dinos: ¿Con qué autoridad haces esto, o quién es el que te ha dado tal autoridad?” ³ Él les respondió: “También yo os voy a preguntar una cosa. Decidme: ⁴ El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres?” ⁵ Ellos discurrían entre sí: “Si decimos: «Del cielo», dirá: «¿Por qué no le creísteis?»” ⁶ Pero si decimos: «De los hombres», todo el pueblo nos apedreará, pues están convencidos de que Juan era un profeta”. ⁷ Respondieron, pues, que no sabían de dónde era. ⁸ Jesús entonces les dijo: “Tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto”.

(i) San Lucas ubica este episodio en una de las oportunidades en que Jesús enseñaba en el Templo. Tampoco Mateo ni Marcos indican alguna cronología. Como san Lucas testifica que es una comitiva compuesta por sacerdotes, escribas y ancianos, la que se encara con el Señor, resulta claro que estamos ante una delegación del sanedrín, porque está compuesta por las tres categorías de miembros que lo integraban. La muerte de Jesús ya estaba decretada, por lo que es probable que todas estas discusiones no apunten sino a encontrar el motivo para justificar su condena ante el pueblo y zafar de sus enojos. La discusión, pues, no es ahora con el fariseísmo como secta sino con el sanedrín como tal, donde se combinaban fariseos con saduceos (tanto los sumos sacerdotes, o aristocracia sacerdotal, como los ancianos o presbíteros, que componían la aristocracia laica, pertenecían a la tendencia saducea).

(ii) La pregunta que hacen al Señor es un tanto amplia: “¿Con qué autoridad haces esto, o quién te ha dado tal autoridad?” ¿A qué autoridad se refieren? Puede ser la de entrar triunfalmente en Jerusalén poco antes, quizá ese mismo día, y la de expulsar los mercaderes, como suponen algunos (por ejemplo Barclay); o la de ejercer la enseñanza en el Templo, como piensan otros (por ejemplo, Manuel de Tuya); o incluso la autoridad para todo cuanto ha hecho desde el comienzo de su ministerio, como supone Karris en el *Nuevo Comentario san Jerónimo*⁴⁷. La segunda me parece la más segura,

⁴⁷ Karris, *Evangelio de Lucas*, en: *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, 189.

porque la autoridad con la que enseñaban los maestros de Israel era algo oficial, basada en la escuela rabínica en la que se alistaban, cuya cadena de maestros garantizaba la ortodoxia. Por eso, como dice el referido comentarista: “Si Él enseñaba, y no por la autoridad conferida oficialmente de rabí, por una cadena que se suponía venía ininterrumpidamente de Moisés, su enseñanza no era oficial; y era, por lo mismo, sospechosa y no «ortodoxa». La pregunta iba cargada de insidia. En el trasfondo de ella se ventilaban los poderes mesiánicos con que Cristo aparecía”.

(iii) Jesús pone, como condición para responder, que primero se le responda a Él una pregunta. No se trata de una pregunta arbitraria, porque de la respuesta que den sus adversarios dependerá también el fundamento de la autoridad de Jesús. La pregunta de Cristo tiene que ver con la autoridad de Juan el Bautista: “Él les respondió: También yo os voy a preguntar una cosa. Decidme: el bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres?” Es evidente que Jesús quiere fundar su autoridad del mismo modo que Juan fundaba la suya; tampoco Juan pertenecía a ninguna escuela rabínica. La pregunta es, pues: la autoridad con que Juan predicaba y actuaba bautizando, ¿se fundaba en una escuela rabínica o venía directamente de Dios? Si aceptaban, pues, que la autoridad del Bautista procedía de Dios, *a fortiori* también debían conceder que la de Jesús procedía, o podía proceder, de Dios.

(iv) La actitud de los sacerdotes deja en evidencia que ellos no aceptaban el bautismo de Juan; ya lo había hecho notar san Lucas mucho antes: “los fariseos y los legistas, al no aceptar el bautismo de él, frustraron el plan de Dios sobre ellos” (Lc 7,30). Sí, ellos no aceptaban la autoridad de Juan, *pero no lo decían abiertamente* porque el pueblo veía al Bautista como un enviado de Dios. Temían la impopularidad más que la mentira; por eso mentían o silenciaban la verdad, que en este caso equivalía a dejar al pueblo en lo que ellos consideraban un error sobre Juan, antes que ser mal vistos por las gentes. Esta actitud ante la verdad queda todavía más marcada en este episodio, pues se plantean la posibilidad de mentirle a Jesús, y no lo hacen sencillamente porque este les habría dado vuelta el argumento. “Ellos discurrían entre sí: Si decimos: «Del cielo», dirá: «¿Por qué no le creísteis?»” Ellos estaban convencidos de que el

bautismo de Juan no era del cielo, pero estaban dispuestos a decirlo ante Jesús si esto les hubiera servido para salir airoso de esta discusión. ¡Con esta clase de autoridad religiosa se enfrentó el Señor, que es la Verdad encarnada!

(v) Pero, como hemos dicho, tampoco se animaban a afirmar que el bautismo de Juan no venía de Dios, aunque eso pensaban. Esto les habría permitido rechazar la autoridad de Jesús por el mismo motivo que rechazaban la del Bautista, pero no querían provocar la ira de la gente que en aquel momento los rodeaba para quien Juan había sido un profeta: “Pero si decimos: «De los hombres», todo el pueblo nos apedreará, pues están convencidos de que Juan era un profeta”.

(vi) La solución es digna de un astuto diplomático, y quizá la que un mañoso político habría sacado de la manga en circunstancias análogas: mentir diciendo que no sabían la respuesta. De este modo no se comprometían ni con Cristo ni con el vulgo.

(vii) Pero con esto cerraron también la respuesta del Señor sobre Sí mismo: “Jesús entonces les dijo: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto”. Las palabras de Jesucristo están cargadas de dolor, indignación y enfado. Los sacerdotes han mostrado el fondo de su corrupción intelectual dejando ver que carecen de interés por conocer la verdad. Jesús, como juez divino, los condena, pues, a dejarlos en la oscuridad y la ignorancia de una verdad que ellos no han amado. No han querido conocerla al precio de humillarse y reconocerse en el error. Esto es lo que ocurre a todo el que no está dispuesto a descubrir y aceptar sus propios errores, y solo busca la verdad con la condición de que esta no deje en evidencia sus miserias y desnudeces pasadas. Pero a la verdad se la ama dispuesto a todo, incluso a dejar derrumbarse el fundamento de la gloria y la fama personal. Cuando no se ama así, uno podrá vivir toda la vida creído de sus propios lustres (personales, familiares, nacionales...) pero colgado de verdades a medias, de errores y de mentiras. Quien no está dispuesto a decir: me equivoqué, he vivido equivocado, he cometido errores, he sido un ignorante, lo que he dicho es falso... nunca sabrá la verdad, porque Dios lo condenará también a él con esa lapidaria y expresión: “Tampoco yo te mostraré Quién Soy”.

(viii) Y el Señor les dio la espalda, pues Lucas continúa diciendo que “se dirigió al pueblo” allí presente, y a estas gentes sencillas, no ya a los sacerdotes y a su delegación, les relató la parábola que tenía como argumento, sin embargo, al Israel homicida que representaban los interlocutores que acaban de ser sentenciados, quizá para siempre, al silencio divino.

Parábola de los viñadores homicidas

Lc 20, 8-19

⁹ *Se puso a decir al pueblo esta parábola: “Un hombre plantó una viña y la arrendó a unos labradores, y se ausentó por mucho tiempo. ¹⁰ A su debido tiempo, envió un siervo a los labradores, para que le diesen parte del fruto de la viña. Pero los labradores, después de golpearle, le despacharon con las manos vacías. ¹¹ Volvió a enviar otro siervo, pero ellos, después de golpearle e insultarle, le despacharon con las manos vacías. ¹² Tornó a enviar un tercero, pero ellos, después de herirle, le echaron. ¹³ Dijo, pues, el dueño de la viña: «¿Qué haré? Voy a enviar a mi hijo querido; tal vez le respeten». ¹⁴ Pero los labradores, al verle, se dijeron entre sí: «Este es el heredero; matémosle, para que la herencia sea nuestra». ¹⁵ Y, echándole fuera de la viña, le mataron. ¿Qué hará, pues, con ellos el dueño de la viña? ¹⁶ Vendrá y dará muerte a estos labradores, y entregará la viña a otros”. Al oír esto, dijeron: “De ninguna manera”. ¹⁷ Pero él clavando en ellos la mirada, dijo: “Pues, ¿qué es lo que está escrito: La piedra que los constructores desecharon en piedra angular se ha convertido? ¹⁸ Todo el que caiga sobre esta piedra, se destrozará, y a aquel sobre quien ella caiga, le aplastará”. ¹⁹ Los escribas y los sumos sacerdotes trataron de echarle mano en aquel mismo momento, pero tuvieron miedo al pueblo, porque habían comprendido que aquella parábola la había dicho por ellos.*

(i) Como hemos dicho, después de las últimas palabras comentadas en el párrafo anterior, Jesús parece haber dado la espalda al grupo de sacerdotes, escribas y ancianos que habían venido a requerirlo por su actuación. Por esa razón, san Lucas dice que esta parábola la dijo “al pueblo”; ciertamente todavía en presencia de la

delegación del sanedrín, que reaccionará con encono al entender que la parábola la decía por ellos.

(ii) La alegoría de la viña y de los viñadores homicidas era una imagen que las gentes sencillas podían entender muy bien. Muchas de las viñas de la cuenca superior del Jordán, y probablemente también las de la ribera septentrional y occidental del lago de Genesaret y otras regiones de Galilea, pertenecían a propietarios que vivían fuera del país, pero estaban arrendadas a labradores del país. Cada cinco años, según Lv 19,25, se cobraba la renta de los frutos; por esa razón el dueño de la parábola envía a sus servidores a percibir lo que en justicia le correspondía, pero los labradores se comportan con brutalidad y matonería creciente, hasta que finalmente, cuando el dueño envía a su propio hijo, lo asesinan con la expresa intención de quedarse definitivamente con la tierra y expulsar de una vez por todas a su verdadero dueño.

(iii) La aplicación intentada por Jesús es más que evidente: la viña es el Israel de Dios, imagen recurrente en los profetas; el dueño es Dios y los arrendatarios son los principales de Israel, algunos de los cuales estaban allí mismo presentes, oyendo la predicación de Jesús. Los servidores maltratados son los profetas, a quienes aquellos no entregaron los frutos pedidos por Dios: sumisión y obediencia, piedad, devoción..., en fin: consagración total a Dios. Por el contrario, los desoyeron y maltrataron. Como última oportunidad Dios manda a su propio hijo, que es el mismo Jesús, a quien sus enemigos habían acusado ya de “pretenderse hijo de Dios”. Y Jesús predice su muerte, o por lo menos, pone en evidencia la decisión de matarlo que se anidaba ya en los corazones de sus enemigos.

(iv) Nuestro Señor añade a su parábola otra parte profética, además de las alusiones a su propia muerte: es lo concerniente al castigo de los viñadores y la entrega de su “elección étnica” a “otros”: “Vendrá y dará muerte a estos labradores, y entregará la viña a otros”. Alude claramente al rechazo del Israel carnal y el traspaso del viñedo a nuevas manos, lo que no podía indicar otra cosa que la elección de una etnia no judía como pueblo nuevo: la iglesia proveniente de los Gentiles.

(v) Frente a estas palabras sus interlocutores respondieron con una exclamación de horror: “¡Eso no!”; o, como ponen otras

traducciones: “¡No lo quiera Dios!” ¿Quién exclama esto, el pueblo o los sacerdotes allí presentes? Al parecer es el mismo pueblo, pues Jesús no se estaba ya dirigiendo a los sacerdotes, escribas y ancianos; si hubieran sido estos, Lucas debía haberlo anotado, como lo hará a continuación cuando sí intervengan ellos. Esto significa que el pueblo había entendido bien la aplicación de la parábola y sabían que Jesús hablaba de un tremendo juicio divino en el que el *Pueblo elegido* quedaba ahora como *Pueblo repudiado*; y el repudio de sus autoridades implicaba también, en sus mentes, el repudio del pueblo todo.

(vi) Pero Jesús se mantendrá firme e invocará en favor de su profecía un texto del Salmo 118/117, 22: “Pero él clavando en ellos la mirada, dijo: “Pues, ¿qué es lo que está escrito?: La piedra que los constructores desecharon en piedra angular se ha convertido. Todo el que caiga sobre esta piedra, se destrozará, y a aquel sobre quien ella caiga, le aplastará”. Ellos habían usado ese Salmo para aclamar a Jesús como Mesías (118/117, 26); Jesús, pues, les pregunta si han entendido la parte que habla de la piedra desechada por los constructores que termina por ser piedra de ángulo, o clave de bóveda de otra construcción. Los miembros del consejo supremo decían de sí mismos: “el edificador de Jerusalén es el gran sanedrín”. Jesús toma su propio orgulloso apelativo y les anuncia que la Piedra que ellos han desechado como inútil para su edificio, es decir Él mismo, Jesús, será la piedra clave del Nuevo que edificará Dios después de destruir el Antiguo. La alusión a la piedra era muy bien conocida por los enemigos de Jesús, porque Isaías ya había relacionado con ella el fracaso de muchos judíos: “Él será piedra de escándalo y piedra de tropiezo para las dos casas de Israel, lazo y red para los habitantes de Jerusalén. Y muchos de ellos tropezarán, caerán y serán quebrantados, y se enredarán en el lazo y quedarán cogidos” (Is 8,14). También Daniel habla de un reino, representado en una piedra, que hará añicos a todos los demás reinos, mientras que él permanecerá eternamente: “Eso es lo que significa la piedra que viste desprenderse del monte sin ayuda de mano humana, que desmenuzó el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro” (Dn 2,45). La piedra es Cristo; de Él parten la ruina y la salvación. Quien intenta patearlo, se desmenuza en él.

(vii) Si el pueblo había entendido bien la parábola, mucho mejor todavía la habían comprendido los emisarios del sanedrín (“habían comprendido que aquella parábola la había dicho por ellos”), los cuales no dijeron nada, pero la cólera los sofocó, de ahí que, añade san Lucas, “trataron de echarle mano en aquel mismo momento”. No lo hicieron, sin embargo, porque “tuvieron miedo al pueblo”.

Discusión sobre el impuesto al César

Lc 20, 20-26

²⁰ Quedándose ellos al acecho, le enviaron unos espías, que fingieran ser justos, para sorprenderle en alguna palabra y poderle entregar al poder y autoridad del procurador. ²¹ Y le preguntaron: “Maestro, sabemos que hablas y enseñas con rectitud, y que no tienes en cuenta la condición de las personas, sino que enseñas con franqueza el camino de Dios: ²² ¿Nos es lícito pagar tributo al César o no?” ²³ Pero él, habiendo conocido su astucia, les dijo: ²⁴ “Mostradme un denario. ¿De quién lleva la imagen y la inscripción?” Ellos dijeron: “Del César”. ²⁵ Él les dijo: “Pues bien, lo del César devolvédsele al César, y lo de Dios a Dios”. ²⁶ No pudieron sorprenderle en ninguna palabra ante el pueblo y, maravillados por su respuesta, se callaron.

(i) No habiéndose animado, por temor al pueblo, a poner sus manos sobre Jesús, dice san Lucas que decidieron permanecer “al acecho”, “enviándole espías, que fingieran ser justos, para sorprenderle en alguna palabra y poderle entregar al poder y autoridad del procurador”. La discusión sobre el tributo es una de esas escaramuzas con las que trataron de entrapar al Señor. Lo que no les resultó nada fácil. Ponerle zancadillas a Dios es una empresa necia, pero estamos hablando precisamente de necios empedernidos.

(ii) Si querían entregarlo al procurador romano debían, pues, encontrar una acusación de orden político y no religioso, pues solo lo primero interesaba al gobernador. De ahí que apuntaran sus cañones directamente a los bolsillos romanos. Si hay algo que puede preocupar a un político es el riesgo de perder su dinero. Los judíos

carnalizados lo sabían muy bien porque ellos mismos eran codiciosos. Carnalización significa una de tres corrupciones: enfermedad por el sexo, o por el dinero o por el poder. Los romanos tenían las tres, primando la tercera, el dios poder. Los judíos principalmente las dos últimas, primando la segunda, el dios oro. Entendían, pues, que si Jesús decía una palabra que pusiera en peligro las arcas imperiales era hombre muerto. Decidieron, pues, tratar de sacarle una palabra contra los duros y humillantes impuestos romanos.

(iii) Era necesario suavizar las relaciones para entablar una conversación sobre el argumento sin dejar en claro las intenciones traidoras. De ahí la acaramelada introducción que ensayan: “Maestro, sabemos que hablas y enseñas con rectitud, y que no tienes en cuenta la condición de las personas, sino que enseñas con franqueza el camino de Dios”. Una de dos, si eran sinceros y realmente creían lo que afirmaban, debían golpearse el pecho hasta hacerlo sangrar, porque ese Maestro que habla y enseña con rectitud y franqueza no había hecho más que repetir una y otra vez que ellos eran una raza de víboras. Si no creían que Jesús fuera franco y recto, entonces mentían, con lo que tampoco ellos eran rectos y francos. Se adelantaron, pues, a Jesús con los corazones rebosantes de hipocresía.

(iv) La pregunta que hacen a Jesús es una pregunta moral, de conciencia. Se presentan como quienes tienen un escrúpulo patriótico y religioso: “¿Nos es lícito pagar tributo al César o no?” San Lucas usa la expresión ἔξεστιν (*éxetín*), que es tercera persona singular presente indicativo de ἔξεμι (*exeimí*), y se traduce como “está permitido, es lícito o propio, es posible, está bien”. Usado interrogativamente, como en este caso, indica un planteamiento moral, de conciencia: “¿Es lícito?”. En Hechos 2,29 se traduce “¿Se os puede decir?”; y en Hechos 21,37: “¿Se me permite?”

(v) “El tributo al César, explica Barclay, era un impuesto de un denario por cabeza que tenían que pagar todos los varones de 14 a 65 años y todas las mujeres de 12 a 65, simplemente por el privilegio de existir. Este tributo era una cuestión polémica entre los judíos, y ya había sido la causa de más de una rebelión. No era una mera cuestión económica, sino que se consideraba como una imposición

ofensiva. Los judíos fanáticos pretendían que no tenían más rey que Dios, y por tanto era contra su religión el pagar tributo al César. Era una cuestión religiosa por la que muchos estaban dispuestos a morir. Ya se comprende que los emisarios querían poner a Jesús entre la espada y la pared. Si decía que no se debía pagar tributo al César, le denunciarían inmediatamente a Pilato, lo que conduciría a su arresto tan seguro como que el día sigue a la noche; y si decía que estaba bien que se pagara el tributo, muchos de sus presuntos seguidores, especialmente los galileos, se pondrían en contra suya”.

(vi) Jesús inmediatamente se dio cuenta de sus intenciones, como señala el Evangelista: “conoció su astucia”. Por eso, pidió que le mostrasen un denario y que le dijese, al mismo tiempo, de quién era la imagen que llevaba y qué decía la inscripción. Jesús no toca el denario; se lo hace mostrar. En ningún lugar de los Evangelios aparece que Jesús tocase, ni una sola vez, una moneda. Esta moneda, de plata, llevaba en el anverso el busto del emperador Tiberio (14-27 d.C.), adornado con una guirnalda de laurel que indicaba su dignidad divina, acompañado de la siguiente inscripción: “Tiberio César Augusto, hijo del divino Augusto”. En el reverso aparece el *Pontifex Maximus*, máximo sacerdote, y la imagen de la madre del emperador sentada en un trono de dioses, llevando en la derecha el cetro olímpico y en la izquierda un ramo de olivo, que la hace aparecer como encarnación terrena de la paz celestial. El espía, tan celoso y escrupuloso de la ley llevaba consigo, sin embargo, esta moneda con todos los símbolos de la divinización del poder romano, un verdadero acopio de politeísmo en su faltriquera.

(vii) Pues bien, le dijeron que en la moneda veían la figura y la inscripción del César. Jesús les respondió con una frase destinada a tanta celebridad que la conocen incluso muchos que ignoran quién fue Jesucristo; aunque la desobedece la mayoría de los que dicen conocer y amar Jesucristo: “lo del César devolvédsele al César, y lo de Dios a Dios”. El verbo ἀποδίδωμι (*apodídōmi*) puede traducirse como entregar, dar, o también devolver, compensar, recompensar. La idea de Jesús es que aquello que viene del César, que se lo devuelvan al César. En el mundo antiguo grecorromano, como también en el judío, tenía vigor el principio de que la zona de soberanía de un rey se extiende al área de validez de sus monedas (y lo mismo sucede

hoy, de ahí que nuestros verdaderos gobernantes sean los que manejan nuestros bolsillos, mientras que los políticos nacionales solo sean *procuradores provincianos* del estilo de Pilato). Quien acepta y utiliza una moneda reconoce la soberanía del que la ha mandado acuñar. Por tanto, Jesús les dice a sus interlocutores que si ellos, judíos, utilizan la moneda del emperador, reconocen también su soberanía, y consiguientemente su deber de pagar impuestos.

(viii) Pero Jesús añade a continuación: pero pagad a Dios lo que es de Dios. No aclara qué es lo que debe ser devuelto a Dios, pero sus interlocutores o lo entienden bien, o, al menos, lo sospechan, y no quieren que Jesús entre en mérito, porque ellos, que decían tener escrúpulos religiosos con dar al César lo que podía pertenecer a Dios, no se hacían ninguna cuestión de conciencia de dar a Dios lo que a Él pertenecía. Y esto es principalmente el alma; como escribió Calderón: “Al rey, la hacienda y la vida se ha de dar; pero el honor es patrimonio del alma, y el alma sólo es de Dios”. En efecto, si Jesús hubiera aplicado el mismo principio a sus interlocutores, debería haber preguntado: ¿Y de quién lleváis en vuestra alma la imagen? Si es de Dios, devolved vuestra alma a Dios.

(ix) Los espías quedaron atontados y admirados. Y no pudieron sacarle ninguna palabra imprudente, por eso se vieron obligados a cerrar la boca por el momento. Qué lamentable es que no sigamos el ejemplo de prudencia de Nuestro Maestro, y a nosotros, por el contrario, nuestros enemigos nos encuentren habitualmente bocones, boquisueltos y lengualargos. La mayoría de nuestros fracasos comienzan, en efecto, por las necedades que decimos.

Discusión sobre la resurrección

Lc 20, 27-40

²⁷ *Acercándose algunos de los saduceos, esos que sostienen que no hay resurrección, le preguntaron:* ²⁸ *“Maestro, Moisés nos dejó escrito que si muere el hermano de alguno, que estaba casado y no tenía hijos, que su hermano tome a la mujer para dar descendencia a su hermano.* ²⁹ *Eran siete hermanos; habiendo tomado mujer el primero, murió sin hijos;* ³⁰ *y la tomó el segundo,* ³¹ *luego el*

tercero; del mismo modo los siete murieron también sin dejar hijos. ³² Finalmente, también murió la mujer. ³³ Esta, pues, ¿de cuál de ellos será mujer en la resurrección? Porque los siete la tuvieron por mujer”. ³⁴ Jesús les dijo: “Los hijos de este mundo toman mujer o marido; ³⁵ pero los que alcancen a ser dignos de tener parte en aquel mundo y en la resurrección de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, ³⁶ ni pueden ya morir, porque son como ángeles, y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección. ³⁷ Y que los muertos resucitan lo ha indicado también Moisés en lo de la zarza, cuando llama al Señor el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. ³⁸ No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos viven”. ³⁹ Algunos de los escribas le dijeron: “Maestro, has hablado bien”. ⁴⁰ Pues ya no se atrevían a preguntarle nada.

(i) Ante el fracaso anterior, encaró a Jesús, con otra cuestión teológica, un grupo de saduceos. San Lucas nos aclara que estos no aceptaban la resurrección de los muertos; y aunque el Evangelista no lo diga aquí, tampoco creían en los ángeles y limitaban la autoridad revelada al Pentateuco (Torá). La cuestión, pues, gira en torno a la vida eterna. Para plantear el caso, eligen una discusión de escuela sobre una complicación que crearía, según su entender, la ley del levirato en caso de haber resurrección de los muertos. El asunto está bien expuesto por ellos mismos: se trata del caso hipotético de una mujer que queda viuda del mayor de varios hermanos, sin haber tenido hijos. Como el difunto tiene otros hermanos, el que le sigue, según la ley del levirato (cf. Dt 25,5), debería tomar por esposa a la viuda para darle un hijo al difunto, puesto que la ley consideraba al primero de los nacidos de este segundo matrimonio, hijo del muerto y así conservase su nombre para la posteridad. Pero en el supuesto de que con este segundo suceda lo mismo, la ley del levirato pasa a obligar al tercero, terminando por hacer que todos se desposen con la mujer y todos mueran sin descendencia; a la postre, también ella muere. La cuestión que plantean los materialistas de la época era: cuando todos resuciten, ella ¿de cuál será esposa? Evidentemente, su idea del más allá y de la resurrección coincidía con la que en nuestro tiempo tienen los espiritistas, que lo imaginan como réplica desvanecida y fantasmagórica del más acá, y no como una vida

esencialmente superior. No debe extrañarnos que rechazaran semejante idea del mundo espiritual.

(ii) Jesús les responde en varios planos, pero siempre argumentando desde la perspectiva en que razonaban los saduceos y a partir de la única autoridad que estos aceptaban, la Torá. Ante todo, muestra que la vida de ultratumba no es como la presente, grosero error en que incurría el saduceísmo. “Los hijos de este mundo toman mujer o marido; pero los que alcancen a ser dignos de tener parte en aquel mundo y en la resurrección de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, ni pueden ya morir, porque son como ángeles, y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección”.

(iii) El estado de quienes “son dignos de tener parte en aquel mundo” es, pues, esencialmente diverso de la vida presente. Allí “no se tomará mujer ni marido”, “no habrá muerte”, serán “como ángeles” e “hijos de Dios”. La “filiación divina” de la que aquí habla Nuestro Señor no se refiere en primer término a la obra de la gracia, aunque no se excluye para nada, sino que es un modo de reforzar la semejanza angélica con la que caracteriza a los hombres y mujeres en la vida eterna; porque los ángeles son designados en la Escritura como “hijos de Dios” (cf., por ejemplo, Job 1,6; 2,1). La causa de todo esto es que son “hijos de la resurrección”. Jesús, de paso, les da a los saduceos en las narices con la cuestión de los ángeles. Ni siquiera se detiene a argumentar sobre ella. La existencia de los ángeles es, para el Señor, algo evidente. Evidente porque la autoridad bíblica que sus interlocutores aceptan no deja lugar a dudas. Los ángeles están por doquier en la Torá. Por tanto, si aceptan esa fuente revelada, no pueden en buena lógica negar los espíritus puros. Pero no olvidemos que los saduceos eran los teólogos progresistas del tiempo de Jesús. No eran lógicos; eran progresistas. Por tanto, tomaban lo que les interesaba y rechazaban lo que no cuajaba en sus esquemas preconcebidos. Jesús, no discute este argumento con ninguna disquisición exegética sino apelando a la autoridad: si se dicen judíos, crean lo que sostienen los libros judíos; si no, a no creerse judíos sino etíopes o chinos. Lo mismo habría que decirles a muchos teólogos de hoy: si se dicen teólogos católicos, al menos crean todo cuanto dice la Sagrada Escritura y el Magisterio; si no

aceptan lo que está definido, al menos preséntense como budistas o marcianos que hablan, de oído, sobre cuestiones cristianas.

(iv) Jesús no tiene en mente dar ninguna lección de teología, por lo que no explica el modo en que se da esta transformación; pero sí la atribuye a lo que Él llama “ser hijos de la resurrección”. La resurrección produce una transformación, puesto que, los resucitados reciben la filiación divina (1Jn 3,2; Rm 8,21), la gloria (Rm 8,18), un “cuerpo espiritual” (1Co 15,44). Dice San Pablo: “Así también será la resurrección de los muertos: se siembra en corrupción, se resucita en incorrupción; se siembra en vileza, se resucita en gloria; se siembra en debilidad, se resucita en fortaleza; se siembra cuerpo puramente humano, se resucita cuerpo espiritual” (1Co 15,42ss). Es evidente que cuando se habla de “resurrección”, el concepto incluye la realidad intermedia que va desde la muerte hasta el momento de la resurrección, porque ni Jesús ni sus apóstoles suponen que la resurrección de los muertos haya tenido ya lugar para los difuntos; de ahí que se hable de ella en futuro (“así *será* la resurrección”, dice el texto citado de 1Co 15,42) mientras que se habla del estado espiritual de los muertos como presente (“para Dios todos viven”). Jesús no va más allá.

(v) Los resucitados tienen el poder de no volver a morir, afirma Jesús. Esto no solo afirma, como es obvio, la inmortalidad, sino la bondad de la vida corporal. Porque en la concepción dualista que ve el cuerpo como una carga, la vida como unión entre el cuerpo y el alma es un bien ambiguo. Por un lado, vivir es un bien; pero, por otro, la vida corporal es un estado penitencial, porque el cuerpo es cárcel y sepulcro del alma. Jesús no habla, pues, de la purificación y transformación del hombre como una *liberación corporal*, como los dualistas y gnósticos, sino como una transformación positiva del cuerpo y del alma. Por eso san Pablo habla de “transformación” (1Co 15,52) y no de “separación purificadora”.

(vi) Luego argumenta sobre la resurrección pero de un modo muy interesante, puesto que su razonamiento solo prueba de modo directo la inmortalidad: “Y que los muertos resucitan lo ha indicado también Moisés en lo de la zarza, cuando llama al Señor el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos viven”. Que la Escritura,

en particular la Torá, única fuente que aceptaban los saduceos, hable siempre de los patriarcas muertos como personas vivas, indica que para Dios viven: Quien se le revela a Moisés dice que “es el Dios de Abraham”, no que “lo fue”. Y si para Dios viven, es que viven. Esto indica que la muerte no los ha extinguido. Tienen un estado de vivientes; por tanto, hay en ellos algo que es *inmortal* y que la muerte no puede quitar. El argumento de Jesús, sin embargo, vale para la inmortalidad, que era una de las verdades negadas por los saduceos; pero la otra, la resurrección, es otra cosa. Podemos tener un alma inmortal, pero permanecer, esta, separada para siempre del cuerpo que animó en esta vida. Para Jesús parece que inmortalidad y resurrección tengan una relación indisoluble; lo que solo vale en caso de que la inmortalidad del alma *postule* de algún modo, la *necesidad* de la resurrección. Pero este es un argumento metafísico que nos llevaría demasiado lejos y que Jesús solo insinúa. Si Jesús no satisface la curiosidad de sus oyentes acerca de “cómo resucitarán los muertos, o con qué cuerpo” (1Co 15,35), tampoco nosotros debemos meternos en ese terreno.

(vii) “Algunos de los escribas le dijeron: «Maestro, has hablado bien». Pues ya no se atrevían a preguntarle nada”. Estos escribas serían contrarios a los saduceos, por lo que estarían satisfechos de que Jesús hubiera hecho callar a sus adversarios teológicos. Pero ni unos ni otros vuelven a cargar contra Jesús por el momento.

Jesús se proclama Señor de David

Lc 20, 41-44

⁴¹ Les preguntó: “¿Cómo dicen que el Cristo es hijo de David? ⁴² Porque David mismo dice en el libro de los Salmos: «Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra ⁴³ hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies». ⁴⁴ David, pues, le llama «Señor»; ¿cómo entonces puede ser hijo suyo?”

(i) San Lucas nos ha dicho que los enemigos de Jesús no se atrevieron a seguir azuzándolo por el momento. Pero esta vez fue Jesús quien pasó al ataque. Y lo hizo obligándolos a interpretar

correctamente una expresión del Salmo 110 que rezaban a menudo los judíos piadosos, pues se trata de un Salmo que tiene un lúcido sentido mesiánico que los maestros de la Ley no dejaban bien en claro. En efecto, no hay lugar a dudas que ese Salmo habla del futuro Mesías, así como tampoco había dudas entre sus oyentes de que el Mesías sería un descendiente de David, es decir, un “hijo suyo”, uno de su estirpe. Así se afirma en el Antiguo Testamento: “Brotará una vara del tronco de Jesé... Sobre él reposará el espíritu de Yahveh” (Is 11,1). El tronco de Jesé es la dinastía de David, puesto que Jesé es el padre de David. El cieguito de Jericó había llamado a Jesús con tal título (Lc 18,38).

(ii) Pero ese Salmo afirma que David llama al Mesías “Señor suyo”. De ser así, el Mesías es superior a David, no solo porque este lo llama “Señor” sino porque afirma que “su Señor”, y aquí se refiere a Dios, lo hace sentar a su Diestra. San Pedro, después de Pentecostés, también pondrá en relieve la importancia que tiene este Salmo, entendiendo la referida *sesión a la diestra* como alusión a la Resurrección, Ascensión y Sesión de Jesús en el trono divino, afirmando en una de sus predicaciones al pueblo judío: “Séame permitido deciros resueltamente acerca del patriarca David que... siendo como era profeta, y sabiendo que Dios le había asegurado con juramento que un descendiente suyo se sentaría sobre su trono, previendo el futuro habló de la resurrección de Cristo... A este Jesús, Dios lo resucitó, y todos nosotros somos testigos de ello. Elevado a la diestra de Dios y recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado lo que vosotros estáis viendo y oyendo. Porque David no ascendió a los cielos, y sin embargo dice: «Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies». Sepa, por tanto, con absoluta seguridad toda la casa de Israel que Dios ha hecho Señor y Mesías a este Jesús a quien vosotros crucificasteis” (Hch 2,29-36; cf. 4,25ss).

(iii) Es claro que Jesús, al afirmar que este Salmo contiene un misterio, entiende no solo que el Mesianismo es superior a la Realeza davídica, lo que no pondría ninguna dificultad en entender el texto (David se inclina ante un descendiente suyo quien, además de ser de su linaje y rey como él, es ungido por Dios para una misión superior a la suya) sino que el Mesianismo al que se alude en el texto

sagrado *trasciende* la naturaleza humana y la sangre. El Mesías es humano y más que humano, es divino. Y según Jesús este texto alude a esta verdad. Jesús está dando, pues, a la expresión Κύριος, *Kýrios* (ἔειπεν ὁ Κύριος τῷ Κυρίῳ μου, *eipen ho Kýrios tò Kyrío mou*) un sentido trascendente y divino. Es el mismo sentido con que usa Isabel esa expresión respecto de María (“¿De dónde a mí, que la Madre de mi *Señor*...?”).

(iv) Es de notar que Jesús saca a relucir este tema a propósito, porque los fariseos se habían limitado a considerar el origen del Mesías como exclusivamente descendiente de David. Nuestro Señor quiere sugerir, pues, que el Mesías tiene también un origen más alto: divino. Esto estaba ya presente en la tradición judía, un sector de la cual entendía al Mesías como descendiendo del cielo, interpretando en este sentido los textos del “Hijo del hombre” de Daniel (c.7). Esto mismo se sugería en Is 9,6, en este Salmo 110 que cita aquí el Señor y en los apócrifos, especialmente en el Libro de Henoc. Jesús quiere, pues, orientar hacia la trascendencia de la dignidad y naturaleza del Mesías. Y lo hace interpretando en un sentido sobrehumano la expresión “Señor”. En la versión de los LXX, la palabra *Señor* traduce casi siempre el nombre inefable de Dios (Yahweh). Además, en este Salmo esto está reforzado por la expresión: “Siéntate a mi diestra”. Ponerse a la “diestra” de Dios (Hch 7,55-58) es participar del poder, de la dignidad y de la naturaleza de Dios.

(v) Cristo ha querido con esta pregunta, hábilmente calculada, orientar los espíritus judíos a que viesan en el Mesías –Él mismo– no sólo una dignidad que le venía por ser descendiente de David según la carne, sino también otra dignidad, que le venía por lo que Él se había ya varias veces proclamado: por ser el Hijo de Dios.

(vi) Quizá, incluso, quiso ir más allá y amenazar a sus enemigos, porque cita la expresión del Salmo completa: “hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies”. ¿No era una forma de decirles que si Él era el Mesías ellos terminarían a modo de cojín apisonado por los pies del Rey Mesías, a menos que dejaran de enfrentarlo? Esa es la impresión que yo tengo, y por eso la veo, en el fondo, como una advertencia más amorosa que iracunda. Pero no la entendieron, o se hicieron los tontos.

La advertencia sobre los escribas

Lc 20, 45-47

⁴⁵ *Estando todo el pueblo oyendo, dijo a los discípulos:* ⁴⁶ *“Guardaos de los escribas, que gustan pasear con amplio ropaje y quieren ser saludados en las plazas, ocupar los primeros asientos en las sinagogas, y los primeros puestos en los banquetes;”* ⁴⁷ *y que devoran la hacienda de las viudas so capa de largas oraciones. Esos tendrán un juicio más severo”.*

(i) Los 39 versículos que le dedica san Mateo a la diatriba contra los escribas y fariseos, san Lucas como san Marcos la reducen a solo 3, y mencionando únicamente a los escribas, la mayoría de los cuales pertenecía a la secta de los fariseos.

(ii) La advertencia que hace el Señor significa literalmente “estar atentos”, del verbo προσέχω (*proséjo*), que indica el aplicarse a algo (por ejemplo, cuando se usa para mandar que uno se ocupe con atención de la lectura o del culto divino). De modo figurativo suele usarse para insinuar que no saquen el ojo de alguna cosa o persona que puede resultar peligrosa; en este sentido la traduciríamos como “cuidaos”, “estad alertas”, “estén precavidos”. Esto manifiesta que Jesús considera a los escribas, gente del más puro fariseísmo, como peligrosos para los fieles sencillos.

(iii) De estos personajes san Lucas solo retiene aquí dos características principales. La primera es su sed de fama y honra: “quieren ser saludados en las plazas, ocupar los primeros asientos en las sinagogas y los primeros puestos en los banquetes”, y para esto “pasean con amplio ropaje”, es decir, como pavos reales, alardeando de importancia, riqueza y poder. Barclay refiere que llegaban a tanto que querían ser honrados por encima de los propios padres y casi como al mismo Dios: “Decían: «El respeto que debes a tu maestro es casi como el que debes a Dios». Y: «El respeto que se le tiene a un maestro debe estar por encima del que se le tiene al padre, porque tanto el padre como el hijo deben respetar al maestro». Y: «Si el padre y el maestro pierden algo, lo que pierde el maestro es más

importante, porque el padre no ha hecho más que traerle a uno a este mundo, pero el maestro le enseña la sabiduría que le permitirá entrar en el mundo venidero... Si el padre y el maestro de alguien llevan cargas, debe ayudar al maestro en primer lugar, y luego a su padre. Si su padre y su maestro están cautivos, debe redimir primero a su maestro, y después a su padre»”.

(iv) Lo segundo es su condición perniciosa y dañina para con los bienes materiales de los débiles, aquí representados en las viudas, las más desamparadas de la época junto a los huérfanos: “devoran la hacienda de las viudas”. Los escribas las hacían presa de su usura y otros abusos. Cito nuevamente a Barclay: “La ley obligaba al rabino a no cobrar por enseñar. Se suponía que todos los rabinos tenían trabajos para mantenerse y así enseñar gratuitamente. Eso suena muy bien; pero también se enseñaba que el mantener a un rabino era un acto de suprema piedad. Decían: «Todo el que pone parte de sus ingresos en la cartera de los sabios es merecedor de un sitio en la academia celestial». «Al que da asilo a un discípulo de los sabios en su casa se le cuenta como si ofreciera un sacrificio todos los días». «Deja que tu casa sea lugar de reunión de los sabios». No cuesta creer que ciertas mujeres impresionables fueran presas fáciles de rabinos poco escrupulosos y muy dados a la codicia. Estos a veces devorarían las casas de las viudas”.

(v) No está demás remarcar que el verbo κατασθίω (*katesthío*) significa literalmente devorar, lo que asimila la actividad del fariseísmo a la de las fieras salvajes. Jesús hace realmente una descripción que parece caricaturesca pero que es lamentablemente exacta de la naturaleza del fariseísmo y de su dinamismo destructor del débil. Cuando el fariseísmo se ensaña con un débil lo destruye y reduce a cenizas inservibles. Lo hemos visto, con tristeza, demasiadas veces en la historia de la Iglesia por, como ya hemos dicho varias veces, el fariseísmo no es un problema judío sino religioso, y, por tanto, afecta a cualquier religión.

(vi) Jesús termina su advertencia con una expresión que en sus labios suena tremenda: “esos tendrán un juicio más severo”. Jesús les advierte, pues, que no esperen suavidad y misericordia cuando ellos la han negado a los más desvalidos.

La ofrenda de la viuda

Lc 21, 1-4

¹ Alzando la mirada, vio a unos ricos que echaban sus donativos en el arca del Tesoro; ² vio también a una viuda pobre que echaba allí dos moneditas, ³ y dijo: “De verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que todos. ⁴ Porque todos éstos han echado como donativo de lo que les sobraba, ésta en cambio ha echado de lo que necesitaba, todo cuanto tenía para vivir”.

(i) No es necesario que esta escena haya ocurrido cronológicamente después de la anterior; bien puede haber tenido lugar en otro momento durante aquellos tensos días. Pero san Lucas la coloca aquí porque completa la idea del párrafo anterior, que relaciona a los escribas y fariseos con las personas pobres y sencillas, y está protagonizada por una viuda.

(ii) Jesús estaba sentado enfrente del “gazofilacio”. Γαζοφυλάκιον (*gazofulákion*), es el tesoro real, el palacio del tesoro o simplemente la tesorería del templo. Flavio Josefo usa el término para indicar una estancia especial del Templo, en el patio de las mujeres, donde se guardaba el oro y la plata. El vocablo también indicaba los cofres en forma de trompeta, o de cuerno de carnero, en los que se echaban las ofrendas del pueblo para el culto. Según la Mishná había trece de estos cofres, seis para tales dones en general, y siete para propósitos concretos. Al estar sentado el gesto de Jesús fue el de levantar la vista hacia ese escenario.

(iii) Ante sus ojos desfilaron primero algunos personajes ricos, probablemente de la secta de los fariseos, pues contra ellos había sido la invectiva precedente tanto en san Lucas como en san Marcos, los dos evangelistas que la refieren. Los acaudalados personajes pasaban colocando sus donativos, que san Marcos caracteriza como “mucho”, una suma importante. San Lucas no menciona expresamente la cantidad pero del contexto se desprende que es la idea que quiere transmitir, precisamente al contrastar esta actitud con la de la pobre desamparada.

(iv) En un momento dado se acerca una mujer pobre, en la que el Señor reconoce a una indigente viuda, la cual colocó dúo

λεπτὰ (*dúo leptà*), dos leptones. El término λεπτόν (*leptón*) significa “pelado”, y también “delgado, fino, pequeño, ligero”; pasó a usarse como nombre de una pequeña moneda de cobre, a menudo mencionada en la Mishná proverbialmente como la moneda judía más pequeña. Era una moneda de cobre con valor de medio cuadrante, o sea 1/8 del as romano, y 1/128 del denario. El denario equivalía al valor de 4 gramos de plata, y era el sueldo diario de un jornalero. Como puede notarse, era una suma verdaderamente insignificante.

(v) Pero Jesús percibió, con su mirada sobrenatural, que era todo cuanto aquella tenía para vivir. Y por eso sentenció: “De verdad os digo que esta viuda pobre ha echado más que todos. Porque todos éstos han echado como donativo de lo que les sobraba, ésta en cambio ha echado de lo que necesitaba, todo cuanto tenía para vivir”. Con esta afirmación Jesús cambia radicalmente el juicio que de las ofrendas religiosas tenían la mayoría de sus oyentes, indicando que el valor de una ofrenda lo determinan dos cosas: el espíritu con que se da (si es dada por obligación, a regañadientes, o para presumir, o, por el contrario, con alegría y libertad) y el sacrificio que supone (si se da de lo que sobra o de lo que uno más aprecia o necesita); cuando se entrega lo que uno ya no necesita, aun cuando sea mucho, su valor religioso (o sea, a los ojos de Dios) es poco y quizá nulo; cuando se da de aquello que uno más aprecia, o teniendo que pasar alguna privación para poder ofrendarlo, aun cuando pueda parecer insignificante, a los ojos de Dios, que pesa los corazones y las bolsas de oro, puede ser un valioso tesoro.

(vi) ¡Lamentablemente muchos solo damos a Dios lo que no usamos, lo que no nos aprovecha! Y para esto a menudo esperamos a que ya no nos sirva, usufructuándolo nosotros todo cuanto es posible. Le damos nuestro cuerpo y nuestros afectos cuando ya nadie podría amarnos por lo que somos o parecemos; pero rara vez damos nuestra juventud, nuestras energías, nuestro corazón todavía perfumado. Y como esto ¡tantas otras cosas! Damos a Dios joyas caras, pero pasadas de moda; vestidos de lujo... que ya nadie usa; corazones viejos con los que no se puede amar humanamente. ¡Si fuéramos capaces de darle a Dios esos dos leptones que son todo nuestro tesoro!

LOS VATICINIOS SOBRE JERUSALÉN Y SU IGLESIA

Lc 21, 5-38

⁵ Como dijera algunos, acerca del Templo, que estaba adornado de bellas piedras y ofrendas votivas, él dijo: ⁶ “Esto que veis, llegarán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea derruida”. ⁷ Le preguntaron: “Maestro, ¿cuándo sucederá eso? Y ¿cuál será la señal de que todas estas cosas están para ocurrir?” ⁸ Él dijo: “Mirad, no os dejéis engañar. Porque vendrán muchos usurpando mi nombre y diciendo: “Yo soy” y “el tiempo está cerca”. No les sigáis. ⁹ Cuando oigáis hablar de guerras y revoluciones, no os aterréis; porque es necesario que sucedan primero estas cosas, pero el fin no es inmediato”. ¹⁰ Entonces les dijo: “Se levantará nación contra nación y reino contra reino. ¹¹ Habrá grandes terremotos, peste y hambre en diversos lugares, habrá cosas espantosas, y grandes señales del cielo. ¹² Pero, antes de todo esto, os echarán mano y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y cárceles y llevándoos ante reyes y gobernadores por mi nombre; ¹³ esto os sucederá para que deis testimonio. ¹⁴ Proponed, pues, en vuestro corazón no preparar la defensa, ¹⁵ porque yo os daré una elocuencia y una sabiduría a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios. ¹⁶ Seréis entregados por padres, hermanos, parientes y amigos, y matarán a algunos de vosotros, ¹⁷ y seréis odiados de todos por causa de mi nombre. ¹⁸ Pero no perecerá ni un cabello de vuestra cabeza. ¹⁹ Con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas. ²⁰ Cuando veáis a Jerusalén cercada por ejércitos, sabed entonces que se acerca su desolación. ²¹ Entonces, los que estén en Judea, huyan a los montes; y los que estén en medio de la ciudad, que se alejen; y los que estén en los campos, que no entren en ella; ²² porque éstos son días de venganza, y se cumplirá todo cuanto está escrito. ²³ ¡Ay de las que estén encinta o criando en aquellos días! Habrá, en efecto, una gran calamidad sobre la tierra, y Cólera contra este pueblo; ²⁴ y caerán a filo de espada, y serán llevados cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será pisoteada por los gentiles, hasta que se cumpla el tiempo de los gentiles. ²⁵ Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas; y en la tierra, angustia de las gentes, perplejas por el estruendo del mar y de las olas, ²⁶ muriéndose los hombres de terror y de ansiedad por las cosas que

vendrán sobre el mundo; porque las fuerzas de los cielos serán sacudidas. ²⁷ *Y entonces verán venir al Hijo del hombre en una nube con gran poder y gloria.* ²⁸ *Cuando empiecen a suceder estas cosas, cobrad ánimo y levantad la cabeza porque se acerca vuestra liberación.* ²⁹ *Les añadió una parábola: “Mirad la higuera y todos los árboles.* ³⁰ *Cuando ya echan brotes, al verlos, sabéis que el verano está ya cerca.* ³¹ *Así también vosotros, cuando veáis que sucede esto, sabed que el Reino de Dios está cerca.* ³² *Yo os aseguro que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda.* ³³ *El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.* ³⁴ *Guardaos de que no se hagan pesados vuestros corazones por el libertinaje, por la embriaguez y por las preocupaciones de la vida, y venga aquel Día de improviso sobre vosotros,* ³⁵ *como un lazo; porque vendrá sobre todos los que habitan toda la faz de la tierra.* ³⁶ *Estad en vela, pues, orando en todo tiempo para que tengáis fuerza y escapéis a todo lo que está para venir, y podáis estar en pie delante del Hijo del hombre.”* ³⁷ *Por el día enseñaba en el Templo y salía a pasar la noche en el monte llamado de los Olivos.* ³⁸ *Y todo el pueblo madrugaba para ir donde él y escucharle en el Templo.*

(i) El llamado “sermón parusíaco”, “discurso escatológico” o también “apocalipsis sinóptica”, aparece en los tres sinópticos, Mateo, Marcos y Lucas, con una extensión más o menos similar. La más completa es la de san Mateo. Stuhlmüller piensa que el texto de san Lucas no es más que una reproducción del de san Marcos, estilizado, es decir, con supresiones, cambios, adaptaciones, etc., y que el de san Marcos probablemente corría como escrito aparte entre los fieles, de donde lo toma san Lucas. Piensa, asimismo, que san Lucas suprime todas las alusiones escatológicas, quedándose solo con lo referente a la caída de Jerusalén, porque al fin del mundo ya se refirió antes, cuando lloró sobre Jerusalén. Algo semejante dice Tuya: “Lucas desescatologiza”. Creo que no así, como veremos a continuación. Sólo aludiré al discurso tal como lo tenemos en san Lucas, el cual se divide en siete partes a las que sigue un epílogo histórico conclusivo de toda la vida pública de Cristo.

(ii) La primera parte (vv. 5-6) se refiere al anuncio de la destrucción del templo: “Hablándole algunos del templo, que estaba edificado con hermosas piedras y adornado de exvotos, dijo: «De

todo esto que veis, vendrán días en que no quedará piedra sobre piedra que no sea destruido»⁷⁷. Sostiene Stuhlmueeller que Lucas cambia deliberadamente el lugar y el auditorio en que lo sitúa su fuente, san Marcos, quien presenta a Jesús sentado en el monte de los Olivos, frente al templo, teniendo como interlocutores a Pedro, Santiago, Juan y Andrés, los que le preguntan en privado cuándo se cumplirían las palabras referentes a la destrucción del templo. Lucas, en cambio, hace que todo el discurso se pronuncie en público, en el templo. En realidad, lo que nos permiten deducir estas diferencias, es que el tema debió ser abordado en diversas circunstancias; quizá en unas Jesús mencionó unos temas mientras los otros fueron objeto de distintas predicaciones, en privado y en público, en templo y fuera de él. De ahí que los distintos evangelistas, en su afán de sintetizar los hechos y palabras de Nuestro Señor, situaran el discurso en distintos lugares, y presentándolo como dicho todo de una sola vez. Las palabras de estos dos versículos se refieren, con toda evidencia, al templo material de Jerusalén. La profecía en ellas contenida se cumplió a partir del año 70, con la toma de la ciudad por las tropas de Tito; concluyéndose en el 135, por orden de Adriano, a raíz de la sangrienta represión a la rebelión de Bar Kojba. Este emperador, cansado de las revueltas judías que se sucedían periódicamente, intentó destruir de raíz la identidad judía, causa de las continuas rebeliones. Por esa razón, prohibió la Torá, el calendario judío y mandó ejecutar a numerosos estudiosos y eruditos. Los rollos sagrados fueron quemados en una ceremonia en el Monte del templo y en el lugar del templo, instaló dos estatuas, una del dios romano Júpiter y otra del mismo emperador. Administrativamente eliminó la provincia romana de Judea fusionándola con otras regiones en la provincia de Syria Palaestina, tomando el nombre de los filisteos, antiguos enemigos de los judíos, y fundó la ciudad de Aelia Capitolina en el sitio de Jerusalén, prohibiendo a los judíos que entraran en ella. Todavía hoy pueden verse, en la vieja Jerusalén, restos del cardo máximo de la ciudad romana. Literalmente no quedó piedra sobre piedra. Los exégetas que datan tardíamente los evangelios encuentran precisamente en este punto uno de los escollos difíciles para su tesis, porque si los sinópticos fueron redactados después de la caída de Jerusalén, no se entiende que sus autores no

hayan aludido al cumplimiento de la profecía. Y es indudable que ninguno dice que el templo estuviera profanado o arrasado en sus tiempos, lo que resulta extraño, entre otras cosas, porque sería un argumento ideal para sostener que las profecías de Cristo se habían cumplido tal como Él las había anunciado. Por esta razón otros estudiosos señalan que la redacción de los sinópticos necesariamente tiene que ser anterior al 70 y que sus autores, al escribirlos, no habían presenciado aun la expedición de Vespaciano y Tito, ocurrida en los años 69-70. Este es uno de los puntos más firme sobre el que se apoya, para redatar más tempranamente los Evangelios, el conocido pastor liberal John Robinson: “Uno de los hechos más extraños acerca del Nuevo Testamento es que lo que en cualquier proyección parecería ser el evento singular más datable y culminante del período –la caída de Jerusalén en 70 de la era cristiana, y con ella el colapso del judaísmo institucional basado en el Templo– no es mencionado ni una sola vez como un hecho pasado. Es, por supuesto, predicho; y, al menos en algunos casos, se asume que esas predicciones fueron escritas... después del evento. Pero el silencio es de todos modos tan significativo como, para Sherlock Holmes, el silencio del perro que no ladró (...) Por supuesto se ha intentado dar explicaciones de este silencio. Sin embargo, la explicación más simple de todas, [a saber,] que quizás... hay extremadamente poco en el Nuevo Testamento posterior al año 70 y que sus eventos no son mencionados porque todavía no habían ocurrido, a mi juicio exige más atención que la que ha recibido en círculos críticos”⁴⁸.

(iii) Pues bien, ante tal anuncio, los discípulos alarmados preguntan por el momento en que esto sucedería y por las señales del comienzo de la catástrofe: “Maestro, ¿cuándo sucederá y cuál es la señal de que estas cosas comiencen a suceder?” Pero la respuesta de Cristo tiene algo llamativo, dando dos series de signos, unos generales y otros particulares, que exceden a la destrucción del templo, aplicándose también al fin del mundo, lo que nos hace entender que Jesús está hablando en el lenguaje profético que mezcla lo referido al *tipo* con el *antitipo*. Entre los signos más generales Jesús alude a los falsos mesías que se presentarían en nombre suyo:

⁴⁸ Robinson, John, *Redating the New Testament*, Wipf and Stock Publishers, Eugene-Oregon, 2000, 13-14

“Mirad que no os dejéis engañar, porque muchos vendrán en mi nombre diciendo: «Soy yo» y «El tiempo está cerca». No los sigáis”. El libro de los Hechos alude a algunos falsos mesías: en tiempo del procurador romano Cuspio Fado (44-46 d.C.) surgió Teudas y luego Judas de Galilea (Hch 5,36-37), pero estos son casi contemporáneos de Jesús; por tanto, no alude a ellos Nuestro Señor sino a los futuros. Además de esto, indica guerras y catástrofes: “Cuando oyereis hablar de guerras y revueltas, no os aterréis; porque es preciso que sucedan estas cosas primero, pero no vendrá luego el fin (...) Se levantará nación contra nación y reino contra reino, u habrá grandes terremotos, y en diversos lugares, hambres, pestes, espantos y grandes señales del cielo”.

(iv) Además de estos signos más generales, Jesús anuncia persecuciones y tormentos a sus discípulos, y al mismo tiempo, una asistencia constante del Padre providente: “Pero antes de todas estas cosas pondrán sobre vosotros las manos y os perseguirán, entregándoos a las sinagogas y metiándoos en prisión, conduciándoos ante los reyes y gobernadores por amor de mi nombre. Será para vosotros ocasión de dar testimonio. Haced propósito de no preocuparos de vuestra defensa, porque yo os daré un lenguaje y una sabiduría a la que no podrán resistir ni contradecir todos vuestros adversarios. Seréis entregados aun por los padres, por los hermanos, por los parientes y por los amigos, y harán morir a muchos de vosotros, y seréis aborrecidos de todos a causa de mi nombre. Pero no se perderá un solo cabello de vuestra cabeza. Por vuestra paciencia salvaréis vuestras almas”. Jesús insiste en hacer que su futura Iglesia vea estas pruebas como gracias divinas; de ahí la extraña exhortación a “hacer el propósito” de no preocuparse, de no preparar la defensa..., de dejar todo en las manos del Padre. Como hemos dicho, estas dos series de signos no se refieren exclusivamente a los tormentos previos a la caída de Jerusalén; la exceden para referirse a una realidad que debería prolongarse hasta el momento del Retorno definitivo del Señor, el cual, dicho sea de paso, no parece ser entendido aquí por Jesucristo como algo inminente, puesto que señala tantas cosas que han de suceder antes de su Vuelta. Vaya esto para los que sostienen que Jesús pensaba que el fin del

mundo era algo próximo que tendría lugar en el lapso de la generación que lo oía.

(v) Luego torna el Señor a referirse al sitio histórico de Jerusalén: “Cuando viereis a Jerusalén cercada por los ejércitos, entended que se aproxima su desolación. Entonces los que estén en Judea huyan a los montes; los que estén en medio de la ciudad, retírense; quienes se encuentren en los campos, no entren en ella, porque días de venganza serán éstos para que se cumpla todo lo que está escrito. ¡Ay entonces de las encintas y de las que estén criando en aquellos días! Porque vendrá una gran calamidad sobre la tierra y gran cólera contra este pueblo. Caerán al filo de la espada y serán llevados cautivos entre todas las naciones, y Jerusalén será hollada por los gentiles hasta que se cumplan los tiempos de las naciones”. Robinson, siguiendo en esto a C. H. Dodd, sostiene que estas no son sino descripciones estereotipadas de operaciones militares de la antigüedad. No pueden compararse con la narración pormenorizada y mucho más cruel que nos ha dejado Flavio Josefo en su crónica del asalto a Jerusalén (las luchas entre facciones, los horrores de la pestilencia, la hambruna y el canibalismo, y finalmente el incendio del Templo). Ambos autores afirman que las descripciones de Jesús no se ajustan a la toma de Jerusalén por Tito en el año 70 d.C., sino a la de Nabucodonosor en el año 586 a.C.⁴⁹ Pretenden de esta manera defender que el relato no fue hecho después de la caída de Jerusalén, ni basándose en los textos de Josefo, como algunos han sostenido, sino antes. Me parece, sin embargo, que la necesidad de refutar las infundadas hipótesis de la datación tardía lleva demasiado lejos a Robinson, enfatizando exageradamente las diferencias de los relatos de Cristo y la de testigos presenciales, como Josefo. A la postre termina por debilitar el carácter profético de las palabras de Jesús haciendo, de estas, “lugares comunes de la profecía hebrea” (algo semejante sostiene Tuya, con la misma intención: “parece que no es una descripción «post eventum», pues los elementos descriptivos son ordinarios y tipo clisé en el A.T.”)⁵⁰. Que Jesús se limite a profetizar

⁴⁹ Robinson, John, *Redating the New Testament*, 27.

⁵⁰ Teniendo en cuenta todo esto resulta poco menos que increíble lo que afirma Stöger: “La manera como describe Lucas la destrucción de Jerusalén (Lc 19,43 Ss; Lc 21,20,24) se explica con dificultad si no representaba ya para él un hecho

solo algunos rasgos esenciales de la caída de Jerusalén, vaya y pase; y que se base en el lenguaje apocalíptico de los antiguos profetas, no se puede discutir. Pero son palabras suyas y se refieren a algo que Él está viendo proféticamente, sin entrar en todos los detalles. Porque la profecía es profecía y no una crónica histórica. Robinson logra, en parte, su intento de mostrar que los textos son anteriores a la caída de Jerusalén, y en esto estamos de acuerdo, pero arrastra un poco de trigo al cortar con extremada energía la cizaña progresista (que también él supo sembrar en su momento). Esto no quita, como lo reconoce el mismo Robinson, que pueda objetarse que las palabras de Cristo pudieran haber introducidas de modo literal, sin alteraciones, en un texto escrito tras la caída de Jerusalén, y por tanto, esto solo no sirve de argumento para una datación de *todo* el Evangelio de san Lucas (y de los otros sinópticos) anterior al 70, para lo cual debe apelarse también a otras pruebas. Pero sí dejaría muy firme dos cosas: el valor que el autor del Evangelio daba a la literalidad de aquellas palabras, al punto de dejarlas intactas sin complementarlas con alusiones a su cumplimiento, y, por otro lado, el problema pendiente de por qué no alude en ningún otro lugar del Evangelio a hechos posteriores al 70, por lo menos al traumático incendio del templo y a la tormentosa y sangrienta destrucción de Jerusalén, que no puede haber dejado sin conmover a ningún judío ni a ningún cristiano de aquellos tiempos.

(vi) Luego pasa, Nuestro Señor, a referirse una vez más a aspectos que no cuadran sino con el Fin de los tiempos: “Habrá señales en el sol, en la luna y en las estrellas, y sobre la tierra perturbación de las naciones, aterradas por los bramidos del mar y la agitación de las olas, exhalando los hombres sus almas por el terror y el ansia de lo que viene sobre la tierra, pues las columnas de los cielos se conmoverán. Entonces verán al Hijo del hombre venir en una nube con poder y majestad grandes”. La referencia a la Segunda Venida de Cristo es más que clara y, por tanto, no estamos ya en el plano próximamente histórico sino en los tiempos últimos. “El Hijo

histórico en la fecha en que escribía el Evangelio. Hoy día aumenta el número de los que suponen que Lucas escribió su Evangelio después del año 70 d.C.” Es decir, todo lo contrario de los anteriores autores (Stöger, *El Evangelio según san Lucas*, II, 188-189).

del hombre, señala Stöger, se hará visible. Se le podrá contemplar con los ojos. Nadie podrá sustraerse a este acontecimiento. Además, todos los que lo vean estarán seguros de que es él. La manifestación del Hijo del hombre se pinta con imágenes procedentes de la tradición: «Vi venir en las nubes del cielo a un como hijo de hombre, que se llegó al anciano de muchos días y fue presentado a éste. Fuele dado el señorío, la gloria y el imperio, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron, y su dominio es dominio eterno que no acabará nunca, y su imperio, imperio que nunca desaparecerá» (Dn 7,13ss). El Hijo del hombre viene sobre una nube; la nube es el carro de Dios. Dios mismo se manifiesta con poderío y majestad. El Hijo del hombre tiene participación en el señorío de Dios. Las imágenes transmitidas por tradición tienen por objeto representar la majestad divina de Cristo. Todas las imágenes son sencillamente un débil balbuceo en comparación con lo inefable de su grandeza. Jesús no viene ya en la debilidad de su manifestación terrena, sino en la grandeza y gloria de su exaltación. Pero ¿quién podrá hablar de ella en forma adecuada?»⁵¹

(vii) Pero de pronto las palabras del Señor se elevan hacia la esperanza, porque esa Venida es liberadora: “Cuando estas cosas comenzaren a suceder, cobrad ánimo y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención”. Es la redención final, la que libra a sus elegidos de las angustias del mundo. La alusión a la redención es exclusiva de san Lucas; el término griego traducido por “redención”, ἀπολύτρωσις (*apolytrosis*), sólo aparece en este lugar de los evangelios, pero san Pablo, de quien probablemente lo aprendió san Lucas, lo usa siete veces (Rm 3,24; 8,23; 1Co 1,30; Ef 1,7.14; 4,30; Col 1,14). Aunque el término griego significa literalmente “rescate”, está enraizado en la idea veterotestamentaria de redención.

(viii) La importancia que tienen estos eventos futuros para la vida de sus fieles es tal que Jesús insistirá con una parábola en la necesidad de estar atentos y de ser reflexivos respecto del porvenir. Es la parábola de la higuera y de los demás árboles, que nos enseñan, con sus brotes la cercanía del verano. Nuestro Señor nos pide que

⁵¹ Stöger, *El Evangelio según san Lucas*, II, 206.

también seamos observadores de los signos de los tiempos y sepamos discernir las “yemas y brotes” que anuncian el parto final. Pero Él no entra aquí en cuestión sobre cuáles son estos signos indicativos. Solo indica que la caída de Jerusalén debe servir de ejercitación reflexiva para este discernimiento. Y añade un detalle histórico: “En verdad os digo que no pasará esta generación antes que todo suceda. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”. Y respecto de la caída de Jerusalén sucedió exactamente así, porque manteniéndose alertas, ante los rumores de guerra que venían del norte, los cristianos, atentos a las advertencias del Maestro, huyeron de la ciudad y se refugiaron en Pella y en otras localidades de la Transjordania, como relata Eusebio según hemos afirmado con anterioridad, librándose de los tormentos a los que fueron sometidos los judíos que se confiaron en la seguridad de Jerusalén.

(ix) En consecuencia con lo dicho, Jesús exhorta a la vigilancia, la cual se realiza impidiendo que la seducción del mundo embote el corazón (“no sea que se emboten vuestros corazones por la crápula, la embriaguez y las preocupaciones de la vida, y de repente venga sobre vosotros aquel día como un lazo”) y manteniéndose en oración constante. Solo rezando se podrá “evitar todo esto que ha de venir, y comparecer ante el Hijo del hombre”. Se entiende que se refiere, san Lucas, a una comparecencia moralmente digna, sin avergonzarse ante el Juez.

(x) Con esto se cierra la vida pública del Señor, cuyos últimos momentos san Lucas resume con dos acciones: enseñaba durante el día y oraba durante la noche: “Enseñaba durante el día en el templo, y por la noche salía para pasarla en oración en el monte llamado de los Olivos. Todo el pueblo madrugaba para escucharle en el templo”. De esta oración nocturna, plena de intimidad con el Padre, san Lucas dirá más adelante que era “su costumbre” (Lc 22,39).

LA CONSPIRACIÓN CONTRA JESÚS

La traición de Judas (22,1-6)

¹ Se acercaba la fiesta de los Ázimos, llamada Pascua. ² Los sumos sacerdotes y los escribas buscaban cómo hacerle desaparecer, pues temían al pueblo. ³ Entonces Satanás entró en Judas, llamado Iscariote, que era del número de los Doce; ⁴ y se fue a tratar con los sumos sacerdotes y los jefes de la guardia del modo de entregárselo. ⁵ Ellos se alegraron y quedaron con él en darle dinero. ⁶ El aceptó y andaba buscando una oportunidad para entregarle sin que la gente lo advirtiera.

(i) Lucas introduce los últimos días de Jesús ubicándolos en las cercanías de la Pascua judía, es decir, “la fiesta de los Ázimos”, llamada así porque en aquellos días solo se permitía comer estos panes, preparados sin levadura. No coincidían, sin embargo, completamente, pues la fiesta de los ázimos duraba una semana, del 15 al 21 de nisán, o sea, abril; mientras que la Pascua se comía el 15 de nisán, recordando la liberación de los judíos de Egipto, según relata el libro del Éxodo. Pascua –*pésaj*– quiere decir “paso”; el recuerdo del “paso de largo” del Señor o del ángel del Señor por las puertas de los hogares israelitas, marcados con la sangre del cordero pascual, sin causar daño a ningún viviente de aquellas moradas, mientras que los egipcios lloraban el castigo divino sobre sus primogénitos, hombres y animales.

(ii) Los panes sin levadura simbolizaban “prisa”. En aquella oportunidad solo habían comido panes ázimos porque debían partir, huyendo de la esclavitud; no había tiempo para hacer fermentar los panes. Indicaba, espiritualmente, que cuando el Señor pasa para librarnos no podemos demorarnos en seguir su llamado. Querer hacer las cosas con la parsimonia que estas exigen, puede equivaler a perder la oportunidad de la salvación. ¡Cuántos han quedado atrapados en la esclavitud por no estar dispuestos a renunciar a sus viejos panes leudados, más sabrosos pero obstáculo para quien solo tiene una oportunidad para escapar de la esclavitud!

(iii) La preparación de la fiesta pascual tenía un movimiento del todo particular. Se arreglaban los caminos, se afirmaban los

puentes, se enjalbegaban los sepulcros para que ningún peregrino se contaminara tocándonos inadvertidamente. Durante el mes anterior en las sinagogas se enseñaba el significado de la Pascua. Dos días antes se hacía, en cada hogar, la búsqueda ritual de la levadura; el jefe de la familia, con un candil en su mano, buscaba con solemnidad y en silencio por todos los rincones de la casa cualquier resto de levadura y la arrojaba. Era una fiesta de renovación interior. La asistencia a Jerusalén obligaba a todos los varones judíos mayores de edad que vivieran a menos de 25 kilómetros de la ciudad santa, aunque todo judío tenía por norma ir allí al menos una vez en la vida. El número de asistentes podía ser, por tanto, inmenso. Se calcula que, algunas oportunidades, Jerusalén llegaba a albergar para este tiempo más de dos millones y medio de personas.

(iv) Los sumos sacerdotes y los escribas temían que la presencia de Jesús en aquella oportunidad, pudiera ocasionar un alboroto inmanejable, pues sus milagros y su doctrina inclinaban a muchos a ver en Él al mesías esperado. Lucas no aclara si el temor tenía por objeto una reacción violenta de parte de las autoridades romanas que en los tiempos de la fiesta se ponían particularmente nerviosas y listas para reprimir cualquier tumulto que pudiera disparar la chispa de una revuelta, o bien de que simplemente el pueblo proclamara a Jesús como Mesías. Es san Juan quien pone en boca de Caifás la excusa política. Pero todo el juicio religioso contra Jesús carece de fundamento político, y los sumos sacerdotes empujarán a Pilato a condenar a Cristo con un argumento político solo cuando vean al gobernador titubear ante la evidente inocencia de Jesús. Por tanto, el miedo de las autoridades religiosas tenía por objeto principal, si no exclusivamente, el reconocimiento de parte del pueblo del carácter mesiánico de Jesús. Ellos, por su parte, no creían que Jesús fuera el Mesías, y no estaban dispuestos a doblegarse ante la evidencia de sus milagros y de sus explicaciones teológicas.

(v) Por eso “buscaban hacerlo desaparecer”, es decir, querían matarlo. Jesús estaba ya condenado a muerte antes de ser juzgado.

(vi) “Entonces entró Satanás en Judas, llamado Iscariote”. El anciano Simeón había predicho que Jesús sería la piedra de tropiezo para muchos (2,34). San Lucas ha ido relatando paulatinamente el desarrollo de esta profecía: primero algunos de los paisanos del

Señor (4,28-29), luego muchos de los fariseos (11,53-54) y de los sumos sacerdotes (19,47)... ahora de entre sus mismos íntimos: uno de los Doce. Al final de las tentaciones en el desierto, Lucas había señalado que el diablo se había alejado, derrotado por Cristo, hasta un momento oportuno (4,13). Ahora, vuelve a entrar en escena con esta misteriosa *introducción* en Judas: εἰσῆλθεν (*eiselthen*), del verbo εἰσερχομαι (*eiserjomai*), entrar. También san Juan usará la misma expresión al decir que al tomar el bocado que Jesús le ofrecía –o sea, al mismo tiempo que rechazaba por enésima vez la gracia del arrepentimiento– *eiselthen*, se introdujo, Satanás en él (cf. Jn 13,27). Juan marca, incluso, dos momentos distintos; primero señala que el diablo pone (βεβληκotos, *beblekotos*, de βάλλω, *ballo*, lanzar, derramar) en el corazón de Judas el designio de entregar a Jesús (Jn 13,2), y luego que *entra* en él. Ninguna de las expresiones tiene que referirse necesariamente a una posesión diabólica de Judas, aunque tampoco puede descartarse de modo absoluto. Una posesión no parecería agravar el pecado sino más bien disminuir la responsabilidad, salvo una posesión como castigo del pecado. Y Jesús en Getsemaní no descargará la culpa de Judas sino lo considerará responsable de sus actos. Todo hace inclinar la balanza hacia un uso metafórico de esta “entrada” diabólica en el corazón. Se refiere a la determinación final de traicionar a Jesús, indudablemente instigada por Satanás, pero libremente aceptada por el Iscariote.

(vii) San Lucas remarca aquí “que era del número de los Doce”. La ruina temporal de Jesús y el temprano aborto de su vida apostólica es causada desde adentro de su círculo íntimo; del más cercano y fraternal: los Doce. Esto tiene una carga especial de dramatismo. Judas conocía bien a Jesús, había convivido con Él, había oído los secretos más inefables de los misterios divinos, en particular las explicaciones del sentido de algunas parábolas que “solo a ellos les había sido dado comprenderlas” de su boca; había presenciado los milagros de Jesús y de sus discípulos; quizá incluso había obrado él mismo alguno; había visto a los demonios someterse a Jesús y proclamar su santidad; había predicado el mensaje de Jesús en las dos misiones a las que Éste envió a sus discípulos durante su ministerio público... y sin embargo, vendió al Maestro, al Padre, al Revelador, al Profeta, al Taumaturgo, al Gran Perdonador... Si uno

de los Doce, de las doce columnas sobre las que inicialmente asentó Jesús su *ekklesía*, su rebaño de llamados, buscó su ruina persiguiendo su propio interés... es imposible que esta realidad, la traición a Cristo que viene desde sus más cercanos– no continúe realizando su obra demoledora en el corazón de la Iglesia de Cristo hasta la consumación de los siglos.

(viii) Judas acudió espontáneamente a los sumos sacerdotes para negociar con ellos el asunto de Jesús. Estos se alegraron porque el traidor les servía en bandeja lo que ellos no sabían de qué manera concretar. Dice san Lucas que convinieron en recompensarlo con dinero, aunque no menciona la cantidad; son los otros evangelistas los que nos transmiten que fueron treinta siclos de plata, la misma cifra que el libro del Éxodo (21,32) estipula para el precio de un esclavo. Desde ese momento Judas andaba buscando la oportunidad de entregarlo sin que nadie se diese cuenta.

Preparativos de la Última Cena (22,7-13)

⁷ Llegó el día de los Ázimos, en el que se había de sacrificar el cordero de Pascua; ⁸ y envió a Pedro y a Juan, diciendo: “Id y preparadnos la Pascua para que la comamos”. ⁹ Ellos le dijeron: “¿Dónde quieres que la preparemos?” ¹⁰ Les dijo: “Cuando entréis en la ciudad, os saldrá al paso un hombre llevando un cántaro de agua; seguidle hasta la casa en que entre, ¹¹ y diréis al dueño de la casa: “El Maestro te dice: ¿Dónde está la sala donde pueda comer la Pascua con mis discípulos?” ¹² Él os enseñará en el piso superior una sala grande, ya dispuesta; haced allí los preparativos”. ¹³ Fueron y lo encontraron tal como les había dicho, y prepararon la Pascua.

(i) “Llegó el día de los ázimos”. Era este, desde hacía un tiempo, el 14 del mes de Nisán. Primitivamente sólo se comían los panes ázimos la semana pascual, que comenzaba el 15 de Nisán; pero los rabinos, para asegurar más su cumplimiento, lo extendieron al mediodía del 14, es decir el jueves de la semana de pasión.

(ii) Ese día se sacrificaba el cordero pascual, y para este efecto Jesús envió a dos de sus discípulos, Pedro y Juan, a preparar el

sacrificio y la cena. El modo en que el Señor indica el lugar es de lo más extraño, por medio de indicaciones completamente circunstanciales: debían entrar en la ciudad y se toparían con un hombre realizando un trabajo que habitualmente tocaba a las mujeres, acarreando un cántaro de agua; era esto tan inusual que no tendrían dificultad en identificarlo. A ese hombre debían seguirlo y la casa en que entrase era el lugar convenido. Barclay sugiere que Jesús ya había concertado de antemano todas estas cosas con alguno de sus discípulos de Jerusalén, para hacer todo esto lo más secreto posible. De ahí que el hombre con el cántaro estaría aguardando la aparición de los dos apóstoles y al verlos se pondría en silencio en camino hacia la morada... Indudablemente las cosas pueden haberse desarrollado de ese modo, y de hecho, es una linda explicación para una novela policial; pero el Jesús que nos viene pintando san Lucas desde el comienzo de su Evangelio no cuadra con este tipo de maniobras, a menos que también se haya concertado de antemano con uno de los peces de Galilea para que asechase con una moneda en la boca hasta que Pedro tirara su anzuelo haciéndole creer, así, al curtido pescador que su Maestro había hecho un milagro. Parece más ajustado a los prodigios que Jesús hace a cada vuelta de página en los Evangelios, ver en este pasaje una actuación de los dones extraordinarios de Jesús, usados en este caso para Judas, quien probablemente paraba el oído en aquellos momentos, no se enterase de antemano el lugar de la cena precipitando los sucesos antes de la institución de la eucaristía. Lo entienden así incluso autores que generalmente minimizan cuanto sea posible los rasgos sobrenaturales del Evangelio.

(iii) Pedro y Juan hicieron tal como les mandaba Jesús y encontraron las cosas según lo anticipado. El que sus discípulos íntimos constaten que el Maestro ha realizado una verdadera predicción y que esta se ha verificado tal cual se le dijo tenía una función importante, pues, de este modo, ellos podían estar seguros también de que lo que prometería posteriormente en la cena también sucedería a su debido tiempo. Transmitieron, por tanto, el mensaje del Señor al dueño de casa y este les mostró “en el piso superior una sala grande, ya dispuesta”. En Jerusalén, las casas de más categoría tenían dos habitaciones, una encima de la otra; la superior un poco

más pequeña que el piso de abajo. Se accedía a ella por una escalera exterior, lo que daba cierta independencia a los quienes se hospedaban allí. Durante el período pascual, el hospedaje era gratuito en Jerusalén. Lo único que el hospedador podía recibir por el alojamiento de peregrinos era la piel del cordero que se comían en la fiesta. La habitación de arriba se solía usar para que se reuniera un rabino con sus discípulos predilectos para hablar con ellos en la intimidad.

(iv) Según el relato de san Lucas, como también el de Mateo y Marcos, Jesús mandó a sus discípulos a preparar el cordero el día en que este se sacrificaba y comía, es decir, la víspera del 15 de Nisán. Por tanto, estamos en el 14 de Nisán que ese año caía en jueves. El 15 sería, pues, el viernes, y ese día moriría el Señor. Pero esto discrepa con lo que dice san Juan, según el cual la Pascua empezaba ese año el viernes por la tarde, muriendo Jesús, por tanto, en el mismo momento en que se inmolaba en el templo el cordero Pascual. Por tanto, el jueves, según san Juan, habría sido 13, el viernes 14 y el sábado 15 de nisán (doblemente solemne ese año por ser sábado y por caer en él la pascua). Algunos autores han sostenido que la cronología exacta es la de los sinópticos, y que san Juan traslada un día la Pascua por motivos teológicos, es decir, para hacer coincidir la muerte de Cristo con el sacrificio del cordero pascual y presentarlo como la nueva víctima de reconciliación.

(v) Sin embargo, hay otros elementos referidos por los mismos Sinópticos que inclinan fuertemente a considerar acertada la cronología de Juan. Por ejemplo, es impensable que ya comenzada la Pascua fuera una tropa compuesta por servidores de los sacerdotes, a prender a Jesús, y, más aún, llevando armas; o que esa misma madrugada se reuniera el sanedrín y celebrara los dos juicios contra Jesús; o que Simón de Cirene volviera de trabajar en el solemne día pascual; o que los sacerdotes no quisieran entrar en el pretorio para quedar impedidos de comer la Pascua...

(vi) Si esto es así, entonces Jesús habría adelantado la cena pascual un día. Pero ¿en base a qué lo habría hecho así el Señor? Es indudable que si no hubiera obrado así no podría haber instituido la eucaristía en la cena pascual, porque el día en que correspondía oficialmente celebrarla, era el día de su propia inmolación. La

cuestión es, ¿apoyado en qué actuó de ese modo? Se han dado muchas posibles respuestas, pero la que parece más aceptable es la costumbre que habían impuesto en aquellos tiempos los sacerdotes de línea boetiana (de la familia de Boeto) y saducea, de atrasar la pascua al sábado cuando caía en viernes y de adelantarla cuando caía en domingo. El motivo es que estos defendían que la fiesta de Pentecostés debía celebrarse siempre en domingo, “pero –y cito aquí a Ricciotti– como los cincuenta días de intervalo entre la Pascua y Pentecostés comenzaban a contarse desde el día de la octava pascual en el que se ofrecía en el Templo el primer haz de espigas, ellos opinaban que la ofrenda del haz debía hacerse siempre el domingo de dicha octava. Los fariseos, por el contrario, sostenían que Pentecostés podía celebrarse en cualquier día de la semana, y por tanto la ofrenda de las espigas debía hacerse el día que inmediatamente siguiera a la Pascua, es decir, el 16 de Nisán, fuera el día que fuese de la semana”.

(vii) De ser esta la razón, tenemos que muchos celebraban la cena Pascual el día realmente correspondiente, que aquél año caía el viernes (el cual comenzaba en la víspera del jueves); y a esto se atuvo el Señor. Otros, en cambio, es decir, todos los ligados a la aristocracia sacerdotal se atenían a la datación acomodada, y la celebraban el sábado (que comenzaba el viernes por la tarde). Jesús, pues, comió el cordero pascual el día cronológicamente exacto, y fue inmolado como víctima pascual el día del sacrificio del cordero cuando lo inmolaban y comían los sumos sacerdotes, precisamente sus inmoladores.

(viii) También es posible que Jesús haya celebrado la Pascua según el calendario de Qumrán, es decir, al menos un día antes; aunque esta comunidad la realizaba sin cordero⁵².

(ix) Los apóstoles enviados, fueron, pues, a Jerusalén y hallaron todo tal como les había indicado el Maestro, y prepararon la Pascua según sus instrucciones.

Institución de la Eucaristía (22,14-38)

⁵² Esta hipótesis ha sido incluso avanzada por el Papa Benedicto XVI, en su Sermón del jueves santo del 5 de abril de 2007.

Después de estas breves alusiones a la preparación de la cena, San Lucas entra de lleno en el relato de la institución de la Eucaristía y de algunas de las últimas instrucciones de Nuestro Señor.

La eucaristía (22,14-20)

¹⁴ Cuando llegó la hora, se puso a la mesa con los apóstoles; ¹⁵ y les dijo: “Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de padecer; ¹⁶ porque os digo que ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios”. ¹⁷ Y recibiendo una copa, dadas las gracias, dijo: “Tomad esto y repartidlo entre vosotros; ¹⁸ porque os digo que, a partir de este momento, no beberé del producto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios”. ¹⁹ Tomó luego pan, y, dadas las gracias, lo partió y se lo dio diciendo: Este es mi cuerpo que es entregado por vosotros; haced esto en recuerdo mío”. ²⁰ De igual modo, después de cenar, la copa, diciendo: “Esta copa es la Nueva Alianza en mi sangre, que es derramada por vosotros”.

(i) San Lucas, como los demás evangelistas, no describe el ritual judío de pascua; o lo da por supuesto o como innecesario para comprender la novedad que introducirá Jesús en él. Pero podemos reconstruirlo sobre la base de algunos documentos extrabíblicos (como el *Libro de los Jubileos*, apócrifo del siglo I a.C.; los dos libros de Flavio Josefo, *Las antigüedades judías* y *La Guerra de los judíos*; algunos documentos de Filón de Alejandría; las prescripciones recogidas en la Mishná, tratado Pesahîn, del siglo II, y en el comentario a la Mishná, el Talmud, en sus dos formas palestina y babilonia...).

(ii) El desarrollo es el siguiente: (1º) Comienza con unos aperitivos en una habitación aparte, que comprenden hierbas amargas, una salsa, el haroset, fruta empapada de vinagre. (2º) Viene luego la bendición sobre el vino y la primera copa con la fórmula: “Bendito eres, Señor, Dios nuestro, rey del universo, creador del fruto de la vid”. Con la bendición del vino se asocia la de la fiesta, en donde se hace la conmemoración del acontecimiento salvífico del

éxodo. (3º) Luego se lava la mano derecha, que sirve para comer, y comienza así la comida central, que se toma en el piso superior, tumbados en el diván como signo de libertad. (4º) Se hace entonces el relato de la pascua, con la explicación de los ritos por parte del padre, que responde a las preguntas del hijo menor. Es la *haggadah* pascual, que comprende los textos de Dt 6,20-25; Dt 26,5-11; Jos 24,2-13. Es éste el “credo” de Israel, que vuelve a proponerse en el contexto de la cena pascual. (5º) Viene luego la presentación de la segunda copa de vino y el canto del Hallel, los Salmos pascuales 113-114. (6º) Sigue la bendición y la fracción del pan por parte del que preside la mesa, que se lo distribuye a los comensales, preceden a la comida del cordero. (7º) Tras la tercera copa de vino, con la relativa bendición de acción de gracias, viene el canto final del Hallel, salmos 114-118. (8º) Con una cuarta copa de vino se cierra el ritual de la cena de pascua.

(iii) Si consideramos estos elementos podremos comprender mejor el relato de los hechos de Jesús durante la Última Cena, y su profundo simbolismo cristiano: “El cordero, dice Ravasi, es el símbolo del sacrificio y de la ofrenda a Dios, con un valor salvífico para el perdón de los pecados. Es también símbolo del mesías, relacionado con las figuras de Moisés y de David. El pan ácimo representa el pan de la prisa y de la huida, el pan de la desgracia, comido en el desierto; pero es también el primer fruto de la tierra prometida. La bendición del pan hace participar de la salvación, como don de Dios. El vino en la comida pascual es obligatorio, incluso para los más pobres; en efecto, representa el gozo y la fiesta por el don de la salvación. Las cuatro copas de vino recuerdan los gestos liberadores de Dios señalados en Éx 6,6. El banquete pascual judío, con su significado religioso salvífico, ofrece el marco de comprensión de la pascua de Jesús y de la cristiana. Es memoria, anuncio y esperanza de la salvación definitiva”.

(iv) Estando ya a la mesa Jesús expresó a sus apóstoles las ansias de comer esa Pascua que lo habían animado toda su vida: “he deseado con ansias comer esta Pascua con vosotros antes de padecer”. Τοῦτο το πάσχα (*touto to pasja*): esta pascua particular. “Con vosotros” porque de la cena ellos saldrán, aun cargados de sus miserias y debilidades, partícipes de su sacerdocio. Y añade προ του

με παθειν (*pro tou me pathein*), que traducimos generalmente como una construcción temporal (*antes de mi padecimiento*), pero *pro* también tiene el sentido de “delante de”, y por tanto, no es ajeno a la construcción traducirla como “teniendo delante [de los ojos] mi pasión”. Lo que va a hacer Jesús en esa cena no solo es algo *anterior* a la Pasión, sino que mira a la Pasión como lo que *intenta representar* sacramentalmente. Sacramentalmente quiere decir que *realmente* es lo mismo que ocurrirá horas más tarde, o sea, una anticipación, pero realizado de otra manera diversa (incruentamente).

(v) “Ya no la comeré más hasta que halle su cumplimiento en el Reino de Dios... No beberé del producto de la vid hasta que llegue el Reino de Dios”. Con estas palabras Jesús anuncia el fin de la vieja Pascua, que desde ese momento será sustituida por la Eucaristía, que es *memorial* de su muerte. El *reino de Dios* no es el reino escatológico sino la Iglesia, y la *pascua cumplida* (la que se realiza con perfección en ese reino) es la Eucaristía. La segunda de estas frases la pronuncia el Señor mientras les reparte la primera copa, o quizá la segunda de las cuatro que circulaban durante el banquete pascual.

(vi) “Tomó luego el pan”. Se trata de los panes ázimos con que se iniciaba propiamente la comida pascual. Este pan significaba en la liturgia hebrea la providencia con que el padre de la familia velaba sobre los suyos. En este caso Jesús, antes de darlo a sus discípulos, hace sobre él una acción de gracias y lo parte al tiempo que pronuncia las palabras *consacratorias*: “esto es mi cuerpo que es entregado por vosotros” (τοῦτό ἐστι τὸ σῶμά μου, *toutó esti to somá mou*). Jesús usa el verbo “ser”, que indica no solo identidad entre el sujeto el predicado, sino que expresa la realidad ontológica de aquello que está indicando: esto “es”. No usa ninguna locución que pudiera disminuir la tremenda fuerza que tienen estas palabras, como, por ejemplo, representar, simbolizar, figurar, aludir, interpretar, aparentar, semejar... Todos los evangelistas que reportan las palabras del Señor, tanto al referirse al pan (*artos*) / cuerpo (*soma*), como el cáliz (*potérion*) / sangre (*‘aima*), señalan el uso del verbo “ser”. Las palabras de Jesucristo son eficientes, como lo son las del Hacedor en la obra de la creación; las nuestras son significativas, porque solo expresamos lo que las cosas son; Dios al

decirlas las cosas les da (es decir, les causa) el ser. Por tanto, cuando el Señor afirma que “eso”, el pan que tiene en sus manos, *es* su cuerpo, debemos entender que *es su cuerpo*.

(vii) Y otro tanto se diga del vino contenido en el cáliz que, desde ese momento, *es* su *sangre*. Esta copa sobre la que Jesús pronuncia sus solemnes palabras es la última copa, la cuarta, que se bendecía después de la comida.

(viii) Al gesto de repartir el pan mientras lo transustancia, Jesús añade el de *partirlo* y las palabras “que es entregado”. El verbo δίδωμι (*didomi*) se traduce en varios sentidos, debiendo elegirse el apropiado según el contexto: conceder, dar, entregar, producir, poner. ¿Cuál toma aquí? ¿A quién o a qué es *dado* ese cuerpo? Es dado ciertamente a los apóstoles, que lo reciben de manos del mismo Jesús para comerlo y hacerse una sola cosa con Él en esa cena sacrificial (del sacrificio pascual y del sacrificio de Cristo). Pero la preposición ὑπέρ (*hyper*) que rige el genitivo del pronombre personal *vosotros* (ὑπέρ ὑμῶν, *hyper ymón*) que antecede a la acción indicada, no se traduce *para vosotros* (dativo) sino que tiene un sentido de lugar (*en lugar* de vosotros) o causal (*por causa* de vosotros).

(ix) Y esto guarda un notorio paralelo con el adjetivo que califica la *sangre*: es sangre *derramada* (del verbo ἐκχέω –*ekjéo*–, *derramar*), a la que también se prepone ὑπέρ ὑμῶν, *hyper ymón* (a causa, o en bien, de vosotros). Más aún, en este caso se añade que es sangre de alianza, de la *nueva alianza*, aludiendo, pues, a la substitución de una antigua alianza que todo judío entendía bien que había sido establecida con derramamiento de sangre de víctimas y holocaustos: la instaurada por Moisés al pie del Sinaí (Ex 24,1-8).

(x) Jesús, pues, se entrega a sus apóstoles pero de manera sacrificial: como cuerpo partido y quebrado y como sangre derramada. Lo hace, además, con un claro sentido vicario: en lugar de vosotros; y redentor: para bien de vosotros.

(xi) En relación con la entrega de su cuerpo, pero con valor sobre todo el sacrificio, Jesús añade: “haced esto en memoria mía”. Estas palabras contienen claramente la intención de que este rito de alianza sea repetido por sus discípulos. Y al no poner una determinada cantidad de veces (hacedlo una vez más... o dos...) se entiende que ha de ser repetido constantemente. Además, el mandato

implica la transmisión de la potestad de realizarlo verazmente, es decir, de poder reiterarlo con el mismo efecto que tuvo en la última cena: transustanciando el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de Cristo. Este es el origen de nuestra Misa.

Anuncio de la traición (22,21-27)

²¹ “Pero la mano del que me entrega está aquí conmigo sobre la mesa. ²² Porque el Hijo del hombre se marcha según está determinado. Pero, ¡ay de aquel por quien es entregado!” ²³ Entonces se pusieron a discutir entre sí quién de ellos sería el que iba a hacer aquello. ²⁴ Entre ellos hubo también un altercado sobre quién de ellos parecía ser el mayor. ²⁵ Él les dijo: “Los reyes de las naciones las dominan como señores absolutos, y los que ejercen el poder sobre ellas se hacen llamar Bienhechores; ²⁶ pero no así vosotros, sino que el mayor entre vosotros sea como el más joven y el que gobierna como el que sirve. ²⁷ Porque, ¿quién es mayor, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es el que está a la mesa? Pues yo estoy en medio de vosotros como el que sirve”.

(i) Si nos atenemos a la narración de san Lucas debemos pensar que Judas asistió al banquete eucarístico, aunque esto no puede determinarse con certeza y es un tema discutido pues san Marcos menciona la traición antes de la institución. En caso de haber estado, su presencia haría, como dice bien Barclay, “más trágica la tragedia”. Sería también un adelanto de todas las indignas comuniones que el cuerpo del Señor padecería en el futuro de parte de algunos de sus más íntimos.

(ii) Tiene que haber sido muy doloroso para Jesús afirmar que quien lo estaba entregado se encontraba a la mesa con Él. Esta referencia a la cercanía física de quien lo traiciona, incluso sentado a su misma mesa, puede ser una alusión al Salmo 41,9 (“Hasta mi amigo íntimo en quien yo confiaba, el que mi pan comía, levanta contra mí su calcañar”); de hecho san Juan afirma que Jesús lo citó en su sermón de despedida. Lucas se contenta con la referencia general, la que también tiene el sentido de advertir a todos sus futuros discípulos que no por acercarse a su mesa quedan inmunes de

convertirse en sus enemigos. También nos demuestra cuánto duele a Jesús la traición de quienes Él ha admitido a su círculo más íntimo. San Lucas no dice que los apóstoles preguntaran a Jesús quién de ellos haría tal cosa, sino que los describe discutiéndolo entre ellos mismos. Y sabemos bien qué puede significar este “discutir entre sí quién lo traicionaría”: nada más y nada menos que acusarse mutuamente o bien murmurar unos de otros. No debe extrañarnos que la disputa se derivara al mismo tiempo en otra, verdaderamente mundana, sobre la primacía e importancia de cada uno en la jerarquía del pequeño grupo...

(iii) Nuestro evangelista subraya con fuerza que Jesús sabe bien quién lo va a entregar, pero que también quiere hacer notar, al mismo tiempo, que esto cumple lo *determinado*. El verbo ὀρίζω (*horízo*) significa decretar, prefijar, declarar, determinar. No tiene un sentido fatalista, como la *voluntad divina de los griegos* que les permitía a estos descargar la responsabilidad de sus crímenes en el ineludible oráculo celeste, como el Edipo de Sófocles o la Helena de Eurípides. El tremendo “¡ay!” (οὐαί, *ouaí*) de Cristo no tiene explicación sin referencia a la libertad de esa proterva decisión. Edipo no puede escapar al destino decretado por Apolo, pero el pueblo tebano al mismo tiempo que se horroriza de los hechos perpetrados inconscientemente por el protagonista, lo declara desafortunado e infeliz víctima del destino. Jesús, por el contrario, deja entrever el misterio de la libertad de su entregador. Por tanto, esta “determinación” divina es más propiamente una “previsión” y no una predeterminación ineludible al mal, noción, ésta, que la fe católica ha rechazado siempre con horror y como incompatible con la bondad divina.

(iv) La pueril derivación del altercado entre los apóstoles no provoca una reacción indignada en el Maestro sino que, con suma paciencia y delicadeza, la aprovecha para darles una lección de humildad. A diferencia de los señores mundanos, les dice, que consideran la grandeza según la medida del poder y del mando que ejercen sobre los demás y de las honras que reciben..., la grandeza de sus discípulos debe consistir en ponerse al servicio de los demás. Mandar, en la doctrina de Cristo, es servir. Porque eso hizo Él: Él es

el mayor (Jesús no tiene dudas sobre su dignidad y prerrogativas), pero precisamente Él quien los sirve a todos.

Promesas y preanuncios (22,28-38)

²⁸ “Vosotros sois los que habéis perseverado conmigo en mis pruebas; ²⁹ yo, por mi parte, dispongo un Reino para vosotros, como mi Padre lo dispuso para mí, ³⁰ para que comáis y bebáis a mi mesa en mi Reino y os sentéis sobre tronos para juzgar a las doce tribus de Israel.

³¹ ¡Simón, Simón! Mira que Satanás ha solicitado el poder cribaros como trigo; ³² pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Y tú, cuando hayas vuelto, confirma a tus hermanos”.

³³ Él dijo: “Señor, estoy dispuesto a ir contigo hasta la cárcel y la muerte”. ³⁴ Pero él dijo: “Te digo, Pedro: No cantará hoy el gallo antes que hayas negado tres veces que me conoces”. ³⁵ Y les dijo: “Cuando os envié sin bolsa, sin alforja y sin sandalias, ¿os faltó algo?” Ellos dijeron: “Nada”. ³⁶ Les dijo: “Pues ahora, el que tenga bolsa que la tome y lo mismo alforja, y el que no tenga que venda su manto y compre una espada; ³⁷ porque os digo que es necesario que se cumpla en mí esto que está escrito: «Ha sido contado entre los malhechores». Porque lo mío toca a su fin”. ³⁸ Ellos dijeron: “Señor, aquí hay dos espadas”. Él les dijo: “Basta”.

(i) Del largo discurso que Jesús dio durante la cena, del que Juan nos ha conservado extensos párrafos, los demás evangelistas solo transmiten algunos pasajes. Entre estos, la promesa del Reino. Jesús les habla de su Reino, el cual tiene aquí un claro sentido escatológico. No es ya su Reino espiritual pero temporal, la Iglesia, sino un Reino definitivo. Jesús alude, de este modo, aunque veladamente, a su próxima muerte y a su retorno al Padre. Ese Reino es dado a los suyos como premio por su perseverancia junto a Cristo en las pruebas. No se refiere a las pruebas pasadas, durante la vida pública del Señor, sino a las futuras. Es un futuro expresado en forma de pasado. No se refiere, por tanto, a la actitud de los apóstoles durante la Pasión, en la que precisamente no perseverarán a su lado, sino a su futura misión. El premio del que habla es una asociación en el mismo premio que Jesús recibe del Padre: “yo os lo preparo, como

el Padre me lo ha preparado a Mí”. Es un reinado de gozo, por eso lo representa con la imagen del banquete celeste: “para que comáis y bebáis a mi mesa”. Y es escatológico: “para que juzguéis a las tribus de Israel”.

(ii) Después de haber mencionado el premio al que vence en las pruebas, les habla de estas, dirigiéndose en particular a Simón. Parece que detrás de cuanto dice aquí, late la imagen del pasaje de Job en el que el demonio pide permiso a Dios para tentar a Job (aquel no lo hace directamente, porque es muy orgulloso como para *pedir*, pero lo hace disimuladamente diciendo: “si alguno lo tentara –¿y quién sino él es el *tentador*?– verás que no será fiel”). El demonio, dice Nuestro Señor, quiere cribarte como el trigo. El trigo se criba, se filtra, o se tamiza, para separar lo útil de lo inservible, lo valioso de lo vil. Durante la Pasión del Señor, Pedro será zarandeado por la tentación; esto hará emerger a la luz toda su miseria: su cobardía, su fragilidad, la superficialidad de su amor demasiado sensible aunque sincero... Pero esto mismo le permitirá luego desprenderse de tales impurezas ya demasiado evidentes como para negarlas o no verlas como cuando estaban sepultadas en lo profundo del alma. Pedro pasará momentos muy duros, y perderá mucho, incluso lo más preciado por él... porque traicionará a su Maestro. Pero no malogrará su fe, porque Jesús ha rogado para que esta misteriosa raíz de la vida sobrenatural, la única, junto a la esperanza, que pueden permanecer en el corazón del que ha traicionado el amor divino, aunque en un lánguido estado, no desaparezca.

(iii) Jesús habla de su oración en particular por Pedro. Todos serán tentados y todos claudicarán frente al peligro, pero el Señor reza singularmente por Pedro, y le asigna la misión de “confirmar” a sus hermanos una vez que él haya “vuelto”. El verbo ἐπιστρέφω (*epistréfo*) no indica un movimiento físico sino una conversión moral (cf. Hch 3,19; 9,35; 26,18.20). Profetiza, pues, la caída de Pedro y su resurgir. Su fe no desfallecerá, pero su valor sí, y su negación de Cristo no implicará dejar de creer en Él, sino dejar de serle fiel. Pedro, muy humanamente, no comprende estas palabras del Señor; no llega a entender que habla de acontecimientos futuros ciertos, no de temores o sospechas. Por eso protesta, con afecto sincero pero iluso, que él jamás lo abandonará, incluso si la perspectiva fuera la

cárcel o la muerte... Es el mismo modo de pensar que nos caracteriza a nosotros al mirar nuestro futuro sin pesar lo que valen nuestras fuerzas al margen de la gracia de Dios. Para que comprenda que habla de lo que indudablemente ocurrirá, y de ahí a muy pocas horas, Jesús entra en detalles: “te aseguro que antes de que hoy cante el gallo, habrás negado tres veces que me conoces”. Otros evangelistas aclaran que Jesús se refiere al segundo canto del gallo.

(iv) Pero, como hemos visto, Nuestro Señor también profetiza la conversión de Pedro, y le asigna una misión para cuando esté ya “de regreso” de su infidelidad: “confirmar a sus hermanos”. El verbo *στηρίζω* (*sterizo*) significa “fijar firmemente”, es decir, literalmente “volverse resueltamente en cierta dirección”, y figurativamente “confirmar”, en el sentido de “dejar firme”, pues se deriva de *sterix*, apoyo. En la Sagrada Escritura se usa cuando se habla de establecer, afirmar y confirmar personas. Así, por ejemplo, san Pablo deseaba visitar Roma, a fin de que los creyentes pudieran ser “confirmados”, o sea, asegurados en su fe (Rm 1,11; cf. Hch 18,23); igualmente con Timoteo en Tesalónica (1Ts 3,2). Se trata de una obra propia de Dios (Rm 16,25; 1Ts 3,13; 2Ts 2,17).

(v) Indudablemente este texto alude a la autoridad de Pedro en la Iglesia; o sea, Pedro como Piedra, como fundamento visible y cimienta de cohesión en la fe. En otros lugares, Jesús profetiza también la caída de los demás apóstoles: “todos os escandalizaréis” (san Mateo); pero solo a Pedro encarga el volver a dar firmeza “a sus hermanos”. Es el cuerpo de la Iglesia, resumido allí en los apóstoles y discípulos que se desparramarán presa del miedo durante las tremendas horas de la Pasión.

(vi) Finalmente, termina el Señor por anunciar el nuevo tiempo de la Iglesia: el de la persecución, que se inaugura con su propia Pasión. Por eso les pregunta, retóricamente, aludiendo a la misión temporal, la de los 72 discípulos: “Cuando os envié sin bolsa, sin alforja y sin sandalias, ¿os faltó algo?” Ellos respondieron: “Nada”. En esa oportunidad la mano providencial de Dios se había mostrado dadivosa y patente. Pero ahora, parece decir Jesús, el panorama se ensombrecerá y parecerá que el mismo Dios se esconde. Por eso manda que cada uno provea para sí mismo y, además, piense en defenderse: “Pues ahora, el que tenga bolsa que la tome y lo

mismo alforja, y el que no tenga que venda su manto y compre una espada”. Esto no es otra cosa que el cumplimiento de lo que ya estaba anunciado: “porque os digo que es necesario que se cumpla en mí esto que está escrito: «Ha sido contado entre los malhechores». Porque lo mío toca a su fin”. La alusión a las profecías mesiánicas referentes a la Pasión del Ungido debería haber servido para mantener fijos los corazones en Jesús durante la Pasión, sin escandalizarse, tomando conciencia de que estaban ante el *Siervo sufriente* de Isaías. Al mandarles que ellos mismos pensasen en su integridad y defensa, les avisaba también que todos los suyos quedaban involucrados en la persecución y el dolor del Maestro.

(vii) Pero sus discípulos –como hasta el día de hoy nosotros mismos– entendieron poco y nada, por eso, a la alusión de “comprar espada” que no significaba prepararse para pelear sino solo que venían tiempos recios, los apóstoles le responden contando las espadas materiales que algunos de ellos llevaban consigo: “Ellos dijeron: «Señor, aquí hay dos espadas». Él les dijo: «Basta»”. Este “basta” no significa: “con ellas nos arreglamos”, puesto que cuando Pedro, en Getsemaní, saque la suya, Jesús le mandará devolverla a su vaina, sino, por el contrario, una expresión de amargura al ver que sus amigos no superaban la materialidad de sus palabras.

LA AGONÍA EN GETSEMANÍ (22,39-46)

³⁹ Salió y, como de costumbre, fue al monte de los Olivos, y los discípulos le siguieron. ⁴⁰ Llegado al lugar les dijo: “Pedid que no caigáis en tentación”. ⁴¹ Y se apartó de ellos como un tiro de piedra, y puesto de rodillas oraba ⁴² diciendo: “Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya”. ⁴³ Entonces, se le apareció un ángel venido del cielo que le confortaba. ⁴⁴ Y sumido en agonía, oraba fervorosísimamente. Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían en tierra. ⁴⁵ Levantándose de la oración, vino donde los discípulos y los encontró dormidos por la tristeza; ⁴⁶ y les dijo: “¿Cómo es que estáis dormidos? Levantaos y orad para que no caigáis en tentación”.

(i) El tercer sinóptico nos ha presentado de manera muy resumida los acontecimientos de la Última Cena; igualmente escueto será al hablar de la oración agónica de Cristo. Señala, ante todo, que Cristo *tenía la costumbre* de retirarse al monte de los Olivos. Me parece que san Lucas se refiere a una “costumbre” adoptada por Jesús durante los días previos a la Pasión, referida por el mismo evangelista en el capítulo anterior: “por el día enseñaba en el Templo y salía a pasar la noche en el monte llamado de los Olivos” (Lc 21,37). Resulta interesante notar que Lucas apunta este hecho después de transcribir las palabras sustanciales del discurso sobre la higuera en el que el Señor afirma la necesidad de orar para prepararse a los acontecimientos escatológicos: “Estad en vela, orando en todo tiempo para que tengáis fuerza y escapéis a todo lo que está para venir, y podáis estar en pie delante del Hijo del hombre” (21,36). La actitud de Jesús revela no solo que Él vivía personalmente lo que enseñaba, sino también que los sufrimientos desencadenados sobre su persona durante la Pasión son una imagen de los que iba a padecer la humanidad (en particular sus fieles) en las persecuciones finales de la historia, por eso Él se prepara para su pasión del mismo modo que ordena a todos sus discípulos a prepararse para la “pasión final”, los dolores del último parto.

(ii) ¿Por qué apunta el evangelista que “los discípulos lo siguieron” y no dice más bien “llevó consigo a sus discípulos”, como si quisiera subrayar que acompañar a Jesús nació de ellos? Quizá haya manifestado la intención de retirarse a orar durante la noche, como lo había hecho no solo los días anteriores, sino muchas veces en el pasado, apartándose en solitario. De ser así, los discípulos han querido acompañarlo esta vez, pero les han faltado claramente las disposiciones interiores para estar junto a Jesús en los momentos difíciles. Querer *acompañar* a Cristo es un sentimiento bueno más difundido que la *sólida voluntad* de enfrentar los golpes que se descargan sobre Cristo en todo momento hasta el fin de los tiempos. Por eso son tantos los que, habiéndose puesto a seguir al Señor –y pienso en los consagrados– se acobardan cuando ese seguimiento toma el rumbo del Jardín de la Agonía y se espantan cuando de allí enfila hacia el Monte de la Muerte.

(iii) Si nos atenemos al resumido relato de san Lucas daría la impresión de que todos los apóstoles permanecen juntos durante la oración del Señor; nuestro evangelista deja en penumbras el triste papel de los apóstoles en todo este episodio. Por el relato de los otros evangelios sabemos cómo anduvieron las cosas. Aquí se limita a decirnos que a todos amonestó a velar y a rezar para que la tentación no los venciera: “pedid no caer en la tentación”. ¿A qué tentación se refiere? O mejor, ¿cómo debemos suponer que sus discípulos entendieran estas palabras? Probablemente aludiera a la tentación de adormentarse *cuando había que estar en vela*. Ellos habían percibido claramente el peso moral que agitaba el Corazón de Jesús desde el comienzo de la cena. La *agonía* de Cristo ya había comenzado durante el banquete, porque muchas de sus palabras estaban cargadas de anuncios funestos: la traición de uno de ellos, la desbandada de los demás. Jesús les había dado el pan y el vino del último cáliz diciéndoles que era su cuerpo *roto* y su sangre *derramada*; y es lícito pensar, sin novelerías ni misticismos, que sus palabras tienen que haber estado muy cargadas de sentimiento, porque el Señor estaba *anticipando sacramentalmente* su pasión y su muerte. Aunque los apóstoles quizá todavía no entendieran lo gigantesco de cuanto presenciaban (solo la resurrección terminaría por hacerles encuadrar la verdadera portada de estos misterios), no podían ser inconscientes de que el tono del Maestro sonaba a un doloroso final. Por eso no han querido dejarlo solo en la oración de esa noche... pero no estaban firmemente determinados a la lucha interior que esto implicaba. La falta de oración significaba bajar la guardia y quedar, por tanto, a merced del poder de Satanás, que esa noche se revolvía activamente... y entrar en su ámbito de influencia equivalía a quedar expuesto a la apostasía. Velad y orad.

(iv) Y se apartó (ἀπεσπάσθη, *apestásthe*) de ellos. San Lucas usa el verbo ἀποσπάω (*apospáo*) que significa literalmente desenvainar, es decir retirar o apartar algo con cierta fuerza. Por eso alguna traducción vierte la expresión diciendo: “como a la fuerza se arrancó de ellos”. Nuestro autor usará la misma palabra en el relato en que dice que Pablo “se arrancó” de los presbíteros en Mileto para emprender el camino de Jerusalén, donde le aguardan sufrimientos y prisión (Hch 21,1). Esta separación es el paso hacia el martirio, y en

tales momentos Jesús necesitaba la oración a su Padre, pero también necesitaba el consuelo y la compañía de sus amigos; por eso le dolerá tanto que ellos no sean capaces de mantenerse constantes en su vela.

(v) “Un tiro de piedra”, que es la medida que indica san Lucas, equivale a unos veinte metros; era una distancia que podía ser alcanzada por la vista, incluso de noche si había luna, y aquella noche era plenilunio. A esa distancia Jesús tenía cierta intimidad, pero también era relativamente visible y audible; esta es la razón por la que conocemos no solo lo que Jesús hacía sino lo que decía durante su oración. La posición habitual de los judíos para rezar era de pie, como describe Jesús en su parábola al fariseo que rezaba en el templo; pero en esta oportunidad Nuestro Señor lo hace de rodillas, en señal de humildad y como manifestación de su congoja y del peso interior que lo agobiaba.

(vi) El evangelista dice que Jesús “oraba diciendo”, es decir, repetía constantemente la misma frase o al menos la misma idea. Jesús invoca a su Padre como hacía habitualmente cuando rezaba, incluso si tomaba palabras de los Salmos, como hará sobre la cruz (Lc 23,46). El dramatismo de las palabras del Señor nos permite entrever que en aquellos momentos Jesús ha tenido ante su mirada todo el cúmulo de dolores que estaban a punto de derramarse sobre Él. A esto lo denomina con el nombre de *cáliz*, como un vino amargo del sufrimiento merecido por los pecados de los hombres que ha de ser tragado hasta las heces. “Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz”. Jesús permite a su naturaleza humana –su *carne débil*, como leemos en Mt 26,41– que exprese el inmenso horror que le causan los padecimientos que ve proféticamente desplegarse ante Él de modo inminente. Entendemos esta oración como la expresión de la *sensibilidad* de Cristo, a la que Éste presta voz (la *voluntas ut natura*, o tendencia natural, de los teólogos). Toda la antinaturalidad de la muerte emerge en esta reacción espontánea; se presenta toda la fuerza del carácter penal que tiene para el hombre el drama de la muerte, de la que sabemos que, aunque la razón pueda dar una explicación basada en la natural labilidad de la materia, esta había sido suprimida en el plan divino original por el don preternatural de la *inmortalidad*; motivo por el cual Sab 1,13 afirma que “Dios no

hizo la muerte”. La muerte no irrumpe en la realidad humana sino a causa del pecado: “por el pecado entró la muerte” (Rm 5,12).

(vii) El “cáliz” que ha de beber Jesús contiene todos los sufrimientos de su Pasión y su Muerte, pero también –y esto es lo que más pesa sobre sus espaldas– toda la carga de culpabilidad que hay detrás de ese dolor. Ese dolor es una expiación. Jesús sufre vicariamente, es decir, en lugar de Adán. Él es, como lo llama san Pablo, *novissimus Adam*, “el nuevo Adán” (1Co 15,45). Es *nuevo*, es decir, segundo o último, respecto del históricamente precedente. Pero *es Adán*, es decir, de la carne pecadora de Adán. Y puede, y debe, por eso, presentar su cuerpo como expiación del pecado de Adán: de ese Adán que somos todos los hombres pecadores.

(viii) Jesús será apresado como un ladrón, será juzgado como rebelde a Dios y condenado como blasfemo por la elite sacerdotal, parecerá loco a los ojos de Herodes, la plebe lo considerará menos digno que el criminal Barrabás, los soldados lo tratarán como un vulgar revoltoso y terminará muriendo como uno más entre otros delincuentes. Jesús, en sí mismo, es el *inocentísimo*, pero a su Pasión se presenta cargando las culpas de toda esa masa humana de rebeldes, blasfemos, ladrones, locos, homicidas, turbulentos y criminales. Jesús, por sí mismo, no merece la más pequeña desatención de parte de los hombres, pero el *Hombre* a quien Él representa, casi como fundiéndose con él en esa misteriosa comunión en la carne, sí merece toda la tormenta que se descarga sobre Él en las horas de Pasión. Nosotros jamás podremos comprender adecuadamente las palabras de san Pablo: “a quien no conoció el pecado, Dios, por nosotros, lo hizo pecado” (2Co 5,21). “Peccatum fecit”. Nosotros no; pero Jesús sí lo comprendió. *Peccatum* (pecado) pero no *peccator* (pecador). Sí; pero ¿quita esto algún peso de las espaldas de Jesús? Quitla la *responsabilidad* sobre esa masa de pecado que, como costra de sangre seca, se le pega a sus carnes; pero no suprime el *horror* del pecado.

(ix) La naturaleza humana de Cristo se horroriza ante la muerte aterradora que se le presenta, pero no es tanto el dolor y su desenlace lo que causa su agonía sino esa relación que el sufrimiento y su muerte tienen con el pecado. Ante el recrudecimiento de sus tristezas y angustias, Jesús “oraba *fervorosísimamente*”. La Vulgata

traduce por *prolixius* que significa “con mayor abundancia”, pero no es exacto; la forma griega εκτενέστερων (*ektenésteron*) es un comparativo de ἐκτενής (*ektenés*) que significa “ferviente”, “intenso”. Por tanto, significa, como hemos traducido, siguiendo algunas versiones antiguas, “fervorosisísimamente”, “intensísimamente”.

(x) “Su sudor se hizo como gotas espesas de sangre que caían (χαταβαίνοντες, *jatabaínontes*) en tierra”. Algunos autores niegan, sin razones probativas, la veracidad de esta descripción de Lucas, entendiéndola como una metáfora para expresar la grandeza del dolor de Jesús; así, por ejemplo, Karris, en el *Nuevo Comentario bíblico San Jerónimo*⁵³. Sin embargo, la construcción gramatical no da pie para entenderla como una metáfora; todo lo contrario, san Lucas trata de describir un fenómeno real recurriendo a semejanzas que puedan ilustrarnos de este hecho singular; por eso dirá que era ὡσει (*osei*) “al modo de”, es decir, “como si las comparásemos a”, θρόμβος (*thrómbos*) coágulos (de aquí viene *trombosis*), grumos o gotas gruesas y densas, cuajadas, “de sangre”. Lucas que era médico sabía que este fenómeno tiene origen natural. Escribe Manuel de Tuyá: “El sudor de sangre [*hemathidrosis*] es un hecho fisiológicamente posible... Es la naturaleza humana de Cristo la que ante un excitante moral de proporciones inusitadas, como era la aprehensión por su ciencia infusa, de todo el volumen de dolor que sobre Él iba a caer –pasión y muerte, ofensa al Padre de todas las culpas de la humanidad, etc.– tenía una reacción fisiológica también inusitada”⁵⁴. Además, como señala el mismo autor en otra obra, “la primera generación cristiana, de no ser histórico este pasaje, no lo hubiese inventado. Precisamente están destacando la divinidad de Cristo, y no hubiesen inventado una escena que, aparentemente, lo rebajaba de tal manera”⁵⁵.

(xi) “Entonces, se le apareció un ángel venido del cielo que le confortaba”. El verbo ἐνισχύω (*enisjýo*) significa vigorizar, fortalecer. Solo San Lucas relata este particular. La presencia del

⁵³ Karris, *Evangelio de Lucas*, en: *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, 195

⁵⁴ Tuyá, Manuel, *Del Cenáculo al Calvario*, Ed. San Esteban, Salamanca 1962, p. 310.

⁵⁵ Manuel de Tuyá, *Evangelios*, II, 914.

ángel manifiesta que la oración de Jesús es escuchada por el Padre, pero aun así el cáliz de amargura no le será ahorrado ni disminuido. No hay, pues, *silencio de parte de Dios*. Este detalle al que casi nunca se alude en los comentarios (quizá por considerarlo también un invento del evangelista o una referencia recogida de una espuria tradición) tiene una importancia muy relevante. En efecto, sin el descenso del ángel podría pensarse que Dios no oyó la súplica de Cristo, y que Éste, en consecuencia, ora en vano. El modo en que los acontecimientos se desenvuelven en la agonía de Jesús, por el contrario, nos ayuda a entender que el que Dios no nos quite los sufrimientos por cuyo alivio le imploramos no significa que *no nos oiga*, sino que *a pesar de que nos oye y ama* no considera que sea un bien para nosotros el dispensarnos del dolor. Nos responde, no evitándonos el sufrimiento, sino dándonos la fuerza para llevarlo sobre nuestros hombros. Como hizo con Jesús en Getsemaní: el ángel fortalece a Jesús. El vigorizar al mártir que entra al combate es, en la Sagrada Escritura, tarea que Dios ejerce a menudo por sus ángeles, como a través del ángel que protege a Azarías y a sus compañeros en el horno de fuego (Dn 3,49), o el que alienta a Daniel que flaquea ante la visión de las calamidades de los últimos tiempos (Dn 10,1-19).

(xii) Al terminar su oración “vino donde los discípulos y los encontró dormidos por la tristeza”. Si estaban dormidos ¿quién fue testigo de los hechos relatados por Lucas? Puede ser que todos estos detalles fueran relatados por el mismo Jesús después de su Resurrección; pero tampoco puede descartarse que los mismos discípulos hayan sido testigos de ellos, pues no dice el evangelista que los apóstoles durmiesen durante toda la oración de Jesús, sino, quizá, al final, ya que esta se prolongó durante un largo espacio de tiempo. De hecho los otros evangelistas relatan que ya antes, al menos una o dos veces, había venido Jesús a buscar consuelo en sus amigos, encontrándolos ya amodorrados. El sueño les fue ganando el ánimo de a poco. Quizá todo lo que antecede ocurrió en los primeros momentos de la agónica plegaria del Señor, dejándolos turbados, pero no tanto como para que el transcurrir del tiempo no adormeciera los ánimos. Más aún, san Lucas dice que el Señor “los encontró dormidos *por la tristeza*”. La λύπη (*lýpe*) es la tristeza profunda o el

temor paralizante que sobreviene ante un sufrimiento que no podemos evitar, y produce a menudo la pérdida de fuerzas, el desfallecimiento y, a veces, como consecuencia, el amodorramiento o el letargo de la persona debilitada. Esta alusión de san Lucas no puede, pues, entenderse satisfactoriamente de la tristeza general con la que llegaron al huerto porque todavía camino a él venían discutiendo asuntos triviales como quién de ellos tenía la primacía. Solo la visión de Jesús derrumbado, de su “angustia de muerte”, de la que hablan los otros evangelistas, y de la oración temblorosa, del sudor sanguinolento y de la visión fantasmagórica del ángel infundiendo ánimos en aquel que era, para ellos, el *valiente maestro*, puede explicar, primero, su estupefacción, luego su honda congoja y decaimiento, y, la postre (al no tener aquel espectáculo, un inmediato desenlace sino una inusitada prolongación) el sopor y el sueño.

(xiii) San Lucas no recoge el reproche a Pedro como los otros sinópticos sino una queja más general: “¿Cómo es que estáis dormidos? Levantaos y orad para que no caigáis en tentación”. De Él acaba de referir que se “levantó de la oración”, porque era ya hora del desenlace de las maquinaciones contra Él. A ellos también los manda levantar, pero “para entrar en oración” porque de lo contrario cederán a la tentación. Y flaquearán ante ella porque no habían orado y ya no quedaba tiempo.

PRISIÓN Y JUICIOS DEL SEÑOR

Prisión del Señor (Lc 22,47-54)

⁴⁷ *Todavía estaba hablando, cuando se presentó un grupo; el llamado Judas, uno de los Doce, iba el primero, y se acercó a Jesús para darle un beso.* ⁴⁸ *Jesús le dijo: “¡Judas, con un beso entregas al Hijo del hombre!”* ⁴⁹ *Viendo los que estaban con él lo que iba a suceder, dijeron: “Señor, ¿herimos a espada?”* ⁵⁰ *y uno de ellos hirió al siervo del Sumo Sacerdote y le llevó la oreja derecha.* ⁵¹ *Pero Jesús dijo: “¡Dejad! ¡Basta ya!”* Y tocando la oreja le curó. ⁵² *Dijo Jesús a los sumos sacerdotes, jefes de la guardia del Templo y ancianos que habían venido contra él: “¿Como contra un salteador habéis salido con espadas y palos?”* ⁵³

Estando yo todos los días en el Templo con vosotros, no me pusisteis las manos encima; pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas”.⁵⁴ Entonces le prendieron, se lo llevaron y le hicieron entrar en la casa del Sumo Sacerdote; Pedro le iba siguiendo de lejos.

(i) Los tres sinópticos señalan el hecho de que el grupo armado que venía a prenderlo “llegó cuando todavía estaba hablando”. Como para aprender que hay que seguir prontamente las sugerencias divinas. Desde la llegada al huerto les había insistido el Señor que rezaran y velaran para fortalecerse ante la tentación, pero sus amigos lo postergaban para más adelante. Finalmente el postrer aviso coincidió con la llegada sorpresiva, no para el Señor pero sí para los apóstoles, de la cohorte. Si acababan de decidirse, por fin, a orar para enfrentar los acontecimientos, habían perdido la oportunidad; y esto explica sus desastrosas actuaciones durante los eventos siguientes.

(ii) Lucas nota que quien iba delante de todos era Judas; no solo iba con ellos sino a la cabeza de todos. Y añade “uno de los Doce”, con la densidad que esta expresión tiene en su evangelio. Ser “de los Doce” implica, como ya dijimos más arriba, una carga de intimidad, de privilegios, de gracias recibidas, de preparación singular. Equivale a decir “una de las Columnas”. Sí, la Pasión de Cristo tiene la forma, a los ojos humanos, de un edificio que se derrumba; primero por el hundimiento de una de las columnas; luego por el de las demás que prolongan el catastrófico efecto. ¡Qué cerca de Cristo puede uno estar y aun así morderlo! ¿Se habrá sentido, Judas, en algún momento, orgulloso de esta pertenencia a la élite de los elegidos por el divino maestro? De ser así, quizá esto explicaría el comienzo de su flaqueza moral. Porque, en realidad, la conciencia de lo que significaba ser “de los Doce” debería haberlo atemorizado. Cargar sobre las espaldas el peso de la Iglesia de Cristo no es algo que deje de hacer palidecer al más pintado de los hombres. Pero no podemos pretender tanto de los apóstoles en sus primeros momentos. Hasta el minuto final parecen tener una visión confusa de los planes de Jesús. En la Última Cena presenciarán misterios extraordinarios con una trivialidad exasperante, discutiendo incluso asuntos meramente temporales... ¡mientras Jesús anunciaba su muerte y la

adelantaba sacramentalmente! La madurez espiritual no llegará sino al levantarse, tras la resurrección de Jesús, del cobarde comportamiento que tendrán con el Maestro durante su Pasión.

(iii) Pero Judas parece ser un caso singular. Era agudo y tenía una visión más profunda de las cosas. El hecho de que fuera nombrado ecónomo del grupo, a pesar de haber allí un antiguo publicano como Mateo, es significativo. ¿Era codicioso o la codicia se despertó por despecho y revancha contra el Maestro cuando comenzó a decepcionarse de Él? Pienso que ocurrió esto último. Porque indudablemente él fue el primero, si no el único, que comprendió (probablemente desde el discurso del pan de vida en Cafarnaúm) lo que quería decir Jesús con aquello de su Reino “espiritual”. Los demás siguieron pensando hasta el umbral de la Pasión que Jesús iba a fundar algo temporal y especulaban con los lugares y ministerios que ocuparían; pero Judas ya sabía que Jesús no tenía tales ideas. Lo que luego dirá el Señor a Pilato (cf. Jn 18,36), fue Judas el primero en comprenderlo. Si le hubieran preguntado por qué se había decepcionado de Él, quizá hubiera respondido con mucha precisión: “¡porque su reino no es de este mundo!”

(iv) El grupo que comandaba Judas estaba compuesto por el *sagán* o capitán del templo, es decir, el que tenía a su cargo mantener el orden en el lugar sagrado, y sus subalternos; todos emisarios del Sanedrín. Judas se había comprometido con ellos para conducirlos a un lugar donde pudiesen encontrar a Jesús solo, es decir, sin la presencia del pueblo que lo admiraba y veneraba. El traidor conocía bien el lugar y la costumbre del Señor, y había calculado bien que su Maestro no la cambiaría, incluso sabiendo que él tramaba su entrega. Se sabía descubierto, pues Jesús se lo había dado a entender durante la cena, pero conocía de sobra el valor de Jesús... y su idea de padecer por los demás. Se acercó, pues, Judas, “para darle un beso”. Era la costumbre: cuando un discípulo se encontraba con su querido rabino, le ponía la mano derecha en el hombro izquierdo y la izquierda en el derecho, y le daba un beso. Calculando que estarían también los demás apóstoles, Judas había concertado con el capitán que señalaría a Jesús saludándolo de ese modo.

(v) En este episodio observamos cuatro actitudes distintas respecto de Dios. Por un lado tenemos a Judas, que es el hombre que

ha dejado a Dios para darse a Satanás, aunque su estado interior pase como confundido y disimulado, incluso para el mismo traidor, parte como frustración respecto de ese Jesús soñador y espiritual, y parte como ambición y codicia. Cuando caminamos por la vía de las aspiraciones temporales —cargos, poder, influencia, fama o dinero— no debería extrañarnos que lleguemos a hacernos capaces de vender al mismo Cristo. Luego siguen los judíos que vinieron a arrestar a Jesús; estos son los que *están ciegos respecto de Dios*; tan miopes que no lo reconocen teniéndolo ante sus narices; tan sordos que no lo oyen cuando les habla con palabras firmes pero misericordiosas. Después están los discípulos, que son los hombres que *se olvidan de Dios* en el momento de la tentación y del espanto, dejándose ganar por la desesperación. Todos los discursos sobre la protección divina, sobre la confianza y la paternidad de Dios que Jesús les había dirigido hasta el cansancio, se van al traste tras una noche sin oración. Finalmente, se yergue la figura de Jesús, *el que tiene el corazón firme en Dios*, seguro de la voluntad divina y, por consecuencia, dueño de sí, incluso delante de sus enemigos.

(vi) A Jesús le dolió particularmente que Judas eligiera el *beso* como signo de su entrega. Le duele más la mentira que envuelve el gesto del traidor que la misma traición. El *beso* siempre y en toda situación y cultura significa amor, cariño, respeto, veneración. Jamás significa desprecio, venganza, desquite, humillación. Judas, besando a Jesús, traiciona la verdad con minúsculas y la Verdad con mayúsculas; toca con sus labios mentirosos la Verdad encarnada que ya no ama más. ¡Cuántas expresiones de Judas se renuevan en nuestras vidas! Hacemos por costumbre o convencionalismo gestos que significan amor, devoción, unión perfecta... como al celebrar la Misa, al arrodillarnos, al recibir la Eucaristía... pero con el corazón puesto en otros lares, a veces incluso enemistados de Dios por el pecado, entregándolo a las tinieblas de nuestra alma donde “reina el pecado” (Rm 6,12). ¿Quién es menos coherente: el soldado ateo que fusila el Sagrario del templo profanado, o el cristiano pecador que recibe con remilgos a Jesús sin haber limpiado su alma? No del primero sino del segundo dice san Pablo que “come y bebe su propia condenación” (1Co 11,29). ¡Las desoladas palabras de Jesús se repiten tantas veces cada día!

“¿Poniéndote de rodillas vienes a pensar en amores distintos del mío?” “¿Me recibes siendo un cadáver espiritual para Dios?” “¿Por qué me besas si ni me amas ni me respetas?” La hipocresía de Judas muestra hasta qué punto el rigor de la muerte espiritual había enfriado su alma. Con esta acción Judas se descubre como un auténtico *caradura* o *descarado*. Jesús sufre el inmenso *desprecio* que significa ser *burlado* ante la muchedumbre por un beso mentiroso y abusador. Pero no nos apuremos a apedrear a Judas... porque si la luna llena de aquella noche iluminara de pleno su rostro... veríamos quizá que se parece demasiado a cada uno de nosotros.

(vii) Jesús no le dice a Judas: “me vendes”, sino “vendes al Hijo del hombre”, lo que tenía un connotación especial para el apóstol traidor. Éste sabía que ese era el apelativo que Jesús usaba para designarse a Sí mismo como Mesías, porque en tal sentido se lee en el profeta Daniel. *No es a un hombre sino al Mesías, al Ungido*, al que está entregando. Y al Ungido de Dios no se lo toca sin que la muerte aseche al profanador, como bien había entendido David quien no osó jamás poner su mano en Saúl, a pesar de ser injustamente perseguido por él, porque *era el ungido de Dios*. Pero ni aun esto conmueve al pobre desgraciado.

(viii) Los que estaban con Jesús –que ya serían todos los apóstoles y no solo los tres que llevó consigo para orar– se dieron cuenta “de lo que iba a suceder”, es decir, que no era aquel un encuentro casual de un grupo de hombres que también había pensado en orar a solas aquella noche, sino que venían a por Jesús. La tensión y el miedo, pues, les habían despejado las brumas de la modorra. E inmediatamente pensaron en defenderse; para eso tenían algunas pocas armas, como habían hecho notar al Señor durante la cena. Según san Lucas, preguntaron a Jesús si apelaban a ellas, pero preguntar y hacer, para el impulsivo, es una sola cosa, por lo que antes de que Jesús responda ya uno (a quien ninguno de los sinópticos identifica –lo que puede indicar la muy temprana datación de estos evangelios, que, con tal silencio, protegían al espadachín– pero sí lo hace Juan señalando a Pedro –escrito cuando este ya estaba muerto–), golpeó con su espada al siervo del Sumo Sacerdote y le cortó la oreja. El Señor, sin embargo, los detuvo con un fuerte

imperativo. Lucas no nos transmite las palabras dirigidas a los suyos sobre el uso insensato y precipitado de las armas. Simplemente se limita a indicar que tocando la oreja del herido, lo curó.

(ix) Sí refiere, nuestro cronista, una parte de cuanto dice el Señor a sus captores: “habéis salido a buscarme como a un ladrón, con espadas y garrotes”. Cuenta Flavio Josefo que los soldados se servían de “garrotes; y el Talmud trae un dicho irónico contra la familia sacerdotal de Boeto porque los criados “aporreaban” a los acreedores. Jesús hace notar también la cobardía y tortuosidad de este proceder: “todos los días estuve en el Templo con vosotros, pero allí no me pusisteis las manos encima”. Se cobijan, pues, en la oscuridad, en la traición, en el secreto... No disputan a la luz del día y ante un público que puede ver y juzgar. Actúan como los marrulleros, cuando nadie los ve. También como los ladrones, aunque vienen a tratar a Jesús como si el ladrón fuera Él. ¿Pero quién es el que ataca solapado de la oscuridad de la noche como verdadero ladrón, él o ellos? Y añade Jesús esa frase profundamente teológica: “pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas”. Esta es vuestra hora; no solo significa que es el momento en que Dios permite que las olas del mal se desencadenen contra su Hijo, para la redención del mundo. También quiere decir que aquella –la noche oscura con su secreto y lobreguez– era la hora que cuadraba con esos hombres que se movían al amparo de la oscuridad, urdiendo planes brumosos y taimados en sus corazones. Esa es “la hora” en un doble sentido: la hora como momento divino, en que se desata por un poco de tiempo el poder diabólico; y la hora en que se urden las traiciones y se cometen los pecados que conviene dejar tapados a los ojos del mundo, incluso de los de Dios, si fuera posible. Y es el tiempo con que cuenta *el poder de las tinieblas*, que es el poder que viene del infierno y que se cuela en las almas que le abren una rendija con sus pecados, y ya dentro los hiela, los ennegrece y los intoxica. Lo demostraba bien aquella banda de hombres, tan parecidos quizá a nosotros, que tenían esposas e hijos, que habían aprendido a querer y a sufrir, que cargaban en su conciencia pecados como los que nos pesan a nosotros mismos, que tenían esperanzas y tristezas... pero que aquella noche habían salido a cazar a Dios para matarlo a palos.

¡Cuánto hastío debe haber causado esta escena en el Corazón de Jesús!

(x) Los sucesos de ese momento y de los siguientes, hasta que san Lucas nos introduzca en el patio de Caifás, el evangelista lo resume en una frase concisa y preñada que refiere cuatro dramas: lo sujetaron, lo llevaron, lo metieron en casa del Sumo Sacerdote, y Pedro lo seguía de lejos.

Lo apresaron. Jesús sufre la vejación de ser atado. ¡Dios atado! Atado para evitar ¿qué? No iba a escaparse, ya que Él mismo evitó la confrontación sangrienta un minuto antes. ¿Para que no empleara su poder? Este no dependía de tener las manos libres. Es una humillación simplemente. Es llevado como un malhechor, aunque todavía no había juicio, ni acusaciones, las cuales aparecerán una vez que se busque quien quiera testificar falsamente a cambio de unas monedas. El único mal que había hecho en los últimos días era resucitar un muerto. Esto, con todas las consecuencias que tenía (la gente aclamándolo como Mesías) había acelerado esta decisión. Fue atado, por las dudas.

Lo llevaron. Eran unos brutos; no pensemos que fue una procesión con Jesús al medio. Del huerto a la casa del sumo sacerdote habrá sido empujado, burlado, pateado.

Lo introdujeron en casa del Sumo Sacerdote. En la boca del lobo que había decretado su muerte *por las dudas*; no solo antes de juzgarlo, sino antes incluso de saber de qué iba a acusarlo para tapizar de legalidad aquella suma injusticia.

Y Pedro *no iba con Él*. Lo seguía, sí, pero de lejos. Quien había proclamado pocas horas antes que estaba dispuesto a ir a la muerte con Jesús, caminaba *a lo lejos*, escondiéndose en los umbrales de las casas y pispando desde las ochavas para no ser descubierto. Amor había, en forma de rescoldo. No era solo curiosidad. Era angustia, ansiedad. Pero no había valor, porque a Pedro nunca se le ocurrió que este tenía que pedirlo a Dios y esperarlo como pura gracia; confiaba en su espada, y la desenvainó. Pero sin ella en la mano, cuando Jesús le mandó envainarla nuevamente para que no muriera matando, se sintió impotente, desguarnecido y lo ganó el pavor. Y ahí terminó el Pedro defensor de Cristo.

Negaciones de Pedro (22,55-62)

⁵⁵ *Habían encendido una hoguera en medio del patio y estaban sentados alrededor; Pedro se sentó entre ellos.* ⁵⁶ *Una criada, al verle sentado junto a la lumbre, se le quedó mirando y dijo: “Este también estaba con él”.* ⁵⁷ *Pero él lo negó: “¡Mujer, no le conozco!”* ⁵⁸ *Poco después, otro, viéndole, dijo: “Tú también eres uno de ellos”.* Pedro dijo: “Hombre, no lo soy!” ⁵⁹ *Pasada como una hora, otro aseguraba: “Cierto que éste también estaba con él, pues además es galileo”.* ⁶⁰ *Le dijo Pedro: “¡Hombre, no sé de qué hablas!”* Y en aquel momento, estando aún hablando, cantó un gallo, ⁶¹ y el Señor se volvió y miró a Pedro, y recordó Pedro las palabras del Señor, cuando le dijo: “Antes que cante hoy el gallo, me habrás negado tres veces”. ⁶² Y, saliendo fuera, rompió a llorar amargamente.

(i) Nuestro narrador pasa a ubicarnos directamente en casa del Sumo Sacerdote y resume todo el proceso dejando de lado los sucesos nocturnos, relatando solo la parte diurna. Nos encontramos con Pedro dentro del cortil, sin que sepamos por este evangelista cómo entró; recordemos que es san Juan quien explica que fue él quien lo consiguió, porque tenía conocidos entre los criados.

(ii) Mientras Jesús estaba siendo juzgado improvisadamente en el piso superior de la casa donde se habían juntado algunos de los altos dignatarios religiosos (proceso que Lucas también deja en silencio), los criados y guardias habían encendido una hoguera, pues había comenzado a hacer frío. Los servidores se habían sentado alrededor del fuego, y Pedro, “que se pasaba de confiado”, como dice un autor, “se sentó entre ellos”. Ocurrió, pues, lo inevitable: fue reconocido. La primera en identificarlo fue una criada. “Al verle sentado junto al fuego” que iluminaba su rostro y lo delataba como extraño a la casa, la sirvienta “se le quedó mirando” hasta sentirse segura y luego lo acusó de “estar con” Jesús; es decir, de haber formado parte de su grupo.

(iii) Pedro inmediatamente lo negó: “¡Mujer, no lo conozco!” Estas palabras han marcado a la Iglesia. Ninguno de nosotros puede

sentirse ya seguro de sí mismo si aquel que tanto amaba a Cristo, que había comido y caminado junto a Él, que había presenciado sus milagros y había oído su timbre de voz, había palpado su paternidad y su misericordia..., acusado por una cocinera o una lavandera, se desvinculaba completamente del Amigo amado. ¡Y Pedro amaba a Jesús! Precisamente por eso estaba allí. No era un Judas que había cobrado aborrecimiento por el perfil espiritual que el Maestro iba dando a su *reino*, sino alguien que quería seguirle incondicionalmente... No era Judas... pero era Simón Pedro. No odiaba pero era frágil. En la Iglesia hay muchos *Judas*... Muchos que traman contra Cristo y se quedan dentro simplemente porque no encuentran la ocasión de entregarlo... Pero la mayoría no son *Judas*. Son, sin embargo, *Simones*. Somos todos aquellos hombres blandos como la cera, y suficientemente imprudentes como para acercar nuestra cera al fuego que nos entibia y también nos ablanda. Bastó el chillido de una mucama para que Pedro, que había alardeado fidelidad y que había sacado su espada a los efluvios de su adrenalina, se tirara por la ventana con una desvergonzada mentira. No te desprecio, Pedro; no creo tener mucho más valor que tú. Te pido que ahora que has aprendido la lección me sostengas a mí, a quien también asustan las acusaciones de las criadas chismosas.

(iv) Pasó un rato y volvió a ocurrir otro episodio semejante. Porque Pedro era terco y muy imprudente; y después del primer traspie se quedó allí dando vueltas, en vez de retirarse sabiamente. “Eres uno de ellos”, le dijo otro. “No lo soy”, volvió a repetir el apóstol. Parece que este segundo tampoco insistió más, porque todo volvió a calmarse.

(v) Pero una hora más tarde parece que Simón abrió la boca, porque uno advirtió por su acento que era un galileo, y allí mismo lo acusó: “ciertamente este estaba con Él, porque además es galileo”. Aquí tuvo lugar la última negación de Pedro. No necesariamente la tercera, pues algunos exégetas cotejando los diversos relatos piensan que Pedro negó a Jesús más de tres veces. Si san Lucas refiere solo tres es para mostrar el cumplimiento de la profecía del Señor que había recurrido a una imagen: “antes que el gallo cante por segunda vez, tú ya me habrás negado tres veces”. El gallo Pedro –gallo por su jactancia y presunción– cantaba más rápido que el pregonero del

alba. Las fuentes antiguas consideraban que el gallo era un anunciador confiable de la llegada del amanecer (así lo consignan, por ejemplo, el escritor romano Apuleyo, del siglo II d.C., el apócrifo III libro de los Macabeos; el Talmud Babilónico). Sus dos cantos tienen lugar entre las tres y las cinco de la mañana. Estaríamos, pues, al filo de las cinco de la madrugada cuando Pedro negó a Jesús por tercera vez, y estaba todavía hablando cuando ocurrieron dos cosas. La primera: el ave inició su segundo canto. La segunda: los soldados salían con Jesús para llevarlo a la prisión mientras aguardaban que se reuniera el sanedrín para el juicio matinal. Y sus miradas se cruzaron.

(vi) La aparición de Jesús maniatado en el umbral desvió la atención del grupo que discutía, con lo que el prevaricador pudo zafar de la engorrosa situación en que imprudentemente se había puesto. Todos deben haberse girado para mirar al prisionero, pero Éste atravesó con su mirada por entre las cabezas de los curiosos y la dirigió directamente al amigo a quien había sorprendido en el mismo momento en que lo negaba y se desentendía de Él. No le dijo nada; solo lo miró. Una mirada vale, a menudo, mil palabras. ¿Cómo fue la mirada de Cristo a Pedro en ese momento? ¿Qué quería transmitirle? ¿Lo miró con reproche? ¿Fue lástima lo que había en sus húmedos ojos? ¿O simplemente expresaba que entendía sus miedos y que le ofrecía su perdón? Todo ha quedado entre ellos dos. Pero lo cierto es que Jesús no tuvo más que unos segundos de tiempo para meter sus ojos en el alma de Pedro... o para meter a Pedro dentro de su Corazón.

(vii) Y Pedro recordó la profecía del Señor durante la cena, y saliendo fuera rompió a llorar amargamente. Y nunca dejó de llorar este pecado, ni siquiera después de resucitado Jesús. Su llanto fue, en aquel momento, amargo, lleno de remordimientos, de humillación, de bronca consigo mismo... El resto de su vida, sería un llanto más sereno, un llanto maduro, un llanto que lo volvía más prudente y humilde, más consciente de su fragilidad, más comprensivo con los débiles a quienes veía, ahora, tan parecidos a él.

Vejaciones de Cristo (22,63-65)

⁶³ Los hombres que le tenían preso se burlaban de él y le golpeaban; ⁶⁴ y cubriéndole con un velo le preguntaban: “¿Adivina! ¿Quién es el que te ha pegado?” ⁶⁵ Y le insultaban diciéndole otras muchas cosas.

(i) Jesús, pues, fue llevado por sus guardianes a otro lugar; probablemente a la prisión que tenía el Sumo Sacerdote en su propia casa; la cual, bien podía tratarse de un simple pozo destinado a otros usos pero que, en ciertas circunstancias, se usaba de mazmorra. Allí colocarían a Jesús, pero no antes de torturarlo un poco.

(ii) La tradición ha ubicado todos estos episodios en la ladera oriental del monte Sión, fuera de las murallas de la Jerusalén Vieja, correspondiendo con el palacio de Caifás. Hoy se erige allí una hermosa basílica llamada “San Pedro in Gallicantu” (del latín “cantus galli”: el canto del gallo, en memoria del episodio de Simón). En el año 457 de nuestra era se erigió allí un santuario bizantino en memoria del arrepentimiento de Pedro, pero fue destruido por el califa fatimí Al-Hakim bi-Amr Allah en 1010. La capilla fue reconstruida por los cruzados en 1102 y recibió su nombre actual. Después de la caída de Jerusalén, la iglesia volvió a caer en la ruina y no fue reconstruida hasta 1931. El imponente complejo conserva muchos restos de la época de Cristo. Lo más llamativo es la escalinata, descubierta en 1897, por la que se supone que fue llevado Jesús desde Getsemaní hasta el palacio de Caifás. Lo más emotivo, es, sin embargo, una cripta que la memoria cristiana vincula a las vejaciones que aquí comentamos. Esta cripta es, en realidad, una “fosa profunda”, en la que Jesús habría sido encerrado antes de su juicio. Algunos quieren que también fuera desde aquí que escuchó la triple negación de Pedro, mientras sus miradas se habrían cruzado en el patio, al ser llevado para el juicio.

(iii) La soldadesca sometió a Jesús a burlas y golpes. Una de las mofas tomaba como punto las profecías y visiones de Jesús. Los esbirros, tomaban a broma el poder escrutador de los corazones que el Señor había mostrado tantas veces durante su vida pública; por eso, ahora, le vendaban los ojos y golpeándolo, lo invitaban a adivinar quién de ellos lo había vejado. Explicando estos hechos La Palma reflexionaba: “Cubrieron su cara, la ocultaron a su vista,

condenándose a sí mismos a no verle nunca más con los ojos de la fe. No os extrañéis del atrevimiento y maldad de aquellos hombres que le pegaban habiéndole tapado la cara, nosotros también hacemos cosas parecidas: hacemos el mal y pensamos luego tapar los ojos a Dios con nuestra hipocresía para que no vea nuestro pecado”. San Lucas presenta a Jesús como profeta rechazado. La ironía es mayúscula: Jesús es ridiculizado como profeta precisamente después de que una de sus profecías, la negación de Pedro, se ha cumplido; y cuando sus mismos carceleros estaban cumpliendo la que había pronunciado pocos días antes: “será escarnecido, ultrajado y escupido” (Lc 18,32).

(iv) “Es probable, sigue diciendo La Palma, que los guardas que vigilaban a Jesús se fueran alternando durante la noche, mientras unos dormían, otros velaban. El que llegara nuevo, traería una nueva burla, una nueva manera de reírse de Jesús. El Señor no durmió, padeció aquella situación toda la noche, noche que nunca amaneció para los ciegos de la ciega sinagoga”.

(v) San Lucas da a entender que hacían otras cosas con él, pero no menciona más que estas humillaciones, a diferencia de san Marcos, más descriptivo porque su fuente era el dolorido y avergonzado Pedro. San Lucas, dice a este respecto Stöger, “ama la medida y vela lo inhumano”. Por eso resume todo bajo el título de “insultos”, pero sabemos bien que el Señor fue escupido, que le mesaron la barba, que lo abofetearon repetidamente.

(vi) En el fondo de ese foso solo se conserva hoy un pilar, en memoria de aquel en que, según la tradición, fue atado Jesús durante esas horas en que los verdugos le negaron el reposo con sus sarcasmos y tormentos. Allí suenan con especial patetismo las palabras mesiánicas y proféticas del Salmo 69:

“Sálvame, ¡oh Dios! porque las aguas han entrado hasta el alma.

Me hundo en profundo cieno, donde no puedo hacer pie;
me sumerjo en aguas profundas, y me arrastra la corriente.
Cansado estoy de clamar, se abrasa mi garganta
y desfallecen mis ojos en espera de mi Dios.

Son más que los cabellos de mi cabeza los que sin causa me
 aborrecen;
 más fuertes que mis huesos los que injustamente me
 combaten,
 y tengo que pagar lo que nunca robé...
 Sácame del lodo para que no me sumerja,
 y sea librado de los que me aborrecen y de lo profundo de las
 aguas.
 No me anegue el ímpetu de las aguas, no me trague la
 hondura,
 no cierre el pozo su boca sobre mí.
 No escondas de tu siervo tu rostro, porque estoy en angustia:
 apresúrate a oírme.
 Acércate a mi alma y redímela; líbrame de mis enemigos.
 En verdad que estoy afligido y dolorido; sosténgame, ¡oh
 Dios! tu ayuda,
 y cantaré cánticos al nombre de Dios y le ensalzaré con
 alabanzas”.

Juicio del Sanedrín (22,66-71)

⁶⁶ En cuanto se hizo de día, se reunió el Consejo de ancianos del pueblo, sumos sacerdotes y escribas, le hicieron venir a su Sanedrín ⁶⁷ y le dijeron: “Si tú eres el Cristo, dínoslo”. Él respondió: “Si os lo digo, no me creeréis. ⁶⁸ Si os pregunto, no me responderéis. ⁶⁹ De ahora en adelante, el Hijo del hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios”. ⁷⁰ Dijeron todos: “Entonces, ¿tú eres el Hijo de Dios?” Él les dijo: “Vosotros lo decís: Yo soy”. ⁷¹ Dijeron ellos: “¿Qué necesidad tenemos ya de testigos, pues nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca?”

(i) San Lucas resume escuetamente los cuatro procesos o comparecencias de Cristo: habla de un solo juicio del sanedrín, y de los dos de Pilato porque tiene que intercalar, en medio de estos, el de Herodes.

(ii) En cuanto al proceso religioso, es decir, al realizado por el sanedrín, solo indica el juicio diurno: “en cuanto se hizo de día, se

reunió el Consejo de ancianos del pueblo, sumos sacerdotes y escribas, le hicieron venir a su Sanedrín”. Esta parte del relato corresponde más bien a lo ocurrido en el juicio nocturno, el cual no tenía realmente valor porque, decían ellos mismos, “cuando no se puede distinguir un hilo blanco de otro negro, ¿cómo se podrá distinguir la verdad del error?”; de ahí que no fuera lícito realizarlo antes del alba. En su ansiedad por condenar a Jesús, sin embargo, no pudieron esperar las horas que los separaban del amanecer y lo juzgaron apenas se logró juntar el número necesario de miembros. De todos modos, para cumplir las formalidades de la ley, montaron el juicio diurno, para *oficializar* lo había sido ya decidido. San Lucas ahorra a sus lectores, poco entendidos en los legalismos hebreos, estas diferencias, resumiendo todo en un solo juicio, pero colocando allí lo esencial que se lee en los otros dos sinópticos. Con la expresión “venir a su sanedrín” (o tribunal) no se refiere San Lucas al lugar de reunión del sanedrín, sino a la misma asamblea reunida. En cuanto al lugar, los dos juicios, el nocturno y el diurno, se realizaron en casa de Caifás.

(iii) Era, el sanedrín, según Barclay a quien seguimos en este párrafo, el tribunal supremo de los judíos, con jurisdicción especialmente en cuestiones religiosas. Lo formaban setenta miembros, entre los que figuraban escribas, rabinos y fariseos, sacerdotes y saduceos, y ancianos. En teoría el sanedrín sólo se podía reunir en el salón de la Piedra Tallada, en el recinto del templo, aunque aquí todo parece haber tenido lugar en la misma casa de Caifás. El presidente era el Sumo Sacerdote. Las reglas de procedimiento nunca se cumplían del todo; pero en este caso hubo una transgresión sistemática de las mismas. Según la teoría el tribunal se sentaba en semicírculo, para que cada uno pudiera ver a todos los demás. El reo se colocaba enfrente del tribunal, vestido con ropas de duelo. Detrás de él se sentaban filas de estudiantes y discípulos de los rabinos, que podían hablar en defensa del acusado, pero no en contra. Las vacantes que se produjeran entre los miembros del tribunal podían ser cubiertas por algunos de estos estudiantes. Todas las acusaciones tenían que probarse por la evidencia de dos testigos, examinados independientemente. Estaba permitido que un miembro del tribunal hablara primero en contra del

acusado y luego cambiara de parecer y hablara a su favor, pero no viceversa. Cuando se llegaba el momento de dar el veredicto, todos los miembros del tribunal tenían que emitir su juicio individualmente, empezando por los más jóvenes hasta acabar por el más anciano. Para la absolución era suficiente con la mayoría de un voto, pero para la condenación se necesitaban por lo menos dos votos. La sentencia de muerte no se podía ejecutar el mismo día que se pronunciaba; tenía que pasar una noche, para que el tribunal durmiera, y considerara si debía aplicar la piedad. Todo el procedimiento estaba diseñado para que prevaleciera la gracia. Muy pocas de estas cosas se cumplieron con Jesús. Así es la justicia de los hombres, y la justicia religiosa cuando es manipulada por las pasiones humanas desenfrenadas, especialmente las de la ambición y el odio.

(iv) Sus jueces fueron directamente al grano: “Si tú eres el Cristo, dínoslo”. Esto es lo que quiere saber todo Israel y todo aquel que ha visto los milagros de Cristo y ha oído sus predicaciones, especialmente las afirmaciones sobre sí mismo. Le preguntan, pues, qué dice Jesús de sí mismo; quién afirma ser. Y para evitar que ande con rodeos, directamente le preguntan si Él afirma ser el Cristo, el Ungido, el Mesías.

(v) Jesús responde con elementos tomados de la profecía de Daniel (Dn 7) y del Salmo 110: “Si os lo digo, no me creeréis. Si os pregunto, no me responderéis. De ahora en adelante, el Hijo del hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios”. Analicemos bien la respuesta del Señor. Las dos afirmaciones introductorias dejan en evidencia que sus enemigos no están dispuestos a aceptar el testimonio de Jesús como Cristo. “Si os lo digo de modo directo, no lo creeréis”. “Si os pregunto...” ¿Qué es lo que hubiera preguntado Jesús? Probablemente les hubiera preguntado qué es lo que afirman las Escrituras sobre el Cristo, sobre el momento de su venida, sobre sus obras y portentos, por los pormenores del modo de redimir a los hombres, o por lo que dicen las obras que ha realizado delante de sus ojos y debajo de sus narices. Todo eso es precisamente lo que Jesús ha hecho a lo largo de su vida; ellos lo saben y por eso Jesús los desenmascara diciéndoles que no iban a responder. Él ya había apelado a esos argumentos, por ejemplo con Juan: “Id y comunicad a

Juan lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados; y bienaventurado es quien no se escandaliza en mí” (Lc 7,22-23).

(vi) Luego continúa solemnemente: “De ahora en adelante, el Hijo del hombre estará sentado a la diestra del poder de Dios”. En esto san Lucas introduce una variante importante respecto de san Mateo y san Marcos: mientras estos dicen “veréis al hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo” (Mt 26,64; Mc 14,62), san Lucas omite la referencia a la Parusía y pone el énfasis en el lugar de Cristo a la diestra del Padre.

(vii) Los jueces, al oír esta declaración, contrapreguntan de una manera distinta, porque han entendido claramente que en la respuesta de Jesús, éste ha revelado mucho más de cuanto ellos preguntaron en primera instancia: “¿Entonces tú eres el Hijo de Dios?” Esta segunda expresión usada por el interrogador, el Sumo Sacerdote, ὁ υἱὸς τοῦ Θεοῦ (*ho huiòs tou Theou*), “el Hijo de Dios”, no es equivalente a la primera: ὁ Χριστός (*ho Jristós*), el Cristo o Mesías. Tanto san Mateo como san Marcos, habían indicado que fue el Sumo Sacerdote quien hizo la pregunta tendenciosamente, tratando de equiparar ambos términos: “te conjuro por Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios” (Mt 26,63); “¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?” (Mc 14,61). San Lucas ha querido ser más claro en este punto, dividiendo en dos momentos la revelación de Jesús. Preguntado, pues, si es el Cristo, Jesús responde no solo afirmativamente sino indicando para sí rasgos divinos, utilizando la profecía de Daniel, que había sufrido una evolución, hasta llegar a interpretarse la expresión “el Hijo del hombre” en un sentido personal y con caracteres divinos⁵⁶, y lo mismo el uso del Salmo 110 en donde se presenta participando los poderes de Dios. Recordemos que es el mismo Salmo que había usado Jesús, pocos días antes, para orientar a sus interlocutores hacia el origen trascendente del Mesías (Lc 20,41-44).

(viii) A esta segunda pregunta Jesús también responde afirmativamente: “Vosotros lo decís: Yo soy”.

⁵⁶ Cf. Benoit, *La divinité de Jésus dans les evangiles synoptiques*: Lum. et Vie (1953) 66:71.

(ix) Es sobre esta respuesta del Señor que viene su condena: “Dijeron ellos: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos, pues nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca?” Estas palabras de los sanedritas pesan como una lápida sobre sus conciencias, porque ellos confirmaron expresamente que las palabras de Jesús eran un testimonio suficiente para ellos. San Lucas, sin embargo, no indica la causa de la condena por parte del Sanedrín: la blasfemia. Lo hacen, en cambio, san Mateo y san Marcos. Quizá la blasfemia no sería realmente entendida en su sentido y gravedad por sus lectores griegos y por eso no insiste en el punto. Pero es un detalle para nada secundario que nos hace entender realmente qué es lo que motiva la condena del Señor. El Sumo Sacerdote proclama el delito de blasfemia: “Habéis oído la blasfemia” (Mc 14,64). Y ratifica su afirmación con el gesto propio: “El Sumo Sacerdote se rasga las túnicas” (Mc 14,63). Comenta Ricciotti: “Para hacer más ostensible e impresionante su indignación, el sumo sacerdote, al lanzar el primer grito, se había desgarrado el borde superior de la túnica, según era usanza hacer cuando se asistía a una escena altamente dolorosa; pero si aquel hombre hubiese exteriorizado sus sentimientos íntimos, habríase visto que éstos eran de profunda y sincera alegría. Creía, en efecto, haber conseguido hacer blasfemar a Jesús, implicándole de este modo en su propia condena”. Y que se trataba de blasfemia con todas las de la ley lo confirma la sentencia: “el Sumo sacerdote les preguntó: «¿Qué os parece?» Todos juzgaron que era reo de muerte” (Mc 14,64).

(x) Pero ¿cuál es la blasfemia de Jesús? Dice Ricciotti: “Jesús, afirmando ser el Mesías, no había en modo alguno blasfemado, en primer término, porque en su afirmación no empleó el nombre de Dios, sino que había substituido prudentemente el nombre personal o genérico de Dios (Yahveh o ‘Elohīm) por el apelativo de *Potencia* (o Poder), como solían hacer los rabinos; y en segundo lugar porque atribuirse a sí mismo o a otros únicamente la calidad de Mesías de Israel no podía considerarse blasfemia. Sin salir del marco del judaísmo más ortodoxo, hallamos que un siglo más tarde el gran Rabbi Aqiba proclamaba Mesías a aquel Bar Kokeba que dirigió la última y más catastrófica rebelión de Judea contra Roma. Y, sin embargo, pese a esta falaz proclamación, el Rabbi

Aqiba no sólo no fue juzgado blasfemo, sino que quedó como una de las más ilustres luminarias del judaísmo de la era vulgar. De aquí que la afirmación mesiánica de Jesús respecto a sí mismo, aunque no fuera aceptada, pudiera ser estimada por aquellos jueces como vana y jactanciosa, como la de un alucinado o exaltado —como juzgaron algunos contemporáneos la afirmación de Aqiba—, pero de ningún modo alguno una blasfemia contra la Divinidad. ¿Por qué, pues, el presidente gritó, y el tribunal confirmó, que Jesús había blasfemado? Evidentemente, en virtud de la respuesta afirmativa dada por Jesús a la última pregunta: «¿Eres, pues, el Hijo de Dios?» En esta pregunta, el término *el Hijo de Dios* no es en la intención de los interrogantes un sinónimo práctico de Mesías, sino que representa, en cotejo con éste, un progreso ulterior, un clímax, y reviste un significado muy superior. Los interrogadores querían saber si Jesús se reputaba Hijo de Dios en el sentido ontológico verdadero. Y contestando Jesús de modo afirmativo, fue considerado blasfemo. El proceso religioso terminaba así y se dictaba sentencia: Jesús era juzgado reo de muerte como blasfemo. El método del sumo sacerdote había superado sus esperanzas. Viendo la inutilidad de confiar en las deposiciones de los testigos sobornados, se había dirigido al inculpado directamente, mirando primero a su cualidad de Mesías porque, obtenida contestación positiva sobre este punto, el reo confeso tendría que responder después en juicio político ante el procurador romano. Pero la confesión obtenida, por lo amplia y solemne, condujo espontáneamente a la otra interrogación de si el imputado era, además de Mesías, el Hijo de Dios. Esta nueva interrogación, más delicada y decisiva que todas, había obtenido también contestación plenamente positiva. En conclusión, el interrogador había triunfado en ambos campos: en el nacional político, porque el imputado había reconocido ser el Mesías de Israel; en el rigurosamente religioso, porque había confesado ser verdadero Hijo de Dios. Esta segunda confesión era decisiva ante el Sanedrín; la primera se aduciría, como igualmente decisiva, ante el tribunal del procurador romano”.

Jesús ante Pilato por primera vez (23,1-7)

¹ Y levantándose todos ellos, le llevaron ante Pilato. ² Comenzaron a acusarle diciendo: “Hemos encontrado a éste alborotando a nuestro pueblo, prohibiendo pagar tributos al César y diciendo que él es Cristo Rey”. ³ Pilato le preguntó: “¿Eres tú el Rey de los judíos?” Él le respondió: “Sí, tú lo dices”. ⁴ Pilato dijo a los sumos sacerdotes y a la gente: “Ningún delito encuentro en este hombre”. ⁵ Pero ellos insistían diciendo: “Solivianta al pueblo, enseñando por toda Judea, desde Galilea, donde comenzó, hasta aquí”. ⁶ Al oír esto, Pilato preguntó si aquel hombre era galileo. ⁷ Y, al saber que era de la jurisdicción de Herodes, le remitió a Herodes, que por aquellos días estaba también en Jerusalén.

(i) Jesús fue condenado a muerte por el tribunal religioso. Si hubieran podido ejecutarlo lo hubieran hecho de inmediato, pero los romanos les habían quitado este derecho y por eso no pudieron proceder por sí mismos. Pero esta no es la única razón por la que recurren a Pilato, puesto que un tiempo después con san Esteban procederían de una manera más expeditiva, y cuando años más tarde decidan asesinar a san Pablo, directamente se conjurarían para hacerlo de modo secreto. La introducción de Pilato en este caso responde a múltiples motivos. Ante todo, está el hecho real de que ellos, si querían proceder por derechas, no podían aplicar la pena capital; Roma se los había quitado; solo el Procurador podía hacerlo y después de un juicio según las leyes romanas. Pero había que considerar también que estaba de por medio la popularidad de Jesús como taumaturgo, la admiración que el pueblo tenía por Él hasta el punto de haberlo aclamado por rey y por mesías pocos días antes. Los motivos religiosos valían para sus enemigos teológicos, pero ¿los hubiera aceptado el pueblo tan sencillamente? Entre los miembros del sanedrín y Jesús, ¿por quién se habrían inclinado los corazones más sencillos? ¿Eran demasiados los que habían visto sus milagros y se habían beneficiado de ellos! Los sacerdotes, escribas y ancianos, necesitaban, pues, una pantalla política para protegerse a sí mismos, en caso de que el pueblo no se convenciese fácilmente de la impostura de Jesús. El temor a que todo esto ocurriera durante la Pascua, con toda esa multitud en Jerusalén, manifiesta que querían evitar lanzar al pueblo a la defensa de Nuestro Señor. Sabemos que durante el proceso, los enemigos de Cristo lograron manipular al

populacho, al menos a los curiosos que se agolparon para seguir los acontecimientos; pero no podían estar seguros de que esto les saldría bien si no entraba de por medio alguna excusa política relacionada con los romanos. Y, finalmente, no hay que descontar que querían para Jesús una muerte lo más ignominiosa posible, y esta era la crucifixión, reservada para los criminales más vulgares. Ellos podían lapidarlo y quizá presentarlo luego como un hecho consumado ante Pilato. Era lo que correspondía por la sentencia de blasfemia. Así iban a proceder más adelante con Esteban. Si lo lograban, Pilato quizá se enojaría pero no podría revertir los hechos; pero si les salía mal y los soldados, que en ese momento llenaban Jerusalén, intervenían a tiempo, podían quitarles a Jesús de las manos antes de que muriera, y éste quedaría no solo bajo el poder de Pilato sino también bajo su protección. Y, además, la cruz era más humillante. La cruz, en sus mentes, no solo acaba con Jesús, sino con su fama de santo. Era un castigo que, por sí solo, denigraba al ejecutado. Querían la cruz, y por eso, serán ellos mismos quienes la mencionen durante el juicio civil.

(ii) Con todo esto a cuestas, después de la sentencia religiosa, sin dilación alguna, llevaron al reo a Pilato. Que buscan una pantalla política lo dejan al descubierto porque la única acusación que formulan, según san Lucas, es exclusivamente de este tipo: “Hemos encontrado a éste alborotando a nuestro pueblo, prohibiendo pagar tributos al César y diciendo que él es Cristo Rey”. Tres acusaciones, pues: alborotador y sedicioso, boicoteador del sistema impositivo romano, y ambición política. Las dos primeras eran falsas en todo sentido, la tercera, su pretensión de ser rey, era espuria en el modo en que la quieren hacer pasar ante Pilato. Y, además, ninguna de ellas había sido mencionada en el juicio religioso; mientras que la que allí surgió, la blasfemia por hacerse Hijo de Dios, aquí no se enumera. La verdad les importa un bledo. Maquiavelo *ante litteram*: lo importante es lograr el fin, la muerte de Jesús al estilo romano, en cruz; los medios para lograrlo: los que mejor se ajusten al fin. Barclay sostiene que este manejo político, exclusivamente político, lleva el sello de la mentalidad y astucia de los saduceos, aristócratas y colaboracionistas romanos. Ellos temían que la figura de Jesús perjudicara su riqueza y poder. No era, pues, el problema que

Nuestro Señor representaba para Roma, sino el peligro que podía ocasionarle a ellos, a sus tiaras y a sus bolsillos. Así han seguido obrando a lo largo de toda la historia los hijos y los nietos de los que aquí trajeron esta acusación que ellos sabían falsísima. En realidad, el saduceísmo, que tenía la conducción política de Israel, se manejó principalmente por esta razón; pero el fariseísmo, representado sobre todo en los escribas, aportaba el odio teológico contra la purificación de la verdad religiosa que Jesús venía realizando desde el comienzo de su predicación. La condena de Jesús fue obra conjunta del fariseísmo y del saduceísmo, aunque a este último se deban las intrigas y manejos políticos para arrancar la condena a Pilato.

(iii) Quiero enfatizar algunas palabras de la acusación contra Jesús: τοῦτον εὐρομεν (...) λέγοντα ἑαυτὸν Χριστὸν βασιλέα εἶναι (*touton heúromen... légonta heautòn Jristòn Basilèa eínai*). “Hemos encontrado a éste diciendo que Él es Cristo Rey”. Mientras las otras acusaciones son falsas, esta es verdadera. Nuestro Señor enseñaba que Él es Χριστός βασιλεύς (*Jristós Basileýs*), Cristo Rey. No nos olvidemos nunca de esto. A nosotros nos toca continuar repitiendo que Él es *Jristós Basileýs*, especialmente contra los católicos liberales que se han empeñado y se siguen empeñando en cacarear que esto a Jesús nunca se le pasó por la cabeza.

(iv) A Pilato interesó esta cuestión y, si nos atenemos a san Lucas, le preguntó directamente a Nuestro Señor: “¿Eres tú el Rey de los judíos?” Jesús respondió afirmativamente: “Sí, tú lo dices”. Lo que significa: “tal cual lo estás afirmando”. Sabemos por los otros evangelistas que el interrogatorio fue más largo y tuvo sus idas y venidas; pero san Lucas resume todo en una frase que pone en boca de Pilato, porque probablemente fue con la que este terminó su inquisición: “No encuentro ningún delito en este hombre”. Para Pilato era claro que el reinado del que hablaba Jesús, que era el real y verdadero problema de los judíos enemigos de Nuestro Señor, no era un problema para Roma. Había entendido claramente que Jesús hablaba de un reinado de un orden absolutamente baladí para el Imperio. Gente como Pilato no se interesaba por las cuestiones espirituales. Esta fue la primera vez que Pilato se lavó las manos del asunto, porque después de su pesquisa, y teniendo en cuenta que las acusaciones que le habían traído eran exclusivamente civiles, tendría

que haber tomado cartas explícitas en el asunto y dejar libre a Jesús. Se lo habían traído para que él lo juzgara, debía pues juzgarlo y sentenciar la libertad que había entrevisto. No tenía por qué dar cuenta de nuevo a los judíos, cuya animadversión era manifiesta. El primer intento de Pilato fue, pues, devolverlo a los judíos. O sea, lavarse las manos.

(v) Las conclusiones de Pilato alarmaron a los jefes de los judíos que temieron que el asunto se diluyera, y por eso volvieron a insistir en una cuestión meramente social y política, en la que ellos no habían hecho ningún hincapié durante su propio juicio, pero que ahora era lo único que podía funcionar con el representante del emperador romano: “revoluciona al pueblo, enseñando por toda Judea, desde Galilea, donde comenzó”. La mención de un inicio en Galilea alertó a Pilato, que no había reparado en que Jesús no era de Judea. Por eso, confirmada su procedencia, se lavó las manos por segunda vez pasando la papa caliente a un hombre más corrupto que él. Pasarse de limpio en algunas cosas equivale a ensuciarse.

Jesús ante Herodes (23,8-12)

⁸ Cuando Herodes vio a Jesús se alegró mucho, pues hacía largo tiempo que deseaba verle, por las cosas que oía de él, y esperaba presenciar alguna señal que él hiciera. ⁹ Le preguntó con mucha palabrería, pero él no respondió nada. ¹⁰ Estaban allí los sumos sacerdotes y los escribas acusándole con insistencia. ¹¹ Pero Herodes, con su guardia, después de despreciarle y burlarse de él, le puso un espléndido vestido y le remitió a Pilato. ¹² Aquel día Herodes y Pilato se hicieron amigos, pues antes estaban enemistados.

(i) Herodes se encontraba por aquellos días en Jerusalén. Ricciotti, en su hermosa *Vida de Cristo*, supone que Pilato pensaba que Herodes encontraría a Jesús inocente, al igual que él, y esto le daría más argumentos ante la confabulación de los miembros del sanedrín, que le resultaba más que evidente. Puede ser que así fuere, aunque a mí me parece que lo hizo más por sacarse la papa caliente de encima. Lo cierto es que Pilato no se había tragado ninguna de las

acusaciones de los enemigos de Cristo, a los cuales conocía como chupamedias de Roma pero para nada angustiados por los revoltosos contra el Imperio, ni menos preocupados porque los romanos no cobraran sus tasas e impuestos a tiempo y según los cánones establecidos. Sabía que todo aquello era un problema de otro orden, aunque estaba muy lejos de entender la cuestión teológica que estaba detrás.

(ii) Este Herodes, era Herodes Antipas. Herodes es el apellido de la familia, cuyo representante más —tristemente— célebre fue Herodes el Grande, bajo cuyo gobierno nació Jesús, pero además de él hay pertenecen a la misma dinastía Herodes Arquelao (tan cruel que san José, a su regreso de Egipto, no consideró prudente establecerse en Judea y siguió hasta Nazaret), el Herodes Antipas de la Pasión, luego dos con el nombre de Herodes Felipe, uno de los cuales era el legítimo esposo de Herodías, quien lo abandonó por Antipas, y finalmente tenemos a Herodes Agripa I, el que persiguió a los apóstoles, y Herodes Agripa II, el que escuchó en Cesarea la defensa de san Pablo. Este Antipas, pues, era gobernante de Galilea y Perea durante la vida pública de Jesús. En el Nuevo Testamento se lo llama “Herodes el tetrarca”, y era hijo de Herodes el Grande y Maltace, su esposa samaritana (una de las diez que tuvo el fundador de la estirpe). Se había casado con la hija de Aretas IV, rey de los nabateos (cuya capital era Petra), pero luego la abandonó para convivir con su cuñada y sobrina, Herodías. Era conocido por sus ambiciones, su amor al lujo y su astucia (Jesús lo llama “zorra” en Lc 13,32). Reconstruyó Séforis en Galilea, le añadió sus fortificaciones y la convirtió en su capital. También construyó Tiberias y otras ciudades, y fortaleció las fronteras de sus dominios. Estaba enemistado con Pilato, pero el hecho de que este le enviara a Jesús para que lo juzgara, lo que implicaba reconocer su autoridad, los reconcilió. A costa, claro, de asociarse en la misma injusticia contra el Hijo de Dios. Pocos años más tarde, en el 39 d.C., instigado por Herodías a quien parecía muy poco el título de tetrarca de su amante, fue a Roma a reclamar la corona real de manos de Calígula, pero la tortilla se le dio vuelta y terminó exiliado en Galia o España, acusado de traición.

(iii) A este personaje de sangre enviciada, y vicioso por méritos propios, envía Pilato a Jesús. Herodes consideraba a Jesús un espectáculo y esperaba de Él alguna demostración prodigiosa: “se alegró mucho, pues hacía largo tiempo que deseaba verle, por las cosas que oía de él, y esperaba presenciar alguna señal que él hiciera”. Era, al estilo de los superficiales, un verborrágico, que hablaba hasta por los codos, como todos los que no pueden guardar – porque no lo soportan– el silencio. Por eso añade san Lucas que “le preguntó con mucha palabrería”. Pero ante este rufián, Jesús “no respondió nada”. Tres veces se hace referencia al mutismo de Nuestro Señor durante su Pasión: cuando Caifás pone delante de Jesús las falsas acusaciones de los testigos sobornados por los judíos (Mt 26,63: “Jesús callaba”; y no vuelve a hablarle sino al ser *conjurado en el Nombre de Dios*); luego ante Herodes; finalmente, cuando Pilato le pregunta algo que Jesús ya le había respondido (Jn 19,9: “Volvió a entrar en el pretorio y dijo a Jesús: «¿De dónde eres tú?» Pero Jesús no le dio respuesta”). Esto nos muestra tres silencios significativos de Dios: ante el que lo trata con hipocresía, ante quien tiene los oídos tapados por la cera de la lujuria y ante el que no ha prestado atención a lo que Dios le ha dicho con anterioridad). ¡Dios nos libre de merecernos el Silencio Punitivo de Dios! ¡Nos libre, por tanto, de los pecados que atraen este modo de ira divina!

(iv) Los enemigos de Cristo –“los sumos sacerdotes y los escribas”– habían acompañado a los soldados que llevaron a Jesús hasta Herodes, “e insistían acusándole”. Ellos querían arrancar cuanto antes la condena a muerte. Pero Herodes no les dio el gusto. El silencio de Jesús lo enfadó muchísimo, y consideró mejor venganza burlarse de Él y despreciarlo. Y así hicieron con su guardia. San Lucas no nos dice de qué manera llevaron a cabo esto, pero podemos imaginarnos las cosas que se le ocurrirían a la gentuza que rodeaba al reyezuelo bufón. “Lo trataron con desprecio”. Jesús era, para Herodes, una insignificancia, un *donnadie*. Ni siquiera merecía a sus ojos un juicio que lo tomara en serio. Por eso “le puso un espléndido vestido (ἑσθητα λαμπράν, *esthéta lampràn*) y le remitió a Pilato”. ¿Qué es lo que puso propiamente Herodes a Jesús? El ἑσθής (*esthés*) indica en general ropa o vestidura, sugiriendo generalmente las ropas ornamentadas y de buena calidad; en algunos

contextos pueden indicar un manto. El adjetivo λαμπρός (*lamprós*) se traduce como radiante, límpido, magnífico o suntuoso; el mismo san Lucas lo usará en Lch 10,30 para referirse a la vestimenta de un ángel, y san Juan para las vestiduras de los santos en el cielo (Ap 19,8). Sencillamente Herodes tomó a Jesús a broma, vistiéndole de una ropa de rey para reírse de Él. “También la sesión ante Herodes se cierra con sentencia absolutoria. Jesús es más ridículo que peligroso, más un soñador ajeno a la realidad, que un rebelde político; candidato a la corona, pero no rey; un quijote, pero no un revolucionario. Herodes manda poner a Jesús una vestidura espléndida, una toga cándida. Jesús lleva ahora la vestidura de pretendiente. Es declarado candidato ridículo al trono, y como tal es ridiculizado”⁵⁷.

Segunda vez ante Pilato (23,9-25)

¹³ Pilato convocó a los sumos sacerdotes, a los magistrados y al pueblo ¹⁴ y les dijo: “Me habéis traído a este hombre como alborotador del pueblo, pero yo le he interrogado delante de vosotros y no he hallado en este hombre ninguno de los delitos de que le acusáis. ¹⁵ Ni tampoco Herodes, porque nos lo ha remitido. Nada ha hecho, pues, que merezca la muerte. ¹⁶ Así que le castigaré y le soltaré”. ¹⁸ Toda la muchedumbre se puso a gritar a una: “¡Fuera ése, suéltanos a Barrabás!” ¹⁹ Este había sido encarcelado por un motín que hubo en la ciudad y por asesinato. ²⁰ Pilato les habló de nuevo, intentando librar a Jesús, ²¹ pero ellos seguían gritando: “¡Crucifícale, crucifícale!” ²² Por tercera vez les dijo: “Pero ¿qué mal ha hecho éste? No encuentro en él ningún delito que merezca la muerte; así que le castigaré y le soltaré”. ²³ Pero ellos insistían pidiendo a grandes voces que fuera crucificado y sus gritos eran cada vez más fuertes. ²⁴ Pilato sentenció que se cumpliera su demanda. ²⁵ Soltó, pues, al que habían pedido, el que estaba en la cárcel por motín y asesinato, y a Jesús se lo entregó a su voluntad.

⁵⁷ Stöger, *El Evangelio según san Lucas*, II, 277.

(i) Jesús vuelve, así, humillado y despreciado, ante Pilato. Este pensó que podía liquidar el asunto de forma breve e inmediata apoyándose en la sentencia implícita que había dictado Herodes: “Tras interrogar a este hombre delante de vosotros, no encontré ninguno de los delitos de que lo acusáis, y tampoco Herodes”. Dos tribunales civiles, pues, habían examinado a Jesús de las acusaciones civiles (sedición, emancipación de Roma, turbar los ánimos públicos, boicotear las leyes impositivas). Ambos tribunales, con competencia directa en esos crímenes, no encuentran, según Pilato, “ningún delito que merezca la muerte”.

(ii) Aquí Pilato vuelve a usar su ambigüedad característica. ¿Jesús no ha cometido ningún delito, o ningún delito penado con la muerte? Si se trata de lo primero, ¿por qué habla de castigarlo antes de dejarlo libre? Si ha encontrado alguna violación menor que merezca un castigo, ¿de qué se trata? Pilato no señala ninguna transgresión específica; y Herodes menos todavía, pues lo había sentenciado como *insano*. Es evidente que el Procurador solo intenta salvar a Jesús *al estilo liberal*, es decir, declarando una fingida culpabilidad menor, y castigando a Cristo para salvarlo de algo peor, la muerte, contentando al mismo tiempo a sus enemigos para que se den por satisfechos. Es la ley del mal menor, aplicada cuándo y dónde no se aplica. Como hacen hoy los que creen que este principio no tiene límite. Pilato los empatrona. Jesús es inocente a los ojos de Pilato; más aún, inocentísimo. Pero lo declara *culpable de disturbios menores* para contentar a sus enemigos; y lo *castigará* con un castigo que él, romano despiadado, considera poco y nada comparado con la muerte que piden sus enemigos. San Lucas no habla de este castigo pero lo conocemos por los otros evangelistas: fue la flagelación, un tormento que horrorizaba a cualquier romano sensible, como demuestran las descripciones de Cicerón y de otros que han llegado a nosotros porque estos brutos la practicaban hasta el desollar la víctima. Todos los liberales de la historia –políticos y eclesiásticos– se han valido de este principio para mantener el orden y el equilibrio por encima de la verdad y de la justicia auténtica. Y así nos va: igual que a Pilato, a quien su equilibrismo empujó a mezclarse en el crimen más nefando de toda la historia. Y todo porque no se animó a decir lo que tenía que decir: “lo encuentro inocente, y por tanto, lo

declaro inocente y lo libero; y al primero de ustedes que siga molestando lo declararé culpable de sedición”. Pero Pilato tenía toga y silla curul, y solo eso; pero eso solo alcanza para disfrazarse de juez mientras que para ser juez hay que tener, además, otras cosas de las que Pilato carecía.

(iii) Además, Pilato, que se creía muy listo, ignoraba con quiénes se metía. Y no sabía que dándoles un poco de sogá, los acusadores lo ahorcarían con ella. Y lo hicieron. San Lucas nos resume notablemente los hechos, contentándose con que “la muchedumbre se puso a gritar” que “sacaran a Ése de su vista” y “les soltara a Barrabás”. Vamos por partes. El evangelista dice *παμπληθεῖ* (*pamplhtheí*), que es un compuesto (de *pas*, todo; y *plethos*, multitud) que significa “toda la multitud a una”, “todos juntos”, “en masa”. San Marcos aclara que fueron los “sacerdotes” los que los incitaron, y san Mateo añade también a los “ancianos”. Fue, pues, la multitud que estaba allí presente, pero manipulada por esos manejadores de masas. Por “multitud” debe entenderse lo que generalmente se entiende cuando se habla así: la mayoría, aunque no todos. Habría algunos que callarían, pero su silencio no pesaba en aquella injusticia de masas. Lo segundo, es que la multitud parece repetir una frase acuñada por los mismos enemigos de Cristo, porque ya empiezan a evitar el nombre de Jesús y lo reemplazan por un pronombre insulto: “Ese”. Más tarde, después de la resurrección de Jesús, seguirían empeñados en no mencionar su nombre: “Os prohibimos severamente enseñar en ese nombre” (Hch 5,28). Piden en cambio, a Barrabás. San Lucas señala que era uno que estaba encarcelado por amotinador y asesino. Precisamente, pedían la libertad de uno que sí había cometido al menos uno de los delitos por el que pedían la muerte de Cristo: motín. Y este, además, era el menor de sus crímenes; también era asesino.

(iv) Pilato estaba mareado y “por tercera vez”, como anota certeramente san Lucas, vuelve a repetir su ambigua sentencia: no ha hecho nada “que merezca la muerte”; por tanto, vuelve a anunciar que solo lo castigaría para luego dejarlo libre. Así deja ver cuánto valen las decisiones a medias; Pilato ni se animó a condenar a Jesús ni se atrevió a soltarlo.

(v) Pero los enemigos de Cristo ya enuncian lo que realmente pretenden de Pilato: que crucifique a Jesús. Y las razones del derecho con que apoyaban su pedido eran más que elocuentes: solo sus gritos cada vez más fuertes; es decir, la amenaza y el chantaje.

(vi) San Lucas cifra en pocas palabras todo este tira y afloja que duró todavía mucho, y que llevó al Procurador, como sabemos por los otros evangelistas, a hacer infligir a Cristo el castigo que ya había anunciado, pensando todavía que al mostrarles al reo como sabían dejarlo los verdugos romanos... la multitud se contentaría. Pilato ni era justo, ni era prudente, ni conocía los jefes de los judíos. No entraré en todos estos hechos que san Lucas no describe, tal como me he propuesto en el plan de esta obra. Lo relatan los otros evangelistas pero nosotros estamos comentando a san Lucas. Sencillamente nuestro cronista sagrado refiere que “Pilato sentenció que se cumpliera lo que aquellos pedían”. Y por tanto, “soltó al que estaba en la cárcel por motín y asesinato, y a Jesús se lo entregó a su voluntad”. Ellos se eligieron tener por mentor y guía a un amotinador y a un asesino, y esto los iba a signar para buena parte de su historia futura. No iban a poder zafar fácilmente de esta elección nefasta, y en su espíritu se introduciría ese germen amotinador y homicida que ha caracterizado a muchos de los hombres de esa raza elegida que han marcado nuestra historia; sin quitar, ciertamente, que también este pueblo ha dado extraordinarias flores de pureza y santidad. En fin, que allí se dividió el pueblo judío; una parte del cual llevaría esa capacidad de convulsionar la humanidad, con sus escritos, sus ideas, sus guerras y su manipulación de los pueblos a través del oro, del dinero, y de la influencia política; los hijos de aquel Barrabás que aquel día se eligieron como mesías. Y otra parte nos legó todos aquellos que no fueron parte de esa muchedumbre, sea porque no pudieron hacer otra cosa que sufrir en silencio tanta injusticia, como María santísima, como Juan, como las santas pero inermes mujeres que lloraban la suerte del Justo; sea aquellos que sentían una gran impotencia y desconcierto..., sea los que estaban paralizados por el miedo y la cobardía.

(vii) San Lucas dice que “se lo entregó a su voluntad”: τῷ θελήματι αὐτῶν (*tó thelémati autón*). El evangelista deja expresamente claro que la crucifixión y la muerte de Cristo fue τó

θέλημα (*tó thélema*), el deseo y la voluntad de los judíos enemigos de Cristo. Los soldados romanos fueron los brutos ejecutores, pero la voluntad que movió los hilos de esta tragedia fue la de los dirigentes judíos y del pueblo que se dejó manipular por ellos. San Pedro, en el testimonio recogido por el mismo Lucas en los *Hechos*, se lo diría claramente y en la cara pocos días más tarde: “Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien *vosotros habéis crucificado*” (Hch 2,36). No había, según lo que entendemos, ningún romano oyendo ese discurso.

Camino al Calvario (23,26-32)

²⁶ Cuando le llevaban, echaron mano de un cierto Simón de Cirene, que venía del campo, y le cargaron la cruz para que la llevará detrás de Jesús. ²⁷ Le seguía una gran multitud del pueblo y mujeres que se dolían y se lamentaban por él. ²⁸ Jesús, volviéndose a ellas, dijo: “Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos. ²⁹ Porque llegarán días en que se dirá: ¡Dichosas las estériles, las entrañas que no engendraron y los pechos que no criaron! ³⁰ Entonces se pondrán a decir a los montes: ¡Caed sobre nosotros! Y a las colinas: ¡Cubridnos! ³¹ Porque si en el leño verde hacen esto, en el seco ¿qué se hará?” ³² Llevaban además otros dos malhechores para ejecutarlos con él.

(i) Fiel a su estilo altamente austero, san Lucas del camino hacia el Calvario solo nos deja pocos trazos. En términos generales solo dice que “lo llevaban”; no nos relata ni el trato que le daban sus verdugos, ni la actitud en general de sus enemigos. Curiosamente, san Lucas, que nos ha dejado rasgos tan notables y delicados del Corazón de María en los misterios de la infancia, calla completamente sobre Ella en estos momentos dolorosos; solo podemos suponer su presencia en la doble alusión general a las “mujeres”, una en este trozo y una segunda más adelante, que comentaremos dentro de poco. Sabemos que María Santísima tiene que haber sido una de las fuentes de información de nuestro

evangelista, porque ciertos detalles de la infancia de Cristo solo pueden ser conocidos a través de Ella, o de algún –o alguna– confidente de María, a la que bien puede haber entrevistado san Lucas mientras recababa los datos firmes sobre los que quería fundamentar su historia de Jesús. Pero en cualquiera de los dos casos, ¿por qué no menciona lo que hizo la Madre de Jesús durante la Pasión? Me aventuro a pensar que este silencio refuerza el hecho de que María fue una de las principales fuentes de información de san Lucas; porque solo Ella podría haber contado los detalles de la infancia tan relevantes para comprender el origen misterioso y sobrenatural de su Hijo, incomprensibles sin mencionarla a Ella, principal protagonista, y al mismo tiempo callar sobre sí misma en el relato de la Pasión, donde todo se enfoca en el sufrimiento del Varón de Dolores, y no en su propio dolor materno. Indudablemente nosotros no lo vemos de la misma manera, y querríamos conocer las vicisitudes de su alma durante estos terribles momentos; pero podemos comprender la perspectiva de María si miramos su pudor espiritual y su humildad sin tacha.

(ii) Generalmente la sentencia se ejecutaba inmediatamente después de su promulgación. San Lucas, como dijimos más arriba, no menciona las vejaciones de los soldados romanos en el Pretorio; más aún, ni siquiera aquí dice que fueran los soldados del Procurador quienes conducen a Jesús a la Cruz y lo clavan en Ella. Puede darse por supuesto, porque era el procedimiento regular, pero no deja de ser llamativa la ausencia de toda alusión al brazo romano, después de haber concluido el proceso civil de Pilato con la frase que ya hemos comentado: “los entregó a su voluntad [de los judíos]”. Probablemente san Lucas no busca exculpar a los romanos pero sí dejar en claro que la responsabilidad de todo el proceso contra Cristo es principalísimamente de sus enemigos religiosos. Los ejecutores materiales solo cumplieron un trámite que realizaron como sabían hacerlo: con brutalidad y exactitud técnica. Pero no entienden nada – salvo Pilato, claro está– de la verdadera portada de cuanto está sucediendo.

(iii) A Jesús lo llevan a un “lugar llamado Calvario”. El sitio no se encontraba lejos del Pretorio, pero Jesús, aunque san Lucas no se ha detenido en los detalles, a esta altura de los acontecimientos

está realmente extenuado. No ha dormido en toda la noche; más aún la ha pasado entre tormentos de agonía psíquica que pueden reducir al hombre más robusto a una debilidad notable; a esto hay que sumar las vejaciones en casa del Sumo Sacerdote, las emociones intensamente dolorosas de su humillante juicio religioso, los interrogatorios de Pilato y Herodes, los tormentos silenciados por san Lucas como la flagelación y la coronación de espinas... No debe, pues, extrañarnos que, incluso para la corta distancia que va desde el curul de Pilato a la sangrienta cátedra de Cristo, Éste necesite ayuda para cargar su cruz.

(iv) San Lucas escribe para gente que sabía bien cómo se realizaban las ejecuciones en cruz; por eso no se detiene tampoco en darnos ningún detalle al respecto. No nos dice que Jesús no llevaba la cruz entera sino tan solo el palo transversal, llamado *patibulum*, que podía pesar unos 60 kilogramos. Los condenados lo solían cargar atravesado a la espalda, sobre el cuello y los hombros, atadas las manos a él, ya en forma de cruz. Esto resultaba muy incómodo, pero además hay que sumarle que si había otros condenados, iban también atados entre ellos; todo este enredo y la falta de coordinación de hombres que iban entre empujones y desconciertos, hacía el caminar dificultoso y muy propicio a los tropezones y caídas.

(v) De ese modo ha de haber sido el difícil caminar de Cristo, puesto que los verdugos, no por compasión hacia Él, sino para que la muerte del condenado acaeciera del modo y en el lugar en que había sido decretada y no a mitad de camino, se vieron obligados a darle una mano con esa cruz de la que el reo parecía ya no poder tirar. Los soldados no iban a hacerlo personalmente, como es claro, por lo que obligaron a hacerlo a uno que toparon a mano, elegido quizá por su aspecto robusto. Este venía en ese momento del campo, y su nombre ha quedado asociado al camino hacia el Gólgota hasta el fin de los tiempos: un tal Simón, natural de Cirene. Era ésta una ciudad griega del norte de África, en la Libia Cirenaica, fundada en el siglo VII a.C. Desde el 67 a.C. había sido unida a Creta y convertida en una provincia romana. Durante el período helenístico, muchos judíos se establecieron en ella. Estos judíos, junto a los alejandrinos y libertos, tenían una sinagoga en Jerusalén a la que alude expresamente san Lucas en Hch 6,9, lo que muestra que

muchos se habían establecido en la zona jerosolimitana. El mismo libro de los Hechos afirma que algunos de los primeros convertidos al cristianismo eran oriundos de esta ciudad y fueron muy activos en el apostolado misionero (Hch 11,20). Simón probablemente era uno de los establecidos en Jerusalén, y no solo un peregrino pascual, porque volvía de terminar los trabajos agrícolas. Quizá ni siquiera estuviera entre los curiosos sino que llegaba en ese preciso momento a la ciudad. El hecho es que fue obligado a llevar la cruz *detrás* de Jesús.

(vi) Es muy significativo que Dios haya querido que Jesús no pudiese llevar su cruz hasta el Calvario sin ayuda de Simón. A menudo decimos, basándonos en las palabras de Nuestro Señor, que cada uno debe cargar con su cruz. Pero en ningún lugar Jesús dice que debemos hacerlo “solos”. No debe sorprendernos que las cruces que nos tocan cargar, resulten a menudo más pesadas de cuanto podemos arrastrar. Si Jesús necesitó ayuda, esto quiere decir que cada uno *necesita* un Cireneo que lo ayude con su cruz. Jesús quiso necesitar la ayuda de un hombre para convertirse Él, a cambio, en la Ayuda de todo hombre. Nuestro primer Cireneo es Cristo mismo. Pero la ayuda divina a menudo se materializa a través de otros hombres. Es Cireneo todo aquel que da una palabra de aliento, un consejo, el que acompaña, el que consuela, el que dirige, el que corrige, el que toma nuestro lugar, el que ofrece sus dolores por nosotros, el que intercede por otro... Muchos no sucumben bajo el peso de su cruz, sino bajo el peso de un orgullo que les impide reconocer ante los demás su fragilidad y pedir ayuda para caminar hasta el final de su camino.

(vii) “Le seguía una gran multitud del pueblo y mujeres que se dolían y se lamentaban por él”. La muchedumbre lo seguía curiosa; en cambio, un cierto número de mujeres iban doliéndose y lamentándose sinceramente por Él. No sabemos quiénes eran estas mujeres, y no se nos da el nombre de ninguna de ellas. Según el Talmud existía en Jerusalén una especie de cofradía que se dedicaba a ofrecer “vino mirrado” a los ajusticiados, como un alivio narcotizante. Quizá fueran algunas de estas. Pero también podría tratarse de las que habían acompañado a Jesús durante su vida

pública; las mismas, tal vez, que luego se encontrarán cerca de la Cruz.

(viii) San Lucas anota el detalle de que Jesús “se volvió hacia ellas” mientras caminaba, para agradecerles su compasión. A ellas les habla como profeta y con palabras de tremendo infortunio tomadas, en gran medida de los viejos profetas: “Hijas de Jerusalén [Is 3,16], no lloréis por mí; llorad más bien por vosotras y por vuestros hijos. Porque llegarán días [Am 4,2] en que se dirá: ¡Dichosas las estériles, las entrañas que no engendraron y los pechos que no criaron! Entonces se pondrán a decir a los montes: ¡Caed sobre nosotros! [Os 10,8]. Y a las colinas: ¡Cubridnos! Porque si en el leño verde hacen esto, en el seco ¿qué se hará?” Nuevamente vuelve el pensamiento de la catástrofe nacional que está por cernirse sobre su pueblo. Y no me refiero solo al asedio romano del 70 o a la posterior destrucción total, sino a los sufrimientos que a lo largo de la historia ha padecido el pueblo elegido y él mismo ha hecho padecer a otros. El que Jesús mencione estas palabras en este preciso momento nos lleva a pensar que en su mente, la tragedia de Israel está ligada al pecaminoso rechazo del Mesías. A las compasivas mujeres les anuncia, pues, que los dolores que han de venir harán opacar los que ahora están viendo y lamentando. Jesús se compara al leño verde (es decir, inocente), mientras que los padecimientos futuros caerán sobre el leño seco (culpable): si así sufre el inocente, pues, ¿cuáles serán los tormentos de los culpables? Para estas mujeres, probablemente todas madres, el ver el gemido de sus propios hijos será un dolor tan atroz que preferirán no haber dado nunca a luz. Se felicitarán a las mujeres que no hayan tenido hijos porque se habrán ahorrado la amargura de verlos morir de modo miserable y horrendo. La visión del Señor es símbolo del juicio divino sobre todos los hombres; especialmente de los que viven sin Dios. Más tarde san Pedro escribiría: “Y si el justo a duras penas se salva, ¿dónde podrá presentarse el impío y pecador?” (1Pe 4,18).

(ix) “Llevaban además otros dos malhechores para ejecutarlos con él”. La decisión de ejecutar a Jesús había acelerado también la ejecución de otros malhechores que tenían ya sentencia y esperaban el momento de su muerte. No se montaba el espectáculo todos los días, por lo que, ya que debían crucificar a Jesús,

aprovecharían para hacerlo también con estos otros dos reos. Fiel a su ajustado relato, san Lucas no nos da más detalles. Santo Tomás, tomando una idea de Teófilo, sostiene que el motivo de flanquear a Cristo de estos dos delincuentes, fue instigación del mismo diablo que quería “hacer germinar una falsa idea respecto del Señor”, es decir, que pertenecía a la misma calaña de estos forajidos.

Crucifixión y Muerte (23,33-49)

La crucifixión (23,33-34)

³³ *Llegados al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda.* ³⁴ *Jesús decía: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen”. Se repartieron sus vestidos, echando a suertes.*

(i) El lugar elegido para la crucifixión tenía el nombre de κρανίον (*kraníon*), calavera o cráneo. Nosotros decimos tradicionalmente calvario, palabra que procede del latín *calvaria*. El nombre resultaba de la semejanza del pequeño monte con una calavera. San Juan aclara que el nombre arameo era Gólgota (Jn 19,17), en hebreo Gulgolet. El sitio se hallaba al norte de la ciudad, muy cerca de la muralla y de una de las puertas de la ciudad. Cumplía un requisito importante para las ejecuciones: tratándose de una prominencia algo elevada, los ajusticiados podían ser observados desde las murallas de la ciudad, como para servir de escarmiento a los curiosos. Al mismo tiempo no era demasiado alto (solo unos pocos metros) por lo que no implicaba esfuerzos demasiado notables para los verdugos. Sólo podemos suponer cómo era el Calvario en tiempos de Jesús, porque, primero las reformas profanadoras de Adriano, y luego las de Constantino para convertirlo en lugar de culto y honor, cambiaron toda su fisonomía primitiva. Por los escritores de los primeros siglos sabemos que Adriano incluyó la zona del sepulcro de Jesús y del antiguo Calvario en sus planes de terminar con cualquier vestigio de culto “judío” en la vieja Jerusalén. Él no distinguía el cristianismo del judaísmo. Niveló, pues, la zona y

edificó allí el foro de Colonia Aelia Capitolina, la nueva ciudad. La roca del Calvario fue usada como pedestal natural para la estatua de la Tykhe-Estarté de la ciudad, como se puede ver en el reverso de las monedas acuñadas en la misma ciudad durante esa época. Pero el testimonio de los cristianos de la ciudad, que conservaba vivo el recuerdo de la crucifixión de Jesús vinculado a aquella roca, a pesar de la transformación, se fue transmitiendo de padres a hijos y a través de la literatura apócrifa contemporánea. De hecho, según escribe el historiador Eusebio de Cesarea, contemporáneo a los sucesos del redescubrimiento del lugar, fue gracias a las indicaciones de los cristianos de la ciudad que los arquitectos de Constantino se orientaron con certeza cuando llegaron a Jerusalén para construir, por orden del emperador, una basílica digna de Dios sobre el sepulcro de Jesús y sobre el Calvario. Estos dejaron la roca, como dramático testimonio, en un ángulo del atrio de la basílica. Más tarde, en el 428, en tiempo del emperador Teodosio II, se convirtió en el pedestal de una cruz de oro cubierta por un baldaquino y protegida por un cancel. Y continuó siempre bien visible hasta que fue englobada en los muros de las capillas que se le habían ido adosando a cada lado. Hoy en día, tras muchos trabajos de excavación y restauración se pueden observar los restos de la roca del Calvario en el ábside de la capilla inferior, llamada capilla de Adán, y en la parte en la capilla superior o de la crucifixión. En 1935 A. Barluzzi pudo descubrir otra parte de la roca que ha quedado visible desde entonces bajo el altar católico de la Dolorosa en la parte superior del Calvario⁵⁸.

(ii) “Lo crucificaron allí a él y a los malhechores, uno a la derecha y otro a la izquierda”. El evangelista da por supuesto que sus lectores saben qué es y de qué modo se llevaba a cabo una crucifixión, por eso no la describe. En tiempos de Jesús se usaban tres tipos de cruces: la llamada *immisa* o rematada [con la forma: †], de la que sobresalía el remate o cabezal y que es la cruz en la que estamos acostumbrados a representar a Jesús crucificado; la cruz *commisa*, que no tenía remate [en forma de: T]; y la cruz *decusata* o aspada que hoy llamamos vulgarmente cruz de san Andrés [cuya forma era: X]. Es la cruz *immisa* la que con toda probabilidad se usó

⁵⁸ Los datos arqueológicos los tomo de Piccirillo, Michele, *La roca del Calvario y el Gólgota*, Rev. Tierra Santa, Abril-Mayo 1979, 93-97.

para Nuestro Señor porque san Mateo dice que el “títulus”, o inscripción que indicaba el motivo de su ejecución, fue puesto “por encima y arriba” de la cabeza de Jesús (Mt 27,37: ἐπάνω, *epanó*, de “ἐπὶ” –encima– y “ἀνά” –por sobre–). Si a Jesús se le hubiese fijado en otro tipo de cruz, el “títulus” se habría puesto sobre sus manos o a una altura que le habría dificultado incorporarse para respirar. Para estas ejecuciones, los romanos tenían ya colocado de antemano en el lugar de la ejecución el palo vertical, llamado *stipes* o *staticulum*. El condenado venía llevando sobre sus hombros el madero horizontal, denominado *patíbulum* o *antenna*. Al llegar, se lo desnudaba y luego se lo ataba o se lo clavaba en el patíbulum y luego se lo izaba hasta colocarlo sobre unos ganchos colocados en el *stipes* y finalmente se aseguraban ambos maderos. El *stipes* podía tener en algunos casos una especie de saliente a modo de asiento (en griego *pegma* y en latín *sedile*) que san Justino mártir y Tertuliano mencionan que tenía la forma de un cuerno de rinoceronte; y también podía tener un apoyo para los pies, o *suppedaneum*. Al parecer ninguno de estos accesorios estuvo presente en la cruz del Señor. San Lucas no dice si Jesús fue atado o clavado a la cruz; tampoco lo dicen los otros evangelistas al hablar de la crucifixión. Sabemos que fue fijado con clavos porque lo menciona Tomás, en el evangelio de san Juan, y además que estos eran gruesos porque era posible meter un dedo en los agujeros dejados por ellos: “si no meto mi dedo en los agujeros de sus clavos” (εἰς τὸν τύπον τῶν ἥλων, *eis tòn typon ton helon*, en la cicatriz de sus clavos: Jn 20,25). Teniendo en cuenta que Jesús fue, pues, clavado a la cruz, Ricciotti al tiempo que descarta como falso el *suppedaneum* que algunos artistas han representado en sus recreaciones de la crucifixión, defiende, en cambio, la necesidad del *sedile* porque de lo contrario los clavos no habrían podido sostener el peso del cuerpo de un hombre adulto. Evidentemente Ricciotti supone que Jesús fue clavado en las palmas de las manos, las cuales, con toda certeza, no habrían podido sostener el peso de Jesús sin desgarrarse. Pero hoy se sabe, en parte por los datos aportados por los estudios de la Santa Síndone de Turín, que los romanos, cuando usaban clavos, los colocaban en lugares en que las formaciones óseas hacían de soporte al peso; así, por ejemplo, en la muñeca, en el espacio entre los huesos del carpo, conocido como espacio de Destot.

La palabra utilizada por san Juan χεῖρ (*jeír*) que traducimos como “mano” (“los agujeros de sus manos”) es utilizada también en Hch 12,7 donde se narra que las cadenas de Pedro cayeron de “sus manos” siendo que aquellas debieron de estar colocadas en sus muñecas. Esto muestra que el uso de χεῖρ (*jeír*) es mucho más amplio que el término castellano mano, y puede que los clavos estuviesen situados en la muñeca. Para quien acepta que el hombre de la Síndone es Jesús, esto queda confirmado plenamente.

(iii) San Lucas refiere que mientras lo crucificaban Jesús “decía” –lo cual significa que no la dijo una sola vez sino que la repetía–: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen”. Jesús, en este momento supremo, actúa como intercesor de los hombres; de todos los hombres, incluso de los que le estaban haciendo el mal, de los que, como dice proféticamente “me han odiado sin motivo” (Jn 15,25). Y pedía en voz alta para que sus mismos enemigos comprendieran su disposición al perdón. El tormento de la crucifixión es horrendo y los dolores agudísimos, por lo que espontánea e instintivamente todas las energías y la atención del que padece se dirigen con exclusividad a la herida que lo hace sufrir, olvidándose, por lo general, de todo cuanto lo rodea; solo una caridad infinita puede llevar a alguien a pensar, en el momento del supremo sufrimiento corporal y psíquico, en los demás, olvidándose de sí. Jesús no pensaba en sí, sino en sus prójimos; y no solo en los que dejaba huérfanos, como sus discípulos, o los que dejaba desamparados, como su madre, sino en aquellos brutos y desalmados que eran la causa de su tormento. Pide para ellos el perdón del Padre, y los exculpa: “no saben lo que hacen”. Jesús, que no habló durante todo su proceso para defenderse, habla aquí para defender a quienes le hacen el mal. Y no se refiere solo a los groseros soldados que están quizá desencajando sus brazos para hacerlos coincidir con los agujeros previamente realizados en el madero, sino también a Pilato, a Herodes, a los flageladores, a sus burladores... a los sacrílegos que han instigado todo esta ola de dolor... a sus acobardados discípulos... y a todos cuantos hemos sido, por nuestros pecados, responsables de su sacrificio. Si Jesús intercede ante el Padre pidiendo perdón, eso significa que Él, de parte suya, los ha ya perdonado. Jesús habla de ignorancia: “no saben lo que hacen”. No entienden, ciertamente, la

portada de la profanación que están cometiendo, esos toscos ejecutores de la sentencia. Ellos no ven en Jesús más que un hombre. Pero también arroja un manto atenuante sobre todos los que han intervenido en el proceso que ha llegado a este desenlace: están ciegos por sus pasiones.

(iv) ¿Es que a los ojos de Nuestro Señor, sus enemigos han obrado afectados de una tal ignorancia que carecen de culpa? Porque, a primera vista, las palabras de Jesús parecen atribuir a todos cuantos intervinieron en su tormento y muerte un desconocimiento de la gravedad de lo que está sucediendo. Más tarde san Pedro hablaría en un sentido parecido: “Sé que lo hicisteis por ignorancia, como también vuestros príncipes” (Hch 3,17); y también san Pablo parece afirmar algo análogo: “Si lo hubieran conocido, nunca hubiesen crucificado al Señor de la gloria” (1Co 2,8). ¿Es esto así? Santo Tomás se planteó explícitamente esta cuestión, distinguiendo entre el sanedrín y la plebe⁵⁹. Del primero dice que sus miembros conocieron, al igual que los demonios, que Jesús era el Mesías prometido por la Ley “pues veían en Él todas las señales futuras que anunciaron los profetas”; pero sostiene que ignoraban el misterio de su divinidad. Sin embargo, continúa, “debemos tener en cuenta que tal ignorancia no los eximía del crimen, porque era, en cierto modo, una ignorancia voluntaria. Veían, en efecto, las señales evidentes de su divinidad; pero por odio y envidia hacia Cristo las tergiversaban y rehusaban dar fe a sus palabras, con las que declaraba ser el Hijo de Dios. Es por eso que Nuestro Señor dice de ellos: «Si yo no hubiera venido y no les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa de su pecado» (Jn 15,22)”. Las obras admirables de Cristo, pues, abogaban como testimonio de su divinidad, pero “debido al odio que le tenían no le reconocieron como Hijo de Dios”. Ese odio, que obstaculizó el reconocimiento, era un pecado gravísimo que les empujaba a no querer dar crédito a cuanto veían sus ojos ni a lo que su razón debía deducir de las obras de Cristo; por eso su ignorancia era querida y “la ignorancia querida no excusa de pecado, sino que más bien parece agravarle, porque demuestra que el hombre es tan vehementemente sensible al pecado que quiere caer en

⁵⁹ Cf. Santo Tomás, *Suma Teológica*, III, 47,5 (incluidas las respuestas a las objeciones).

la ignorancia para no evitar el pecado. Y por esto pecaron los judíos, por ser los que crucificaron no sólo a Cristo hombre, sino a Dios”. El caso de la plebe es diverso, pues “no habían conocido los misterios de la Escritura, y no se dieron plenamente cuenta de que Él era el Mesías ni el Hijo de Dios, aunque algunos creyeron en Él. Pero la multitud [como tal] no creyó. Y si alguna vez abrigaron la duda de que fuese el Mesías por la abundancia de los milagros y la eficacia de su doctrina, como consta en Jn 7,31-41, fueron luego, sin embargo, engañados por sus príncipes para que no creyeran que Él era el Hijo de Dios ni el Mesías”.

(v) “Se repartieron sus vestidos, echándolos a suertes”. Los soldados se quedaban con la ropa del criminal como compensación por los servicios que prestaban en la ejecución. “Los judíos, dice Barclay, tenían cinco artículos de ropa: la túnica interior, la exterior, el cinto, las sandalias y el turbante. Cuatro se las dividieron entre los cuatro soldados, y quedaba la túnica exterior que, en el caso de la de Jesús, estaba tejida de una pieza, sin costura (Jn 19,23-24). El haberla cortado para repartirla habría sido echarla a perder; así es que los soldados se la echaron a suertes a la sombra de la cruz. No les inquietaba el que, a poca distancia, un reo estaba agonizando lenta y horriblemente”. De este modo, durante la Pasión Jesús había sido despojado de todo cuanto tenía: de su libertad con los clavos que lo fijaban al madero; de su honra, al colocarlo entre criminales y al ser burlado y considerado como loco, blasfemo, instigador y revoltoso; de sus amigos por el miedo que los hizo huir de Él; de la paz del alma, al dejar que la asaltaran el tedio, el temor, la tristeza y el abatimiento; de sus cosas, al clavarlo desnudo y repartirse sus pocas pertenencias entre sus verdugos. Hasta su Madre nos entrega en la persona de Juan. Solo se quedó, en esos áridos momentos, con su Padre.

Las vejaciones y burlas (23,35-43)

³⁵ Estaba el pueblo mirando; los magistrados hacían muecas diciendo: “A otros salvó; que se salve a sí mismo si él es el Cristo de Dios, el Elegido”. ³⁶ También los soldados se burlaban de él y, acercándose, le ofrecían vinagre ³⁷ y le decían: “Si tú eres el Rey de los judíos, ¡sálvate!” ³⁸ Había encima de él una inscripción:

“Este es el Rey de los judíos”.³⁹ Uno de los malhechores colgados le insultaba: “¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!”⁴⁰ Pero el otro le respondió diciendo: “¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena?”⁴¹ Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho”.⁴² Y decía: “Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino”.⁴³ Jesús le dijo: “Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso”.

(i) La mayoría de quienes estaban como espectadores ante la cruz amargaban los sufrimientos del Señor. San Lucas menciona tres clases de personas: el pueblo, del que dice “estaba mirando”; los magistrados, que “hacían muecas” y decían “salvó a otros; que se salve a sí mismo si él es el Cristo de Dios, el Elegido”; los soldados quienes “también se burlaban” y “le ofrecían vinagre diciéndole: «Si tú eres el Rey de los judíos, ¡sálvate!»”. Todas estas actitudes son distintas pero cada una hacía más penosa la agonía del Señor. El *pueblo* era un espectador indiferente; sencillamente miraba. No sabía, pues, qué partido tomar. Jesús no les parecía mala persona, y muchos de ellos lo habían proclamado, exultantes, como Mesías; quizá había allí algunos o muchos que habían visto sus milagros o habían sentido hablar de ellos, en particular la resurrección de Lázaro, el más estruendoso de todos. Pero las acusaciones de sus príncipes los habían dejado aturdidos y confundidos. No sabían qué pensar. Y además eran cobardes, como todos los hombres que se diluyen en la masa. Si no hay alguien que los acaudille, no pueden actuar. Pocas horas antes, los enemigos de Cristo habían hecho ulular a los que estaban en el patio del pretorio pidiendo la crucifixión de Cristo; sin estos pocos agitadores, aquella masa quizá no lo hubiera hecho. Ahora no hay nadie que los empuje a pedir algo contra el Señor, porque la sentencia ya ha sido lograda; y no hay nadie que los mueva a pedir clemencia porque ninguno de los que allí están tiene las suficientes agallas como para enfrentar a los enemigos que no dejarán en paz al Señor sino cuando se hayan certificado de su muerte.

(ii) Los *príncipes y magistrados* no solo se burlaban y hacían muecas, sino que lo desafiaban a que se salve a sí mismo de igual modo que salvó a otros. Es probable que este “salvó a otros” algunos

solo lo dijeran irónicamente, no en el sentido de que concedieran veracidad a sus curaciones; pero habría allí algunos que sí eran conscientes de algunos prodigios ciertamente sobrenaturales, en particular la resurrección de Lázaro; esta era patente y no había posibilidades de una falsificación porque ellos mismos habían visto al muerto y lo habían velado. Precisamente la fuerza de este milagro y el peligro de que todos reconocieran a Jesús como el Mesías los había precipitado a decidir dar muerte a Jesús cuanto antes. Se burlan principalmente de la cualidad de Jesús como Elegido, es decir, en parte de su presunto mesianismo y en parte de su presunta filiación divina. Quieren, con sus burlas, herir a Jesús en lo más íntimo, en la conciencia que Él ha manifestado tener de Sí mismo y de su relación con Dios.

(iii) Los *soldados* se hacen eco de estas burlas, en parte repitiéndolas pero según la manera que tenían de comprenderla. Estos entendían que este condenado había pretendido ser rey y por eso lo desafiaban a que se salvase como tal, es decir, mandando a su gente o esperando en ella, puesto que si realmente fuera un rey, los suyos habrían hecho algo por salvarlo. El mismo Jesús había aludido a esta idea en su diálogo con Pilato, aunque san Lucas no la recogió sino que fue san Juan quien testimonió al respecto. Según este, Jesús había dicho al procurador romano: “Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos: pero mi Reino no es de aquí” (Jn 18,36). Pero con esta burla los soldados también han puesto el dedo en la llaga de muchos cristianos: por un rey se combate; al propio rey se lo defiende. Jesús no dice que por la cualidad de su reino (el no ser de este mundo) no se lo deba defender, sino que, al no ser de este mundo, no espera Él ser defendido por poderes humanos, por soldados y súbditos *de este mundo*; no dice que no deba ser defendido por otros. Su reino es de otro mundo, es decir, de otra dimensión: la espiritual, la de las almas, la sobrenatural. ¿Pero no tiene súbditos ese reino? Y esos súbditos, que reconocen a Jesús como Rey, ¿están exentos de defenderlo por el mero hecho de *no pertenecer al mundo*, o más bien están exentos de defenderlo con armas y medios de este mundo... pero deberían hacerlo con los medios propios del mundo al que pertenecen? El que nadie defienda a Jesús con lanzas y espadas demuestra que su reino

no es terreno; pero el que nadie defienda a Jesús *ni siquiera con armas espirituales*, es decir, dando testimonio de Él, de su inocencia, de su pureza, de su fe en Él, dando la cara por Él, asociándose a sus dolores, proclamándolo Mesías e Hijo de Dios a pesar de las consecuencias, defendiendo sus leyes y manifestando su valor al vivir de acuerdo con ellas... todo esto solo indica que sus súbditos somos *cobardes*, no que Él no es nuestro Rey. En su Pasión solo un puñado lo defendió manteniéndose al pie de la cruz. El resto huyó. Abandonó al rey. A lo largo de la historia darían la cara por Él todos los santos y buenos cristianos, especialmente los mártires y los confesores de la fe.

(iv) A pesar de esta cruel actitud, los soldados cumplen con Jesús una obra hasta cierto punto compasiva dándole a beber vinagre. El tormento de la sed era tremendo en aquellos condenados que habían perdido grandes cantidades de sangre y en su agonía se iban desangrando paulatinamente. Los soldados solían llevar consigo una vasija llena de vinagre con la que se refrescaban la boca durante las horas del mediodía. Era, en realidad, una mezcla de agua y vinagre que llamaban “posca”, y la bebían porque calmaba la sed. Quizá no llevaran “posca” solamente para ellos, sino para dar también a los crucificados. Sin darse cuenta, aquel soldado que acercó a los labios de Jesús una esponja empapada en esta posca, cumpliendo ese mínimo acto de clemencia, proclamó ante todos aquellos furiosos enemigos el mesianismo de Cristo, porque dio cumplimiento a la voz profética del Ungido que había anunciado en el Salmo: “En mi sed me abrevaron con vinagre” (Sal 69 [68], 22).

(v) San Lucas añade que sobre la cruz había un *títulus*, es decir, una inscripción que indicaba la causa de la condena (*Titulus damnationis*): “Había encima de él una inscripción: «Este es el Rey de los judíos»”. Los condenados llevaban colgada del cuello una tabla en la que iba escrita con grandes letras la razón por la que se los castigaba con la muerte, y también se podía poner encima de sus cabezas. Pilato hizo escribir en la de Jesús “Este es el Rey de los judíos”. ¿Era quizá una burla hacía Jesús? Más bien parece una ironía contra los que obligaron al Procurador a realizar este juicio contra su voluntad. La presunta realeza del reo era la excusa que habían dado sus acusadores. Pilato sabía que era falso y que la única

motivación era pasional o, por lo menos, entraba en campos que a él se le escapaban. Pero aborrecía a esa caterva de manipuladores y por tanto, se vengó redactando el título del proceso con malicia: en lugar de colocar “Este ha pretendido hacerse rey de los judíos”, puso simplemente “Este es el rey de los judíos”. Así tratando de ofender a aquellos viejos carcamales dijo media verdad (no podemos esperar de un escéptico como Pilato una verdad completa); para que fuera entera debía haber añadido: “Y de los paganos”.

(vi) Una tradición muy antigua sostiene que esta tablilla es la que se conserva en la Basílica romana de Santa Croce in Gerusalemme, mandada construir en la primera mitad del siglo IV por la notable madre del emperador Constantino, santa Elena, para albergar ésta y otras reliquias de la Pasión⁶⁰. Este *títulus*, allí conservado, es un madero de 687 gramos, de 25 centímetros de largo, 14 cm. de alto y 2,6 cm. de espesor, de nogal mediterráneo (*juglans regia*), un árbol que puede llegar a 25 m. y es originario del área del Mediterráneo oriental y de Medio Oriente, muy apreciado en la antigüedad por su resistencia. Se usaba como material de construcción. Por el análisis grafológico muchos expertos han concluido que puede remontarse perfectamente al siglo I d.C. Algunos defienden esto con “absoluta” seguridad, mientras otros son más reticentes o dubitativos. Las pruebas con carbono 14 de los profesores Francesco Bella y Carlo Azzi, de la Universidad de Arizona, publicadas en 2002, dieron por resultado que el trozo de madera ha de datarse entre el año 980 y el 1146, pero la grafía parece corresponder a la usada en los primeros siglos, abandonada (para algunas letras) después del siglo III. Por tanto, o la prueba con el carbono no ha dado resultados adecuados, como ya ha ocurrido en otras oportunidades, o bien, en el peor de los casos, se trata de una copia perfecta del Títulus original mandado escribir por Pilato. Puede haber ocurrido que este, durante las obras medievales de refacción de la basílica, estuviese muy deteriorado y el Cardenal Gerardo, encargado de ellas, mandase hacer la copia exacta para que ese testimonio no se perdiese. O bien, como sostiene la profesora Rigato, para facilitar la lectura del texto se añadió un

⁶⁰ Hesemann, Michael, *Titulus Crucis. La scoperta dell'iscrizione posta sulla croce di Gesù*, Ed. San Paolo, Milano (2000); Rigato, María Luisa, *Il titolo della Croce di Gesù*, Pontificia Università Gregoriana, Roma (2005).

pigmento a la madera, lo que explicaría el error de la datación del carbono 14.

(vii) Jesús estaba crucificado en torno a dos ladrones. Uno de ellos se asoció a los que insultaban a Jesús, agrediendo también él. Le decía: “¿No eres tú el Cristo? Pues ¡sálvate a ti y a nosotros!” Su clamor no es una plegaria ni un grito de auxilio; es una exclamación más bien cargada de resentimiento contra Dios y quizá contra el mismo Jesús (a quien, tal vez, veía como causa del apresuramiento de su propia ejecución). El mal ladrón actúa como todas las personas que en los momentos dramáticos de la vida, en lugar de hacer causa solidaria con quienes sufren como él, reacciona buscando a quien culpar de sus males. El rasgo principal del mal ladrón es el de no hacerse responsable de sus actos, el no aceptar que él está allí por sus propias culpas. En esas circunstancias debía haberse dado cuenta de que admitir la responsabilidad de su propia condena exigía de su parte reconocerla públicamente y pedir, también públicamente, perdón. El mal ladrón agoniza maldiciendo su propia suerte y extremadamente encolerizado con todo el mundo... menos con sus propios pecados. Y canaliza su rabia en Jesús, a quien ve sereno y manso. No puede soportar contemplar a su compañero de destino enfrentar su muerte con mansedumbre; él quisiera que se asociaran en los gritos de rabia y de venganza. Éste es, pues, el sentido que debemos dar a la expresión de san Lucas “se burlaba”; otro no cuadra; en momentos tales, no es precisamente el humor lo que brotaría espontáneamente del alma de este hombre que moría como había vivido. El caso del mal ladrón deja patente que no basta estar cerca o al lado de Cristo para estar en paz con Cristo. “En aquella noche, había dicho Jesús refiriéndose a su segunda venida, dos estarán el mismo lecho: el uno será tomado, y el otro dejado” (Lc 17,34).

(viii) Lo que el mal ladrón no hizo, lo realizó, en cambio, el segundo ladrón allí crucificado. Éste recriminaba no a Jesús sino a su compañero de fechorías por sus blasfemias contra Jesús: “¿Es que no temes a Dios, tú que sufres la misma condena? Y nosotros con razón, porque nos lo hemos merecido con nuestros hechos; en cambio, éste nada malo ha hecho”. Este hombre considera su propia condena como un castigo justo por sus crímenes. Reconoce la gravedad de lo

que ha hecho, comprende la justicia del castigo y la acepta resignadamente. Sin estos tres pasos, no hay arrepentimiento verdadero. No podemos, en efecto, considerarnos contritos si nos falta cualquiera de estas notas. No estamos arrepentidos si no reconocemos el mal de nuestros actos (y no solo interior, sino exteriormente ante quien corresponda hacerlo); ni cuando juzgamos injusto el castigo que nos imponen Dios o los hombres que nos juzgan; ni cuando lo toleramos pataleando. El ladrón arrepentido recupera el sentido de la justicia al momento de su muerte, porque se vuelve capaz de entender la diferencia entre su caso y el de Jesús; del culpable al inocente: “lo nuestro es con razón”; “lo de éste, no, porque no ha hecho nada malo”.

(ix) Y luego se dirige al mismo Jesús: “Jesús, acuérdate de mí cuando vengas con tu Reino”. Jesús, que había callado ante los insultos del malo, le respondió, en cambio, a este hombre que tuvo el tino de ser el único que le rezó, al menos en voz alta, durante la Pasión: “Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Las palabras de este hombre son muy precisas y muy teológicas, y las pronunció varias veces, como lo indica la forma imperfecta del verbo. Las palabras del texto griego (ἐν τῇ βασιλείᾳ σου, *en te basileía sou*), son susceptibles de una doble traducción, pudiendo incluso aludir a la parusía (según Stuhlmueeller): La primera es: “Jesús, acuérdate de mí cuando entres en tu reino”. La segunda: “cuando vengas con regia gloria” (con tu reino), o “dentro de tu reino”, como pone Karris (y que viene a ser lo mismo). La Vulgata lo vertió del primer modo (*cum veneris in regnum tuum*), pero parece preferible el segundo, lo que estaría expresando una venida escatológica de Cristo. El ladrón arrepentido reconoce, pues, a Jesús como Mesías que ha de reinar y refleja una de las interpretaciones rabínicas que relacionaba los días del Mesías con la consumación última escatológica.

(x) Jesús le responde solemnemente: “hoy estarás conmigo en el Paraíso”. Indudablemente, al mostrarse como quien puede disponer de la suerte eterna de los seres humanos Nuestro Señor se revela a este hombre a punto de morir, como quien posee poderes divinos. Por tanto, como más que un profeta y más que un mesías simplemente enviado por Dios: de la salvación eterna solo es dueño

Dios mismo. Jesús le habla de paraíso (παράδεισος, *parádeisos*) porque los judíos identificaban el lugar de las almas justas como “Gran Edén” o “Jardín del Edén”. Jesús actúa, encontrándose Él en trance de muerte, como el libertador de la muerte y de la condenación.

La muerte (23,44-49)

⁴⁴ Era ya cerca de la hora sexta cuando, al eclipsarse el sol, hubo oscuridad sobre toda la tierra hasta la hora nona. ⁴⁵ El velo del Santuario se rasgó por medio ⁴⁶ y Jesús, dando un fuerte grito, dijo: “Padre, en tus manos pongo mi espíritu” y, dicho esto, expiró. ⁴⁷ Al ver el centurión lo sucedido, glorificaba a Dios diciendo: “Ciertamente este hombre era justo”. ⁴⁸ Y todas las gentes que habían acudido a aquel espectáculo, al ver lo que pasaba, se volvieron golpeándose el pecho. ⁴⁹ Estaban a distancia, viendo estas cosas, todos sus conocidos y las mujeres que le habían seguido desde Galilea.

(i) El tiempo transcurre y se suceden otros hechos acerca de los cuales nuestro evangelista guarda silencio para centrarse en los últimos momentos. Nos dice que a eso de la hora de sexta el sol se eclipsó, y se hizo una gran oscuridad hasta la hora de nona. En algún momento de ese lapso “el velo del Santuario se rasgó por medio”. La oscuridad invade la tierra en el momento en que los hombres cometen el pecado más grave de toda su historia: el asesinato de Dios hecho hombre. Hasta la misma naturaleza parece asociarse al luto divino, o al horror por la extrema perversión a la que han llegado los hombres que fueron creados para reflejar la imagen de Dios en sus almas. Aunque san Lucas diga que la oscuridad inundó “toda la tierra”, debe entenderse esta frase en sentido relativo; es la tierra circunstante al crucificado. Parece que todo el cielo se concentra en una indignación sin límites; los pecados de los hombres han llegado al colmo, y si en algún momento la justa ira divina debería descargarse, ese momento es precisamente éste. Pero también en este momento el clamor de Jesús por la misericordia del Padre para con los hombres alcanza su vértice... y el pedido de perdón se hace realidad en la Mano paterna detenida ante el castigo merecido.

(ii) De todos modos, con esta muerte las cosas han de cambiar definitivamente, y por eso san Lucas hace constar que el velo del templo se rasgó de arriba abajo. San Mateo y san Marcos colocan este hecho inmediatamente después de que Cristo expira. San Lucas altera el orden y primero habla de la rotura y luego menciona la muerte. El templo, que es el lugar de la presencia de Dios, realiza el mismo gesto que hiciera el Sumo Sacerdote Caifás para expresar que Jesús había dicho una blasfemia: se rasga las vestiduras. Ahora lo hace Dios mismo, pero ante el verdadero sacrilegio, que ha sido cometido no por Jesús, sino por los hombres sobre Jesús. La cortina del templo ocultaba el “lugar santísimo” (*Sancta Sanctorum*), el Santo de los Santos. Dios, con este gesto, abandona el Templo. Antes solo una vez al año, el Día de la Expiación, penetraba allí el sumo sacerdote. Ahora queda expuesto a las miradas de todos. Puede significar profanación, porque los sacerdotes judíos, y los hombres todos, han roto, profanando, el cuerpo de Dios hecho hombre al matarlo sobre la cruz. Puede significar también que Cristo abre el lugar “exclusivo” para que penetren en él todos los hombres. Ya no habrá una religión privilegiada para los judíos, sino que Dios se hará un pueblo en el que tendrán parte judíos y gentiles, y todos tendrán acceso a lo más íntimo de Dios.

(iii) “Jesús, dando un fuerte grito, dijo: «Padre, en tus manos pongo mi espíritu» y, dicho esto, expiró”. El momento más trágico de la historia es resumido por san Lucas en menos de veinte palabras. Jesús muere pronunciando la oración más bella y sagrada con una voz tan potente que a Lucas parece un fuerte grito. San Lucas es el único que nos refiere esta frase. Un condenado que moría en la cruz, agotado, desangrado y agarrotado por la paulatina paralización de sus miembros, moría cuando ya no tenía más fuerzas ni podía seguir alzándose para respirar como venía haciéndolo (tirando con fuerza con las manos fijadas a los clavos y haciendo presión sobre los clavos de sus pies para levantarse y llegar de aire sus pulmones). El agotamiento lo postraba y moría por lo general de un paro cardio-respiratorio... En tales circunstancias, era casi imposible hablar. De ahí que la oración-grito de Jesús se algo extraordinario y que deje sorprendido al mismo centurión, que habría ya presenciado muchas

muertes por crucifixión. Y Jesús deja para este momento, el supremo, la oración más hermosa, la más confiada, la que corona toda su vida terrena dedicada a amar y cumplir la Voluntad de su Padre: “Padre, en tus manos pongo mi espíritu”. San Lucas dice que Jesús usó una palabra que él traduce al griego con el verbo *παράτιθαι* (*paratíthemi*), que significa encargar, encomendar, depositar, encomendar. La frase está tomada del Salmo 31, mesiánico: “en tus manos mi espíritu encomiendo”; pero Jesús antepone la palabra “Padre”. Estas palabras y este gesto enérgico manifiestan que Cristo muere libremente. Él ya lo había dicho antes de su Pasión: “Nadie me la quita [la vida]; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; esa es la orden que he recibido de mi Padre” (Jn 10,18). Por eso quiere usar ese verbo activo: Yo la deposito, la entrego, la doy... A Jesús la vida no se le escapa, no se le escurre sin que Él pueda impedirlo, como quien muere sin aceptar su muerte. Jesús, sin embargo, no se quita la vida a sí mismo, no se suicida. Son sus enemigos quienes lo matan. Pero Él, como dice un autor, sincroniza su propia voluntad con ese proceso natural del morir, no comportándose como el que muere pateando contra esta realidad tan humana, sino aceptando ese hecho y haciéndolo suyo. Jesús no se limita meramente a aceptarle el morir, sino que Él, como autor de la vida, *autoriza* de algún modo esos procesos naturales. Por eso habla y grita en un momento en que el centurión, por su experiencia, sabe que un crucificado no puede hablar: en el colmo del abatimiento físico; y expira mientras realiza algo que el mismo jefe romano sabe, también por su experiencia, que es signo de que todavía podría seguir viviendo un poco más: cuando aun puede alzarse para respirar y hablar. Esto lo desconcierta y le hace entrever que está ante algo que no es totalmente humano.

(iv) Y Jesús deposita su alma en las Manos del Padre. Y no lo llama solo Dios, sino Padre suyo. Jesús reconoce el Amor infinito del Padre, incluso en la permisión de sus atroces tormentos, que constituyen la mayor injusticia que un Justo ha sufrido y sufrirá en este mundo. Jesús, la Sabiduría divina hecha hombre, no ve ni la menor sombra de injusticia, de abandono, de desinterés, en la permisión divina de su muerte, injustísima y atroz desde el punto de

vista de los hombres. No nos ha dicho, ni aquí ni en ninguna otra parte, cómo se compagina esa permisión del sufrimiento del inocente con el infinito amor de Dios; se ha reservado la luz que despejaría ese misterio, pero ha querido padecerlo Él mismo y declarar en el momento supremo del dolor, la absoluta Inocencia y plena Paternidad de Dios sobre quien padece.

(v) “Y dicho esto expiró”. Ἐξέπνευσεν (*exépneusen*). Del verbo ἐκπνέω (*ekpnéo*), respirar afuera, expirar; es decir: dejó salir su espíritu. Jesús ha muerto. Todo comentario sobra. Deberíamos tan solo permanecer mudos ante este cuadro en el que, ante nuestros ojos, el cuerpo santo de Jesús ya no se agita más, no se mueve, no respira. Su vida es nuestra vida; pero ahora, no está allí, en ese cuerpo. Es un cuerpo muerto, inerte; un cadáver del que la rigidez se va adueñando rápidamente. María Santísima, al ver esto debe haber sentido un dolor también mortal. Sólo la voluntad divina de que continuara viva, ha de haberla mantenido con vida y impidiendo que su amable corazón materno no estallara de dolor en el momento en que el del Hijo se detuvo para no volver a latir con una vida puramente terrena. No hablemos ni discurramos ante este espectáculo. Ya no es tiempo de decir nada, sino de ver y guardar silencio con vergüenza y dolor, porque sabemos bien quiénes son los culpables de este espectáculo y no hay un solo hombre, nacido de mujer, que pueda juzgarse inocente de este crimen.

Las primeras reacciones ante la muerte de Jesús (23,47-49)

⁴⁷ Al ver el centurión lo sucedido, glorificaba a Dios diciendo: “Ciertamente este hombre era justo”. ⁴⁸ Y todas las gentes que habían acudido a aquel espectáculo, al ver lo que pasaba, se volvieron golpeándose el pecho. ⁴⁹ Estaban a distancia, viendo estas cosas, todos sus conocidos y las mujeres que le habían seguido desde Galilea.

(i) Con la muerte de Cristo comienzan a cambiar las actitudes de muchos de los que estaban allí presentes. San Lucas solo menciona las reacciones del centurión y de los curiosos en general. Del primero afirma que “glorificaba a Dios diciendo: «Ciertamente

este hombre era justo»”. Decíamos antes que el grito final de Jesús, revelando toda su energía y autoridad sobre su vida y su muerte, resultaba contrario a la experiencia que el veterano soldado romano se había formado en sus campañas, y por tanto, lo había dejado profundamente perplejo. De todos modos, la expresión “lo sucedido” no se refiere exclusivamente a este gesto final, sino al conjunto de sucesos que conforman el proceso de Cristo. El centurión había sido impresionado por el carácter de Jesús durante toda su Pasión: su serenidad, su inalterado talante misericordioso y perdonador, su hombría frente al dolor, su inmutable confianza filial hacia Dios (la mayoría de los condenados que él habría visto, morían generalmente maldiciendo y blasfemando, como el mal ladrón), su capacidad de consolar y confortar a los que sufren, como hace con el buen ladrón, a pesar de estar Él mismo sujeto a un sufrimiento extremo... Es todo esto, lo que lleva al centurión romano a darse cuenta de que aquí no se cumplen las leyes generales que ha visto plasmadas en los delincuentes ajusticiados por el derecho imperial, ni aún en los inocentes condenados a muerte, los cuales, serían inocentes de sus delitos pero no por eso aceptarían su muerte con serenidad y resignación sino todo lo contrario, en plena rebelión contra una “justicia” arbitraria y absurda. Él se da cuenta de que Jesús no puede ser, de ningún modo, lo que sus acusadores dicen, y que por tanto, su vida está siendo tronchada en plena lozanía como fruto de la envidia, del odio gratuito, y de turbios manejos políticos... Y además ve que en tales circunstancias nadie se ha animado a dar la cara por este inocente; ni siquiera quienes se consideraban sus amigos y discípulos. Y a pesar de eso no ve en Él ningún signo de perturbación moral, ningún destello de desesperación, ningún furor o rabia, ninguna intemperancia ni histerismo. Su conclusión no puede ser otra que la que pronuncia: “este hombre verdaderamente era justo”, es decir, un hombre de Dios.

(ii) San Mateo y san Marcos van más allá y dicen que lo proclama “Hijo de Dios”. Esto no necesariamente significa reconocer la divinidad de Jesús. Puede ser, como afirma algún exégeta, que san Mateo y san Marcos estén refiriéndose a las palabras del centurión no de modo literal sino al sentido general de las mismas, o bien (y lo considero más probable) el soldado concluía así que lo oído a los

sanedritas era mentira. En efecto, había escuchado que estos repetidamente se burlaban de este título (“si eres hijo de Dios...”); pero él veía ahora que Jesús indudablemente era alguien moralmente excepcional, por su inocencia y su santidad; y esto, en su trasfondo pagano y mitológico, se expresaba muy bien con la idea de ser “un hijo de los dioses”. No es necesario que esto implique, pues, un reconocimiento de la divinidad sino de la inocencia y bondad de Jesús. Por eso san Lucas no transcribe la expresión material usada por el centurión sino la idea que este pretendió expresar.

(iii) Y no solo el centurión sino “toda la muchedumbre” que se había acercado a ver ese espectáculo, conmovida por la conducta de Nuestro Señor y las circunstancias maravillosas acaecidas al momento de expirar (las tinieblas y la sacudida sísmica), toma conciencia de haber presenciado y hasta cierto punto haber participado de un crimen nefando. Por eso reaccionan con temor y arrepentimiento: “se golpeaban el pecho”. Tuya supone que estas palabras son una anticipación de lo que ocurriría más tarde, cuando los apóstoles comiencen su predicación, aduciendo que tal arrepentimiento general no se condice con el miedo de los apóstoles, que todavía siguen ocultándose “por miedo a los judíos”. Pienso, sin embargo, que puede entenderse tal como lo relata aquí san Lucas, porque la alusión al “temor a los judíos” es de san Juan (Jn 20,19), quien se refiere propiamente a las autoridades judías, las que mantendrán su encono hacia Cristo indefinidamente, más endurecidas todavía después de su muerte en la cruz; en cambio, la expresión lucana “toda la gente”, es una generalización que debemos entender referida a “muchos” de los que asistían a estos solemnes momentos, entre los que no se contaban sus más enconados enemigos. De estos dice, por el contrario, san Ambrosio: “Oh corazones de los judíos, más duros que las rocas! El juez rehúsa, el ministro cree, el traidor castiga su propio delito suicidándose, los elementos se alborotan, la tierra tiembla, los sepulcros se abren; y después de todo, la dureza de los judíos permanece inmóvil, en medio del universal trastorno”.

(iv) San Lucas dice que estaban, si bien alejados, todos los conocidos de Jesús: “Estaban a distancia, viendo estas cosas, todos sus conocidos y las mujeres que le habían seguido desde Galilea”.

Nuevamente este “todos” debe entenderse como “muchos”. Se mantenían a distancia, en parte por temor, pero también porque era lógico que los guardias no permitieran a nadie acercarse demasiado al condenado, ya que podían intentar alguna acción alocada. Quizá a esto se refería el Salmista al decir: “Has alejado de mí a mis conocidos, me has hecho para ellos abominable” (Sal 88 [87], 9). O: “Mis amigos y mis compañeros se alejan por mis llagas, y mis vecinos se quedan lejos” (Sal 38 [37], 12). Pero el evangelista distingue como dos clases distintas de personas: “todos sus conocidos” y “las mujeres que lo habían seguido desde Galilea”. Ante todo, ¿quiénes eran “sus conocidos”? El grupo de los discípulos era mucho más amplio que el selecto núcleo de los Doce. Es probable que entre estos conocidos se contaran gente beneficiada de sus milagros, discípulos propiamente dichos del Señor, algunos simpatizantes que no se habían determinado a seguirlo, y ¿por qué no? algunos apóstoles, que mirarían angustiados, desde lejos, camuflados entre la multitud y atenazados por el miedo. Están allí, pero no se animan a hacer nada por su Maestro.

(v) En cuanto a las mujeres, san Lucas no da nombres, pero san Mateo y san Marcos mencionan “entre ellas” a María Magdalena, María la madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo (Mt 27,56). Ninguno de los tres sinópticos, menciona a María, ni dice que Ella estuviera junto la cruz. Lo sabemos, sin embargo, por san Juan. El cual da a entender, a las claras, que estaba lo suficientemente cerca como para que Jesús le hablara y le dictara sus últimas determinaciones para Ella y para el mismo Juan, que la acompañaba: “Mujer, he ahí a tu hijo”; “Hijo, he ahí a tu Madre”. No sé por qué los sinópticos no mencionan la presencia de María, y no he encontrado ninguna explicación plausible de este silencio, que debe obedecer, sin embargo, a alguna razón importante. Razón que no perduraría ya cuando Juan escribe su relato y decide completar este vacío. Lo cierto es que todos estos, unos más cerca y otros más lejos, serán los testigos privilegiados de la Pasión. La pequeña Iglesia que comienza a reunirse en torno a la Cruz.

Sepultura (23,50-56)

⁵⁰ Había un hombre llamado José, miembro del Consejo, hombre bueno y justo, ⁵¹ que no había asentido al consejo y proceder de los demás. Era de Arimatea, ciudad de Judea, y esperaba el Reino de Dios. ⁵² Se presentó a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús ⁵³ y, después de descolgarle, le envolvió en una sábana y le puso en un sepulcro excavado en la roca en el que nadie había sido puesto todavía. ⁵⁴ Era el día de la Preparación, y apuntaba el sábado. ⁵⁵ Las mujeres que habían venido con él desde Galilea, fueron detrás y vieron el sepulcro y cómo era colocado su cuerpo, ⁵⁶ Y regresando, prepararon aromas y mirra. Y el sábado descansaron según el precepto.

(i) Recién en este momento, una vez muerto Jesús, uno de sus discípulos da la cara por Cristo. Se trata de José de Arimatea, quien ponía mucho en juego con su gesto, mostrándose con evidencia amigo de Jesús. Este José era natural de Arimatea o Arimatháia o Harimatháia, una aldea de Judea. No se ha podido identificar con certeza el sitio. Se ha sugerido que puede tratarse de Ramá, o Ramat, o Ramataim o Ramataim de Zofim. Lo cierto es que era un hombre noble y miembro del sanedrín, por lo que san Lucas afirma que no había adherido al proceder de la mayoría de los sanedritas que habían condenado a Jesús, dándonos a entender que la decisión de los dirigentes religiosos contra Jesús no fue unánime. Era, además, un hombre “bueno y justo” y que “esperaba el Reino de Dios” predicado por el Señor, por tanto, era discípulo de Cristo. El derecho romano ordenaba que los ajusticiados por los romanos no fueran sepultados sino con permiso de las autoridades competentes. José debía, además, superar tres obstáculos: el primero era su falta de parentesco con Jesús, por lo que al pedir su cuerpo se delataba como discípulo suyo. Lo segundo es que, aun cuando Pilato supiera que las acusaciones eran calumniosas, Jesús había sido condenado por delitos de sedición contra Roma, lo que podía hacer de José no ya un simple discípulo sino un cómplice o un secuaz de un sedicioso. El tercero, y más delicado, es que con este gesto se atraía ineludiblemente la furia de sus implacables compañeros sanedritas. Pero a pesar de todo esto, José no se arredra y pide el cuerpo,

saliendo de garante de la inocencia de Jesús (porque al no temer quedar involucrado manifiesta que está convencido de su inocencia). Resulta, en efecto, admirable que, a pesar de las dificultades jurídicas, Jesús recibía una sepultura honorable, lo que pone de manifiesto que Pilato tenía cola de paja por lo que había hecho, aunque no tanta, porque nunca se había caracterizado por tener una conciencia escrupulosa.

(ii) Obtenido el permiso de Pilato, José con ayuda de algunos otros discípulos que también parecieron despertarse una vez concluida la tragedia —san Juan nos habla de Nicodemo— bajaron el cuerpo de Nuestro Señor y lo envolvieron en una sábana (σινδών, *sindón*) y luego lo colocaron en un sepulcro nuevo (“donde nadie había sido puesto todavía”). En realidad el cadáver debía ser lavado (Hch 9,37) y espolvoreado con flores y ungüentos especiales. Sobre el cuerpo de Jesús derramaron las especies aromáticas, como afirma san Juan, pero ninguno de los evangelistas dice explícitamente que fuera lavado, aunque podría entenderse bajo la expresión genérica de san Juan: “conforme a la costumbre judía de sepultar”. Pero si el hombre de la Síndone de Turín es Jesús, de lo que personalmente estoy convencido, las manos piadosas que lo prepararon para la sepultura no hicieron tiempo a lavarlo, pues las manchas de sangre están todavía presentes en ese venerable lienzo como testimonio del dolor del Varón de Dolores.

(iii) Todo esto debieron hacerlo apresuradamente, lo que explica el rito a medias, porque “era el día de la Preparación, y apuntaba el sábado”. El sexto día recibía ese nombre porque era la preparación del sábado; el título surgió de la necesidad de preparar los alimentos y todo lo necesario para el sábado, día de descanso total. Aparentemente al principio se aplicaba la expresión solo a la tarde del sexto día pero más tarde pasó a designar el día entero. San Lucas dice que “estaba para lucir el sábado” (ἐπιφώσκει, *epifosko*, viene de *epi*, sobre, y *fos*, luz y significa brillar sobre, o hacerse claro). Probablemente se decía así al atardecer en que comenzaba el sábado por la costumbre judía de encender la “lámpara del sábado” con especial abundancia de luminarias. Esas antorchas que se encienden en las casas anuncian el día de reposo que indican que ya no puede continuarse ningún trabajo. Por eso la sepultura de Jesús

fue apresurada y a medias, con la intención de completarla después del descanso sabático, y las mujeres, sin poder tributar todos los honores fúnebres al amado cuerpo del Maestro, se limitaron a algunos gestos provisorios y observaron detenidamente dónde era colocado Jesús, después de lo cual se volvieron a donde estaban morando y allí “prepararon aromas y mirra” para los ritos definitivos. Luego de esto “descansaron el sábado según el precepto”. El detalle lucano de la atenta observación de las mujeres tiene una finalidad apologética evidente, porque serán ellas las primeras en constatar la ausencia del cuerpo de Cristo del lugar donde lo habían visto depositado.

(iv) El cuerpo de Jesús fue colocado en el sepulcro de José de Arimatea, que era nuevo; nadie lo había usado antes. Santo Tomás dirá, en su *Comentario al Evangelio de San Juan*, que quien había nacido de una Madre virgen no podía ser recibido sino por una tumba virgen (“ut sicut in utero Mariae nemo ante eum, nemo post eum fuit, ita et in hoc monument”, para que así como en el útero de María nadie antes de él y nadie después de él [estuvo presente], así también en este sepulcro). Dios descansó el séptimo día, al terminar la Creación. Jesús también descansó el séptimo Día después de haber concluido la Redención.

RESURRECCIÓN DE CRISTO

Las mujeres en el sepulcro (24,1-11)

¹ El primer día de la semana, muy de mañana, fueron al sepulcro llevando los aromas que habían preparado. ² Pero encontraron que la piedra había sido retirada del sepulcro, ³ y entraron, pero no hallaron el cuerpo del Señor Jesús. ⁴ No sabían qué pensar de esto, cuando se presentaron ante ellas dos hombres con vestidos resplandecientes. ⁵ Como ellas temiesen e inclinasen el rostro a tierra, les dijeron: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? ⁶ No está aquí, ha resucitado. Recordad cómo os habló cuando estaba todavía en Galilea, diciendo: ⁷ «Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores y sea crucificado, y al tercer día resucite». ⁸ Y ellas recordaron sus palabras. ⁹ Regresando del sepulcro, anunciaron todas estas cosas a los Once y a todos los demás. ¹⁰ Las que decían estas cosas a los apóstoles eran María Magdalena, Juana y María la de Santiago y las demás que estaban con ellas. ¹¹ Pero todas estas palabras les parecían como desatinos y no les creían.

(i) San Lucas no habla de la unción provisoria y apurada que se hizo al momento de la deposición del cuerpo en el sepulcro con los aromas traídos por Nicodemo. Todo se realizó apresuradamente por las razones ya expuestas, y la labor de la unción, sagrada para aquellas discípulas fieles, estaba incompleta. Por eso, ni bien termina la prohibición sabática de trabajar, se ponen en camino. Era, pues, el primer día de la semana, nuestro domingo, y muy de mañana, lo que significa entre las últimas tinieblas y la primera luz del día que solo comenzaría a alumbrar al llegar cerca del lugar de la sepultura.

(ii) Fiel al estilo que ya le hemos visto, san Lucas simplifica las escenas que se suceden en esa mañana, cuya compaginación desvelan aun hoy a los exégetas que creen en su historicidad (los que piensan que son tradiciones recogidas por los evangelistas pero no exactas históricamente se hacen poco o ningún problema). Como ya hice anteriormente, también aquí me propongo comentar estrictamente a san Lucas, sin preocuparme por la cuestión sinóptica, por lo que solo tomaré datos de los otros escritores sagrados cuando lo considere estrictamente necesario.

(iii) Las mujeres iban al sepulcro “habiendo preparado ya los aromas”. La preparación había tenido lugar esa misma madrugada; incluso María Magdalena se había demorado en los aprestos, razón por la cual san Juan relata su encuentro con Cristo como sucedido en un momento posterior a la de las primeras mujeres. Lucas, entonces, resume y superpone varias de estas apariciones, con el propósito de transmitir solo los hechos esenciales. Por tanto, no llegaron todas juntas aunque todas salieron más o menos al mismo tiempo del lugar (o los lugares) donde pernoctaban.

(iv) Tampoco se nos habla de sus cavilaciones y temores durante el camino sino que al llegar se encontraron con que “la piedra había sido retirada del sepulcro”. El evangelista no menciona los guardias que podrían estar o no estar, porque según san Mateo estos quedaron como petrificados en el momento en que se corrió la piedra y apareció un ángel sentado en lo alto de ella... Luego tan solo añade que mientras estas corrían a avisar a los apóstoles, ellos iban a avisar a los sumos sacerdotes. Puede ser, pues, que ya hubieran salido cuando ellas llegaron pero sin ir directamente a ver a Caifás, pues habrán deliberado un rato sobre qué hacer y cómo presentarles las cosas a sus empleadores para que no los acusaran de haber sido negligentes en su guardia. En cuanto a la piedra, estaba, ésta, girada a un lado por la canaleta que le serviría de guía para moverla a un lado y al otro, según vemos en otros ejemplos sepulcrales palestinos, dejando descubierta la entrada baja a la antecámara, si es que el sepulcro donde pusieron al Señor tenía las características generales de las sepulturas de las clases pudientes (como es de suponer, perteneciendo, ésta, a un miembro ilustre del sanedrín, José de Arimatea). Las mujeres se adentraron, pues, en este recinto que hacía de vestíbulo y luego en la parte más interior donde habían visto depositado el cadáver tres días atrás, “pero no hallaron el cuerpo del Señor Jesús”.

(v) San Lucas dice que las mujeres “no sabían qué pensar de este asunto”. Es probable que esto quiera decir que habían vuelto a salir y fuera del sepulcro discurrieran sobre lo que habría ocurrido, con congoja y tristeza. En ese momento se presentaron, de improviso, “dos hombres con vestidos resplandecientes”. Podría ser que también esta aparición ocurriera dentro del sepulcro. Se trata

evidentemente de dos ángeles, pero tenían apariencia de varones. Su naturaleza angélica se revela en sus vestiduras “resplandecientes” (αστραπτουσαις –*astraptousais*– relampagueantes o fulgurantes como un rayo). El carácter sobrenatural de esta aparición también se evidencia en la reacción de las mujeres que no es de pavor, lo que las habría petrificado impulsándolas a huir (como ocurrió de hecho con los soldados según Mt 24,4: ἐγένοντο ὥσεί νεκροί –*egúenonto hosei necroi*– se volvieron como muertos), sino un temor respetuoso que las empuja a inclinarse rostro en tierra.

(vi) Ellos, animándolas, les preguntan: “¿por qué buscáis entre los muertos –es decir, *en un cementerio*– al viviente (τὸν ζῶντα, *ton zonta*)? No está aquí, ha resucitado”. ἀλλ’ ἤγέρθη (*all’egérthe*), del verbo ἐγείρω (*egéiro*), levantarse, resucitar (literalmente significa alzarse del sueño, de estar sentado o acostado, de la enfermedad, de la muerte; o figurativamente de la oscuridad, inactividad, ruina, no existencia). “Todavía hay muchos que buscan a Jesús entre los muertos”, comenta con justeza Barclay. Lo buscan entre los muertos los que lo consideran, con admiración ciertamente, un héroe, un modelo, un profeta, un iluminado, un gran líder religioso, un visionario, un revolucionario social, un... *hombre grande, muy grande, pero solo un hombre*. Jesucristo no está entre los “*solamentehombres*”; ese es el reino de los muertos que solo Él, el *Dios-Hombre* puede transformar en reino de *vivientes*, siendo, como es, el *Primogénito* de los resucitados.

(vii) Y añaden: “recordad cómo os habló cuando estaba todavía en Galilea diciendo: «Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado... y sea crucificado, y al tercer día resucite»”. Y “ellas recordaron”. El verbo μνησκω (*mimnésko*) es traer a la mente, pero en san Lucas tiene un sentido profundo, que incluye el actualizar en el presente, con una visión y fuerza renovada. Las mujeres no solo recordaron materialmente las palabras del Señor, sino que las *entendieron* a la luz de los acontecimientos que estaban viviendo, y estas cobraron así una profundidad y una claridad que no poseían, para ellas, anteriormente. Tiene, además, un sentido de *actualizar* algo pasado; y así la usa la Virgen en su cántico: “acordándose (μνησθῆναι, *mnesthenai*) de la misericordia” (Lc 1,54); y también Zacarías: “recordando su santa alianza” (Lc 1,72). Cuando es Dios el

que se acuerda, significa que *actúa* como antaño, las maravillas que antes obraba con los hombres, o que *cumple* lo prometido. Cuando los hombres nos acordamos de lo prometido o predicho por Dios, *entendemos el sentido pleno* que tenían sus anuncios o promesas. Ese “recordad” en boca de los ángeles significa, pues, por un lado: “*creed* al que ha dado cumplimiento a sus profecías”; por otro: “*comprended* ahora lo que querían decir sus palabras”; y, finalmente: “no dudéis en delante de sus promesas y no os quedéis solo con el sentido superficial de sus palabras”.

(viii) Ellas, regresando del sepulcro hacia donde se encontraban los apóstoles y los demás discípulos, “anunciaron todas estas cosas”. Según algunos exégetas, por ejemplo, Karris, el término ἀπαγγέλλω (*apangéllo*), que literalmente significa anunciar, avisar, contar, hacer saber..., queda muy flojo si se lo traduce solamente como “contaron” o “relataron”. Porque ha tomado ya una connotación especializada como *anuncio de la resurrección*. Las mujeres propiamente *proclaman*, pues, que Jesús ha resucitado apelando a lo que ellas han visto y oído. Es una proclamación de fe. Ellas creen en la resurrección del Señor y la anuncian, la predicán, a los Once y a los demás hermanos. Esto es, no *opinan* ni *relatan* sino que declaran con determinación que Jesús ha resucitado... como harán los que más tarde deberán sufrir por proclamar y defender hasta la sangre esta misma verdad.

(ix) Finalmente san Lucas indica quiénes fueron estas primeras anunciadoras de la verdad de la resurrección: “eran María Magdalena, Juana y María la de Santiago y las demás que estaban con ellas”. No dice el evangelista que todas fueran testigos de las mismas apariciones, como sabemos por los otros escritores sagrados. De hecho María Magdalena iría más tarde al sepulcro y vería a Cristo sola; pero su testimonio tendría la misma suerte que el de sus otras compañeras. Porque, en efecto, “todas estas palabras les parecían [a los apóstoles y discípulos] como desatinos y no les creían”. Los nombres de las mujeres no es solo un homenaje a ellas, sino que posee un valor histórico inestimable. Los evangelistas nunca se limitan a decir “unos”, “algunas”, “ciertos”... sino que dan nombres sabiendo que algunos o muchos de sus lectores pueden recabar información de esas mismas personas o de sus parientes (en algunos

casos, hijos o nietos). Son, pues, garantía de la veracidad de lo transcrito en sus relatos. En este caso se trata de mujeres muy conocidas en la primera comunidad de cristianos; Lucas mismo ha ya hablado de María Magdalena, de quien había expulsado el Señor siete demonios, de Juana (de quien dice en Lc 8,3 que era esposa de Cusa, procurador de Herodes), María “la de Santiago” es la “madre de Santiago y José” que menciona san Mateo (Mt 27,56). San Marcos añade a María Salomé (Mc 16,1).

Pedro va al sepulcro (24,12)

¹² Pedro se levantó y corrió al sepulcro. Se inclinó, pero sólo vio los lienzos y se volvió a su casa, maravillado por lo sucedido.

(i) Aunque fueron muchos los que escucharon a las mujeres, casi ninguno se movió para ir a ver qué es lo que realmente había sucedido. ¡Porque *algo* tenía que haber ocurrido o no se explicaría la agitación que estas traían! Solo Pedro (con la compañía de Juan, según el cuarto evangelio) corrió a ver la escena. La razón por la que el resto ni siquiera se allegó al sepulcro, no se debía a la desidia ni a que pensaran que las mujeres inventaran todo. Puede ser que creyeran que ellas alucinaban en cuanto a lo de los ángeles que les habían hablado de la resurrección del Señor, pero aceptarían que alguien había removido la piedra y el cuerpo de Jesús había desaparecido. Justamente supondrían que serían los enemigos de Señor quienes habrían tomado el cuerpo. Esto pensó, de hecho, la Magdalena, según san Juan, al encontrar la tumba vacía. Por tanto, si no iban era por miedo. Además, si bien san Lucas no los menciona, sabemos por san Mateo que los sumos sacerdotes habían puesto sobre la entrada de la tumba “sus sellos” (Mt 27,66), por lo que la entrada no podía girarse sin romperlos. De ahí que la piedra no pudiese ser removida sin expresa autorización de los que la sellaron, sin correr el riesgo de ser acusados de intentar robar el cuerpo... ¿Quién se hubiese atrevido, pues, a andar por esos lugares, si de veras el cuerpo había desaparecido, corriendo el riesgo de ser acusado de autor de la acción?

(ii) Pero Pedro se levantó y fue corriendo. Parece tratarse de una decisión personal, pues no se alude a se pusieran de acuerdo entre todos en que fueran uno o dos a observar el terreno. Y fue corriendo, como testimonia aquí san Lucas, y también san Juan. Lo hizo con el mismo ímpetu e independencia con que había proclamado su fidelidad a Cristo en la Cena, y desenvainado su espada en el huerto, y entrado en la casa del Sumo Sacerdote mientras juzgaban al Señor...

(iii) Si nos atenemos al texto de san Lucas, Pedro parece haberse solamente asomado a la tumba. Según san Juan, en cambio, Pedro “entró”, pero esto podría referirse a la antecámara o atrio. De hecho, si había un poco de luz, no hacía falta sino asomarse, inclinándose, porque las entradas eran bajas, para constatar que allí no había cuerpo alguno. ¿Qué vio Pedro? San Lucas dice ὀθόνια, *othónia*. La mayoría de las traducciones, influenciadas, según refiere algún estudioso, por una equívoca versión francesa, usan la expresión *las vendas*. Pero este término, en español corresponde a tiras, por lo común de lienzo, gasa, etc., que sirven para sujetar los apósitos aplicados sobre una llaga, contusión, etc. Nuestro Señor, sin embargo, fue envuelto en una síndone (σινδών: Lc 23,53), es decir, una sábana rica de lino; además, en su cabeza llevaba un sudario (Jn 20,7), probablemente sujetando la mandíbula para que la boca no quedara abierta (como se dice de Lázaro en Jn 11,44: “atado alrededor –περιεδεδετο, *periededeto*– del rostro un sudario [σουδάριον]”). No debe descartarse que el cuerpo también estuviera atado con “vendas” o “fajas” propiamente dichas (en griego κειρίαις, *keiríais*) que sujetarían la síndone al cadáver a la altura de los hombros y de los pies, aunque no se mencionan en el relato del entierro de Jesús pero sí en el de Lázaro (“salió el muerto, atado de pies y manos con vendas [κειρίαις, *keiríais*]”: Jn 11,44). Por tanto las *othónia* que vio Pedro no son las vendas o fajas, sino aquello con que había sido envuelto el cuerpo de Jesús, que es la síndone. Y en efecto, ὀθόνιον (*othónion*) se deriva de ὀθόνη (*othónē*) que significa según Strong “tela de lino”, “lienzo”, o Tuggy “lienzo grande” (es la palabra que designa el gran lienzo o mantel que vio Pedro descender del cielo en Hch 10,11 y Hch 11,5), Vine dice que “denotaba primariamente lino fino, más tarde, un lienzo”, y Swanson lo refiere

a “sábana de lino”. Por eso san Juan dice que “lo envolvieron ὀθονίοις (*othoníois*)”, “en lienzos” (Jn 19,40), y ciertamente Jesús no fue envuelto en vendas como las momias egipcias sino en una síndone, como dice san Lucas (ἐνετύλιξεν αὐτὸ σινδόνι: Lc 23,53). De ahí que San Jerónimo en la *Vulgata* traduzca correctamente al latín lo visto por Pedro como “linteamina”, es decir, lienzos, ropa de lienzo, tela, y no con la palabra que emplea cuando quiere referirse a las vendas propiamente dichas, por ejemplo, las que ataban los pies y las manos de Lázaro: “instita” (“ligatus pedes et manus institis”: Jn 11,44), término ya usado con sentido de faja o venda por Scribonio, o como tira de tela por Statio.

(iv) Pero la mirada de Pedro era aún terrena y no comprendió lo que esto significa. “Se volvió a su casa maravillado por lo sucedido”. El efecto sobre Pedro es la “maravilla”. Θαυμάζω (*thaumázo*) significa maravillar, admirar, extrañar, asombrar, sorprender. Lo que ve dispara su aturdimiento; no despeja, ciertamente, sus dudas, pero tampoco las inclina hacia la hipótesis del robo del cuerpo. La “estupefacción” de Pedro expresa más bien la imposibilidad de explicar algo que parece inexplicable. Es probable que sus cavilaciones se daban no solo a la ausencia del cuerpo, que podría entenderse si los guardias, a instancias de los sacerdotes, lo hubieran sacado, sino a la posición de los *othónia*. Ante todo, porque están allí, y lo lógico es que uno no se lleve un cadáver desnudándolo previamente, sino cubierto. Y sobre todo por el modo en que Pedro los ve; pero de esto Lucas no nos dice nada y el modo en que lo describe san Juan, que es quien más se explaya, es objeto de discusión. Siguiendo a algunos autores, me resulta más lógico suponer que Pedro vio los *othónia* tal como estos estaban cuando envolvían el cuerpo de Jesús, pero *sin el cuerpo de Jesús*, desinflados, sin el cuerpo dentro, como si este se hubiera evaporado. Esto sí que sería motivo de grande asombro.

Los discípulos de Emaús (24, 13-32)

¹³ *Aquel mismo día iban dos de ellos a un pueblo llamado Emaús, que distaba sesenta estadios de Jerusalén,* ¹⁴ *y conversaban entre sí sobre todo lo que había pasado.* ¹⁵ *Y sucedió que, mientras ellos*

conversaban y discutían, el mismo Jesús se acercó y siguió con ellos;¹⁶ pero sus ojos estaban retenidos para que no le conocieran.¹⁷ Él les dijo: “¿De qué discutís entre vosotros mientras vais andando?” Ellos se pararon con aire entristecido.¹⁸ Uno de ellos llamado Cleofás le respondió: “¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?”¹⁹ Él les dijo: “¿Qué cosas?” Ellos le dijeron: “Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo;²⁰ cómo nuestros sumos sacerdotes y magistrados le condenaron a muerte y le crucificaron.²¹ Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel; pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó.²² El caso es que algunas mujeres de las nuestras nos han sobresaltado, porque fueron de madrugada al sepulcro,²³ y, al no hallar su cuerpo, vinieron diciendo que hasta habían visto una aparición de ángeles, que decían que él vivía.²⁴ Fueron también algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron”.²⁵ El les dijo: “¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los profetas!²⁶ ¿No era necesario que el Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria?”²⁷ Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras.²⁸ Al acercarse al pueblo a donde iban, él hizo ademán de seguir adelante.²⁹ Pero ellos le forzaron diciéndole: “Quédate con nosotros, porque atardece y el día ya ha declinado”. Y entró a quedarse con ellos.³⁰ Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando.³¹ Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su lado.³² Se dijeron uno a otro: “¿No estaba ardiendo nuestro corazón dentro de nosotros cuando nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?”^{33a} Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén”.

(i) San Lucas, que se concentra en pocos hechos postpascuales pero sumamente significativos, dedica un amplio espacio a esta aparición de Jesús resucitado que revela tantos aspectos de este misterio. Esta es la historia de dos discípulos, de quienes el evangelista ha conservado solo el nombre de uno, llamado Cleofás. No sabemos de este, con certeza, nada fuera de cuanto encontramos en este relato. Algunos sugieren que es el mismo

Clopás, marido de una de las mujeres que estuvo junto a la Cruz (Jn 19,25: María la de Clopás). También se dice que este último nombre, Clopás, es la transliteración griega de un arameo Alphaeus, lo que se basa en la identificación que algunos hacen de esta María *he tou Klopa* (la de Clopas) con María la madre de Santiago (Mc 15,40) que era esposa de Alfeo. Pero en realidad, hay ciertas dificultades lingüísticas para identificar los dos nombres, por lo que la duda persiste. Del otro sabemos menos todavía.

(ii) Se dirigían a una aldea (κώμη, *kóme*, que significa aldea o pueblo pequeño), cuyo nombre era, según san Lucas, Ἐμμαοῦς, *Emmaoús*. Se ha discutido mucho sobre la correcta ubicación topográfica de este sitio, habiendo tres lugares que se disputan el honor de ser el Emaús aquí mencionado. El problema aumenta por el hecho de que algunos manuscritos ponen que distaba “sesenta estadios” (unos once kilómetros) y otros “ciento sesenta estadios” (unos treinta kilómetros). Quienes se inclinan por la primera lectura –sostenida por más códices– identifican la aldea como el actual El-Qubeibe; los de la segunda, con el actual Amwas, que se encuentra a treinta y dos kilómetros de Jerusalén. Tanto las razones que alegan los defensores de un lugar, como las de aquellos que patrocinan el otro, tienen su peso, por lo que no tiene sentido optar en este tan humilde trabajo por uno o por otro.

(iii) La razón por la cual se volvían a su aldea no queda clara en el texto. Algunos suponen que eran discípulos de Jesús, pero que no siempre estaban con él; habían peregrinado para cumplir los ritos de la Pascua, y habiendo terminado se volvían a su pueblo. Pero también hay una cierta decepción en sus palabras respecto de aquello que ellos esperaban del Señor, por lo que es posible que su estancia en Jerusalén se debiera también a la presencia allí del Señor, y su alejamiento a la tristeza causada por los aciagos acontecimientos de los días pasados. Ellos se *alejaban* de Jerusalén, y con esto hacían algo de mucho peso, pues de algún modo *dejaban atrás a Jesús*. Continuaban guardándole cariño y respeto, pero era algo que *ya había pasado*. Iban conversando precisamente sobre estas cosas a lo largo del camino.

(iv) En un momento del camino Jesús mismo se les acercó. San Lucas dice que sus ojos *εκρατουντο* (*ekratounto*), del verbo

κρατέω (*kratéo*) que significa agarrar, retener, aferrar. Es decir, sus ojos estaban “aferrados”, obstaculizados, para que no lo conocieran. No es necesario entender la frase como efecto de una acción sobrenatural, como si Dios aferrase los ojos de los discípulos para que no reconocieran a Jesús. Bien podría atribuirse a la nueva cualidad gloriosa del cuerpo resucitado del Señor: “El cuerpo de Cristo resucitado tuvo la misma naturaleza, pero una gloria distinta...; cuanto pertenece a la naturaleza del cuerpo humano, estuvo íntegramente en el cuerpo de Cristo resucitado”⁶¹. De ser así, el hecho de que después sí lo reconocieran respondería, entonces, a factores *afectivo-sobrenaturales*: María lo identifica *en el modo en que pronuncia su nombre*, los discípulos *en el modo de partir el pan y en el efecto de sus palabras sobre sus corazones mientras iban de camino*, Tomás en la *palpación de sus llagas*, Juan, desde la barca, lo percibe por... ¿cierta connaturalidad? ¿Estará ligado, pues, a los “sentidos espirituales” de los que habla la mística? Esto parece deducirse de lo que dice Juan a propósito del episodio de Tiberíades: “Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle: “¿Quién eres tú?”, sabiendo que era el Señor” (Jn 21,12). Lo sabían, pero no por lo que veían. Si sus ojos le hubieran mostrado a Jesús tal como ellos lo habían visto día a día durante tres años, no habría necesidad alguna de hacer esta observación. Si la explicación tiene que ver con estos sentidos espirituales, entonces debemos pensar que aun manteniendo la sustancia corporal *individual*, “esta misma carne y estos mismos huesos”, la gloria del alma se desborda en el cuerpo produciendo una transformación que hace titubear a los ojos, pero no al corazón transformado por la gracia y la fe.

(v) De todos modos, nada impide que también pueda entenderse como efecto de una acción positiva de Dios. Ser “cuerpo glorioso”, explica Santo Tomás, es “ser espiritual, es decir, el estar sujeto al espíritu”, lo que significa, según el mismo Aquinate, tener “el poder de ser visto cuando quiere, y de no ser visto cuando no le place”, lo que pertenece a Cristo no solo por ser cuerpo glorioso resucitado sino, además, por su divinidad, “a la que compete hacer

⁶¹ Santo Tomás, *Suma Teológica*, III, 54, 3.

que dejen de ser vistos, por vía milagrosa, incluso los cuerpos no gloriosos”⁶².

(vi) Jesús, pues, se introduce en su conversación dándoles la impresión de no comprender las cosas que les ha escuchado decir mientras se les acercaba. Ante esto, ellos “se pararon con aire entristecido”. Es curioso este detalle que denota cierta perplejidad y contrariedad de los caminantes con este peregrino que ha estado en Jerusalén contemporáneamente a ellos, pero parece haberse mantenido ignaro de los hechos que han conmocionado y revolucionado toda la ciudad. Por eso la pregunta de Cleofás: “¿Eres tú el único residente en Jerusalén que no sabe las cosas que estos días han pasado en ella?” Jesús insiste en darles pie para que descarguen sus corazones: “¿Qué cosas?”

(vii) La explicación de Cleofás tiene dos partes. En la primera refiere en tres grandes ideas lo concerniente a Jesús; en la segunda aporta dos datos de los eventos postpascuales interpretados a su manera. De Jesús, a quien califica como “el Nazareno”, habitante de Nazaret, dice, ante todo, que “fue profeta”, “poderoso en obras y palabras”, aludiendo a sus milagros y a sus predicaciones; “delante de Dios y de todo el pueblo”. En segundo lugar, refiere los hechos de su condena, sin emitir ningún juicio sobre la justicia o injusticia de la misma, tal vez por prudencia ante ese personaje al que están viendo por vez primera: “nuestros sumos sacerdotes y magistrados le condenaron a muerte y le crucificaron”. Lo notable es que ellos repiten casi textualmente lo que seguramente habían oído repetir varias veces al Señor *a modo de profecía* de su próxima muerte, y aun reconociéndolo profeta... no se dan cuenta, ni conceden valor al cumplimiento de cuanto Él había dicho al respecto. ¿Por qué sus discípulos no conservaban en sus corazones ni meditaban las palabras de Jesús referentes al desenlace de su vida, si Él había sido tan claro respecto del trato que recibiría de los sacerdotes y ancianos de Israel y de su condena a muerte? Es probable que nunca hayan comprendido el sentido de verdadero *anuncio* que tenían tales expresiones en boca de Jesús, sino, más bien, como si fueran *temores infundados del Señor*... Por eso Pedro

⁶² Santo Tomás, *Suma Teológica*, III, 54, 1 ad 2,

había tratado, con buena intención pero erróneo tacto, de disipar esos “temores” del alma de su Maestro, recibiendo tan fuertes reprimendas de parte de Éste por desempeñar con Él el papel de adversario de la cruz (cf. Mt 16).

(viii) La tercera cosa que dicen de Jesús es que ellos habían puesto en Él sus esperanzas liberadoras: “Nosotros esperábamos que sería él el que iba a librar a Israel”. ¡Cuánto desencanto encierra este verbo conjugado en imperfecto ἡμεῖς δὲ ἠλπίζομεν (*hemeis de elpízomen*), nosotros *esperábamos*! Algo de ellos ha muerto con Cristo, y ha quedado condenado a permanecer muerto, porque aunque el Señor resucitase, ya es claro que su obra no apunta a un reino mesiánico terrenal... en el que ellos habían centrado su esperanza. Con su muerte, Jesús ha mostrado que la *restauración y liberación de Israel* prometida por los antiguos profetas, no tenía un cumplimiento mundano.

(ix) Y viene ahora una de las frases que mejor muestra la incomprensión que padecieron algunas verdades centrales de la predicación del Señor: “pero, con todas estas cosas, llevamos ya tres días desde que esto pasó”. ¡Cleofás puede mencionar este lapso temporal –tres días– sin que esto le diga nada! Numerosas veces había aludido Jesús a estos tres días. Nuestro san Lucas al menos reporta tres veces antes de estos episodios pascuales: “El Hijo del hombre debe... ser matado y resucitar al tercer día” (Lc 9,22); “Id a decir a ese zorro: Yo expulso demonios y llevo a cabo curaciones hoy y mañana, y al tercer día soy consumado” (Lc 13,32); “Después de azotarle le matarán, y al tercer día resucitará” (Lc 18,33). Hemos de suponer que Nuestro Señor había aludido a esto muchas más veces. Por eso el ángel había dicho a las mujeres: “Él os lo había dicho en Galilea”. Para ellos, sin embargo, no parecía sugerir nada especial.

(x) Luego pasa, el mismo caminante, a referir dos eventos muy frescos, tanto que eran de esa misma madrugada. El primero es el relato de las mujeres que ellos recibieron de primera mano: algunas fueron al sepulcro y no encontraron el cuerpo, y volvieron diciendo que habían visto ángeles afirmando que Él está vivo... ¿Valor asignado a estos testimonios?: en cuanto a la desaparición del cuerpo, aceptación plena (más aún, añade a continuación que algunos

de ellos, es decir, Pedro y Juan, como sabemos por otro lado, fueron y efectivamente constataron la desaparición del cuerpo; pero a Jesús no lo vieron, así como tampoco vieron ángeles, evidentemente). Pero lo de la resurrección debe haber sido una ilusión de las mujeres. Y tan ciertos están de esto que ni siquiera se han quedado en Jerusalén un poco más de tiempo como para ver adónde iban a parar estas novedades. O mejor, quizá no se han quedado en Jerusalén precisamente porque conjeturaban que las cosas terminarían muy mal, acusándolos a ellos de la desaparición del cadáver. Tal vez la prisa por alejarse manifieste, además de la desesperanza, el miedo a hacer de chivos expiatorios de una nueva injusticia. Nuevamente constatamos que las palabras de Jesús referentes a su “resurrección de entre los muertos”, repetidas varias veces durante su vida pública, no habían sido captadas de ningún modo por muchos de sus discípulos. El relato de las mujeres *no les ha evocado* ninguna predicción del Señor. Menos todavía les trae el recuerdo de algún pasaje de los escritos sagrados relacionado con un Mesías sacrificado y vuelto a la vida.

(xi) Entonces Jesús mismo, después de increparles con dulzura pero firmeza su incredulidad (pues eso significa la lentitud – βραδύς, *bradýs*– del corazón) y su falta de inteligencia (ανοητοι, *anoétoi*) respecto las profecías antiguas, comenzó a recordarles y explicarles todo cuanto se refería a la “necesidad de que el Mesías – el Cristo– padeciera y triunfara por medio del dolor y entrara así en la gloria”. No nos dice san Lucas qué pasajes usó el Señor, sino que “empezó por Moisés”, es decir, los libros atribuidos a Él, por tanto, el Pentateuco, “continuó por todos (ὑπὸ πάντων) los profetas”. Toda la tradición de la Iglesia, comenzando por los Santos Padres, han continuado esta obra, comenzada aquí por el mismo Jesús, de buscar en el Antiguo Testamento todo cuanto se refiere al Señor, y singularmente a su dolorosa Pasión. “Ellas [las Escrituras] hablan de Mí”, había dicho Jesús a sus adversarios. Esto será parte del método con que san Pablo predicaría a los judíos. Sabemos que así lo hizo en Tesalónica (Hch 17,1-3: “Llegaron a Tesalónica, donde los judíos tenían una sinagoga. Pablo, según su costumbre, se dirigió a ellos y durante tres sábados discutió con ellos basándose en las Escrituras, explicándolas y probando que Cristo tenía que padecer y resucitar de

entre los muertos y que «este Cristo es Jesús, a quien yo os anuncio»); también se nos dice que “discutía con los judíos en la sinagoga” tanto en Atenas (Hch 17,17), como en Corinto (Hch 18,4), como en Éfeso (Hch 18,19). Lo hace también en Cesarea, ante el rey Agripa (Hch 26,22-23: “No he enseñado otra cosa sino aquello que los profetas y el mismo Moisés dijeron que había de suceder: que el Cristo había de padecer y que, después de resucitar el primero de entre los muertos, anunciaría la luz al pueblo y a los gentiles”), y finalmente a los judíos de Roma, en la misma casa en que se alojaba: “Él les iba exponiendo el Reino de Dios, dando testimonio e intentando persuadirles acerca de Jesús, basándose en la Ley de Moisés y en los Profetas, desde la mañana hasta la tarde” (Hch 28,23).

(xii) Jesús dice a los dos caminantes: οὐχὶ ταῦτα ἔδει παθεῖν τὸν Χριστὸν (*oujì tauta édei pathein tòn Jristòn*), “¿acaso no era necesario que el Cristo padeciera...?” Usa aquí la expresión ἔδει (*édei*), del verbo δεῖν, que es un verbo impersonal de δέω (*deo*) que significa “es (o fue, según los tiempos) necesario, obligatorio, preciso...” Muy a menudo se dice en la Sagrada Escritura que los designios de Dios *es necesario que se cumplan* (cf. Mt 17,10; 24,6; 26,54; Mc 9,11; 13,7; 13,10; Lc 4,43; 21,9; Jn 3,14; 3,30; 9,4; 10,16; 20,9; Hch 1,16; 3,21; 4,12; Rm 1,27; 1Co 15,53; 2Co 5,10; Ap 1,1; 4,1; 22,6). Siempre que Jesús habla de su pasión y muerte subraya esta exigencia: “Antes es preciso (δεῖ) que padezca mucho y sea reprobado” (Lc 17,25); “tiene (δεῖ) que cumplirse la Escritura que dice: «Fue contado entre los malhechores»” (Lc 22,37). ¿En qué sentido habla de “necesidad”? ¿Se refiere solo a que *era necesario el cumplimiento de lo predicho* del mismo modo que se torna necesario cumplir algo que ha sido prometido? ¿O más bien lo que *era necesario* es el derramamiento de su sangre para remisión de nuestros pecados? Se trata de esto último, según lo que leemos en la carta a los Hebreos: “No hay remisión sin efusión de sangre” (Hb 9,22).

(xiii) El motivo de esta necesidad no está explicada en san Lucas, pero sí en la carta a los Hebreos, y se funda en la comunidad de sangre entre Cristo y los hombres: “Todos, así el que santifica como los santificados, vienen de uno solo [Adán], y, por tanto, no se

avergüenza de llamarlos hermanos... Pues como los hijos participan en la sangre y en la carne, de igual manera Él participa de las mismas para destruir por la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a aquellos que por el temor de la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre” (Hb 2,11.14-15). La muerte es requerida por la comunidad en la naturaleza humana, tomada de Adán (señalada con fuerza en Lc 3,23-38). Toda la naturaleza después del pecado, al huir de Dios, ha asumido la muerte como salario. Cristo, al hacerse parte de esta familia de pecadores (sin ser pecador), sometida a la esclavitud por el miedo a la muerte (sin ser Él mismo esclavo), no podía escapar al destino común de sus hermanos. Jesucristo se declara libre de la muerte en el sentido de que tiene el poder de darla y volverla a tomar (cf. Jn 10,17), es decir, en cuanto al determinar el cómo y el cuándo y el durante cuánto tiempo; pero no en el sentido de estar libre del acontecimiento del morir humano. Si fuera de otro modo no habría entrado verdaderamente en la historia humana. No se puede entrar en la historia sin padecer la historia; y la historia del hombre pecador tiene como término la muerte con todo su peso de miedo, castigo y fruto de una culpa libre. La muerte es parte de la Encarnación. Asumió una naturaleza no sólo capaz de morir sino destinada a morir. Por eso “tenía” que morir.

(xiv) Pero ¿por qué *esa* muerte? Jesús no solo dice que “era necesaria” para Él la muerte como fenómeno humano, sino también esa muerte cruenta y en cruz; pero esto no ya por ser hombre sino por ser “Rescatador del hombre”. Esa *necesidad*, a diferencia de la otra, se deriva de la conveniencia de cargar sobre sí todas las consecuencias del pecado: el dolor, la humillación, la soledad, el miedo a morir y la violencia como sello específico de una humanidad pecadora y violenta. Y por eso en su Pasión se encuentran desencadenados todos los demonios del pecado (Lc 22,53: “Ésta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas”): la compra-venta de sangre inocente (Lc 22,4); la traición del amigo (Lc 22,49); la negación del maestro (Lc 22,54); la humillación y burla de la víctima (Lc 22,63-65); las calumnias (Lc 23,5); el desentendimiento del inocente perseguido (Lc 23,7); el desprecio (Lc 23,11); el juicio injusto (Lc 23,24); el ensañamiento (Lc 23,36.39)... La Pasión de

Cristo es el resumen de todos los pecados de los hombres, y de todos los sufrimientos que estos merecen; pero padecidos por Uno Solo y pagados por Uno Solo. Todos los pecados se dan cita en la Pasión, y sobre ellos triunfa el Verbo Encarnado. Era, pues “preciso” que la verdad del pecado quedase expresada en el género de muerte del redentor.

(xv) El efecto de estas palabras en los dos discípulos fue lo que ellos llamarán más adelante “ardimiento del corazón”. Lo recuerdan ellos con claridad: ἡ καρδία ἡμῶν καιομένη ἦν ἐν ἡμῖν (*je kardía jemón kaioméne ên en jemín*): el corazón se nos iba incendiando en nuestro interior mientras Jesús hablaba. Es, esta, la expresión más hermosa de este fruto que opera el Espíritu Santo al descubrir al hombre los misterios escondidos por Dios en las divinas Escrituras. Este quemarse, consumirse, debemos atribuirlo a varias virtudes: a la fe que es ilustrada por la inteligencia de las Escrituras, a la esperanza que vuelve a renacer, a la caridad que se enciende respecto del bien conocido de un modo nuevo y más profundo. También denota consuelo y fruición.

(xvi) En estas explicaciones y sentimientos se les pasó el resto del camino y llegaron al caserío al que los dos discípulos se dirigían. Jesús, entonces amagó seguir adelante, pero aquellos, en parte por la hospitalidad oriental, pero también movidos por esa extraña experiencia que habían tenido durante el camino, παραβιάζομαι (*parabiázomai*) lo forzaron, compelieron con ruegos, obligaron... a quedarse. A Dios le gusta que le insistamos y que le hagamos, en cierto modo, fuerza para que permanezca con nosotros. La frase de estos dos aldeanos ha pasado a ser una maravillosa oración: “Señor, quédate con nosotros porque atardece y el día ya declina”: “mane nobiscum [Dómine] quoniam advesperascit et inclinata est iam dies”. La necesidad del Señor se hace más imperiosa mientras la noche se avecina; en particular la noche de la soledad, o la del dolor, o la de la tentación... o simplemente la de la vida. Es probable que el Salvador haya caminado junto a nosotros a lo largo de toda nuestra vida, pero de modo invisible a nuestros ojos. Aunque nos hayamos creído solos, no hemos estado así. Su presencia solo se ha hecho notar en algunos momentos de fervor, en un ardimiento del corazón, breve y fugaz... Pero ha estado allí. Es

injusto exigirle que *venga* a nosotros. Lo que corresponde es pedirle que *permanezca* junto a nosotros.

(xvii) “Y sucedió que, cuando se puso a la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo iba dando”. Se ha discutido mucho sobre la naturaleza de este gesto, en el que algunos han querido ver la *fractio panis* eucarística, mientras que otros solo aceptan que solamente se ha tratado del partir el pan y repartirlo tal como se hacía en la comida judía, lo que Jesús realizaría, quizá, de algún modo muy especial. De hecho, estos dos discípulos no pertenecían al grupo de los más íntimos que estuvieron con Jesús durante la Última Cena, y por tanto, es altamente improbable que supiesen que Jesús había instituido la Eucaristía pocos días antes, y que comprendiesen su significado. Además, san Lucas añade que fue durante el gesto mismo de Jesús que a ellos “se les abrieron los ojos y lo reconocieron”, y en el mismo momento Jesús “desapareció de su lado”, por lo que, de hecho ha faltado parte esencial del rito eucarístico, y Jesús mismo lo habría dejado inconcluso. Es, pues, simplemente, el rito de bendición del pan que Jesús realizaba con un modo propio característico. San Jerónimo cita un pasaje parecido, del libro apócrifo *Evangelio a los Hebreos*, en el cual se dice que Cristo “tomó pan, lo bendijo, lo partió y lo dio al Justo Santiago, y le dijo: Hermano mío, come tu pan, porque resucitó el Hijo del hombre de entre los muertos”. En este caso no se trata de la Eucaristía.

(xviii) Al abrírseles los ojos, es decir, al reconocer a Jesús, también cobran sentido muchas de las experiencias que habían venido sintiendo desde su encuentro con el misterioso peregrino, sin poderlas comprender adecuadamente; en particular la intensidad de sus afectos espirituales al tornárseles claras las Escrituras bajo la guía el divino exégeta. Todo se aclara ahora. Así en los momentos de las grandes consolaciones nos hacemos capaces de mirar hacia atrás y ver las huellas de los pasos de Dios junto a las nuestras en los caminos que hace instantes nos parecía haber transitado en la mayor soledad.

(xix) “Y, levantándose al momento, se volvieron a Jerusalén”. Toda la parsimonia del camino a casa deja paso ahora al apresuramiento. Aunque la ubicación del auténtico Emaús fuera la

más cercana a Jerusalén de las que compiten por tal título, estaríamos hablando de unos diez kilómetros. San Lucas no dice que hayan hecho el camino de vuelta a pie, sino simplemente que se pusieron en camino de inmediato. Tenían necesidad de comunicar esto con los demás discípulos del Señor, incluso si suponían que también se habría aparecido a los otros. No era el gusto de llevar una novedad, sino la alegría interior de la resurrección. La felicidad del alma es el más perfecto antídoto contra el cansancio, la desesperanza, la desilusión y la cobardía. Todas estas nubes habían desaparecido de los rostros cansados de estos dos afortunados discípulos.

Aparición en el Cenáculo (24,33-43)

^{33b} ...Y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, ³⁴ que decían: “¡Es verdad! ¡El Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón!” ³⁵ Ellos, por su parte, contaron lo que había pasado en el camino y cómo le habían conocido en la fracción del pan. ³⁶ Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos y les dijo: “La paz con vosotros”. ³⁷ Sobresaltados y asustados, creían ver un espíritu. ³⁸ Pero él les dijo: “¿Por qué os turbáis, y por qué se suscitan dudas en vuestro corazón? ³⁹ Mirad mis manos y mis pies; soy yo mismo. Palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y huesos como veis que yo tengo”. ⁴⁰ Y, diciendo esto, los mostró las manos y los pies. ⁴¹ Como ellos no acabasen de creerlo a causa de la alegría y estuviesen asombrados, les dijo: “¿Tenéis aquí algo de comer?” ⁴² Ellos le ofrecieron parte de un pez asado. ⁴³ Lo tomó y comió delante de ellos.

(i) El apurado camino de regreso a Jerusalén no les ha tomado tantísimo tiempo (lo que apunta a favor de una ubicación de Emaús no tan distante de la capital), porque al llegar “encontraron a los Once” reunidos y a otros que estaban con ellos, quizá algunas de las mujeres y otros discípulos.

(ii) Según san Lucas, que sintetiza notablemente los hechos para transmitirnos solo lo esencial, los discípulos que habían permanecido en Jerusalén ya se habían rendido ante la verdad de la resurrección, al menos la mayoría, habiéndose aparecido el Señor

también a Pedro. Pero san Marcos nos dice que, en realidad, “tampoco le creyeron a estos” (Mc 16,13), lo que significa que las cosas anduvieron un poco más despacio y se han omitido ciertos sucesos intermedios. Al parecer, pues, cuando estos llegan, los Once seguían en su tesitura de no dar crédito a todos estos relatos. Al referirse a los *Once*, san Lucas no alude a la cantidad de apóstoles, sino al *colegio apostólico*, por lo que puede ser que no estuviesen allí todos.

(iii) En algún momento posterior a la llegada de los de Emaús, tuvo lugar la aparición de Jesús a Pedro. Esta no debía haber tenido lugar antes de la llegada, por lo que hemos referido de san Marcos, según el cual no les creyeron inicialmente. Por tanto, la expresión de los demás discípulos: “se ha aparecido a Simón”, es una afirmación dicha posteriormente, pero que san Lucas adelanta aquí con su método de superponer planos históricos para resumir todo el hecho. De esta aparición a Pedro solo tenemos alusiones aquí y en san Pablo (1Co 15,5). No debe llamarnos la atención que san Marcos, amanuense de Pedro, no hable de este hecho, si suponemos que Cefas, al predicar sobre la Resurrección de Cristo no hablaba de su privilegio personal, aunque este fuera, por otra parte, imborrable de su memoria. Ignoramos cuándo tuvo lugar este episodio, ni dónde, ni qué le dijo. Pero, con certeza, este encuentro transformó totalmente a Pedro. No solo afectó su fe, sino también su humildad, su dolor por haberlo negado y por haber perjurado en su negación. Jesús regaló a Simón una aparición personal, no ya para que viera al Hombre al que, por miedo a los gritos de una portera, había dicho ignorar, sino para traerle su perdón y su consuelo. Si debemos dar por indudable que Jesús dijo en esa oportunidad cosas importantes a Pedro, sin embargo, podemos suponer que Pedro no debe haber dicho nada limitándose a llorar, o a lo sumo a repetir lo que le dijo en el mar de Galilea: “¡Señor, sálvame!” (Mt 14,30).

(iii) Es en este momento que san Lucas coloca la primera aparición del Señor al colegio apostólico: “Estaban hablando de estas cosas, cuando él se presentó en medio de ellos”. Jesús se presenta “en medio de ellos”; significa que lo hace estando las puertas cerradas, como afirma otro de los evangelistas. Se alude así a una cualidad del cuerpo resucitado del Señor que los teólogos llamarían

más tarde sutileza (*subtilitas*), palabra que designa, dice santo Tomás, “el poder de penetración”⁶³. El cuerpo resucitado del Señor es verdadero cuerpo, y aunque se diga cuerpo espiritualizado no es espíritu, de lo contrario, dice el Aquinate, no habría resucitado como verdadero hombre sino en forma fantasmal. La sutileza le viene al cuerpo de Cristo de su perfección que consiste en el perfecto dominio del alma glorificada sobre él; el cuerpo está, pues, totalmente sujeto a su alma. También san Gregorio habla en este sentido: “el cuerpo glorioso se dice sutil por efecto del poder espiritual”.

(iv) Lo primero que le dice es: “la paz con vosotros”, que no es, en labios del Señor, un mero saludo sino una verdadera transmisión de la paz del alma, efecto de la Resurrección. “Él es nuestra paz”, dirá luego san Pablo (Ef 2,14). Jesús es el “hacedor de paz”, el “reconciliador” o “pacificador” (Col 1,20; Ef 2,16). La paz que trae el Señor a sus apóstoles es, ante todo, la de sus conciencias, que aún viven en la angustia causada por su huida durante la Pasión. Pero también es la paz como capacidad de perdonar y, por tanto, de reconciliarse con los que nos hacen el mal y de buscar su conversión. Las palabras de san Pedro a los asesinos de Jesús, relatadas en los *Hechos de los Apóstoles* a propósito del juicio y castigo que aquellos les infligen a él y a Juan por predicar el Nombre de Jesús, manifiestan valentía y claridad, pero no resentimiento.

(v) La reacción de los discípulos es la propia de quienes son poco inclinados a la credulidad, o quizá sería mejor decir, de almas que han sufrido ya una gran decepción y no quieren correr el riesgo de volver a ilusionarse para desilusionarse nuevamente. La desilusión, en efecto, es un gran dolor para quien la padece. De ahí que los discípulos se asusten y crean estar ante un fantasma. Jesús habla de *turbación* y de *dudas* en sus corazones. Por eso les ofrece pruebas tangibles y visibles: “mirad mis manos y mis pies”, porque allí están las cicatrices de sus heridas. Por eso añade “soy yo mismo”. Jesús hace fuerza en su identidad corporal. Está resucitado y esto otorga a su cuerpo una perfección del todo singular porque la fuerza de su alma lo compenetra totalmente, pero *es su cuerpo*, el

⁶³ Santo Tomás, *Suma Teológica*, suppl. 83,1.

mismo de antes, y el mismo que padeció. Por eso lleva las huellas de su dolor, convertidas ahora en trofeo de victoria. No solo se ofrece a sus miradas, sino que añade: “palpadme... un espíritu no tiene carne y huesos”. Eso es lo que tocan y comprueban: la realidad de la carne y de los huesos del Señor. San Lucas no habla de la herida del costado, como sí hará, completando estos relatos, san Juan, al referirse a la aparición estando presente el incrédulo Tomás, ausente en la primera.

(vi) Aun así no terminaban de convencerse “a causa de la alegría”, dice el evangelista. Parecía, en efecto, demasiado bueno como para ser una realidad y no un sueño. Pero era la realidad, y por eso el Señor les da una ulterior prueba pidiéndoles algo de comer y comiendo ante ellos un trozo de pescado asado. Jesús no come por necesidad, pues su cuerpo glorioso no necesita ya este modo de manutención. Pero lo hace para ayudar al convencimiento de aquellos rudos amigos que solo se rendirían ante pruebas de este tipo.

Jesús explica las Escrituras (24, 44-49)

⁴⁴ Después les dijo: “Estas son aquellas palabras mías que os hablé cuando todavía estaba con vosotros: “Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos acerca de mí”⁴⁵. Y, entonces, abrió sus inteligencias para que comprendieran las Escrituras, ⁴⁶ y les dijo: “Así está escrito que el Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día ⁴⁷ y se predicara en su nombre la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén. ⁴⁸ Vosotros sois testigos de estas cosas. ⁴⁹ Mirad, y voy a enviar sobre vosotros la Promesa de mi Padre. Por vuestra parte permaneced en la ciudad hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto”.

(i) Una vez más Jesús se hace maestro de las Escrituras abriendo a sus discípulos su sentido. Y les recuerda que ya les había hablado de esto durante su vida apostólica. Pero esta vez ilustrando sus inteligencias para que puedan comprenderlas. San Lucas usa aquí una fórmula más completa al referirse a los textos aludidos por el

Señor: “lo que está escrito [de Jesús] en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos”; añade, pues, la alusión a los *Salmos*, que no había mencionado en el episodio de Emaús.

(ii) Agrega también otro detalle importante al referir que lo que “estaba escrito” no solo se refería a la “pasión y resurrección” del Cristo, sino también “que se predicara en su nombre la conversión para el perdón de los pecados a todas las naciones, empezando desde Jerusalén”. Con esta intención de conversión comenzó la predica del Señor: “convertíos”; ahora la delega a sus discípulos y le da un sentido universal: “a todas las naciones”. Jerusalén es solo el punto de partida. Con estas palabras convierte a sus discípulos (al grupo más amplio, no restringido a los Once apóstoles) en misioneros universales.

(iii) “Vosotros sois testigos de estas cosas”. Su predicación habrá de ser un testimonio de lo que han visto y oído. No van a enseñar teología, sino a contar aquello que han visto con sus propios ojos y que han tocado con sus manos, como dirá luego san Juan en su primera epístola. La “tradición” es la transmisión de un testimonio de primera mano, de generación en generación. Nuestra fe se funda en este testimonio de los apóstoles y de los demás discípulos del Señor.

(iv) Pero para esto sus discípulos necesitarán una fuerza del todo especial, divina, que ya ha sido prometida por el Padre. La ha prometido por boca de Jesús durante la Última Cena, en el sermón que nos ha reportado san Juan. Es la Promesa por excelencia: el Espíritu Santo. Por eso les manda que permanezcan en la ciudad hasta que los revista el “poder” de lo alto, la δύναμις (*dýnamis*), que significa específicamente *poder milagroso*. La acción transformadora de esa *dýnamis* será el objeto del relato de san Lucas en los Hechos de los Apóstoles, que narrará la acción de hombres que, a la vez que mantienen una misma identidad sustancial con los discípulos del Señor que hemos conocido por los Evangelios, también son *totalmente otros* en muchos aspectos, transformados por el Espíritu Santo; en particular Pedro, que será uno de los dos grandes protagonistas, junto a Pablo, del libro de los *Hechos*.

Ascensión de Jesús (24, 50-53)

⁵⁰ Los sacó hasta cerca de Betania y, alzando sus manos, los bendijo. ⁵¹ Y sucedió que, mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo. ⁵² Ellos, después de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén con gran gozo, ⁵³ y estaban siempre en el Templo bendiciendo a Dios.

(i) Fiel a su plan sintetizador, san Lucas, restringe la narración de las apariciones del Señor resucitado a estas pocas, obviando las de Galilea. Por eso pasa directamente a referir en dos palabras la ascensión de Jesús a los cielos, que narrará más detalladamente al comienzo de *Hechos*. Aquí simplemente nos reseña que los llevó “hasta cerca de Betania”, probablemente al monte de los Olivos (cf. Hch 1,12) y de allí “fue llevado al cielo” mientras los bendecía.

(ii) Los discípulos se postraron (προσκυνήσαντες, *proskynésantes*) ante el Señor que ascendía. El verbo προσκυνέω (*proskynéo*) probablemente se deriva de κύων (*kýon*), perro, y de ahí pasó a significar besar, al modo del perro que lame la mano del amo; y de ahí se derivó a postrarse en homenaje, caer a los pies, hacer reverencia, adorar. Esta postración alude a su reconocimiento como Dios y Señor. San Lucas termina su Evangelio con este testimonio de la divinidad de Jesús. Esta es la primera y única vez en la que dice Lucas que los discípulos adoran a Jesús.

(iii) Después de esto la vida en espera del cumplimiento de la Promesa transcurre para los apóstoles “siempre en el Templo bendiciendo a Dios”. Karris en el *Nuevo Comentario San Jerónimo*, nota que el Evangelio de san Lucas comienza y termina en el templo “que para Lucas, es el nexo de continuidad entre lo antiguo y lo nuevo”. Es indudable que empieza y acaba en el mismo lugar, pero quizá sea demasiado atribuir tal intención deliberada a nuestro escritor sagrado, aunque no pueda descartarse. Simplemente termina allí porque allí concurrían diariamente los apóstoles durante aquellos días y esa era su ocupación más notoria durante los días posteriores a la ascensión del Señor a los cielos.

Bibliografía

- Manuel de Tuya, *Evangelios*, en: Profesores de Salamanca, *Biblia comentada*, II, Madrid 1964.
- Stöger, Alois, *Nuevo Testamento y su Mensaje, El evangelio según San Lucas*, Volumen 1 y 2, Herder, Barcelona 1979.
- Stuhlmueeller, Carroll, *Evangelio según san Lucas*, en: *Comentario Bíblico San Jerónimo*, III, Madrid 1972.
- Karris, Robert, *Evangelio según Lucas*, en: *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo*, Estella 2004.

Se terminó de imprimir digitalmente
el 25 de marzo de 2015
en la Solemnidad del
Verbo Encarnado,
en San Rafael
Mza.